

NOVELAS DE NAVIDAD

CHARLES DICKENS

se

Se podría decir que Dickens inventó la Navidad, pues ningún otro escritor ha evocado con tanta maestría el espíritu, jubiloso y elegíaco a un tiempo, de ese periodo final del año. Además del célebre «*Canción de Navidad*», se reúnen en este volumen -inspirado en la edición inglesa de 1852- otros cuatro relatos de ambientación navideña donde se entreveran los motivos principales del mundo dickensiano: la caridad, la infancia, los mitos populares, las desigualdades sociales, los sueños y la magia.

Charles Dickens

Novelas de Navidad

Charles Dickens, 1852

Traducción: Nuria Salinas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Con cariño, a la memoria de Michael Trayler, fundador de Wordsworth Editions.

PREFACIO DEL AUTOR

El reducido espacio en el que fue preciso confinar estos cuentos de Navidad, en su publicación original, hizo de su elaboración una tarea de cierta dificultad, y prácticamente exigió lo que es peculiar de su engranaje. Nunca fue mi intención recrearme al detalle en la descripción de los personajes dentro de esos límites, con la convicción de que no podría conseguirlo. Mi propósito era, en una especie de mascarada fantástica con el buen humor que la época del año justificaba, despertar algunos pensamientos de afecto y tolerancia, si bien estos nunca llegan a destiempo en una tierra cristiana.

CHARLES DICKENS

CANCIÓN DE NAVIDAD

En prosa

Cuento navideño de espectros

PREFACIO DEL AUTOR A *CANCIÓN DE NAVIDAD*

Con este relato fantasmal he tratado de evocar el espectro de una idea que no deberá contrariar a mis lectores ni enemistarlos con otros, con estas fiestas o conmigo. Confío en que frecuente gratamente sus hogares y que nadie sienta el deseo de conjurarlo.

Su leal amigo y servidor,

CHARLES DICKENS

Diciembre de 1843

PRIMERA ESTROFA

EL FANTASMA DE MARLEY

Para empezar, Marley estaba muerto. De eso no cabía la menor duda. En el acta de defunción figuraban las rúbricas del clérigo, el secretario, el director de la funeraria y la persona que presidía el duelo. También la de Scrooge. Y su nombre bastaba para validar en el Mercado de Valores todo cuanto deseara emprender. El viejo Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

Pero ¡cuidado!, con esto no pretendo decir que sepa por experiencia propia qué hay de especialmente muerto en el clavo de una puerta. Podría haber optado por considerar un clavo de un ataúd como el artículo más muerto de una ferretería, pero el símil entraña la sabiduría de nuestros antepasados, y no serán mis manos impías las que la profanen, o desaparecería el país. Habrán de permitirme, por consiguiente, que insista en que Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¿Sabía Scrooge que aquel estaba muerto? Por supuesto. ¿Cómo podría haberlo ignorado? Scrooge y él habían sido socios durante no sé cuántos años. Scrooge era su único albacea, su único administrador, su único cesionario, su único legatario, su único amigo, y el único que lloró su muerte. Pero ni siquiera Scrooge se sintió tan afligido por el luctuoso suceso como para dejar de ser un brillante hombre de negocios el mismo día del funeral y solemnizarlo con un ventajoso trato.

La mención del entierro de Marley me lleva de vuelta al punto en el que empecé. No cabe duda de que Marley estaba muerto. Es algo que debemos comprender con total claridad, pues de lo contrario nada habría de extraordinario en la historia que me dispongo a relatar. Si no estuviésemos plenamente convencidos de que el padre de Hamlet había muerto antes del inicio del drama, nada habría en su paseo nocturno por las murallas, con viento de levante, más singular de lo que habría en cualquier otro lugar expuesto al viento —el cementerio de San Pablo, pongamos por caso— para sobresaltar el débil espíritu de su hijo.

Scrooge nunca borró el apellido del viejo Marley. Allí seguía años después, sobre la puerta del almacén: «Scrooge y Marley». Por tal nombre era conocida la firma. Los no familiarizados con ella unas veces

se dirigían a Scrooge como Scrooge y otras como Marley, pero él respondía en ambos casos. Le era indiferente.

¡Ay, pero Scrooge era un avaro incorregible! ¡Un viejo pecador que en su insaciable codicia extorsionaba, tergiversaba, usurpaba, rebañaba y arrebatava! Era duro e incisivo como el pedernal, del que ningún acero había conseguido nunca arrancar una chispa de generosidad; reservado, hermético y solitario como una ostra. El frío que albergaba en su interior helaba sus ajadas facciones, afilaba su puntiaguda nariz, acartonaba sus mejillas y envaraba su paso; le enrojecía los ojos, le amorataba los finos labios, y se delataba astutamente en su áspera voz. Una gélida escarcha cubría su cabeza, sus cejas y su tenso mentón. Siempre llevaba consigo su gélida temperatura, que congelaba su despacho los días de canícula y que nunca ascendía un solo grado por Navidad.

El calor y el frío exteriores apenas influían en Scrooge. No había calor que pudiera templarlo ni frío glacial que pudiera estremecerlo. No había viento más implacable que él, ni nevada más pertinaz ante un propósito, ni aguacero más sordo a una súplica. Las peores inclemencias del tiempo no habrían sabido abordarlo. La lluvia más feroz, la nieve, el granizo y la cellisca habrían podido presumir de aventajarlo en un solo aspecto. Con frecuencia, todos ellos «llegaban» de forma generosa, mientras que Scrooge jamás lo hacía.

Nadie le abordaba nunca en la calle para preguntarle con gesto alegre: «Mi querido Scrooge, ¿cómo se encuentra? ¿Cuándo irá a visitarme?». Ningún mendigo le imploraba una mísera limosna, ningún niño le pedía la hora, ningún hombre ni ninguna mujer le habían preguntado en toda su vida por dónde se iba a tal o cual sitio. Incluso los perros lazarillos parecían conocerle, y, cuando le veían acercarse, tiraban de sus dueños hacia portales o patios, y después meneaban la cola como diciendo: «¡Es preferible no tener ojos a recibir un mal de ojo, amo invidente!».

Pero ¡qué le importaba a Scrooge! Eso era precisamente lo que le gustaba. Abrirse paso por los atestados senderos de la vida, asegurándose de ahuyentar todo gesto de simpatía humana, era lo que quienes conocían a Scrooge afirmaban que le deleitaba.

Cierto día —de todos los días buenos del año, el de Nochebuena—, el viejo Scrooge se hallaba trabajando en su contaduría. El tiempo era frío y desapacible, además de neblinoso. Scrooge alcanzaba a oír a la gente que había fuera, en el callejón, correteando jadeante de un lado al otro, dándose palmadas en el pecho y pisoteando las losas del suelo para entrar en calor. Los relojes de la ciudad apenas acababan de dar

las tres, pero ya casi había oscurecido —la luz había sido muy pobre todo el día— y se veían velas encendidas en las ventanas de las oficinas aledañas, como manchas rojizas en el aire denso y lúgubre. La niebla se colaba hasta por la última rendija y por el ojo de la última cerradura, y era tan espesa que, aunque el callejón era de los más angostos, las casas de enfrente parecían meros fantasmas. La escena de aquella tétrica nube abatiéndose y oscureciéndolo todo invitaba a pensar que la naturaleza habitaba por allí cerca y crecía a gran escala.

Scrooge tenía abierta la puerta del despacho para vigilar en todo momento a su escribiente, que copiaba cartas en una pequeña y deprimente estancia contigua a la suya, una especie de celda. La lumbre de Scrooge era pobre, pero la del escribiente lo era tanto más que incluso parecía reducirse a una sola ascua; pero no podía alimentarla, pues Scrooge guardaba la caja del carbón en su estancia, y en cuanto apareciera con la pala en la mano, sin duda el patrono pronosticaría que iba a ser necesario prescindir de sus servicios. Razón por la que el escribiente se arrojaba con su bufanda blanca e intentaba calentarse con la vela, empeño en el que, no siendo un hombre de gran imaginación, fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios le guarde! —exclamó una voz alegre. Era la voz del sobrino de Scrooge, que se acercó a él tan raudo que solo entonces se apercibió de su presencia.

—¡Bah! —repuso Scrooge—. ¡Paparruchas!

El sobrino de Scrooge había caminado a paso tan ligero por entre la niebla y la escarcha que parecía acalorado; tenía el rostro rubicundo y agraciado, sus ojos chispeaban y su aliento se condensaba en vaho.

—¡Tío! ¿Paparruchas, la Navidad? —se sorprendió el sobrino de Scrooge—. Estoy seguro de que en realidad no lo cree.

—¡Por supuesto que sí! —contestó Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Qué derecho tienes a sentirte feliz? ¿Qué motivo tienes para sentirte feliz, siendo pobre como eres?

—¡Vamos, vamos! —replicó el sobrino, jovial—. ¿Qué derecho tiene usted para ser tan taciturno? ¿Qué motivo tiene para ser tan arisco, siendo rico como es?

No ocurriéndosele mejor respuesta en ese momento, Scrooge volvió a decir «¡Bah!», y de nuevo añadió «¡Paparruchas!».

—¡No esté de tan mal humor, tío! —dijo el sobrino.

—¿Cómo no voy a estarlo —repuso el tío— cuando vivo en un mundo de necios como este? ¡Feliz Navidad...! ¡Basta ya de feliz Navidad! ¿Qué son las navidades sino una época de pagar facturas sin disponer de dinero, una época para verse un año más viejo y ni una hora más rico, una época para hacer balance de cuentas y descubrir que todas y cada una de las entradas de los libros de los doce meses anteriores son negativas? Si pudiera imponer mi voluntad —prosiguió Scrooge con indignación—, todos esos idiotas que van por ahí con el «¡Feliz Navidad!» en la boca acabarían en una cazuela y después enterrados con una estaca de acebo clavada en el corazón. ¡Así acabarían!

—¡Tío! —suplicó el sobrino.

—¡Sobrino! —replicó el tío con aire adusto—. Celebra la Navidad a tu manera, y permíteme que yo lo haga a la mía.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. Pero usted no la celebra.

—Pues permíteme que la obvie —dijo Scrooge—. ¡Que te resulte provechosa! ¡Gran provecho te ha hecho ya!

—Creo que hay muchas cosas que me habrían resultado provechosas, de las que sin embargo nunca he sabido beneficiarme —respondió el sobrino—, como la Navidad. Aunque estoy seguro de que, cuando llegan las navidades, aparte de la veneración debida a su nombre y origen sagrados, si es que puede dejarse aparte algo de ellas, siempre las he considerado unas fechas buenas, un tiempo agradable de amabilidad, de perdón y de caridad, el único tiempo que conozco, en el largo almanaque del año, en que los hombres y las mujeres parecen convenir en abrir sus cerrados corazones y tratar a los más humildes como auténticos compañeros de viaje hacia la tumba, y no como a una especie diferente de criaturas embarcadas en otros periplos. Por tanto, tío, aunque nunca haya reportado a mis bolsillos ni un ápice de oro o plata, creo que me ha hecho y que me hará provecho, y por eso digo ¡bendita sea!

El escribiente aplaudió de forma espontánea en su cubículo. Consciente de inmediato de la impropiedad de su conducta, atizó el fuego y apagó así sin remedio el último y débil rescoldo.

—Si vuelvo a oír otro ruido procedente de ahí —dijo Scrooge—, ¡celebrará la Navidad perdiendo su empleo! Eres un convincente orador, caballero —agregó, volviéndose hacia su sobrino—. Me pregunto cómo es que no estás en el Parlamento.

—No se enoje, tío. ¡Vamos! Venga a cenar con nosotros mañana.

Scrooge le dijo que le vería en el in... Sí, eso fue lo que le dijo. Concluyó la expresión, y añadió que antes le vería en tal extremo.

—Pero ¿por qué? —vociferó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste tú? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —gruñó Scrooge, como si aquella fuera la única cosa en el mundo más ridícula que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes! —dijo Scrooge.

—Pero, tío, usted nunca fue a visitarme antes de que eso ocurriera. ¿Por qué lo esgrime ahora como motivo para no hacerlo?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—No quiero nada de usted, no le pido nada. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—¡Buenas tardes! —insistió Scrooge.

—Lamento de todo corazón verle tan obcecado. Nunca hemos discutido por mi culpa. Lo he intentado en honor a la Navidad, y conservaré mi espíritu navideño hasta el final. De modo que ¡feliz Navidad, tío!

—Buenas tardes —repuso Scrooge.

—¡Y feliz Año Nuevo!

—¡Buenas tardes! —zanjó Scrooge.

Pese a ello, su sobrino salió de la estancia sin pronunciar una sola palabra airada. Se detuvo junto a la puerta para transmitirle sus buenos deseos al escribiente, quien, pese a estar aterido, no se mostró tan gélido como Scrooge, pues le correspondió cordialmente.

—Otro que tal —musitó Scrooge, que le había oído—: mi escribiente, con quince chelines a la semana, esposa e hijos, hablando de la feliz Navidad. ¡Estoy por pedir que me internen en el manicomio de Bedlam!

Al despedir al sobrino de Scrooge, aquel demente había dejado entrar a otras dos personas. Eran dos caballeros corpulentos, de porte afable, que se apostaron en el despacho de Scrooge con la cabeza descubierta. Llevaban libros y documentos, y le saludaron con una leve reverencia.

—Scrooge y Marley, supongo —dijo uno de los caballeros mientras consultaba un listado—. ¿Tengo el placer de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años muerto —respondió Scrooge—. Murió hace siete años, precisamente una noche como esta.

—No dudamos de que su generosidad seguirá bien encarnada en el socio que le ha sobrevivido —repuso el caballero al tiempo que le tendía un documento acreditativo.

Y, en efecto, así era, pues ambos habían sido como dos almas gemelas. Scrooge frunció el entrecejo ante la ominosa palabra «generosidad»; acto seguido, sacudió la cabeza y le devolvió el documento.

—En esta época festiva del año, señor Scrooge —prosiguió el caballero mientras tomaba una pluma—, es más deseable que nunca que prestemos alguna ayuda a los pobres y a los indigentes, que tanto están sufriendo en estos tiempos. Se cuentan por miles los que carecen de lo indispensable; son centenares de miles los que precisan un mínimo alivio.

—¿Acaso no hay ya cárceles? —preguntó Scrooge.

—Sí, muchas —contestó el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los hospicios? —insistió Scrooge—. ¿Siguen ofreciendo servicio?

—Sí, en efecto —respondió el caballero—, aunque desearía poder decir lo contrario.

—¿Los métodos disciplinarios en las cárceles y la Ley de los Pobres siguen, pues, vigentes? —prosiguió Scrooge.

—Y a pleno rendimiento, señor.

—¡Ah! Por lo que ha dicho usted al principio, temía que hubiese ocurrido algo que hubiese interrumpido sus útiles servicios —dijo

Scrooge—. Me alegra mucho saberlo.

—Con la impresión de que apenas consiguen proporcionar cristiano júbilo a la mente y al cuerpo de tal multitud —replicó el caballero—, algunos estamos tratando de reunir fondos para comprar alimentos y bebida para los pobres, y medios para que no pasen frío. Hemos escogido esta época del año porque es cuando más se deja sentir la necesidad y más se celebra la abundancia. ¿Cuánto anoto que será su contribución?

—¡Nada! —espetó Scrooge.

—¿Desea hacer un donativo de forma anónima?

—Lo que deseo es que me dejen en paz —contestó Scrooge—. Dado que tanto me preguntan qué deseo, caballeros, esta es mi respuesta. No celebro la Navidad y no puedo permitirme contribuir a que la celebren los holgazanes. Colaboro en el mantenimiento de las instituciones que he mencionado, y bastante costoso es eso ya. Es a ellas a las que deben recurrir quienes se encuentren en apuros económicos.

—Muchos no pueden hacerlo, y muchos otros preferirían morir.

—Si preferirían morir —replicó Scrooge—, sería mejor que lo hiciesen para reducir así el exceso de población. Además, discúlpenme pero no tengo conocimiento de ello.

—Pero debería... —apuntó el caballero.

—No es de mi incumbencia —repuso Scrooge—. Bastante tiene uno con ocuparse de sus asuntos y no interferir en los ajenos. Los míos absorben todo mi tiempo, de modo que ibuenas tardes, caballeros!

Viendo claro que sería del todo inútil insistir en su propósito, los caballeros se retiraron. Scrooge reanudó sus tareas con mayor estima de sí mismo y mejor humor de lo que era habitual en él.

Mientras tanto, la niebla y la penumbra se habían tornado tan densas que la gente corría por la calle con fúlgidas teas, ofreciéndose a ir delante de los caballos de los carruajes para alumbrar su camino. La antigua torre de una iglesia, cuya vieja y estridente campana nunca dejaba de espiar a Scrooge secretamente a través de un ventanal gótico abierto en el muro, se volvió invisible y dio las horas y los cuartos entre las nubes, dejando en el aire trémulas vibraciones, como si le castañeteasen los dientes en su alta y helada cabeza. El frío arreció. En

la calle principal, que hacía esquina con el callejón, varios obreros reparaban las conducciones del gas y habían prendido una gran fogata en un brasero, alrededor del cual se había congregado un grupo de hombres y muchachos harapientos que se calentaban las manos y entornaban los ojos embelesados ante el resplandor de las llamas. Habían dejado la llave de paso abierta y el agua que rebosaba se congelaba al instante, convirtiéndose en misántropo hielo. El resplandor de los comercios, en cuyos escaparates crujían ramas y bayas de acebo al calor de las lámparas, sonrojaba los pálidos rostros de los transeúntes. Los establecimientos de pollos y ultramarinos se transformaron en un deslumbrante reclamo, un espectáculo glorioso que resultaba prácticamente imposible asociar a los prosaicos principios que rigen la compraventa. El alcalde, en el bastión de su imponente residencia, la Mansion House, daba instrucciones a sus cincuenta cocineros y criados para que los preparativos de la Navidad fuesen dignos del hogar de un hombre de su posición, e incluso el sastrecillo, a quien el lunes anterior habían multado con cinco chelines por andar por la calle ebrio y con actitud pendenciera, se afanaba removiendo el budín del día siguiente, mientras su flacucha esposa y su bebé salían a comprar la carne.

¡La niebla y el frío seguían intensificándose! Un frío penetrante, agudo, punzante. Si, con un tiempo como aquel, el bueno de san Dunstan apenas hubiese pellizcado la nariz del Diablo, este, en lugar de emplear sus armas habituales, sin duda habría rugido con denuedo. El dueño de una pequeña y joven nariz, roída y aterida por el ávido frío como los huesos roídos por perros, se agachó ante el ojo de la cerradura de Scrooge para obsequiarle con un villancico; pero, en cuanto se oyó

¡Dios le bendiga, jubiloso caballero!

¡Que nada le cause desaliento!

Scrooge agarró la regla con tal ímpetu que el cantor huyó aterrado, dejando la cerradura a merced de la niebla y de la no menos desapacible escarcha.

Finalmente llegó la hora de cerrar la contaduría. Scrooge bajó del taburete de mala gana y, tácitamente, se lo dio a entender al expectante escribiente, que seguía en su celda y que inmediatamente se puso en pie, apagó la vela y se caló el sombrero.

—Supongo que mañana querrá tener todo el día libre —dijo Scrooge.

—Si le parece conveniente, señor...

—No me parece conveniente —replicó Scrooge—, ni tampoco justo. Si por ese motivo le descontase media corona, usted se sentiría maltratado, ¿me equivoco?

El escribiente esbozó una sonrisa lánguida.

—Y, sin embargo —añadió Scrooge—, no considera que sea yo el maltratado teniendo que pagar el jornal de un día que no se ha trabajado.

El escribiente apuntó que solo ocurría una vez al año.

—¡Una pobre excusa para hurtar del bolsillo de un hombre cada veinticinco de diciembre! —exclamó Scrooge mientras se abotonaba el gabán hasta el mentón—. Pero supongo que tendré que concederle el día entero. Preséntese aquí bien temprano al día siguiente.

El escribiente prometió que así lo haría, y Scrooge salió gruñendo. El despacho quedó cerrado en un santiamén, y el escribiente, con los largos extremos de la bufanda blanca colgándole por debajo de la cintura (pues no tenía abrigo), se dirigió a Cornhill y se deslizó veinte veces por una pendiente tras una hilera de muchachos para celebrar que era Nochebuena, y después corrió a su casa, en Camden Town, tan deprisa como pudo para jugar a la gallina ciega.

Scrooge tomó su triste cena en la triste taberna habitual, y, tras leer todos los periódicos y entretenerse el resto de la velada repasando los libros de cuentas, se fue a casa a dormir. Vivía en unos aposentos que habían pertenecido a su difunto socio. Se trataba de un conjunto de lúgubres habitaciones en un siniestro edificio ubicado al final de un estrecho callejón, donde la escasez de actividad invitaba a imaginar que el edificio en cuestión había llegado allí corriendo cuando aún era una casa jovencita, mientras jugaba al escondite con otras casas, y había olvidado después el camino de vuelta. Era ya tan viejo e inhóspito que nadie más lo habitaba aparte de Scrooge; el resto de las habitaciones se habían alquilado como despachos. El callejón era tan penumbroso que el mismo Scrooge, que conocía hasta su último adoquín, de buen grado lo recorrió a tientas. La niebla y la escarcha saturaban de tal modo el negro y viejo portón de la casa que parecía que el Genio del Tiempo estuviese sentado en el umbral sumido en una funesta meditación.

Es un hecho incuestionable que la aldaba de la puerta no tenía nada extraordinario, salvo su gran tamaño. Igual de incuestionable es que Scrooge la había visto, mañana y noche, durante todo el tiempo que

llevaba viviendo allí, y que él poseía tan poco de eso que denominamos fantasía como ningún otro hombre en la City de Londres, incluidos — que ya es decir— los miembros de la corporación municipal, los concejales y los gremialistas. Tampoco hay que olvidar que Scrooge no le había dedicado un solo pensamiento a Marley desde que aquella tarde se hiciese mención a los siete años transcurridos desde su muerte. Pues bien, que alguien me explique, si es capaz, cómo sucedió que Scrooge, tras introducir la llave en la cerradura de la puerta, viera en la aldaba, sin mediar transformación alguna, no una aldaba sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley. No era una sombra impenetrable, como todo cuanto había en el callejón, sino un rostro que parecía rodeado de un mortecino halo, como una langosta putrefacta en un sótano oscuro. No parecía enojado ni furioso; miraba a Scrooge como siempre lo había hecho, con unas fantasmales lentes colocadas sobre su fantasmal frente. El pelo se le agitaba como por efecto de un soplado o de aire caliente; y, aunque los tenía completamente abiertos, sus ojos permanecían inmóviles. Todo ello, sumado a la lividez de su rostro, le confería una apariencia horrible, pero tal horror, lejos de formar parte de él, parecía ajeno a su semblante y quedar fuera de su control.

Scrooge observaba fijamente aquel fenómeno cuando de pronto la aldaba volvió a ser una aldaba.

Decir que no se amedrentó o que no le corrió por las venas una sensación que no había vuelto a experimentar desde la infancia sería mentir. Pese a ello, Scrooge empuñó la llave que había soltado, la giró con tenacidad, entró y prendió la vela.

Se detuvo un instante, indeciso, antes de cerrar la puerta y miró tras ella con cautela, como si en cierto modo esperase topar aterrado con la coleta de Marley asomando en el vestíbulo. Pero nada había detrás de la puerta, salvo los tornillos y las tuercas que sujetaban la aldaba, por lo que exclamó «¡Bah! ¡Bah!» antes de dar un portazo.

El ruido resonó en todo el edificio como si fuera un trueno. Dio la impresión de que hasta la última estancia del piso superior y hasta el último barril de la bodega del vinatero producían sus propios ecos. Scrooge no era un hombre a quien asustase el eco. Echó el cerrojo, cruzó el zaguán y subió la escalera, despacio y alumbrándose con la vela.

Podríamos hablar vagamente de las antiguas y excelentes escaleras por las que habría podido subir un carruaje tirado por seis caballos o incluso alguna de las recientes y pésimas leyes aprobadas

por el Parlamento; pero a lo que vengo a referirme es que en aquella escalera habría cabido fácilmente un carruaje fúnebre, incluso puesto de través, con el balancín hacia la pared y la portezuela hacia la balaustrada. Su amplitud daba para eso y aún sobraría espacio; tal vez fuera ese el motivo por el que Scrooge creyó ver un coche funerario avanzando ante él en la penumbra. Media docena de farolas de gas del alumbrado público no habrían bastado para iluminar aquella entrada, así que es de suponer que estaría bastante oscura con la vela de Scrooge.

Scrooge siguió subiendo, sin darle la menor importancia. La oscuridad era barata, y a Scrooge eso le gustaba. Pero, antes de cerrar la pesada puerta, recorrió sus aposentos para comprobar que todo estaba en orden; fue el persistente recuerdo de aquel rostro lo que le incitó a hacerlo.

Sala de estar, dormitorio, trastero. Todo estaba como tenía que estar. Nadie debajo de la cama, nadie debajo del sofá; una pequeña lumbre en el hogar; cuchara y tazón preparados, y la cacerola con gachas (Scrooge estaba resfriado) en la repisa de la chimenea. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie dentro de la bata, que colgaba contra la pared en actitud sospechosa. El trastero estaba como siempre: la antigua pantalla de chimenea, los zapatos viejos, dos escripias, el palanganero de tres patas y el atizador.

Satisfecho, cerró la puerta y echó la llave; le dio dos vueltas, algo que no era habitual en él. Así, a salvo de sorpresas, se quitó la corbata; se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir, y se sentó frente al hogar para tomar las gachas.

El fuego era ciertamente débil; nada, en realidad, para una noche tan cruda. No le quedó más remedio que arrimarse más a él y acurrucarse antes de empezar a arrancar una levísima sensación de calidez a aquel puñado de carbón. La chimenea era vieja; la había fabricado un mercader holandés hacía mucho tiempo y estaba recubierta de azulejos holandeses que ilustraban las Sagradas Escrituras. Había Caínes y Abeles, hijas del faraón, reinas de Saba, mensajeros angelicales que descendían por el aire sobre nubes que parecían colchones de plumas, Abrahames, Baltasares, apóstoles zarpando en mantequilleras, centenares de figuras que atraían su atención; y, aun así, el rostro de Marley, que llevaba muerto siete años, acudía a él como la antigua vara del profeta y engullía todo lo demás. Si cada uno de aquellos lisos azulejos hubiese estado en blanco y hubiese tenido la capacidad de trazar en su superficie alguna imagen derivada de los fragmentos inconexos de sus pensamientos, en todos habría aparecido una copia de la cabeza del viejo Marley.

—¡Paparruchas! —profirió Scrooge, y empezó a caminar de un lado al otro de la sala.

Después de varias vueltas volvió a sentarse. Al recostar la cabeza contra el respaldo de la butaca, su mirada fue a posarse en una campanilla, una campanilla caída en desuso, que colgaba en aquella estancia y que comunicaba, con algún propósito ya olvidado, con otra situada en la planta más alta del edificio. Presa del asombro y de un temor extraño e inexplicable, mientras la contemplaba vio cómo empezaba a oscilar, al principio de forma tan leve que apenas era audible, pero enseguida repicando con estruendo, como también lo hicieron las demás campanillas de la casa.

Aquello debió de durar medio minuto, o tal vez uno, pero a él le pareció una hora. Todas las campanillas enmudecieron a la vez, tal como habían empezado a sonar. A continuación se oyó un ruido metálico que llegaba de muy abajo, como si alguien estuviese arrastrando una pesada cadena sobre los barriles de la bodega del vinatero. Scrooge recordó entonces haber oído decir que los fantasmas de las casas encantadas arrastraban cadenas.

De pronto, la puerta de la bodega se abrió con gran estruendo, y Scrooge oyó con mayor intensidad el ruido procedente del sótano, que empezaba a subir la escalera y a encaminarse después directamente hacia su puerta.

—¡Más paparruchas! —profirió Scrooge—. Me niego a creer algo así.

El color de su tez demudó, no obstante, cuando, sin pausa alguna, aquello que producía el ruido franqueó la recia puerta y entró en la estancia ante sus ojos. Al hacerlo, la mortecina llama cobró vida como exclamando: «¡Yo lo conozco! ¡Es el fantasma de Marley!», y después volvió a decaer.

El mismo rostro, exactamente el mismo. Marley, igual que siempre: con su coleta, su chaleco, sus calzas y sus botas, cuyas borlas lucían erizadas, como la coleta, los faldones de la levita y el pelo de la coronilla. Llevaba sujeta a la cintura la cadena que arrastraba. Era larga y se le enroscaba como si fuera una cola, y estaba confeccionada —pues Scrooge la observó con suma atención— de cajas de caudales, llaves, candados, libros de cuentas, escrituras de compraventa y pesadas faltriqueras forjadas en acero. Su cuerpo era transparente, de modo que Scrooge, al observarlo y mirar a través de su chaleco, pudo ver los botones de la espalda de la levita.

Scrooge había oído decir en muchas ocasiones que Marley no tenía entrañas, pero hasta ese momento no lo había creído.

No, ni siquiera lo creyó entonces; aunque mirase al fantasma de hito en hito y lo viera de pie frente a él, aunque percibiera el escalofriante influjo de su mirada, gélida e inerte, aunque reparase incluso en la tela del pañuelo doblado que le envolvía la cabeza y el mentón, detalle en el que nunca antes había reparado, seguía sin dar crédito y pugnaba contra sus sentidos.

—¿Qué tal? —dijo Scrooge, mordaz y frío como de costumbre—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Mucho! —Era la voz de Marley, no cabía la menor duda.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién fui.

—Muy bien, ¿quién fuiste? —accedió Scrooge, alzando la voz—. Como fantasma, eres algo especial. —Iba a decir «para un fantasma», pero consideró más oportuno lo primero.

—En vida fui tu socio, Jacob Marley.

—¿Puedes... puedes sentarte? —preguntó Scrooge, mirándolo dubitativo.

—Sí.

—Siéntate, pues.

Scrooge le había hecho tal pregunta porque ignoraba si un fantasma tan transparente podía estar en condiciones de ocupar una silla, y consideró que, en caso de que no hubiese podido, la situación requeriría una embarazosa explicación. Mas el fantasma tomó asiento al otro lado de la chimenea, como si estuviera habituado a ello.

—No crees en mí —observó el fantasma.

—No —confirmó Scrooge.

—¿Qué prueba de mi existencia precisas, además de las que te proporcionan tus sentidos?

—No lo sé —contestó Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque cualquier nimiedad los afecta —respondió Scrooge—. El más leve trastorno estomacal basta para que me engañen. Tú bien podrías ser un pedazo de carne indigesto, o un grumo de mostaza, una migaja de queso, o un trozo de patata mal cocida. Seas lo que seas, ino hay en ti más de sepultura que de fritura!

Scrooge no era muy dado a improvisar chistes ni en modo alguno tenía ánimo para bromear en aquel momento. La verdad es que trataba de ser ingenioso para distraerse y controlar el terror que lo atenazaba, pues la voz del espectro lo alteraba hasta el mismísimo tuétano.

Scrooge presentía que si seguía mirando un instante más en silencio aquellos ojos exánimes y vítreos sería su perdición. Había, de hecho, algo espantoso en el aura infernal que envolvía al espectro. Scrooge no alcanzaba a verla, pero tenía la certeza de su presencia, pues, aunque el fantasma permanecía sentado e inmóvil, su cabello, sus faldones y sus borlas seguían agitándose como sacudidas por las vaharadas de un horno.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo rápidamente a la carga por el motivo esgrimido y deseando apartar de sí, aunque fuera por un segundo, la mirada pétrea de aquella visión.

—Sí —contestó el fantasma.

—No lo estás mirando —replicó Scrooge.

—Sin embargo, lo veo —insistió el fantasma.

—¡Muy bien! —dijo Scrooge—. Bastaría con que me lo tragara para vivir el resto de mis días perseguido por una legión de duendes, todos de mi creación. ¡Paparruchas! ¡Te digo que no son más que paparruchas!

Al oír aquello, el espíritu profirió un grito espeluznante y sacudió la cadena produciendo un ruido tan lúgubre y espantoso que Scrooge se aferró a la butaca para no caer desvanecido. Pero aún mayor fue su horror cuando el fantasma se quitó la venda de la cabeza, como si le diese demasiado calor llevarla dentro de casa, ¡y la mandíbula inferior le cayó sobre el pecho!

Scrooge se desplomó de rodillas y unió las manos delante de la cara.

—¡Piedad! —imploró—. ¿Por qué me atormentas, horrenda aparición?

—¡Hombre de poca fe! —replicó el fantasma—. ¿Crees o no en mí?

—Creo —contestó Scrooge—. Debo creer en ti, pero ¿por qué deambulan por la tierra los espíritus y por qué acuden a mí?

—El espíritu que todo hombre alberga en su interior —respondió el fantasma— está obligado a relacionarse con sus semejantes y a viajar por todas partes; si no lo hace en vida, queda condenado a hacerlo tras la muerte, sentenciado a vagar por el mundo, ¡ay de mí!, y ser testigo de aquello que ya no puede compartir, pero ¡que podría haber compartido en la tierra y haber transformado en felicidad!

El espectro volvió a proferir un grito, sacudió la cadena y se retorció las fantasmagóricas manos.

—Estás encadenado —dijo Scrooge, trémulo—. Explícame el motivo.

—Arrastro la cadena que forjé en vida —respondió el fantasma—. Yo la hice, eslabón a eslabón, metro a metro; me la ceñí por voluntad propia, y por voluntad propia la llevo. ¿Te resulta extraña su composición?

Scrooge cada vez temblaba más.

—¿O quieres conocer —prosiguió el fantasma— el peso y la longitud de la que tú mismo arrastras? Ya era tan larga y pesada como esta hace siete nochebuenas. Desde entonces, no has dejado de trabajar en ella. ¡Es una cadena gravosa!

Scrooge paseó la mirada por el suelo, a su alrededor, como esperando encontrarse rodeado de cincuenta o sesenta brazas de hierro trenzado, pero no vio nada.

—¡Jacob! —exclamó, con voz suplicante—. ¡Viejo Jacob Marley, dime más! ¡Dime algo que me sirva de consuelo, Jacob!

—No tengo ningún consuelo que ofrecerte —respondió el fantasma—. El consuelo procede de otras comarcas, Ebenezer Scrooge, y lo proveen otros ministros a otra clase de hombres. Tampoco puedo decirte lo que quisiera. Poco más se me permite. No puedo reposar, no puedo quedarme, no puedo demorarme. Escúchame con atención: mi espíritu nunca fue más allá de nuestra contaduría; en vida, mi espíritu

nunca se aventuró más allá de los estrechos límites de nuestro cuchitril de cambistas, ¡y qué fatigosas jornadas me aguardan ahora!

Siempre que adoptaba una actitud meditabunda, Scrooge tenía el hábito de introducir las manos en los bolsillos del pantalón. Y así lo hizo al sopesar lo que el fantasma había dicho, pero sin alzar la mirada ni ponerse en pie.

—Debes de haber sido algo lento al respecto, Jacob —observó Scrooge con tono profesional, aunque también con humildad y deferencia.

—¡Lento! —repitió el fantasma.

—Siete años muerto —musitó Scrooge—, ¿y sin parar de viajar todo el tiempo?

—Todo el tiempo —confirmó el fantasma—. Sin reposo, sin paz. Con la incesante tortura del remordimiento.

—¿Viajas deprisa? —preguntó Scrooge.

—En las alas del viento —contestó el fantasma.

—Debes de haber sobrevolado grandes territorios en siete años —dijo Scrooge.

Al oír esto, el fantasma lanzó otro alarido y sacudió la cadena produciendo tal estrépito en el silencio mortal de la noche que el sereno habría tenido motivo para sancionarlo por escándalo público.

—¡Oh, cautivo, atado y doblemente aherrojado —sollozó el fantasma—, ignorante de que son necesarios años y años de incesante labor de criaturas inmortales para que la tierra pueda acceder a la eternidad después de haber hecho en ella todo el bien posible! ¡Ignorante de que todo espíritu cristiano que obre gentilmente en su reducida esfera, sea cual fuere, encontrará la vida demasiado breve para las inmensas posibilidades que tiene de prestar servicio! ¡Ignorante de que ningún arrepentimiento enmendará las oportunidades desaprovechadas de la vida! ¡Y, sin embargo, ese fui yo! ¡Oh, ese fui yo!

—Pero siempre fuiste un buen hombre de negocios, Jacob —balbució Scrooge, que empezaba a sentirse identificado con sus palabras.

—¡Negocios! —gritó el fantasma, retorciéndose de nuevo las manos—. El género humano era mi negocio. El bien común era mi negocio. La caridad, la misericordia, la paciencia y la benevolencia; todo eso era mi negocio. ¡Los tratos comerciales no eran más que una gota de agua en el inmenso océano de mis obligaciones!

Alargó el brazo, agarró la cadena como si esta fuera la causa de todo su vano sufrimiento y la arrojó al suelo con violencia.

—En esta época del año —dijo el espectro— es cuando más sufro. ¿Por qué caminaba entre multitud de congéneres con la mirada gacha y nunca la alzaba hacia esa bendita Estrella que guió a los Reyes Magos hasta una humilde morada? ¿Acaso no había hogares pobres hasta los que su luz podría haberme guiado?

Scrooge estaba demasiado consternado para asimilar las raudas palabras del fantasma y empezó a temblar incontroladamente.

—¡Escúchame! —gritó el fantasma—. ¡Se me acaba el tiempo!

—Te escucharé —contestó Scrooge—, pero ¡no seas cruel conmigo! ¡Déjate de florituras, te lo suplico!

—No sabría explicarte la razón por la que me aparezco ante ti de forma visible, cuando he estado sentado a tu lado días y días sin que pudieras verme.

No era una idea agradable. Scrooge se estremeció y se enjugó el sudor de la frente.

—No es una faceta llevadera de mi penitencia —prosiguió el fantasma—. He venido esta noche para advertirte de que aún tienes una posibilidad y una esperanza de eludir mi sino. Una oportunidad y una esperanza que yo te he procurado, Ebenezer.

—Siempre fuiste un buen amigo —dijo Scrooge—. ¡Gracias!

—Te visitarán Tres Espíritus —añadió el fantasma.

A Scrooge se le desencajó el rostro casi tanto como antes al fantasma.

—¿Son esas la oportunidad y la esperanza de las que hablabas, Jacob? —preguntó con voz titubeante.

—En efecto.

—Creo... creo que prefiero no tenerlas —dijo Scrooge.

—Sin sus visitas —repuso el fantasma—, no confíes en evitar el sendero que yo recorro. Recibirás la primera mañana, cuando la campana dé la una.

—¿No sería posible recibirlos a los tres a la vez y acabar cuanto antes, Jacob? —insinuó Scrooge.

—La segunda se producirá pasado mañana, a la misma hora. La tercera, el día siguiente, cuando la última campanada de las doce deje de vibrar. No volverás a verme, y, por tu bien, irecuerda lo que ha sucedido entre nosotros!

Dicho lo cual, el espectro recogió el pañuelo de la mesa y se envolvió la cabeza con él, tal como lo llevaba al llegar. Scrooge supo que así lo había hecho por el ruido seco que produjeron sus dientes cuando el vendaje volvió a encajar las mandíbulas. Se aventuró a alzar la mirada de nuevo y encontró a su sobrenatural visitante frente a él, con porte erguido y la cadena enrollada en un brazo.

La aparición empezó a alejarse de él retrocediendo, y, con cada paso que daba, la ventana se abría un poco más, de modo que al llegar a ella la encontró completamente abierta. El espectro indicó a Scrooge que se aproximase, y este así lo hizo. Cuando estuvo a dos pasos de él, el Fantasma de Marley alzó una mano para advertirle de que no se acercase más. Scrooge se detuvo.

Lo hizo más por sorpresa y miedo que por obediencia, pues en cuanto el fantasma levantó la mano él empezó a percibir ruidos extraños en el aire, sonidos incoherentes de lamento y pesar, gemidos de indecible aflicción y culpa. Tras escuchar un momento, el espectro se sumó a la triste endecha y se elevó hacia la oscura e inhóspita noche.

Scrooge se acercó a la ventana corroído por la curiosidad y se asomó.

El aire estaba repleto de fantasmas que vagaban de un lado al otro con agitada premura y sin dejar de gemir. Como el Fantasma de Marley, todos ellos cargaban con cadenas; algunos (tal vez gobiernos culpables) iban encadenados entre sí; ninguno estaba libre de ellas. Scrooge había conocido a muchos de ellos cuando aún vivían. Había tenido una estrecha relación con un viejo fantasma que llevaba un chaleco blanco y una monstruosa caja de caudales de hierro atada a un tobillo y que lloraba compungido por resultarle imposible ayudar a una desdichada mujer y a un niño, a los que veía abajo, en el umbral de una

puerta. Era evidente que el tormento de todos ellos se debía a que deseaban intervenir, para bien, en asuntos humanos y habían perdido para siempre la capacidad de hacerlo.

No habría sabido decir si aquellas criaturas se disolvieron en la niebla o si la niebla las envolvió. Pero tanto ellas como sus voces espectrales desaparecieron a un tiempo, y la noche volvió a ser como cuando había llegado a casa.

Scrooge cerró la ventana y examinó la puerta por la que había entrado el fantasma. Estaba cerrada con dos vueltas, las que él mismo había dado, y los cerrojos estaban intactos. Intentó decir «¡Paparruchas!», pero se interrumpió en la primera sílaba. Y, ya fuera por las emociones que había vivido, o por las fatigas del día, o por el atisbo del Mundo Invisible, o por la deprimente conversación del fantasma, o por lo tardío de la hora, el caso es que sintió una necesidad perentoria de descansar, así que se fue directo a la cama, sin desvestirse siquiera, y se quedó dormido al instante.

SEGUNDA ESTROFA

EL PRIMERO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Cuando Scrooge despertó, la oscuridad era tan densa que desde la cama apenas alcanzaba a distinguir la ventana transparente de las paredes opacas del dormitorio. Trataba de perforar la penumbra con sus ojos de hurón cuando las campanas de una iglesia cercana dieron los tres cuartos; aguardó atento para saber qué hora era.

Para su tremendo asombro, la pesada campana dio las siete después de las seis, y a continuación las ocho, y prosiguió hasta las doce, y entonces enmudeció. ¡Las doce! Pasaba de las dos cuando se había acostado. Aquel reloj debía de ir mal. Algún carámbano debía de haberse incrustado en la maquinaria. ¡Las doce!

Tocó el resorte de su reloj de repetición para rectificar a aquel absurdo cachivache. Su pulso ligero latió doce veces y se detuvo.

—¿Cómo? ¡No es posible —exclamó Scrooge— que haya dormido un día entero y parte de la noche! ¡No es posible que le haya ocurrido algo al sol y que sean las doce del mediodía!

Ante aquella alarmante idea, saltó de la cama y se fue a tientas hasta la ventana. Tuvo que quitar la escarcha frotándola con la manga de la bata para poder ver algo, y aun así fue poco lo que vio. Lo único que consiguió comprobar fue que tanto la niebla como el frío seguían siendo intensos, y que no se oía el trasiego agitado de gente, como sin duda tendría que haber sido el caso de haber vencido la noche al claro día y haberse adueñado del mundo. Un gran alivio, porque aquello de «A tres días vista de esta Primera Letra de Cambio páguese al señor Ebenezer Scrooge o a su orden» y demás se habría convertido en un mero pagaré de Estados Unidos si no quedaban días por contar.

Scrooge volvió a acostarse y caviló sobre aquello una y otra vez, sin sacar nada en claro. Cuanto más cavilaba, más desconcertado se sentía, y cuanto más intentaba dejar de cavilar, tanto más lo hacía.

El Fantasma de Marley lo acosaba en extremo. Cada vez que, tras una concienzuda reflexión, concluía que todo aquello no había sido más que un sueño, sus pensamientos retrocedían de nuevo, como un fuerte

muelle al liberarlo, a la posición inicial, y planteaban el mismo problema aún sin solventar: ¿se trataba o no de un sueño?

Scrooge seguía tendido en ese estado cuando la campana dio de nuevo los tres cuartos, y entonces recordó súbitamente que el fantasma le había advertido de una visita cuando sonara la una. Decidió quedarse en la cama hasta que pasara la hora y, pensando que tan imposible era que se durmiera como que fuera al cielo, tal vez fue la decisión más prudente que pudo haber tomado.

Aquel cuarto se le hizo tan largo que más de una vez tuvo el convencimiento de que se había adormilado y no había oído el reloj. Finalmente, este irrumpió en su atento oído.

«¡Talán, talán!».

—Y cuarto —dijo Scrooge, contando.

«¡Talán, talán!».

—Y media —dijo Scrooge.

«¡Talán, talán!».

—Menos cuarto —dijo Scrooge.

«¡Talán, talán!».

—¡La hora! —exclamó Scrooge, triunfal—. ¡Y nada!

Dijo eso antes de que sonara la última campanada, que lo hizo entonces con una profunda, grave, cavernosa y melancólica **UNA**. Al instante, la habitación se iluminó y se descorrieron los cortinajes de la cama.

Doy fe de que fue una mano lo que descorrió las cortinas. No las del pie de la cama, ni las de la cabecera, sino las del lateral hacia el que tenía vuelto el rostro. Las cortinas se descorrieron, y Scrooge, sobresaltado, se incorporó levemente y se encontró cara a cara con el visitante ultraterrenal que las había descorrido: tan cerca de él como ahora lo estoy yo de ustedes, pues estoy, en espíritu, a su lado.

Era una figura extraña, como un niño; y, sin embargo, no parecía tanto un niño como un anciano visto a través de algún elemento sobrenatural que le diera el aspecto de haber retrocedido en el campo visual hasta quedar reducido a las proporciones de un niño. Su cabello,

que colgaba por su cuello y espalda, era blanco, como por efecto de la edad, si bien en su rostro no había una sola arruga y su tez lucía delicada y lozana. Sus brazos, al igual que las manos, eran largos y recios, como poseedores de una fuerza excepcional. Los llevaba desnudos, como los pies, que también eran de delicadas formas. Vestía una túnica de un blanco immaculado y, alrededor de la cintura, un bruñido cinturón de hermoso lustre. Sostenía una rama de acebo en una mano y, en curiosa contradicción con tan invernal emblema, flores estivales adornaban su ropaje. Pero lo más extraño en él era el haz de luz clara y brillante que brotaba de su coronilla y que hacía que todo aquello fuera visible; sin duda, tal era el motivo por el que cuando el ánimo decaía emplease a modo de gorro el enorme apagavelas que llevaba bajo el brazo.

Con todo, cuando lo observó con mayor detenimiento, Scrooge vio que tampoco eso era lo más extraño en él, pues el cinturón centellaba y refulgía, ahora en un punto, ahora en otro, y lo que en un momento estaba iluminado, al siguiente quedaba a oscuras; así, la nitidez de la figura iba fluctuando: en un instante parecía un ente con un solo brazo, después con una sola pierna, más tarde con veinte piernas, luego con dos piernas pero sin cabeza, a continuación una cabeza sin cuerpo; pues de aquellas partes que desaparecían no se veía ni el menor perfil en la densa penumbra en la que se fundían. Y, lo más asombroso, reaparecían nuevamente con mayor nitidez y claridad.

—¿Es usted, señor, el Espíritu cuya llegada me fue anunciada? — preguntó Scrooge.

—¡Yo soy!

Su voz era suave y dulce. Especialmente tenue, como si, en lugar de encontrarse frente a él, hablase desde lejos.

—¿Quién y qué es usted? —quiso saber Scrooge.

—Soy el Fantasma de la Navidad del Pasado.

—¿Un pasado lejano? —preguntó Scrooge mientras observaba su minúscula estatura.

—No. Tu pasado.

Es posible que Scrooge no hubiera sabido explicar por qué, si acaso alguien le hubiese preguntado, pero sentía el deseo de ver al Espíritu con el gorro puesto, y le rogó que se cubriese.

—¿Cómo?! —exclamó el fantasma—. ¿Tan pronto quieres apagar con tus manos mundanas la luz que procuro? ¿Acaso no te basta con ser uno de aquellos cuyas pasiones confeccionaron este gorro y me obligaron a llevarlo calado hasta las cejas durante siglos?

Scrooge negó reverentemente haber tenido intención de ofenderle y albergar el menor conocimiento de haber «cubierto» deliberadamente al Espíritu en ningún momento de su vida. Luego se atrevió a preguntarle qué asunto le había llevado allí.

—¡Tu bienestar! —contestó el fantasma.

Scrooge expresó todo su agradecimiento, no sin pensar que una noche de plácido sueño habría sido más eficaz para alcanzar tal fin. El Espíritu debió de oír sus pensamientos, pues de inmediato dijo:

—De modo que protestas. ¡Prepárate!

Mientras decía esto, alargó su poderosa mano y lo tomó suavemente del brazo.

—¡Levántate y acompáñame!

De nada le habría servido a Scrooge aducir que ni el tiempo ni la hora eran los adecuados para salir a pasear; que la cama estaba caliente y el termómetro, muy por debajo del punto de congelación; que iba muy ligero de ropa con las zapatillas, la bata y el gorro de dormir, y que estaba resfriado. Aquella mano que le asía, si bien con la delicadeza de una mujer, era ineludible. Se levantó, pero, al ver que el Espíritu se encaminaba a la ventana, le agarró de la túnica con actitud suplicante.

—Soy mortal —objetó Scrooge— y podría caerme.

—Bastará con que te toque aquí —dijo el Espíritu, posando una mano sobre su corazón—, ¡y te sostendré en muchos otros lugares!

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, ambos atravesaron la pared y se encontraron en un camino que cruzaba la campiña, con tierras de labranza a ambos lados. La ciudad había desaparecido por completo. No se veía de ella el menor vestigio. La oscuridad y la bruma habían desaparecido con ella, dando paso a un día claro, frío e invernal, y a un paisaje cubierto de nieve.

—¡Santo cielo! —exclamó Scrooge, uniendo las manos mientras miraba a su alrededor—. ¡Yo nací aquí! ¡Aquí pasé mi infancia!

El Espíritu lo miró con benevolencia. Su suave tacto, aunque delicado y efímero, parecía seguir afectando a las percepciones sensoriales del anciano. ¡Percibía un millar de olores flotando en el aire, cada uno de ellos vinculado a otros tantos pensamientos, y esperanzas, y alegrías y preocupaciones olvidadas desde hacía mucho, mucho tiempo!

—Te tiembla el labio —observó el fantasma—. ¿Y qué es eso que tienes en la mejilla?

Scrooge musitó, con una voz insólitamente trémula, que era una espinilla, y suplicó al fantasma que le llevara a donde tuviera a bien llevarle.

—¿Recuerdas el camino? —preguntó el Espíritu.

—¡Que si lo recuerdo! —contestó Scrooge, enfervorizado—. Podría recorrerlo con los ojos vendados.

—¡Qué extraño haberlo olvidado durante tantos años! —comentó el fantasma—. Pongámonos en marcha, pues.

Mientras avanzaban por el camino, Scrooge fue reconociendo cada portilla, cada poste, cada árbol, hasta que una pequeña población con mercado apareció en la distancia, con su puente, su iglesia y su sinuoso río. Entonces vieron varios potros lanudos que trotaban en su dirección montados por chiquillos, que llamaban a otros que iban en carros y carretas conducidos por campesinos. Todos ellos estaban alborozados y se gritaban entre sí, hasta que la vastedad de aquellas tierras quedó tan inundada de alegre música que hasta el aire fresco reía al oírla.

—Todo esto no son más que sombras de lo que ha sido —dijo el fantasma—. No advierten nuestra presencia.

Los alegres paseantes iban acercándose a ellos; Scrooge los conocía a todos y pronunció sus nombres. ¿Por qué le producía semejante regocijo volver a verlos? ¿Por qué sus fríos ojos refulgieron y su corazón dio un respingo cuando pasaron junto a él? ¿Por qué se sintió colmado de gozo cuando los oyó felicitarse la Navidad al separarse en los cruces y los desvíos de caminos vecinales para dirigirse a sus respectivos hogares? ¿Qué significaba la feliz Navidad para Scrooge? ¡Nada de feliz Navidad! ¿Qué bien le había hecho a él en la vida?

—La escuela no está totalmente vacía —dijo el fantasma—. Aún

queda dentro un niño solitario, abandonado por sus amigos.

Scrooge admitió que lo sabía. Y sollozó.

Abandonaron el camino principal y enfilaron un sendero que Scrooge recordaba muy bien, por el que enseguida llegaron a una mansión de ladrillo rojo desvaído, con una cúpula en el tejado coronada por una pequeña veleta de la que colgaba una campanilla. Era una casa grande, aunque venida a menos, pues las espaciosas estancias apenas parecían utilizadas, las paredes estaban húmedas y mohosas, las ventanas rotas, y los portones desvencijados. En los establos cloqueaban y se pavoneaban aves de corral, y las cocheras y los cobertizos estaban invadidos por la hierba. El interior no conservaba mejor su antiguo esplendor, pues, cuando accedieron al inhóspito vestíbulo y atisbaron por las puertas abiertas de numerosas estancias, las encontraron pobremente amuebladas, frías y desoladas. Había un regusto terroso en el aire, una desnudez gélida en el lugar, que en cierto modo tenía relación con el exceso de madrugones y la escasez de alimento.

El fantasma y Scrooge cruzaron el vestíbulo hasta llegar a una puerta situada en la parte posterior de la casa. Ésta se abrió ante ellos y dio paso a una estancia alargada, triste y desnuda, desnudez más acentuada aún por las hileras de sencillos bancos y pupitres de madera de pino. En uno de ellos, un muchacho solitario leía junto a una débil lumbre; Scrooge se sentó en un banco y lloró al ver al pobre niño olvidado que había sido.

Ni uno solo de los ecos latentes de la casa, ni un chirrido o correteo de los ratones tras los paneles que cubrían las paredes, ni una gota cayendo del canalón medio congelado en el lóbrego patio trasero, ni un suspiro entre las ramas desnudas de un abatido álamo, ni una oscilación perezosa de la puerta de una despensa vacía, no, ni un solo chisporroteo en la chimenea dejaron de llegar al corazón de Scrooge con su enternecedora influencia, y dieron rienda suelta a sus lágrimas.

El Espíritu le tocó el brazo y señaló a su yo más joven, que estaba absorto en la lectura. De pronto, un hombre ataviado con una extraña indumentaria, maravillosamente real y nítido, apareció al otro lado de la ventana con un hacha sujeta al cinturón y llevando del ronzal a un asno cargado de leña.

—Pero ¡si es Alí Babá! —exclamó Scrooge, extasiado—. ¡Mi querido, viejo y honrado Alí Babá! ¡Sí, sí, lo conozco! Unas navidades, cuando dejaron aquí solo a aquel niño solitario, él vino por primera vez, igual que ahora. ¡Pobre muchacho! Y Valentine —añadió Scrooge—, y el

salvaje de su hermano, Orson. ¡Ahí están! Y aquel otro, ¿cómo se llamaba?, al que dejaron en calzones, dormido, a las puertas de Damasco, ¿lo ve? Y el mozo de cuadra del sultán, al que los genios pusieron del revés; ¡ahí está, cabeza abajo! ¡Bien merecido lo tiene! ¡Me alegro! ¿Con qué derecho iba a casarse con la princesa?

El fervor con que Scrooge hablaba de aquello, con una singular voz a medio camino entre la risa y el llanto, y su rostro exaltado y acalorado habrían sorprendido sobremanera a los hombres de negocios con los que trataba en la ciudad, habituados a su seriedad.

—¡Ahí está el loro! —gritó Scrooge—. El cuerpo verde y la cola amarilla, con algo parecido a una lechuga en la coronilla, ¡ahí está! «Pobre Robinson Crusoe», lo llamaba cuando volvía a casa después de circunnavegar la isla. «Pobre Robinson Crusoe, ¿dónde has estado, Robinson Crusoe?». El hombre creía estar soñando, pero no. Era el loro, ¿sabe? ¡Ahí va Viernes, corriendo hacia la ensenada para salvar la vida! ¡Eh! ¡Vamos! ¡Corre!

Entonces, con una rápida transición muy poco propia de su carácter, dijo, compadeciéndose de su antiguo yo:

—¡Pobre muchacho! —Y volvió a llorar—. Desearía... —añadió, metiendo una mano en el bolsillo y mirando a su alrededor después de enjugarse los ojos con la manga—. Pero ahora ya es demasiado tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Espíritu.

—Nada —contestó Scrooge—. Nada. Anoche un chico vino a cantar un villancico a mi puerta. Debería haberle dado algo. Nada más.

El fantasma sonrió pensativo y agitó una mano, al tiempo que decía:

—Veamos otra Navidad.

Con estas palabras, el anterior yo de Scrooge creció, y el aula se tornó algo más oscura y sucia. Los paneles menguaron; las ventanas se rompieron; pedazos de yeso cayeron del techo, dejando a la vista las vigas; pero de cómo se había obrado todo esto, Scrooge no sabía más que ustedes. Solo sabía que todo aquello había sucedido, y que había sucedido así, que allí estaba él, de nuevo solo, cuando los demás chicos habían vuelto a casa para disfrutar de unas alegres vacaciones.

En ese momento no leía, sino que caminaba de un lado al otro desesperado. Scrooge miró al fantasma y, sacudiendo afligido la

cabeza, dirigió una mirada ansiosa a la puerta.

Ésta se abrió, y una chiquilla, mucho menor que el muchacho, entró como un rayo, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó repetidas veces mientras se refería a él como su «querido, querido hermano».

—¡He venido para llevarte a casa, querido hermano! —dijo la niña, dando palmadas con sus manos diminutas y retorciéndose de risa—. ¡Para llevarte a casa, a casa, a casa!

—¿A casa, pequeña Fan? —preguntó el muchacho.

—¡Sí! —contestó la niña, rebosante de júbilo—. A casa para siempre. A casa para siempre jamás. Ahora padre está mucho más cariñoso que antes, ¡y nuestra casa parece el cielo! Una feliz noche, cuando iba a acostarme, me habló con tanta dulzura que no me dio miedo preguntarle una vez más si podrías volver a casa, y dijo que sí, que era lo mejor, y me ha enviado con un coche para llevarte a casa. ¡Y deberás comportarte como un hombre! —dijo la niña, con los ojos como platos—. Y nunca volverás aquí, pero antes debemos celebrar juntos las navidades y pasar el tiempo más alegre del mundo.

—¡Eres toda una mujer, pequeña Fan! —exclamó el muchacho.

Ella siguió dando palmadas y riéndose, e intentó tocarle la cabeza, pero, como era tan pequeña, volvió a reír y se puso de puntillas para abrazarlo. Luego empezó a tirar de él, en su impaciencia infantil, hacia la puerta, y él la acompañó de muy buen grado.

Una voz terrible gritó en el vestíbulo «¡Bajad aquí el baúl del señor Scrooge!», y al instante apareció el director de la escuela en persona, que dirigió al señor Scrooge una mirada cargada de feroz condescendencia y le estrechó la mano, gesto que le causó un profundo desasosiego. A continuación condujo al muchacho y a su hermana al salón antiguo más húmedo, oscuro y estremecedor que jamás se haya visto, con mapas colgados de las paredes y globos terráqueos y celestes en las ventanas a los que el frío confería un aspecto cerúleo. Allí sacó una licorera con un vino curiosamente claro y un pastel curiosamente apelmazado, y sirvió una ración de ambas exquisiteces a los jóvenes al tiempo que enviaba a un escuálido sirviente a ofrecerle un vaso de «algo» al mozo del carruaje, quien contestó que daba las gracias al caballero, pero que, si lo que le ofrecían procedía de la misma espita que lo que había probado en anteriores ocasiones, prefería no tomarlo. Con el baúl del señor Scrooge ya amarrado al techo del carruaje, los niños se despidieron gustosos del director, subieron al asiento y cruzaron alegremente el jardín, mientras las veloces ruedas

pulverizaban la escarcha y la nieve que se desprendían como el rocío de las oscuras hojas de los árboles de hoja perenne.

—Fue siempre una criatura tan delicada que un leve soplo podría haberla marchitado —dijo el fantasma—. Pero tenía un gran corazón!

—Sí, lo tenía —sollozó Scrooge—. Tiene razón, y no seré yo quien lo niegue, Espíritu. ¡Dios me libre!

—Murió siendo ya una mujer —añadió el fantasma—, y, según tengo entendido, tuvo hijos.

—Un hijo —puntualizó Scrooge.

—Cierto —dijo el fantasma—. ¡Tu sobrino!

Scrooge pareció algo incómodo, y se limitó a contestar:

—Sí.

Aunque apenas acababan de dejar la escuela atrás, se encontraban ya en las bulliciosas calles de una ciudad, donde umbríos transeúntes pasaban y repasaban, donde umbríos carruajes y coches pugnaban por abrirse paso, y donde estaba presente todo el tumulto y el estrépito propios de una ciudad real. La decoración de los comercios evidenciaba que también allí era Navidad, pero como ya había anochecido, las calles estaban iluminadas.

El fantasma se detuvo frente a la puerta de cierto almacén y preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¡Que si lo conozco! —contestó Scrooge—. ¿Acaso no me pusieron aquí de aprendiz?

Entraron. Al ver a un anciano caballero tocado con una peluca galesa y sentado tras un mostrador tan alto que, de haber medido él dos centímetros más, habría tocado el techo con la cabeza, Scrooge gritó, presa de la emoción:

—Pero ¡asi es el viejo Fezziwig! ¡Santo Dios, Fezziwig vivo otra vez!

El viejo Fezziwig dejó la pluma y alzó la mirada al reloj, que marcaba las siete. Se frotó las manos, se ajustó el amplio chaleco, se rió con todo su ser, desde la punta de los zapatos hasta el órgano de la benevolencia, y gritó con una voz afable, melosa, potente, rotunda y jovial:

—¡Eh, vosotros! ¡Ebenezer! ¡Dick!

El antiguo yo de Scrooge, ya todo un joven, entró brioso acompañado de su compañero aprendiz.

—¡Seguro que es Dick Wilkins! —le dijo Scrooge al fantasma—. ¡Válgame Dios, sí! Ahí está. Me tenía un gran aprecio, Dick. ¡Pobre Dick! ¡Señor, señor!

—¡Hala, chicos! —dijo Fezziwig—. Se acabó el trabajo por hoy. ¡Es Nochebuena, Dick! ¡Es Navidad, Ebenezer! ¡Vamos a cerrar —vociferó el viejo Fezziwig dando una sonora palmada— en menos que canta un gallo!

¡Costaría creer la rapidez con que los dos chicos se pusieron manos a la obra! Salieron a la calle con los postigos —uno, dos, tres—, los colocaron en su sitio —cuatro, cinco, seis—, pasaron las barras y echaron los cerrojos —siete, ocho, nueve— y volvieron dentro antes de lo que se tarda en contar hasta doce, jadeantes como caballos de carreras.

—¡Vamos allá! —gritó el viejo Fezziwig, y saltó desde el alto mostrador con pasmosa agilidad—. ¡Despejemos esto, muchachos; tenemos que hacer mucho sitio! ¡Vamos, Dick! ¡Ánimo, Ebenezer!

¡Despejar aquello! No había nada que no quisiesen o pudiesen despejar bajo la mirada del viejo Fezziwig. Y lo hicieron en un minuto. Retiraron todo lo movable, como desechándolo de la vida pública para siempre; barrieron y fregaron el suelo, adornaron las lámparas, amontonaron más carbón junto al fuego, y el almacén quedó transformado en el acogedor, cálido, seco y luminoso salón de baile en el que uno desearía encontrarse una noche de invierno.

Entró un violinista con un libro de partituras, se dirigió al elevado mostrador y lo convirtió en una orquesta; los chirridos que emitió al afinar eran equiparables a cincuenta dolores de barriga. Entró la señora Fezziwig, luciendo una amplia y desbordante sonrisa. Entraron las tres señoritas Fezziwig, radiantes y adorables. Entraron los seis jóvenes pretendientes con el corazón roto por ellas. Entraron todos y todas las jóvenes empleadas del comercio. Entró la criada con su primo, el panadero. Entró la cocinera con el mejor amigo de su hermano, el lechero. Entró el chico que vivía enfrente, al que se sospechaba que su patrón no alimentaba bien, intentando esconderse detrás de la chica que vivía al lado, a la que se sabía que su señora tiraba de las orejas. Uno tras otro, todos fueron entrando, unos con timidez, otros con arrojo; unos con gracia, otros con torpeza; unos empujando, otros

tirando; de un modo u otro, todos entraron. Y allí se lanzaron todos, veinte parejas a un tiempo; con las manos medio vueltas hacia un lado y después hacia el otro, yendo hacia el centro y retrocediendo de nuevo, dando vueltas y más vueltas en diferentes figuras de afectuosa camaradería, la antigua pareja de cabeza girando siempre hacia el lado equivocado, la nueva pareja de cabeza iniciando el proceso cuando ocupaban el lugar de la anterior; al final, todas ellas parejas de cabeza... isin ninguna de cola para ayudarlas! Al ver el resultado, el viejo Fezziwig dio unas palmadas para detener el baile y gritó «¡Muy bien!», y el violinista hundió su acalorado rostro en un tanque de cerveza negra, que había sido llevado allí especialmente a tal fin. Pero, desdeñando el descanso, volvió a empezar al instante, aunque aún nadie bailaba, como si al anterior violinista lo hubieran llevado a casa exhausto en una camilla improvisada, y él fuese un hombre nuevo dispuesto a superarlo o a perecer en el intento.

Hubo más bailes, y juego de prendas, y más bailes, y hubo un pastel, y hubo ponche caliente, y hubo un gran pedazo de carne asada fría, y hubo otro gran pedazo de carne hervida fría, cuando el violinista (¡un perro viejo, se lo aseguro!, la clase de persona que conoce su oficio mejor de lo que ustedes o yo podríamos haberle enseñado) se arrancó con «Sir Roger de Coverley». El viejo Fezziwig sacó a bailar entonces a la señora Fezziwig, encabezando la danza de nuevo con una tarea nada fácil por delante: tres o cuatro o veinte parejas que no se amilanaban, capaces de bailar aunque no hubiesen sabido andar.

Pero, aunque hubieran sido el doble —¡o el cuádruple!—, el viejo Fezziwig habría estado a su altura, y también la señora Fezziwig. Por lo que a ella respectaba, era una mujer digna de ser su pareja, en todos los sentidos de la palabra. Si no es este elogio suficiente, díganme otro mejor y lo emplearé. Las pantorrillas de Fezziwig daban la impresión de desprender luz real. Brillaban como lunas en todas las fases de la danza. Era imposible predecir, en un momento dado, qué iba a ser de ellas a continuación. Y cuando el viejo Fezziwig y la señora Fezziwig hubieron culminado el baile —un paso adelante y otro atrás, las dos manos sobre el compañero, inclinación de cabeza y reverencia, vueltas en espiral, «enhebrar la aguja» y vuelta a su sitio—, Fezziwig lo remató con un brinco tan diestro que pareció parpadear con las piernas antes de caer sobre los pies sin titubear.

Cuando el reloj anunció las once, se dio por terminado este hogareño baile. El señor y la señora Fezziwig ocuparon sus puestos, uno a cada lado de la puerta, y, estrechando la mano a cuantos iban saliendo, desearon a todos una feliz Navidad. Cuando solo quedaban dentro los dos aprendices, hicieron lo propio con ellos; y así las jubilosas voces se extinguieron, y los dos chicos se dirigieron a sus

camas, situadas en la trastienda, bajo otro mostrador.

Durante todo este tiempo, Scrooge se había comportado como un hombre fuera de sus cabales. Había tenido el corazón y el alma en la escena, y en su antiguo yo. Lo corroboró todo, lo recordó todo, disfrutó de todo, presa de la más extraña agitación. Solo entonces, cuando los radiantes rostros de su antiguo yo y de Dick se alejaron de ellos, se acordó del fantasma y advirtió que este lo miraba fijamente, mientras la luz de su cabeza refulgía con claridad.

—Qué poco cuesta —dijo el fantasma— hacer que esa pobre gente sienta tanta gratitud.

—¡Muy poco! —repitió Scrooge.

El Espíritu le indicó con un gesto que escuchara a los dos aprendices, que se deshacían en elogios a Fezziwig, tras lo cual, dijo:

—¿Cómo? ¿No lo crees? Apenas se ha gastado unas libras de vuestro dinero terrenal; tres o cuatro, quizá. ¿Tanto es para merecer todas esas alabanzas?

—No es eso —repuso Scrooge, irritado por el comentario y hablando, sin darse cuenta, como lo habría hecho su antiguo yo y no él mismo—. No es eso, Espíritu. Él tiene la facultad de hacer que nos sintamos felices o desgraciados, de que nuestro trabajo nos resulte llevadero o gravoso, placentero o arduo. Podría decirse que su poder reside en sus palabras y sus miradas, en cosas tan sutiles e insignificantes que resulta imposible contarlas y enumerarlas. Pero ¿qué más da? La felicidad que aporta es tan grande como si costase una fortuna.

Percibió la mirada del Espíritu y se interrumpió.

—¿Qué ocurre? —preguntó el fantasma.

—Nada en particular —contestó Scrooge.

—Yo creo que sí —insistió el fantasma.

—No —dijo Scrooge—, no. Es solo que ahora mismo me gustaría tener ocasión de decirle un par de cosas a mi escribiente.

En cuanto Scrooge formuló tal deseo, su antiguo yo apagó las lámparas, y el fantasma y él volvieron a encontrarse juntos al aire libre.

—Se me acaba el tiempo —comentó el Espíritu—. ¡Deprisa!

No se dirigía a Scrooge, ni a nadie a quien este pudiera ver, y, sin embargo, sus palabras obraron un efecto inmediato, pues Scrooge se vio una vez más. En esta ocasión era mayor, un hombre en la flor de la vida. Su rostro estaba exento aún de las severas y rígidas arrugas de años posteriores, pero había empezado ya a mostrar indicios de inquietud y avaricia. Había un ademán de ansia, codicia y desasosiego en sus ojos, que empezaban a dar muestra de la pasión que ya había arraigado y donde caería la sombra de aquel árbol en ciernes.

No estaba solo, sino sentado al lado de una joven rubia vestida de luto en cuyos ojos había lágrimas que centellaban a la luz que proyectaba el Fantasma de la Navidad del Pasado.

—Poco importa —dijo ella con voz débil—. Para ti, muy poco. Otro ídolo me ha reemplazado; y, si puede alegrarte y consolarte el día de mañana, como yo habría intentado hacer, no tengo motivo para sentirme afligida.

—¿Qué ídolo te ha reemplazado? —preguntó él.

—Uno de oro.

—¡Este es el equitativo trato que dispensa el mundo! —exclamó él—. Con nada es tan implacable como con la pobreza, ¡y nada condena con tanta severidad como la persecución de la riqueza!

—Temes demasiado al mundo —repuso ella—. Todas las demás ilusiones las has fundido en la ilusión de quedar fuera del alcance de sus sórdidos reproches. He visto cómo tus más nobles aspiraciones han ido sucumbiendo una tras otra, hasta que tu mayor pasión, la del lucro, se ha adueñado de ti. ¿No es cierto?

—¿Y qué? —replicó él—. ¿Y qué, si ahora soy mucho más prudente? No he cambiado para contigo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Lo he hecho?

—Nuestro compromiso es ya antiguo. Nos comprometimos cuando ambos éramos pobres y no nos importaba seguir siéndolo hasta que, cuando llegaran mejores tiempos, pudiésemos mejorar nuestra fortuna con paciente trabajo. Has cambiado. Cuando nos comprometimos, tú eras un hombre distinto.

—Era un muchacho —dijo él, impacientado.

—En el fondo, tú también sientes que no eras el que ahora eres —contestó ella—. Yo sí. Aquella que prometió felicidad cuando éramos un solo corazón rebosa tristeza ahora que somos dos. No te diré cuántas veces y con qué detenimiento he pensado en esto. Basta con que sepas que lo he hecho y que te libero de tu compromiso.

—¿Acaso en algún momento he buscado yo esa liberación?

—No con palabras. No. Nunca.

—¿Cómo, entonces?

—Con una esencia distinta, con un espíritu alterado, con otro entorno vital, con otra esperanza como aspiración suprema. Con todo lo que, a tus ojos, confería algún valor a mi amor. Si entre nosotros no hubiese existido nunca algo así —dijo la joven, mirándolo con ternura pero también con determinación—, dime, ¿estarías pretendiéndome ahora y tratando de conquistarme? ¡Ah, no!

A su pesar, él pareció rendirse ante la justicia de tal suposición, si bien, esforzándose, dijo:

—¿Crees que no?

—Con mucho gusto creería lo contrario si pudiera —contestó ella—. ¡Bien lo sabe Dios! Si he llegado a constatar una Verdad como esta, sé lo fuerte e irresistible que debe de ser. Pero si hoy, mañana, ayer, fueses libre, ¿cómo habría de creer que elegirías a una chica sin dote? ¿Tú, que incluso en la intimidad lo mides todo por el rasero del lucro? O, si la eligieses, si por un instante fueses lo bastante infiel al principio que te guía en la vida, ¿cómo puedo estar segura de que no te arrepentirías y lo lamentarías? Lo sé, y te libero del compromiso. De todo corazón, por el amor a aquel que un día fuiste.

Él estaba a punto de hablar, pero ella, con la cabeza vuelta hacia el lado contrario, prosiguió:

—Quizá esto te duela; el recuerdo del pasado me hace albergar una pequeña esperanza de que así sea. Transcurrirá un tiempo muy, muy breve, y desecharás ese recuerdo gustosamente, como si se tratase de un sueño improductivo del que afortunadamente despertaste. ¡Que seas feliz en la vida que has elegido!

Ella se marchó, y sus caminos se separaron.

—¡Espíritu —dijo Scrooge—, no me muestre más! Lléveme a casa. ¿Por qué se complace torturándome?

—¡Una sombra más! —exclamó el fantasma.

—¡Ni una más! —gritó Scrooge—. ¡Ni una más! No quiero verla. ¡No me muestre nada más!

Pero el implacable fantasma lo aprisionó entre sus brazos y lo obligó a observar lo que sucedió a continuación.

Se encontraban en otro escenario y en otro lugar; una estancia, no demasiado espaciosa ni espléndida, pero sí muy confortable. Cerca de la lumbre invernal se sentaba una hermosa joven, tan parecida a la anterior que Scrooge creyó que era ella misma, hasta que la vio en verdad, ya una atractiva madre de familia que tenía frente a sí a su hija. El bullicio en la estancia era tremendo, pues había en ella más niños de los que Scrooge, en su agitación mental, era capaz de contar; y, a diferencia del célebre tropel del poema, no se trataba de cuarenta niños comportándose como uno solo, sino que cada uno de ellos se comportaba como cuarenta. La consecuencia era una algarabía que rayaba en lo inverosímil, pero a nadie parecía importarle; por el contrario, madre e hija reían de buena gana y disfrutaban, y la joven, que se sumó gustosa a sus juegos, no tardó en verse asaltada por aquellos bribones de la forma más despiadada. ¡Qué no habría dado yo por ser uno de ellos! Aunque yo nunca habría podido ser tan bruto, ¡no, no! Ni por todo el oro del mundo habría yo estrujado y deshecho aquel cabello trenzado, y en cuanto a aquel precioso zapatito, no lo habría arrancado, ¡Dios me libre!, ni para salvar la vida. Tampoco habría sido capaz, como hizo aquella intrépida camada, de medirle la cintura durante el juego; habría esperado que, como castigo, mi brazo quedase ceñido a ella y nunca hubiese podido volver a enderezarlo. Sin embargo, debo admitir, me habría deleitado tocar sus labios, haberle hecho preguntas para que los separase, haber contemplado las pestañas de sus ojos abatidos sin provocar un rubor, haber soltado las ondas de su cabello, de las que un solo mechón habría sido un recuerdo de valor inconmensurable; en suma: me habría gustado, lo confieso, haber dispuesto de la más ínfima de las libertades de un niño y, al mismo tiempo, haber sido lo bastante hombre para apreciar su valor.

Pero en ese momento alguien llamó a la puerta, lo cual provocó tal revuelo que la joven, con el semblante risueño y el vestido desastrado, se vio arrastrada hacia el centro de un grupo acalorado y turbulento justo a tiempo para saludar al padre, que llegó a casa ayudado por un hombre que cargaba con juguetes y regalos navideños. Luego todo fueron gritos y forcejeos, ¡y el asalto al indefenso mozo! ¡Escalaron por

él con sillas a modo de escalera para hurgar en sus bolsillos, le arrebataron los paquetes envueltos en papel de estraza, le tiraron del pañuelo, se le colgaron del cuello, y le dieron golpes en la espalda y patadas en las piernas con un cariño irrefrenable! ¡Ah, los gritos de asombro y regocijo que proseguían a la apertura de cada paquete que recibían! ¡El terrible anuncio de que habían sorprendido al bebé llevándose una sartén de juguete a la boca, y la sospecha, más que fundada, de que se había tragado un pavo de juguete que iba pegado a una fuente de madera! ¡El inmenso alivio de descubrir que había sido una falsa alarma! ¡La dicha, la gratitud y el éxtasis! Eran indescriptibles. Baste decir que, gradualmente, los niños y sus emociones fueron abandonando el salón y, de uno en uno, subieron la escalera que llevaba a la parte más alta de la casa, donde se acostaron y así se apaciguaron.

En ese momento, Scrooge contempló la escena con mayor atención cuando el cabeza de familia, con su hija cariñosamente reclinada sobre él, se sentó en su sitio habitual junto al fuego acompañado de la pequeña y de su madre; y al pensar que una criatura como aquella, tan grácil y prometedora, podría haberle llamado «padre» y ser una primavera en el demacrado invierno de su vida, a Scrooge se le nubló la vista.

—Belle —dijo el marido, volviéndose sonriente hacia su esposa—, esta tarde he visto a un viejo amigo tuyo.

—¿Quién era?

—¡Adivínalo!

—¡Cómo voy a adivinarlo! Espera... ¡ya lo sé! —exclamó de un tirón, riéndose como él—. El señor Scrooge.

—El mismo. Pasé por delante de la ventana de su despacho, y, como no estaba cerrada y había una vela encendida dentro, no pude dejar de verlo. He oído que su socio se encuentra en el umbral de la muerte, y allí estaba él, sentado solo. Completamente solo en el mundo, creo yo.

—¡Espíritu —dijo Scrooge con la voz quebrada—, sáqueme de este sitio!

—Ya te dije que solo son sombras de cosas que han sido —repuso el fantasma—. Son lo que son, ¡no me culpes!

—¡Sáqueme de aquí! —suplicó Scrooge—. ¡No puedo soportarlo!

Se volvió hacia el fantasma y, al ver que lo miraba con una cara en la que, de algún modo extraño, había fragmentos de todos los rostros que le había mostrado, forcejeó con él.

—¡Déjeme! ¡Lléveme a casa! ¡Deje de hechizarme!

En el forcejeo, si acaso puede denominarse así a aquel en el que el fantasma, sin resistencia visible por su parte, permaneció imperturbable ante los esfuerzos de su adversario, Scrooge observó que su luz era intensa y brillante, y, asociando vagamente aquello a la influencia que ejercía sobre él, le arrebató el gorro apagavelas y, con un movimiento raudo, se lo encasquetó en la cabeza.

El Espíritu menguó bajo el apagavelas hasta que este lo cubrió por entero, pero, aunque Scrooge lo presionaba con todas sus fuerzas, no conseguía extinguir la luz, que se filtraba por debajo y se derramaba intacta por el suelo.

Scrooge se sintió agotado y vencido por un sopor irresistible, y, además, vio que se encontraba en su propio dormitorio. Estrujó el gorro por última vez, tras lo cual su mano se aflojó, y apenas tuvo tiempo de llegar tambaleante a la cama antes de sumirse en un profundo sueño.

TERCERA ESTROFA

EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Tras despertar en mitad de un ronquido prodigioso e incorporarse en la cama para poner orden a sus pensamientos, Scrooge no tuvo ocasión de reparar en que la campana estaba de nuevo a punto de tocar la una. Le asaltó la sensación de haber recobrado la conciencia justo a tiempo para conferenciar con el segundo mensajero que se le enviaba por mediación de Jacob Marley. Sintió un desagradable escalofrío cuando empezó a preguntarse cuál de las cortinas descorrería aquel nuevo espectro, por lo que decidió recogerlas todas él mismo; luego se tumbó de nuevo y se dedicó a otear atentamente alrededor de la cama, pues quería plantar cara al Espíritu en el mismo instante en que apareciese, y no que este le sorprendiera desprevenido y le pusiera nervioso.

Los caballeros de naturaleza displicente que presumen de conocer uno o dos ardides y de, por lo general, estar a la altura de las circunstancias, ponen de manifiesto sus grandes dotes para la aventura asegurando que todo se les da bien, desde la rayuela hasta el homicidio, extremos entre los cuales, indudablemente, cabe una exhaustiva y tolerable variedad de temas. Sin aventurar en Scrooge semejante audacia, no tengo reparo en instarles a creer que estaba preparado para presenciar una amplia gama de apariciones extrañas, y que ninguna de las comprendidas entre un bebé y un rinoceronte le habría sorprendido en exceso.

Así, preparado para casi cualquier cosa, en absoluto lo estaba para la nada, y, por consiguiente, cuando la campana dio la una y no apareció forma alguna, a Scrooge le arrebataron unos violentos temblores. Pasaron cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora, y nada. Todo ese tiempo permaneció tendido en la cama, núcleo y centro de un resplandor de luz rojiza que se derramó sobre ella cuando el reloj marcó la hora y que, tratándose solo de luz, resultaba más inquietante que una docena de fantasmas, pues Scrooge se veía impotente para descifrar su significado y su propósito; en algunos momentos, temió haberse transformado en un interesante caso de combustión espontánea, sin tener al menos el consuelo de saberlo. Al fin, no obstante, empezó a pensar —como ustedes y yo habríamos pensado desde el primer momento, ya que siempre es la persona que no se

encuentra en el aprieto quien sabe lo que convendría haber hecho, y con toda certeza lo habría hecho—, al fin, como decía, empezó a pensar que el origen y el secreto de aquella misteriosa luz debía de encontrarse en la estancia contigua, desde donde, después de seguir su rastro, vio que parecía irradiar. Cuando esta idea empezó a fraguar en su cabeza, se levantó sigilosamente y se dirigió a la puerta arrastrando las zapatillas.

En el mismo instante en que la mano de Scrooge se posó en la manija, una extraña voz lo llamó por su nombre y le ordenó que entrase. Scrooge obedeció.

Aquel era su salón. De eso no cabía la menor duda. Pero había experimentado una sorprendente transformación. Las paredes y el techo estaban tan cubiertos de vegetación que aquel espacio más parecía un bosquecillo donde por todas partes refulgían bayas relucientes. Las lozanas hojas de acebo, muérdago y hiedra reflectaban la luz, como si se hubiesen esparcido por el lugar infinidad de pequeños espejos; y en la chimenea crepitaban llamaradas tan imponentes como nunca había conocido aquel hogar de lóbrega piedra en toda la vida de Scrooge o de Marley, ni en muchos, muchos inviernos pasados. Amontonados en el suelo, formando una especie de trono, había pavos, gansos, piezas de caza, aves de corral, carne embutida en gelatina, grandes porciones de carne, lechones, largas ristras de salchichas, pastelillos de fruta, budines de pasas, tinas de ostras, castañas asadas, manzanas caramelizadas, jugosas naranjas, sabrosas peras, inmensos roscones de Reyes y cuencos de ponche burbujeante que empañaban la estancia con el delicioso vapor que desprendían. Cómodamente sentado en aquel sofá se hallaba un alegre gigante al que daba gusto ver y que sostenía en alto una tea llameante, de forma no muy diferente al Cuerno de la Abundancia, para que vertiera su luz sobre Scrooge en cuanto este asomó y atisbó por la puerta.

—¡Entra! —exclamó el fantasma—. ¡Entra y así podrás conocerme mejor, hombre!

Scrooge avanzó tímidamente e inclinó la cabeza ante aquel Espíritu. Ya no era el porfiado Scrooge de antes, y, aunque la mirada del Espíritu era clara y afable, prefirió no mirarle a los ojos.

—Soy el Fantasma de la Navidad del Presente —dijo el Espíritu—. ¡Mírame!

Scrooge lo hizo respetuosamente. Iba ataviado con una sencilla túnica, o manto, de color verde oscuro y ribeteada de pieles blancas. La prenda colgaba sobre él con tal holgura que su ancho pecho quedaba al

descubierto, como si desdeñase verse protegido o cubierto por artificio alguno. Sus pies, visibles bajo los grandes pliegues de la túnica, también estaban desnudos, y en la cabeza no llevaba más protección que la de una corona de acebo salpicada de carámbanos. Sus rizos, de color castaño oscuro, eran largos y caían libres, libres como su rostro amigable, sus ojos chispeantes, su mano generosa, su voz risueña, sus ademanes desinhibidos y su aspecto jovial. Ceñida a la cintura llevaba una vaina antigua, pero sin espada, y la vieja funda estaba consumida por la herrumbre.

—¡Nunca habías visto a nadie como yo! —exclamó el Espíritu.

—Nunca —logró responder Scrooge.

—¿Nunca has salido a pasear con los miembros más jóvenes de mi familia, y con esto me refiero (pues yo soy muy joven) a mis hermanos mayores, nacidos en estos últimos años? —prosiguió el fantasma.

—Creo que no —dijo Scrooge—. Me temo que no. ¿Tienes muchos hermanos, Espíritu?

—Más de mil ochocientos —contestó el fantasma.

—¡Una tremenda familia que mantener! —musitó Scrooge.

El Fantasma de la Navidad del Presente se puso en pie.

—Espíritu —dijo Scrooge, sumiso—, llévame a donde quieras. Anoche me llevaron a la fuerza y aprendí una lección que ahora está haciendo efecto. Si esta noche tienes algo que enseñarme, permíteme que lo aproveche.

—¡Toca mi manto!

Scrooge hizo lo que el gigante le indicó y lo agarró con fuerza.

Acebo, muérdago, bayas rojas, hiedra, pavos, gansos, piezas de caza, aves de corral, carne embutida en gelatina, carne asada, lechones, salchichas, ostras, pasteles, budines, fruta y ponche; todo desapareció al instante. También desaparecieron el salón, el fuego, el resplandor rojizo y la hora de la noche, y ambos se encontraron de pronto en las calles de la ciudad la mañana del día de Navidad, donde (pues el tiempo era riguroso) la gente producía una especie de música tosca pero briosa y nada desagradable al retirar la nieve de las aceras y de los tejados, mientras los niños se regocijaban viéndola estrellarse contra el pavimento y desintegrarse en pequeñas nevascas artificiales.

Las fachadas de las casas parecían negruzcas y las ventanas, aún más negras, en contraste con la lisa y blanca capa de nieve que cubría los tejados y con la que había en el suelo, algo más sucia; la última que había caído estaba ya labrada con las profundas rodadas que habían dejado las pesadas ruedas de los coches y los carros, rodadas que se cruzaban y entrecruzaban centenares de veces en las intersecciones de las grandes calles y que daban lugar a intrincados canales, difíciles de seguir en el espeso lodo amarillento y el agua helada. El cielo lucía plomizo, y las calles más cortas estaban saturadas de una lóbrega neblina, medio derretida, medio congelada, cuyas partículas más pesadas descendían en un chaparrón de átomos cenicientos, como si todas las chimeneas de Gran Bretaña se hubiesen puesto de acuerdo para prenderse a un tiempo y estuviesen disparando a discreción. No había nada alegre en el clima ni en la ciudad, pero, aun así, flotaba en el aire una alegría que ni el aire más límpido del verano ni el sol estival más resplandeciente habrían conseguido propagar.

La gente que paleaba en los tejados de las casas rebosaba jovialidad y dicha; se llamaban los unos a los otros desde los pretilos e intercambiaban jocosamente alguna que otra bola de nieve —un proyectil más benévolo que muchas befas—, se reían a carcajadas si acertaban en el blanco, y no con menos efusividad si erraban. Las pollerías aún estaban a medio abrir, y las fruterías lucían todo su esplendor. Contra sus puertas había apoyados grandes cestos llenos de castañas, redondos y panzudos, que recordaban a los chalecos de alegres y ancianos caballeros y que se desparramaban hacia la calle en su rotunda opulencia. Había cebollas españolas, de rostro rubicundo y moreno y amplio contorno, radiantes en su gordura como frailes españoles, que desde los anaqueles lanzaban guiños descarados y pícaros a las jóvenes que pasaban, y miradas recatadas al muérdago que allí colgaba. Había peras y manzanas apiladas en altas y radiantes pirámides; había racimos de uvas que, gracias a la bondad del tendero, pendían de llamativos ganchos para que, al pasar, a la gente se le hiciese la boca agua gratuitamente; había montones de avellanas, musgosas y marrones, cuya fragancia evocaba antiguos paseos por el bosque y agradables caminatas entre hojas marchitas con los pies hundidos hasta el tobillo; había manzanas de Norfolk, rechonchas y pardas, que realzaban el amarillo de las naranjas y los limones, y, en la compacidad de sus jugosos cuerpos, rogaban y suplicaban con vehemencia que las llevarsen a casa en bolsas de papel y las comiesen después de la cena. Incluso los peces dorados y plateados de una pecera colocada entre esta selecta fruta parecían saber, pese a pertenecer a una especie anodina e indolente, que algo sucedía y, boqueando, daban vueltas y más vueltas en su pequeño mundo con la emoción lenta y desapasionada propia de los peces.

¡Y las abacerías! ¡Oh, las abacerías! Casi cerradas, con uno o dos postigos echados, pero ¡qué visiones por los huecos! No era solo que los platillos de las balanzas produjeran un alegre sonido al caer sobre el mostrador, ni que el bramante se separase raudamente de los rollos, ni que los tarros traqueteasen de un lado al otro como en un juego de malabar; ni tampoco que los aromas mezclados del té y del café resultasen tan gratos al olfato; ni tampoco que las pasas fuesen tan abundantes y extraordinarias, las almendras tan blancas, las ramas de canela tan largas y rectas, las demás especias tan exquisitas, que las frutas confitadas estuviesen tan bien cocidas y escarchadas con azúcar como para que los espectadores más fríos se sintiesen desfallecidos y después biliosos; no era que las brevas tuviesen un aspecto fresco y pulposo, que las ciruelas francesas se ruborizasen con recatada acritud en sus cajas de rica ornamentación, ni que todo se antojase tan apetitoso en su atuendo navideño; sino que todos los clientes estaban tan prestos e impacientes con la esperanzadora promesa de aquel día que tropezaban los unos contra los otros en la entrada haciendo chocar con fuerza sus cestos de mimbre, olvidaban la compra sobre el mostrador y volvían corriendo a recogerla, y cometían centenares de errores semejantes con el mejor humor posible, mientras que el tendero y sus dependientes parecían tan campechanos y frescos que los impecables corazones que formaban los lazos con que se ataban los mandiles a la espalda bien podrían haber sido los suyos, expuestos a la vista de todos y a las grajillas navideñas para que los picoteasen si querían.

Mas los campanarios no tardaron en convocar a la buena gente a la iglesia y a la capilla, y allí fueron, agolpándose en las calles y con sus mejores galas y el rostro jubiloso. Y, al mismo tiempo, de las callejuelas, callejones y bocacalles emergía un sinfín de personas que llevaban la cena a la tahona. La escena de aquellos pobres jaraneros pareció interesar sobremanera al Espíritu, pues se detuvo con Scrooge frente a la puerta del horno y, tras levantar las tapas que protegían aquellos recipientes mientras sus portadores pasaban, rociaba las cenas con incienso de su antorcha. Y se trataba de una antorcha muy poco corriente, pues en una o dos ocasiones en que aquellos que cargaban con su cena intercambiaron palabras airadas a consecuencia de algún empujón, el Espíritu la empleó para verter unas gotas de agua sobre ellos, lo cual restituyó de inmediato en ellos el buen humor, hasta el punto de hacerles comentar que era impropio discutir el día de Navidad. ¡Y lo era! ¡Sabe Dios que lo era!

Finalmente, las campanas enmudecieron y las tahonas cerraron, pero la agradable sombra de todas aquellas cenas, y de su cocción, pervivía en la mancha de humedad que habían dejado al descongelarse sobre cada uno de los hornos de panadero, cuyo revestimiento aún

humeaba como si sus losas también estuvieran cociéndose.

—¿Tiene un sabor especial eso que rocías con la antorcha? —preguntó Scrooge.

—Así es. El mío.

—¿Y obraría efecto en todas las cenas que se sirvan hoy? —siguió inquiriendo Scrooge.

—En aquellas que se sirvan con cariño. En mayor medida, en las más humildes.

—¿Por qué en mayor medida en las más humildes? —prosiguió Scrooge.

—Porque lo necesitan más.

—¡Espíritu! —exclamó Scrooge tras meditar unos instantes—, me sorprende que, de todos los seres de los numerosos mundos que nos rodean, seas tú quien desee poner trabas a las pocas ocasiones que tienen estas gentes de disfrutar de un modo tan inocente.

—¿Yo? —se sorprendió el Espíritu.

—Les privarías de los medios de que disponen para cenar una vez cada siete días, a menudo el único en que puede decirse que cenan —dijo Scrooge—. ¿Por qué tú?

—¿Yo? —insistió el Espíritu.

—Pretendes que estos sitios cierren el Séptimo Día —argumentó Scrooge—, y así obtienes el mismo resultado.

—¿Que yo pretendo eso? —siguió exclamando el Espíritu.

—Discúlpame si me equivoco. Se ha hecho en tu nombre, o, al menos, en el de tu familia —dijo Scrooge.

—En esta tierra tuya —replicó el Espíritu— hay quienes aseguran conocernos y, en nuestro nombre, cometen actos de cólera, orgullo, animadversión, odio, envidia, intolerancia y egoísmo, aunque son tan ajenos a nosotros y a los nuestros como si nunca hubieran vivido. Recuerda esto, y cúlpalos a ellos de sus actos, no a nosotros.

Scrooge prometió hacerlo, y se dirigieron invisibles como antes

hacia los suburbios de la ciudad. El fantasma tenía la notable cualidad (que Scrooge había observado en la tahona) de que, pese a su gigantesco tamaño, podía acomodarse fácilmente en cualquier espacio, y se adaptaba con la gracia de la criatura sobrenatural que era a un techo bajo como si estuviese en un majestuoso salón.

Y quizá fuera el placer con que el buen Espíritu hacía gala de esta facultad, o tal vez fuese su naturaleza afable, generosa y cordial, y su compasión por los pobres, lo que le llevó a casa del escribiente de Scrooge. Allí se dirigió y llevó a Scrooge consigo, agarrado a su manto, y en el umbral de la puerta, el Espíritu sonrió y se detuvo para bendecir la morada de Bob Cratchit con rociadas de la antorcha. ¡Imagínenlo! Bob no ganaba sino quince chelines por semana; esa era la cantidad que se embolsaba todos los sábados, ¡y aun así el Fantasma de la Navidad del Presente bendecía su casa de cuatro habitaciones!

En ese instante, la señora Cratchit, esposa de Bob Cratchit, ataviada humildemente con un vestido al que ya había dado dos vueltas pero profuso en cintas, que son baratas y por seis peniques obran un excelente efecto, se levantó y puso el mantel con la ayuda de Belinda Cratchit, la segunda de sus hijas, también adornada con infinidad de cintas, mientras que el señorito Peter Cratchit pinchaba con un tenedor en una cazuela con patatas y se llevaba a la boca las puntas del enorme cuello de la camisa (propiedad de Bob, cedida a su hijo y heredero en honor de la festividad), encantado de verse tan galantemente ataviado y ansioso por lucir su atuendo en los parques de moda. Dos Cratchit de menor edad, un niño y una niña, entraron en tromba y voceando que habían oído el ganso a las puertas de la tahona y que habían sabido que era el suyo; pensando deleitados en salvia y cebolla, aquellos jóvenes Cratchit bailaron alrededor de la mesa ensalzando al señorito Peter Cratchit, mientras este (nada ufano, aunque el cuello casi le asfixiaba) atizaba el fuego hasta que las patatas, que cocían lentamente, empezaron a golpear la tapadera de la cazuela para que las sacasen y las pelasen.

—¿Qué andaré haciendo vuestro dichoso padre? —dijo la señora Cratchit—. ¿Y vuestro hermano, el Pequeño Tim? ¡Y el año pasado ya hacía media hora que Martha había llegado!

—¡Aquí está Martha, madre! —saludó una muchacha que entraba en ese momento.

—¡Aquí está Martha, madre! —gritaron los dos pequeños Cratchit—. ¡Hurra! ¡Martha, están preparando un ganso...!

—Pero ¡por el amor de Dios, mi querida niña! ¡Qué tarde vienes!

—dijo la señora Cratchit mientras la besaba una docena de veces y le quitaba el chal y el sombrero con amoroso celo.

—Anoche quedó mucho trabajo pendiente —contestó la muchacha—, y esta mañana hemos tenido que despacharlo, madre.

—Está bien, lo que importa es que ya estás aquí —dijo la señora Cratchit—. Siéntate junto al fuego para que entres en calor, mi querida hija, ¡Dios te bendiga!

—¡No, no! ¡Ya llega padre! —gritaron los dos pequeños Cratchit, que parecían estar en todas partes a la vez—. ¡Escóndete, Martha, escóndete!

De modo que Martha se escondió, y el menudo Bob, el padre, entró con al menos un metro de bufanda, sin contar los flecos, colgando por delante, la ropa zurcida y afelpada para que pareciese propia de la época del año, y el Pequeño Tim al hombro. ¡Ay, el Pequeño Tim! ¡Llevaba una muleta y las piernas enfundadas en un armazón de hierro!

—Pero ¿dónde está Martha? —exclamó Bob Cratchit mirando a su alrededor.

—No va a venir —contestó la señora Cratchit.

—¿Cómo que no va a venir? —se extrañó Bob, de pronto algo abatido, pues había hecho de purasangre para el Pequeño Tim desde la iglesia y había vuelto a casa al galope—. ¿Cómo que no va a venir el día de Navidad?

Martha no quería ver a su padre disgustado, ni siquiera a causa de una broma, por lo que salió antes de tiempo de detrás de la puerta del armario, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos mientras los dos pequeños Cratchit empujaban al Pequeño Tim hacia el lavadero para que pudiese oír al budín cantando en el caldero.

—¿Cómo se ha portado el Pequeño Tim? —preguntó la señora Cratchit después de burlarse de la inocencia de Bob y de que este hubiese abrazado a su hija tanto rato como gustó.

—¡Como un santo! —respondió Bob—, o más. Por algún motivo, pasa mucho rato solo y se queda absorto, y piensa en las cosas más extrañas de las que jamás hayas oído hablar. En el camino de vuelta a casa, me ha dicho que esperaba que la gente le haya visto en la iglesia, porque, como estaba tullido, podría resultarles grato recordar el día de Navidad a quien hizo caminar a los mendigos cojos y ver a los ciegos.

A Bob le tembló la voz al referirles esto, y aún más al decir que el Pequeño Tim estaba creciendo fuerte y sano.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, se oyó el ruido de la pequeña y activa muleta contra el suelo, y el Pequeño Tim regresó escoltado por su hermano y su hermana y se sentó en su taburete junto al hogar. Mientras Bob se arremangaba los puños —como si, ¡pobre hombre!, aún pudiesen quedar más raídos de lo que ya estaban—, preparaba una jarra de bebida caliente con ginebra y limones, la removía con empeño y la colocaba sobre el hornillo para que hirviese a fuego lento, el señorito Peter y los dos pequeños y ubicuos Cratchit fueron a buscar el ganso, con el que enseguida regresaron en una solemne procesión.

Sobrevino tal bullicio que podría haberse pensado que el ganso era la más exótica de las aves, un fenómeno plumado para el que el cisne negro sería de lo más vulgar, y ciertamente algo así era en aquella casa. La señora Cratchit calentó bien la salsa (que ya tenía preparada en una pequeña cacerola); el señorito Peter machacó con sorprendente brío las patatas para el puré; la señorita Belinda endulzó la compota de manzana; Martha desempolvó las fuentes; Bob llevó al Pequeño Tim a la mesa y lo sentó a su lado, en una esquina igualmente pequeña; los dos Cratchit más jóvenes dispusieron sillas para todos, sin olvidarse de sí mismos, y, montando guardia en sus puestos, se metieron las cucharas en la boca para pedir a gritos el ganso antes de que les llegara el turno de ser servidos. Finalmente se llevaron los platos y se bendijo la mesa. A ello prosiguió una tensa pausa mientras la señora Cratchit escudriñaba pausadamente el cuchillo de trinchar, preparada para clavarlo en la pechuga; pero en cuanto lo hizo y la ansiada efusión de relleno se desparramó, un murmullo de delectación se alzó en toda la mesa, e incluso el Pequeño Tim, espoleado por los dos Cratchit más jóvenes, golpeó el tablero con el mango del cuchillo y gritó dulcemente: «¡Hurra!».

Nunca hubo un ganso como aquel. Bob dijo que no creía que jamás se hubiese cocinado un ganso semejante. Su ternura y su sabor, su tamaño y su bajo precio fueron motivos de admiración general. Complementado con la compota de manzana y el puré de patatas, fue cena suficiente para toda la familia; de hecho, según comentó la señora Cratchit con sumo deleite (contemplando un diminuto trozo de hueso en la fuente), ¡ni siquiera se la habían acabado! Pero todos estaban saciados, y los más pequeños de los Cratchit en particular ¡se habían atiborrado de salvia y cebolla hasta las cejas! Mientras la señorita Belinda cambiaba los platos, la señora Cratchit abandonó sola el salón —demasiado nerviosa para llevar consigo testigos—, y fue a buscar el budín para llevarlo a la mesa.

¡Supongan que no estuviese bien cocido! ¡Supongan que se rompiese al darle la vuelta! ¡Supongan que alguien hubiese saltado el muro del patio trasero y lo hubiese robado mientras ellos disfrutaban del ganso, suposición que hizo palidecer a los dos pequeños Cratchit! Toda clase de horrores supusieron.

¡Vaya! ¡Qué cantidad de vapor! El budín estaba ya fuera del caldero. ¡Oía a día de colada! No, eso era el mantel. ¡Oía a casa de comidas, y a una repostería en la puerta contigua, seguida de un lavadero! ¡Eso era el budín! En medio minuto, la señora Cratchit entró —sofocada, pero con una amplia sonrisa— con el budín, que parecía una bala de cañón moteada de tan compacto y firme como era, flambeado con la mitad de medio cuartillo de brandy y coronado con una rama de acebo ornamental.

¡Oh, un budín maravilloso! Bob Cratchit dijo, y lo dijo muy calmado, que lo consideraba el mayor logro de la señora Cratchit desde que se habían casado. La señora Cratchit dijo que, habiéndose quitado ya el peso de encima, tenía que confesar que había dudado con respecto a la cantidad de harina. Todos tuvieron algo que decir, pero nadie dijo ni pensó que fuese un budín demasiado pequeño para una familia grande. Hacerlo habría sido llanamente una herejía. Cualquier Cratchit se habría sonrojado ante el menor atisbo de semejante insinuación.

La cena finalmente concluyó y se retiró el mantel, se barrió el hogar y se avivó el fuego. Tras probar el ponche y considerarlo perfecto, se llevaron manzanas y naranjas a la mesa, y una paletada de castañas a la lumbre. Luego toda la familia Cratchit se congregó alrededor de la chimenea formando lo que Bob Cratchit denominaba una circunferencia, refiriéndose en realidad a media. Al alcance de Bob Cratchit estaba desplegada la cristalería de la familia: dos vasos chatos y una taza para natillas a la que le faltaba un asa.

Y, sin embargo, resultaron tan idóneos para servir la bebida de la jarra como lo hubiesen sido copas de oro; se encargó de hacerlo Bob, con la mirada radiante, mientras las castañas chisporroteaban y crujían ruidosamente en el fuego. A continuación, Bob dijo:

—Feliz Navidad a todos, queridos míos, ¡y que Dios nos bendiga!

Toda la familia repitió sus palabras.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —dijo el Pequeño Tim en último lugar.

Estaba sentado al lado de su padre, muy próximo a él, en su pequeño taburete. Bob sostenía una de sus pequeñas y debilitadas manos, como si le amase y deseara mantenerle a su lado pero temiera que se lo arrebatasen.

—Espíritu —dijo Scrooge con un interés que nunca antes había sentido—, dime si el Pequeño Tim vivirá.

—Veo un asiento vacío —contestó el fantasma— en una esquina de esa pobre chimenea, y una muleta sin dueño, conservada con primor. Si el Futuro no cambia esas sombras, el niño morirá.

—No, no —replicó Scrooge—. ¡Oh, no, Espíritu! Dime que se salvará.

—Si el Futuro no cambia esas sombras, ningún otro de mi especie lo encontrará aquí —repuso el fantasma—. Pero ¿qué más da? Si tiene que morir, será mejor que lo haga y contribuya así a reducir el exceso de población.

Scrooge agachó la cabeza al oír al Espíritu citar sus propias palabras y se sintió abrumado por el arrepentimiento y la tristeza.

—Si eres un hombre de corazón —dijo el fantasma—, y no una piedra, evita esa malvada jerga hasta que hayas averiguado qué es el exceso y dónde se encuentra. ¿Serás tú quien decida qué hombres deben vivir y qué otros deben morir? Podría ocurrir que a los ojos del Cielo tú fueras menos valioso y apto para vivir que millones de personas, como el hijo de este pobre hombre. ¡Oh, Dios, tener que oír al insecto en la hoja pronunciarse sobre el exceso de vida entre sus hambrientos hermanos en el polvo de la tierra!

Scrooge se inclinó ante la reprimenda del fantasma y, temblando, posó la mirada en el suelo. Pero la alzó rápidamente al oír su nombre.

—¡Por el señor Scrooge! —dijo Bob—. ¡Brindo por el señor Scrooge, el Benefactor del Banquete!

—¡El Benefactor del Banquete! ¡Ja! —exclamó la señora Cratchit, ruborizándose—. Quisiera yo que estuviera aquí. Le daría a probar unos cuantos pensamientos míos, ¡y espero que tenga buen apetito!

—Querida —dijo Bob—, ¡los niños! Es Navidad.

—Sí, estoy segura de que tiene que ser Navidad —repuso la señora Cratchit— para brindar por la salud de un hombre tan

detestable, tacaño, cruel e insensible como el señor Scrooge. ¡Sabes que lo es, Robert! Nadie lo sabe mejor que tú, ¡pobre mío!

—¡Querida —fue la templada respuesta de Bob—, es Navidad!

—Beberé a su salud por ti y por el día que es —dijo la señora Cratchit—, no por él. ¡Por muchos años! ¡Y feliz Navidad y feliz Año Nuevo! ¡No me cabe duda de que vivirá muy feliz y dichoso!

Los niños bebieron después de ella. Era lo primero que hacían aquella noche sin el menor entusiasmo. El Pequeño Tim fue el último en beber, pero le importó un comino. Scrooge era el ogro de la familia. La sola mención de su nombre arrojó una oscura sombra sobre la celebración que no se disipó hasta bien transcurridos cinco minutos.

Cuando finalmente pasó, se sintieron diez veces más alegres que antes, por el mero alivio de haber despachado a Scrooge el Siniestro. Bob Cratchit les habló de un empleo que tenía en vista para el señorito Peter, a quien, de conseguirlo, reportaría unos cinco o seis chelines semanales. Los dos pequeños Cratchit se desternillaron de risa al imaginar a Peter como un hombre de negocios, y el propio Peter pareció mirar reflexivamente el fuego, parapetado dentro del cuello de la camisa, como deliberando en qué inversiones participaría cuando recibiera unos ingresos tan apabullantes. Martha, que era una humilde aprendiz en una sombrerería, les refirió entonces en qué consistía su actividad, cuántas horas seguidas trabajaba y cuánto deseaba quedarse hasta tarde en la cama la mañana siguiente para poder descansar, pues siendo festivo pasaría el día en casa. Les contó asimismo que unos días antes había visto a una condesa y a un lord «tan alto como Peter», tras lo cual Peter se subió el cuello de la camisa de tal modo que, de haber estado allí, ustedes no habrían alcanzado a verle la cabeza. Entretanto, las castañas y la jarra fueron pasando de mano en mano, y al rato oyeron al Pequeño Tim entonando, con su voz quejumbrosa pero diestra, una canción sobre un niño que se había perdido y caminaba por la nieve.

No había nada distinguido en lo que hacían. No eran una familia bien parecida, no iban bien vestidos, sus zapatos distaban mucho de ser resistentes al agua, sus ropas eran escasas; y Peter bien podría haber conocido, y muy probablemente conocía, el interior de una casa de empeños. Pero eran felices, se sentían agradecidos, les complacía estar juntos, y disfrutaban de aquella época del año. Cuando empezaron a desvanecerse, con un aspecto aún más feliz tras rociarles el Espíritu con la antorcha antes de marcharse, Scrooge siguió mirándolos, especialmente al Pequeño Tim, y siguió haciéndolo hasta el final.

Para entonces empezaba a anochecer y nevaba copiosamente, y mientras Scrooge y el Espíritu paseaban por las calles, el resplandor de las lumbres crepitantes en las cocinas, los salones y toda clase de estancias resultaba maravilloso. Aquí, el parpadeo de las llamas iluminaba los preparativos de una cálida cena, con fuentes calentándose ante el fuego, y unas cortinas de color rojo intenso preparadas para ser corridas y dejar fuera el frío y la oscuridad. Allá, todos los niños de la casa salían corriendo por la nieve para recibir a sus hermanas casadas, hermanos, primos, tíos, tías, y ser los primeros en saludarlos. Aquí, de nuevo, en los visillos de las ventanas se veían proyectadas sombras de invitados reuniéndose, y allá un grupo de espléndidas jóvenes, todas ellas con capucha y botas de pieles, se dirigían a paso ligero y parloteando a un tiempo a casa de algún vecino, donde ¡ay del soltero que las viera entrar —bien lo sabían ellas, taimadas hechiceras— arreboladas!

Pero, a juzgar por la cantidad de personas que iban camino de sus amistosas reuniones, cabría haber pensado que nadie se encontraba en casa para recibirlas cuando llegaran; por el contrario, en todas esperaban compañía y apilaban leña hasta media altura de la chimenea. ¡Bendita estampa, cómo se regocijaba el fantasma! ¡Cómo se descubría el amplio pecho, abría su enorme mano, se alzaba en el aire y vertía con generosidad su brillante e inofensivo júbilo sobre todo aquello que quedara a su alcance! Incluso el farolero, que corría ante ellos punteando la oscura calle con motas de luz e iba arreglado para pasar la noche en algún lugar, estalló en carcajadas al paso del Espíritu, aunque poco sabía él que tenía por compañía a la mismísima Navidad.

Entonces, sin una sola palabra de advertencia por parte del fantasma, se encontraron en un páramo inhóspito y desierto, salpicado con bloques descomunales de tosca piedra, como si de un cementerio de gigantes se tratase, y donde el agua se desparramaba por doquier a su antojo, o lo habría hecho de no haber sido por la helada que la mantenía prisionera, y donde nada crecía salvo musgo y tojo, aparte de hierba burda y densa. En el oeste, a lo lejos, el sol poniente había dejado una veta de un rojo feroz, que refulgió un instante sobre la desolación como un ojo huraño que fuese entornándose más, y más, y aún más, hasta perderse en las densas tinieblas de la más oscura de las noches.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Scrooge.

—Un lugar donde viven mineros que trabajan en las entrañas de la tierra —contestó el Espíritu—. Pero me conocen. ¡Mira!

Una luz brillaba en la ventana de una choza, y allí se dirigieron

ellos con presteza. Tras atravesar la pared de barro y piedra, encontraron a una animada reunión alrededor de un generoso fuego: un hombre y una mujer muy, muy mayores con sus hijos y los hijos de sus hijos, y aún otra generación, todos alegres y engalanados con sus atuendos de los días festivos. El anciano, con una voz que apenas se imponía al ulular del viento que barría aquella tierra yerma, cantaba para ellos un villancico, ya muy antiguo cuando él era niño, y de cuando en cuando todos los demás se sumaban a él en el estribillo. En cuanto ellos alzaban sus voces, el hombre se animaba y alzaba también la suya; en cuanto ellos paraban, su brío volvía a disminuir.

El Espíritu no se demoró allí, sino que indicó a Scrooge que se cogiera de su manto y, sobrevolando el páramo a toda velocidad, se dirigió a... ¿adónde? No hacia el mar, ¿verdad? Sí, hacia el mar. Scrooge miró atrás y, horrorizado, vio el final de la tierra firme, una aterradora cadena de rocas, y sus oídos se ensordecieron con el estruendo de las olas al formarse, rugir y precipitarse contra las siniestras cuevas que habían excavado y que trataban ferozmente de seguir socavando.

A aproximadamente una legua de la costa, sobre un lúgubre arrecife de rocas sumergidas contra las que el oleaje se estrellaba y saltaba a lo largo de todo el tormentoso año, se alzaba un faro solitario. Grandes aglomeraciones de algas se adherían a su base, y los petreles —nacidos del viento, cabría suponer, como las algas del mar— se elevaban y descendían a su alrededor como las olas que acariciaban.

Pero, incluso allí, dos hombres que guardaban el faro habían prendido una lumbre, que a través de la aspillera abierta en la gruesa pared de piedra proyectaba un rayo de claridad sobre el espantoso mar. Tras unir sus curtidas manos sobre la áspera mesa a la que estaban sentados, se desearon mutuamente una feliz Navidad con sus jarras de ponche, y uno de ellos —el de mayor edad, con el rostro plagado de marcas y cicatrices fruto de la inclemencia del tiempo, como el mascarón de proa de un viejo navío— entonó una canción que era en sí como un temporal.

De nuevo el fantasma se puso en marcha y sobrevoló aquel mar negro y convulso —y voló, y voló—, hasta que, estando ya muy lejos de cualquier costa, según dijo a Scrooge, avistaron un barco. Descendieron y se apostaron junto al timonel, que gobernaba el timón, junto al vigía en la proa, junto a los marineros que hacían guardia, todos ellos figuras oscuras, espectrales en sus respectivos puestos, pero que, sin excepción, tarareaban una melodía navideña, pensaban en la Navidad o hablaban con voz queda a su compañero sobre alguna Navidad pasada, con la esperanza de volver a pasarla en casa. Y todos los hombres a

bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, habían tenido aquel día una palabra más amable para los demás que cualquier otro día del año, habían compartido en cierta medida sus festejos y habían recordado a sus seres queridos, de quienes se encontraban lejos, y sabían que estos se complacían también recordándoles a ellos.

Fue una gran sorpresa para Scrooge, mientras escuchaba los gemidos del viento y pensaba en la solemnidad de avanzar por la solitaria oscuridad, sobre un abismo ignoto cuyas simas eran secretos tan profundos como la muerte, fue una gran sorpresa para Scrooge, absorto en estos pensamientos, oír una sonora carcajada. Y su sorpresa fue aún mayor al identificar en ella la risa de su sobrino y encontrarse en una estancia luminosa, seca y resplandeciente, con el Espíritu a su lado, isonriendo y mirando a aquel sobrino con afable aprobación!

—¡Ja, ja! —se reía el sobrino de Scrooge—. ¡Ja, ja, ja!

Si por un improbable casual conociesen a un hombre dotado con una risa como la del sobrino de Scrooge, tan solo puedo decirles que también yo quisiera conocerle. Preséntemelo y cultivaré su amistad.

Responde a una justa, equitativa y noble disposición de las cosas que, así como la enfermedad y la tristeza son contagiosas, no haya nada en el mundo que lo sea de forma tan irresistible como la risa y el buen humor. Cuando el sobrino de Scrooge se echó a reír de aquel modo —sujetándose los costados, moviendo la cabeza y torciendo el rostro en las muecas más extravagantes—, la sobrina política de Scrooge se rió con las mismas ganas. Y los amigos que los acompañaban no se quedaron atrás y estallaron en animadas carcajadas.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Dijo que la Navidad son paparruchas! ¡Tan cierto como que estoy vivo! —exclamó el sobrino de Scrooge—. ¡Y además lo creía!

—¡Peor para él, Fred! —dijo la sobrina de Scrooge, indignada—. ¡Benditas sean las mujeres! Ellas nunca dejan nada a medias. Siempre se lo toman todo con seriedad.

Era hermosa, sumamente hermosa. Tenía un rostro precioso, con hoyuelos y expresión de sorpresa; con una boca pequeña y carnosa que parecía hecha para ser besada, como sin duda era el caso; con toda clase de pequeños y lindos lunares en la barbilla, que se fundían cuando se reía, y con el par de ojos más risueños que jamás hayan visto en la cabeza de ninguna criatura menuda. En conjunto, era lo que podría denominarse provocativa, ya me entienden, pero también correcta. ¡Sí,

perfectamente correcta!

—Es un viejo muy gracioso —dijo el sobrino de Scrooge—, esa es la verdad, aunque no todo lo agradable que podría ser. Sin embargo, sus pecados acarrearán sus propias penitencias, y nada puedo decir en su contra.

—Estoy segura de que es muy rico, Fred —observó la sobrina de Scrooge—. Al menos, eso es lo que siempre me dices.

—¡Y qué importa eso, querida! —repuso el sobrino de Scrooge—. Su riqueza de nada le sirve. Ningún bien hace con ella. No la utiliza para procurarse bienestar. No tiene la satisfacción de pensar, ¡ja, ja, ja!, que será a nosotros a quien beneficie con ella.

—Acaba con mi paciencia —comentó la sobrina de Scrooge.

Las hermanas de la sobrina de Scrooge y el resto de las damas presentes expresaron la misma opinión.

—¡No con la mía! —dijo el sobrino de Scrooge—. A mí me da pena, no podría enojarme con él aunque lo intentase. ¿Quién sufre sus manías? Siempre él. Ahora se le ha metido en la cabeza que le disgustamos y no viene a cenar. ¿Cuál es la consecuencia? Tampoco se ha perdido una gran cena.

—Pues yo creo que se ha perdido una cena magnífica —le interrumpió la sobrina de Scrooge.

Todos los presentes convinieron con ella, y debían de ser jueces competentes, pues acababan de cenar y, con el postre sobre la mesa, estaban reunidos alrededor de la lumbre, a la luz de la lámpara.

—¡Fabuloso! Me alegra mucho oír eso —replicó el sobrino de Scrooge—, porque no tengo demasiada fe en estas jóvenes amas de casa. ¿Qué dices tú, Topper?

Era evidente que Topper le había echado el ojo a una de las hermanas de la sobrina de Scrooge, pues contestó que un soltero no era sino un desdichado proscrito sin derecho a expresar una opinión al respecto. Ante lo cual la hermana de la sobrina de Scrooge —la rolliza de la pañoleta de encaje, no la de las rosas— se ruborizó.

—Continúa, Fred —dijo la sobrina de Scrooge, dando palmadas—. ¡Nunca acaba lo que empieza a decir! ¡Qué hombre tan ridículo!

El sobrino de Scrooge se deleitó con otra carcajada y, como fue imposible evitar el contagio, aunque la hermana rolliza lo intentó con denuedo empleando vinagre aromático, todos siguieron su ejemplo.

—Solo iba a decir —prosiguió el sobrino de Scrooge— que la consecuencia de obcecarse en que le disgustamos y no disfrutar con nosotros es, en mi opinión, que se priva de momentos agradables que no iban a hacerle ningún mal. Estoy seguro de que se priva de compañías más agradables que las que puede encontrar en sus reflexiones, ya sea en su mohosa contaduría o en su polvorienta morada. Tengo intención de ofrecerle la misma oportunidad todos los años, le guste o no, porque siento lástima por él. Puede que reniegue de la Navidad hasta que muera, pero será imposible que no la tenga en mejor consideración (ese es mi desafío) si me ve yendo, de buen humor, año tras año y diciendo: «Tío Scrooge, ¿cómo está?». Si con ello consigo al menos que dé a su pobre escribiente cincuenta libras, ya será algo, y creo que ayer conseguí conmoverlo.

Fueron los otros quienes rieron entonces ante la idea de haber conmovido a Scrooge. Pero, como era de natural bondadoso y no le importaba tanto saber de qué se reían como que, cuando menos, se riesen, contribuyó a su diversión pasándoles la botella alegremente.

Después del té disfrutaron de un poco de música, pues doy fe de que eran una familia muy aficionada a la música y sabían lo que se traían entre manos cuando entonaban solos o coros, especialmente Topper, que era capaz de bramar como un bajo profesional sin que nunca se le hinchasen las grandes venas de la frente ni se pusiese colorado. La sobrina de Scrooge tocaba bien el arpa, e interpretó, entre otras tonadas, una melodía breve (una nadería que cualquiera habría aprendido a silbar en dos minutos) que también conocía la niña que había ido a recoger a Scrooge al internado, como le había recordado el Fantasma de la Navidad del Pasado. Al sonar estos compases, todo aquello que el fantasma le había mostrado regresó a sus pensamientos; Scrooge fue enterneciéndose más y más, y pensó que de haber podido escucharlos años atrás con mayor frecuencia, tal vez habría cultivado con sus manos las bondades de la vida para su propia felicidad, sin tener que recurrir a la pala del sepulturero que había enterrado a Jacob Marley.

Pero no consagraron toda la velada a la música. Al cabo de un rato jugaron a las prendas, pues es bueno ser niño de cuando en cuando, y nunca mejor que en Navidad, cuando su todopoderoso Fundador también había sido un niño. ¡Alto! Antes jugaron a la gallina ciega. Por supuesto que lo hicieron. Y no creo que Topper tuviera los ojos completamente tapados más de lo que creo que tuviese ojos en las

botas. Mi opinión es que era algo que habían pactado él y el sobrino de Scrooge, y de lo que estaba al tanto el Fantasma de la Navidad del Presente. El modo en que persiguió a la hermana rolliza de la pañoleta de encaje fue un ultraje para la credulidad de la naturaleza humana. Tirando los atizadores, tropezando con las sillas, chocando contra el piano, asfixiándose entre el cortinaje, ¡allá adonde ella fuera él iba detrás! Sabía en todo momento dónde se encontraba la hermana rolliza. No atrapaba a nadie más. Si hubiesen topado contra él deliberadamente (y algunos de ellos lo hicieron), habría hecho el amago de querer agarrarles, lo cual habría supuesto una afrenta para su inteligencia, y se habría deslizado al instante en dirección a la hermana rolliza. Ella a menudo gritaba que aquello no era juego limpio, y ciertamente no lo era. Pero cuando, finalmente, él la atrapó, cuando, pese a todos los crujidos de la seda y sus rápidos revoloteos para eludirlo, él la acorraló en un rincón del que no había escapatoria, su conducta fue de lo más execrable. Porque fingir que no la reconocía, fingir que precisaba palpar su tocado y, para cerciorarse después de su identidad, oprimir cierto anillo que llevaba en un dedo y cierta cadena que colgaba de su cuello, ¡fue vil, monstruoso! Sin duda ella le hizo saber su opinión al respecto cuando, haciendo ya otro de gallina ciega, intercambiaron confianzas detrás de las cortinas.

La sobrina de Scrooge no participó en este juego, pero lo presencié cómodamente sentada en una gran butaca, con los pies sobre un escabel, en el acogedor rincón donde se encontraban también el fantasma y Scrooge, justo detrás de ella. Sí participó, en cambio, en el juego de las prendas, y se regocijó de la admiración que despertó con todas las letras del alfabeto. Lo hizo de maravilla, como también en el juego de Cómo, Cuándo y Dónde, y, para secreto deleite del sobrino de Scrooge, superó con creces a sus hermanas, aunque ellas también eran jóvenes sagaces, como Topper podría haberles confirmado. Debía de haber allí veinte personas, jóvenes y mayores, pero todos jugaron, y también lo hizo Scrooge, pues, arrebatado por el interés que le despertaba cuanto acontecía, olvidó que su voz no era perceptible a los oídos de los demás y en ocasiones voceaba la respuesta, y casi siempre acertaba, pues ni la aguja más afilada, ni la más exquisita de las agujas, superaba en agudeza a Scrooge, por más que él se obcecara en considerarse obtuso.

Al fantasma le agradaba verlo de tan buen humor y lo miraba con tal complacencia que Scrooge le suplicó como un niño que le permitiera quedarse hasta que los invitados se marchasen. Pero el Espíritu le dijo que no era posible.

—¡Empieza otro juego! —insistió Scrooge—. ¡Media hora, Espíritu, solo media!

Se trataba de un juego llamado Sí y No, en el que el sobrino de Scrooge tenía que pensar en algo, y los demás adivinar de qué se trataba formulando preguntas que únicamente admitirían un sí o un no por respuesta, en función de qué se preguntara. Del intenso bombardeo de preguntas a las que fue sometido se dedujo que estaba pensando en un animal, un animal viviente, más bien desagradable, un animal salvaje, un animal que rugía y gruñía, que a veces hablaba, y que vivía en Londres, y que transitaba por las calles, y que no se le exhibía, y que nadie lo llevaba atado, y que no vivía en un zoológico, y que nunca se le sacrificaba en un mercado, y que no era un caballo, ni un asno, ni una vaca, ni un toro, ni un tigre, ni un perro, ni un cerdo, ni un gato, ni un oso. Con cada pregunta que se le hacía, el sobrino rompía en carcajadas, y tal era su inenarrable regocijo que se vio obligado a levantarse del sofá y patear el suelo.

Finalmente la hermana rolliza, víctima de un estado similar, gritó:

—¡Lo he adivinado! ¡Sé lo que es, Fred! ¡Sé lo que es!

—¿Qué es? —gritó a su vez Fred.

—¡Es tu tío Scrooooooge!

Y, en efecto, así era. El sentimiento general fue de admiración, si bien algunos objetaron que la respuesta a la pregunta «¿Es un oso?» debía haber sido «Sí», puesto que la respuesta contraria bastaba para descartar de sus pensamientos al señor Scrooge, suponiendo que en algún momento se hubiesen decantado hacia él.

—Estoy seguro de que nos ha aportado mucha diversión —dijo Fred—, y sería de ingratos no beber a su salud. Ya que todos tenemos en la mano una copa de vino caliente y especiado, ¡brindo por el tío Scrooge!

—¡Muy bien! ¡Por el tío Scrooge! —gritaron todos.

—¡Feliz Navidad y feliz Año Nuevo para el viejo, sea como sea! —dijo el sobrino de Scrooge—. No aceptaría la felicitación viniendo de mí, pero se lo deseo igualmente. ¡Por el tío Scrooge!

Imperceptiblemente, el tío Scrooge se había ido alegrando y animando tanto que habría brindado a su vez por aquellos que ignoraban su presencia, y les habría mostrado su gratitud con un discurso inaudible si el fantasma le hubiese dado tiempo para hacerlo. Pero aquella escena concluyó con el hálito de la última palabra pronunciada por su sobrino, y Scrooge y el Espíritu volvían a estar en

camino.

Fue mucho lo que vieron, y muy lejanos los lugares a los que fueron, y muchos los hogares que visitaron, pero siempre con un desenlace feliz. El Espíritu estuvo junto al lecho de enfermos, que se mostraban alegres; en tierras extrañas, donde se sentían cerca de casa; junto a hombres que luchaban con ahínco, pacientes con la gran esperanza que albergaban; junto a la pobreza, que era rica. En hospicios, hospitales y prisiones, en todos los refugios de la miseria donde la vanidad del hombre, con su ínfima y breve autoridad, no había atrancado la puerta y cerrado el paso al Espíritu, él dejaba sus bendiciones y enseñaba a Scrooge sus preceptos.

Fue una noche larga, si acaso había sido una sola noche; Scrooge tenía sus dudas al respecto, porque todas las festividades navideñas parecían haberse condensado en el espacio de tiempo que habían pasado juntos. Resultaba extraño asimismo que mientras el aspecto exterior de Scrooge permanecía inalterado, el fantasma fuese envejeciendo, envejeciendo a ojos vista. Scrooge había advertido el cambio, pero no había dicho nada hasta que dejaron atrás una celebración infantil de la víspera de Reyes, cuando, una vez en el exterior, miró al Espíritu y vio que su cabello había encanecido.

—¿Tan corta es la vida de los espíritus? —preguntó Scrooge.

—Mi vida en la tierra es muy breve —contestó el fantasma—. Termina esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Scrooge.

—Esta noche, a las doce. ¡Escucha! Se acerca la hora.

En ese momento las campanas dieron las doce menos cuarto.

—Discúlpame si no encuentras justificación a lo que voy a preguntarte —dijo Scrooge, escrutando el manto del Espíritu—, pero veo algo extraño que no parece propio de ti y que asoma de los faldones. ¿Es un pie o una garra?

—Por la carne que la recubre, podría ser una garra —fue la afligida respuesta del Espíritu—. ¡Mira esto!

De entre los pliegues del manto sacó a dos niños andrajosos, abyectos, espantosos, repulsivos y miserables. Ambos se postraron a sus pies y se colgaron de su ropaje.

—¡Hombre! ¡Mira esto! ¡Mira, mira esto! —exclamó el fantasma.

Eran un niño y una niña. Macilentos, escuálidos, harapientos, ceñudos, lobunos, pero también postrados en su humildad. Allí donde la gracia de la juventud debería haber moldeado sus facciones y haberlas retocado con sus tintas más frescas, una mano marchita, como la del envejecimiento, los había pellizado, retorcido y hecho jirones. Allí donde debería haber ángeles entronados acechaban demonios, mirando con ojos iracundos y amenazadores. Ningún cambio, ningún oprobio, ninguna perversión del género humano en grado alguno, ni por medio de todos los misterios de la maravillosa creación, podría dar lugar a monstruos tan terribles como pavorosos.

Horrorizado, Scrooge retrocedió de un brinco. Habiéndosele mostrado de aquel modo, intentó decir que eran unos niños hermosos, pero las palabras se le atoraron incapaces de participar de una mentira de tamaña magnitud.

—Espíritu, ¿son tuyos? —fue todo cuanto pudo decir.

—Son del Hombre —contestó el Espíritu mientras los contemplaba—. Y se aferran a mí huyendo de sus padres. Este niño es la Ignorancia. Esta niña es la Carencia. Guárdate de ambos, y de todos sus semejantes, pero guárdate ante todo de este niño, pues en su frente veo escrita la Fatalidad, a menos que alguien la borre. ¡Niégalo! —gritó el Espíritu tendiendo una mano hacia la ciudad—. ¡Difama a quienes lo afirmen! ¡Admítelo para tus inicuos propósitos y empeóralo todo aún más! ¡Y aguarda el final!

—¿No tienen refugio ni recursos? —gimió Scrooge.

—¿Acaso no hay cárceles? —dijo el Espíritu, replicándole por última vez con sus propias palabras—. ¿Acaso no hay hospicios?

La campana dio las doce.

Scrooge buscó con la mirada a su alrededor, pero no encontró al fantasma. Cuando la última campanada dejó de vibrar, recordó la predicción del viejo Jacob Marley y, al alzar la mirada, vio a un solemne fantasma, envuelto en ropajes y encapuchado, aproximándose a él como se desliza la bruma sobre el suelo.

CUARTA ESTROFA

EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS

El fantasma fue acercándose despacio, serio, mudo. Cuando llegó hasta él, Scrooge se postró sobre una rodilla, pues el aire mismo por el que se desplazaba aquel Espíritu parecía emanar desolación y misterio.

Iba amortajado en una prenda de un negro inescrutable que le cubría la cabeza, el rostro y la silueta, y nada dejaba a la vista, salvo una mano extendida. De no haber sido por este detalle, habría resultado difícil discernir su figura de la noche y diferenciarla de la oscuridad que lo rodeaba.

A Scrooge le pareció que era alto e imponente cuando lo tuvo al lado, y que su misteriosa presencia lo colmaba de funesto pavor. Nada más pudo saber, pues el Espíritu no hablaba ni se movía.

—¿Me encuentro en presencia del Fantasma de la Navidad Venidera? —preguntó Scrooge.

El Espíritu no respondió, sino que señaló al frente con la mano.

—Vas a mostrarme las sombras de las cosas que aún no han ocurrido pero que ocurrirán más adelante, con el tiempo —prosiguió Scrooge—. ¿Es así, Espíritu?

La porción más elevada de aquella prenda se contrajo en sus pliegues por un instante, como si el Espíritu hubiese inclinado la cabeza. Fue la única respuesta que Scrooge recibió.

Aunque para entonces ya se había acostumbrado a la compañía espectral, aquella figura silenciosa le inspiraba tanto miedo que le temblaban las piernas, y advirtió que apenas se tenía en pie cuando se dispuso a seguirla. El Espíritu se detuvo, como si se hubiese apercebido de su estado y le concediese tiempo para recuperarse.

Pero aquello solo consiguió que Scrooge se sintiese aún peor. Un temor vago e impreciso le hizo estremecerse al saber que, tras aquella oscura mortaja, le escrutaban unos ojos fantasmales, mientras él, pese a abrir los suyos al máximo, no alcanzaba a ver nada salvo una mano

espectral y un rimero de negrura.

—¡Fantasma del Futuro! —exclamó—, te temo más que a cualquiera de los espectros que he visto. Pero, como sé que tu propósito es hacerme el bien y como confío en seguir con vida para ser un hombre diferente del que era, estoy preparado para soportar tu compañía y para hacerlo con el corazón agradecido. ¿No vas a hablarme?

No obtuvo respuesta. La mano seguía señalando al frente.

—¡Guíame! —dijo Scrooge—. ¡Guíame! La noche declina rauda y sé que es un tiempo precioso para mí. ¡Guíame, Espíritu!

El fantasma se alejó del mismo modo en que se había acercado a él. Scrooge siguió la sombra de su ropaje, que lo sostenía, pensó, y lo llevaba en volandas.

Apenas parecía que hubiesen entrado en la ciudad, sino que más daba la impresión de que la ciudad hubiese brotado a su alrededor y los hubiese circundado por propia voluntad. Pero allí estaban, en su mismo corazón, en el Mercado de Valores, entre los comerciantes que se apresuraban de un lado al otro, y hacían tintinear el dinero que llevaban en los bolsillos, y conversaban en grupos, y consultaban sus relojes, y jugueteaban meditados con sus grandes sellos de oro, y así indefinidamente, tal como Scrooge los había visto hacer con tanta frecuencia.

El Espíritu se detuvo junto a un corrillo de hombres de negocios. Al reparar en que su mano señalaba hacia ellos, Scrooge avanzó para escuchar su conversación.

—No —decía un hombre muy entrado en carnes con una papada tremenda—, no sé mucho al respecto. Solo sé que ha muerto.

—¿Cuándo murió? —preguntó otro.

—Anoche, creo.

—Pero ¿qué le pasaba? —se interesó un tercero mientras sacaba una gran cantidad de rapé de una tabaquera—. Creía que no iba a morir nunca.

—¡Sabe Dios! —contestó el primero, bostezando.

—¿Qué hizo con el dinero? —preguntó un caballero de rostro

rubicundo y con una excrecencia colgando de la punta de la nariz y que sacudía como la papada de un pavo.

—No he oído nada —contestó el hombre de la enorme sotabarba, bostezando nuevamente—. Tal vez se lo haya dejado a su contaduría. A mí no me lo ha dejado. Es todo cuanto sé.

La broma fue recibida con una risotada general.

—Seguramente será un funeral muy barato —dijo el mismo interlocutor—, porque doy fe de que no conozco a nadie que vaya a asistir. ¿Y si organizamos un grupo de voluntarios?

—A mí no me importaría ir si dieran de comer —observó el caballero de la excrecencia en la nariz—. Pero, si voy, tienen que darme de comer.

Más risas.

—Bien, veo que, a fin de cuentas, soy el más desinteresado de todos —dijo el primero—, porque nunca llevo guantes negros y nunca almuerzo. Pero me ofrezco a ir si alguien más lo hace. Aunque, pensándolo mejor, no me parece descabellado que no fuera yo su amigo más íntimo, porque cuando nos encontrábamos, nos parábamos y charlábamos. ¡Hasta luego!

Contertulios y oyentes se dispersaron y se mezclaron con otros grupos. Scrooge conocía a aquellos hombres y miró al Espíritu esperando una explicación.

El fantasma se deslizó hacia una calle. Su dedo señaló en dirección a dos personas que justo en ese momento se encontraban. Scrooge volvió a escuchar de nuevo, creyendo que tal vez allí estaría la explicación.

También los conocía perfectamente. Eran hombres de negocios, muy ricos y muy importantes. Siempre había procurado granjearse su consideración desde el punto de vista profesional, es decir, estrictamente desde el punto de vista profesional.

—¿Cómo está usted? —preguntó uno.

—¿Qué tal se encuentra usted? —replicó el otro.

—¡Bien! —dijo el primero—. Finalmente al viejo Estruj le ha llegado su merecido, ¿eh?

—Eso me han dicho —contestó el otro—. Qué frío hace, ¿verdad?

—Lo normal, siendo Navidad. Supongo que no es usted aficionado al patinaje.

—No, no, tengo otras cosas en que pensar. ¡Buenos días!

Ni una palabra más. Así fue su encuentro, su conversación y su despedida.

En un primer momento, Scrooge estaba más bien sorprendido de que el Espíritu concediese importancia a conversaciones en apariencia tan triviales, pero, convencido de que debían ocultar algún propósito, se dispuso a considerar cuál podría ser este. Era prácticamente impensable que tuviesen algún vínculo con la muerte de Jacob, su antiguo socio, porque aquello pertenecía al Pasado y la competencia de aquel fantasma era el Futuro. Tampoco se le ocurría nadie, de entre sus allegados, con quien relacionarlas. Pero no albergaba la menor duda de que, quienquiera que fuera aquel sobre el que versaban, entrañaban una moraleja para su mejora personal, por lo que decidió atesorar hasta la última palabra que oyese y todo cuanto viese, y especialmente observar la sombra de sí mismo cuando apareciese. Confiaba en que la conducta de su futuro yo le proporcionaría la clave que le faltaba y le facilitaría la solución a aquellos enigmas.

Buscó su imagen en aquel mismo lugar, pero otro hombre ocupaba su esquina habitual, y, aunque el reloj marcaba la hora del día en la que habitualmente él se encontraba allí, no vio el menor rastro de sí mismo entre la muchedumbre que cruzaba aquel porche. Sin embargo, tampoco se sorprendió demasiado, pues había estado cavilando la posibilidad de cambiar de vida, y pensó, y deseó, que vería allí llevadas a la práctica sus nuevas determinaciones.

El fantasma, mudo y sombrío, estaba a su lado con la mano extendida. Cuando Scrooge abandonó la reflexiva búsqueda, se le antojó, por el giro de la mano y su posición con respecto a él, que los Ojos Invisibles le miraban fijamente, lo que le hizo estremecerse de nuevo y sentir un intenso frío.

Dejaron atrás aquella ajetreteada escena y se dirigieron a una zona recóndita de la ciudad en la que Scrooge nunca había estado, aunque reconoció su ubicación y su mala reputación. Las callejas eran pestilentes y angostas; los comercios y las casas, deplorables; la gente estaba medio desnuda, borracha, desastrada y repugnante. Callejones y arcadas, como tantos pozos negros, vertían sus ofensivos olores, desperdicios y vida sobre las caóticas calles, y todo el barrio hedía a

crimen, a inmundicia y a miseria.

En el corazón de esta guarida de citas infames había un vulgar establecimiento que sobresalía bajo el tejado de un cobertizo, en el que se vendían hierro, andrajos, botellas, huesos y grasientos despojos. En su interior, esparcidos por el suelo, había montones de llaves herrumbrosas, clavos, cadenas, bisagras, limas, básculas, pesas y toda clase de chatarra. Secretos que pocos querrían escudriñar yacían ocultos en montañas de indecorosos harapos, masas de sebo rancio y sepulcros de huesos. Sentado entre las mercaderías con las que comerciaba, junto a un hornillo de carbón hecho con ladrillos viejos, se hallaba un granuja de pelo cano, de cerca de setenta años de edad, que se había protegido del gélido aire con un roñoso cortinaje confeccionado con una variedad de jirones colgados de un cordel, y fumaba una pipa con todo el deleite de un tranquilo retiro.

Scrooge y el fantasma llegaron junto a aquel hombre en el mismo instante en que una mujer entraba sigilosamente en el local cargada con un pesado fardo. Pero apenas lo había hecho cuando otra mujer, igualmente cargada, entró también, seguida de cerca por un hombre vestido de negro desvaído, que, al verlas, no se sobresaltó menos que ellas al reconocerse entre sí. Tras un breve lapso de mudo asombro, al que se sumó el anciano de la pipa, los tres rompieron a reír.

—¡Que la asistenta sea la primera! —gritó la que había entrado en primer lugar—. Que la lavandera sea la segunda y que el encargado de la funeraria sea el tercero. ¿Ha visto, viejo Joe? ¡Menuda casualidad habernos encontrado aquí los tres!

—No podrían haberse encontrado en mejor lugar —dijo el viejo Joe tras retirarse la pipa de la boca—. Pasen al salón. Usted hace ya mucho tiempo que lo frecuenta, y los otros dos no son extraños. Esperen a que cierre la puerta de la tienda. ¡Vaya, cómo chirría! Créanme, en este sitio no hay trozo de metal más herrumbroso que estos goznes, y estoy seguro de que tampoco hay huesos más viejos que los míos. ¡Ja, ja! A todos se nos da bien nuestro oficio, somos tal para cual. Pasen al salón, pasen al salón.

El salón era el espacio que quedaba detrás de la pantalla de jirones. El anciano rastrilló las ascuas con una vieja varilla de alfombra de escalera y, tras despabilar la humeante lámpara (pues era de noche) con la boquilla de la pipa, volvió a llevarse esta a la boca.

Mientras lo hacía, la mujer que ya había hablado arrojó el fardo al suelo, se sentó en un taburete con aire ostentoso, cruzó los codos sobre las rodillas y miró a los otros dos con audaz desafío.

—Bueno, ¿qué más da? ¿Qué más da, señora Dilber? —dijo la mujer—. Todo el mundo tiene derecho a cuidar de sí mismo. ¡Él siempre lo hizo!

—¡Eso es verdad! —dijo la lavandera—. Él más que nadie.

—¡Pues entonces no se quede mirando como si tuviera miedo, mujer! ¿Quién ha obrado mejor? Supongo que no vamos a recriminarnos nada...

—¡Claro que no! —contestaron al unísono la señora Dilber y el hombre—. Esperemos que no.

—¡Muy bien! —voceó la mujer—. Basta ya. ¿A quién perjudica la pérdida de unas cuantas cosas como estas? Supongo que un muerto no...

—Claro que no —repuso la señora Dilber entre risas.

—Si quería conservarlas después de muerto, el viejo y malvado anciano —prosiguió la mujer—, ¿por qué no fue una buena persona en vida? Si lo hubiera sido, habría tenido a alguien que le cuidase cuando la muerte llamó a su puerta, en lugar de yacer solo hasta su último aliento.

—Es la mayor verdad que se haya dicho nunca —convino la señora Dilber—. Es un castigo divino.

—Lástima que no haya sido un castigo un poco más severo —replicó la mujer—, y pueden estar seguros de que lo habría sido si yo hubiera podido echar mano a alguna otra cosa. Abra ese fardo, viejo Joe, y dígame cuánto vale lo que contiene. Y hable claro. No me da miedo ser la primera ni que ellos lo vean. Creo que sabíamos perfectamente que estábamos mirando por nosotros mismos antes de encontrarnos aquí. No es ningún pecado. Abra el fardo, Joe.

Pero la cortesía de sus amigos no lo iba a permitir, y el hombre de negro desvaído fue el primero en abrir la brecha y mostró su botín. No era muy abundante. Uno o dos sellos, un estuche para lápices, un par de gemelos y un prendedor de escaso valor; eso era todo. El viejo Joe lo examinó y lo tasó concienzudamente, anotó con tiza en la pared las cantidades que estaba dispuesto a pagar por cada objeto y, cuando vio que no había nada más, las sumó.

—Ésta es su cuenta —dijo Joe—, y no daría ni seis peniques más aunque fueran a hervirme vivo por no hacerlo. ¿Quién es la siguiente?

La siguiente era la señora Dilber. Sábanas y toallas, unas cuantas prendas de ropa, dos cucharillas de plata anticuadas, unas tenacillas para el azúcar y varios pares de botas. Su cuenta quedó plasmada en la pared del mismo modo.

—Siempre doy demasiado a las mujeres. Es una debilidad, y así es como me arruino —dijo el viejo Joe—. Ésa es su cuenta. Si me pide un penique más y me regatea, me arrepentiré de haber sido tan generoso y rebajaré media corona.

—Y ahora abra mi fardo, Joe —dijo la primera mujer.

Joe se arrodilló para abrirlo con mayor comodidad y, tras deshacer innumerables nudos, extrajo un rollo grande y pesado de algún material oscuro.

—¿Cómo llama usted a esto? —preguntó Joe—. ¿Cortinas de cama?

—¡Ah! —exclamó la mujer, riéndose e inclinándose hacia delante sobre los brazos cruzados—. ¡Cortinas de cama!

—No me diga que las descolgó, con anillas y todo, estando él allí tendido...

—Sí, se lo digo —respondió la mujer—. ¿Por qué no?

—Usted ha nacido para hacer fortuna —dijo Joe—, y seguro que la hará.

—Le aseguro, Joe, que no pienso detener la mano cuando puedo coger algo con solo alargarla, teniendo en cuenta el hombre que era —replicó la mujer con frialdad—. Y ahora procure no verter ese aceite en mis mantas.

—¿Sus mantas? —preguntó Joe.

—¿De quién quiere que sean? —contestó la mujer—. Me atrevería a decir que él no va a pasar frío sin ellas.

—Confío en que no haya muerto de nada contagioso... —dijo el viejo Joe, interrumpiendo su trabajo y alzando la mirada.

—Descuide —respondió la mujer—. Su compañía no me agradaba tanto para demorarme a su lado por cosas como estas, si hubiera tenido algo contagioso. ¡Ah!, puede inspeccionar esa camisa hasta que le

duelan los ojos, que no encontrará un solo agujero ni un hilo raído. Es la mejor que tenía, y además es muy buena. La habrían desperdiciado, de no haber sido por mí.

—¿A qué llama desperdiciar? —preguntó el viejo Joe.

—A ponérsela para enterrarlo, claro —contestó la mujer, y soltó una carcajada—. Alguien fue lo bastante necio para hacerlo, pero yo se la quité. Si el percal no es bueno para eso, no es bueno para nada; favorece bastante al cadáver. Además, es imposible que esté más feo que con esta.

Scrooge escuchaba horrorizado aquel diálogo. Mientras ellos estaban sentados alrededor del botín, a la tenue luz que proyectaba la lámpara del viejo, los observaba con una aversión y una repugnancia que no podrían haber sido mayores, ni aunque se hubiese tratado de obscenos demonios comerciando con el mismísimo cadáver.

—¡Ja, ja! —se rió la misma mujer cuando el viejo Joe sacó una bolsa de franela con dinero y distribuyó las respectivas ganancias en el suelo—. ¡Así acaba todo, ya lo ven! ¡Él ahuyentó a todo el mundo en vida y nos beneficia a nosotros una vez muerto! ¡Ja, ja, ja!

—¡Espíritu! —dijo Scrooge, temblando de pies a cabeza—. Ya lo veo, ya lo veo. El caso de ese desdichado podría ser el mío. Ahora mi vida sigue ese camino. Cielo santo, ¿qué es eso?

Retrocedió aterrado, pues la escena había cambiado y en ese momento casi alcanzaba a tocar una cama —una cama desnuda, sin cortinas— en la que, bajo una sábana astrosa, yacía algo tapado que, aunque mudo, se expresaba con un horrendo lenguaje.

La estancia estaba muy oscura, demasiado oscura para poder observarla con un mínimo de precisión, pese a lo cual Scrooge paseó la mirada por ella como obedeciendo a un impulso secreto, ansioso por saber qué clase de habitación era. Del exterior llegaba una luz tenue que caía directamente sobre la cama, y en ella, saqueado y despojado, sin nadie que lo velase, lo llorase o se ocupase de él, yacía el cadáver de aquel hombre.

Scrooge miró al fantasma. Su mano firme señalaba la cabeza. La mortaja estaba extendida con tal desconsideración que el menor ademán de alzarla, un simple movimiento de Scrooge con un dedo, habría dejado a la vista el rostro. Scrooge tanteó la idea, sabía lo fácil que sería hacerlo, y deseó hacerlo, pero no tenía más capacidad para retirar el velo que para despachar al espectro que tenía a su lado.

¡Oh, fría, fría, rígida y horrenda Muerte, levanta aquí tu altar y vístelo con los terrores que a ti obedecen, pues estos son tus dominios! Pero de la cabeza amada, venerada y honrada no puedes someter un solo cabello a tus atroces propósitos ni tornar detestable una sola facción. No importa que la mano sea pesada y se desplome al soltarla; no importa que el corazón y el pulso se hayan detenido, sino que era una mano abierta, generosa y franca, que era un corazón valeroso, cálido y tierno, y que el pulso era el de un hombre. ¡Golpea, Sombra, golpea y verás cómo brotan de su herida sus buenas obras para sembrar en el mundo vida inmortal!

Ninguna voz pronunció estas palabras al oído de Scrooge, y aun así él las oyó cuando miró hacia el lecho. Si aquel hombre hubiese podido levantar la cabeza en aquel preciso instante, pensó, ¿cuáles serían sus primeros pensamientos? ¿La avaricia, el trato abusivo, las preocupaciones ineludibles? ¡A buen fin le habían llevado, en verdad!

Yacía en aquella casa lóbrega y vacía, sin un hombre, una mujer o un niño para decir que había sido amable con ellos en esto o en aquello, y que por la memoria de una palabra amable ellos serían amables con él. Un gato arañaba la puerta, y se oía el roer de las ratas bajo el hogar de la chimenea. Scrooge no se atrevió a pensar con qué fin se encontraban en aquella estancia mortuoria ni por qué se sentían tan inquietos y turbados.

—¡Espíritu! —dijo—, este lugar es pavoroso. Aunque lo abandone no abandonaré su lección, créeme. ¡Vayámonos!

El fantasma siguió apuntando a la cabeza con su dedo imperturbable.

—Te entiendo —repuso Scrooge—, y lo haría si pudiese. Pero no soy capaz, Espíritu. No soy capaz.

De nuevo pareció mirarlo.

—Si hay alguna persona en la ciudad que haya sentido alguna emoción por la muerte de este hombre —dijo Scrooge, angustiado—, muéstrame a esa persona, Espíritu, ¡te lo suplico!

El fantasma desplegó por un instante ante él su oscuro manto como si de un ala se tratase, y, al recogerlo, dejó a la vista una sala iluminada por la luz del día en la que se encontraban una madre y sus hijos.

La mujer esperaba a alguien con impaciente anhelo, pues

caminaba de un lado al otro, se sobresaltaba con el menor sonido, miraba por la ventana, consultaba el reloj, intentaba —en vano— hacer labor con la aguja y apenas soportaba las voces de sus niños mientras estos jugaban.

Finalmente se oyó la llamada que tanto rato llevaba esperando. Se precipitó hacia la puerta y recibió a su esposo, un hombre de rostro consternado y deprimido, aunque era joven. En aquel momento había en él una insólita expresión, una especie de grave regocijo del cual se avergonzaba y que pugnaba por contener.

Se sentó para dar cuenta de la cena que ella le había reservado frente al hogar. Cuando su esposa le preguntó (tras un largo silencio) qué noticias tenía, él pareció azorarse buscando la respuesta.

—¿Son buenas o malas? —preguntó ella para ayudarlo.

—Malas —contestó él.

—¿Estamos completamente arruinados?

—No, aún queda una esperanza, Caroline.

—¡Sí, si él se conmueve! —exclamó ella, atónita—. Si se ha obrado tal milagro, nada está más allá de la esperanza.

—Él está más allá de conmoverse —dijo su esposo—. Está muerto.

Ella era una criatura afable y paciente, si su rostro era sincero, pero en lo más profundo de su ser sintió gratitud al oír aquello, y así lo expresó uniendo las manos. Al instante se arrepintió y rezó pidiendo perdón, pero su primera emoción era la que le había salido del corazón.

—Resulta que lo que me dijo la mujer medio ebria de quien te hablé anoche cuando intenté verle para pedirle una semana más de plazo (y que yo creí que era una mera excusa para evitarme) era del todo cierto. No solo estaba ya muy enfermo, sino moribundo.

—¿A quién se transferirá nuestra deuda?

—No lo sé, pero, antes de que eso ocurra, probablemente ya tendremos el dinero, y si no lo tenemos, sería muy mala suerte encontrar a un acreedor tan despiadado en su sucesor. ¡Esta noche podremos dormir tranquilos, Caroline!

Sí. Aunque endulzaban la situación, se sentían más tranquilos. Las

caras de los niños, enmudecidos y apiñados a su alrededor para oír lo poco que entendían, parecían más radiantes, ¡y aquel era un hogar más feliz por la muerte del hombre! La única emoción que el fantasma pudo mostrarle propiciada por el suceso fue una emoción placentera.

—Permíteme que vea alguna muestra de ternura relacionada con una muerte —dijo Scrooge— o jamás podré liberarme, Espíritu, de esa lóbrega cámara que acabamos de dejar.

El fantasma lo llevó por varias calles que sus pies conocían bien, y, mientras avanzaban, Scrooge miraba por todas partes buscándose, pero no se veía. Entraron en la casa del pobre Bob Cratchit, la morada que ya antes había visitado, y encontró a la madre y a los niños sentados alrededor de la lumbre.

Silenciosos. Muy silenciosos. Los pequeños Cratchit, tan bulliciosos, permanecían inmóviles como estatuas en un rincón, sentados y mirando a Peter, que tenía un libro entre las manos. La madre y las hijas se ocupaban cosiendo. Pero ¡estaban muy silenciosos!

—«Y tomó a un niño y lo puso en medio de ellos».

¿Dónde había oído Scrooge aquellas palabras? No las había soñado. El muchacho debía de haberlas leído en voz alta cuando el Espíritu y él cruzaban el umbral. ¿Por qué no proseguía?

La madre dejó la labor sobre la mesa y se llevó una mano a la cara.

—El color me hiere los ojos —dijo.

¿El color? ¡Ah, pobre Pequeño Tim!

—Ahora ya están mejor —dijo la esposa de Cratchit—. Los fatiga la luz de la vela, y por nada del mundo quiero que vuestro padre los vea cansados cuando vuelva a casa. Ya debe de ser casi la hora.

—Más bien ya pasa de la hora —contestó Peter al tiempo que cerraba el libro—. Pero creo que estos últimos días ha caminado algo más despacio de lo habitual en él.

Volvieron a sumirse en el silencio. Al cabo, ella dijo con su voz firme y alegre que solo titubeó una vez:

—Yo le he visto... le he visto caminar con el Pequeño Tim a hombros, y muy deprisa, por cierto.

—¡Yo también! —gritó Peter—. A menudo.

—¡Yo también! —exclamó otro.

Todos lo habían visto.

—Pero pesaba muy poco —prosiguió ella, concentrada en la labor —, y su padre lo amaba tanto que no era ninguna molestia, ninguna molestia. ¡Ahí está vuestro padre, en la puerta!

Ella corrió a recibirlo y el menudo Bob entró con su bufanda, que buena falta le hacía, pobre hombre. Ya tenía el té preparado en el hornillo, y todos intentaron anticiparse a los demás para servirlo. Luego los dos pequeños Cratchit se encaramaron a sus rodillas y cada uno de ellos posó una mejilla contra la de él, como diciéndole: «No te preocupes, padre. ¡No estés triste!».

Bob se mostró muy alegre con ellos y habló jovialmente a toda la familia. Contempló la labor que había sobre la mesa y alabó la aplicación y la rapidez de la señora Cratchit y las chicas. Acabarían antes del domingo, dijo.

—¡El domingo! Entonces, ¿has ido hoy, Robert? —preguntó su esposa.

—Sí, querida —contestó Bob—. Me habría gustado que también tú hubieses podido ir. Te habría sentado bien ver lo verde que es ese lugar. Pero lo verás a menudo. Le prometí que iría paseando el domingo. ¡Hijo mío, mi pequeño! —sollozó Bob—. ¡Mi pequeño!

Se desmoronó por completo, no fue capaz de evitarlo. De haberlo sido, tal vez él y su hijo habrían estado mucho más distanciados de lo que lo estaban.

Salió de la estancia y subió al dormitorio, alegremente iluminado y decorado con tarjetas navideñas. Había una silla muy cerca del niño, e indicios de la reciente presencia de alguien. El pobre Bob se sentó en ella y, cuando creyó haberse repuesto un poco, besó aquella carita. Había aceptado lo que acababa de ocurrir y volvió a bajar bastante animado.

Se congregaron alrededor de la lumbre y charlaron, mientras la madre y las chicas seguían con su labor. Bob les habló de la extraordinaria amabilidad del sobrino del señor Scrooge, a quien apenas había visto en una ocasión, y quien, habiéndoselo encontrado en la calle ese mismo día y habiendo visto que parecía un poco... —«solo

un poco abatido, ya me entendéis», dijo Bob—, le preguntó cuál era el motivo de su aflicción.

—Y se lo dije —prosiguió Bob—, pues es el caballero más atento que podáis imaginar, y él me dijo: «Lo lamento de todo corazón, señor Cratchit, y lo lamento de todo corazón por su buena esposa». Por cierto, que no sé cómo ha podido saberlo.

—¿Saber qué, querido?

—Que eres una buena esposa —contestó Bob.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Peter.

—¡Muy buena observación, hijo mío! —exclamó Bob—. Confío en que así sea. «Lo lamento de todo corazón», dijo, «por su buena esposa. Si puedo serles de alguna utilidad», dijo mientras me daba una tarjeta, «aquí es donde vivo. Le ruego que vengan a verme». Y me ha parecido un detalle encantador —agregó Bob, alzando la voz—, no tanto por lo que pueda hacer por nosotros como por su amable actitud. Ciertamente era como si conociera a nuestro Pequeño Tim y sintiera nuestro dolor.

—¡Estoy segura de que es un alma bondadosa! —dijo la señora Cratchit.

—Aún lo estarías más, querida —contestó Bob—, si le vieras y hablastes con él. En absoluto me sorprendería, ¡fíjate en lo que digo!, que consiguiese un empleo mejor para Peter.

—¿Has oído eso, Peter? —dijo la señora Cratchit.

—Y después —intervino animada una de las chicas— Peter se asociará con alguien y se establecerá por su cuenta.

—¡No digas bobadas! —replicó Peter, con una amplia sonrisa.

—Podría ocurrir, o no, el día menos pensado —dijo Bob—, aunque para eso hay tiempo de sobra, querido hijo. Pero, como quiera que sea y cuando sea que nos separemos, estoy seguro de que ninguno de nosotros olvidará al pobre Pequeño Tim, ¿verdad?, o esta primera separación que nos toca sufrir.

—¡Jamás, padre! —gritaron todos.

—Y sé —prosiguió Bob—, sé, queridos míos, que al recordar lo paciente y dulce que era, aunque solo fuera un niño muy, muy pequeño,

no discutiremos por bagatelas, olvidando así al pobre Pequeño Tim.

—¡Jamás, padre! —volvieron a gritar todos.

—Estoy muy contento —dijo el menudo Bob—, ¡estoy muy contento!

La señora Cratchit le dio un beso, sus hijas le dieron un beso, los dos pequeños Cratchit le dieron un beso, y Peter le estrechó la mano. Espíritu del Pequeño Tim, ¡tu esencia infantil provenía de Dios!

—Espectro —dijo Scrooge—, algo me dice que se acerca el momento de despedirnos. Lo sé, aunque no sé por qué. Dime, ¿quién era el hombre al que vimos yacer muerto?

El Fantasma de la Navidad Venidera volvió a llevarlo consigo —si bien a un momento diferente, según su impresión; en realidad, las últimas visiones parecían no seguir orden alguno, si bien todas pertenecían al Futuro— a lugares de encuentro habituales entre los hombres de negocios, pero no le mostró a su yo. Aún más, el Espíritu no se detuvo ante nada, sino que avanzó directamente como hacia la meta que acababa de desear, hasta que Scrooge le suplicó que aguardase un momento.

—Este patio que ahora cruzamos a toda prisa —dijo Scrooge— es donde se encuentra mi despacho, y donde se ha encontrado durante mucho tiempo. Veo la casa. Permíteme ver cómo seré en los días venideros.

El Espíritu se detuvo; su mano apuntaba hacia otro lugar.

—La casa está allí —se extrañó Scrooge—. ¿Por qué señalas hacia otro lado?

El inexorable dedo no varió de posición.

Scrooge se precipitó hacia la ventana de su despacho y miró dentro. Seguía siendo un despacho, pero no el suyo. Los muebles eran otros, y la figura sentada en la butaca no era la suya. El fantasma siguió señalando en la misma dirección.

Se reunió con él y, preguntándose por qué y adónde habría ido él a parar, lo acompañó hasta que llegaron a una cancela de hierro. Hizo una pausa para mirar a su alrededor antes de franquearla.

Un cementerio. Allí, bajo tierra, yacía, pues, el desdichado hombre

cuyo nombre tenía que averiguar. Era un lugar encomiable: tapiado por casas; cubierto de hierba y maleza, vegetación fruto de la muerte, no de la vida; atestado de sepulcros; opulento en su apetito bien saciado. ¡Un lugar encomiable!

El Espíritu se situó entre las sepulturas y señaló la que tenía a sus pies. Scrooge avanzó trémulo hacia ella. El fantasma seguía incólume, pero él temía encontrar un nuevo significado en su solemne figura.

—Antes de que me acerque más a esa lápida a la que señalas —dijo Scrooge—, respóndeme a una pregunta. ¿Son estas las sombras de las cosas que Serán, o son las sombras de las cosas que solo Podrían Ser?

El fantasma continuó apuntando hacia la tumba junto a la que se encontraba.

—Los derroteros de los hombres presagian determinados finales a los que, si se persevera en ellos, podrían conducir —dijo Scrooge—. Pero si se abandonan los derroteros, los finales cambiarán. ¡Dime que es eso lo que me estás mostrando!

El Espíritu permaneció tan inmóvil como siempre.

Scrooge se arrastró hacia él sin dejar de temblar y, siguiendo la dirección del dedo, leyó en la lápida de aquella descuidada tumba su propio nombre: **EBENEZER SCROOGE**.

—¿Soy yo el hombre que yacía en la cama? —gritó, de rodillas.

El dedo se desplazó hacia él, y de vuelta al sepulcro.

—¡No, Espíritu! ¡Oh, no, no!

El dedo seguía allí.

—¡Espíritu —gritó aferrándose a su manto—, escúchame! No soy el hombre que era. No seré el hombre que habría sido sin estos encuentros. ¿Por qué me muestras esto, si ya no hay esperanza para mí?

Por primera vez, la mano pareció titubear.

—Buen Espíritu —prosiguió, prosternado ante él—, que tu benevolencia interceda por mí y se apiade de mí. Dime que aún puedo cambiar estas sombras que me has mostrado si cambio de vida.

La bondadosa mano tembló.

—Honraré la Navidad en mi corazón y procuraré conservar ese espíritu todo el año. Viviré en el Pasado, en el Presente y en el Futuro. Llevaré en mi interior a los Espíritus de los Tres y ellos me infundirán valor. No desoiré las lecciones que me han enseñado. ¡Oh, dime que puedo borrar la inscripción de esta lápida!

En su agonía, asió aquella mano espectral. Ésta intentó zafarse, pero él la retuvo con la fuerza de su súplica. El Espíritu, cuya fuerza era mayor, lo rechazó.

Alzando las manos en una postrera súplica para invertir su sino, vio que la capucha y la túnica del fantasma empezaban a cambiar, se encogían, se desmoronaban y se reducían hasta convertirse en el poste de una cama.

QUINTA ESTROFA

EL FINAL

¡Sí!, y el poste pertenecía a su propia cama. La cama era la suya, el dormitorio era el suyo. Y, lo mejor y lo más venturoso de todo: ¡el Tiempo que tenía por delante era suyo y le permitiría hacer enmiendas!

—¡Viviré en el Pasado, en el Presente y en el Futuro! —repitió Scrooge mientras se levantaba de la cama—. Llevaré en mi interior a los Espíritus de los Tres y ellos me infundirán valor. ¡Oh, Jacob Marley! ¡Alabados sean el Cielo y la Navidad por esto! Lo digo de rodillas, viejo Jacob, ¡de rodillas!

Estaba tan agitado y entusiasmado que su quebrada voz apenas le respondía. Había sollozado tan violentamente durante el conflicto con el Espíritu que aún tenía el rostro húmedo por las lágrimas.

—¡No las han arrancado! —exclamó Scrooge abrazándose a una de las cortinas de su cama—. ¡No las han arrancado, con las anillas y todo! Están aquí, yo estoy aquí, las sombras de las cosas que podrían haber sido se disiparán. Lo harán. ¡Sé que lo harán!

Mientras decía esto, sus manos no dejaron de trajinar con sus ropas, volviéndolas del revés, poniéndolas bocabajo, rompiéndolas, extraviándolas, haciendo con ellas toda clase de rarezas.

—¡No sé qué hacer! —gritó Scrooge, riendo y llorando a un tiempo, y representando a la perfección a Laocoonte en su batalla con las medias—. Me siento tan ligero como una pluma, tan dichoso como un ángel, tan alegre como un colegial, tan aturdido como un borracho. ¡Feliz Navidad a todos! ¡Y feliz Año Nuevo a todo el mundo! ¡Viva! ¡Hurra! ¡Viva!

Dando brincos, había llegado al salón, y allí se encontraba, jadeante.

—¡Ahí está la cacerola de las gachas! —gritó Scrooge, comenzando de nuevo y dando vueltas alrededor de la chimenea—. ¡Ahí está la puerta por la que entró el fantasma de Jacob Marley! ¡Ahí está el rincón donde se sentó el Fantasma de la Navidad del Presente! ¡Ahí

está la ventana por la que vi a los Espíritus errantes! Todo cierto, todo es verdad, todo ha ocurrido. ¡Ja, ja, ja!

A decir verdad, para tratarse de un hombre que llevaba muchos años sin practicarla, era una risa espléndida, una risa gloriosa. ¡La madre de una larga, larga descendencia de radiantes carcajadas!

—No sé qué día del mes es hoy —dijo Scrooge—. No sé cuánto tiempo he estado entre los Espíritus. No sé nada. Soy como un bebé. No importa. No me importa. Prefiero ser un bebé. ¡Viva! ¡Hurra! ¡Viva!

Su delirio se vio interrumpido por el repicar de campanas en las iglesias más vigoroso que jamás había oído. ¡Talán, talán, macillo; din, don, campana! ¡Campana, don, din; macillo, talán, talán! ¡Oh, soberbio, soberbio!

Corrió hasta la ventana, la abrió y asomó la cabeza. Ni niebla, ni bruma; un día claro, radiante, alegre, conmovedor, frío; frío, cantarín para hacer bailar al corazón; luz dorada del sol; cielo divino; aire fresco y dulce; campanas jubilosas. ¡Oh, soberbio! ¡Soberbio!

—¿Qué día es hoy? —voceó Scrooge dirigiéndose a un muchacho endomingado, que tal vez se había rezagado para curiosear la calle.

—¿Qué? —contestó el muchacho, asombrado hasta lo indecible.

—¿Qué día es hoy, amigo mío? —repitió Scrooge.

—¡Hoy! —exclamó el muchacho—. ¡Pues Navidad!

—¡Navidad! —dijo Scrooge para sí—. No me la he perdido. Los Espíritus lo han hecho todo en una sola noche. Pueden hacer lo que gusten. Claro que pueden. Claro que pueden. ¡Oye, amigo mío!

—¿Sí? —contestó el muchacho.

—¿Conoces la pollería que está en la esquina de la siguiente calle? —preguntó Scrooge.

—Confío en que sí —respondió el chaval.

—¡Qué chico tan inteligente! —dijo Scrooge—. ¡Un chico notable! ¿Sabes si han vendido ya el magnífico pavo que tenían colgado? No el pequeño, sino el grande.

—¿Cuál? ¿El que es tan grande como yo? —preguntó el muchacho.

—¡Qué chico tan encantador! —dijo Scrooge—. Es un placer hablar con él. ¡Sí, liebrechilla!

—Allí sigue colgado —contestó el muchacho.

—¿De veras? —dijo Scrooge—. Ve y cómpralo.

—¡Anda ya! —exclamó el muchacho.

—No, no —insistió Scrooge—. Hablo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí, que yo les daré las señas de a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el mozo y te daré un chelín, pero si vuelves con él en menos de cinco minutos, ite daré media corona!

El muchacho salió disparado. Gran templanza hubiese requerido un dedo sobre un gatillo para disparar la mitad de rápido.

—Se lo enviaré a la familia de Bob Cratchit —susurró Scrooge, frotándose las manos y desternillándose de risa—. No sabrá quién se lo envía. Es el doble de grande que el Pequeño Tim. ¡John Miller nunca gastó una broma tan graciosa como lo será enviarle el pavo a Bob!

La mano con la que escribió la dirección no era una mano firme, pero de algún modo consiguió escribirla, y a continuación Scrooge bajó para abrir la puerta de la calle y esperar al mozo de la pollería. Mientras lo hacía, se fijó en la aldaba.

—¡La amaré mientras viva! —exclamó Scrooge, dándole unas palmaditas—. Antes apenas si la miraba. ¡Qué semblante tan honrado tiene! ¡Es una aldaba maravillosa! Aquí llega el pavo. ¡Viva! ¡Hurra! ¿Cómo estás? ¡Feliz Navidad!

¡Aquello era un pavo! Era imposible que aquel animal hubiese sido capaz de mantenerse en pie. Las patas se le habrían quebrado al instante como si fuesen barras de lacre.

—Vaya, es imposible cargar con esto hasta Camden Town —dijo Scrooge—. Tendrás que ir en un coche de alquiler.

La risa ahogada con que dijo esto, y la risa ahogada con que pagó el pavo, y la risa ahogada con que pagó el coche, y la risa ahogada con que recompensó al muchacho únicamente se vieron superadas por la risa ahogada con que volvió a sentarse, sin aliento, en su butaca, donde siguió riéndose hasta llorar.

No le resultó fácil afeitarse, pues la mano seguía temblándole con

violencia y el afeitado es una tarea que requiere atención aunque uno no esté bailando mientras lo hace. Pero, incluso de haberse rebanado la punta de la nariz, se habría puesto un trozo de esparadrapo y se habría quedado tan contento.

Se vistió «con sus mejores galas» y finalmente salió a las calles, repletas de gente a esa hora, tal como había visto con el Fantasma de la Navidad del Presente, y, caminando con las manos a la espalda, Scrooge contempló a todo el mundo con una sonrisa embelesada. En suma, tenía un aspecto tan irresistiblemente agradable que tres o cuatro joviales hombres le dijeron: «¡Buenos días, señor! ¡Que tenga una feliz Navidad!». Y Scrooge diría después con frecuencia que, de todos los sonidos alegres que había oído en la vida, aquellos fueron los más alegres a sus oídos.

No había llegado muy lejos cuando vio al solemne caballero que caminaba en su dirección y que había entrado en su contaduría el día anterior y le había dicho: «Scrooge y Marley, supongo». Sintió un vuelco en el corazón al pensar cómo le miraría aquel respetable anciano cuando se cruzasen, pero sabía cuál era el sendero que debía enfiar, y así lo hizo.

—Apreciado señor —dijo Scrooge apretando el paso y tomando después al caballero de ambas manos—, ¿cómo está? Confío en que ayer consiguiera lo que se proponía. Fue usted muy amable. ¡Le deseo una feliz Navidad, señor!

—¿El señor Scrooge?

—Sí —contestó Scrooge—. Ese es mi apellido y temo que no le resulte agradable. Permítame que me disculpe. Y tenga usted la bondad de... —Scrooge le susurró el resto al oído.

—¡Válgame Dios! —exclamó el caballero como si le hubiesen arrebatado el aliento—.preciado señor Scrooge, ¿habla en serio?

—Se lo ruego —dijo Scrooge—. Ni un cuarto de penique menos. Tenga por seguro que están incluidos muchos atrasos. ¿Me hará ese favor?

—Apreciado señor —dijo el otro, estrechándole las manos—, no sé qué decir ante tal munifi...

—No diga usted nada, se lo ruego —replicó Scrooge—. Venga a verme. ¿Vendrá a verme?

—¡Lo haré! —gritó el anciano caballero.

Y era evidente que tal era su intención.

—Gracias —dijo Scrooge—. Se lo agradezco mucho. Un millón de gracias. ¡Que Dios le bendiga!

Fue a la iglesia, y paseó por las calles, y observó a la gente correteando de un lado al otro, y dio palmaditas en la cabeza a los niños, y se interesó por mendigos, y miró las cocinas de las casas y alzó la vista hacia la ventana, y descubrió que todo le reportaba placer. Nunca había soñado que un paseo —que nada— pudiera insuflarle tanta felicidad. Por la tarde encaminó sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó ante la puerta una docena de veces antes de reunir el coraje para acercarse y llamar a ella. Pero al final se decidió y lo hizo.

—¿Se encuentra el señor en casa, cielo? —preguntó Scrooge a la muchacha.

¡Una muchacha hermosa! Mucho.

—Sí, señor.

—¿Y dónde está, cielo? —dijo Scrooge.

—En el salón, señor, con la señora. Si es tan amable, le acompañaré arriba.

—Gracias. Ya me conoce —dijo Scrooge con una mano posada ya sobre la manija de la puerta que daba al salón—. Entraré solo, cielo.

Accionó la manija con delicadeza y asomó la cabeza por la puerta. Todos miraban a la mesa (dispuesta impecablemente para una gran ocasión), pues las parejas jóvenes siempre se ponen nerviosas en tales situaciones y gustan de comprobar que todo esté en orden.

—¡Fred! —dijo Scrooge.

¡Santísimo cielo, cómo se sobresaltó su sobrina política! Scrooge había olvidado por un momento que la joven estaba sentada en un rincón con los pies sobre un escabel; de lo contrario, bajo ningún concepto habría hecho aquello.

—¡Por todos los santos! —gritó Fred—. ¿Quién es?

—Soy yo. Tu tío Scrooge. He venido a cenar. ¿Puedo pasar, Fred?

¡Que si podía pasar! Fue una suerte que no le arrancase el brazo de tanto sacudírselo. En cinco minutos, Scrooge se sintió como en casa. Nada podía ser más entrañable. Su sobrina tenía exactamente el mismo aspecto. Y también Topper, cuando llegó. Y la hermana rolliza, cuando llegó. Y todos los demás, cuando llegaron. Una fiesta maravillosa, unos juegos maravillosos, una concordia maravillosa, ¡una felicidad ma-ra-villo-sa!

Pero la mañana siguiente fue temprano a su despacho. ¡Oh, sí, muy temprano! ¡Conseguir adelantarse y sorprender a Bob Cratchit llegando tarde! Ese era el empeño que le ocupaba.

Y lo consiguió, ¡sí, lo consiguió! El reloj dio las nueve. Ni rastro de Bob. Las nueve y cuarto. Ni rastro de Bob. Llegó dieciocho minutos y medio tarde. Scrooge aguardaba sentado con la puerta abierta de par en par, para poder verle entrar en el cubículo.

Se había quitado el sombrero antes de abrir la puerta; también la bufanda. En un suspiro se encontraba en su taburete, afanándose con la pluma, como intentando retroceder en el tiempo hasta las nueve.

—¡Vaya, vaya! —gruñó Scrooge impostando lo mejor que pudo su voz habitual—. ¿Qué es eso de llegar a estas horas de la mañana?

—Lo lamento mucho, señor —contestó Bob—. Me he retrasado.

—¡Se ha retrasado! —repitió Scrooge—. Sí, eso creo. Haga el favor de venir aquí, caballero.

—No es más que una vez al año, señor —alegó Bob abandonando su cubil—. No volverá a ocurrir. Anoche nos divertimos un poco, señor.

—Pues le diré algo, amigo mío —dijo Scrooge—. No estoy dispuesto a seguir tolerando cosas como esta. Y, por consiguiente —prosiguió, al tiempo que se levantaba del taburete y propinaba a Bob tal empellón en el chaleco que el pobre retrocedió tambaleándose de nuevo al cubil—, por consiguiente, ¡voy a aumentarle el salario!

Bob empezó a temblar y se acercó un poco más a la regla. Le pasó por la cabeza la idea de derribar con ella a Scrooge, inmovilizarlo y pedir ayuda a la gente del patio, y también una camisa de fuerza.

—¡Feliz Navidad, Bob! —dijo Scrooge con inequívoca sinceridad mientras le daba unas palmadas en la espalda—. ¡Una Navidad más

feliz, Bob, mi buen amigo, que las que le he dado durante muchos años! Le aumentaré el salario y me esforzaré por ayudar a su necesitada familia, y trataremos tales asuntos esta misma tarde, delante de un navideño cuenco de ponche humeante, Bob. ¡Atice las lumbres y vaya a comprar otro cubo de carbón antes incluso de ponerle el punto a otra «i», Bob Cratchit!

Scrooge cumplió con creces su palabra. Hizo todo aquello e infinitamente más; y para el Pequeño Tim, que no murió, fue como un segundo padre. Se convirtió en el mejor amigo, el mejor patrón y el mejor hombre que había conocido aquella buena y vieja ciudad, y cualquier otra buena y vieja ciudad, pueblo o distrito en este buen y viejo mundo. Algunas personas se reían al ver cómo había cambiado, pero él dejaba que se riesen y no les prestaba atención, pues era lo bastante prudente para saber que nada bueno había ocurrido en este mundo sin que algunas personas se hubiesen hartado de reír en un primer momento, y, sabedor de que seguirían estando ciegas, pensó que tanto daba que entornaran los ojos en muecas o que sufrieran la enfermedad en sus formas más desagradables. Su propio corazón se reía, y eso le bastaba.

No volvió a tener tratos con Espíritus, pero en adelante vivió según el Principio de la Abstinencia Total, y siempre se dijo de él que sabía celebrar la Navidad como nadie. ¡Que pueda decirse lo mismo de nosotros, de todos nosotros! Y, como dijo el Pequeño Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos, a cada uno de nosotros!

LAS CAMPANAS

Un cuento de duendes sobre unas campanas que anuncian el final del año y la llegada del nuevo

PRIMER CUARTO

No son muchas las personas —y, siendo deseable que entre el narrador y el lector de cuentos se establezca una comprensión mutua lo antes posible, y ruego se tenga en consideración que no limito esta observación a jóvenes y a niños, sino que la hago extensible a personas de toda condición: pequeños y mayores, jóvenes y viejos, aún en proceso de crecimiento o ya decreciendo—; como decía, no son muchas las personas a las que les gustaría dormir en una iglesia. No me refiero a la hora del sermón y con buen tiempo (algo que en realidad ya ha ocurrido en una o dos ocasiones), sino por la noche y en soledad. Innumerables personas se quedarían más que atónitas, bien lo sé, ante esta postura si me refiriese al claro y vital día. Pero me refiero a la noche. Es algo que habría que debatir de noche. Y me comprometo a defenderlo con éxito cualquier noche borrascosa de invierno que se elija para tal propósito frente a cualquier contrincante designado de entre todos los demás, que deberá encontrarse conmigo a solas a la puerta de la vieja iglesia de un viejo cementerio, y que previamente me habrá autorizado a encerrarle dentro, si así lo considerase necesario para su plena satisfacción, hasta la mañana.

Porque el viento nocturno tiene la pésima manía de dar vueltas y más vueltas en torno a esa clase de edificios gimiendo a su paso, y la de, con su mano invisible, tantear puertas y ventanas, y la de buscar rendijas por las que colarse. Y una vez que lo ha conseguido, como si no encontrara lo que busca, sea lo que fuere, plañe y aúlla para salir de nuevo; y, no contento con asediar las naves, deslizarse en torno a los pilares y tentar al órgano en las profundidades, se eleva hasta el techado y pugna por arrancar los cabrios; después se lanza desesperado hacia las losas del pavimento e irrumpe, mascullando, en la cripta. Acto seguido se alza con sigilo y reptar por los muros con la apariencia de estar leyendo, en susurros, las sagradas inscripciones dedicadas a los muertos. Ante algunas de ellas estalla con estridencia, como riéndose a carcajadas, y ante otras solloza y llora como si se doliese. Emite asimismo un sonido espectral mientras vaga por el altar, donde, a su bárbaro estilo, parece entonar un canto al mal y al crimen perpetrados y a los falsos dioses adorados, desafiando a las Tablas de la Ley, que parecen inmaculadas y suaves pero que están agrietadas y rotas. ¡Brrr...! ¡Dios nos proteja de él, sentados al abrigo del fuego! ¡Tiene una espantosa voz, ese viento a medianoche cantando en una iglesia!

Pero ¡ay, en lo alto de la aguja! ¡Allí la abyecta ráfaga ruge y silba! ¡En lo alto de la aguja, donde puede entrar y salir con libertad entre los numerosos y amplios arcos y lucernas, y retorcerse y enroscarse por la vertiginosa escalera, y hacer girar la rezongona veleta, e incluso sacudir y estremecer la mismísima torre! ¡En lo alto de la aguja, donde se encuentra el campanario; y las barandas de hierro lucen melladas por la herrumbre; y las planchas de plomo y cobre, ajadas por los cambios del tiempo, chirrían y palpitan bajo unos pasos a los que no están habituadas; y los pájaros embuten desvencijados nidos en las juntas de las viejas vigas y travesaños de roble; y el polvo envejece y se torna gris; y arañas moteadas, indolentes y gordas tras mucho tiempo a resguardo se balancean ociosas adelante y atrás con la vibración de las campanadas, y nunca se caen de los castillos que tejen en el aire, o trepan como marineros ante una alarma repentina, o descienden hasta el suelo y ejercitan su juego de ágiles patas para salvar la vida! Lo alto de la aguja de una vieja iglesia, muy por encima de la luz y el murmullo de la ciudad y muy por debajo de las nubes que le dan sombra, es de noche un lugar salvaje e inhóspito, y en lo alto de la aguja de una vieja iglesia habitaban las campanas de las que voy a hablar.

Eran unas campanas viejas, pueden creerme. Siglos atrás, aquellas campanas habían sido bautizadas por obispos; tantos siglos atrás, de hecho, que su fe de bautismo se había perdido en el alba de los tiempos y nadie conocía ya sus nombres. Tuvieron padrinos y madrinas, aquellas campanas (personalmente, por cierto, preferiría asumir la responsabilidad de apadrinar una campana que a un niño), y, también, sus tazones de plata. Pero el tiempo ha segado la vida de sus valedores, y Enrique VIII ordenó fundir esos tazones, que ahora cuelgan, sin nombre ni forma de tazón, en la torre de la iglesia.

Aunque no mudas. En absoluto. Tenían unas voces claras, fuertes, vigorosas, resonantes, aquellas campanas, y su tañido, llevado por el viento, se oía desde muy, muy lejos. Eran, asimismo, unas campanas demasiado robustas para subordinarse al capricho del viento, pues, combatiéndolo valerosamente cuando este soplaba a un antojo que no les convenía, vertían sus alegres notas para los oídos atentos; y, obcecadas en ser oídas en las noches tormentosas por alguna pobre madre que estuviese al cuidado de un hijo enfermo, o por alguna esposa sola cuyo marido se encontrase en alta mar, se sabía que en ocasiones habían vencido al bravucón viento del noroeste; sí, «implacables», como había dicho Toby Veck, pues, aunque todos optaban por llamarle Troti Veck, su nombre era Toby y nadie podía cambiar eso (excepto por Tobias) sin que mediase una ley parlamentaria especial, habiendo sido él en su día bautizado de forma tan legítima como lo habían sido las campanas en el suyo, aunque sin tanta solemnidad ni celebración

pública.

Por mi parte, confieso que comparto la creencia de Toby Veck, pues estoy seguro de que no le han faltado ocasiones para corroborarla. Y, dijera lo que dijese Toby Veck, lo suscribo. Y me posiciono del lado de Toby Veck, aunque él se pasaba el día entero «posicionado» (y tediosa tarea era) justo a la puerta de la iglesia. De hecho, Toby Veck era recadero municipal y esperaba allí por los encargos.

Aquel era un lugar ventoso, que ponía la piel de gallina, la nariz azulada, los dedos de los pies como piedras y los dientes rechinantes en invierno, un lugar inhóspito donde esperar, como Toby Veck bien sabía. El viento aparecía por la esquina —especialmente el del este—, cortante y furioso, como si hubiese salido de los confines de la tierra para arremeter contra Toby. Y con frecuencia parecía llegar hasta él antes de lo previsto, pues, tras asomar y dejar atrás a Toby, de pronto giraba en redondo, como gritando: «Pero ¡isi está ahí!». Impotente, el pequeño delantal que llevaba aleteaba y le cubría la cabeza como si fuese la ropa de un niño travieso, y su fino y frágil bastón forcejeaba y embestía infructuosamente en su mano, y sus piernas soportaban tremendas sacudidas, y el propio Toby, ladeado, ahora mirando en una dirección, ahora en la otra, se veía tan sacudido y zarandeado, despeinado, consternado, empujado y levantado del suelo que poco faltaba para que fuese un verdadero milagro que no saliera volando por los aires como a veces ocurre con una colonia de ranas o caracoles u otras criaturas ligeras que después caen como la lluvia, para gran asombro de los lugareños, en algún extraño rincón del mundo donde nunca se ha visto a un recadero.

Sin embargo, los días ventosos, pese a tratarlo con tal rudeza, eran, después de todo, una especie de festividad para Toby. Sí, en efecto. Esos días no parecía tener que esperar tanto como en otras ocasiones a que le cayeran seis peniques; verse obligado a batallar contra aquel tempestuoso elemento le distraía, e incluso le reavivaba, cuando empezaba a sentir hambre y desánimo. También las heladas y las nevadas intensas constituían todo un acontecimiento y, de algún modo, parecían favorecerle..., aunque, Toby, ¡habría resultado difícil decir en qué aspecto! Así pues, el viento, la escarcha y la nieve, y tal vez también una buena granizada, hacían que aquellos días fueran memorables para Toby Veck.

La humedad era lo peor; esa humedad fría, pertinaz y pegajosa que le envolvía como un abrigo empapado, el único abrigo que Toby tenía y sin el cual se habría sentido más cómodo. Días húmedos, cuando la lluvia caía lenta, densa y obstinada; cuando la garganta de la calle, como la suya propia, se atoraba con la bruma; cuando paraguas

humeantes pasaban y repasaban, girando como un sinfín de peonzas al chocar entre sí en la concurrida acera, desprendiendo un pequeño remolino de desapacibles salpicaduras; cuando los canalones rugían y los desagües rebosaban con estridencia; cuando la humedad de los salientes y los alféizares de la iglesia se condensaban en gotas que caían una a una sobre Toby, convirtiendo al instante en lodo el puñado de paja sobre el que se apostaba; esos eran los días que lo ponían a prueba. Era entonces, de hecho, cuando se podía ver a Toby asomando ansioso desde su refugio, en un rincón de los muros de la iglesia —un refugio tan exiguo que en verano nunca arrojaba sobre el pavimento una sombra más gruesa que la de una vara—, con la cara larga y desconsolada. Pero un minuto después se aventuraba fuera para entrar en calor haciendo un poco de ejercicio y trotar de un lado al otro una docena de veces, y se despejaba y regresaba más animado a su nicho.

Lo llamaban Troti por esa forma de andar, que parecía rápida aunque no lo era. Es muy probable que hubiese sido capaz de caminar más deprisa, pero, de habersele privado de su trote, Toby se habría metido en la cama y habría muerto. Se salpicaba con el barro y el agua sucia, y eso le acarreaba un sinfín de problemas; podría haber caminado de un modo infinitamente más cómodo, pero esa era una de las razones por las que se aferraba a su hábito con tanta tenacidad. Anciano débil, menudo y enjuto, aquel Toby era un auténtico Hércules en cuanto a sus buenos propósitos. Adoraba ganarse la vida. Le deleitaba creer —Toby era muy pobre y no podía permitirse el lujo de menospreciar ningún deleite— que era un hombre de valía. Con un mensaje o un paquete de a un chelín y dieciocho peniques en las manos, su coraje, siempre incólume, crecía aún más. Mientras trotaba, pedía a gritos a los raudos carteros que le precedían que se hiciesen a un lado, creyendo fervorosamente en un curso natural de las cosas según el cual los alcanzaría y los atropellaría, y albergaba una fe incorruptible —no a menudo puesta a prueba— en su capacidad para cargar con cualquier bulto que un hombre pudiese levantar.

Así, incluso en los días de lluvia, cuando salía de su rincón para entrar en calor, Toby trotaba. Dibujando con los zapatos agujereados una sinuosa hilera de huellas blandas en el fango, y soplándose y frotándose las manos heladas, escasamente protegidas del frío penetrante por unas raídas manoplas de estambre gris, con un único dedo para el pulgar y un compartimento o cavidad común para los demás dedos, Toby, con las rodillas flexionadas y el bastón bajo el brazo, seguía trotando. Llegaba a la calle y alzaba la mirada al campanario cuando las campanas tañían. Y seguía trotando.

Toby cubría este último trayecto varias veces al día, y ellas siempre lo acompañaban, y cuando oía sus voces sentía el impulso de

contemplarlas en su morada, preguntarse cómo se movían y qué badajos las golpeaban. Tal vez fuera él en quien más curiosidad despertaban aquellas campanas, porque compartía con ellas ciertas semejanzas. Colgaban allí, a merced del tiempo que hiciese, con el viento y la lluvia azotándolas, contemplando solo el exterior de todas aquellas casas, sin poder acercarse jamás a las lumbres ardientes que refulgían y resplandecían por las ventanas o lanzaban bocanadas de humo por las chimeneas, e incapaces de participar de ninguna de las exquisiteces que en todo momento se entregaban, a través de las puertas y las verjas que daban a la calle, a cocineros prodigiosos. Muchos rostros se atisbaban por numerosas ventanas, algunos hermosos, jóvenes, agradables; otros, todo lo contrario; pero Toby nada más sabía de ellos (aunque con frecuencia especulaba sobre esas bagatelas mientras permanecía inactivo en las calles): de dónde venían o adónde iban, o, cuando veía moverse sus labios, si estos habrían pronunciado en todo el año alguna palabra amable refiriéndose a él, como sí hacían las campanas.

Toby no era taimado —al menos, que él supiera—, y con esto no pretendo decir que cuando empezó a encariñarse con las campanas y a tejer aquel primer contacto convirtiéndolo en una urdimbre más prieta y delicada, no meditase todas estas consideraciones una por una ni revisase todos sus pensamientos al respecto como en un día de maniobras. Por el contrario, lo que pretendo decir y digo es que, del mismo modo en que todas las demás funciones corporales de Toby, los órganos del aparato digestivo, por ejemplo, gran parte de cuyo funcionamiento él desconocía y le habría asombrado enormemente, se las ingeniaban para alcanzar cierto fin, sus facultades mentales, sin su participación ni su conformidad, ponían en movimiento todas estas ruedas y resortes y otros mil más cuando trabajaban para generar el aprecio que profesaba a las campanas.

Aunque lo hubiese descrito como amor, no habría retirado esa palabra, si bien esta apenas habría expresado su complejo sentimiento. Porque, no siendo más que un hombre corriente, les confería una extraña y solemne naturaleza. Eran tan misteriosas...; a veces oídas pero no vistas; tan elevadas, tan lejanas, tan rebosantes de aquella fuerte y profunda melodía que Toby las contemplaba con una especie de respeto reverencial, y en ocasiones, cuando alzaba la mirada hacia los oscuros ventanales con forma de arco de la torre, casi esperaba que algo que no fuera una campana lo llamara, y sin embargo eso era lo que a menudo oía en su repique. Por todo ello, Toby desdeñaba indignado cierto rumor que corría según el cual las campanas estaban encantadas y que abría la puerta a la posibilidad de que estuviesen conectadas a algún mal. En suma, con mucha frecuencia se hallaban en sus oídos, y también en sus pensamientos, pero siempre cobijadas por la buena

opinión en que las tenía; y con mucha frecuencia él acababa con tortícolis de tanto contemplar boquiabierto la aguja en la que colgaban, y de buen grado añadía después uno o dos trotes más a los habituales para recuperarse.

Y esto era exactamente lo que le ocupaba un día frío, cuando la última y soñolienta campanada de las doce, que acababa de sonar, zumbaba como una abeja monstruosa y melodiosa, en absoluto una abeja atareada, ¡por toda la aguja!

—¡Ah, hora de comer! —dijo Toby mientras trotaba de un lado al otro frente a la iglesia—. ¡Ah!

Toby tenía la nariz muy roja, igual que los párpados, y pestañeaba mucho, y llevaba los hombros encogidos casi a la altura de las orejas, y mantenía las piernas muy rígidas; en conjunto, era evidente que había superado ya con creces el punto de congelación.

—¡Ah, hora de comer! —repitió Toby, empleando la manopla de la mano derecha a modo de guante de boxeo infantil y castigándose el pecho por estar tan frío—. ¡A-a-a-h-h-h!

A continuación, trotó en silencio uno o dos minutos.

—No hay nada... —dijo Toby, y echó a trotar de nuevo.

Pero esta vez se detuvo en seco y, con gran interés y cierta alarma dibujados en el rostro, se pasó la mano cuidadosamente por la nariz, que no era una gran nariz, por lo que acabó enseguida.

—Creía que había desaparecido —comentó Toby, reanudando el trote—, pero aquí sigue. Aunque sé que tampoco podría culparla si hubiese desaparecido. Su servicio es sumamente arduo con mal tiempo, y es sumamente poco lo que puede esperar a cambio, ya que ni siquiera inhala rapé. En el mejor de los casos, es un suplicio lo que sufre la pobre, pues cuando atrapa algún aroma agradable (algo que no ocurre con mucha frecuencia), este suele proceder del almuerzo de otro, que lo lleva a casa desde la tahona.

Esta reflexión le hizo recordar aquella que había dejado a medias.

—No hay nada —prosiguió Toby— que llegue con más regularidad que la hora de la comida, y nada que lo haga con menos regularidad que la comida en sí. Es la gran diferencia entre ambas. Me ha llevado mucho tiempo descubrirlo. Me pregunto si merecerá el tiempo de algún caballero comprar esta observación para difundirla en los periódicos, ¡o

en el Parlamento!

Toby solo bromeaba, porque sacudió la cabeza con aire adusto, despreciándose.

—¡Ay, Señor! —suspiró—. Los periódicos están llenos de observaciones como esta, y también el Parlamento. Veamos un periódico de la semana pasada —añadió mientras se sacaba un sucio ejemplar del bolsillo y lo sostenía frente a sí con los brazos extendidos —: ¡lleno de observaciones! ¡Lleno de observaciones! Me gustaría conocer las noticias tan bien como cualquier hombre —prosiguió lentamente mientras lo plegaba un poco más que antes y lo devolvía al bolsillo—, pero ahora mismo nada me apetece menos que leer el periódico. Casi me da miedo. No sé qué va a ser de nosotros, los pobres. ¡Tenga a bien el Señor que nos traiga algo mejor la noche de Fin de Año que está por llegar!

—¡Padre, padre! —exclamó una apacible voz muy cerca de él.

Pero Toby no la oyó y siguió trotando adelante y atrás sin dejar de cavilar ni hablar para sí.

—Da la impresión de que no seamos capaces de ir por el buen camino, ni de obrar bien, ni de enmendarnos —dijo Toby—. De pequeño no fui mucho tiempo a la escuela, y no sé discernir si cumplimos o no alguna función en la faz de la tierra. Unas veces creo que sí, aunque sea pequeña, y otras, que no hacemos sino importunar. En ocasiones me siento tan confuso que incluso dudo de si hay algo de bondad en nosotros o si ya nacimos malos. Parecemos temerosos de las cosas, parecemos provocar infinidad de problemas, siempre somos motivo de queja y de prevención ajenas. De un modo u otro, llenamos los periódicos. ¡Como para hablar del Año Nuevo! —exclamó Toby, abatido—. La mayoría de las veces resisto tan bien como cualquier hombre, mejor incluso que muchos, pues soy fuerte como un león y no todos los hombres lo son; pero, suponiendo que realmente no tengamos ningún derecho a un Año Nuevo, suponiendo que realmente lo único que hagamos sea importunar...

—¡Padre, padre! —repitió la apacible voz.

Esta vez Toby la oyó; se sobresaltó, se detuvo y, acortando la mirada, que había dirigido a la lejanía como buscando iluminación en el mismísimo corazón del año venidero, se encontró frente a frente con su hija, mirándola a los ojos.

Unos ojos brillantes. Unos ojos capaces de soportar un mundo de

miradas antes incluso de atisbar su profundidad. Unos ojos oscuros que reflejaban aquellos que los buscaban, no destellantes ni sometidos a la voluntad de su dueño, sino poseedores de un resplandor claro, sereno, sincero y paciente, proclamando su semejanza con aquella luz con que el Cielo los creó. Unos ojos que eran hermosos y veraces, y que refulgían de esperanza, de esperanza joven y lozana, de esperanza pletórica, vigorosa y radiante pese a los veinte años de labor y pobreza que habían tenido que contemplar, y que por ello en ese instante se convirtieron para Troti Veck en una voz que dijo: «¡Me parece que sí cumplimos con una función aquí, aunque sea pequeña!».

Troti besó los labios que acompañaban a aquellos ojos y apretó aquella radiante cara entre las manos.

—Pero, cielo —dijo Troti—, ¿qué haces aquí? Hoy no te esperaba, Meg.

—Yo tampoco esperaba venir, padre —contestó alborozada la muchacha, asintiendo con la cabeza y sonriendo—. Pero ¡aquí estoy! ¡Y no he venido sola! ¡No he venido sola!

—¿Cómo? No irás a decirme —observó Troti dirigiendo una mirada curiosa a un cesto cubierto que la pequeña llevaba en una mano — que has...

—Huélelo, querido padre —dijo Meg—. ¡Solo huélelo!

Troti hizo el ademán de destapar el cesto con apremio cuando ella interpuso una mano alegremente.

—No, no, no —dijo Meg con el regocijo propio de un niño—. Espera un poco. Deja que levante solo una punta, solo una pun-ti-ta, ya sabes —añadió Meg, acompasando su gesto y sus palabras con extremada dulzura y empleando una voz muy tenue, como temerosa de que le oyera alguien escondido en el cesto—. Ahora sí. ¿Qué es?

Toby se acercó cuanto pudo al borde del cesto, inhaló y exclamó, arrebatado:

—Pero ¡si está caliente!

—¡Está ardiendo! —exclamó Meg a su vez—. ¡Ja, ja, ja! Está hirviendo.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Toby, dando una especie de coz al aire—. Está hirviendo.

—Pero ¿qué es, padre? —preguntó Meg—. ¡Vamos! Todavía no has adivinado lo que es. Y tienes que adivinarlo. No pienso sacarlo hasta que adivines lo que es. ¡No tengas tanta prisa! ¡Espera un momento! Vamos a dejarlo tapado un poco más. ¡Adivina!

A Meg la aterraba que lo adivinase demasiado pronto; retrocedía mientras le acercaba el cesto, encogía sus lindos hombros, se tapaba una oreja con la mano como si de ese modo pudiese evitar que la palabra correcta saliera de la boca de Toby y se reía por lo bajo sin parar.

Mientras tanto, Toby, con las manos sobre las rodillas, acercaba la nariz al cesto y aspiraba profundamente a través de la tapa; la sonrisa que lucía su marchito rostro se iba ensanchando con el proceso, como si estuviese inhalando gas hilarante.

—¡Ah! ¡Qué bien huele! —dijo Toby—. No serán..., supongo que no serán salchichas...

—¡No, no, no! —gritó Meg, deleitada—. ¡Nada parecido a las salchichas!

—No —dijo Toby, tras oler de nuevo—. Es... es más dulce que las salchichas. Huele muy bien, cada vez mejor. Ya lo tengo: son manitas de cerdo, ¿verdad?

Meg estaba extasiada. Toby no podía haberse alejado más de la verdad..., salvo con las salchichas.

—¿Hígado? —preguntó Toby, casi más para sí mismo—. No, demasiado sutil para ser hígado. ¿Pierna de cerdo? No, demasiado intenso. Tiene que ser correoso como las crestas de gallo. Y sé que no son salchichas. Te diré lo que son: imenudillos!

—¡No! —exclamó Meg, en un arrebató de regocijo—. ¡No, no!

—Pero ¡en qué estaré pensando! —dijo Toby recuperando de pronto una postura lo más vertical posible, dentro de sus limitaciones—. ¡Acabaré por olvidar cómo me llamo! ¡Son callos!

En efecto, eran callos. Y Meg, desbordante de alegría, le exigió que en medio minuto tendría que decir que eran los mejores callos que jamás había probado.

—Así que —dijo Meg, afanándose exultante con el cesto— ahora mismo voy a extender el mantel, porque he traído los callos en un

cuenco atado con un pañuelo, y si por una vez me apetece sentirme orgullosa y considerarlo un mantel y llamarlo mantel, no hay ley que me lo prohíba, ¿verdad, padre?

—No, que yo sepa, cielo —contestó Toby—, pero se pasan la vida promulgando leyes nuevas.

—Y, según lo que leí para ti el otro día en el periódico, padre, ya sabes, lo que dijo el juez, nosotros, los pobres, tendríamos que conocerlas todas. ¡Ja, ja! ¡Qué equivocados están! ¡Válgame Dios, qué listos nos consideran!

—Sí, tesoro —convino Toby—, y apreciarían enormemente a aquel que las conociese todas. Se haría muy rico con todo el trabajo que tendría y sería muy respetado por las buenas familias de su vecindario. ¡Ya lo creo!

—Fuese quien fuese, daría cuenta de su almuerzo de buena gana si oliera como este —dijo Meg alegremente—. Date prisa, porque también hay una patata asada de acompañamiento y una botella con media pinta de cerveza recién tirada. ¿Dónde quieres almorzar, padre, en el poste o en la escalinata? Hay que ver, qué distinguidos somos. ¡Tenemos dos sitios donde elegir!

—Hoy en la escalinata, cielo —dijo Troti—. La escalinata con tiempo seco; los postes con tiempo húmedo. La escalinata siempre es más cómoda, porque uno puede sentarse, pero con la humedad provoca reuma.

—Aquí, pues —dijo Meg dando palmas tras un breve correteo—. ¡Ya está! ¡Todo dispuesto! ¡Qué bonito ha quedado! Ven, padre. ¡Ven!

Desde que averiguara el contenido del cesto, Troti había permanecido de pie, mirándola —y hablándole— algo absorto, lo cual evidenciaba que, aunque ella era el objeto de sus pensamientos y de sus ojos (incluso los callos quedaban excluidos de ellos), no la vio ni la pensó tal como era en ese momento, sino que tenía frente a sí un somero esbozo o representación de su futura vida. Arrancado de su abstracción por la alegre insistencia de la muchacha, sacudió la cabeza para desembarazarse de la melancolía que empezaba a embargarlo y trotó hasta ella. Cuando se detuvo y se disponía a sentarse, las campanas repicaron.

—¡Amén! —dijo Troti, descubriéndose la cabeza y alzando la mirada hacia ellas.

—¿Amén a las campanas, padre? —exclamó Meg.

—Han empezado a tocar como una gentileza, cielo —contestó Troti mientras tomaba asiento—. Si pudiesen hablar, estoy seguro de que dirían algo bonito. Alguna de las muchas cosas amables que suelen decirme.

—¿Las campanas te hablan, padre? —preguntó Meg riéndose, al tiempo que colocaba frente a él el cuenco junto con un cuchillo y un tenedor—. ¡Vaya!

—A mí así me lo parece, tesoro —respondió Troti, empezando a comer con fruición—. Pero ¿dónde está la diferencia? Si las oigo, ¿qué importa que hablen o no? Cielo —dijo Toby, señalando hacia la torre con el tenedor y reanimado por el efecto de la comida—, ¿cuántas veces no habré oído a las campanas decir: «Toby Veck, Toby Veck, ¡ánimo, Toby! Toby Veck, Toby Veck, ¡ánimo, Toby!»? ¿Un millón de veces? ¡Más!

—¡Pues yo nunca! —exclamó Meg.

Pero sí las había oído, una y otra vez, pues Toby no dejaba de hablar de ello.

—Cuando las cosas van mal —dijo Troti—, quiero decir muy, muy mal, tanto que casi no pueden ir peor, ahí están ellas: «Toby Veck, Toby Veck, ¡pronto llegará trabajo, Toby! Toby Veck, Toby Veck, ¡pronto llegará trabajo, Toby!».

—Y finalmente llega, padre —dijo Meg, con una nota de tristeza en su apacible voz.

—Siempre —contestó Toby, de nuevo abstraído—. Nunca falla.

Mientras así conversaban, Troti no cesó ni por un instante de atacar la sabrosa carne que tenía frente a sí, sino que siguió cortando y comiendo, cortando y bebiendo, cortando y masticando, y pasaba de los callos y la patata, y de la patata de nuevo a los callos, con un entusiasmo tan untuoso como infatigable. Pero tras mirar casualmente hacia la calle —por si alguien requería a un recadero desde alguna puerta o alguna ventana—, sus ojos se encontraron con los de Meg, que seguía sentada frente a él con los brazos cruzados, únicamente ocupada en verle comer sonriendo de felicidad.

—¡Oh, que Dios me perdone! —exclamó Troti dejando el cuchillo y el tenedor—. Meg, paloma mía, ¿por qué no me has dicho que me estoy

comportando como un animal?

—¿Cómo dices, padre?

—Aquí sentado —se explicó Troti, arrepentido—, zampano, atiborrándome, dándome un atracón, y tú ahí delante, sin hacer el menor amago de interrumpir tu precioso ayuno, sin la intención de hacerlo, mientras...

—Pero si ya lo he interrumpido, padre —lo atajó su hija, riéndose—, ¡y de qué manera! Ya he comido.

—Tonterías —dijo Troti—. ¡Dos comidas en un día! ¡Eso es imposible! Es como si me dijese que va a haber dos días de Año Nuevo en uno, o que llevo toda la vida guardando una moneda de oro sin cambiarla.

—A pesar de todo, ya he comido, padre —dijo Meg, y se acercó un poco más a él—. Y si tú sigues haciéndolo, te diré cómo y cuándo, y cómo he podido traerte la comida, y... y algo más.

Toby aún parecía incrédulo, pero ella lo miraba a la cara con aquellos ojos cristalinos y, posando una mano en su hombro, lo instó a seguir antes de que se enfriase la carne. Así que Troti volvió a coger el cuchillo y el tenedor y se puso manos a la obra, si bien mucho más despacio que antes y sacudiendo la cabeza, como si no acabase de sentirse contento consigo mismo.

—Ya he comido, padre —dijo Meg tras vacilar unos instantes—, con... con Richard. Él tenía que comer temprano y, como ha llevado el almuerzo cuando ha ido a verme, pues... pues hemos comido juntos, padre.

Troti tomó un trago de cerveza y chasqueó los labios. Y a continuación dijo «¡Oh!» al ver que ella esperaba.

—Y, padre, Richard dice... —añadió Meg. Pero se calló antes de acabar.

—¿Qué dice Richard, Meg? —preguntó Toby.

—Padre, Richard dice... —Otra interrupción.

—Richard tarda mucho en decirlo —comentó Toby.

—Bueno, padre, dice —continuó Meg alzando al fin la mirada y

con voz trémula pero nítida— que ya casi ha pasado otro año, y que qué sentido tiene ir esperando de año en año cuando es tan improbable que nuestra situación mejore. Dice que ahora somos pobres, padre, y que seguiremos siéndolo, pero que también somos jóvenes y que los años nos harán viejos antes de que nos demos cuenta. Dice que si la gente de nuestra condición espera hasta ver el camino con claridad, ese camino será angosto, el camino de todos, el que lleva a la tumba, padre.

Cualquier hombre más audaz que Troti Veck habría precisado hacer acopio de toda su audacia para negar aquello. Troti guardó silencio.

—¡Y qué duro, padre, envejecer y morir y pensar que podríamos habernos animado y ayudado mutuamente! Qué duro pasar toda la vida amándonos y sufrir separados, viendo cómo el otro trabaja, y cómo cambia, envejece y encanece. Aunque superase todo esto y consiguiera olvidarlo a él (cosa que nunca podría hacer), ¡oh, querido padre, qué duro tener un corazón tan rebosante como ahora lo está el mío y ver cómo se va consumiendo gota a gota, sin el recuerdo de un solo momento feliz en la vida de una mujer que me sirviese de apoyo y de consuelo e hiciera de mí una persona mejor!

Troti siguió sentado en silencio. Meg se enjugó los ojos y después dijo con tono más alegre, es decir, intercalando entre sus palabras ahora una risa, ahora un sollozo, y ahora una risa y un sollozo a la vez:

—De modo que Richard dice, padre, que, dado que ayer le aseguraron trabajo para cierto tiempo y dado que yo lo amo y llevo amándolo ya tres años (¡ah, mucho más!, ¡si él supiera!), me case con él el día de Año Nuevo; según él, el mejor día y el más dichoso de todo el año, y el que más probabilidades tiene de traer consigo buena suerte. Es muy poco tiempo, ¿verdad, padre?, pero no tengo que organizar mi fortuna ni encargarme un vestido de novia, como las grandes damas, padre, ¿verdad? Y como son tantas las cosas que me ha dicho y como las ha dicho así, con tanto empeño y fervor pero también con tanta amabilidad y ternura, le he contestado que vendría a verte para hablar contigo, padre. Y como esta mañana me han pagado el trabajo que he hecho (¡te aseguro que no lo esperaba!) y como a ti te ha ido tan mal toda la semana y como no he dejado de desear que hubiera algo que yo pudiese hacer para que este día fuese una especie de festividad para ti y un día entrañable y feliz para mí..., pues he decidido regalarte un convite y traértelo a modo de sorpresa.

—¡Y mira cómo deja que se enfríe en la escalinata! —dijo otra voz.

Era la voz del mismísimo Richard, que se había acercado a ellos a

hurtadillas; en ese momento se plantó frente al padre y la hija y los miró desde lo alto con un rostro tan radiante como el hierro que su recio cotillo golpeaba a diario. Era un joven apuesto, y fuerte, con unos ojos que chispeaban como las salpicaduras rojas que desprende el fuego de una fragua, un cabello negro que se rizaba levemente sobre unas sienes atezadas, y una sonrisa... una sonrisa que daba fe de los elogios de Meg a su forma de hablar.

—¡Mira cómo deja que se enfríe en la escalinata! —repitió Richard—. Meg no sabe lo que le gusta. ¡No, no lo sabe!

Troti, enérgico y entusiasmado, se puso en pie al instante y le tendió la mano a Richard, e iba a contestarle precipitadamente cuando la puerta de la casa se abrió sin previo aviso y un sirviente estuvo a punto de plantar un pie sobre los callos.

—¡Vosotros, quitaos de en medio! ¡Siempre tenéis que venir a sentaros en nuestra escalinata! ¡No se os ocurre frecuentar alguna vez la de otro vecino, ¿verdad?! ¿Vais a dejar libre el paso o no?

Estrictamente hablando, la última pregunta era irrelevante, pues ya lo habían hecho.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —preguntó el caballero para quien había abierto la puerta y que salió de la casa con ese andar entre ligero y pesado (ese peculiar andar a medio camino entre el paseo y el trote) con el que un caballero que comienza el descenso de la vida, con botas crujientes, cadena de reloj y ropa limpia, debe salir de su casa: no solo sin la menor merma de su dignidad sino además con la expresión propia de tener compromisos importantes y lucrativos en algún otro lugar—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

—Siempre hay que rogarte y suplicarte de rodillas —dijo el sirviente con gran énfasis dirigiéndose a Troti Veck— para que dejes en paz nuestra escalinata. ¿Por qué no la dejas en paz? ¿Puedes dejarla en paz de una vez?

—¡Bien, ya basta, ya basta! —intercedió el caballero—. ¡Oiga, recadero! —dijo llamando por señas a Troti Veck—. Venga aquí. ¿Qué es eso? ¿Su almuerzo?

—Sí, señor —contestó Troti al tiempo que lo dejaba en un rincón.

—No lo deje ahí —dijo el caballero—. Tráigalo aquí, tráigalo aquí. ¡Bien! De modo que esto es su almuerzo.

—Sí, señor —repitió Troti, mirando fijamente, con la boca hecha agua, el último bocado de callos que se había reservado para saborearlo como si fuera una exquisitez, y al que en ese momento el caballero no dejaba de dar vueltas con la punta del tenedor.

Otros dos caballeros habían salido con él. Uno era un individuo apocado de mediana edad, de exiguo atuendo y semblante desconsolado, que mantenía en todo momento las manos en los bolsillos de unos pantalones de diminuta pata de gallo en negro y blanco, cortos, muy cedidos y sobados por ese hábito, y que no lucía particularmente bien acicalado ni aseado. El otro, un hombre proporcionado, pulcro y lozano, llevaba un abrigo azul con botones brillantes y un pañuelo blanco al cuello. Tenía la cara rubicunda, como si se le hubiese agolpado en la cabeza una cantidad indebida de la sangre de su cuerpo, lo que tal vez explicaba también su aspecto de hombre de corazón frío.

El hombre que tenía pinchado el bocado de Toby con el tenedor se dirigió al primero por el apellido de Filer, y ambos se aproximaron entre sí. El señor Filer, siendo extremadamente corto de vista, se vio obligado a acercarse tanto a los restos del almuerzo de Toby antes de averiguar lo que era que a Toby le dio un vuelco el corazón. Pero el señor Filer no se los comió.

—Se trata de un alimento de origen animal, concejal —dijo Filer, pinchándolo varias veces con un estuche para lápices—, vulgarmente conocido por la población obrera de este país con el nombre de «callos».

El concejal se echó a reír y guiñó un ojo, pues era un hombre jovial, el concejal Cute. ¡Ah, y también un hombre astuto! Un hombre sagaz. Al corriente de todo. Imposible de engatusar. ¡Capaz de llegar al corazón de la gente! Sí, conocía bien a la gente, Cute. ¡Vaya si la conocía!

—Pero ¿quién come callos? —preguntó el señor Filer, mirando a su alrededor—. Los callos son, sin excepción, el artículo de consumo menos económico y más despilfarrador que los mercados de este país pueden producir por medio alguno. Se ha comprobado que, durante el proceso de cocción, una libra de callos pierde siete octavos de la quinta parte más que una libra de cualquier otra sustancia animal. Los callos son más caros, bien entendida la comparación, que las piñas de invernadero. Teniendo en cuenta la cantidad de animales que se sacrifican al año, solo en lo referente a los gastos que acarrea su sacrificio y calculando a la baja la cantidad de callos que proporcionan los cuerpos de esos animales, razonablemente bien sacrificados, en mi opinión lo que se desperdicia de esa cantidad de callos al hervirlos

avituallaría a una guarnición de quinientos hombres durante cinco meses de treinta y un días cada uno más un febrero. ¡Un despilfarro! ¡Un despilfarro!

Troti estaba horrorizado y le temblaban las piernas. Tenía la impresión de haber matado de hambre a quinientos hombres con sus propias manos.

—¿Quién come callos? —preguntó el señor Filer afectuosamente—. ¿Quién come callos?

Troti, abatido, se inclinó.

—¿Usted, es usted? —dijo el señor Filer—. Pues le diré algo: está usted arrebatando esos callos, amigo, de las bocas de viudas y huérfanos.

—Confío en que no sea así, señor —contestó Troti con un hilo de voz—. ¡Antes moriría de necesidad!

—Concejal, divida la cantidad de callos antes mencionada —prosiguió el señor Filer— entre el número aproximado de viudas y huérfanos existentes, y el resultado será un penique de callos para cada uno. No quedará ni un ápice para este hombre. Por consiguiente, es un ladrón.

Troti estaba tan conmocionado que ni se inmutó al ver que el concejal engullía el último bocado de callos. A fin de cuentas, era todo un alivio librarse de él.

—Y bien, ¿qué dice usted? —preguntó el concejal jocosamente al caballero de rostro rubicundo y abrigo azul—. ¿Qué dice usted?

—¿Qué podría decir? —contestó el caballero—. ¿Qué tendría que decir? ¿Quién habría de interesarse por un individuo como este —refiriéndose a Troti— en unos tiempos tan pervertidos como estos? ¡Mírenlo! ¡Menuda estampa! ¡Ay, los buenos viejos tiempos, los magníficos viejos tiempos, los grandiosos viejos tiempos! Aquellos fueron los tiempos de denodados campesinos y todas esas cosas. Aquellos fueron los tiempos de todo, en realidad. Hoy no hay nada. ¡Ah! —suspiró el caballero rubicundo—. ¡Los buenos viejos tiempos, los buenos viejos tiempos!

El caballero no especificó a qué tiempos en particular se refería, ni dijo si denostaba los que él vivía, con la certeza indiferente de que nada destacable le habían aportado.

—Los buenos viejos tiempos, los buenos viejos tiempos —repitió el caballero—. ¡Qué tiempos aquellos! No ha habido otros. No tiene sentido hablar de otros tiempos ni discutir sobre cómo es la gente en estos. Porque no llamarán «tiempos» a esto, ¿verdad? Yo no. Consulte el *Strutt's Costumes* y verá cómo era antes un recadero, en cualquiera de los nobles reinos ingleses.

—En el mejor de los casos, no tenían ni una camisa para cubrirse el torso ni unas medias que meter en sus zapatos, y apenas había una sola verdura en toda Inglaterra que pudieran llevarse a la boca —dijo el señor Filer—. Puedo demostrarlo con estadísticas.

Aun así, el caballero rubicundo siguió ensalzando los viejos tiempos, los magníficos viejos tiempos, los grandiosos viejos tiempos. Dijeran lo que dijese los demás, persistía en dar vueltas y más vueltas a las mismas palabras para referirse a ellos, como una pobre ardilla gira y gira dentro de la rueda de su jaula al tocar el mecanismo y poner en marcha el truco, teniendo probablemente unas percepciones tan nítidas como las que aquel hombre de rostro encendido tenía acerca del difunto milenio.

Es posible que la fe del pobre viejo Troti en aquellos abstrusos viejos tiempos no estuviese del todo aniquilada, pues él también se sentía abstruso en aquel momento. No obstante, había algo que sí tenía claro entre tanta angustia. A saber: que, al margen de cuanto difiriesen aquellos hombres en los detalles, las dudas que había abrigado aquella mañana, y muchas otras mañanas, estaban bien fundadas. «No, no. No podemos ir por el buen camino ni obrar bien —pensó Troti, sumido en la desesperanza—. No hay bondad en nosotros. ¡Todos hemos nacido malos!».

Pero Troti albergaba en su interior un corazón de padre que de algún modo había prosperado pese a su sino, y no podía soportar que Meg, aún sonrojada por su efímera alegría, tuviese que asistir a la lectura del suyo por parte de aquellos sabios caballeros. «Que Dios la asista —pensó el pobre Troti—. Muy pronto lo conocerá».

Por ello indicó con gestos ansiosos al joven herrero que se la llevase de allí, pero este estaba tan absorto hablando con ella en voz baja que solo cayó en la cuenta de sus deseos al mismo tiempo que el concejal Cute. Y el concejal aún no había dicho la suya, pero él también era un filósofo, ¡aunque pragmático!, ¡oh, muy pragmático!, y como no tenía la menor intención de perder ni una ínfima porción de su público, exclamó:

—¡Un momento! Bien, como ustedes ya saben —dijo, dirigiéndose

a sus dos amigos con una sonrisa satisfecha muy habitual en él—, soy un hombre sencillo y pragmático, y abordo mi trabajo de un modo sencillo y pragmático. Esa es mi manera de hacer las cosas. El trato con esta clase de personas no entraña el menor misterio ni la menor dificultad si se las entiende y se les habla con su propio lenguaje. Veamos, ¡recadero! Jamás me diga ni diga a nadie, amigo mío, que no siempre tiene suficiente que comer y que no come lo mejor. He probado sus callos, como bien sabe, y no puede zumbarse de mí. Entiende lo que significa «zumbarse», ¿verdad? Es la palabra correcta, ¿cierto? ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con Dios! —dijo el concejal, y se volvió de nuevo hacia sus amigos—. Tratar con esta clase de personas es lo más fácil del mundo si se las entiende.

¡Dichoso hombre para el pueblo llano, el concejal Cute! ¡Nunca perdía los estribos con él! ¡Un caballero llano, afable, jocoso, sagaz!

—Ya ven, amigos míos —prosiguió el concejal—, cuántas sandeces se dicen sobre la necesidad..., sobre «estar sin blanca», esa es la expresión, ¿verdad?, ¡ja, ja, ja!, y yo pienso acabar con ella. Hay cierta jerga en boga en relación con el hambre, ¡y yo me propongo acabar con ella! ¡Eso es todo! ¡Vayan con Dios! —añadió, dirigiéndose nuevamente a sus amigos—. ¡Es posible acabar con cualquier cosa entre esta clase de personas si se sabe cómo acometer la tarea!

Troti tomó una mano de Meg y se la pasó por el brazo, aunque daba la impresión de que no sabía lo que hacía.

—Su hija, ¿eh? —dijo el concejal mientras le daba una palmadita a la joven bajo la barbilla con aire de familiaridad.

¡Siempre afable con la clase obrera, el concejal Cute! ¡Sabía lo que le complacía! ¡Ni un ápice de soberbia!

—¿Dónde está su madre? —preguntó aquel encomiable caballero.

—Muerta —contestó Toby—. Su madre se dedicaba a lavar ropa blanca. El Cielo la requirió cuando ella nació.

—Supongo que no para que se dedique a lavar ropa blanca allí —observó el concejal con tono simpático.

Toby no estaba seguro de si era capaz de desvincular a su esposa en el Cielo de su antigua ocupación, pero le asaltó una duda: si la señora del concejal Cute hubiese ido al Cielo, ¿la habría imaginado el señor concejal Cute ocupando algún puesto o posición allí?

—Y usted la corteja, ¿cierto? —preguntó Cute al joven herrero.

—Sí —se apresuró a contestar Richard, irritado por la pregunta—. Y vamos a casarnos el día de Año Nuevo.

—¿Cómo dices?! —exclamó Filer con acritud—. ¿Que vais a casaros?

—Pues sí, esa es nuestra intención, señor —respondió Richard—. Como ve, tenemos cierta prisa, no vaya a ser que sea eso lo primero que se acabe.

—¡Ah! —gruñó Filer—. Acabe con eso, concejal, y habrá hecho algo de utilidad. ¡Casarse! ¡Casarse! La ignorancia de los principios básicos de la economía política por parte de esta gente, su imprevisión, su vileza son, ¡por todos los Cielos!, suficientes para... ¡Mire a esta pareja, se lo ruego!

Pues bien, daba gusto mirarla. Y en su caso el matrimonio parecía un objetivo tan razonable y justo como pudieran considerarlo ellos mismos.

—Un hombre puede llegar a ser tan viejo como Matusalén —dijo el señor Filer—, y puede trabajar toda la vida en beneficio de gente como esta, y puede acumular datos y cifras, datos y cifras, datos y cifras en altas y áridas montañas, y no podrá albergar más esperanza de persuadirles de que no tienen derecho ni razón para casarse que la de persuadirles de que no tienen derecho ni razón para haber nacido en este mundo. Hace ya mucho tiempo que redujimos todo esto a una certeza matemática.

El concejal Cute se divertía enormemente y se llevó el dedo índice a la aleta de la nariz, como diciendo a sus dos amigos: «¡Hagan el favor de observarme! ¡Fíjense bien en el hombre pragmático!», y se dirigió a Meg:

—¡Ven aquí, jovencita! —dijo el concejal Cute.

La fresca sangre de su amado había empezado a bullir, iracunda, en los últimos minutos, y el joven no estaba dispuesto a dejarla ir. Pero, obligándose a contenerse, avanzó una zancada al tiempo que Meg obedecía y se colocó a su lado. Troti siguió sosteniendo su brazo, pero su mirada saltaba desconcertada de rostro en rostro como si estuviera soñando.

—Ahora, jovencita, voy a darte un par de buenos consejos —dijo el

concejal con su afabilidad y su llaneza habituales—. Me corresponde dar consejos, ¿verdad?, porque, como sabrás, soy magistrado.

Tímidamente, Meg contestó: «Sí». Pero, claro, ¡todo el mundo sabía que el concejal Cute era magistrado! ¡Oh, sí, un magistrado siempre dinámico! ¡Quién más brillante que Cute a los ojos del pueblo!

—Dices que vas a casarte —prosiguió el concejal—. ¡Algo muy impropio e indiscreto para una persona de tu sexo! Pero eso no importa ahora. Cuando te hayas casado, discutirás con tu marido y serás una esposa afligida. Tal vez ahora no lo creas, pero así será, porque yo te lo digo. Ahora quiero ser justo y te advierto de que he resuelto acabar con las esposas afligidas. Así que espero que no te traigan a mi presencia. Tendrás hijos, niños. Esos niños, obviamente, envilecerán y andarán todo el día por la calle, sin zapatos ni medias. ¡Cuidado, mi joven amiga! Los condenaré sumariamente, a todos y cada uno de ellos, pues tengo la determinación de acabar con los niños sin zapatos ni medias. Tal vez tu esposo muera joven (es lo más probable) y te deje con un bebé. Entonces te echarán de tu casa y vagarás de un lado a otro por las calles. Ahora bien, no vagues cerca de mí, querida, pues estoy decidido a acabar con todas las madres errantes. Con todas las madres jóvenes, de toda clase y condición, tengo la intención de acabar. Y no pienses en alegar una enfermedad como excusa ante mí, ni tampoco en utilizar a los hijos como excusa ante mí, pues estoy dispuesto a acabar con todos los enfermos y los niños de corta edad (confío en que conozcas los servicios de la Iglesia, aunque me temo que no). Y si, víctima de la desesperación, y la ingratitud, y la impiedad, intentases ilícitamente ahogarte o colgarte, no tendré piedad contigo, pues he tomado la determinación de acabar con todos los suicidas. Si hay algo —añadió el concejal con su sonrisa suficiente— de lo que se pueda decir que estoy más resuelto que con ninguna otra cosa, es acabar con el suicidio. De modo que no te pases de la raya. Se dice así, ¿verdad? ¡Ja, ja! Ahora ya nos entendemos.

Toby no sabía si angustiarse o alegrarse al ver a Meg palidecer mortalmente y soltarse de la mano de su amado.

—En cuanto a ti, perrito faldero —dijo el concejal, volviéndose hacia el joven herrero con una jovialidad y una urbanidad aún mayores—, ¿con qué fin crees que vas a casarte? ¿Para qué quieres casarte, cretino zagal? Si yo fuese un muchacho apuesto, joven y fornido como tú, ¡me avergonzaría de ser tan gallina para aferrarme al delantal de una mujer! ¡Porque ella ya será vieja cuando tú seas un hombre de mediana edad! ¡Menuda estampa entonces, con una esposa desaliñada, arrastrando las faldas, y una horda de niños berreando y gritando detrás de ti allá adonde vayas!

¡Ah, cómo sabía bromear con el pueblo llano, el concejal Cute!

—¡Anda! ¡Ve —dijo el concejal— y arrepíentete! No seas tan necio para casarte el día de Año Nuevo. Pensarás de un modo muy diferente antes del próximo día de Año Nuevo; un joven esbelto como tú, objeto de las miradas de todas las chicas. ¡Anda! ¡Ve!

Y se fueron. No cogidos del brazo ni de la mano, ni intercambiando miradas radiantes, sino ella llorando y él abatido y con la mirada gacha. ¿Eran aquellos los corazones que hacía apenas un momento habían arrancado a Toby de su desazón? No, no. El concejal (¡Dios lo bendiga!) había acabado con ellos.

—Ya que se da la circunstancia de que está usted aquí —le dijo el concejal a Toby—, va a llevarme una carta. ¿Es usted rápido? Se le ve muy mayor.

Toby, que había estado siguiendo algo absorto a Meg con la mirada, hizo un esfuerzo para musitar que era muy rápido y muy fuerte.

—¿Qué edad tiene? —le preguntó el concejal.

—Más de sesenta, señor —contestó Toby.

—¡Oh! Como ustedes ya sabrán, este hombre ha sobrepasado con creces la media de edad —vociferó el señor Filer, interviniendo como si su paciencia se estuviese viendo puesta a prueba y tal prueba estuviese empezando a llevar las cosas demasiado lejos.

—Ya sé que soy un advenedizo, señor —dijo Toby—. Esta... esta misma mañana me lo he planteado. ¡Oh, pobre de mí!

El concejal lo atajó entregándole una carta que extrajo de un bolsillo. Toby habría pedido un chelín, pero era evidente que el señor Filer consideraba que en su caso esa cantidad equivaldría a robar a varias personas nueve peniques y medio por cabeza, por lo que Toby solo consiguió una moneda de seis peniques, y pensó que podía darse por contento.

A continuación, el concejal ofreció un brazo a cada uno de sus amigos y se alejó de excelente humor, pero al instante retrocedió solo a toda prisa, como si hubiese olvidado algo.

—¡Recadero! —dijo el concejal.

—¿Señor? —contestó Toby.

—Cuide bien de esa hija suya. Es demasiado hermosa.

«Supongo que incluso su belleza ha sido robada a alguien —pensó Toby contemplando la moneda de seis peniques, que sostenía en una mano, y recordando los callos—. No me extrañaría que hubiese robado a quinientas damas un ápice de lozanía por cabeza. ¡Qué horror!».

—Es demasiado hermosa, amigo mío —repitió el concejal—. Lo más probable es que acabe mal, lo veo claramente. Hágame caso. ¡Cuide de ella!

Dicho lo cual, se alejó de nuevo a paso ligero.

—¡Todo lo hacemos mal! ¡Todo lo hacemos mal! —dijo Troti, uniendo las manos—. ¡Hemos nacido malos! ¡No cumplimos ninguna función aquí!

Las campanas atronaron al tiempo que pronunciaba estas últimas palabras. Íntegras, fuertes, recias..., pero nada alentadoras. No, en absoluto.

—La melodía ha cambiado —sollozó el anciano mientras escuchaba—. Ni rastro de su fantasía. ¿Por qué debería conservarla? El Año Nuevo no me incumbe, ni tampoco el viejo. ¡Que me llegue ya la muerte!

Las campanas, que seguían repicando sus cambios, hicieron arremolinarse al mismísimo aire. ¡Acabar con ellos, acabar con ellos! ¡Buenos viejos tiempos, buenos viejos tiempos! ¡Datos y cifras, datos y cifras! ¡Acabar con ellos, acabar con ellos! Si algo decían, esto era lo que decían, y también los pensamientos de Toby giraban sin cesar.

Toby se apretó la aturdida cabeza con las manos, como para impedir que se le partiese en dos. Y resultó un gesto oportuno, pues al reparar en la carta que sostenía con una de ellas y recordar así el encargo que tenía, se lanzó mecánicamente a su trote habitual, y se alejó trotando.

SEGUNDO CUARTO

La carta que Toby había recibido de manos del concejal Cute iba

dirigida a un ilustre hombre de un ilustre barrio de la ciudad. El barrio más ilustre de la ciudad. Tenía que ser el barrio más ilustre de la ciudad, pues sus habitantes lo denominaban comúnmente El Mundo.

En manos de Toby, aquella carta sin duda parecía pesar más que ninguna otra. No porque el concejal la hubiese sellado con un blasón y una cantidad desorbitada de lacre, sino por el peso del nombre del destinatario y por la cantidad inconmensurable de oro y plata a la que este estaba asociado.

«¡Qué diferente es de nosotros! —pensó Toby con toda su sencillez y seriedad mientras contemplaba la dirección—. Dividamos el número de tortugas vivas, solo en lo referente a los gastos que acarrea su sacrificio, entre el número de personas de buena familia que pueden comprarlas, ¡y veremos que él únicamente se quedará con lo que le corresponde! Y en cuanto a arrebatarse los callos de la boca de nadie..., ¡él jamás lo haría!».

Con este involuntario homenaje a tan eminente personaje, Toby colocó una punta del delantal entre la carta y sus dedos.

—Sus niñas —dijo Troti, y se le empañaron los ojos—, sus hijas... Habrá caballeros que podrán conquistar sus corazones y casarse con ellas, y ellas podrán ser esposas y madres felices; ellas podrían ser hermosas como mi querida M... e...

No fue capaz de completar el nombre. La última letra se le atoró en la garganta como si tuviese el tamaño de todo el alfabeto.

«No importa —pensó Troti—. Sé a lo que me refiero. Y eso es más que suficiente para mí». Y, con el consuelo de esa reflexión, siguió trotando.

Caía una fuerte helada, aquel día. El aire era vigorizante, frío y limpio. El sol invernal, aunque no lo bastante fuerte para dar calor, brillaba sobre el hielo al que no podía derretir por su debilidad y producía un radiante esplendor. En el pasado, Troti habría aprendido de aquel sol invernal la lección de lo que supone ser un hombre pobre, pero ya había dejado eso atrás.

El año era viejo, aquel día. El paciente año había soportado reproches y abusos por parte de sus difamadores, y había llevado a cabo fielmente su trabajo. Primavera, verano, otoño, invierno. Había trabajado a lo largo de todo su predestinado ciclo, y ahora recostaba su exhausta cabeza y se disponía a morir. Ajeno a la esperanza, a la elevada motivación, a la felicidad activa; mensajero de muchas alegrías

ajenas, apelaba en su declive a que se recordasen sus días laboriosos y sus horas pacientes, y a morir en paz. Troti podría haber leído la alegoría del pobre en el año ya decadente, pero ya había dejado eso atrás.

Pero ¿solo él? ¿O habría hecho ya una súplica similar algún otro obrero inglés con setenta años a la espalda, y en vano?

Las calles rebosaban movimiento y los comercios lucían alegremente engalanados. Se aguardaba el Año Nuevo como si del príncipe heredero del mundo se tratase, con bienvenidas, presentes y celebraciones. Había también libros y juguetes para el Año Nuevo, brillantes baratijas para el Año Nuevo, vestidos para el Año Nuevo, buenos deseos y propósitos para el Año Nuevo, nuevas invenciones para pasarlo de forma amena. Su vida estaba parcelada en almanaques y agendas; la llegada de sus lunas, sus estrellas y sus mareas se conocía de antemano; todos los procedimientos de sus estaciones, en sus días y en sus noches, estaban calculados con la misma precisión con que el señor Filer era capaz de sumar hombres y mujeres.

El Año Nuevo, el Año Nuevo. ¡En todas partes, el Año Nuevo! El Año Viejo ya se consideraba muerto, y sus efectos se vendían baratos, como en la cubierta de un barco los de un marinero ahogado. Sus hábitos eran ya los del año pasado y estaban destinados al sacrificio antes incluso de exhalar el último estertor. ¡Sus tesoros eran pura bazofia en comparación con las riquezas de su sucesor, aún por nacer!

A su entender, Troti no tenía lugar ni en el Nuevo Año ni en el viejo.

«¡Acabar con ellos, acabar con ellos! ¡Datos y cifras, datos y cifras! ¡Buenos viejos tiempos, buenos viejos tiempos! ¡Acabar con ellos, acabar con ellos!», era el compás que seguía su trote, y a ningún otro se adecuaría.

Sin embargo, incluso ese paso, melancólico como era, le llevó a su debido tiempo al final de su trayecto. A la mansión de sir Joseph Bowley, parlamentario.

Un lacayo con librea abrió la puerta. ¡Y menudo lacayo! No pertenecía a la categoría de Toby. Era de otra muy distinta. En él sí que lucía la insignia, y no en Toby.

Aquel lacayo jadeó unos instantes antes de poder hablar; se había sofocado al levantarse incautamente de la silla sin antes tomarse un tiempo para mentalizarse y serenarse. Cuando recobró la voz —lo cual

le llevó cierto tiempo, pues esta se encontraba muy lejos, escondida bajo una gran cantidad de estofado—, preguntó en un rollizo susurro:

—¿De parte de quién viene?

Toby se lo dijo.

—Deberá entregarla usted mismo —dijo el lacayo, señalando hacia una estancia situada al final de un largo pasillo que partía del vestíbulo—. Todo entra directamente este día del año. Llega justo a tiempo, porque el carruaje está en la puerta y solo han venido a la ciudad un par de horas para resolver ciertos asuntos.

Toby se limpió los pies (que ya tenía bastante secos) con sumo esmero y enfiló el camino que se le había indicado, observando a su paso que se trataba de un caserón inmenso, pero acallado y con todo cubierto, como si la familia se encontrase en la campiña. Llamó a la puerta de la estancia y le dieron permiso para entrar; al hacerlo, se encontró en una amplia biblioteca donde, ante una mesa repleta de carpetas y documentos, había una majestuosa dama con sombrero, y un no especialmente majestuoso caballero vestido de negro que escribía a su dictado, mientras que otro, de mayor edad y mucho más majestuoso, cuyo sombrero y cuyo bastón se encontraban sobre la mesa, caminaba de un lado al otro con una mano sobre el pecho, y de cuando en cuando dirigía una mirada satisfecha a su propio retrato —de tamaño natural, casi sobrenatural—, que colgaba encima de la chimenea.

—¿Qué es esto? —dijo este último caballero—. Señor Fish, ¿tendría la bondad de ocuparse usted?

El señor Fish se disculpó y, tras coger la carta que le llevaba Toby, se la tendió con gran respeto.

—Del concejal Cute, sir Joseph.

—¿Eso es todo? ¿No me trae nada más, recadero? —preguntó sir Joseph.

Toby contestó que no.

—¿No trae ninguna factura ni ninguna demanda para mí? Mi nombre es Bowley, sir Joseph Bowley. ¿De ninguna clase ni de nadie? —insistió sir Joseph—. Si la trae, entréguela. Hay una chequera junto al señor Fish. Nunca dejo nada pendiente para el Año Nuevo. En esta casa se salda toda clase de cuentas con la clausura del viejo, de modo que si la muerte fuese a... a...

—Cortar —sugirió el señor Fish.

—Cercenar, caballero —repuso sir Joseph con gran aspereza—, el cordón de la existencia, mis asuntos, confío, se encuentren bien dispuestos.

—¡Mi querido sir Joseph! —dijo la dama, que era mucho más joven que el caballero—. ¡Qué espanto!

—Mi señora Bowley —contestó sir Joseph algo titubeante, como sumido en la profundidad de sus propias observaciones—, en esta época del año debemos pensar en... en... nosotros mismos. Deberíamos revisar nuestras... nuestras finanzas. Deberíamos tener presente que la llegada de un período tan crucial en los anales de la humanidad conlleva cuestiones de suma relevancia entre un hombre y su... y su banquero.

Sir Joseph pronunció estas palabras como si sintiese la trascendental moralidad que entrañaban, y deseó que incluso Troti hubiese tenido la oportunidad de verse enriquecido por semejante discurso. Probablemente tal fuera su propósito al seguir absteniéndose de romper el sello de la carta y decir a Troti que aguardase un minuto donde estaba.

—Y bien, señora mía, deseaba usted que el señor Fish dijese... —observó sir Joseph.

—Creo que el señor Fish ya lo ha dicho —repuso su señora, dirigiendo una mirada furtiva a la carta—. Pero le aseguro que no me veo capaz de aceptar. ¡Es tan cara!

—¿Qué es cara? —preguntó sir Joseph.

—La caridad, amor mío. Solo conceden dos votos por una aportación de cinco libras. ¡Es una barbaridad!

—Mi señora Bowley —contestó sir Joseph—, me sorprende usted. ¿Se trata del lujo de considerar justa la cantidad de votos, o, para una inteligencia bien fundamentada, considerar justa la cantidad de solicitantes y el estado anímico al que su solicitud de votos los reduce? ¿No hay emoción de la más pura en el hecho de disponer de dos votos entre cincuenta personas?

—Admito que para mí no —contestó la dama—. Me parece tedioso. Además, uno no puede complacer siempre a sus conocidos. Pero, ya sabe, usted es el amigo de los pobres, sir Joseph. Usted no piensa así.

—Soy el amigo de los pobres —afirmó sir Joseph, mirando al pobre allí presente—. Y, como tal, quizá se mofen de mí. Como tal ya se han mofado de mí. Pero no pido otro título.

«¡Dios bendiga a este noble caballero!», pensó Troti.

—En este punto, por ejemplo, no estoy de acuerdo con Cute —dijo sir Joseph, alzando la carta—. No estoy de acuerdo con el partido de Filer. No estoy de acuerdo con ningún partido. Mis amigos, los pobres, no son asunto suyo, del mismo modo que ellos no son asunto de los pobres. Mis amigos, los pobres, en mi circunscripción, son asunto mío. Ningún hombre ni ningún organismo tienen derecho alguno a interferir entre mis amigos y yo. Esa es mi postura. Adopto una... una actitud paternal para con mis amigos. Les digo: «Mis buenos amigos, voy a tratarlos paternalmente».

Toby escuchaba muy serio y empezó a sentirse más cómodo.

—Lo único que es asunto suyo, mi buen amigo —prosiguió sir Joseph, mirando de forma abstraída a Toby—, lo único que es asunto suyo en la vida soy yo. No debe preocuparse pensando en nada. Yo pensaré por usted, yo sé lo que es bueno para usted, yo soy su padre eterno. ¡Así lo dispone la omnisciente Providencia! Ahora bien, no se ha creado su esencia para que se atiborre de bebida y comida y asocie su disfrute solo a estas, como si fuese un animal —Toby pensó en los callos y sintió remordimientos—, sino para que sienta la dignidad del trabajo. Salga erguido al alegre aire de la mañana y... y confórmese con eso. Lleve una vida sacrificada y sobria, sea respetuoso, practique la abnegación, saque adelante a su familia con casi nada, pague la renta con la regularidad con que un reloj marca las horas, sea puntual con sus obligaciones (le pondré un buen ejemplo: en todo momento encontrará al señor Fish, mi secretario personal, con la caja de caudales delante), y podrá confiar en mí como amigo y padre.

—¡Ciertamente, unos hijos fantásticos, sir Joseph! —exclamó la dama, estremeciéndose—. ¡Reumatismos y fiebres, piernas estevadas, asma y toda clase de horrores!

—Señora mía —repuso sir Joseph con solemnidad—, no en vano soy el amigo y el padre de los pobres. No en vano recibirán aliento de mis manos. El primer día de todos los trimestres se pondrán en contacto con el señor Fish. Todos los días de Año Nuevo, mis amigos y yo mismo brindaremos a su salud. Una vez al año, mis amigos y yo nos dirigiremos a ellos con el mayor de los respetos. Incluso es posible que alguna vez en su vida reciban en público, en presencia de la burguesía, alguna fruslería de un amigo. Y, cuando estos estímulos y la dignidad

del trabajo ya no basten para sostenerlos y desciendan a su cómoda tumba, entonces, señora mía —en este punto sir Joseph se sonó la nariz—, yo seré un amigo y un padre, con las mismas condiciones, para sus hijos.

Toby se sentía enormemente conmovido.

—¡Oh! ¡Tiene usted una familia muy agradecida, sir Joseph! —exclamó su esposa.

—Señora mía —dijo sir Joseph con gran majestuosidad—, bien se sabe que la ingratitud es el pecado de esa clase. No espero otra cosa a cambio.

«¡Ah! ¡Nacemos malos! —pensó Toby—. Nada nos ablanda».

—Todo cuanto un hombre puede hacer, yo lo hago —prosiguió sir Joseph—. Cumplo con mi deber como amigo y padre de los pobres, y trato de enseñarles a pensar, inculcándoles siempre que es posible la gran lección moral que esa clase precisa; a saber: la dependencia absoluta de mí. Nada saben hacer por... por sí mismos. Si personas malvadas y arteras les dicen lo contrario y ellos se muestran impacientes y descontentos, e incurren en una conducta de insubordinación y en la perversa ingratitud, lo cual sin duda es el caso, yo sigo siendo su amigo y padre. Así se ha dispuesto. Tal es la naturaleza de las cosas.

Con tan solemne juicio, abrió la carta del concejal y la leyó.

—¡Muy amable y atento, como esperaba! —exclamó sir Joseph—. Señora mía, el concejal se complace en recordarme que tendrá el «distinguido honor», qué considerado, de reunirse conmigo en casa de nuestro amigo común Deedles, el banquero, y me hace el favor de consultarme si me parecería adecuado acabar con Will Fern.

—¡Absolutamente adecuado! —exclamó la señora Bowley—. ¡El peor de todos! Tengo entendido que cometió un robo, ¿no es cierto?

—Pues no —contestó sir Joseph, remitiéndose a la carta—. No exactamente. Aunque se aproxima, pero no exactamente. Al parecer, vino a Londres para buscar trabajo (para mejorar, según él), y, tras ser encontrado durmiendo en un cobertizo, lo detuvieron y a la mañana siguiente lo llevaron en presencia del concejal. El concejal observa (muy acertadamente) que está decidido a acabar con esta clase de situaciones, y que, si me parece adecuado acabar con Will Fern, tendrá mucho gusto de ponerse manos a la obra.

—¡Por supuesto que debe permitir que ese hombre sirva de ejemplo! —repuso la dama—. El pasado invierno, cuando enseñé a los hombres y a los muchachos del pueblo a calar y a hacer ojetes para que ocupasen sus tardes con una actividad digna, y cuando les ofrecí los versos

*Abordemos nuestras labores con amor y devoción,
benditos los seres queridos de nuestro santo patrón,
que podamos vivir agradecidos con nuestra ración
y recordemos siempre cuál es nuestra condición,*

musicados con la nueva notación para que mientras tanto se entretuviesen cantando, ese Fern (lo veo como si estuviese aquí) se tocó el sombrero y dijo: «Mis más humildes disculpas, señora, pero ¿acaso no me diferencio en nada de una linda muchachita?». Yo lo esperaba, claro está; ¡quién puede esperar sino insolencia e ingratitud de esa clase de gente! Aunque eso no viene al caso. ¡Sir Joseph! ¡Haga de él un ejemplo!

—¡Ejem! —carraspeó sir Joseph—. Señor Fish, si tiene la bondad de encargarse...

El señor Fish cogió al instante la pluma y escribió al dictado de sir Joseph.

—«Personal. Muy señor mío: Me siento enormemente en deuda con usted por su gentileza en lo referente al tal William Fern, de quien, lamento admitir, no puedo decir nada favorable. Siempre me he considerado un amigo y un padre para él y me he comportado como tal, pero él me ha correspondido (un caso habitual, me aflige afirmar) con ingratitud y con una constante oposición a mis propósitos. Es un espíritu turbulento y rebelde. Un personaje que no merece la pena explorar. Nada le persuadirá para ser feliz cuando podría serlo. Bajo estas circunstancias, a mi parecer, lo admito, cuando comparezca de nuevo en su presencia (como, según me ha informado usted, prometió hacer mañana, a la espera de su interrogatorio, y creo que en este extremo podemos confiar en él), su detención por vagabundo durante un breve plazo supondría un servicio a la sociedad y constituiría un beneficioso ejemplo en un país donde (por el bien de aquellos que, con buena o mala reputación, son amigos y padres de los pobres, y también por consideración para con esa, en términos generales, descarriada clase) se precisan ejemplos de forma perentoria. Y con la presente», etcétera, etcétera.

»Tengo la impresión —comentó sir Joseph cuando hubo firmado la carta y mientras el señor Fish la lacraba— de que esto también estaba dispuesto, de veras. Con la clausura del año, saldo mis cuentas y cierro el balance, ¡incluso con William Fern!

Troti, que hacía ya mucho rato que había recaído y se encontraba muy abatido, avanzó un paso con el semblante atribulado para coger la carta.

—Hágasela llegar con mis saludos y mi gratitud —dijo sir Joseph—. ¡Un momento!

—¡Un momento! —se hizo eco el señor Fish.

—Tal vez haya oído —dijo sir Joseph con cierto aire misterioso— algunos comentarios en los que he incurrido por respeto a la solemne época del año a la que hemos llegado, y por nuestro deber de dejar zanjados nuestros asuntos y estar preparados. Habrá observado que no me refugio tras mi elevada posición en la sociedad, sino que el señor Fish (ese caballero) tiene una chequera al alcance de la mano, y, de hecho, se encuentra aquí para permitirme pasar página y acceder a la nueva época que nos aguarda con las cuentas saldadas. Ahora, amigo mío, con la mano en el corazón, ¿podría afirmar que también usted se ha preparado para un Año Nuevo?

—Me temo, señor —balbució Troti, mirándolo, sumiso—, que voy un poco... un poco retrasado con respecto al mundo.

—¡Retrasado con respecto al mundo! —repitió sir Joseph Bowley con un tono de suma severidad.

—Me temo, señor —titubeó Troti—, que se trata de una deuda de diez o doce chelines con la señora Chickenstalker.

—¡Con la señora Chickenstalker! —repitió sir Joseph con el mismo tono de antes.

—Una tienda, señor —prorrumpió Toby—, que vende de todo un poco. También debo una... una parte del alquiler. Muy pequeña, señor. Sé que no debería ser así, pero es que ¡hemos pasado tantas dificultades!

Sir Joseph miró a su señora, después al señor Fish y a continuación a Troti, y repitió la ronda. Entonces hizo un ademán descorazonado con ambas manos, como si lo diese todo por perdido.

—¿Cómo puede un hombre, aunque pertenezca a esta raza nada previsora e intratable, un hombre mayor, un hombre de cabello ya cano, mirar a la cara al Año Nuevo con sus asuntos en semejante estado; cómo puede acostarse por la noche y levantarse por la mañana y...? ¡Basta! —dijo, volviendo la espalda a Troti—. Coja la carta. ¡Coja la carta!

—Desearía de todo corazón que la situación fuese otra, señor —dijo Troti, ansioso por justificarse—. Pero ilo hemos intentado con tanto denuedo!

Con sir Joseph repitiendo «¡Coja la carta, coja la carta!», y el señor Fish no solo diciendo lo mismo sino además recalcando su demanda con gestos en dirección a la puerta, no pudo sino inclinarse y abandonar la mansión. Y, una vez en la calle, el pobre Troti se caló el viejo y ajado sombrero para ocultar la aflicción que le provocaba el hecho de no encontrar en parte alguna el modo de aferrarse al Año Nuevo.

Ni siquiera se levantó el sombrero para mirar el campanario cuando finalmente llegó de nuevo a la vieja iglesia. Allí se detuvo un momento, como tenía por costumbre hacer, y supo que empezaba a oscurecer y que la aguja se elevaba sobre él, borrosa y tenue, en el aire turbio. Supo, asimismo, que las campanas estaban a punto de repicar y que en su fantasía sonarían como voces en las nubes. Pero se apresuró a entregar la carta para el concejal y se alejó de allí antes de que empezasen a tañer, pues le aterraba que agregasen «Amigos y padres, amigos y padres» al estribillo que habían entonado la última vez.

Por ello, Toby se descargó de su cometido lo más deprisa que pudo y se dirigió trotando a casa. Pero, entre el paso que llevaba, que en el mejor de los casos resultaba torpe en la calle, y el sombrero que llevaba, que no contribuía a mejorarlo, enseguida trotó contra alguien y fue a parar tambaleándose a la calzada.

—¡Cielos, le ruego que me perdone! —dijo Troti mientras se quitaba el sombrero con gran desconcierto y, por entre el forro rasgado, trataba de recomponer su cabeza, que más parecía una colmena—. Espero no haberle hecho daño.

En lo referente a hacer daño, Toby no era precisamente un Sansón, por lo que era mucho más probable que fuese él quien se hiciese daño; y, de hecho, en aquel caso había salido disparado a la calzada como si de un volante se tratara. Aun así, tal era el concepto en que tenía su propia fuerza que sentía una genuina preocupación por el otro, y repitió:

—Espero no haberle hecho daño.

El hombre contra el que había tropezado, un hombre bronceado, fibroso, con aspecto de campesino, cabello entrecano y mentón prominente, lo miró con fijeza un momento como sospechando que bromeaba. Pero, convencido de su buena fe, contestó:

—No, amigo. No me ha hecho daño.

—Espero que a la niña tampoco —dijo Troti.

—A la niña tampoco —respondió el hombre—. Se lo agradezco de corazón.

Al decir esto, miró a la pequeña que llevaba en brazos dormida y, protegiendo del sol su carita con el largo extremo de un mísero pañuelo que llevaba al cuello, reanudó su camino lentamente.

A Troti le llegó al alma el tono con que había dicho «Se lo agradezco de corazón». Se sentía tan hastiado, le dolían tanto los pies, iba tan sucio por el viaje y miraba a su alrededor con tal desamparo y tal extrañeza que le reconfortaba tener ocasión de dar las gracias a alguien, aunque fuera por un motivo tan nimio. Toby siguió mirándolo mientras se alejaba con paso lento y cansado, con un brazo de la niña aferrado a su cuello.

Y, ciego a todo lo demás, siguió mirando a aquella figura de zapatos gastados —ya no eran sino la sombra y el espectro de unos zapatos—, polainas de cuero sin curtir, ropa corriente y sombrero de ala ancha y caída. Y el brazo de la niña aferrado a su cuello.

Antes de sumergirse en la oscuridad, el viajero se detuvo; al mirar a su alrededor y ver que Troti seguía allí de pie, pareció vacilar entre volver hasta él o seguir adelante. Tras hacer lo primero y después lo segundo, finalmente optó por volver, y Troti salió a su paso.

—Tal vez pueda indicarme —dijo el hombre con una débil sonrisa—, y si puede estoy seguro de que lo hará, y prefiero preguntarle a usted que a cualquier otro, dónde vive el concejal Cute.

—Muy cerca —contestó Toby—. Le mostraré encantado su casa.

—Tenía que ir a verle mañana a otro sitio —dijo el hombre, acompañando a Toby—, pero me encuentro incómodamente bajo sospecha y quiero despejarla antes de salir a ganarme el pan con total libertad..., pero no sé dónde. Por eso quizá me disculpe si me presento

en su casa esta noche.

—¡No es posible —exclamó Toby, dando un respingo— que se llame usted Fern!

—¿Cómo? —exclamó el otro, atónito, volviéndose hacia él.

—¡Fern! ¡Will Fern! —repitió Troti.

—Ese es mi nombre —confirmó el otro.

—Pues en tal caso —dijo Troti, alterado, al tiempo que lo agarraba de un brazo y miraba receloso a su alrededor—, ¡por el amor de Dios, no vaya a verlo! ¡No vaya a verlo! Acabará con usted, tan cierto como que ha nacido. ¡Venga! Vayamos por este callejón y le aclararé a lo que me refiero. No vaya a verle.

Su nuevo conocido lo miraba como si lo creyera trastornado, pero, aun así, fue con él. Cuando estuvieron a salvo de las miradas ajenas, Troti le refirió cuanto sabía, lo que había oído sobre su reputación y todo lo concerniente a ella.

El protagonista de aquella historia escuchó con una serenidad que sorprendió a Troti. No lo contradujo ni lo interrumpió ni una sola vez. Asintió con la cabeza de cuando en cuando —más para corroborar algún viejo y trillado hecho, daba la impresión, que para refutarlo—, y en una o dos ocasiones se echó atrás el sombrero y se pasó una pecosa mano por una frente en la que parecían reproducirse en miniatura todos los surcos que había arado en la tierra. Pero eso fue todo cuanto hizo.

—Es verdad en su mayor parte, amigo —dijo—. Podría separar el grano de la paja en algunos detalles, pero dejémoslo así. ¿Qué más da? He contravenido sus propósitos, para mi desgracia. No puedo evitarlo, volvería a hacerlo mañana. En cuanto a la reputación, esas gentes acomodadas buscarán y buscarán, y hurgarán y hurgarán, ¡hasta estar seguros de que no hay ni una mota ni una mácula en nosotros antes de dirigirnos una palabra amable! ¡Pues bien! Espero que no pierdan el buen nombre con la misma facilidad que nosotros o su vida se tornará rigurosa y difícilmente digna de conservar. En lo que a mí concierne, amigo, nunca tomé con esta mano —la tendió al frente— lo que no me pertenecía, y nunca la escondí ante el trabajo, por arduo que fuera y mal remunerado que estuviera. ¡Quien pueda negarlo, que me la corte! Pero cuando el trabajo no me sostiene como a un ser humano; cuando mi vida se torna tan miserable que paso hambre, fuera y dentro de casa; cuando veo que toda una vida de trabajo comienza así, prosigue así y acaba así, sin la menor oportunidad ni el menor cambio, entonces

les digo a las gentes acomodadas: «¡Aléjense de mí! Dejen en paz mi humilde casa. Bastante lóbregas son ya mis puertas para que ustedes las oscurezcan aún más. No esperen que yo vaya al parque para contribuir al espectáculo cuando haya un cumpleaños o un magnífico discurso o lo que sea. Representen sus comedias y sus juegos sin mí; yo estaré encantado de que los celebren y los disfruten. No tenemos nada en común. ¡Estaré mejor si me dejan solo!».

Al ver que la pequeña que llevaba en brazos había abierto los ojos y miraba alrededor desconcertada, se contuvo para susurrarle unas fruslerías al oído y dejarla de pie en el suelo, a su lado. Luego, mientras se enrollaba una de las largas trenzas de la niña alrededor del dedo índice, como si de un anillo se tratase, y ella se colgaba de una de sus polvorientas piernas, le dijo a Troti:

—Creo que no soy un hombre hosco por naturaleza, y le aseguro que me conformo con poco. No les deseo ningún mal, solo quiero vivir como cualquier criatura del Todopoderoso. No lo hago, no puedo hacerlo, y por eso existe un foso insalvable entre ellos y yo. Hay otros en mi situación. Podría contarlos por centenares y millares antes que uno por uno.

Troti sabía que decía la verdad y sacudió la cabeza para dárselo a entender.

—Así es como me he labrado un mal nombre —prosiguió Fern—, y me temo que no hay muchas posibilidades de que mejore. Es legítimo estar de mal humor, y yo **ESTOY** de mal humor, aunque Dios sabe que preferiría estar alegre si pudiese. ¡Bien! No sé si ese concejal va a poder hacerme mucho más daño encerrándome en la cárcel, pero sin un amigo que hable en mi favor, podría hacerlo; y como ve... —Señaló con un dedo hacia abajo, hacia la niña.

—Tiene una cara preciosa —dijo Troti.

—¡Oh, sí! —contestó el otro con voz tenue, mientras la volvía hacia sí con delicadeza y la miraba muy fijamente—. Siempre lo he pensado, muchas veces. Lo he pensado cuando mi chimenea estaba fría y la alacena, vacía. Lo pensé la otra noche, cuando nos prendieron como a dos ladrones. Pero no... no deberían poner a prueba tan a menudo a esta carita, ¿verdad, Lilian? ¡Si apenas es justo que lo hagan con un hombre!

Había bajado tanto la voz y seguía mirándola con un aire tan adusto y extraño que Toby, para desviar el derrotero de sus pensamientos, le preguntó si su esposa vivía.

—Nunca he tenido esposa —contestó él, sacudiendo la cabeza—. Es hija de mi hermano; es huérfana. Tiene nueve años, aunque no los aparenta, pero está cansada, rendida. La parroquia que hay a cincuenta kilómetros de donde vivimos habría cuidado de ella, entre cuatro paredes (como cuidaron de mi anciano padre cuando ya no pudo seguir trabajando, aunque no les molestó mucho tiempo), pero me la quedé yo y desde entonces ha vivido conmigo. Su madre tenía una amiga aquí, en Londres. Estamos intentando dar con ella y también encontrar trabajo, pero es una ciudad muy grande. No importa. ¡Más espacio para pasear, Lilly!

Miró a la niña a los ojos con una sonrisa que conmovió a Toby más allá de las lágrimas, y después le estrechó la mano.

—Ni siquiera sé cómo se llama —dijo—, pero le he abierto mi corazón de par en par porque le estoy agradecido, y con motivo. Seguiré su consejo y me alejaré de ese...

—Magistrado —sugirió Toby.

—¡Ah! —exclamó él—. De modo que así es como lo llaman. Magistrado. Espero que mañana me sonría la suerte para encontrármelo a las afueras de Londres. Buenas noches. ¡Y feliz Año Nuevo!

—¡Quédese! —gritó Troti apretándole la mano cuando el otro se disponía a soltarlo—. ¡Quédese! El Año Nuevo no podrá ser feliz para mí si nos separamos así. El Año Nuevo no podrá ser feliz para mí si le veo marcharse con la niña sin rumbo y sin un techo que les cobije. ¡Venga conmigo! Soy un hombre pobre y vivo en un lugar pobre, pero puedo ofrecerle alojamiento por una noche sin que ello suponga para mí la menor molestia. ¡Venga a mi casa! ¡Mire, yo llevaré a la niña! —se ofreció Troti aún con voz exaltada y tomando en brazos a la pequeña—. ¡Es preciosa! Cargaría con ella aunque pesara veinte veces más, y ni lo notaría. Si camino demasiado rápido para usted, dígamelo. Soy muy rápido. ¡Siempre lo he sido!

Troti dijo esto mientras trotaba (seis pasos suyos equivalían a una zancada de su fatigado acompañante) y con las enjutas piernas temblando de nuevo bajo la carga que transportaba.

—¡Qué ligera es! —dijo Troti; trotaba tanto al hablar como al andar, pues no soportaba que le diesen las gracias y temía que se produjese un silencio—. Ligera como una pluma. Más ligera que una pluma de pavo real, mucho más ligera. ¡Aquí estamos y allá vamos! Esta primera bocacalle a la derecha, tío Will, dejamos atrás la bomba de

agua y después directos por el pasaje de la izquierda, justo enfrente de la taberna. ¡Aquí estamos y allá vamos! Cruzamos, tío Will, ¡y fíjese en el vendedor de pastelillos de riñones que hay en la esquina! ¡Aquí estamos y allá vamos! Ahora por las cuadras, tío Will, y nos detenemos ante la puerta negra sobre la que cuelga un tablón en el que se lee: «T. Veck, Recadero». Aquí estamos y allá vamos, y en realidad, ya hemos llegado. Meg, tesoro mío, ¡sorpresa!

Dicho lo cual, Troti, sin aliento, dejó a la niña en el suelo frente a su hija. La pequeña visitante miró una vez a Meg y, lejos de dudar sino confiando al instante en todo cuanto vio en aquel rostro, corrió a sus brazos.

—¡Aquí estamos y allá vamos! —gritó Troti, corriendo por la estancia y resollando sonoramente—. ¡Vamos, tío Will! ¡Aquí hay una lumbre! ¿Por qué no se acerca a la lumbre? ¡Oh, aquí estamos y allá vamos! Meg, amado tesoro, ¿dónde está el hervidor? ¡Aquí está y allá va, y enseguida hervirá!

Troti ciertamente había cogido el hervidor en algún momento de su desenfadada carrera y en ese instante lo puso al fuego mientras Meg sentaba a la niña en un rincón caldeado, se arrodillaba en el suelo frente a ella, le quitaba los zapatos y le secaba los húmedos pies con un paño. ¡Ah!, y también se reía de Troti, tan gratamente, tan alegremente que Troti podría haberle dado su bendición allí mismo, pues, nada más entrar, la había visto sentada delante de la lumbre y llorando.

—Pero ¡padre! —dijo Meg—. Creo que esta noche te has vuelto loco. No sé qué opinarían las campanas al respecto. Pobres piececitos. ¡Qué fríos están!

—¡Oh, ahora ya están más calientes! —exclamó la niña—. ¡Ahora ya están muy calientes!

—No, no, no —repuso Meg—. Aún no los hemos frotado suficiente. Aún nos queda mucho trabajo. ¡Mucho trabajo! Y cuando acabemos, cepillaremos este pelo mojado, y cuando acabemos, devolveremos el color a esta pobre y pálida carita con un poco de agua fresca, y cuando acabemos, ¡estaremos muy alegres, animosos y felices!

La niña rompió en sollozos, se abrazó a su cuello, le acarició su hermosa mejilla con una mano y dijo:

—¡Oh, Meg! ¡Oh, querida Meg!

La bendición de Toby no habría conseguido más. ¡Quién podría

haber conseguido más!

—Pero ¡padre! —gritó Meg tras una pausa.

—¡Aquí estoy y allá voy, querida! —contestó Troti.

—¡Válgame Dios! —exclamó Meg—. ¡Estás loco! ¡Has puesto el gorro de la niña en el hervidor y has colgado la tapa detrás de la puerta!

—No lo he hecho a propósito, mi amor —dijo Troti, apresurándose a enmendar su error—. Meg, querida...

Meg lo miró y vio que se había apostado deliberadamente detrás de la silla donde descansaba el visitante varón, y que, con infinitos y misteriosos gestos, sostenía en alto la moneda de seis peniques que había ganado.

—Al entrar, querida —dijo Troti—, he visto media onza de té en algún rincón de la escalera, y estoy bastante seguro de que también había un poco de panceta. Como no recuerdo dónde estaban exactamente, voy a ir a buscarlos.

Con ese inescrutable ardid, Toby se retiró para comprar las viandas de las que había hablado, y pagarlas en efectivo, en la tienda de la señora Chickenstalker, y al poco regresó, fingiendo que le había costado encontrarlas en la oscuridad.

—Pero aquí están, al fin —dijo Troti mientras disponía los utensilios del té—, ¡todo perfecto! Estaba seguro de que era té y una loncha de panceta. Y estaba en lo cierto. Meg, cielo, si preparas el té mientras tu indigno padre asa la panceta, todo estará listo enseguida. Qué curiosa circunstancia —añadió Troti mientras se disponía a cocinar, con la ayuda del largo tenedor—, muy curiosa, aunque bien conocida por mis amigos, pues a mí no me gustan el té ni la panceta. Me encanta ver cómo otros disfrutan de ellos —prosiguió Troti en voz muy alta, para que sus palabras calaran bien en su invitado—, pero a mí no me parecen nada apetitosos.

Sin embargo, Troti inhaló el aroma de la crepitante panceta —¡ah! — como si le gustase, y cuando vertió el agua hirviendo en la tetera, contempló con cariño las profundidades de aquel acogedor recipiente y permitió que aquel fragante vapor se arremolinase en su nariz y sumergiese su cabeza y su rostro en una densa nube. Pese a ello, no comió ni bebió, salvo al principio, un mero bocado para guardar las apariencias que engulló con infinita fruición, si bien declaró que no

encontraba en él el menor interés.

No. La ocupación de Troti, y también la de Meg, era ver a Will Fern y Lilian comer y beber. Y nunca hubo espectador de una cena municipal ni de un banquete palaciego que se deleitase de tal modo viendo a otros dándose un festín, ya fuese un monarca o el Papa, como ellos dos aquella noche. Meg miraba sonriendo a Troti, y Troti miraba riendo a Meg. Meg sacudía la cabeza y fingía aplaudir; Troti le contaba con mímica incomprensibles relatos de cómo, cuándo y dónde había encontrado a sus visitantes, y ambos se sentían felices. Muy felices.

«Aunque —pensó Troti, apenado, mientras contemplaba el rostro de Meg— puedo ver que esta pareja se ha roto».

—Y ahora os diré algo —anunció Troti cuando acabaron de tomar el té—: la pequeña dormirá con Meg, por supuesto.

—¡Con la buena de Meg! —gritó la niña, acariciándola—. ¡Con Meg!

—Exacto —dijo Troti—. Y no me sorprendería que le diera un beso al padre de Meg. ¿Lo hará? Yo soy el padre de Meg.

Troti sintió un tremendo regocijo cuando la niña se acercó a él tímidamente y, después de darle un beso, volvió junto a Meg.

—Es sensata como Salomón —dijo Troti—. Aquí estamos y allá... No, no vamos... No quería decir eso... Yo... ¿Qué estaba diciendo, Meg, tesoro?

Meg miró a su invitado, que, inclinado en la silla y con el rostro vuelto, acariciaba la cabeza de la niña, medio oculta en su regazo.

—Claro —dijo Toby—. ¡Claro! Esta noche no hago más que perder el hilo. Creo que mi cabeza anda distraída. Will Fern, usted vendrá conmigo. Está usted muerto de cansancio y muy necesitado de un buen descanso. Usted vendrá conmigo.

El hombre seguía jugueteando con los rizos de la niña, aún inclinado hacia la silla de Meg y con el rostro vuelto. No hablaba, pero en sus dedos ásperos y callosos, que cerraban y estiraban los cabellos rubios de la niña, había tal elocuencia que no precisaban de palabras.

—Sí, sí —dijo Troti, respondiendo involuntariamente a lo que había visto expresado en el rostro de su hija—. Llévala contigo, Meg. Acuéstala. ¡Bien! Ahora, Will, le enseñaré dónde va a dormir. No es

gran cosa, solo un desván, pero, como siempre digo, disponer de un desván es una de las grandes ventajas de vivir en una antigua cuadra, y hasta que esta cochera y este establo consigan un inquilino dispuesto a pagar más, viviremos aquí por un precio asequible. Ahí arriba hay mucho heno, y mullido, de un vecino, y la estancia está tan limpia como las manos y Meg han podido dejarla. ¡Anímese! No se hunda. ¡Siempre hay que empezar el año con espíritu renovado!

La mano que había soltado ya el cabello de la niña cayó, trémula, sobre la de Troti. De modo que Troti, hablando sin tregua, le acompañó con tanta ternura y delicadeza como si él también fuese un niño.

Al regresar con Meg, escuchó un instante tras la puerta de su pequeña habitación, un cuarto contiguo. La niña musitaba una sencilla oración antes de acostarse y, después de recordar el nombre de Meg con «mucho, mucho cariño» —tales fueron sus palabras—, Troti la oyó hacer una pausa y pedir después por él.

Pasó un rato antes de que aquel viejecito tontorrón consiguiera serenarse para atizar la lumbre y acercar su silla al cálido hogar. Pero, cuando lo hubo hecho y hubo despabilado la luz, se sacó el periódico del bolsillo y se dispuso a leer. Al principio, con despreocupación y apenas ojeando las columnas, pero enseguida con concienzuda y triste atención.

Pues aquel pavoroso periódico devolvió los pensamientos de Troti al derrotero que habían seguido todo el día, y que los acontecimientos vividos habían marcado y moldeado. Su interés por los dos vagabundos había desviado el rumbo de sus tribulaciones hacia otro más dichoso; pero, al quedarse de nuevo a solas, leyendo acerca de los delitos y los actos de violencia de las personas, regresó a él.

Con tal ánimo topó con la crónica (y no era la primera que leía en su vida) de una mujer que, desesperada, no solo se había quitado la vida sino que también había acabado con la de su pequeño hijo. Un crimen tan deleznable y repulsivo para su corazón, henchido de amor por Meg, que dejó caer el periódico y se recostó en la silla, horrorizado.

—¡Desnaturalizada y cruel! —gritó Toby—. ¡Desnaturalizada y cruel! Solo las personas de mal corazón, que han nacido malas, que no cumplen ninguna función en la tierra, podrían perpetrar tales actos. ¡Es tan cierto todo cuanto he oído hoy, tan preciso, tan fundado! ¡Somos malos!

Las campanas recogieron estas palabras de súbito y rompieron a repicar con tal estruendo, tal claridad y tal grandilocuencia que dieron

la impresión de sacudirle en la silla.

¿Y qué fue lo que dijeron?

«¡Toby Veck, Toby Veck, estamos esperándote, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, estamos esperándote, Toby! ¡Ven a vernos, ven a vernos, traédnoslo a rastras, traédnoslo a rastras, perseguidlo y apresadlo, perseguidlo y apresadlo, sacadlo de su sopor, sacadlo de su sopor! ¡Toby Veck, Toby Veck, la puerta abierta de par en par, Toby, Toby Veck, Toby Veck, la puerta abierta de par en par...!», y entonces reanudaron con fiereza sus impetuosos compases, y resonaron en los mismísimos ladrillos y en el yeso de las paredes.

Toby escuchaba. ¡Fantasías, fantasías! ¡Los remordimientos por haber huido de ellas aquella tarde! No, no. Nada de eso. Otra vez, otra vez, una docena de veces. «Perseguidlo y apresadlo, perseguidlo y apresadlo, traédnoslo a rastras, traédnoslo a rastras!». ¡Ensondecían a toda la ciudad!

—Meg —dijo Troti en voz baja tocando a la puerta de su habitación—, ¿oyes algo?

—Oigo las campanas, padre. La verdad es que esta noche suenan con mucha fuerza.

—¿Duerme la pequeña? —preguntó Toby, buscando una excusa para asomarse dentro.

—¡Tranquila y feliz! Pero aún no puedo dejarla, padre. ¡Mira cómo agarra mi mano!

—Meg —susurró Troti—, ¡escucha las campanas!

Así lo hizo ella, con el rostro vuelto hacia él en todo momento, pero inmutable. No las entendía.

Aquello era insoportable, su energía era terrible.

—Si es verdad que la puerta del campanario está abierta —dijo Toby dejando a un lado súbitamente el delantal pero sin pensar en el sombrero—, ¿qué me impide subir a la aguja y convencerme? Si está cerrada, no necesitaré más convencimiento. Con eso bastará.

Mientras salía sigilosamente a la calle, tenía la certeza de que la encontraría cerrada y bien cerrada, pues conocía aquella puerta y eran tan raras las ocasiones en que la había visto abierta que apenas

recordaba tres en total. Era un pórtico bajo con forma de arco situado en el exterior de la iglesia, en un rincón oscuro detrás de un pilar, y tenía unos goznes de hierro tan grandes y un cerrojo tan descomunal que parecía haber más goznes y cerrojo que puerta.

Pero cuál no sería su asombro cuando, al entrar en la iglesia con la cabeza descubierta y alargar una mano en aquel oscuro rincón, con cierto temor de que alguien pudiera agarrarla inesperadamente y con la estremecedora tentación de retirarla, ¡descubrió que la puerta, que se abría hacia fuera, en efecto, estaba entornada!

En un primer instante, sorprendido, pensó en retroceder o en buscar una luz o a alguien que lo acompañase, pero enseguida recuperó el coraje y decidió subir solo.

—¿Qué tengo que temer? —dijo Troti—. ¡Es una iglesia! Además, los campaneros deben de estar ahí arriba, y habrán olvidado cerrar la puerta.

De modo que siguió adelante a tientas, como un invidente, pues la penumbra era muy densa. Y también el silencio, ya que las campanas habían enmudecido.

El polvo de la calle que había penetrado hasta el hueco de la escalera reposaba allí amontonado y resultaba tan blando y aterciopelado a los pies que incluso aquello tenía algo de sobrecogedor. La angosta escalera estaba tan próxima a la puerta que Troti tropezó con el primer peldaño, y al cerrar la puerta con un pie lo hizo con tal ímpetu que ya no pudo volver a abrirla.

Un motivo más para seguir adelante. Troti empezó a ascender palpando el camino. ¡Subía y subía, y daba vueltas y vueltas, arriba, arriba, cada vez más arriba!

No era agradable subir a tientas por aquella escalera, tan baja y estrecha que su mano titubeante siempre tocaba algo, y no pocas veces tuvo la impresión de atisbar a un hombre o una figura espectral allí de pie, haciéndose a un lado para que él pasara pero sin dejarse ver, hasta tal punto que Troti manoseaba lo alto de la pared en busca de aquel rostro, o abajo en busca de sus pies, mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo. En dos o tres ocasiones, una portezuela o una hornacina interrumpía la monotonía de aquella superficie, y entonces parecía que el hueco era tan amplio como la misma iglesia, y él se sentía al borde de un abismo al que estaba a punto de precipitarse de cabeza, hasta que volvía a encontrar la pared.

Y siguió subiendo y subiendo, y dando vueltas y vueltas, arriba, arriba, cada vez más arriba.

Al fin aquella atmósfera lóbrega y sofocante empezó a tornarse más fresca y luego bastante ventosa hasta que las ráfagas cobraron tanta fuerza que apenas le permitían mantenerse en pie. Pero llegó a una ventana con forma de arco que le quedaba a la altura del pecho; se aferró a ella y contempló los tejados de las casas, las chimeneas humeantes, el borrón de las luces (el lugar donde Meg se hallaba en esos momentos, preguntándose dónde estaría y tal vez llamándolo), todo mezclado como los ingredientes de una masa fermentada de bruma y oscuridad.

Había llegado al campanario, adonde iban los campaneros. Agarró una de las deshilachadas sogas que colgaban por las aberturas del tejado de roble. En un primer momento se sobresaltó, creyendo que se trataba de cabello; luego tembló solo de pensar que podía despertar a la campana de sonido grave. Todas se hallaban más arriba. Y allí subió Troti a tientas, fascinado, o intentando descifrar el hechizo que le había sido impuesto. Y esta vez subió por una escalera de mano, con gran esfuerzo, pues era muy empinada y no especialmente recia para sostener el pie.

¡Subió y subió, y trepó y trepó; subió y subió; arriba, arriba, más arriba!

Hasta que, pasando a través del suelo y deteniéndose con solo la cabeza asomando sobre las vigas, se encontró entre las campanas. Apenas era posible distinguir sus enormes siluetas en la penumbra, pero ahí estaban. Sombrías, oscuras y mudas.

Una intensa sensación de pavor y soledad lo inundó súbitamente mientras trepaba a aquel ventoso nido de piedra y metal. La cabeza le daba vueltas y más vueltas. Escuchó con atención, y acto seguido profirió un colosal «Hoolaaa».

«Hoolaaa», prolongó lastimeramente el eco.

Aturdido, confuso, jadeante y aterrado, Toby miró a su alrededor con expresión ausente y se desmayó.

TERCER CUARTO

Negras son las nubes amenazadoras, y turbulentas las aguas profundas cuando el Mar del Pensamiento, arrancándose de la calma, entrega a sus muertos. Zafios y feroces monstruos surgen en prematura e imperfecta resurrección; varias partes y formas de diferentes cosas se unen y mezclan al azar, y ningún hombre —aunque todos los hombres son a diario el cofre de esta manifestación del Gran Misterio— sabe cuándo, ni cómo, ni a merced de qué maravillosas voluntades, todas ellas se separan, y todas las sensaciones y los objetivos de la mente recuperan su forma habitual y vuelven a vivir.

Así, no hay modo de saber cuándo y cómo la oscuridad de la aguja, negra como la noche, se transformó en una brillante luz; ni cuándo y cómo el solitario campanario se pobló con una miríada de figuras; ni cuándo y cómo el rumor «Perseguidlo y apresadlo» susurrado en su sueño o en su desmayo se convirtió en una voz que clamaba a los oídos de Troti, que empezaban a despertar: «Sacadlo de su sopor»; ni cómo ni cuándo abandonó él la vaga y confusa idea de que tales cosas eran reales entre un sinfín de otras que no lo eran. Pero, despierto y de pie en los tablones sobre los que había estado tendido, tuvo aquella visión de duendes.

Vio el campanario, adonde sus pasos encantados lo habían llevado, repleto de inquietos fantasmas enanos, espíritus, criaturas élficas de las campanas. Los vio brincar, volar, caer, brotar de las campanas sin respiro. Los vio a su alrededor, en el suelo; sobre él, en el aire; encaramándose desde él a las sogas que colgaban allí; mirándolo desde lo alto, desde las gigantescas vigas reforzadas con hierro; espiándolo por entre los resquicios y ventanucos de los muros; dispersándose desde él en círculos cada vez más grandes, como las ondas del agua ceden ante una piedra enorme que de pronto se zambulle entre ellas. Los vio, de todos los aspectos y de todas las formas. Los vio feos, hermosos, tullidos, de exquisita apariencia. Los vio jóvenes, los vio viejos, los vio afables, los vio crueles, los vio alegres, los vio taciturnos; los vio bailar, y los oyó cantar; los vio tirarse del pelo, y los oyó aullar. Los vio saturando el aire. Los vio ir y venir, incesantemente. Los vio descender, los vio alzarse, alejarse deslizándose, apostarse al alcance de la mano, todos ellos inquietos y violentamente activos. Piedra, ladrillo, pizarra y tejas se tornaron transparentes para él, como lo eran para ellos. Los vio en las casas,

atareados junto a las camas de personas que dormían. Los vio aplacarlos en sus sueños; los vio azotarlos con fuetes nudosos; los vio chillar a su oído; los vio tocar la más dulce música sobre sus almohadas; los vio alegrar a alguien con trinos de pájaros y perfumes de flores; los vio arrojando caras espantosas al desazonado descanso de otras con ayuda de unos espejos encantados que llevaban en la mano.

Vio a estas criaturas, no solo entre personas que dormían sino también entre otras despiertas, enfrascadas en actividades irreconciliables entre sí, y en posesión o asunción de naturalezas opuestas. Vio a una ciñéndose innumerables alas para aumentar su velocidad; a otra cargándose de cadenas y pesos para reducirla. Vio a varias adelantando las manecillas de relojes, a otras atrasándolas, aún a otras tratando de detener la maquinaria. Las vio representando una ceremonia nupcial aquí, un funeral allá; una votación en una estancia, un baile en otra; por todas partes, un movimiento frenético e infatigable.

Apabullado por aquellas huestes de figuras cambiantes y extraordinarias, así como por el estruendo de las campanas, que durante todo este tiempo no habían dejado de repicar, Troti se aferró a un pilar de madera para sostenerse en pie y volvió su pálido rostro a un lado y al otro, sumido en una muda y aturdida perplejidad.

Mientras miraba todo aquello, las campanas dejaron de tañer. ¡Y se obró un cambio instantáneo! ¡Todo aquel enjambre se desvaneció! Sus formas se derrumbaron y su velocidad las abandonó; intentaban volar, pero al caer morían y se fundían con el aire. Ninguna otra las reemplazaba. Una rezagada saltó con brío desde la superficie de la campana mayor y se posó sobre los pies, pero ya había muerto y desaparecido antes incluso de tener tiempo para girarse. Varias de las que habían aparecido en último lugar y que habían retozado en el campanario siguieron allí un rato, dando vueltas y más vueltas, pero fueron tornándose tenues y débiles hasta desaparecer una por una, siguiendo el mismo camino que las demás. La última de todas era la de un pequeño jorobado que se había situado en un rincón reverberante donde giró sin cesar sobre sí mismo y levitó un buen rato, haciendo gala de tal perseverancia que al final quedó reducido a una pierna e incluso a un pie antes de evaporarse por completo, pero finalmente lo hizo, y el campanario quedó en silencio.

Fue entonces y no antes cuando Troti vio en cada una de las campanas una figura barbada del volumen y la altura de la propia campana; incomprensiblemente, figura y campana a un tiempo. Gigantescas, adustas y mirándolo amenazadoras, mientras él permanecía enraizado en el suelo.

¡Misteriosas y horribles figuras! Reposando sobre nada, inertes en el aire de la torre, con sus cabezas cubiertas y encapuchadas fundidas con el umbrío tejado, inmóviles y espectrales. Espectrales y oscuras, aunque él las veía gracias a cierta luz que manaba de ellas mismas — nadie más había allí—, cada una con una mano enguantada sobre su boca feérica.

No pudo zambullirse precipitadamente por la abertura del suelo, pues toda capacidad de movimiento le había abandonado. De lo contrario, eso es lo que habría hecho; ¡ah, sí!, se habría arrojado de cabeza desde lo alto de la aguja en lugar de quedarse allí viendo cómo le miraban con unos ojos que habrían seguido atentos y vigilantes aunque se les hubiese arrancado las pupilas.

Una y otra vez, el espanto y el terror de aquel lugar solitario, y de la bárbara y pavorosa noche que reinaba allí, lo conmovieron como tocado por una mano fantasmal. La distancia que le separaba de toda ayuda; el camino largo, oscuro, sinuoso y asediado por fantasmas que se extendía entre él y la tierra donde habitaban los hombres; la altura a la que se encontraba, tanta, tanta altura, allí arriba, donde ya le habría mareado ver volar a los pájaros en pleno día; aislado de las buenas gentes, que a aquellas horas se hallaban a salvo en sus hogares y dormían en sus camas; todo ello penetró en él con un escalofrío, no a modo de reflexión sino como una sensación física. Mientras tanto, sus ojos, sus pensamientos y sus temores se concentraban en las figuras vigilantes, que, diferentes de todas las demás figuras de este mundo por efecto de la densa penumbra y la sombra que las envolvían y las encerraban, además de por su aspecto, su forma y su suspensión sobrenatural por encima del suelo, eran sin embargo tan fáciles de ver como la robusta estructura, los travesaños, los listones y las vigas de roble dispuestas allí para soportar el peso de las campanas. Todo ello las cercaba en un auténtico bosque de madera cortada, desde cuyas marañas, intrincamientos y profundidades, como desde las ramas de árboles muertos y marchitos para su uso fantasmal, mantenían una tétrica e implacable guardia.

Una ráfaga de viento —¡qué frío y mordaz!— atravesó gimiendo el campanario. Mientras se extinguía, la campana mayor, o el Duende de la Campana Mayor, habló.

—¡Vaya, tenemos visita! —dijo.

Era una voz grave y profunda, y a Troti se le antojó que también procedía de las demás figuras.

—¡Me pareció que las campanas me llamaban por mi nombre! —

contestó Troti, alzando las manos en actitud de súplica—. Apenas sé por qué estoy aquí o cómo he venido. Hace muchos años que oigo las campanas. Muy a menudo me han animado.

—¿Y les has dado las gracias? —preguntó la campana.

—¡Mil veces! —exclamó Troti.

—¿De qué modo?

—Soy pobre —titubeó Troti— y solo he podido hacerlo con palabras.

—¿Siempre ha sido así? —prosiguió el Duende de la Campana—. ¿Nunca nos has dedicado palabras hirientes?

—¡No! —se apresuró a responder Troti.

—¿Nunca nos has dedicado palabras innobles, falsas o perversas? —agregó el Duende de la Campana.

Troti estaba a punto de responder «¡Nunca!», pero guardó silencio, confuso.

—La voz del Tiempo —dijo el fantasma— grita al hombre: «¡Progresar!». El Tiempo está al servicio de su progreso y su perfeccionamiento; del crecimiento de su valía y de su felicidad, y de la mejora de su vida; de su avance hacia el objetivo que alberga su sabiduría y su juicio; así es desde el inicio del Tiempo y de Él. Ha habido épocas de oscuridad, maldad y violencia; incontables millones de personas han sufrido, vivido y muerto para indicarle el camino que tenía ante sí. Quien pretenda hacerlo retroceder o detenerlo en su rumbo entorpecerá una poderosa maquinaria que acabará con la vida del entrometido, y que se tornará aún más feroz y violenta a consecuencia de ese jaque momentáneo!

—Que yo sepa, nunca he hecho tal cosa, señor —dijo Troti—. Y si lo he hecho, no era mi intención. Le doy mi palabra de que jamás querría hacer algo así.

—Quien pone en boca del Tiempo, o de sus servidores —prosiguió el Duende de la Campana—, un grito de pesar por los días que han supuesto una prueba y han acarreado un fracaso, y que han dejado huellas tan profundas que incluso los ciegos podrían verlas, un grito que solo sirve al Presente, que por medio de él hace saber a los hombres cuánto precisa su ayuda mientras cualquier oído puede captar

lamentos por ese Pasado, quien hace eso hace mal. ¡Y tú nos has hecho ese mal a nosotras, las campanas!

El primer acceso de miedo de Troti había remitido. Pero, como ya han visto, había profesado ternura y gratitud a las campanas, y cuando se oyó acusado de haberlas ofendido tan gravemente, sintió en el corazón arrepentimiento y pena.

—Si supieran —dijo Troti uniendo las manos con fervor—, o tal vez lo sepan ya..., si saben cuántas veces me han hecho compañía, cuántas veces me han alentado cuando me sentía abatido, cuántas veces han sido el juguete de mi pequeña hija Meg (prácticamente el único que ha tenido en la vida) desde que su madre murió y nos quedamos solos..., ¡no verían dolo en una palabra precipitada!

—Quien oye en nosotras, las campanas, una sola nota de desprecio o severidad ante cualquier esperanza, alegría, dolor o pesar de esa muchedumbre, aquejada de infinitas penurias; quien nos oye responder a cualquier credo que mida las pasiones y los sentimientos humanos del mismo modo que mide la cantidad de mísera comida por la que la humanidad se consume y languidece, nos hace mal. ¡Y tú nos has hecho ese mal! —dijo la campana.

—¡Sí! —dijo Troti—. ¡Oh, perdónenme!

—Quien nos oye hacernos eco de las tristes sabandijas de la tierra, aquellos que acaban con seres oprimidos y quebrados, creados para alzarse muy por encima de lo que esos gusanos del tiempo pueden arrastrarse o concebir —prosiguió el Duende de la Campana—, quien eso hace nos hace mal. ¡Y tú nos has hecho ese mal!

—Sin pretenderlo —dijo Troti—. Por ignorancia. ¡Sin pretenderlo!

—Y por último y lo más importante —agregó la campana—: quien vuelve la espalda a sus semejantes caídos en desgracia y desfigurados los abandona considerándolos abominables y no se molesta en localizar ni rastrear, con mirada compasiva, el desprotegido precipicio al cual cayeron desde el Bien, agarrándose en su caída a matojos y retazos de esa tierra perdida, y siguiendo aferrados a ellos aun magullados y agonizantes ya en el abismo, hace mal al Cielo y al Hombre, al Tiempo y a la Eternidad. ¡Y tú has hecho ese mal!

—¡Perdónenme! —gritó Troti, dejándose caer de rodillas—. ¡Apiádense de mí!

—¡Escucha! —dijo la Sombra.

—¡Escucha! —repitieron las demás Sombras.

—¡Escucha! —dijo una voz nítida y añorada que Troti creía haber oído ya antes.

El órgano empezó a sonar débilmente abajo, en la iglesia. Aumentando progresivamente, la melodía ascendió hasta el techo e inundó el coro y la nave. Siguió intensificándose más y más, y alzándose más y más, arriba, arriba, más arriba, más arriba, despertando almas perturbadas que moraban en el interior de los voluminosos pilares de roble, de las huecas campanas, de la escalera de piedra maciza, hasta que los muros del campanario resultaron insuficientes para contenerla, y se elevó al cielo.

No era de extrañar que el pecho de un anciano tampoco pudiera contener un sonido tan colosal y poderoso, que acabó fugándose de aquella débil prisión en un aflujo de lágrimas, y Troti se llevó las manos a la cara.

—¡Escucha! —dijo la Sombra.

—¡Escucha! —repitieron las demás Sombras.

—¡Escucha! —dijo la voz infantil.

Un solemne coro de voces mezcladas ascendió por el interior del campanario.

Era un coro grave y luctuoso: una endecha, y, mientras escuchaba, Troti oyó a su hija entre quienes cantaban.

—¡Ha muerto! —exclamó el anciano—. ¡Meg ha muerto! Su Espíritu me llama. ¡Lo oigo!

—El Espíritu de tu hija lamenta a los muertos y se confunde con ellos: las esperanzas muertas, las ilusiones muertas, las fantasías de la juventud muertas —repuso la campana—, pero ella está viva. Aprende de su vida, una verdad viviente. Aprende de la criatura a la que más amas, aprende cuán malos nacen los malos. Observa cómo cada brote y cada hoja es arrancada del tallo más hermoso, y aprende cuán desnudo y mísero este puede tornarse. ¡Síguela! ¡Hacia la desesperación!

Cada una de las espectrales figuras alargó el brazo y señaló abajo.

—El Espíritu de las Campanas te acompaña —dijo la figura—. ¡Ve! ¡Estará detrás de ti!

Troti se volvió y vio... ¡a la niña! ¡A la niña que Will Fern había llevado en brazos en la calle, la niña a la que Meg había cuidado, pero dormida!

—Yo mismo he cargado con ella esta noche —dijo Troti—. ¡Con estos brazos!

—Mostrémosle a qué se refiere con «yo mismo» —dijeron las lúgubres figuras al unísono.

El campanario se abrió a sus pies. Troti miró abajo y se vio allí, tendido en el suelo fuera de la iglesia, despanzurrado e inmóvil.

—¡Ya no estoy vivo! —gritó Troti—. ¡Estoy muerto!

—¡Muerto! —corearon las figuras.

—¡Santo Cielo! Y el Año Nuevo...

—Ya ha pasado —contestaron las figuras.

—¿Cómo? —gritó, temblando—. ¿Me extravié y al salir de esta torre en la oscuridad me caí... hace un año?

—¡Hace nueve años! —respondieron las figuras.

Al tiempo que respondían, retiraron las manos que habían extendido, y donde habían estado sus figuras estaban las campanas.

Y repicaron, pues les había llegado la hora de volver a hacerlo. Y de nuevo ingentes muchedumbres de fantasmas regresaron a la vida; de nuevo se enfrascaron en actividades incoherentes, como habían hecho antes; de nuevo se desvanecieron cuando el tañido de las campanas cesó, y de nuevo se redujeron a la nada.

—¿Qué son? —preguntó Troti a su guía—. Si es que no me he vuelto loco, ¿qué son?

—Espíritus de las campanas. Su sonido en el aire —contestó la niña—. Adoptan las formas y se ocupan en las tareas que les proporcionan las esperanzas, los pensamientos y los recuerdos que los mortales han atesorado.

—¿Y tú? —le preguntó Troti, frenético—. ¿Qué eres tú?

—¡Silencio, silencio! —contestó la niña—. ¡Mira!

En una estancia pobre y humilde, trabajando en la misma clase de bordado con el que tantas, tantas veces la había visto, Meg, su querida hija, apareció ante sus ojos. No hizo el menor esfuerzo por besar sus mejillas, no intentó estrecharla contra el corazón que tanto la amaba; sabía que esas muestras de cariño ya no eran para él. Pero contuvo su trémulo aliento y se enjugó las lágrimas que lo cegaban para poder mirarla, solo para poder verla.

¡Ah! Qué cambiada. Qué cambiada. La luz de sus nítidos ojos, debilitada. La lozanía de sus mejillas, perdida. Era hermosa, como siempre lo había sido, pero ¡la Esperanza, la Esperanza, la Esperanza, oh, dónde estaba la fresca Esperanza que le había hablado como una voz!

Meg alzó la vista de la labor para mirar a quien la acompañaba. Siguiendo su mirada, el anciano retrocedió, sobresaltado.

Reconoció a aquella mujer adulta nada más verla. En su largo y sedoso cabello, vio los mismos rizos; alrededor de los labios, la expresión infantil que aún pervivía en ella. ¡Sí! En los ojos, ahora posados con aire inquisitivo en Meg, brillaba la misma mirada que escrutó aquellas facciones cuando él la llevó a casa.

Entonces, ¿qué era aquello que tenía al lado?

Observando perplejo su cara vio algo que imperaba en ella: un algo majestuoso, indefinido, impreciso que la reducía apenas al recuerdo de aquella niña —por lejano que fuese—, aunque era la misma, la misma, y llevaba el mismo vestido.

Un momento... ¡Estaban hablando!

—Meg —dijo Lilian, vacilante—, ¿cuántas veces levantas la cabeza de la labor para mirarme?

—¿Tanto ha cambiado mi mirada que te asusta? —preguntó Meg.

—¡No, querida! Pero ¡si tú misma sonríes al decirlo! ¿Por qué no sonríes cuando me miras, Meg?

—Lo hago. ¿Crees que no? —contestó, sonriendo.

—Ahora sí —dijo Lilian—, pero normalmente no. Cuando crees que estoy atareada y que no te veo, pareces tan inquieta y dubitativa que casi no me atrevo a alzar la mirada. Pocos motivos hay para sonreír en esta ardua y esforzada vida, pero antes eras tan jovial...

—¿Y ahora no lo soy? —exclamó Meg, con un tono de extraña alarma y levantándose para abrazarla—. ¡Yo hago que nuestra fatigosa vida sea más fatigosa para ti, Lilian!

—Tú has sido lo único por lo que ha podido llamarse vida —contestó Lilian, besándola con fervor—; a veces, lo único que me ha hecho querer seguir viviendo, Meg. ¡Tanto trabajo, tanto trabajo! ¡Tantas horas, tantos días, tantas y tan, tan largas noches de trabajo inútil, anodino e interminable, no para acumular riquezas, no para vivir ostentosamente ni con alegría, no para tener suficientes medios de vida, por toscos que fueran, isino para ganarnos apenas el pan, para reunir poco a poco lo justo para seguir trabajando, seguir necesitando y mantener viva la conciencia de nuestro duro destino! ¡Oh, Meg, Meg! —exclamó, alzando la voz, y la abrazó con fuerza mientras hablaba, como alguien dolido—. ¡Cómo puede seguir girando este cruel mundo y soportar ser testigo de semejantes vidas!

—¡Lilly! —dijo Meg, calmándola y retirándole el cabello de la cara humedecida—. ¡Vamos, Lilly! ¡Tú! ¡Con lo guapa y joven que eres!

—¡Oh, Meg! —la interrumpió Lilian, apartándose de ella y mirándola a la cara con expresión implorante—. ¡Eso es lo peor de todo, lo peor de todo! ¡Haz que sea vieja, Meg! ¡Haz que me marchite y me arrugue, y libérame de los terribles pensamientos que me acosan en mi juventud!

Troti se volvió para mirar a su guía. Pero el Espíritu de la niña había volado. No estaba.

Tampoco él se quedó allí, pues sir Joseph Bowley, amigo y padre de los pobres, celebraba una gran fiesta en la Residencia Bowley, en honor del aniversario de la señora Bowley, y, dado que la señora Bowley había nacido el día de Año Nuevo (algo que los periódicos locales consideraban una señal de la Providencia para designar a la señora Bowley número uno como figura predestinada en la Creación), era el día de Año Nuevo cuando la celebración tenía lugar.

La Residencia Bowley se encontraba repleta de invitados. Allí estaba el caballero rubicundo, allí estaba el señor Filer, allí estaba el gran concejal Cute —el concejal Cute simpatizaba mucho con las grandes personas, y había estrechado considerablemente sus lazos con sir Joseph Bowley en virtud de su atenta carta; de hecho, desde entonces había trabado una sólida amistad con la familia—; allí estaban numerosos invitados. Y allí estaba el espectro de Troti, vagando por el lugar, pobre fantasma, lánguido y buscando a su guía.

Iba a ofrecerse un gran banquete en el Gran Salón, en el que sir Joseph Bowley, en su célebre calidad de amigo y padre de los pobres, iba a pronunciar su gran discurso. Antes, sus amigos e hijos iban a degustar unos budines de pasas en otro salón; y, a una determinada señal, los amigos e hijos, reuniéndose en tropel con sus amigos y padres, no dejaban ni un solo ojo varonil sin humedecer por la emoción.

Pero habrían de suceder más cosas, aparte de esto. Muchas más. Sir Joseph Bowley, baronet y parlamentario, iba a disputar una partida de bolos —bolos auténticos— con sus invitados.

—Lo que me recuerda —dijo el concejal Cute— los días del viejo rey Hal, el gordo rey Hal, el fanfarrón rey Hal. ¡Ah, qué magnífico personaje!

—Magnífico, sí —repuso el señor Filer con sequedad—, para casarse y asesinar a sus esposas. Muchas más esposas, por cierto, que el promedio.

—Tú te casarás con hermosas damas pero no las asesinarás, ¿eh? —le dijo el concejal Cute al heredero Bowley, de doce años de edad—. ¡Dulce muchacho! Podríamos ver a este joven caballero en el Parlamento —prosiguió el concejal, tomándolo por los hombros y adoptando el aire más reflexivo de que fue capaz— antes de que nos demos cuenta incluso de dónde estamos. Podríamos oír hablar de sus éxitos en las elecciones, sus discursos en la Cámara de Representantes, sus propuestas recibidas de diferentes gobiernos, sus brillantes logros de todo tipo; ¡ah!, ¡estoy seguro de que podríamos dedicarle breves alocuciones en el Ayuntamiento antes de tener tiempo de mirar a nuestro alrededor!

«¡Oh, la diferencia de los zapatos y las medias!», pensó Troti. Pero su corazón se dolía por los niños, por el amor de aquellos muchachos sin zapatos ni medias, predestinados (por el concejal) a volverse malos, y que bien podrían haber sido hijos de la pobre Meg.

—Richard —gimió Troti, errando entre los presentes, de un lado al otro—, ¿dónde está? ¡No encuentro a Richard! ¿Dónde está Richard?

No era probable que estuviese allí, ¡aunque siguiera con vida! Pero el padecimiento y la soledad que asolaban a Troti lo aturdían, y siguió vagando entre aquellos galantes invitados, buscando a su guía y diciendo: «¿Dónde está Richard? ¡Quiero ver a Richard!».

Y así deambulaba cuando topó con el señor Fish, el secretario personal, presa de gran agitación.

—¡Que Dios me asista! —gritaba el señor Fish—. ¿Dónde está el concejal Cute? ¿Alguien ha visto al concejal?

¿Ver al concejal? ¡Cielo santo! ¿Quién podía no verlo? Era tan considerado, tan afable, tenía siempre tan presente el deseo natural del pueblo por verle que, si alguna falta cometía, era la de estar siempre presente. Y allí donde se encontrasen las grandes personas, sin duda allí estaría Cute, atraído por la afinidad común que se profesan las grandes almas.

Varias voces contestaron estridentes que se hallaba en el círculo que rodeaba a sir Joseph. El señor Fish se abrió paso hasta allí y lo encontró, y se lo llevó discretamente hasta una ventana que había al lado. Troti se sumó a ellos. No por voluntad propia, sino porque sus pasos lo llevaron en aquella dirección.

—Estimado concejal Cute —dijo el señor Fish—, acérquese un poco más. Se ha dado la más terrible circunstancia. Acaban de comunicármela. Creo que será mejor no informar de ella a sir Joseph hasta el final de la velada. Usted conoce bien a sir Joseph y podrá darme su opinión. ¡Es el suceso más pavoroso y deplorable!

—¡Fish! —respondió el concejal—. ¡Fish! Mi buen amigo, ¿qué ocurre? ¡Confío en que no se trate de nada revolucionario! ¿Una... una tentativa de injerencia con los magistrados?

—Deedles, el banquero —jadeó el secretario—, de Hermanos Deedles..., que ha estado aquí hoy..., que ocupaba un alto cargo en la Compañía de Orfebres...

—¡No habrá quebrado! —exclamó el concejal—. ¡No puede ser!

—Se ha pegado un tiro.

—¡Santo Cielo!

—Se ha llevado a la boca una pistola de dos cañones, en su propio despacho —dijo el señor Fish—, y se ha volado los sesos, sin motivo aparente. ¡Vivía como un príncipe!

—¡Como un príncipe! —exclamó el concejal—. Un hombre de noble fortuna. Uno de los más respetables. ¡Y se ha quitado la vida, señor Fish! ¡Con sus propias manos!

—Esta misma mañana —contestó el señor Fish.

—¡Oh, la cabeza, la cabeza! —exclamó el piadoso concejal, alzando las manos—. ¡Oh, los nervios, los nervios, los misterios de esta máquina llamada Hombre! ¡Oh, qué poco se precisa para desquiciarla! ¡Qué insignificantes criaturas somos! ¿Tal vez una mala digestión, señor Fish? Tal vez la conducta de su hijo, quien, según he oído, se descarrió, ¡y adquirió el hábito de extender facturas a nombre de su padre sin la menor autoridad! Un hombre tan respetable. ¡Uno de los hombres más respetables que jamás he conocido! Un suceso lamentable, señor Fish. ¡Una calamidad para la sociedad! Vestiré de riguroso luto. ¡Un hombre tan respetable! Pero hay alguien por encima de nosotros. Y debemos someternos, señor Fish. ¡Debemos someternos!

¿Cómo dice, concejal? ¿Ni la menor referencia a acabar con...? Recuerde, magistrado, su elevada presunción moral y su orgullo. ¡Vamos, concejal! Equilibre esa balanza. Póngame a mí en este, el platillo vacío, sin cena, sin que una mujer pobre pueda recurrir a los manantiales de la Naturaleza, agotados por el hambre y la miseria, y obstinados ante las reclamaciones a las que su prole tiene derecho en condición de hijos de nuestra santa madre Eva. ¡Sopese ambos, usted, Daniel en el día del juicio! ¡Sopéselos ante la mirada de los miles de personas que sufren, concedoras de la nefasta farsa que está representando! O imagine que se extravía de sus cinco sentidos —no es algo frecuente, pero podría ocurrir— y se lleva las manos a la garganta, mostrando así a sus semejantes (si acaso tiene alguno) cómo graznan en su cómoda perversidad para las cabezas delirantes y los corazones afligidos; ¿qué haría entonces?

Las palabras brotaron en el pecho de Troti como si alguna otra voz las hubiese pronunciado en su interior. El concejal Cute se comprometió con el señor Fish a que, antes de nada, le ayudaría a comunicar la triste catástrofe a sir Joseph cuando concluyera la velada. A continuación, antes de marcharse, estrujó la mano del señor Fish con toda la amargura de su alma y dijo: «¡El más respetable de los hombres!». Y añadió que, incluso él, ignoraba por qué se permitían tales infortunios en la faz de la tierra.

—Si uno no estuviera ya bregado, algo así bastaría para hacerle pensar —dijo el concejal Cute— que en ocasiones las cosas entrañan una fuerza de naturaleza convulsiva que afecta a la economía general del entramado social. ¡Los Hermanos Deedles!

La partida de bolos culminó con enorme éxito. Sir Joseph los derribó con gran destreza, y también el señorito Bowley en uno de sus turnos y a menor distancia, y todos comentaron que cuando un baronet y el hijo de un baronet jugaban a los bolos, el país volvía a sosegar en un abrir y cerrar de ojos.

Llegado el momento, se sirvió el banquete. Involuntariamente, Troti se retiró al salón con los demás, pues se sentía gobernado por algún impulso más fuerte que su propio albedrío. La escena era en extremo alegre: las damas lucían muy bellas; el resto de los invitados, encantados, joviales y de buen humor. Cuando las puertas inferiores se abrieron y el pueblo entró en tropel con sus rústicos atuendos, la belleza del espectáculo alcanzó su punto culminante, pero Troti no podía sino seguir musitando: «¿Dónde está Richard? ¡Debería ayudarme a consolarla! ¡No veo a Richard!».

Se habían pronunciado varios discursos, se había propuesto brindar a la salud de la señora Bowley, sir Joseph Bowley había correspondido con palabras de agradecimiento y se había lucido con su gran alocución, dando diversas muestras de que era un amigo y un padre nato, etcétera, y había hecho un brindis por sus amigos e hijos y por la dignidad del trabajo; había acontecido todo esto cuando un pequeño revuelo en el fondo del salón atrajo la atención de Toby. Tras cierta confusión, bullicio y resistencia, un hombre se abrió paso entre los demás y se apostó al frente, solo.

No era Richard. No. Pero sí alguien en quien Troti había pensado, y al que había buscado, muchas veces. Con una luz más pobre, podría haber dudado de la identidad de aquel hombre ajado, muy mayor, canoso y encorvado; pero al fulgor de las lámparas que colgaban sobre su enmarañada y nudosa cabeza, reconoció a Will Fern en cuanto este avanzó.

—¿Qué significa esto? —prorrumpió sir Joseph, poniéndose en pie—. ¿Quién ha dejado entrar a este hombre? ¡Es un delincuente recién salido de la cárcel! Señor Fish, ¿tendría la bondad de...?

—¡Un momento! —dijo Will Fern—. ¡Un momento! Señora, usted nació este día, junto con el Año Nuevo. Concédame un minuto para hablar.

Ella intercedió por él. Sir Joseph volvió a sentarse con su innata dignidad.

El andrajoso visitante —pues iba míseramente vestido— paseó la mirada por los allí congregados y les presentó sus respetos con una humilde inclinación.

—¡Nobles personas! —dijo—. Han bebido ustedes a la salud del obrero. ¡Mírenme!

—Recién salido de la cárcel —dijo el señor Fish.

—Recién salido de la cárcel —confirmó Will—. Y no por primera vez, ni por segunda, ni por tercera, ni siquiera por cuarta.

Se oyó al señor Filer comentar irritado que cuatro veces superaban el promedio y que debería sentirse avergonzado.

—¡Nobles personas! —repitió Will Fern—. ¡Mírenme! Ya ven que me encuentro en la peor de las condiciones. Más allá de todo daño o perjuicio; más allá de su ayuda, pues el momento en que sus amables palabras y sus amables actos podrían haberme hecho bien —se plantó una mano contra el pecho y sacudió la cabeza— ha pasado ya, llevándose consigo el aroma de las judías y el trébol. Permítanme que diga algo en nombre de todos ellos —señaló a los obreros presentes en el salón—, y, ya que están aquí reunidos, les haga oír la auténtica verdad, por una vez verbalizada.

—No hay aquí un solo hombre —dijo el anfitrión— dispuesto a considerarle su portavoz.

—Es muy probable, sir Joseph. Así lo creo. Pero no menos cierto es lo que digo. Puede que incluso sea prueba de ello. Nobles personas, he vivido muchos años en este lugar. Pueden ver mi cabaña desde aquella cerca caída; allá, a lo lejos. He visto a damas dibujándola en sus cuadernos, un centenar de veces. Queda bien en un cuadro, según he oído; pero pintada no sufre las inclemencias del tiempo, y tal vez sea más apropiada como cuadro que como morada. ¡Bien! Allí he vivido. No diré lo duro..., lo amargamente duro que ha sido vivir allí. Cualquiera día del año, todos los días, pueden juzgarlo por ustedes mismos.

Hablaba del mismo modo que lo había hecho la noche en que Troti lo encontrara en la calle. Su voz era más profunda y ronca, y de cuando en cuando desprendía una nota trémula, pero el hombre en ningún momento la alzó dejándose llevar por el ardor, y rara vez lo hizo por encima de la estricta y severa gravedad de los prosaicos hechos que relataba.

—Es más duro de lo que imaginan, nobles personas, llegar a ser alguien decente, tan solo decente, en semejante lugar. Que yo haya llegado a ser un hombre y no una bestia, como lo era entonces, ya dice algo en mi favor. De como soy ahora, nada puede decirseme ni hacerse por mí. Estoy más allá de ello.

—Celebro que este hombre haya entrado —comentó sir Joseph, mirando a su alrededor con serenidad—. No le interrumpen. Esto parece estar dispuesto. Es un ejemplo, un ejemplo viviente. Espero y confío, y tengo la secreta esperanza de que así sea, en que mis amigos

aquí presentes sepan aprovecharlo.

—Salí adelante —dijo Fern tras un breve silencio—. De algún modo. Ni yo ni nadie sabe cómo, pero el esfuerzo fue tan grande que nunca pude sonreír ni fingir que era lo que no era. Ahora, caballeros (ustedes, los caballeros que presiden las sesiones), cuando ven a un hombre con el descontento patente en el rostro, comentan entre sí: «Parece sospechoso. Tengo mis dudas», dicen, «sobre Will Fern. ¡Vigilen a ese individuo!». No digo, caballeros, que no sea una reacción bastante natural, pero digo que es así; y desde ese momento, todo lo que Will Fern haga o deje de hacer (por mucho que deje de hacer) se vuelve en su contra.

El concejal Cute se introdujo los pulgares en los bolsillos del chaleco y, reclinándose en la silla y sonriendo, guiñó un ojo a una araña de luces próxima, como diciéndole: «¡Por supuesto! Ya te lo decía yo. ¡El lamento de siempre! Dios bendito, el género humano y yo estamos tan acostumbrados ya a estas cosas...».

—Ahora bien, caballeros —prosiguió Will Fern, tendiendo las manos y con un breve rubor en su demacrado rostro—, vean cómo sus leyes están pensadas para atraparnos, para cazarnos, cuando nos encontramos en esta posición. ¿Que intento vivir en otra parte? Soy un vagabundo. ¡A la cárcel con él! Y vuelvo aquí. ¿Que voy a buscar nueces a sus bosques y rompo (¿quién no lo hace?) una o dos ramas tiernas? ¡A la cárcel con él! ¿Que uno de sus guardas me ve con un arma a plena luz del día en mi propio jardín? ¡A la cárcel con él! ¿Que cruzo una palabra airada con algún hombre cuando salgo libre? ¡A la cárcel con él! ¿Que corto una vara? ¡A la cárcel con él! ¿Que me como una manzana o un nabo podridos? ¡A la cárcel con él! ¿Que al volver de la cárcel, que está a más de treinta kilómetros, pido una triste limosna en la carretera? ¡A la cárcel con él! Finalmente, ¿que el guardia, el vigilante..., cualquiera me encuentra en cualquier sitio haciendo cualquier cosa? A la cárcel con él, porque es un vagabundo, un preso reincidente, y la cárcel es su único hogar.

El concejal asintió sagazmente, como queriendo decir: «¡Y además un buen hogar!».

—¡Digo esto en favor de mi causa! —voceó Fern—. ¿Quién puede devolverme mi libertad? ¿Quién puede devolverme mi buen nombre? ¿Quién puede devolverme a mi inocente sobrina? Ni siquiera los caballeros y las damas de toda Inglaterra. Pero, caballeros, caballeros, para tratar con otros hombres como yo, comiencen por donde hay que comenzar. Proporciónennos, por piedad, mejores hogares cuando aún estamos en la cuna; proporciónennos mejor comida cuando trabajamos

para ganarnos la vida, proporciónennos leyes más benévolas que nos ayuden a rectificar cuando nos equivocamos, y no nos pongan siempre delante la cárcel, la cárcel, la cárcel, a dondequiera que miremos. Entonces no habrá una sola muestra de condescendencia por su parte que el obrero no acepte de inmediato y con toda la gratitud de que un hombre es capaz, pues su corazón es paciente, manso y voluntarioso. Pero antes deben infundir este espíritu de justicia en él, pues, tanto si es un despojo o una ruina como yo como si se asemeja a uno de los que hoy están aquí, su espíritu dista mucho del suyo en estos tiempos. ¡Recupérenlo, nobles personas, recupérenlo antes de que llegue el día que incluso la Biblia cambie en su cabeza perturbada, y crea, como he creído yo al leerlas con mis propios ojos, que sus palabras dicen: «A dondequiera que tú fueres, no iré yo, y dondequiera que vivieres, no viviré. Tu pueblo no será mi pueblo, ¡y tu Dios no será mi Dios!».

Un estremecimiento y una agitación recorrieron súbitamente el salón. En un primer momento, Troti pensó que varios hombres se habían levantado para expulsar a Will Fern, y de ahí el cambio que percibió en el aspecto de la congregación. Un instante después, sin embargo, toda la estancia y sus ocupantes desaparecieron de su vista, y su hija volvía a encontrarse frente a él, sentada y enfrascada en su labor, pero en un desván más pobre y mísero que antes, y sin Lilian a su lado.

El bastidor con el que esta había trabajado estaba sobre un estante, cubierto. La silla en la que se había sentado, vuelta contra la pared. Había una historia escrita en aquellos pequeños detalles, y también en el rostro apesadumbrado de Meg. ¡Oh, quién no habría sido capaz de leerla!

Meg forzaba la vista en la labor hasta que finalmente la oscuridad le impidió ver las hebras, y, cuando anocheció por completo, la joven prendió una endeble vela y siguió trabajando. Su viejo padre seguía siendo invisible para ella, la contemplaba de la cabeza a los pies rebosante de cariño —¡de un cariño infinito!— y le hablaba con ternura de los viejos tiempos, y de las campanas. Aunque sabía, pobre Troti, aunque sabía que ella no podía oírle.

Gran parte de la tarde había quedado ya atrás cuando alguien llamó a la puerta. Meg la abrió. En el umbral había un hombre. Un haragán desgarrado, taciturno y borracho, consumido por los excesos y el vicio, y con el pelo enmarañado y la barba crecida y desaliñada, pero al mismo tiempo con vestigios de haber sido un hombre bien parecido y de facciones agraciadas en su juventud.

Permaneció inmóvil hasta que Meg le permitió entrar y,

retirándose uno o dos pasos de la puerta, lo miró en silencio y abatida. Troti vio cumplido su deseo. Vio a Richard.

—¿Puedo pasar, Margaret?

—¡Sí! ¡Pasa, pasa!

Fue una suerte que Troti lo hubiese reconocido antes de que él hablase, pues de haber albergado alguna duda, su voz áspera y disonante le habría acabado de convencer de que aquel no era Richard sino algún otro.

Solo había dos sillas en la estancia. Meg le cedió la suya y se quedó de pie a poca distancia de él, aguardando a escuchar lo que tuviese que decir. Él, sin embargo, se sentó con la mirada perdida en el suelo y con una sonrisa apagada y desganada. Un espectáculo de tan honda degradación, de tan absoluta desesperanza, de tan miserable decadencia que Meg se llevó las manos a la cara y se volvió de espaldas para que él no pudiese advertir cuánto la conmovía.

Arrancado de su abstracción por el roce del vestido o por algún otro sonido trivial, Richard irguió la cabeza y empezó a hablar como si acabase de entrar.

—¿Aún trabajando, Margaret? Acabas tarde.

—Suelo hacerlo.

—¿Y empiezas temprano?

—Y empiezo temprano.

—Eso me dijo. Me dijo que nunca estabas cansada, o que nunca admitías estarlo. Nunca, en todo el tiempo que convivisteis. Ni siquiera cuando te desmayabas, a causa del trabajo y el ayuno. Pero esto ya te lo dije la última vez que vine.

—Sí —contestó ella—. Y te supliqué que no me dijese nada más, y tú hiciste la solemne promesa, Richard, de que nunca lo harías.

—Una solemne promesa —repitió él, con una risa tonta y la mirada perdida—. Una solemne promesa, sin duda. ¡Una solemne promesa!

Un momento después, despertando de su ensoñación del mismo modo que antes, dijo, con repentina vivacidad:

—¿Cómo puedo evitarlo, Margaret? ¿Qué tengo que hacer? ¡Ha venido a verme otra vez!

—¡Otra vez! —exclamó Meg, uniendo las manos—. ¡Oh! ¿Tan a menudo piensa en mí? ¡Ha venido otra vez!

—Otras veinte veces —dijo Richard—. Margaret, me persigue. Va tras de mí por la calle y me lo pone en la mano. Oigo sus pasos sobre las cenizas mientras estoy trabajando (ija, ja!, eso no ocurre muy a menudo), y, antes de tener tiempo de volver la cabeza, su voz ya me está diciendo al oído: «Richard, no te des la vuelta. ¡Por el amor de Dios, dale esto!». Lo lleva a donde vivo, lo envía por carta, llama a la ventana y lo deja en el alféizar. ¿Qué puedo hacer? ¡Míralo!

Sostenía en la mano un pequeño monedero e hizo tintinear las monedas que contenía.

—Guárdalo —dijo Meg—. ¡Guárdalo! Cuando ella vuelva, Richard, dile que la quiero con toda el alma. Que nunca me acuesto sin darle mi bendición y rezar por ella. Que, en mi solitaria labor, nunca abandona mis pensamientos. Que está conmigo, día y noche. Que si yo muriese mañana, la recordaría en mi último estertor. Pero iese no puedo ni mirarlo!

Richard retiró lentamente la mano y, estrujando el monedero, dijo con una especie de adormilada abstracción:

—Se lo dije. Se lo dije con toda la claridad que las palabras pueden expresar. Le he devuelto el regalo, lo he dejado en su puerta una docena de veces desde entonces. Pero cuando finalmente vino y se plantó delante de mí, cara a cara, ¿qué podía hacer yo?

—¡La has visto! —exclamó Meg—. ¡La has visto! ¡Oh, Lilian, mi dulce niña! ¡Oh, Lilian, Lilian!

—La he visto —prosiguió él, no contestando, sino sumido en el pausado curso de sus pensamientos—. Allí estaba, itemblando! «¿Cómo está, Richard? ¿Alguna vez habla de mí? ¿Ha perdido peso? Mi antiguo sitio a la mesa..., ¿qué hay en mi antiguo sitio? Y el bastidor con el que me enseñó nuestra antigua labor, ¿lo ha quemado, Richard?». Allí estaba. Y eso la oí decir.

Meg contuvo los sollozos y, con las lágrimas desbordándole de los ojos, se inclinó sobre él para escucharlo. Para no perderse ni un suspiro.

Con los brazos apoyados sobre las rodillas y doblado hacia delante en la silla, como si cuanto decía estuviese escrito en el suelo con caracteres apenas legibles y fuese su oficio descifrarlos y enlazarlos, él continuó:

—«Richard, he caído muy bajo, y, trayéndotelo ahora con mis propias manos, tal vez puedas hacerte una idea de cuánto he sufrido al ver que me lo enviabas de vuelta. Pero hubo un tiempo en que la amaste, aún lo recuerdo, querido. Otros se interpusieron entre vosotros; temores, y celos, y dudas y vanidades te alejaron de ella, pero ¡la amaste, aún lo recuerdo!». Y supongo que lo hice —dijo, interrumpiéndose unos instantes—. ¡Lo hice! Aunque eso no viene al caso. «Oh, Richard, si alguna vez lo hiciste, si conservas algún recuerdo de lo que ya no está y se perdió, llévaselo una vez más. ¡Una vez más! Dile cuánto te supliqué y rogué. Dile que reposé mi cabeza en tu hombro, donde debía haber reposado la suya, y con qué humildad lo hice, Richard. Dile que me miraste a la cara y viste que la belleza que ella tanto alababa había desaparecido, que había desaparecido por completo, y que en su lugar encontraste unas mejillas lánguidas, pálidas y hundidas que la harían llorar al verlas. Díselo todo y llévaselo de nuevo, y esta vez ella no lo rehusará. ¡No tendrá corazón para hacerlo!».

Richard permaneció sentado, musitando y repitiendo estas últimas palabras hasta que volvió a salir de su ensueño y se puso en pie.

—¿No vas a aceptarlo, Margaret?

Ella negó con la cabeza y le suplicó con gestos que la dejara sola.

—Buenas noches, Margaret.

—¡Buenas noches!

Richard se volvió para mirarla, conmovido por su tristeza y tal vez por haber percibido en el temblor de su voz lástima por él. Fue un gesto rápido y fugaz, y por un instante su antiguo porte refulgió en su silueta. Un instante después, se marchó tal como había llegado. Tampoco en aquel atisbo de un fuego ya extinto pareció advertir su propia degradación.

Bajo cualquier estado de ánimo, cualquier dolor, cualquier tortura mental o física, el trabajo debía hacerse. Meg se sentó y se consagró a la labor. Llegó la noche, la medianoche, y ella siguió trabajando.

La lumbre era escasa y la noche, muy fría, y Meg se levantaba

cada poco a cuidar de ella. Las campanas repicaron a las doce y media mientras ella seguía afanada en la labor, y, cuando enmudecieron, Meg oyó que alguien llamaba a la puerta con delicadeza. Antes incluso de poder preguntarse quién sería a aquellas horas tan intempestivas, la puerta se abrió.

¡Oh, Juventud y Belleza, felices como debéis ser, mirad esto! ¡Oh, Juventud y Belleza, benditas vosotras, que bendecís todo cuanto está a vuestro alcance y cumplís con los designios de vuestro Benévolo Creador, mirad esto!

Vio la figura que entraba. Gritó su nombre. Gritó: «¡Lilian!».

Lilian se acercó a ella presurosa y cayó de rodillas, aferrándose a su vestido.

—¡Levántate, cariño! ¡Levántate! ¡Lilian! ¡Oh, mi vida!

—¡Nunca más, Meg; nunca más! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Cerca de ti, abrazada a ti, sintiendo tu bendito aliento en mi cara!

—¡Mi dulce Lilian! ¡Mi querida Lilian! ¡Hija de mi corazón, pues ningún amor de madre podría ser más tierno, reposa tu cabeza en mi pecho!

—Nunca más, Meg. ¡Nunca más! La primera vez que vi tu rostro, te arrodillaste ante mí. De rodillas ante ti moriría. ¡Déjame morir aquí!

—¡Has vuelto! ¡Tesoro mío! ¡Viviremos juntas, trabajaremos juntas, confiaremos juntas, moriremos juntas!

—¡Ah! Besa mis labios, Meg; rodéame con tus brazos; estréchame contra tu seno; mírame con cariño, pero no me pidas que me levante. Déjame morir aquí. ¡Déjame ver así, de rodillas, tu amado rostro por última vez!

¡Oh, Juventud y Belleza, felices como debéis ser, mirad esto! ¡Oh, Juventud y Belleza, que cumplís con los designios de vuestro Benévolo Creador, mirad esto!

—¡Perdóname, Meg! ¡Te quiero tanto, tanto! ¡Perdóname! Sé que lo haces, veo que lo haces, pero ¡dilo, Meg!

Meg lo dijo, con los labios contra la mejilla de Lilian y los brazos en torno a —ahora lo sabía— un corazón roto.

—Que Dios te bendiga, amor mío. ¡Bésame otra vez! Él permitió que ella se sentase a sus pies y los secase con su cabello. ¡Oh, Meg, cuánta Misericordia y Compasión!

Cuando murió, el Espíritu de la niña regresó, inocente y radiante, tocó al anciano con la mano y le indicó que fuese con ella.

CUARTO CUARTO

Tras recordar de nuevo las espectrales figuras en las campanas, tener la vaga impresión de que tañían, sentir la aturdida convicción de haber visto el enjambre de figuras fantásticas reproducirse y reproducirse hasta que su recuerdo se extraviaba en la confusión de su número, y tener la repentina certeza, sin que Troti supiese cómo había llegado a él, de que habían transcurrido más años, él y el Espíritu de la niña que lo asistía se encontraron contemplando a unos mortales.

Unos mortales corpulentos, de mejillas sonrosadas, afables. Solo eran dos, pero tan rubicundos como diez. Estaban sentados frente a una nutrida lumbre, con una mesita baja entre ambos, y, a menos que el aroma del té y las magdalenas calientes perdurase en el aire por más tiempo en aquella estancia que en la mayoría, aquella mesa se había servido hacía muy poco. Pero con todas las tazas y los platillos limpios y debidamente recogidos en la alacena del rincón, y el largo tenedor de latón colgado en su sitio habitual con sus cuatro dedos ociosos extendidos, como si quisiera que le tomaran medidas para un guante, no había a la vista más vestigios de la comida recién degustada que el ronroneo y el afán por relamerse los bigotes del gato que descansaba en la cesta, y los que brillaban en los gratos, por no decir grasos, rostros de sus amos.

Aquella agradable pareja (casada, saltaba a la vista) se había repartido equitativamente la lumbre, y contemplaba las chispas refulgentes que caían en la rejilla, ahora dando cabezadas, ahora despertando de nuevo cuando algún fragmento candente, más grande que los demás, caía ruidosamente como arrastrando el fuego consigo.

Sin embargo, no había peligro de que fuera a extinguirse, pues resplandecía no solo en aquella modesta estancia, en los cristales de la puerta y en la cortina a medio correr que los cubría, sino también en el pequeño comercio que había detrás. Un pequeño comercio abarrotado y repleto de productos; un pequeño comercio perfectamente voraz, con un buche tan complacido y saciado como el de un tiburón. Queso, mantequilla, leña, jabón, encurtidos, fósforos, panceta, cerveza de mesa, peonzas, confites, cometas infantiles, alpiste, jamón cocido, escobas de abedul, losas para la chimenea, sal, vinagre, betún, arenques ahumados, artículos de escritorio, manteca de cerdo, salsa de setas, cintas para corsé, hogazas de pan, volantes, huevos y pizarrines:

todo eran peces que caían en las redes de aquel ávido y pequeño comercio, y en ellas estaban todos estos productos. Sería difícil decir cuántas clases más de baratijas había allí, pero del techo colgaban ovillos de bramante, ristras de cebollas, libras de velas, mallas para hervir repollo y cepillos, como si fuesen frutas fantásticas, mientras que algún que otro tarro que emanaba olores fragantes corroboraba la veracidad del cartel que colgaba sobre la puerta de entrada, que informaba a los clientes de que el dueño de aquel pequeño comercio tenía autorización para vender té, café, tabaco, pimienta y rapé.

Tras atisbar esta colección de artículos tal como los hacía visibles el resplandor del fuego y el más apagado y triste de dos lámparas humeantes que ardían en el comercio, como si la plétora del mismo descansara pesada sobre sus pulmones, y tras atisbar, después, uno de los dos rostros que se hallaban frente a la chimenea de la trastienda, Troti apenas tuvo dificultad para reconocer en la rolliza y anciana dama a la señora Chickenstalker: siempre propensa a la corpulencia, incluso en los tiempos en que él la había conocido regentando aquel comercio de ultramarinos, y en cuyos libros de contabilidad figuraba un pequeño saldo en su contra.

Las facciones de su acompañante le resultaron menos fáciles de identificar: la enorme y amplia papada, con pliegues lo bastante grandes para esconder un dedo; los atónitos ojos, que parecían protestar contra sí mismos por hundirse cada vez más en la dúctil grasa de aquel rostro mullido; la nariz aquejada de esa alteración de funciones que suele denominarse «moquera»; el cuello corto y grueso y el pecho fatigado, junto con otras lindezas de similar descripción. Aunque pensadas para quedar impresas en la memoria, en un primer momento Troti no supo asignárselas a nadie a quien hubiese conocido, y, con todo, guardaba cierto recuerdo de ellas. Finalmente, reconoció en el compañero de la señora Chickenstalker en el comercio de ultramarinos y en ese otro tortuoso y excéntrico oficio, el de la vida, al antiguo lacayo de sir Joseph Bowley, un bonachón apopléjico que Troti había asociado a la señora Chickenstalker años atrás, cuando le había abierto la puerta de la mansión donde había confesado las deudas que tenía con aquella dama y despertado en su infortunada cabeza tan grave reproche.

Troti sintió poco interés por un cambio como aquel, después de los cambios que ya había presenciado, pero en ocasiones las asociaciones son muy poderosas, y, sin querer, miró detrás de la puerta de la trastienda, donde solían estar anotadas con tiza las deudas de los clientes. Entre sus nombres no figuraba el suyo. Había varios, todos desconocidos para él, y eran infinitamente menos que antaño, de lo cual infirió que el lacayo era partidario de las transacciones al contado y

que, al incorporarse al negocio, había sido implacable con los morosos de la señora Chickenstalker.

Tan desolado se sentía Troti, y tan triste al pensar en la juventud y el sino de su malograda hija, que incluso le afligió no tener lugar en el libro de contabilidad de la señora Chickenstalker.

—¿Qué tal noche hace, Anne? —preguntó el antiguo lacayo de sir Joseph Bowley, estirando las piernas frente al fuego y frotándose las hasta donde le alcanzaban sus cortos brazos, con un aire que parecía añadir: «Aquí me quedo si hace malo, y no me apetece salir si hace bueno».

—Sopla viento y cellisquea con ganas —contestó su esposa—, y amenaza nieve. Una noche oscura. Y muy fría.

—Me alegro de que hayamos comido magdalenas —dijo el antiguo lacayo con el tono de quien ha aplacado su conciencia—. Es la clase de noche ideal para comer magdalenas. Igual que bollos. Y también pastelillos.

El antiguo lacayo mencionó cada uno de aquellos dulces como si estuviera haciendo recuento mental de sus buenas acciones. Tras lo cual se frotó las gruesas piernas como antes, y sacudiendo las rodillas para que el fuego alcanzase las partes que aún no le había asado, se rió como si alguien le hubiese hecho cosquillas.

—Pareces animado, Tugby, querido —observó su esposa.

El negocio llevaba por nombre Tugby; anteriormente se había denominado Chickenstalker.

—No —contestó Tugby—. No. No especialmente. Solo un poco achispado. ¡Las magdalenas estaban en su punto!

Dicho esto, siguió riéndose hasta que se le amorató la cara, y tanto esfuerzo le costaría cambiar ese color que sus orondas piernas trazaron las más extrañas trayectorias en el aire. Y no recuperaron algo parecido al decoro hasta que la señora Tugby le asestó un fuerte golpe en la espalda y lo sacudió como si fuera una enorme botella.

—¡Por todos los santos del Cielo, Señor, que Dios Todopoderoso se apiade de este hombre, lo bendiga y lo salve! —gritó la señora Tugby, presa de un gran terror—. ¿Qué estás haciendo?

El señor Tugby se enjugó los ojos y repitió con voz tenue que se

sentía un poco achispado.

—¡Pues no vuelvas a ponerte así, querido mío —dijo la señora Tugby—, si no quieres darme un susto de muerte con ese forcejeo y esa lucha!

El señor Tugby dijo que no volvería a hacerlo, pero toda su existencia era una lucha en la que, a juzgar por su creciente falta de aliento y por el también creciente amarotamiento de su rostro, siempre se llevaba la peor parte.

—Así que hace viento, y cellisquea, y amenaza nieve, y es una noche oscura y muy fría, ¿cierto, querida? —preguntó el señor Tugby contemplando el fuego y sumiéndose de nuevo en la esencia de aquella chispa pasajera.

—Sí, muy mal tiempo —contestó su esposa, sacudiendo la cabeza.

—¡Ah! Los años —dijo el señor Tugby— son como los cristianos en ese sentido. Algunos tienen una muerte dura, otros, plácida. A este no le quedan muchos días, pero sigue luchando. Por eso me gusta más. ¡Un cliente, amor mío!

Atenta al traqueteo de la puerta, la señora Tugby ya se había levantado.

—¡Vamos a ver! —dijo la dama mientras accedía al pequeño comercio—. ¿Qué va a ser? ¡Oh! Le ruego me disculpe, señor. No imaginé que podría ser usted.

Sus disculpas iban dirigidas a un caballero vestido de negro, quien, con los puños vueltos, el sombrero caído hacia un lado y las manos en los bolsillos, se había sentado a horcajadas sobre el barril de cerveza y le devolvió el saludo asintiendo con la cabeza.

—Mal asunto el de ahí arriba, señora Tugby —dijo el caballero—. Ese hombre no puede vivir.

—¡Cierto, cierto, el del ático posterior! —gritó Tugby al tiempo que entraba en el local para sumarse a la conversación.

—El hombre del ático posterior, señor Tugby —dijo el caballero—, está bajando la escalera a toda velocidad y muy pronto se encontrará debajo de su sótano.

Mirando alternativamente a Tugby y a su esposa, golpeó el barril

con los nudillos para calcular la cerveza que contenía y, tras deducirlo, tocó una melodía sobre la parte vacía.

—El hombre del ático posterior, señor Tugby —prosiguió el caballero, tras haber guardado Tugby un largo y consternado silencio—, se nos va.

—En tal caso —dijo Tugby, volviéndose hacia su esposa—, debe irse..., ya sabe, antes de que se haya ido.

—No creo que puedan moverlo —repuso el caballero, sacudiendo la cabeza—. Prefiero no asumir la responsabilidad de afirmar que es posible hacerlo. Será mejor que lo dejen donde está. No vivirá mucho tiempo.

—Es el único asunto —dijo Tugby haciendo chocar contra el mostrador un platillo de la báscula de pesar la mantequilla al poner el puño en él— por el que mi esposa y yo hemos discutido en la vida, ¡y fíjese adónde ha llegado! Después de todo, va a morir aquí. Va a morir encima del establecimiento. ¡Va a morir en nuestra casa!

—¿Y dónde debería haber muerto, Tugby? —gritó su esposa.

—En el asilo —contestó él—. ¿Para qué están los asilos?

—No para eso —replicó la señora Tugby con gran brío—. No para eso. Tampoco yo me casé contigo para eso. Ni lo pienses, Tugby. No voy a permitirlo. De ninguna manera. Antes me separaría y no volvería a ver tu cara. Cuando mi apellido de viuda figuraba sobre esa puerta, como fue durante muchos años en los que en todas partes esta casa era conocida como la casa de la señora Chickenstalker, y solo por su honradez y su buena reputación, cuando mi apellido de viuda figuraba sobre esa puerta, Tugby, él era un joven apuesto, formal, varonil e independiente; y ella, la muchacha de aspecto y carácter más dulce que he conocido jamás; y el padre de ella (pobre anciano, se cayó desde lo alto del campanario mientras caminaba sonámbulo y se mató), el hombre más sencillo, trabajador y de corazón más puro que nunca ha engendrado la vida; y si los echo de su casa y su hogar, ¡que los ángeles me expulsen a mí del Cielo! ¡Y lo harían! ¡Y yo lo tendría bien merecido!

Su avejentado rostro, que había lucido rollizo, con sus hoyuelos, antes de los cambios que tendría que experimentar, dio la impresión de resplandecer al pronunciar estas palabras; y, cuando la mujer se enjugó las lágrimas y sacudió la cabeza y el pañuelo en dirección a Tugby con una expresión de firmeza a la que saltaba a la vista que no iba a ser fácil oponer resistencia, Troti dijo: «¡Que Dios la bendiga! ¡Que Dios la

bendiga!».

A continuación se dispuso a escuchar, con el corazón anhelante, lo que estuviese por llegar. Sin saber aún nada, excepto que hablaban de Meg.

Si Tugby se había sentido algo achispado en la trastienda, lo compensó con creces mostrándose no poco deprimido en la tienda, donde permanecía de pie mirando a su esposa sin intención de responderle, aunque guardándose en los bolsillos —bien fruto de la abstracción o como medida preventiva— todo el dinero de la caja, sin dejar de mirarla en ningún momento.

Era evidente que el caballero sentado en el barril de cerveza, que parecía un médico oficial responsable de atender a los pobres, estaba sobradamente acostumbrado a las pequeñas diferencias de opinión entre maridos y esposas para, en este caso, interponer algún comentario. Siguió sentado, silbando suavemente y dejando caer al suelo gotitas de cerveza desde la espita, hasta que la calma se impuso de nuevo, momento en que irguió la cabeza y dijo a la señora Tugby, anteriormente Chickenstalker:

—Sigue habiendo algo interesante en esa mujer. ¿Cómo llegó a casarse con él?

—Pues esa —dijo la señora Tugby mientras tomaba asiento cerca de él— no es la parte menos cruel de su vida, señor. Verá, ella y Richard fueron novios hace muchos años. Cuando eran una joven y hermosa pareja, se dispuso todo para que se casasen el día de Año Nuevo. Pero, de algún modo, a Richard se le metió en la cabeza, a raíz de lo que le dijo aquel caballero, que le iría mejor si no lo hacía, que pronto se arrepentiría y que ella no era lo bastante buena para él, que a un hombre joven y brioso como él no le convenía el matrimonio. Y el caballero amedrentó a la muchacha y la sumió en la melancolía, haciéndola temer que él la abandonaría, y que sus hijos acabarían en la horca, y que ser marido y mujer era algo perverso, y muchas cosas más por el estilo. De modo que fueron demorándolo y demorándolo, y su mutua confianza se quebró, y al final también lo hizo su compromiso. Pero la culpa fue de él. Ella se habría casado con él, señor, y de muy buen grado. Desde entonces, muchas veces he visto cómo se le henchía el corazón cuando él pasaba por su lado, ufano y desconsiderado; nunca una mujer ha sufrido de forma tan genuina por un hombre como ella sufrió por Richard cuando él erró el camino.

—¡Oh! ¿Él erró el camino, de veras? —preguntó el caballero mientras retiraba la estaquilla del barril de cerveza e intentaba atisbar

en su interior por el orificio.

—La verdad, señor, es que no creo que él supiera muy bien lo que hacía. Creo que se trastornó a consecuencia de la ruptura, y que, de no haberse sentido avergonzado frente a aquellos caballeros, y tal vez de no haber estado seguro de cómo iba a tomárselo ella, habría soportado cualquier sufrimiento o prueba para recuperar el compromiso y la mano de Meg. Eso es lo que yo creo. Él nunca lo dijo, ¡esa fue la lástima! Se dio a la bebida, a la indolencia y a las malas compañías: esos excelentes recursos que iban a ser mucho mejores para él que el hogar que podría haber tenido. Perdió la distinción, el carácter, la salud, la fortaleza, los amigos, el trabajo, ¡todo!

—No lo perdió todo, señora Tugby —repuso el caballero—, porque ganó una esposa, y quiero saber cómo la ganó.

—Enseguida llegaré a eso, señor. Así siguieron las cosas durante años y años, él hundiéndose cada vez más, y ella, pobre criatura, soportando suficientes penurias para que su vida se convirtiese en una pesada carga. Al final, él se encontraba tan hundido y tan solo que ya nadie le daba trabajo ni le hacía caso; fuese a donde fuese, se le cerraban las puertas. Se solicitó de un lugar a otro, y de puerta en puerta, y acudió por centésima vez a un caballero que en numerosas ocasiones lo había requerido (ha sido un buen trabajador hasta el final); ese caballero, que conocía su historia, le dijo: «Creo que eres incorregible. Solo hay una persona en el mundo que podría enmendarte. No me pidas que vuelva a confiar en ti hasta que ella esté dispuesta a hacerlo». Algo así le dijo, enojado e irritado.

—¡Ah! —exclamó el caballero—. ¿Y bien?

—Bien, señor, él fue a verla y se postró ante ella; le contó lo que le pasaba, lo que siempre le había pasado, y le rogó que lo salvase.

—Y ella... No se aflija, señora Tugby.

—Ella vino a verme esa misma noche para pedirme que la dejase vivir aquí. «Lo que él fue en un tiempo para mí», me dijo, «está enterrado en una tumba, junto a lo que yo fui para él. Pero lo he pensado y voy a probar. Con la esperanza de salvarlo, por el amor de la alegre muchacha (usted la recordará) que tenía que haberse casado un día de Año Nuevo, y por el amor de su Richard». Y dijo que él había ido a verla por petición de Lilian, y que Lilian había confiado en él, y que ella nunca podría olvidar eso. De modo que se casaron, y cuando vinieron a instalarse aquí y les vi, confié en que aquellas profecías que los habían separado siendo jóvenes no volviesen a cumplirse como ya

había ocurrido; en todo caso, no iba a ser yo quien las invocase ni por una mina de oro.

El caballero se bajó del barril y se estiró al tiempo que comentaba:

—Supongo que él empezó a tratarla mal en cuanto se casaron.

—No creo que jamás lo hiciera —contestó la señora Tugby, negando con la cabeza y enjugándose los ojos—. Mejoró durante un tiempo, no mucho, pero con los años sus hábitos habían arraigado con demasiada fuerza para que pudiese librarse de ellos, así que no tardó en recaer un poco, y lo hizo del todo cuando le sobrevino la enfermedad de aquella forma tan arrolladora. Creo que él siempre se compadeció de ella. Estoy segura. Le he visto, durante sus accesos de llanto y temblores, intentar besar su mano, y le he oído llamarla «Meg» y decirle que ese día ella cumplía diecinueve años. Ahí ha estado postrado las últimas semanas y meses. Entre él y el bebé, ella no ha podido cumplir con su antiguo trabajo, y, al no poder acudir con regularidad, lo ha perdido, a pesar de que era bien capaz de hacerlo. ¡Apenas sé cómo han salido adelante!

—Yo sí lo sé —musitó el señor Tugby mirando la caja del dinero, y la tienda, y a su esposa, y moviendo la cabeza con suma astucia—. ¡Como gallos de pelea!

Lo interrumpió un grito —un sonido lastimero— procedente de la planta superior de la casa. El caballero se precipitó hacia la puerta.

—Amigo mío —dijo, volviendo la mirada atrás—, ya no va a tener que discutir por si hay que llevárselo o no de aquí. Me temo que él mismo acaba de ahorrarse la molestia.

Dicho esto, corrió escalera arriba, seguido de la señora Tugby, mientras el señor Tugby jadeaba y rezongaba tras ellos a su paso, más corto de resuello de lo habitual a consecuencia del peso de la caja del dinero, en la que había una inoportuna cantidad de calderilla. Troti, con la niña al lado, levitó por la escalera como si fuera puro aire.

—¡Síguela! ¡Síguela! ¡Síguela! —oyó que repetían las espectrales voces de las campanas mientras subía—. ¡Aprende de la criatura a la que más amas!

Todo había acabado. Todo había acabado. ¡Y allí estaba ella, el orgullo y la alegría de su padre! Aquella mujer demacrada y desdichada, llorando junto a la cama, si es que merecía tal nombre, y

estrechando contra su pecho a un bebé, con la cabeza gacha sobre él. ¿Quién habría sido capaz de decir lo endeble, enfermizo y pobre que era aquel bebé? ¿Quién habría sido capaz de decir lo querido que era?

—¡Gracias a Dios! —exclamó Troti, alzando sus manos entrelazadas—. ¡Oh, demos gracias a Dios! ¡Quiere a su hija!

El caballero, no más insensible o indiferente a tales escenas por el hecho de presenciárselas a diario, y sabedor de que eran meras cifras sin importancia en las sumas de Filer —meros tachones en el proceso de sus cálculos—, posó una mano sobre el corazón que ya no latía, auscultó la respiración, y dijo: «Su dolor ha cesado. ¡Mejor así!». La señora Tugby trató de consolarla con ternura. El señor Tugby probó con la filosofía.

—¡Vamos, vamos! —dijo, con las manos en los bolsillos—, sabe que no debe hundirse. De nada serviría. Debe usted luchar. Qué habría sido de mí si me hubiera hundido cuando era lacayo, ¡y eso que llegamos a tener hasta seis carruajes, de los tirados por dos caballos, descarriados en una misma noche frente a nuestra puerta! Pero ¡recurría a mi presencia de ánimo y no la abría!

Troti oyó de nuevo las voces, que decían: «¡Síguela!». Se volvió hacia su guía y la vio alzarse y desplazarse por el aire. «¡Síguela!», dijo. Y desapareció.

Él revoloteó a su alrededor, se sentó a sus pies, escrutó su rostro en busca de algún vestigio de su antigua apariencia, escuchó en busca de alguna nota de su antigua y plácida voz. Correteó alrededor del bebé, tan pálido, tan prematuramente viejo, tan atroz en su gravedad, tan lastimero en su lamento débil, triste, desdichado. Casi lo adoraba. Se aferró a él como su única salvaguarda, el último vínculo intacto entre ella y su fortaleza. Depositó su esperanza y su confianza de padre en el frágil bebé, contempló todas las miradas que ella le dirigía mientras lo sostenía en brazos, y lloró un millar de veces: «¡La quiere! ¡Demos gracias a Dios, la quiere!».

Vio a aquella mujer atendiéndola por la noche, yendo a verla después cuando su refunfuñón esposo dormía y todo estaba en silencio, animándola, llorando con ella, sirviéndole algo de comer. Vio llegar el día, y de nuevo la noche; el día, la noche; el tiempo transcurriendo; la casa mortuoria liberada de la muerte; el cuarto ya solo para ella y la niña; la oyó gemir y llorar; vio cómo absorbía a su madre, la agotaba y, cuando esta se dormía vencida por el cansancio, la arrancaba del sueño y la ataba con sus pequeñas manos al calvario; pero Meg en todo momento se mostró atenta, cariñosa y paciente con ella. ¡Paciente! Era

su madre amorosa en lo más hondo de su corazón y su alma, y el ser de aquella criatura estaba ligado al suyo como cuando aún la llevaba en su seno.

Todo aquel tiempo, ella pasó necesidad; una necesidad extrema que la consumía y la hacía languidecer. Con el bebé en brazos, vagaba de un lugar a otro en busca de trabajo, y con la carita chupada de la pequeña en su regazo, mirándola, hacía cualquier labor por cualquier mísera suma, un día y una noche de trabajo por tantos cuartos de penique como números hay en la esfera de un reloj. Si la hubiese reñido, si la hubiese descuidado, si le hubiese dirigido una sola mirada de aborrecimiento, si, en el fragor de un instante, le hubiese pegado! No, el consuelo de él era que ella la amaba siempre.

A nadie le habló de su situación desesperada, y vagaba durante el día para evitar las preguntas de su única amiga, pues cualquier ayuda que recibía de sus manos daba lugar a nuevas discusiones entre la buena mujer y su esposo, y le provocaba aún más amargura ser la causa de conflictos y discordias a diario, allí donde tanto debía.

Seguía queriendo al bebé. Cada vez lo quería más. Pero un cambio sobrevino a aquel amor. Una noche.

Ella le susurraba una canción para dormirlo y lo paseaba de un lado al otro para calmarlo cuando su puerta se abrió sigilosamente y un hombre asomó por ella.

—La última vez —dijo.

—¡William Fern!

—La última vez.

Estaba alerta como un hombre perseguido y hablaba en voz muy baja.

—Margaret, mi carrera está a punto de concluir. No podía culminarla sin intercambiar contigo unas palabras de despedida. Sin unas palabras de agradecimiento.

—¿Qué ha hecho? —preguntó ella, mirándolo aterrada.

Él la miró, pero no contestó.

Tras un breve silencio, hizo un gesto con una mano, como dejando a un lado su pregunta, como apartándola, y dijo:

—Hace ya mucho tiempo de eso, Margaret, pero aquella noche sigue tan viva en mi memoria como lo ha estado siempre. Poco podíamos imaginar entonces —añadió, mirando alrededor— que algún día nos veríamos así. ¿Es tu bebé, Margaret? Déjame tomarlo en brazos. Déjame cogerlo.

Posó el sombrero en el suelo y lo tomó en brazos. Y, mientras lo hacía, tembló de pies a cabeza.

—¿Es una niña?

—Sí.

Puso una mano delante de su carita.

—¡Mira qué débil me he vuelto, Margaret, que no tengo valor para mirarla! Déjamela un momento. No le haré daño. Hace ya mucho tiempo, pero... ¿Cómo se llama?

—Margaret —se apresuró a contestar ella.

—Me alegro —dijo él—. Me alegro.

Parecía respirar mejor y, tras aguardar un instante, retiró la mano y contempló la cara de la niña. Pero volvió a cubrirla de inmediato.

—¡Margaret! —dijo mientras le tendía a la niña—. Es la cara de Lilian.

—¡La cara de Lilian!

—Tuve la misma cara en mis brazos cuando la madre de Lilian murió y así la abandonó.

—¡Cuando la madre de Lilian murió y así la abandonó! —repitió ella, desesperada.

—¡Qué alto hablas! ¿Por qué me miras tan fijamente? ¡Margaret!

Ella se dejó caer en una silla, estrechó al bebé contra su pecho y lloró sobre él. A veces, aflojaba el abrazo para mirar ansiosa su cara, y después volvía a apretarla contra su seno. En esas ocasiones en que la miraba fue cuando algo feroz y terrible empezó a fundirse con su amor. Y fue entonces cuando a su anciano padre se le encogió el corazón.

—¡Síguela! —resonó por toda la casa—. ¡Aprende de la criatura a

la que más amas!

—Margaret —dijo Fern, inclinándose hacia ella y besándola en la frente—, gracias por esta última vez. Buenas noches. Adiós. Pon tu mano sobre la mía y dime que a partir de este momento me olvidarás y procurarás pensar que este fue mi final.

—¿Qué ha hecho? —volvió a preguntar ella.

—Habrá un incendio esta noche —dijo él, retirándose—. Habrá incendios este invierno, para iluminar las noches oscuras, en el este, en el oeste, en el norte y en el sur. Cuando veas enrojecido el cielo en la distancia, estarán ardiendo. Cuando veas enrojecido el cielo en la distancia, no pienses más en mí, y, si lo haces, recuerda que prendieron un infierno dentro de mí, y piensa que ves sus llamas reflejadas en las nubes. Buenas noches. ¡Adiós!

Ella lo llamó, pero ya se había ido. Se sentó, estupefacta, hasta que el bebé la hizo despertar a una sensación de hambre, frío y penumbra. Deambuló por la estancia con él en brazos durante toda la larga noche, arrullándolo y sosegándolo. De cuando en cuando, decía: «¡Como Lilian, cuando su madre murió y así la abandonó!». ¿Por qué apuraba el paso, su mirada se tornaba tan frenética y su amor, tan acérrimo y sobrecogedor siempre que repetía estas palabras?

—Pero es Amor —dijo Troti—. Es Amor. Nunca dejará de amarla. ¡Mi pobre Meg!

A la mañana siguiente, Meg vistió a la niña con inusitado mimo — ¡ah, cuánto derroche de mimo para unas ropas tan miserables!—, y una vez más intentó encontrar un medio de vida. Era el último día del Año Viejo. Lo intentó hasta la noche, y en ningún momento interrumpió el ayuno. Lo intentó en vano.

Se mezcló con una mísera muchedumbre que aguardaba en la nieve hasta que a algún funcionario designado para administrar la limosna pública (la limosna impuesta por ley, no la predicada una vez en lo alto de un monte) le plació dejarlos entrar, interrogarlos y decir a este «Ve a tal lugar», y a aquel «Vuelve la próxima semana», y convertir a aquel otro desdichado en una pelota enviándolo aquí y allá, de mano en mano, de casa en casa, hasta que, agotado, se dejase caer y morir, o se diera al robo y se volviera así un delincuente de primera, cuyas demandas no admiten demora. También lo intentó en vano.

Amaba a su hija y deseaba tenerla sobre su pecho. Y eso bastaba.

Era de noche, una noche desapacible, negra y gélida, cuando, estrechando a la niña contra sí para que entrase en calor, llegó frente a la casa a la que denominaba su hogar. Se sentía tan débil y mareada que no vio a nadie en el umbral hasta que estuvo frente a él y se disponía a entrar. Entonces reconoció al casero, que se había colocado de tal forma —algo nada difícil dada su corpulencia— que ocupaba toda la entrada.

—¡Ah! —dijo él en voz baja—. De modo que ha vuelto.

Ella miró a la niña y sacudió la cabeza.

—¿No le parece que ya ha vivido aquí suficiente tiempo sin pagar renta? ¿No le parece que, sin dinero, ha sido una clienta más que asidua en este comercio? —añadió el señor Tugby.

Ella repitió la misma súplica muda.

—Suponga que intenta arreglárselas en algún otro lugar —dijo—. Y suponga que encuentra otro alojamiento. ¡Vamos! ¿No cree que podría conseguirlo?

Ella contestó, con apenas un hilo de voz, que era muy tarde. Que lo intentaría al día siguiente.

—Ahora veo lo que quiere —dijo Tugby— y lo que pretende. Sabe que en esta casa hay dos posturas con respecto a usted, y se complace en enfrentarlas. No quiero riñas, estoy hablando en voz baja para evitarlas, pero si no se marcha, alzaré bien la voz, y usted provocará palabras lo bastante subidas de tono para pasárselo en grande. Pero no volverá a entrar. Estoy decidido.

Ella se retiró el pelo con una mano y de pronto miró el cielo y la oscuridad que se cernía en la distancia.

—Esta es la última noche de un Año Viejo, y no estoy dispuesto a entrar en el nuevo con animosidad, riñas ni disputas para complacerla a usted ni complacer a nadie —dijo Tugby, que era un auténtico amigo y padre al por menor—. Me asombra que no se avergüence de su conducta, de entrar en el Año Nuevo con tales prácticas. Si no cumple usted ninguna función en el mundo, salvo la de desesperar a todas horas, y a todas horas provocar disputas entre marido y mujer, será mejor que se marche de aquí. Váyase de aquí.

—¡Síguela! ¡Hasta la desesperación!

De nuevo el anciano oyó las voces. Al alzar la vista, vio las figuras flotando en el aire y señalando en la dirección en que ella se alejaba, por una oscura calle.

Fue tras ella; se puso a su lado; contempló su rostro. Vio el mismo semblante feroz y terrible fundiéndose con su amor y prendiendo en sus ojos. La oyó decir: «¡Como Lilian! ¡Cambiar como Lilian!». Y redobló el paso.

¡Oh, encontrar algo que la despertase! ¡Alguna imagen, sonido o aroma que evocase recuerdos dulces en una cabeza ardiente! ¡Alguna estampa amable del pasado que se alzase ante ella!

—¡Yo era su padre! ¡Yo era su padre! —gritó el anciano, alargando las manos hacia las oscuras sombras que volaban sobre él—. ¡Apiádense de ella, y de mí! ¿Adónde va? ¡Hagan que vuelva! ¡Yo era su padre!

Pero ellas se limitaron a señalar a la joven, que seguía caminando con paso apurado, y dijeron: «¡Hacia la desesperación! ¡Aprende de la criatura a la que más amas!».

Un centenar de voces repitieron aquellas palabras como un eco. El aire estaba hecho del aliento expelido con ellas. Él parecía inhalarlas con cada bocanada. Estaban por todas partes y era imposible eludirlas. Y, pese a ello, ella siguió avanzando presurosa, con la misma luz en los ojos y las mismas palabras en sus labios: «¡Como Lilian! ¡Cambiar como Lilian!».

De pronto, se detuvo.

—¡Ahora! ¡Hagan que retroceda! —exclamó el anciano, tirándose del blanco cabello—. ¡Hija mía! ¡Meg! ¡Hagan que vuelva! ¡Padre Todopoderoso, haz que vuelva!

Con su pequeño chal, envolvió al bebé para darle calor. Con sus manos febriles, le acarició las extremidades, le consoló la cara y le arregló la humilde ropa. Con sus brazos consumidos, lo abrazó como si tuviese que renunciar a volver a hacerlo. Y con sus labios resecos, lo besó en un último arrebató, un último y largo estertor de Amor.

Se llevó al cuello una de sus diminutas manos y la sostuvo allí, por debajo del vestido, muy cerca de su enajenado corazón; posó con firmeza su carita dormida contra ella, y corrió hacia el río.

Hacia el río turbulento, rápido y tenebroso, donde la noche invernal rumiaba como los últimos y lóbregos pensamientos de los

muchos que habían buscado refugio allí antes que ella. Donde luces dispersas por las riberas brillaban lóbregas, rojas y mortecinas, como antorchas prendidas para señalar el camino a la Muerte. Donde ni una sola morada de ningún ser vivo arrojaba su sombra en aquellas tinieblas densas, impenetrables, melancólicas.

¡Hacia el río! Hacia esa puerta a la Eternidad se dirigían sus pasos desesperados con la premura de sus rápidas aguas precipitándose al mar. Intentó tocarla cuando pasó junto a él en su descenso hacia el oscuro nivel del río, pero su figura desenfrenada, el feroz y terrible amor, la desesperación que había abandonado todo control o contención humanas, voló por su lado como una exhalación.

La siguió. Ella se detuvo un momento en la orilla, antes del fatídico salto. Él se desplomó de rodillas y, chillando, se dirigió a las figuras de las campanas, inertes sobre ellos:

—¡He aprendido! —gritó el anciano—. ¡De la criatura a la que más amo! ¡Oh, sálvenla, sálvenla!

Pudo envolver sus dedos en el vestido, ¡pudo agarrarlo! Mientras las palabras brotaban de sus labios, él advirtió que recuperaba el sentido del tacto y supo que la había detenido.

Las figuras lo miraban fijamente.

—¡He aprendido! —aulló el anciano—. ¡Oh, compadézcanse de mí en esta hora, si, por amor a ella, tan joven y bondadosa, he calumniado a la Naturaleza en el pecho de madres sumidas en la desesperación! ¡Apiádense de mi presunción, de mi maldad y de mi ignorancia, y sálvenla!

Notó que su mano se aflojaba sobre el vestido. Las figuras permanecieron en silencio.

—¡Compadézcanse de ella —exclamó—, como alguien a quien ha llevado a cometer este crimen el Amor desvirtuado, el amor más fuerte y profundo que nosotros, los mortales, conocemos! ¡Piensen cuál no habrá sido su sufrimiento cuando tal semilla produce tal fruto! El Cielo quiso que fuese buena. No hay en la tierra una madre amorosa que no recurriese a esto de haber llevado una vida semejante. ¡Oh, compadézcanse de mi hija, que, incluso en este trance, siente compasión por sí misma y muere, poniendo en peligro la salvación de su alma inmortal!

Ella estaba en sus brazos. Él la sostenía. Su fuerza era la de un

gigante.

—¡Veo al Espíritu de las Campanas entre ustedes! —gritó el anciano, señalando a la niña y hablando como inspirado deliberadamente por aquellas miradas—. Sé que el Tiempo atesora nuestra herencia. Sé que hay un Mar de Tiempo que un día se alzaré y se llevará consigo, como si fueran hojas, a todos cuantos nos maltratan o nos oprimen. ¡Lo veo en su fluir! Sé que debemos albergar confianza y esperanza, y no dudar de nosotros ni de la bondad de los demás. Lo he aprendido de la criatura a la que más amo. Vuelvo a estrecharla entre mis brazos. ¡Oh, espíritus, misericordiosos y bondadosos, les doy las gracias!

Podría haber dicho más, pero las campanas, las viejas y conocidas campanas, sus queridas, fieles y perseverantes amigas, las campanas, empezaron a repicar alegremente por un Año Nuevo, con tanto vigor, tanta alegría, tanta dicha, tanto júbilo que él se puso en pie de un salto y rompió el hechizo que lo apresaba.

—Y, hagas lo que hagas, padre —dijo Meg—, no vuelvas a comer callos sin consultar antes con un médico si van a sentarte bien, ¡porque hay que ver cómo te has comportado, Cielo santo!

Trabajaba con la aguja sentada a la mesita, junto al fuego, adornando con lazos su sencillo vestido de novia. Tan serena y feliz, tan lozana y joven, tan rebotante de hermosas promesas que él profirió un sonoro grito, como si hubiese un ángel en la casa, y corrió a estrecharla entre sus brazos.

Pero se le enredaron los pies en el periódico que había caído junto al hogar, y alguien se interpuso corriendo entre ellos.

—¡No! —gritó su voz, ¡y qué voz tan espléndida y alegre!—. Ni siquiera usted. Ni siquiera usted. El primer beso de Meg en el Año Nuevo es mío. ¡Mío! He esperado fuera de la casa a que llegara este instante, a oír las campanas para reclamarlo. ¡Meg, mi precioso cielo, feliz año! ¡Toda una vida de felices años, mi amada esposa!

Y Richard la colmó de besos.

Nunca en toda su existencia habrán visto algo similar a Troti después de aquello. No importa dónde hayan vivido o qué hayan visto; ¡nunca en toda su vida habrán visto nada que siquiera se aproxime a él! Se sentó en la silla, se dio palmadas en las rodillas y lloró; se sentó en la silla, se dio palmadas en las rodillas y rió; se sentó en la silla, se dio palmadas en las rodillas y rió y lloró a un tiempo; se levantó de la silla y

abrazó a Meg; se levantó de la silla y abrazó a Richard; se levantó de la silla y los abrazó a un tiempo; siguió corriendo hasta Meg, y estrujando su lozano rostro con las manos, y besándolo, retrocediendo a continuación de espaldas para no perderla de vista, y corriendo una vez más hasta ella, como la figura de una linterna mágica; e, hiciera lo que hiciese, no dejaba de sentarse en la silla sin permanecer en ella más de un instante, pues —esta es la verdad— no cabía en sí de alegría.

—Y mañana, ¡el día de tu boda, tesoro! —gritó Troti—. ¡El verdadero y feliz día de tu boda!

—¡Hoy! —exclamó Richard, estrechándole la mano—. Hoy. Las campanas repican anunciando el Año Nuevo. ¡Escúchelas!

Y, en efecto, ¡**REPICABAN!** Benditos sean sus robustos corazones, ¡**REPICABAN!** Grandes campanas como eran, campanas melodiosas, de grave tañido, nobles; fundidas con un metal extraordinario por un fundidor extraordinario; ¡cuándo habían repicado de aquel modo antes!

—Sí, hoy, tesoro —dijo Troti—. Hoy Richard y tú habéis vuelto a discutir.

—Porque es malo, padre —dijo Meg—, ¿no es así, Richard? ¡Un hombre testarudo y pendenciero! No tendría que haberle dicho al gran concejal lo que pensaba y, de algún modo, acabar con él, como tampoco debería haber...

—... besado a Meg —sugirió Richard—. Pero ¡lo he hecho!

—No, ni una palabra más —dijo Meg—. No puedo permitirselo, padre. ¿De qué serviría?

—¡Richard, hijo mío! —exclamó Troti—. Siempre has sabido comportarte, ¡y debes seguir haciéndolo hasta el día de tu muerte! Pero anoche, tesoro, cuando volví a casa, llorabas junto a la chimenea. ¿Por qué llorabas junto a la chimenea?

—Pensaba en los años que hemos pasado juntos, padre. Solo en eso. Y pensaba que podrías añorarme y sentirte solo.

Troti volvía a retroceder hacia aquella extraordinaria silla cuando la niña, que se había despertado por el ruido, apareció corriendo a medio vestir.

—¡Vaya! ¡Mira quién está aquí! —gritó Troti, alzándola en brazos

—. ¡Aquí está la pequeña Lilian! ¡Ja, ja, ja! ¡Aquí estamos y allá vamos! ¡Oh, aquí estamos y allá vamos otra vez! ¡Y aquí estamos y allá vamos! Y el tío Will también. —Interrumpió su trote para saludarlo con afecto—. ¡Oh, tío Will, lo que he visto esta noche por acogeros! ¡Oh, tío Will, las obligaciones que me ha impuesto vuestra llegada, mi buen amigo!

Antes de que Will Fern pudiese decir una sola palabra, una banda de música irrumpió en la estancia, seguida de un sinfín de vecinos que voceaban «¡Feliz Año, Meg!», «¡Feliz boda!», «¡Que muchos años felices sigan a este!», entre otros buenos deseos similares e inconexos. A continuación, el tambor (que era amigo de Troti) se adelantó un paso y dijo:

—¡Troti Veck, hijo mío! Ha corrido la voz de que tu hija se casa mañana. No hay una sola alma que te conozca que no te desee lo mejor, o que la conozca a ella y no le desee lo mejor. O que os conozca a los dos y no os desee toda la felicidad que el Año Nuevo os pueda traer. ¡Y, por eso, aquí estamos, para celebrarlo tocando y bailando!

Lo cual fue recibido con una ovación general. El tambor estaba bastante ebrio, por cierto, pero eso no importa.

—¡Qué felicidad —dijo Troti— sentirse tan querido, os lo aseguro! ¡Qué amables y buenos vecinos sois! ¡Y todo por mi querida hija! ¡Ella lo merece!

En medio segundo estuvieron listos para bailar (Meg y Richard al frente), y el tambor estaba a punto de arrancarse a tocar con todas sus fuerzas cuando se oyó una mezcla de prodigiosos sonidos procedentes de fuera, y una linda y jovial mujer de unos cincuenta años de edad, año arriba año abajo, entró corriendo, seguida de un hombre que cargaba con un cántaro de piedra de un tamaño descomunal, seguido a su vez muy de cerca por instrumentos de música rudimentarios y por las campanas; no las campanas, sino una colección dispuesta en una estructura.

—¡Es la señora Chickenstalker! —se sorprendió Troti.

Y se sentó, y volvió a darse palmadas en las rodillas.

—¿Te casas y no me dices nada, Meg? —gritó la buena mujer—. ¡De ningún modo! No podría haber dormido la última noche del Año Viejo sin venir a desearte felicidad. No habría podido, Meg. Ni siquiera postrada en la cama. De modo que aquí estoy, y es la noche de Fin de Año, y también la víspera de tu boda, querida, así que he pedido que me preparasen un poco de ponche y lo he traído.

El concepto que tenía la señora Chickenstalker de un poco de ponche hacía honor a su carácter. El cántaro humeaba y vaheaba como un volcán, y el hombre que lo transportaba estaba desfallecido.

—¡Señora Tugby! —exclamó Troti, que daba vueltas y vueltas alrededor de la mujer, extasiado—, o debería decir señora Chickenstalker..., ¡que Dios bendiga su alma! ¡Feliz Año Nuevo, y que muchos vengan detrás! Señora Tugby —añadió Troti, después de saludarla—, o debería decir señora Chickenstalker..., estos son William Fern y Lilian.

La encomiable dama, para su sorpresa, palideció, y al instante se ruborizó.

—¡No será la Lilian Fern cuya madre murió en Dorsetshire! —dijo.

Su tío contestó «Sí», y, tras presentarse rápidamente, intercambiaron unas palabras apresuradas que culminaron con la señora Chickenstalker estrechándole ambas manos; luego esta volvió a besar en la mejilla a Troti con toda libertad y abrazó a la niña contra su prominente pecho.

—¡Will Fern! —dijo Troti, tirando de la manopla que llevaba en la mano derecha—, ¡no será esta la amiga a quien confiabas encontrar!

—¡Sí! —respondió Will, posando las manos en los hombros de Troti—. Y quisiera que resultara ser casi tan buena amiga, si acaso es posible, como el amigo que he encontrado.

—¡Oh! —exclamó Troti—. ¡Por favor, tengan la bondad de tocar!

Al son de la música de la banda, las campanas y los instrumentos rudimentarios, todo a la vez, y mientras las campanas repicaban con vigor fuera, Troti, desplazando a Meg y a Richard a un segundo plano, sacó a bailar a la señora Chickenstalker, y ambos ejecutaron unos pasos que nunca antes se habían visto ni han vuelto a verse después, inspirados en su peculiar trote.

¿Había soñado Troti? ¿O no son sino un sueño sus alegrías y sus penas, y sus personajes, y el narrador de este cuento un soñador que solo ahora despierta? Si así fuera, oh, lectores, por él queridos en todas sus visiones, procuren recordar las crudas realidades de las que proceden estas sombras, y en su entorno —ninguno es demasiado amplio y ninguno tan limitado para tal fin— traten de enmendarlas, mejorarlas y dulcificarlas. ¡Y que así el Año Nuevo sea un Año Feliz para ustedes, y feliz para todos aquellos cuya felicidad depende de

ustedes! Y así todos los años sean más felices que el anterior, y que ni el más humilde de nuestros hermanos o hermanas se vea privado de lo que por derecho le corresponde, y que puedan disfrutarlo cumpliendo con la voluntad de nuestro Supremo Creador.

EL GRILLO DEL HOGAR

Un cuento de hadas sobre la morada familiar

CANTO PRIMERO

¡El Hervidor lo empezó todo! No es necesario que me refieran lo que dijo la señora Peerybingle. Bien sé lo que ocurrió. La señora Peerybingle puede asegurar hasta el fin de los tiempos que no sabría decir cuál de los dos lo empezó todo, pero yo digo que fue el Hervidor. Tengo buenos motivos para saberlo. El Hervidor lo empezó todo cinco minutos antes, según el pequeño y reluciente reloj holandés que había en un rincón, de que el Grillo empezase a cantar.

¡Como si el reloj no hubiese acabado de dar la hora y el pequeño y convulso Segador que lo coronaba, sacudiéndose a izquierda y derecha con una guadaña frente a un Palacio Morisco, no hubiese segado ya medio acre de hierba imaginaria antes de que el Grillo se sumara a él!

A decir verdad, no soy de natural categórico. Todo el mundo lo sabe. De ningún modo opondría mi opinión a la de la señora Peerybingle si no estuviese plenamente seguro de ella. Nada me induciría a hacerlo. Pero se trata de un hecho incuestionable. Y el hecho es que el Hervidor lo empezó todo, al menos cinco minutos antes de que el Grillo diese alguna señal de vida. Si me contradicen, defenderé que fueron diez minutos.

Permítanme que les relate con exactitud cómo ocurrió. Debería haber procedido a hacerlo con mi primerísima palabra, salvo por esta sencilla consideración: si voy a narrar una historia, debo empezar por el principio, y ¿cómo iba a ser posible empezar por el principio sin empezar por el Hervidor?

En primer lugar deben saber que entre el Hervidor y el Grillo daba la impresión de darse una especie de competición o prueba de habilidad. Y esto fue el motivo de todo y de cómo sucedió.

La señora Peerybingle salió al intempestivo anochecer y, chancleteando sobre los adoquines húmedos con unas almadreñas que iban dejando por todo el patio rudimentarias impresiones del primer postulado de Euclides, llenó el Hervidor en el aljibe. Ya de vuelta, sin las almadreñas —lo cual suponía una merma considerable, pues eran altas y la señora Peerybingle, más bien menuda—, puso el Hervidor al fuego. Al hacerlo perdió los estribos, o bien no supo dónde los dejó un instante, pues el agua —estando desapaciblemente fría, en esa clase de

estado escurridizo, a medio derretir, como si fuese aguanieve, en el que parece penetrar a través de cualquier material, incluidos los tacos de las almadreñas— se había apoderado de los dedos de los pies de la señora Peerybingle e incluso salpicado sus piernas. Y cuando nos vanagloriamos (no sin razón) de nuestras piernas y cuidamos particularmente de la pulcritud de las medias que llevamos, esto nos resulta, por lo pronto, difícil de soportar.

Además, el Hervidor era enervante y obstinado. No permitía que lo ajustasen sobre la rejilla ni se avenía a acomodarse amablemente a las protuberancias del carbón; se inclinaba hacia delante con aire de estar ebrio y derramaba agua sobre el hogar; un Hervidor de lo más necio. Era pendenciero, y silbaba y borboteaba malhumorado sobre el fuego. Para colmo de males, la tapadera, insubordinándose a los dedos de la señora Peerybingle, en primer lugar se ponía del revés y después, con ingeniosa pertinacia, digna de mejor causa, se ladeaba y se sumergía hasta el mismo fondo del Hervidor. Y ni el casco del *Royal George* opuso, para salir a flote, la mitad de la titánica resistencia que la tapadera de aquel Hervidor empleaba contra la señora Peerybingle antes de que esta consiguiese sacarla.

Aun entonces se mostró hosco y testarudo, luciendo el asa con aire desafiante e irguiendo el pitorro con petulancia y socarronería ante la señora Peerybingle, como diciendo: «No pienso hervir. ¡Nada me persuadirá!».

Pero la señora Peerybingle, recuperado el buen humor, se frotó las pequeñas y rollizas manos y se sentó frente al Hervidor, riéndose. Mientras tanto, las alegres llamas de la lumbre se alzaban y caían, y su brillo y su resplandor se reflejaban en el pequeño Segador que coronaba el reloj holandés, hasta que daba la impresión de que se había quedado allí petrificado y de que nada se movía excepto las llamas.

Sin embargo, el Segador sí se movía y sufría espasmos, dos por segundo, con exactitud y regularidad. Pero sus padecimientos cuando el reloj estaba a punto de dar la hora resultaban un espectáculo pavoroso, y cuando un Cuco asomaba por la trampilla del Palacio y entonaba su nota seis veces, provocaba que el hombrecillo se sacudiese otras tantas como si oyese una voz espectral o como si algo tirase de sus piernas con fuerza.

Solo después de que la violenta sacudida y el zumbido entre las pesas y las cuerdas que tenía debajo cesaran por completo empezaba a recomponerse aquel aterrado Segador. Y no le faltaban motivos para sobresaltarse, pues el funcionamiento de esos esqueletos huesudos y traqueteantes desconcierta enormemente, y no deja de maravillarme

que haya habido hombres, en particular holandeses, que se hayan complacido en inventarlos; pues existe la creencia popular de que los holandeses gustan de enfundarse en amplias prendas y de vestir con profusión sus mitades inferiores, de modo que sin duda deberían haber reparado en la inconveniencia de dejar sus relojes tan huecos y desprotegidos.

Fue en aquel momento, observen bien, cuando el Hervidor empezó a protagonizar la velada. Fue en aquel momento cuando el Hervidor, tornándose melodioso y musical, empezó a sentir unos irreprimibles gorjeos en la garganta y a emitir breves resoplidos vocales que intentó cortar de raíz, como si aún no se hubiese decidido del todo a ser una buena compañía. Fue en aquel momento cuando, después de dos o tres tentativas fallidas de sofocar sus cordiales emociones, se deshizo de toda hosquedad, de toda reserva, y prorrumpió en una torrencial canción tan agradable e hilarante como nunca ningún sensiblero ruiseñor haya llegado a imaginar.

¡Y también tan sencilla! No les quepa duda de que habrían podido entenderla como al leer un libro...; seguramente, mejor incluso que al leer algunos de los libros que ustedes y yo podríamos mencionar. Con su cálido aliento borboteando en una nube ligera que ascendía alegre y graciosa un par de metros y después quedaba suspendida en un rincón de la chimenea, como si se tratase de su Cielo particular, emitía su canción con esa energía intrínseca al júbilo, que su cuerpo de hierro tarareaba y zumbaba sobre el fuego; y la propia tapadera, la rebelde tapadera de hace un momento —tal es la influencia de un buen ejemplo—, ejecutó una especie de giga y traqueteó como un joven címbalo, sordo y mudo, que nunca hubiese conocido la utilidad de su hermano gemelo.

Que aquella canción del Hervidor era una invitación y una bienvenida para alguien que estaba fuera, para alguien que en aquel momento iba hacia allí, hacia aquella acogedora casa y aquel fuego crepitante, era algo incuestionable. La señora Peerybingle lo sabía perfectamente cuando se sentó, pensativa, frente al hogar. «Negra es la noche —cantaba el Hervidor—, y las hojas muertas yacen en las márgenes del camino; y sobre ellas todo es bruma y oscuridad, y bajo ellas todo es lodo y barro; y solo hay un consuelo en el triste y tenebroso aire; y no sé si es tal, pues no es más que un resplandor de un carmesí intenso y furioso allí donde el sol y el viento unidos marcan las nubes para culparlas de semejante tiempo; y el campo abierto más vasto no es sino una larga y lúgubre franja negra; y hay escarcha en el poste indicativo y se derrite en el sendero; y el hielo no es agua, y el agua no es libre; y se diría que nada es lo que debería ser; pero ¡él viene, viene, viene!».

Y en ese instante, insisto, ¡el Grillo cantó y entró así en escena! Y lo hizo con un cricrí, cricrí, cricrí de tal magnitud que más parecía un coro, con una voz tan pasmosamente desproporcionada para su tamaño en comparación con el Hervidor —¡tamaño!, ¡si casi era invisible!— que si en aquel momento y en aquel lugar hubiese decidido estallar como un arma sobrecargada, si hubiese muerto en el acto y si su pequeño cuerpo hubiese quedado esparcido en mil pedazos, aquello solo habría parecido una consecuencia natural que él mismo había buscado.

El Hervidor había concluido su solo. Había perseverado con implacable ardor, pero el Grillo se había erigido en concertino y así se mantuvo. ¡Cielo santo, qué manera de cantar! Su voz estridente, aguda y penetrante resonaba por toda la casa y parecía centellear en la penumbra exterior como una estrella. Al alcanzar las notas más agudas, había en aquella voz una vibración y un temblor leves e indescriptibles que invitaban a imaginarlo perdiendo el equilibrio y saltando de nuevo impulsado por su propio entusiasmo. No obstante, el Grillo y el Hervidor armonizaban muy bien. El estribillo de la canción siguió siendo el mismo, y, cada vez más alto, más alto, aún más alto, cantaron en su recíproca emulación.

La menuda y hermosa oyente —pues hermosa era, y joven, si bien ligeramente, como suele decirse, rellenita, algo a lo que personalmente no tengo nada que objetar— encendió una vela, echó un vistazo al Segador que coronaba el reloj y que seguía recolectando una cosecha regular de minutos, y miró por la ventana, sin ver nada salvo el reflejo en el cristal de su propia cara a causa de la oscuridad. Y soy de la opinión —como también lo habrían sido ustedes— de que por lejos que hubiese atisbado no habría visto nada la mitad de agradable. Cuando volvió a sentarse en el mismo sitio de antes, el Grillo y el Hervidor seguían manos a la obra con un perfecto furor competitivo. El punto flaco del Hervidor era, obviamente, que no sabía cuándo le habían vencido.

Aquello entrañaba toda la emoción de una carrera. ¡Cricrí, cricrí, cricrí! El Grillo le aventaja un kilómetro. ¡Zum, zum, zum! El Hervidor persevera en la distancia, como una enorme peonza. ¡Cricrí, cricrí, cricrí! El Grillo dobla la esquina. ¡Zum, zum, zum! El Hervidor se le acerca, a su manera; no tiene intención de ceder. ¡Cricrí, cricrí, cricrí! El Grillo, más fresco que nunca. ¡Zum, zum, zum! El Hervidor, lento y constante. ¡Cricrí, cricrí, cricrí! El Grillo se dispone a ganarle. ¡Zum, zum, zum! El Hervidor no se deja ganar. Hasta que, al final, se embrollaron de tal modo atropellándose en la precipitación de la carrera que se habría precisado una cabeza más clara que la suya, lectores, o la mía para discernir con exactitud si el Hervidor cantaba y el Grillo zumbaba, o si el Grillo cantaba y el Hervidor zumbaba, o si

ambos cantaban y zumbaban. Pero de esto no cabe la menor duda: el Hervidor y el Grillo, en el mismo instante, y por obra y efecto de algún poder de amalgama que solo ellos podrían explicar, lanzaron su cálida y hogareña canción sobre una chispa de la vela, y esa chispa brilló a través de la ventana y alcanzó un largo trecho del sendero. Y su luz, dando de lleno sobre cierta persona que en esos momentos se acercaba a ella a través de la penumbra, se lo refirió todo en un destello, literalmente, y exclamó: «¡Bienvenido, viejo amigo! ¡Bienvenido a casa, Hijo mío!».

Una vez logrado este fin, el Hervidor, vencido en toda regla, rompió a hervir y fue retirado del fuego. La señora Peerybingle corrió entonces a la puerta, donde, entre las ruedas de un carro, los cascos de un caballo, la voz de un hombre, las idas y venidas de un perro alborozado, y la sorprendente y misteriosa aparición de un Bebé, la confusión resultaba aturdidora.

Ignoro de dónde procedía el Bebé y cómo la señora Peerybingle lo tomó en brazos en el lapso de aquel fugaz instante, pero el caso es que allí estaba, un Bebé bien sano en los brazos de la señora Peerybingle, que parecía no poco orgullosa de él cuando la acompañó cariñosamente hasta la lumbre la figura de un hombre fornido, mucho más alto y mayor que ella, que tuvo que encorvarse considerablemente para besarla. Pero bien merecía ella la molestia. Aunque hubiese medido dos metros de estatura y hubiese tenido lumbago, lo habría hecho.

—¡Oh, Dios mío, John! —exclamó la señora Peerybingle—. ¡En qué estado llegas por culpa del tiempo!

Era innegable que el hombre parecía haberse llevado la peor parte de dicho tiempo. La densa bruma se le había cuajado en las pestañas como un deshielo escarchado, y con el efecto conjunto de la niebla y del fuego, tenía el bigote irisado.

—Pero, Motita —contestó John lentamente, mientras se desenrollaba del cuello un chal y se calentaba las manos—, no... no estamos precisamente en verano, así que no es de extrañar.

—Quisiera que dejaras de llamarme Motita, John. No me gusta —dijo la señora Peerybingle, haciendo un mohín que evidenciaba que en realidad sí le gustaba, y mucho.

—Pero ¿qué eres tú, si no? —repuso John, mirándola sonriente desde lo alto y abrazándola por la cintura con toda la delicadeza de la que su mano y su brazo enormes eran capaces—. Una mujer menuda y... —miró al Bebé—, una pequeña mujer y... No lo diré, por miedo a

echarlo a perder, pero he estado a punto de hacer un chiste. Creo que nunca había estado más cerca de hacer un chiste.

Con mucha frecuencia estaba cerca de una cosa o de otra, siempre ingenioso, aquel torpe, lento y honrado John; aquel John tan grande de cuerpo como de corazón, tan rudo en apariencia pero tan tierno en esencia; tan insulso por fuera pero tan agudo por dentro; itan robusto pero tan bonachón! ¡Oh, Madre Naturaleza, concede a tus hijos la verdadera Poesía del Corazón que albergaba el pecho de aquel pobre Carretero —porque, por cierto, no era sino Carretero—, y seamos nosotros capaces de soportar que hablen de forma Prosaica y que lleven una vida Prosaica, y permítenos bendecirte por su compañía!

Resultaba grato ver a Motita, con su figura menuda y su Bebé en brazos, un verdadero muñeco, contemplando el fuego pensativa con coqueta seriedad, y ladeando su delicada cabecita lo justo para que descansase de un modo peculiar, medio natural, medio forzado, pero cálido, contra la tosca figura del Carretero. Resultaba grato verle a él, con su tierna torpeza, tratando de adaptar su ruda complejión al servicio de la liviana necesidad de la pequeña, y hacer de su fornida madurez un punto de apoyo apropiado para su lozana juventud. Resultaba grato observar cómo Tilly Slowboy, que esperaba en un segundo plano por el Bebé, prestaba suma atención a aquella estampa (pese a contar pocos años más de diez) y permanecía con la boca y los ojos bien abiertos, y la cabeza echada hacia delante, absorbiéndola como si fuera aire. Y no menos grato era ver cómo John el Carretero, al hacer referencia Motita al mencionado Bebé, detuvo la mano cuando estaba a punto de tocarlo, como creyendo que podría romperlo, e, inclinándose, lo contempló desde una distancia prudencial, con una especie de orgullo perplejo, como el que habría mostrado un manso mastín al descubrir un buen día que es padre de un pequeño canario.

—¿No te parece guapo, John? ¿No te parece precioso cuando duerme?

—Sí, es precioso —contestó John—. Mucho. Duerme casi a todas horas, ¿no?

—¡Santo Cielo, John! ¡Gracias a Dios, no!

—Oh —dijo John, reflexivo—. Creía que solía tener los ojos cerrados. ¡Hola!

—¡Por Dios, John! ¡Vas a asustarlo!

—¡No es bueno que se vuelva hacia arriba de ese modo —exclamó

el atónito Carretero—, ¿verdad?! ¡Mira cómo parpadea con los dos ojos a la vez! ¡Y mira la boca! Pero ¡isi está boqueando como un pez dorado y plateado!

—No mereces ser padre; ciertamente, no —dijo Motita con toda la dignidad de una experimentada matrona—. Pero ¡cómo vas tú a saber de las pequeñas dolencias que aquejan a los niños, John! A duras penas sabes cómo se llaman, tonto.

Y cuando se hubo acomodado el Bebé sobre el brazo izquierdo y le hubo dado unas palmaditas en la espalda a modo de reconstituyente, pellizcó la oreja de su esposo, riéndose.

—No —dijo John, mientras se quitaba el sobretodo—. Es muy cierto, Motita. No sé mucho de todo esto. Solo sé que esta noche he tenido que luchar con ahínco contra el viento. Ha soplado del noreste directamente contra el carro durante todo el camino de vuelta.

—¿De verdad? ¡Pobre viejo mío! —exclamó la señora Peerybingle, tornándose al instante muy activa—. ¡Toma! Coge a esta preciosidad, Tilly, cariño, mientras hago algo útil. ¡Bendito sea, podría comérmelo a besos! ¡Ven, perrito bueno! ¡Ven, Boxer, muchacho! Deja que primero prepare un poco de té, John, y después te ayudaré con los paquetes, como una laboriosa abeja. «Como la hacendosa abejita...», y lo que sigue; ya sabes, John. ¿No aprendiste en la escuela «Como la hacendosa abejita...», John?

—No llegué a aprenderlo —contestó John—. Una vez estuve a punto, pero me temo que solo conseguí estropearlo.

—¡Ja, ja! —se rió Motita. Tenía la risita más alegre que jamás se ha oído—. ¡La verdad es que eres un jumento encantador!

Sin cuestionar en absoluto tal opinión, John salió para ver que el muchacho, que en todo momento había estado correteando con el farol de un lado al otro frente a la puerta y la ventana, como un fuego fatuo, había cuidado debidamente del caballo, que era más gordo de lo que creerían si les diese sus medidas, y tan viejo que la fecha de su nacimiento se había perdido en la noche de los tiempos. Boxer, convencido de que debía prodigar sus atenciones a toda la familia y que debía repartirlas de forma equitativa, entraba y salía disparado con desconcertante veleidad, ahora describiendo un círculo de ladridos cortos alrededor del caballo, que estaba siendo cepillado a la puerta del establo; ahora fingiendo violentas arremetidas contra su ama y deteniéndose en seco cómicamente; ahora provocando un chillido en Tilly Slowboy, que estaba sentada en el sillón bajo, al tocarle la cara

con el morro húmedo; ahora mostrando un desmesurado interés por el Bebé; ahora dando vueltas y más vueltas junto al hogar y tumbándose y acomodándose como para pasar allí la noche, y ahora levantándose de nuevo y saliendo al exterior con su minúscula cola, que más era una colilla, como si acabase de recordar una cita y acudiese a ella al trote.

—¡Listo! ¡La tetera ya está sobre la hornilla! —dijo Motita, tan súbitamente enfrascada en las labores domésticas como un niño en sus juegos—. Y aquí está el jarrete frío, y aquí la mantequilla, y aquí la hogaza de pan y todo lo demás. Y aquí el cesto de la ropa para los paquetes pequeños, John, si es que has traído alguno... ¿John? ¿Dónde estás? Tilly, haz lo que hazas, no dejes caer al Bebé bajo la rejilla.

Debe observarse que la señorita Slowboy, pese a rehusar con cierto ímpetu la advertencia, poseía un insólito y sorprendente talento para poner al Bebé en apuros, y ya había hecho peligrar su corta vida en varias ocasiones, a su callado y discreto modo, tan propio de ella. Tenía una constitución enjuta y erguida, aquella jovencita, tanto, de hecho, que la ropa parecía en constante riesgo de resbalar de aquellas afiladas perchas, sus hombros, desde los que colgaba con holgura. Su forma de vestir era destacable por la tendencia a dejar entrever, en todas las ocasiones posibles, alguna prenda de franela de hechura singular, y también algún atisbo, por la espalda, de un corpiño o un corsé de color verde mortecino. En un estado permanente de asombro y admiración frente a todo, y absorta asimismo en la perpetua contemplación de la perfección de su señora y del niño, podría decirse que la señorita Slowboy, en sus pequeños errores de juicio, hacía igual honor a su cabeza y a su corazón, y aunque ambos hacían menos honor a la cabeza del Bebé, a la que llevaban a topar contra la madera de puertas, tocadores, pasamanos, postes de cama y otros objetos impropios, eran el honrado resultado de la constante perplejidad de Tilly Slowboy por verse tratada con tanta amabilidad y acogida en un hogar tan cálido. Porque el origen de los Slowboy, tanto materno como paterno, era desconocido para el Mundo, y Tilly se había criado en una institución benéfica pública; era una hospiciana, palabra que, pese a diferir de auspiciosa únicamente en unas letras, difiere mucho de ella en su significado y expresa algo muy distinto.

La escena de la menuda señora Peerybingle entrando de nuevo con su esposo, arrastrando el cesto de la ropa y haciendo los esfuerzos más denodados sin, en realidad, hacer nada —pues era él quien cargaba con todo el peso— les habría divertido a ustedes casi tanto como lo divirtió a él. También me atrevería a decir que debió de hacer gracia al Grillo; lo que sí es incuestionable es que empezó a cantar de nuevo con vehemencia.

—¡Vaya! —dijo John con su lentitud habitual—. Parece que esta noche está más alegre que nunca.

—¡Y seguro que nos da buena suerte, John! Siempre lo ha hecho. ¡Tener un Grillo en el Hogar es lo más afortunado del mundo!

John la miró como si hubiese estado a punto de decir que él sí que estaba «grillado» por ella, y que compartía absolutamente su opinión. Pero tal vez aquella fuera otra de las ocasiones en que se libró de algo por un pelo, pues no dijo nada.

—La primera vez que oí su alegre canto, John, fue la noche que me trajiste a casa..., cuando me trajiste a mi nuevo hogar como la pequeña señora de la casa. Hace casi un año. ¿Lo recuerdas, John?

Oh, sí. John lo recordaba. ¡No me cabe la menor duda!

—¡Su canto fue una hermosa bienvenida para mí! Parecía tan rebosante de esperanza y de aliento... Parecía decir que ibas a ser amable y cariñoso conmigo, y que no esperabas (entonces temía eso, John) encontrar encima de los hombros de tu insensata mujercita una cabeza de vieja.

Con aire pensativo, John le dio unas palmadas suaves en los hombros y después en la cabeza, como diciéndole que no, que no, que él no esperaba tal cosa, que estaba encantado de aceptar aquellos hombros y aquella cabeza como eran. Y no le faltaban motivos, pues eran muy hermosos.

—El Grillo no mintió cuando pareció decirme aquello, John, porque tú siempre has sido, lo digo de corazón, el mejor y el más atento y cariñoso de los maridos. Y este ha sido un hogar feliz, John; ¡y por eso adoro al Grillo!

—Pues yo también —dijo el Carretero—. Yo también, Motita.

—Lo adoro por las muchas veces que lo he oído, y los muchos pensamientos que me ha inspirado su inofensiva música. En ocasiones, al anochecer, cuando me sentía un poco sola y alicaída, John (antes de que el Bebé estuviese aquí para hacerme compañía y alegrar la casa), cuando pensaba en lo solo que te quedarías si yo muriese, en lo sola que me quedaría yo si llegase a saber que me has perdido, querido, su cricrí, cricrí, cricrí en el hogar parecía hablarme de otra vocecilla, tan dulce y tan querida por mí, ante cuyo sonido mi desasosiego se desvaneciese como un sueño. Y cuando me daba por temer (lo temí una vez, John; ya sabes que yo era muy joven) que el nuestro sería un

matrimonio mal avenido, siendo yo una niña y estando tú más próximo a ser mi tutor que mi esposo, y que no conseguirías, por mucho empeño con que lo intentases, aprender a amarme, como esperabas y suplicabas en tus oraciones, su cricrí, cricrí, cricrí volvía a alegrarme y me llenaba de confianza y esperanza. Pensaba en todo esto, querido, cuando me sentaba a esperarte, iy por eso adoro al Grillo!

—Yo también —repitió John—. Pero, Motita, ¿qué es eso de que esperaba y suplicaba en mis oraciones aprender a amarte? ¡Qué cosas dices! ¡Aprendí a hacerlo mucho antes de que te trajese aquí para convertirte en la señora del Grillo, Motita!

Ella posó una mano en su brazo un momento, y lo miró con el semblante atribulado, como si fuese a decirle algo. Un instante después, estaba arrodillada frente al cesto, hablando con voz briosa y afanándose con los paquetes.

—No son muchos esta noche, John, pero acabo de ver varios artículos en la parte trasera del carro y, aunque dan más trabajo, quizá sean igual de rentables; así que no tenemos motivos para quejarnos, ¿verdad? Además, estoy segura de que has ido haciendo entregas por el camino.

—Oh, sí —contestó John—. Bastantes.

—Ah, ¿qué es esta caja redonda? ¡Qué maravilla, John, es una tarta nupcial!

—¡Solo una mujer podría deducir algo así! —exclamó John, admirado—. ¡A un hombre jamás se le habría ocurrido! Tengo la certeza de que, aunque se guardase una tarta nupcial en una caja de té o debajo de un somier puesto del revés, o en un barril de salmón o en cualquier otro lugar improbable, una mujer sería capaz de encontrarlo al instante. Sí, la recogí en casa del pastelero.

—¡Y no sé cuánto pesa...! ¡Quintales! —gritó Motita haciendo el ostentoso ademán de intentar levantarla—. ¿Para quién es, John? ¿Adónde va dirigida?

—Lee la inscripción que hay al otro lado —dijo John.

—¡Oh, John! ¡Dios mío, John!

—¡Ah! ¡Quién lo habría imaginado! —repuso John.

—¡No puedes estar diciéndome —prosiguió Motita mientras se

sentaba en el suelo y sacudía la cabeza en dirección a él— que es para Gruff y Tackleton, el juguetero!

John asintió.

La señora Peerybingle hizo lo propio, al menos cincuenta veces. No tanto por convenir con él como a consecuencia de su perplejidad muda y compasiva, sin dejar de apretar los labios con todas sus limitadas fuerzas (no eran unos labios hechos para estar apretados, de eso estoy seguro) ni de mirar de hito en hito al buen Carretero, abstraída como estaba. Mientras tanto, la señorita Slowboy, que poseía la capacidad mecánica de reproducir fragmentos de una conversación en curso para deleite del Bebé, totalmente exentos de sentido y con todos los nombres en plural, le preguntó en voz baja a la criatura si ciertamente se trataba de *Gruffs* y *Tackletons*, el *jugueteros*, y si era en la *casas* del *pasteleros* donde se recogía la *tartas* nupcial, y si la *madres* sabía lo que contenía la *cajas* que el *padres* llevaba a *casas*, y así indefinidamente.

—¿En verdad va a ocurrir? —dijo Motita—. Pero isi de jovencitas fuimos juntas a la escuela, John!

Él debía de estar pensando, o haber estado a punto de hacerlo, en cómo habría sido ella en aquel tiempo. La miró con reflexivo deleite, pero no dijo nada.

—¡Y él es un viejo! ¡No se parece en nada a ella! Porque ¿cuántos años más que tú tiene Gruff y Tackleton, John?

—¡Lo que yo me pregunto es cuántas tazas de té más me tomaré yo esta noche de una sentada que Gruff y Tackleton en cuatro! —contestó John, animoso, mientras acercaba una silla a la mesa redonda y empezaba a dar cuenta del jamón—. Comer, comeré poco, pero disfruto de ese poco, Motita.

Ni siquiera eso, su talante habitual durante las comidas, una de sus inocentes mentiras (pues su apetito era siempre pertinaz y lo contradecía de plano), despertó una sonrisa en el rostro de su menuda esposa, que seguía entre los paquetes, alejando de sí lentamente con un pie la caja de la tarta y sin dirigir en ningún momento la mirada, pese a mantenerla gacha, hacia el delicado zapato que con tanto primor cuidaba. Absorta en sus pensamientos, se quedó donde estaba, ajena tanto al té como a John (aunque este la llamó y dio unos golpecitos en la mesa con el cuchillo para sobresaltarla), hasta que él se levantó y le tocó un brazo; entonces ella lo miró un instante y se apresuró a ocupar su sitio al otro lado de la bandeja del té, riéndose de su descuido. Pero

no como se había reído antes. La forma y el tono habían cambiado considerablemente.

También el Grillo había enmudecido. De algún modo, la estancia ya no estaba tan alegre como antes. En absoluto.

—Así que estos son todos los paquetes, ¿verdad, John? —preguntó ella rompiendo un largo silencio que el honrado Carretero había consagrado a la demostración práctica de la que sin duda era su sensación predilecta: disfrutar de lo que comía, aunque no se pudiese admitir que comía poco—. Así que estos son todos los paquetes, ¿verdad, John?

—Eso es todo —contestó John—. Aunque... yo... he... —Dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, e inhaló una larga bocanada de aire—. ¡Válgame Dios! ¡He olvidado por completo al anciano caballero!

—¿Al anciano caballero?

—El del carro —dijo John—. La última vez que lo vi dormía entre la paja. Me he acordado de él un par de veces desde que entré, y después se me ha ido de la cabeza. ¡Hola! ¡Eh, amigo! ¡Despierte! ¡Mi valiente!

John pronunció estas últimas palabras en dirección a la puerta de casa, hacia donde corría con la vela en la mano.

La señorita Slowboy, al oír la misteriosa referencia al Anciano Caballero, y efectuando en su desconcertada imaginación ciertas asociaciones de cariz religioso con esa frase, se sintió tan turbada que se levantó a toda prisa de la silla baja que ocupaba junto al fuego para ir a buscar protección junto a las faldas de su señora, y al topar con el viejo Desconocido cuando cruzaba el umbral, cargó o embistió contra él con el único instrumento ofensivo que tenía a mano. Dándose la circunstancia de que dicho instrumento era el Bebé, a ello prosiguió gran confusión e inquietud, que la sagacidad de Boxer contribuyó a aumentar, pues aquel buen perro, más atento que su amo, al parecer había estado vigilando al anciano caballero mientras este dormía, no fuera a marcharse con los jóvenes álamos que estaban atados a la parte trasera del carro, y seguía prodigándole sus atenciones muy de cerca, hasta el punto, de hecho, de mordisquearle las polainas y arrancarle botones.

—Incuestionablemente es usted tan dormilón, señor —dijo John, cuando se restableció la tranquilidad, intervalo durante el cual el anciano caballero había permanecido, con la cabeza descubierta e

inmóvil, en el centro de la estancia—, que estoy incluso por preguntarle dónde están los otros seis, solo que sería un chiste, y sé que lo estropearía. Aunque he estado a punto de hacerlo —musitó el Carretero, dejando escapar una risilla—, muy a punto...

El Desconocido, que tenía el pelo largo y blanco, buenas facciones, singularmente enérgicas y bien definidas para un anciano, y ojos oscuros, brillantes y penetrantes, miró a su alrededor sonriente y saludó a la esposa del Carretero con una solemne inclinación de cabeza.

Su atuendo era pintoresco y extraño, muy, muy anticuado. De color marrón por entero. El hombre sostenía en una mano un gran garrote o bastón y, al golpear el suelo con él, este se partió en dos y se transformó en una silla, en la que se sentó con serenidad.

—¡Mira! —exclamó el Carretero, volviéndose hacia su esposa—. ¡Así es como lo encontré, sentado en el borde de la carretera! Tieso como un mojón. Y casi igual de sordo.

—¡Sentado a la intemperie, John!

—A la intemperie —contestó el Carretero—, justo al anochecer. «Transporte pagado», dijo, y me dio dieciocho peniques. Luego subió al carro, y aquí está.

—¡Creo que va a marcharse, John!

En absoluto. Solo iba a hablar.

—Verán, debía esperar hasta que me recogiesen —dijo el Desconocido, gentilmente—. No se preocupen por mí.

Dicho esto, sacó unos anteojos de uno de sus enormes bolsillos y un libro del otro y, tranquilamente, se puso a leer, isin prestar a Boxer más atención que si hubiese sido un cordero doméstico!

El Carretero y su esposa intercambiaron una mirada perpleja. El Desconocido irguió la cabeza y, mirando a la última y después al primero, preguntó:

—¿Su hija, mi buen amigo?

—Mi esposa —contestó John.

—¿Su sobrina, dice? —preguntó el Desconocido.

—Mi esposa —rugió John.

—¿De veras? —observó el Desconocido—. ¿En serio? ¡Es muy joven!

Se volvió de nuevo en silencio y reanudó la lectura. Pero antes de que pudiese leer dos líneas, volvió a interrumpirse:

—¿Es suyo el Bebé?

John asintió con un desmesurado gesto de la cabeza, equivalente a una respuesta afirmativa voceada por medio de una bocina.

—¿Niña?

—¡Niñooo! —bramó John.

—También es muy joven, ¿eh?

La señora Peerybingle intervino al instante.

—¡Dos meses y tres díaaas! ¡Lo vacunamos hace solo seis semanaaas! ¡Y se portóóó muy bieeen! ¡El médico opina que es un niño extraordinariamente hermosooo! ¡Y que está tan crecido como los niños de cinco meseees! Se fija en todo de un modo sorprendenteee. ¡Aunque le parezca imposible, ya quiere ponerse de pieee!

En este punto, la jadeante y menuda madre, que había gritado estas frases breves al oído del anciano hasta que su lindo rostro enrojeció, sostuvo al Bebé frente a él como una realidad tenaz y triunfal, mientras que Tilly Slowboy, al melodioso grito de «¡Ketcher, Ketcher!» —que sonó como un par de palabras inventadas y adaptadas a un vulgar estornudo—, efectuó varios brincos vacunos alrededor de aquel inocente que de nada se apercibía.

—¡Escuche! Vienen a recogerlo, seguro —dijo John—. Hay alguien a la puerta. Abre, Tilly.

Antes de que llegara a alcanzarla, sin embargo, esta se abrió desde fuera; se trataba de una puerta rudimentaria, con un pasador que cualquiera podía correr si quería..., y un buen número de personas querían, se lo aseguro, pues vecinos de todas condiciones deseaban siempre intercambiar unas alegres palabras con el Carretero, aunque no fuese un gran conversador. Así, la puerta se abrió y dio paso a un hombre menudo, enjuto, taciturno y de semblante adusto, que parecía haberse confeccionado un gabán con la arpillera que cubriera algún

viejo arcón, pues cuando se volvió para cerrar la puerta e impedir que entrase el frío, dejó a la vista en la espalda de aquella prenda la inscripción «G. & T.» en letras mayúsculas de color negro. Y también la palabra «**CRISTAL**» en gruesos caracteres.

—¡Buenas noches, John! —dijo el hombrecillo—. Buenas noches, señora. Buenas noches, Tilly. ¡Buenas noches, Desconocido! ¿Cómo está el Bebé, señora? Espero que Boxer esté bien.

—Todos bien, Caleb —contestó Motita—. Estoy segura de que le bastará con mirar a nuestro querido pequeño para comprobarlo.

—Y yo estoy seguro de que me bastaría con mirarla a usted —dijo Caleb.

Pero no lo hizo; tenía una mirada errante y meditabunda que parecía proyectarse siempre hacia otro momento y otro lugar, al margen de lo que él dijese, descripción igualmente aplicable a su voz.

—O a John —añadió Caleb—. O a Tilly, ya puestos. O, por descontado, a Boxer.

—¿Mucho trabajo, Caleb? —preguntó el Carretero.

—Bastante, John —contestó con el aire consternado de un hombre en busca de la Piedra Filosofal, cuando menos—. En realidad, mucho. Últimamente hay mucha demanda de Arcas de Noé. Habría querido mejorar un poco la familia, pero no veo el modo de hacerlo al precio que se venden. Me habría satisfecho dejar más claro quién es Sem, y quién Cam, y quiénes las esposas. En comparación con los elefantes, las moscas tampoco están hechas a escala, ¡claro! En fin, ¿tiene algún paquete para mí?

El Carretero introdujo la mano en un bolsillo del sobretodo que se había quitado y extrajo de él, primorosamente envuelto en musgo y papel, un diminuto tiesto con flores.

—¡Aquí tiene! —dijo, arreglándolo con sumo cuidado—. ¡Ni una sola hoja estropeada! ¡Lleno de brotes!

Cuando Caleb lo cogió, su apagada mirada se iluminó; luego le dio las gracias.

—Es caro, Caleb —dijo el Carretero—. Es muy caro en esta época del año.

—No importa. Me parecería barato fuera cual fuese su precio —repuso el hombrecillo—. ¿Hay algo más, John?

—Una cajita —contestó el Carretero—. ¡Aquí está!

—«Para Caleb Plummer» —dijo el hombrecillo, deletreando la dirección—. «Contiene dinero». Contiene dinero, John. No creo que sea para mí.

—«Contenido delicado» —replicó el Carretero, mirando por encima de su hombro—. ¿Dónde ha visto que ponga «dinero»?

—¡Oh, claro! —dijo Caleb—. Está bien. ¡Contenido delicado! Sí, sí, es para mí. Aunque, en realidad, podría haber contenido dinero, si mi querido hijo, que se marchó a las doradas tierras de América del Sur, aún viviese, John. Usted lo quiso como a un hijo, ¿verdad? No hace falta que conteste; ya lo sé, por supuesto. «Para Caleb Plummer. Contenido delicado». Sí, sí, está bien. Es una caja con ojos de muñeca para las labores de mi hija. ¡Cuánto desearía recibir la vista de ella en una caja, John!

—¡Yo también desearía que así fuera, y que eso fuese posible! —exclamó el Carretero.

—Gracias —repuso el hombrecillo—. Sé que lo dice de corazón. ¡Y pensar que mi hija nunca verá las muñecas, y que ellas se pasan el día mirándola con ese descaro! Eso es lo que más duele. ¿Cuánto le debo por la molestia, John?

—Yo sí que voy a molestarle como vuelva a hacerme esa pregunta —dijo John—. ¡Motita!, ¿he estado a punto?

—¡Bien, es muy propia de usted esa forma de hablar! —observó el hombrecillo—. Siempre tan amable. Déjeme ver... Creo que eso es todo.

—Pues yo creo que no —dijo el Carretero—. Vuelva a probar.

—Algo para el Patrón, ¿eh? —dijo Caleb tras cavilar unos instantes—. ¡Claro! Por eso he venido, pero ¡tengo la cabeza tan ocupada con las arcas y lo demás! No habrá venido él mismo...

—No; él, no —contestó el Carretero—. Está demasiado atareado con sus cortejos.

—No obstante, vendrá —dijo Caleb—, porque me dijo que caminase cerca de la carretera ya que las posibilidades de que me

encontrase eran de diez a una. Por cierto, será mejor que me marche ya. Señora, ¿tendría la bondad de dejarme pellizcar la cola de Boxer, solo un instante?

—Pero ¡Caleb! ¡Vaya pregunta!

—Oh, descuide, señora —repuso el hombrecillo—. Es posible que tampoco le gustase a él. Acabo de recibir un pequeño pedido de perros en actitud de ladrar y quisiera ser lo más fiel posible a la Naturaleza, por los seis peniques que costarán. Ese era el motivo. Pero descuide, señora.

Muy oportunamente, Boxer, sin recibir el estímulo sugerido, empezó a ladrar con gran fervor. Pero, dado que eso significaba la llegada de una nueva visita, Caleb, posponiendo su estudio de la vida a un momento más oportuno, se cargó al hombro la caja redonda y se marchó precipitadamente. Bien podría haberse ahorrado la molestia, pues se encontró al visitante en el umbral.

—¡Oh! Estás aquí. Espera un momento y te llevaré a casa. John Peerybingle, mis respetos. Y aún más para su bella esposa. ¡Cada día más hermosa! ¡Y más buena, si cabe! ¡Y más joven! —musitó el hombre, en voz baja—. ¡Parece obra del Diablo!

—Me asombraría verle hacer cumplidos, señor Tackleton —dijo Motita, no precisamente con la mayor de las cortesías—, si no estuviese al corriente de sus circunstancias.

—Entonces, ¿lo saben todo ya?

—De algún modo, me he obligado a creerlo —contestó Motita.

—Con gran esfuerzo, supongo.

—Enorme.

Tackleton, el Comerciante de Juguetes, comúnmente conocido como Gruff y Tackleton —pues tal era el nombre de la empresa, aunque Gruff había vendido su parte hacía mucho tiempo, dejando en el negocio únicamente su apellido y, a decir de algunos, su carácter áspero, si hubiera que consultar el diccionario—, Tackleton, el Comerciante de Juguetes, era un hombre cuya vocación habían malinterpretado sus padres y tutores. De haber hecho de él un prestamista, o un procurador, o un alguacil, o un corredor de comercio, podría haber sembrado las semillas de su descontento en su juventud llevando una vida disipada y haberse hartado de ella por medio de

operaciones malintencionadas, para después, quizá, haberse vuelto afable, aunque solo fuera por experimentar algo nuevo y diferente. Sin embargo, en la estrechez del apacible afán de fabricar juguetes, era un ogro doméstico que había vivido siempre de los niños, siendo su implacable enemigo. Despreciaba todos los juguetes; por nada del mundo habría comprado uno; le deleitaba, en su maldad, insinuar expresiones lúgubres en la cara de campesinos de papel de estraza que llevaban cerdos al mercado, pregoneros que anunciaban la pérdida de conciencia por parte de ciertos abogados, ancianas articuladas que zurcían medias o cortaban pasteles, entre otras muestras similares de los productos con que comerciaba. Su alma se regocijaba con máscaras espantosas; con monigotes repulsivos, peludos y de ojos enrojecidos que salían como un resorte de cajas sorpresa; con cometas con forma de vampiros; con tentetiosos demoníacos que era imposible tumbar y que se inclinaban permanentemente hacia delante, para escrutar a los niños de forma terrorífica. Eran su único consuelo, y su única válvula de escape. Su genialidad para tales inventos era notable. Todo cuanto evocase la pesadilla de un potro le resultaba delicioso. Había perdido dinero (y se había encariñado con ese juguete) confeccionando transparencias para linternas mágicas con imágenes de trasgos en las que las fuerzas del Mal aparecían retratadas como una especie de crustáceos sobrenaturales con rostros humanos. Había dilapidado un pequeño capital endureciendo el retrato de gigantes; y, aun sin ser pintor, era capaz de indicar a modo de instrucción para los artistas, con una tiza, cierta mirada furtiva y lasciva en el semblante de esos monstruos, que sin duda perturbaría la serenidad de cualquier joven caballerito de entre seis y once años de edad durante toda la Navidad o las vacaciones estivales.

Lo que era con respecto a los juguetes, lo era también (como la mayoría de los hombres) con respecto a todo lo demás. Fácilmente podría presuponerse, sin embargo, que dentro de aquella capa verde, que le llegaba a las pantorrillas y llevaba abotonada hasta el mentón, se ocultaba un individuo insólitamente afable, tal vez la mejor alma y la compañía más agradable que jamás calzara unas botas del tamaño de una cabeza de toro con el empeine de color caoba.

Pero Tackleton, el Comerciante de Juguetes, estaba a punto de casarse. Pese a todo lo anterior, estaba a punto de casarse. Y con una joven, para más señas; una joven hermosa.

No tenía el aspecto de un prometido allí, en la cocina del Carretero, con el gesto torcido en su enjuto rostro, y el cuerpo contorsionado, el sombrero calado por delante hasta el puente de la nariz, las manos hundidas en los bolsillos, y todo su pérfido y sarcástico ser atisbando por el pequeño rabillo de un pequeño ojo, como la esencia

concentrada de muchos cuervos. Pero era un prometido lo que pretendía ser.

—Dentro de tres días. El próximo jueves. El último día del primer mes del año. Ese es el día en que me caso.

¿He dicho ya que siempre mantenía un ojo bien abierto y el otro casi cerrado, y que el ojo casi cerrado siempre era el expresivo? No, creo que no lo había dicho.

—¡Ese es el día en que me caso! —repitió Tackleton, haciendo tintinear el dinero que llevaba.

—Pero ¡si nosotros también nos casamos ese día! —exclamó el Carretero.

—¡Ja, ja! —se rió Tackleton—. ¡Qué curioso! Porque vosotros formáis una pareja muy similar a la nuestra. ¡Mucho!

La indignación que Motita sintió ante una afirmación tan presuntuosa es indescriptible. ¿Qué iba a ser lo siguiente? La imaginación de aquel hombre era capaz de idear la posibilidad de tener un Bebé como el suyo. Estaba loco.

—¡Un momento! Quiero decirle algo —murmuró Tackleton, tomando al Carretero por el codo y llevándolo aparte—. ¿Asistirá al enlace? Estamos en el mismo barco, ya sabe...

—¿Cómo que en el mismo barco? —preguntó el Carretero.

—La diferencia es mínima, ya sabe... —dijo Tackleton, tirándole de nuevo del codo—. Venga antes a pasar una velada con nosotros.

—¿Por qué? —se extrañó John, perplejo ante su apremiante hospitalidad.

—¿Por qué? —repitió el otro—. ¡Qué forma tan original de recibir una invitación! Pues por placer, por relacionarnos, y por todo lo demás, ya sabe...

—Tenía entendido que no le agradaba socializarse —dijo John con su franqueza habitual.

—¡Vaya! Ya veo que de nada sirve mostrarse generoso con usted —repuso Tackleton—. Bien, lo cierto es que usted y su esposa ofrecen... lo que la gente que toma té suele denominar una apariencia agradable.

Usted y yo sabemos lo que las apariencias esconden, ya sabe, pero...

—No, nosotros no sabemos lo que las apariencias esconden —le interrumpió John—. ¿A qué se refiere?

—¡Muy bien! Nosotros no sabemos lo que las apariencias esconden, pues —dijo Tackleton—. Convengamos en que no. Como usted guste, ¿qué importa en realidad? Iba a decir que, dado que ustedes ofrecen esa clase de apariencia, su compañía tendría un efecto beneficioso sobre la futura señora Tackleton. Y, aunque no creo que cuente con su simpatía en esta cuestión, su esposa no hace sino confirmar mi parecer, pues su presencia transmite aplomo y calidez incluso en una situación irrelevante. ¿Vendrán, pues?

—Hemos decidido celebrar (en la medida de lo posible) nuestro aniversario de bodas en casa —dijo John—. Nos lo hemos prometido durante los últimos seis meses. Como verá, creemos que en casa...

—¡Bah! ¿Qué es una casa? —gritó Tackleton—. ¡Cuatro paredes y un techo! (¿Por qué no matan a ese Grillo? ¡Yo lo haría! Siempre lo hago. Detesto el ruido que hacen). Mi casa tiene cuatro paredes y un techo. ¡Vengan a visitarme!

—De modo que mata a los Grillos... —dijo John.

—Los aplasto, señor —contestó el otro, apretando el talón contra el suelo—. ¿Vendrán, pues? A usted le interesa tanto como a mí, ya sabe, que las mujeres se persuadan entre sí de que están tranquilas y satisfechas, de que no podrían estar mejor. Las conozco. Diga lo que diga una mujer, otra siempre está decidida a suscribirlo. Existe entre ellas ese espíritu de emulación, señor, por el cual, si su esposa le dice a la mía «Soy la mujer más feliz del mundo, y el mío es el mejor esposo del mundo, y lo adoro», mi esposa le dirá lo mismo a la suya, o incluso más, y casi lo creerá.

—Entonces, ¿quiere decir que ella no...? —dijo el Carretero.

—¡Que ella no...! —chilló Tackleton, y profirió una carcajada breve y aguda—. Que ella no ¿qué?

Al Carretero se le ocurrió la vaga idea de añadir «Le adora», pero al topar con aquel ojo medio cerrado justo cuando este destellaba hacia él por encima del cuello vuelto de la capa, que estaba a punto de hacerlo saltar, lo sintió tan poco digno de despertar adoración en una mujer que prefirió decir:

—¿Que ella no se lo cree?

—¡Ah, bribón! ¡Está bromeando! —dijo Tackleton.

Pero el Carretero, si bien lento para comprender el verdadero alcance de sus palabras, lo miró con tal seriedad que el otro se sintió obligado a explicarse un poco mejor.

—Tengo el capricho —dijo Tackleton, alzando la mano izquierda abierta y señalando con unos toquecitos el dedo índice, como queriendo decir: «Aquí estoy yo, Tackleton»—, tengo el capricho, señor, de desposar a una joven, a una joven hermosa. —En este punto se dio unos golpes más fuertes en el meñique para designar a la Prometida; no de forma suave, sino brusca, con talante de poder—. Tengo la capacidad de satisfacer ese capricho y voy a hacerlo. Es mi antojo. Pero... ahora mire allí.

Señaló hacia donde Motita estaba sentada, meditabunda, frente al fuego, con la barbilla y los hoyuelos apoyados sobre una mano, y observando el intenso fulgor de las llamas. El Carretero la miró y después lo miró a él, y después a ella, y después de nuevo a él.

—Sin duda, ella le honra y le obedece, ya sabe... —dijo Tackleton —, y eso, dado que no soy un hombre sentimental, es más que suficiente para mí. Pero ¿cree usted que hay algo más, aparte de eso?

El buen Carretero estaba desconcertado y, muy a su pesar, se sintió incómodo y dubitativo. Y, a su manera, no pudo ocultarlo.

—¡Buenas noches, mi querido amigo! —dijo Tackleton, con aire compasivo—. Me marcho. Ya veo que, en realidad, somos exactamente iguales. ¿No vendrán a visitarnos mañana por la noche? ¡De acuerdo! Sé que lo harán al día siguiente. Les veré entonces, y llevaré conmigo a mi futura esposa. Le hará bien. ¿Está conforme? Gracias. ¿Qué sucede?

Era un grito imponente de la esposa del Carretero; un grito imponente, agudo y repentino que resonó en la habitación como si esta fuera un recipiente de cristal. Se había levantado del asiento y permanecía en pie como alguien paralizado por el terror y la sorpresa. El Desconocido se había aproximado al fuego para entrar en calor y se detuvo a un paso de la silla. Pero en silencio.

—¡Motita! —exclamó el Carretero—. ¡Mary, cariño! ¿Qué ocurre?

Todos estuvieron a su alrededor en un instante. Caleb, que se había adormilado sobre la caja de la tarta, en la primera e imperfecta

reacción tras emerger de su presencia de ánimo suspendida, agarró a la señorita Slowboy por el pelo, pero se disculpó de inmediato.

—¡Mary! —repitió el Carretero, sosteniéndola en brazos—. ¡Estás enferma! ¿Qué ocurre? ¡Dime, querida!

Por única respuesta, ella empezó a dar palmas y estalló en un descontrolado arrebató de risa. Acto seguido, tras resbalar de los brazos de su esposo y caer al suelo, se cubrió la cara con el delantal y lloró amargamente. A continuación volvió a reírse, y después a llorar; y, por último, dijo que hacía mucho frío y permitió que él la llevara junto al fuego, donde se sentó como lo había estado antes. El anciano seguía de pie, en silencio.

—Ya estoy mejor, John —dijo ella—. Ya estoy bastante bien... Yo... ¡John! —Pero John estaba en el otro lado. ¿Por qué miraba ella a aquel anciano caballero, un extraño, como si se dirigiese a él? ¿Estaba desvariando?—. Solo han sido figuraciones mías, John, querido..., una especie de conmoción..., algo que ha aparecido de pronto frente a mis ojos... No sé lo que ha sido. Pero ya ha pasado, ya ha pasado.

—Me alegro de que haya pasado —musitó Tackleton, paseando el ojo expresivo por la estancia—. Me pregunto adónde habrá ido y de qué se trataría. ¡Vaya! ¡Caleb, venga aquí! ¿Quién es ese hombre de pelo gris?

—Lo ignoro, señor —contestó Caleb en un susurro—. Jamás lo había visto, nunca en mi vida. Una hermosa figura para un cascanueces, un modelo muy original. Con la mandíbula inferior abriéndose hasta el chaleco... Sería encantador.

—No lo bastante feo —dijo Tackleton.

—O tal vez para una caja de yesca —observó Caleb, sumido en la reflexión—. ¡Menudo modelo! Desenroscarle la cabeza para guardar dentro los fósforos, ponerlo boca abajo para prenderlos. ¡Menuda caja de yesca para la repisa de la chimenea, tal cual está ahora, ahí de pie!

—No es ni la mitad de feo de lo que debería ser —repuso Tackleton—. No hay nada interesante en él. ¡Vamos! ¡Traiga esa caja! Confío en que ya se encuentre del todo bien.

—¡Oh, ya ha pasado! ¡Ya ha pasado! —contestó la menuda mujer despidiéndose presurosa con una mano—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —dijo Tackleton—. ¡Buenas noches, John

Peerybingle! Tenga cuidado con esa caja, Caleb. ¡Si la deja caer, le mato! Está oscuro como la pez y hace peor tiempo que nunca, ¡eh! ¡Buenas noches!

Y así, tras volver a barrer la estancia con su mirada afilada, salió por la puerta, seguido de Caleb, que cargaba la tarta nupcial sobre la cabeza.

El Carretero se había quedado tan atónito por la actitud de su mujercita, y se había afanado de tal modo en calmarla y atenderla, que apenas había reparado en la presencia del Desconocido, hasta ese instante, cuando volvía a estar allí de pie, el último de sus visitantes.

—No era a ellos a quien espera —musitó John—. Debo darle a entender que tiene que marcharse.

—Le ruego que me disculpe, amigo —le dijo el anciano caballero, tras acercarse a él—, tanto más por cuanto me temo que su esposa no se ha sentido bien, pero, dado que el sirviente que por mi dolencia —se tocó las orejas y sacudió la cabeza— es casi imprescindible para mí no ha venido, me temo que debe de haber habido algún error. La desapacible noche que ha hecho de su cómodo carro (¡Dios quiera que nunca encuentre uno peor!) un refugio tan aceptable, sigue siendo igual de desapacible. ¿Tendría la amabilidad de alquilarme una cama en su hogar?

—¡Sí, sí! —gritó Motita—. ¡Sí, por supuesto!

—¡Oh! —murmuró el Carretero, sorprendido por la inmediatez de su consentimiento—. ¡Bien! No tengo objeción, aunque no estoy del todo seguro de...

—¡Chsss...! —lo interrumpió ella—. ¡John, querido!

—Pero si está sordo como una tapia... —insistió John.

—Lo sé, pero... Sí, señor, por supuesto. ¡Sí, por supuesto! Voy a prepararle una cama ahora mismo, John.

Y se marchó a toda prisa para hacerlo; el revuelo de su ánimo y la agitación de su comportamiento eran tan extraños que el Carretero no pudo menos que quedarse mirándola, desconcertado.

—¡Y entonces la *madres* fue a preparar una *camas* —exclamó la señorita Slowboy dirigiéndose al Bebé—, y su *cabellos* se tornó castaño y rizado, y se le levantó el *sombreros*, y asustó a un precioso *Niñitos*

que estaba sentado junto al *fuegos*!

Llevado por la incomprensible atracción mental que ejercen las trivialidades, y que en ocasiones se acentúa en un estado de duda y confusión, el Carretero se encontró repitiendo mentalmente incluso aquellas absurdas palabras infinidad de veces mientras deambulaba lentamente de un lado al otro. Tantas veces, de hecho, que acabó aprendiéndolas de memoria, y seguía repasándolas sin cesar, como si de una lección se tratase, cuando Tilly, tras acariciar la cabecita pelona del Bebé durante el rato que consideró saludable (según la práctica de las niñeras), volvió a atarle el gorrito.

—Y asustó a un precioso *Niñitos* que estaba sentado junto al *fuegos*. ¡Me pregunto qué habrá asustado a Motita! —musitó el Carretero mientras seguía caminando de un lado al otro.

Aunque las desdeñaba de corazón, las insinuaciones del Comerciante de Juguetes le habían provocado una desazón vaga, indefinida, pues Tackleton era ágil y ladino, mientras que él tenía la dolorosa sensación de ser un hombre de lenta percepción, de que en todo momento lo acosaba una indirecta soslayada. No tenía intención alguna de relacionar mentalmente nada de lo que Tackleton había dicho con la insólita conducta de su esposa, pero los dos objetos de su reflexión brotaron juntos en sus pensamientos, y no conseguía desvincularlos.

La cama pronto estuvo preparada, y el visitante, tras rehusar todo refrigerio salvo una taza de té, se retiró. Entonces, Motita —«bastante bien ya, bastante bien ya», según dijo— dispuso para su esposo la butaca grande en el rincón de la chimenea, cargó la pipa y se la dio, y ocupó su taburete habitual a su lado, frente al hogar.

Siempre se sentaba en aquel pequeño taburete; a mi parecer, debía de considerarlo un pequeño taburete mimoso y zalamero.

Me atrevería a afirmar que Motita era, con diferencia, la mejor de entre todas las cargadoras de pipas de todos los rincones del planeta. Verla colocar el rechoncho dedito en la cazoleta y después soplar para limpiar el caño, y, hecho esto, fingir la certeza de que ciertamente quedaba algo dentro del caño y soplar una docena de veces más, y acercárselo al ojo como si fuese un telescopio, dibujando una provocativa mueca en su carita mientras miraba por él, era una experiencia magnífica. En cuanto al tabaco, era toda una maestra, y su modo de encender la pipa, con un pedacito de papel, cuando el Carretero la tenía ya en la boca —aproximándolo mucho a su nariz, aunque sin chamuscarla—, era un arte, un arte exquisito, sí señor.

¡Y el Grillo y el Hervidor, reanudando su cántico, así lo reconocieron! ¡El intenso fuego, reavivándose, así lo reconoció! ¡El pequeño Segador del reloj, desatendiendo su trabajo, así lo reconoció! El Carretero, con la frente relajada y una amplia sonrisa, así lo reconoció, y fue el primero en hacerlo.

Y mientras, con aire sobrio y reflexivo, daba chupadas a su vieja pipa, mientras el reloj holandés proseguía con su tictac, mientras las rojas llamas refulgían y mientras el Grillo cantaba, ese genio de su hogar y de su casa (pues tal era el Grillo) salió a la estancia bajo una apariencia feérica e invocó numerosas representaciones hogareñas a su alrededor. Infinidad de Motitas, de todas las edades y de todas las tallas, llenaron la estancia. Motitas que eran alegres niñas, corriendo ante él, cogiendo flores en el campo; Motitas tímidas, que se retraían y se embelesaban a partes iguales ante la súplica de su tosca imagen; Motitas recién casadas, que se posaban en el umbral de la casa y, maravilladas, tomaban posesión de las llaves; Motitas menudas y maternales, asistidas por Slowboys ficticias, llevando en brazos bebés a bautizar; Motitas matronales, aún jóvenes y lozanas, vigilando a otras Motitas, sus hijas, mientras estas participaban en bailes populares; Motitas corpulentas, rodeadas y asediadas por regimientos de sonrosados nietos; Motitas marchitas, apoyadas sobre bastones y de paso tambaleante. Y también Carreteros viejos, con Boxers viejos y ciegos tumbados a sus pies; y carros más nuevos con conductores más jóvenes (y la inscripción «Hermanos Peerybingle» en el toldo); y Carreteros viejos y enfermos, atendidos por las más tiernas manos; y tumbas verdecidas en el cementerio de Carreteros ya fallecidos. Y mientras el Grillo le mostraba todo esto —él pudo verlo con claridad, si bien mantenía la mirada fija en el fuego—, al Carretero se le aligeró y alegró el alma, y dio las gracias de todo corazón a sus Lares, y Gruff y Tackleton le importó tan poco como pueda importarles a ustedes.

Pero ¿quién era aquel joven que el mismo Grillo Encantado dispuso tan cerca del taburete de Ella, y que permanecía allí, solo y al margen de todo lo demás? ¿Y por qué seguía allí, tan cerca de ella, con un brazo sobre la repisa de la chimenea, sin dejar de repetir: «¡Casada! ¡Y no conmigo!»?

¡Oh, Motita! ¡Oh, malograda Motita! ¡No hay lugar para eso en todas las visiones de tu esposo! ¿Por qué ha caído su sombra en el hogar de tu esposo?

CANTO SEGUNDO

Caleb Plummer y su Hija Ciega vivían solos, sin más compañía que ellos mismos, como suele decirse en los libros de cuentos —idoy mi bendición, confío en que con el respaldo de la suya, a los libros de cuentos por aportar algo a este prosaico mundo!—; Caleb Plummer y su Hija Ciega vivían solos, sin más compañía que ellos mismos, en la cáscara de nuez que era su casita de madera y que, a decir verdad, no era más que una espinilla en la prominente nariz de ladrillo rojo de Gruff y Tackleton. El edificio de Gruff y Tackleton era lo más destacado de la calle, pero habrían bastado uno o dos martillos para derribar la morada de Caleb Plummer y una carreta para llevarse los escombros.

Si al internarse en semejante lugar alguien hubiese hecho el honor a la morada de Caleb Plummer de notar su ausencia, lo habría hecho, sin lugar a dudas, para elogiar su demolición como una inmensa mejora. Estaba adosada al edificio de Gruff y Tackleton, como una lapa a la quilla de un barco, o un caracol a una puerta, o un hongo venenoso al tallo de un árbol. Pero era el germen a partir del cual había brotado el maduro tronco de Gruff y Tackleton, y bajo su peligroso techo, el penúltimo Gruff había confeccionado juguetes a pequeña escala para una generación de niños y niñas ya crecidos, que habían jugado con ellos hasta aburrirse, los habían roto y se habían ido a dormir.

He dicho que Caleb y su pobre Hija Ciega vivían allí; debería haber dicho que Caleb vivía allí y que su pobre Hija Ciega vivía en otro lugar, en una casa encantada provista por Caleb, donde no existían la escasez ni la pobreza y en la que jamás entraban los problemas. Caleb no era brujo, salvo en el único arte mágico que aún tenemos a nuestra disposición: la magia del amor abnegado e imperecedero. La Naturaleza había sido la maestra de Caleb, y de sus enseñanzas surgieron tales maravillas.

La Chica Ciega nunca supo que los techos estaban descoloridos y las paredes, sucias y desconchadas; que había grietas que seguían creciendo y abriéndose a diario; que las vigas se descomponían y se combaban. La Chica Ciega nunca supo que el hierro se oxidaba, que la madera se pudría, que el papel se despegaba, ni tampoco que el mismísimo tamaño, la forma y las proporciones de aquella morada iban atrofiándose. La Chica Ciega nunca supo lo feas que eran la porcelana de Delft y la loza que había en el aparador; que el pesar y el desánimo

habitaban en la casa; que el ralo cabello de Caleb iba tornándose más y más gris ante su rostro invidente. La Chica Ciega nunca supo que tenían un patrón frío, exigente e insensible: nunca supo que Tackleton era, en suma, Tackleton, sino que vivía en la creencia de que era un humorista excéntrico que gustaba de gastarles bromas, y que, siendo el ángel de la guarda de sus vidas, no quería oír ni una sola palabra de gratitud.

¡Y todo era obra de Caleb, todo era obra de su humilde padre! Pero él también tenía un Grillo en su Hogar, y, escuchando abatido su canto cuando la Chica Ciega, huérfana de madre, era muy pequeña, aquel Espíritu le había inspirado la idea de que incluso su gran privación podía transformarse casi en una bendición, y que era posible hacer feliz a la muchacha por medio de aquellos pequeños detalles. Pues toda la familia de los grillos son poderosos espíritus, aunque incluso las personas que entablan conversación con ellos lo ignoran (algo que ocurre con frecuencia), y no hay en el mundo invisible voces más afables y veraces en las que pueda confiarse de forma tan incondicional ni que sin duda vayan a ofrecer el más sensible consejo como las voces con las que los Espíritus de la Lumbre y el Hogar se dirigen al género humano.

Caleb y su hija trabajaban juntos en el taller, que hacía también las veces de sala de estar y que era un lugar bien extraño. Había en él casas, acabadas y a medio hacer, para muñecas de toda condición social. Viviendas residenciales para muñecas de medios moderados; cocinas y apartamentos de una sola habitación para muñecas de clase baja; magníficas mansiones para muñecas de alta posición. Algunas de ellas se encontraban ya amuebladas de acuerdo con las posibilidades y las necesidades de las muñecas con ingresos limitados; otras se acondicionaban por encargo y en un abrir y cerrar de ojos con los complementos más caros, pues disponían de estanterías repletas de sillas y mesas, sofás y somieres, y tapicería. Los miembros de la nobleza, la alta burguesía y el público en general, para cuyo alojamiento estaban pensadas aquellas moradas, yacían en cestas por todas partes, mirando fijamente el techo; no obstante, para denotar su posición en la sociedad y asignarlos a sus respectivos rangos (algo que la experiencia demuestra que es lamentablemente difícil en la vida real), los fabricantes de aquellas muñecas habían mejorado la Naturaleza, que suele ser indómita y perversa; pues, lejos de limitarse a productos tan arbitrarios como el satén, el algodón estampado y los andrajos, habían añadido llamativas peculiaridades personales que no dejaban lugar al error. Así, la muñeca-dama distinguida tenía las extremidades de cera para lucir una simetría perfecta, pero únicamente ella y sus iguales; el siguiente grado en la escala social se confeccionaba con cuero, y el siguiente, con hilo. En cuanto al pueblo

llano, por brazos y piernas tenía fósforos sacados de cajas de yesca, y así quedaba confinado al instante al ámbito al que pertenecía, sin posibilidad de salir de él.

Además de las muñecas, en el taller de Caleb Plummer había diversas muestras más de su artesanía. Había Arcas de Noé, en las que aves y bestias convivían inauditamente hacinadas, puedo asegurárselo, aunque, de algún modo, podían apretujarse aún más en el tejado y, entre sacudidas y traqueteos, ocupar hasta el menor resquicio. Por una osada licencia poética, la mayoría de aquellas Arcas de Noé tenían aldabas en las puertas, incongruentes apéndices, tal vez, pues sugerían la recepción de visitantes madrugadores o del cartero, pero que conferían un simpático acabado al aspecto exterior de la construcción. Había infinidad de pequeños y melancólicos carros que, cuando sus ruedas se ponían en movimiento, producían una triste música. Había numerosos violines, tambores y otros instrumentos de tortura; un sinfín de cañones, escudos, espadas, lanzas y armas de fuego. Había pequeños acróbatas con calzones rojos, saltando sin cesar para sortear elevados obstáculos de balduque y cayendo de cabeza por el otro lado; y había multitud de ancianos caballeros de apariencia respetable, por no decir venerable, volando enajenados por encima de estacas horizontales insertadas, a tal fin, en las puertas de la calle de sus casas. Había animales de toda especie; en particular, caballos de todas las razas, desde el barril moteado apoyado en cuatro palos y una pequeña esclavina a modo de crin hasta el purasangre balancín del mayor brío. Si difícil habría sido contar las docenas y docenas de grotescas figuras siempre dispuestas a perpetrar toda clase de disparates con solo accionar una clavija, tampoco habría sido tarea fácil mencionar alguna locura, vicio y debilidad del género humano que no estuviese representada, directa o indirectamente, en el taller de Caleb Plummer. Y no con exageración, pues clavijas muy pequeñas pueden inducir a hombres y mujeres a llevar a cabo actos tan extraños como los que pueda efectuar cualquier juguete diseñado a tal efecto.

En mitad de todos aquellos objetos trabajaban sentados Caleb y su hija. La Chica Ciega se afanaba como modista para una muñeca; Caleb pintaba y colocaba vidrieras en las cuatro fachadas de una atractiva mansión familiar de dos plantas.

La preocupación grabada en las arrugas del rostro de Caleb y su talante absorto y soñador, que habría sido también propio de un alquimista o de un estudiante abstruso, ofrecían un extraño contraste con su oficio y las trivialidades que lo rodeaban. Sin embargo, los objetos triviales, cuando quien los inventa y los crea lo hace para ganarse el pan, devienen algo serio y útil; aunque, al margen de esta consideración, en absoluto estoy yo en disposición de afirmar que si

Caleb hubiese sido un lord chambelán o un parlamentario, o un abogado, o incluso un gran especulador, se habría mostrado un ápice menos ingenioso con respecto a los juguetes, mientras que albergo serias dudas de si estos habrían sido tan inofensivos.

—De modo que anoche, cuando llovía, saliste a la calle con tu precioso gabán nuevo, padre —dijo la hija de Caleb.

—Con mi precioso gabán nuevo —contestó Caleb, dirigiendo la mirada a la cuerda de tender que tenían en el taller, donde había colgado con cuidado para que se secase aquella prenda de arpillera que ya he descrito con anterioridad.

—¡Cuánto me alegro de que lo hayas comprado, padre!

—Y a un sastre tan destacado, además —dijo Caleb—. Un sastre muy de moda. Es demasiado bueno para mí.

La Chica Ciega dejó el trabajo un momento y se rió con deleite.

—¡Demasiado bueno, padre! ¿Qué puede ser demasiado bueno para ti?

—Casi me avergüenzo de llevarlo —insistió Caleb, observando el efecto de cuanto decía en el rostro de su hija, cada vez más radiante—, te lo aseguro. Cuando oigo a los muchachos y a la gente decir a mi espalda «¡Vaya! ¡Qué hombre tan distinguido!», no sé hacia dónde mirar. Y cuando anoche el mendigo no se marchaba y yo le decía que era un hombre vulgar, él dijo: «¡No, excelentísimo señor, no diga eso!». Me sentí bastante abochornado. Ciertamente me sentí como si no tuviese derecho a llevarlo.

¡Feliz Chica Ciega! ¡Qué dichosa era en su júbilo!

—Te veo, padre —dijo, uniendo las manos—, con tanta claridad como si tuviese los ojos que para nada necesito cuando estás conmigo. Un gabán azul...

—Azul intenso —puntualizó Caleb.

—¡Sí, sí! ¡Azul intenso! —exclamó la muchacha, alzando su rostro resplandeciente—. ¡Recuerdo ese color del bendito cielo! ¡Ya me habías dicho que era azul! Un gabán azul intenso...

—De corte holgado —sugirió Caleb.

—¡Sí! ¡De corte holgado! —gritó la Chica Ciega, riéndose con ganas—. Y con él, querido padre, con tu alegre mirada, con tu cara sonriente y tu paso ligero, y tu cabello oscuro, idebes de parecer tan joven y elegante!

—¡Basta! ¡Basta! Voy a volverme vanidoso.

—¡Creo que ya lo eres! —voceó la Chica Ciega, señalándolo en su regocijo—. ¡Te conozco, padre! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya ves: te he descubierto!

¡Qué diferente de Caleb era la imagen que ella ideaba mientras él la observaba allí, sentado! Ella se había referido a su andar ligero. En eso había acertado. Durante años y años, nunca, ni en una sola ocasión, había cruzado aquel umbral con la lentitud propia de él, sino con zancadas impostadas para sus oídos, ¡y nunca, ni en sus momentos más compungidos, había olvidado poner en práctica el paso ligero que iba a hacer de ella alguien tan alegre y valiente!

¡Solo Dios lo sabe! Pero, a mi parecer, el vago desconcierto que regía los modales de Caleb podría encontrar parte de su origen en el hecho de haberse engañado acerca de sí mismo y de todo cuanto lo rodeaba por amor a su Hija Ciega. ¡Cómo podía no estar desconcertado después de haber trabajado durante tantos años para destruir su identidad y la de todos los objetos que guardaban relación con ella!

—Ya está —dijo Caleb, retrocediendo un par de pasos para valorar mejor su obra—, casi tan real como el valor de seis peniques en monedas de medio penique lo es para la moneda de seis peniques. ¡Qué lástima que toda la fachada de la casa se abra a la vez! ¡Si tuviera una sola escalera y puertas normales en las habitaciones para acceder a ellas! Pero eso es lo peor de mi profesión: siempre me engaño, siempre me estafo.

—Hablas en voz muy baja. ¿No estarás cansado, padre?

—¡Cansado! —repitió Caleb, súbitamente animado—, ¿qué debería cansarme, Bertha? ¡Yo nunca he estado cansado! ¿Qué significa eso?

Para infundir mayor credibilidad a sus palabras, se detuvo cuando estaba a punto de imitar involuntariamente a dos figurillas de medio cuerpo que se desperezaban y bostezaban sobre la repisa de la chimenea, y que estaban inmortalizadas en un eterno estado de fatiga de cintura para arriba, y en su lugar tarareó las estrofas de una canción. Era una canción báquica, algo acerca de una copa centelleante, y la entonó con voz tan despreocupada que incluso su rostro pareció mil veces más enjuto y meditabundo que nunca.

—¿Cómo? Estás cantando, ¿verdad? —dijo Tackleton asomando la cabeza por la puerta—. ¡Sigue, sigue! Yo no sé cantar.

Nadie lo habría puesto en duda. De ninguna de las maneras tenía lo que generalmente podría considerarse un rostro melodioso.

—Yo no puedo permitirme cantar —dijo Tackleton—. Me alegro de que tú sí. Y confío en que también puedas permitirme trabajar. Aunque me inclino a pensar que no hay tiempo para ambas tareas.

—¡Si pudieras ver cómo me guiña el ojo, Bertha! —susurró Caleb—. ¡Qué hombre tan bromista! Si no lo conocieses, creerías que habla en serio..., como ahora, ¿verdad?

La Chica Ciega sonrió y asintió con la cabeza.

—Según el dicho, al pájaro que sabe cantar y no canta, hay que obligarlo a cantar —gruñó Tackleton—. ¿Qué hay del búho que no sabe cantar y no debería hacerlo, y sin embargo lo hace? ¿Hay algo a lo que habría que obligarlo?

—¡Cómo guiña el ojo en este momento! —musitó Caleb para su hija—. ¡Cielo santo!

—¡Siempre tan alegre y desenfadado con nosotros! —exclamó la sonriente Bertha.

—¡Ah, tú también estás ahí! —respondió Tackleton—. ¡Pobre idiota!

Y en verdad creía que la muchacha era una idiota, y fundamentaba su creencia, no sabría decir si consciente o inconscientemente, en la simpatía que ella le demostraba.

—¡Bien! Ya que estás aquí, ¿cómo te encuentras? —preguntó Tackleton, con su característica reticencia.

—¡Ah! Bien, muy bien. Y tan feliz como usted desea que sea. ¡Tan feliz como usted desearía hacer a todo el mundo, si en sus manos estuviese!

—¡Pobre idiota! —murmuró Tackleton—. Ni un atisbo de raciocinio. ¡Ni un atisbo!

La Chica Ciega tomó su mano y la besó, la sostuvo unos instantes entre las suyas y posó tiernamente contra ella la mejilla antes de

soltarla. Aquel gesto entrañaba un afecto tan indecible y una gratitud tan fervorosa que Tackleton se vio movido a decir, con un gruñido algo más templado de lo habitual:

—¿Qué ocurre ahora?

—Lo puse muy cerca, al lado de mi almohada, cuando me acosté anoche, y lo recordé en mis sueños. Y cuando amaneció y el sol glorioso y rojo... ¿Rojo, padre?

—Rojo al amanecer y al atardecer, Bertha —contestó el pobre Caleb, dirigiendo una mirada afligida a su patrón.

—Cuando salí y la intensa luz con la que casi temo tropezar al andar entró en la habitación, giré el arbolito hacia ella y di gracias al Cielo por crear cosas tan preciosas, ¡y a usted por enviármelas para animarme!

—¡Está loca de atar! —masculló Tackleton—. A este paso llegaremos a la camisa de fuerza y a las mordazas. ¡Vamos directos!

Caleb, con las manos entrelazadas holgadamente, mantenía la mirada perdida ante él mientras su hija hablaba, como si ciertamente dudase (es mi creencia que así era) de si Tackleton había hecho algo o no para merecer su gratitud. De haber sido libre de hacer lo que le placiese y en aquel momento se le hubiese exigido, so pena de muerte, asestar una patada al Comerciante de Juguetes o bien postrarse a sus pies en reconocimiento de sus méritos, en mi opinión ambas opciones habrían gozado de las mismas oportunidades. Pero Caleb sabía que había sido él mismo quien, con sus propias manos, había llevado con tanto cuidado aquel pequeño rosal a casa para ella, quien con sus propios labios había forjado el inocente engaño que la protegería de sospechar cuántas, cuantísimas privaciones se imponía él para que ella fuese algo más feliz.

—¡Bertha! —dijo Tackleton, arrogándose cierta cordialidad para la ocasión—. Acércate.

—¡Oh, sí! ¡Puedo ir directa hacia usted! ¡No es preciso que me guíe! —contestó ella.

—¿Puedo confiarte un secreto, Bertha?

—¡Si así lo desea! —respondió ella, entusiasmada.

¡Cómo resplandecía aquel rostro ensombrecido! ¡Cuánta luz

adornaba aquella cabeza presta a escuchar!

—Hoy es el día de visita de la pequeña como-se-llame, la niña mimada, la esposa de Peerybingle, y va a traer un fantástico almuerzo, ¿no es así? —dijo Tackleton, con un marcado semblante de desagrado ante la mencionada ocasión.

—En efecto —contestó Bertha—. Hoy es el día.

—¡Eso creía! —repuso Tackleton—. Me gustaría participar de la reunión.

—¿Has oído eso, padre?! —gritó la Chica Ciega, extasiada.

—Sí, sí, lo he oído —murmuró Caleb, con la mirada extraviada de un sonámbulo—, pero no doy crédito. Es una de mis mentiras, estoy seguro.

—Verás, quiero... quiero traer a los Peerybingle para que tengan un poco más de trato con May Fielding —dijo Tackleton—. Voy a casarme con May.

—¡Va a casarse! —exclamó la Chica Ciega, alejándose de él sobresaltada.

—Es tan condenadamente idiota —musitó Tackleton— que ya me temía que no fuera a entenderme. ¡Ah, Bertha! Iglesia, cura, sacristán, monaguillo, carroza acristalada, campanas, desayuno, tarta nupcial, escarapelas, instrumentos musicales y el resto de la parafernalia. Una boda, ya sabes, una boda. ¿O no sabes lo que es una boda?

—Sí, lo sé —contestó la Chica Ciega con tono afable—. ¡Le entiendo!

—Ah, ¿sí? —murmuró Tackleton—. Es más de lo que esperaba. ¡Bien! Ese es el motivo por el que quiero participar de la reunión, y llevar conmigo a May y a su madre. Os enviaré alguna cosilla por la mañana. Una pierna de cordero fría o cualquier otra fruslería similar. ¿Contarás conmigo?

—Sí —contestó ella.

Había agachado y vuelto la cabeza, y así permaneció, con las manos enlazadas, meditando.

—No creo que lo hagas —murmuró Tackleton mirándola—, pues

ya parece haberlo olvidado todo. ¡Caleb!

«Supongo que debo atreverme a decir que estoy aquí», pensó Caleb.

—¿Señor?

—Cuidese de que no olvide cuanto le he dicho.

—Nunca olvida nada —repuso Caleb—. Es lo único que no se le da bien.

—Todo el mundo cree que sus gansos son cisnes —observó el Comerciante de Juguetes encogiéndose de hombros—. ¡Pobre diablo!

Y, tras pronunciar tal juicio con infinito desdén, el viejo Gruff y Tackleton se retiró.

Bertha se quedó donde él la había dejado, sumida en sus cavilaciones. La alegría se había desvanecido de su rostro gacho, que se había tornado muy triste. Tres o cuatro veces sacudió la cabeza, como lamentando algún recuerdo o alguna pérdida, pero sus pesarasas reflexiones no encontraron desahogo en palabras.

Solo cuando, rato después, Caleb volvió a estar ocupado en enyuntar una recua de caballos a un carromato por el proceso sumario de clavar los arreos a las zonas vitales de sus cuerpos, Bertha se acercó a su taburete de trabajo y, sentándose a su lado, dijo:

—Padre, estoy sola en las tinieblas. Necesito mis ojos, mis pacientes y voluntariosos ojos.

—Aquí están —dijo Caleb—. Siempre dispuestos. Son más tuyos que míos, Bertha, las veinticuatro horas del día. ¿Qué pueden hacer por ti tus ojos, querida?

—Que se paseen por la estancia, padre.

—Muy bien —dijo Caleb—. Dicho y hecho, Bertha.

—Háblame de ella.

—Está más o menos como siempre —dijo Caleb—. Acogedora, aunque bastante pequeña. Los vivos colores en las paredes, las radiantes flores en las fuentes y los platos, la madera bruñida en las vigas y paneles, la alegría y la pulcritud generales de la casa...; todo eso

la hace muy hermosa.

Alegre y pulcro era todo hasta donde las manos de Bertha alcanzaban. Pero la alegría y la pulcritud no eran posibles en ningún otro rincón de aquel viejo y desvencijado cobertizo que la fantasía de Caleb transformaba.

—¿Ahora llevas puesta la ropa de trabajo y no pareces tan refinado como cuando te pones el gabán elegante? —preguntó Bertha, tocándolo.

—No tan refinado —contestó Caleb—. Aunque sí muy brioso.

—Padre —dijo la Chica Ciega, acercándose más a él y pasándole un brazo por el cuello—. Cuéntame algo de May. ¿Es muy hermosa?

—Sí, en verdad lo es —respondió Caleb. Y en verdad lo era. A Caleb se le hacía extraño no tener que recurrir a su inventiva.

—Tiene el cabello oscuro —dijo Bertha, con aire pensativo—, más oscuro que el mío. Su voz es dulce y melódica, lo sé. A menudo me he deleitado al oírla. Su figura...

—No hay muñeca en todo el taller que se equipare a ella —dijo Caleb—. ¡Y sus ojos...!

Se interrumpió, pues Bertha se apretaba más contra su cuello, y percibió que el brazo que lo rodeaba y colgaba inerte ejercía una leve pero alarmante presión que él comprendía demasiado bien.

Tosió un momento, trabajó con el otro martillo, y finalmente reanudó la canción sobre la Copa Centelleante, su recurso infalible en situaciones difíciles como aquella.

—Nuestro amigo, padre, nuestro benefactor. Sabes que nunca me canso de oír hablar de él... ¿Te ha dado esa impresión alguna vez? —preguntó, ansiosa.

—Claro que no —respondió Caleb—. Y con razón.

—¡Ah! ¡Con cuánta razón! —exclamó la Chica Ciega. Y lo hizo con tal fervor que Caleb, pese a la pureza de sus motivos, no soportó mirarla a la cara y agachó los ojos, como si ella pudiese leer en ellos su inocente engaño—. Entonces, háblame de él otra vez, querido padre —dijo Bertha—. ¡Muchas veces más! Su rostro es benévolo, amable y dulce. Honrado y veraz, estoy segura. El corazón varonil que trata de

ocultar sus buenos sentimientos bajo una apariencia de rudeza y desafecto late en cada una de sus miradas.

—Y lo ennoblece —añadió Caleb en su muda desesperación.

—¡Y lo ennoblece! —exclamó la Chica Ciega—. Es mayor que May, padre.

—S... sí —contestó Caleb, renuente—. Es un poco mayor que May, pero eso no tiene importancia.

—¡Oh, padre! ¡Sí la tiene! Ser su paciente compañera en los achaques y en la vejez; ser su amable cuidadora en la enfermedad y su fiel amiga en el sufrimiento y la aflicción; no conocer la fatiga en su plena dedicación a él; cuidarlo y atenderlo; sentarse junto a su cama y hablarle en su vigilia, y rezar por él en su sueño, ¡qué privilegios! ¡Cuántas ocasiones para demostrarle su verdadera esencia y su devoción! ¿Hará ella todo eso, querido padre?

—No me cabe la menor duda —contestó Caleb.

—La quiero, padre, ¡puedo quererla con toda mi alma! —exclamó la Chica Ciega.

Y, mientras lo hacía, posó su pobre e invidente cara en el hombro de Caleb, y así lloró y lloró, tanto que él casi lamentó haber insuflado en ella aquella lacrimosa felicidad.

Mientras tanto, en el hogar de John Peerybingle se había producido una brusca conmoción, pues la menuda señora Peerybingle, naturalmente, no podía contemplar la idea de ir a ningún sitio sin el Bebé, y cargar con él llevaba algún tiempo. No es que el Bebé ocupase demasiado, hablando en términos de peso y talla, pero era mucho lo que había que preparar para él y había que prepararlo paso a paso. Por ejemplo, cuando, por las buenas o por las malas, se tenía al pequeño casi acabado de vestir y uno razonablemente podía suponer que con un par de toques la tarea estaría concluida y el Bebé quedaría convertido en un primor capaz de desafiar al mundo entero, de pronto el pequeño desaparecía bajo un gorro de franela y había que acostarlo en la cama y ponerlo a fuego lento (por decirlo de algún modo) entre dos mantas durante casi una hora entera. A continuación se le sacaba de aquel estado de inactividad, todo brillante y entre violentos bramidos, para hacerle partícipe de... bien, me inclino a decir, si se me permite hablar en términos generales..., del más ligero ágape. Tras lo cual, volvía a dormir. La señora Peerybingle aprovechaba tal intervalo para acicalarse con la elegancia más sencilla que jamás hayan visto en su

vida; y, durante la misma breve tregua, la señorita Slowboy se introducía en una ceñida chaqueta de un estilo tan sorprendente e ingenioso que parecía no tener relación alguna con ella ni con nada más en el universo, sino que era un objeto encogido, sobado e independiente que seguía su propio derrotero sin la menor consideración a nadie. Para entonces, el Bebé, de nuevo plenamente vivo, era investido, por medio de los esfuerzos sumados de la señora Peerybingle y de la señorita Slowboy, con un mantón de color crema para el cuerpo y una especie de tarta ahuecada de nanquín para la cabeza; y así, a su debido tiempo, los tres bajaron hasta la puerta de la calle, donde el viejo caballo había consumido ya más del importe del peaje de aquel día, destrozando el pavimento con sus impacientes autógrafos, y desde donde se atisbaba vagamente a Boxer en la lejanía, de pie, mirando atrás y tentándolo a ponerse en movimiento sin que nadie se lo ordenase.

Si creen que se precisaba una silla o algún objeto similar para facilitar el acceso de la señora Peerybingle al carro, es que conocen muy poco a John, me congratulo en decir. Antes de que tuvieran tiempo de verle levantándola del suelo, allí estaba ella ya sentada, fresca y sonrosada, diciendo: «¡John! ¡Cómo se te ocurre! ¡Piensa en Tilly!».

Si se me permitiese hacer alguna clase de mención a las piernas de una joven dama, observaría de las de la señorita Slowboy que había en ellas una fatalidad que las hacía singularmente propensas a los rasguños, y que la muchacha nunca efectuaba el menor ascenso o descenso sin registrar tal circunstancia en forma de corte o muesca, como aquellas con las que Robinson Crusoe marcaba los días en su calendario de madera. No obstante, dado que esto podría parecer poco elegante, lo reconsideraré.

—John, ¿has cogido la cesta con el pastel de ternera y jamón y lo demás, y las botellas de cerveza? —preguntó Motita—. Si no la has cogido, tendrás que dar media vuelta ahora mismo.

—Qué cosita más linda eres —contestó el Carretero—, ¡mira que hablar de dar media vuelta después de hacerme ir con un cuarto de hora de retraso!

—Lo siento, John —dijo Motita, muy turbada—, pero de ningún modo se me ocurriría ir a ver a Bertha, bajo ningún pretexto lo haría, John, sin llevar el pastel de ternera y jamón y lo demás, y las botellas de cerveza. ¡So!

El monosílabo iba dirigido al caballo, que lo obvió por completo.

—¡Oh, detenlo, John! —dijo la señora Peerybingle—. ¡Por favor!

—Habrá tiempo de sobra para eso —repuso John— cuando empiece a entregar paquetes. La cesta está aquí, a buen recaudo.

—¡Qué monstruo despiadado tienes que ser, John, para no habérmelo dicho de inmediato y haberme ahorrado semejante disgusto! Como te he dicho, por nada del mundo iría a ver a Bertha sin el pastel de ternera y jamón y lo demás, y las botellas de cerveza. Cada quince días sin excepción desde que nos casamos, John, hemos llevado nuestro frugal almuerzo. Si algo saliese mal, casi llegaría a creer que nunca volveríamos a tener suerte.

—Fue una idea muy atenta desde el primer momento —dijo el Carretero—, y eso te honra, mujercita.

—Mi querido John —replicó Motita, ruborizándose intensamente—, no hables de honrarme. ¡Cielo santo!

—Por cierto... —dijo el Carretero—, ese anciano caballero...

¡De nuevo tan visible e instantáneamente azorada!

—Es un individuo singular —dijo el Carretero, con la mirada clavada en el camino que se extendía frente a ellos—. No consigo descifrarlo, aunque no creo que sea una mala persona.

—En absoluto. Estoy... estoy segura de que no.

—¿De veras? —repuso el Carretero, y la miró, sorprendido por el fervor de su respuesta—. Me alegro de que estés tan segura, porque eso confirma mi parecer. Es curioso que se haya empeñado en que le permitiésemos seguir alojándose con nosotros, ¿no te parece? A veces ocurren cosas tan extrañas...

—Muy extrañas —repitió ella con un hilo de voz, apenas audible.

—De todos modos, es un caballero anciano y amable —dijo John—, paga como un caballero, y creo que podemos fiarnos de su palabra como de la palabra de un caballero. Esta mañana he mantenido una larga charla con él; puede oírme mejor, dice, a medida que se habitúa a mi voz. Me ha hablado mucho de él, y yo le he hablado mucho de mí, y me ha hecho un sinfín de preguntas curiosas. Le he informado de que en mi trabajo hago dos trayectos diarios, ya sabes, un día hacia la derecha de nuestra casa y de vuelta, otro día hacia la izquierda de nuestra casa y de vuelta (pues es forastero y desconoce los nombres de los lugares de por aquí), y pareció bastante complacido. «Bien, entonces esta noche tendré que regresar a casa por el camino que

usted siga», me ha dicho, «aunque en realidad creía que seguiría justo la dirección contraria. Magnífico. Es probable que le moleste de nuevo pidiéndole que me lleve una vez más, pero me comprometo a no volver a caer en un sueño tan profundo». ¡Y vaya si había tenido un sueño profundo...! Motita, ¿en qué piensas?

—¿En qué pienso, John? Te... te escuchaba.

—¡Oh, muy bien! —contestó el honrado Carretero—. Por tu expresión temía haber divagado hasta el punto de hacerte pensar en alguna otra cosa. He estado a punto de hacerlo, ya lo creo.

Sin que Motita respondiese, siguieron avanzando un rato al trote y en silencio. Pero no resultaba fácil guardar silencio durante mucho tiempo en el carro de John Peerybingle, pues todos aquellos con los que se encontraban en la carretera tenían algo que decirle; aunque no fuese más que un «¿Cómo está?», y, de hecho, con mucha frecuencia eso era todo, corresponder a tal saludo con el correcto espíritu de cordialidad no requería un mero gesto con la cabeza y una sonrisa sino el pleno rendimiento de los pulmones, como en un largo discurso parlamentario. En ocasiones, viandantes y jinetes caminaban un trecho al lado del carro con el propósito de cruzar unas palabras, aunque después siempre resultaba que había mucho por decir, por ambas partes.

Por si fuera poco, ¡Boxer generaba más ocasiones de intercambio de saludos afables con el Carretero que media docena de cristianos! ¡Todo el mundo lo conocía a lo largo de la carretera, especialmente las aves de corral y los cerdos, que, cuando lo veían acercarse, con el cuerpo ladeado y las orejas enhiestas de curiosidad, y aquella perilla que tenía por cola alzándose cuanto podía en el aire, se retiraban al instante a los rincones más remotos de sus moradas, sin esperar el honor de trabar con él una relación más estrecha. En todas partes tenía algo por hacer: adelantarse en los recodos, asomarse a los pozos, entrar y salir corriendo de todas las granjas, irrumpir en todas las escuelas infantiles dirigidas por una dama, espantar a todas las palomas, aumentar de tamaño las colas de todos los gatos y trotar al interior de todas las tabernas como si fuera un cliente habitual. Allá adonde iba, se oía decir a uno o a otro «¡Eh, aquí está Boxer!», y alguien salía de inmediato acompañado al menos de dos o tres *álguienes* más para desear un buen día a John Peerybingle y a su bella esposa.

Los fardos y los paquetes que esperaban al paso del carro eran numerosos, como también las paradas que tenían que hacer los Peerybingle para recogerlos y entregarlos; aunque de ningún modo constituía esto la peor parte del viaje. Algunas personas esperaban sus paquetes con tal anhelo, y otras se maravillaban tanto al recibirlos, y

aún otras proporcionaban tantas señas con respecto a los suyos, y John dedicaba tanto interés a todos ellos, que aquello era entretenido como un juego. Igualmente, había artículos por transportar que requerían consideraciones y discusiones, y en referencia a su tasación y disposición era preciso celebrar asambleas entre el Carretero y los remitentes, reuniones a las que Boxer solía asistir con breves accesos de intensa atención y largos accesos de correteos alrededor de los doctos reunidos, ladrando hasta enronquecer. De todos estos pequeños incidentes, Motita era la divertida y atenta espectadora desde su asiento en el carro, y, puedo asegurarlo, no faltaban codazos ni miradas ni susurros ni envidias entre los hombres más jóvenes ante la dama allí sentada observando, un encantador retrato admirablemente enmarcado por el toldo. Y ello deleitaba a John el Carretero de forma indecible, pues se sentía orgulloso de la admiración que despertaba su mujercita, sabedor de que a ella no le importunaba, de que, si acaso, tal vez incluso le gustaba.

El trayecto transcurrió entre una ligera bruma, como es propio del tiempo en el mes de enero, y también hacía un frío crudo. Pero ¿a quién le importaban tales nimiedades? Decididamente, no a Motita. Ni a Tilly Slowboy, que consideraba el hecho de estar sentada en el carro, al margen del propósito, el punto culminante del disfrute humano, la circunstancia suprema de las ilusiones terrenales. Ni al Bebé, no me cabe la menor duda, pues no es propio de la naturaleza de los bebés dormir tan cálida y profundamente, aunque tengan gran capacidad para ello, como lo hizo el bendito pequeño Peerybingle durante todo el camino.

La niebla impedía ver a mucha distancia, como es natural, pero era mucho lo que se atisbaba, ¡oh, sí, mucho! Es asombroso cuánto se puede ver con una niebla incluso más densa que aquella con solo tomarse la molestia de buscar con la mirada. Pues incluso contemplar los anillos de hadas en las praderas y los retazos de escarcha que aún quedaban en las zonas sombreadas, cerca de setos y árboles, era un agradable entretenimiento, por no hablar de las sorprendentes formas con que los propios árboles asomaban por entre la bruma para mirar y volvían a sumirse en ella. Los setos estaban enmarañados y pelados, y de ellos colgaban infinidad de guirnaldas añubladas que se balanceaban a merced del viento, pero nada había de desalentador en ello. Resultaba agradable contemplarlo, pues hacía más cálida la estancia donde hubiese una buena lumbre y más verde el verano por llegar. El río tenía un aspecto gélido, pero fluía, y a buen ritmo, algo maravilloso. La corriente era más bien lenta y parecía aletargada, eso había que admitirlo. No importaba. Tanto antes se helaría cuando el frío se tornase más riguroso, y entonces se podría patinar y deslizarse sobre él, y las pesadas y viejas barcazas, congeladas en algún lugar próximo a

un muelle, expulsarían humo por sus oxidadas chimeneas de hierro durante todo el día, y disfrutarían perezosas.

En un lugar había un gran montículo de malas hierbas o rastrojos ardiendo, y contemplaron el fuego, muy blanco a la luz del día, refulgiendo entre la niebla con solo una pincelada roja aquí y otra allá, hasta que, tras comentar que el humo «se le metía en la nariz», la señorita Slowboy se atoró —era capaz de hacer algo así a la menor provocación— y despertó al Bebé, que ya no volvió a dormirse. Pero Boxer, que les sacaba aproximadamente cuatrocientos metros de ventaja, había dejado atrás ya los postes indicativos de la ciudad y alcanzado la esquina de la calle donde vivían Caleb y su hija, y, mucho antes de que todos llegaran a la puerta, ambos los esperaban ya frente a ella para recibirlos.

Boxer, dicho sea de paso, dio muestra en su comunicación con Bertha de unas delicadas deferencias que me hacen estar convencido de que sabía que la muchacha era invidente. Nunca intentaba atraer su atención mirándola, como solía hacer con los demás, sino que invariablemente la tocaba. Desconozco la experiencia que pudiera haber tenido con personas o perros invidentes. Hasta donde mi conocimiento alcanza, nunca había tenido un amo ciego, y ni el veterano señor Boxer, ni la señora Boxer ni ninguno de sus respetables familiares por parte de padre y madre habían padecido ceguera. Tal vez, de algún modo, había descubierto esa circunstancia por sí mismo y se aferró a ella, y así también aferró a Bertha, por la falda, y así la mantuvo hasta que la señora Peerybingle, el Bebé, la señorita Slowboy y la cesta estuvieron a salvo en el interior de la casa.

May Fielding ya había llegado, y también su madre, una anciana diminuta y quejumbrosa de rostro huraño, quien, por haber conservado una cintura de avispa, se suponía que debía ser considerada una figura sobresaliente, y quien, a consecuencia de haber disfrutado en otros tiempos de una posición más desahogada o de insistir en que podría haberlo hecho, si hubiese ocurrido algo que nunca ocurrió y que parecía que nunca había sido muy probable que llegase a ocurrir —lo cual viene a ser lo mismo—, era en realidad muy refinada y condescendiente. Gruff y Tackleton también estaba allí, haciéndose el simpático, con la evidente sensación de encontrarse tan cómodo e incuestionablemente tan en su elemento como un joven y lozano salmón en la cúspide de la Gran Pirámide.

—¡May! ¡Mi querida y vieja amiga! —gritó Motita, corriendo a su encuentro—. ¡Qué felicidad verte!

Su vieja amiga se sentía igual de efusiva y alegre, y verlas

abrazarse fue, créanme, una escena de lo más agradable. No podía dudarse de que Tackleton era hombre de buen gusto. May era muy bella.

Como sabrán, en ocasiones, cuando uno está ya habituado a un rostro hermoso y cuando este entra en contraste y comparación con otro rostro hermoso, en un primer instante da la impresión de ser prosaico y desvaído, y difícilmente merece la elevada opinión que uno ha albergado de él. Sin embargo, en absoluto era este el caso, ni con Motita ni con May, pues la cara de May resaltaba la de Motita, y la de Motita realzaba la de May, de forma tan natural y encantadora que, tal como estuvo muy a punto de decir John Peerybingle al entrar en la estancia, tendrían que haber sido hermanas, la única sugerencia que podría haber mejorado lo presente.

Tackleton había llevado la pierna de cordero y, algo maravilloso de relatar, también una tarta —no está de más un pequeño derroche cuando se trata de nuestras novias; no nos casamos todos los días—, y, además de estas exquisiteces, estaba el pastel de ternera y jamón y «lo demás», según lo denominaba la señora Peerybingle y que principalmente consistía en nueces y naranjas, pastelillos y otras minucias. Cuando la comida estuvo servida en la mesa, flanqueada por la aportación de Caleb, que fue un enorme cuenco de madera repleto de patatas humeantes (tenía prohibido, por solemne convención, aportar ninguna otra clase de viandas), Tackleton acompañó a su futura suegra al Puesto de Honor. Para honrar aún más su lugar en la gran Fiesta, la majestuosa y vieja Alma se había tocado con un gorro pensado para sobrecoger al más desprevenido. También llevaba guantes. Pero ino abandonemos la cortesía, so pena de muerte!

Caleb se sentó al lado de su hija; Motita y su antigua compañera de escuela también se sentaron juntas; el buen Carretero se acomodó al final de la mesa. La señorita Slowboy quedó, por el momento, alejada de todo mobiliario a excepción de la silla en la que descansaba para no tener nada contra lo que golpear la cabeza del Bebé.

Mientras Tilly observaba maravillada las muñecas y los juguetes que la rodeaban, los demás la observaban a ella y al resto de los asistentes. Los venerables y ancianos caballeros que se hallaban a la puerta de sus casas (todos muy atareados) mostraban especial interés por ellos, haciendo una pausa de cuando en cuando antes de dar un brinco, como si estuviesen escuchando la conversación, y reanudando frenéticamente su actividad una y otra vez, infinidad de veces, sin tomarse un respiro, como en un estado de frenético regocijo frente a todo cuanto allí acontecía.

Ciertamente, si aquellos ancianos caballeros tenían propensión a regodearse contemplando la turbación de Tackleton, motivos no les faltaban para sentirse satisfechos. Tackleton no conseguía salir airoso de la situación, y cuanto más alegraba a su futura esposa hallarse en el entorno de Motita, tanto más le disgustaba a él, si bien había sido iniciativa suya reunirlos allí para tal propósito. Tackleton acostumbraba comportarse como el Perro del Hortelano, y cuando todos reían y él no conseguía hacerlo, se empecinaba en creer que debían de estar riéndose de él.

—¡Ah, May! —dijo Motita—. ¡Querida, querida, cuántos cambios! Hablar de aquellos felices tiempos en la escuela hace que una vuelva a sentirse joven.

—Pero ninguna de las dos sois particularmente mayores, ¿no es así? —dijo Tackleton.

—Mire a mi esposo, tan serio y tan pausado —respondió Motita—. Suma, por lo menos, veinte años a mi edad. ¿No es así, John?

—Cuarenta —contestó John.

—Estoy segura de que usted no sabe cuántos suma a los de May —dijo Motita, entre risas—, pero es imposible que ella no cumpla muchos menos de cien años en su próximo aniversario.

—¡Ja, ja! —se rió Tackleton, si bien era una risa hueca como un tambor. Y dio la impresión de haber sido capaz de retorcerle felizmente el cuello a Motita.

—¡Querida, querida! —dijo Motita—. ¡Y recordar cómo hablábamos en la escuela de los esposos que elegiríamos! ¡Qué sé yo lo joven y apuesto y alegre y vivaz que iba a ser el mío! Y en cuanto a May... ¡Ah, querida! No sé si reír o llorar cuando pienso en lo tontas que éramos de jóvenes.

May sí parecía saber qué hacer, pues se sonrojó al instante y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—A veces incluso nos decidíamos por alguien en particular, por jóvenes vivos y reales —prosiguió Motita—. Poco sabíamos cómo irían las cosas. Yo nunca me decidí por John, de eso estoy segura; ni siquiera le dediqué un pensamiento. Y si se me hubiese ocurrido decirte que acabarías casándote con el señor Tackleton, me habrías dado una bofetada, ¿verdad, May?

Aunque May no contestó con un sí, tampoco lo hizo con un no ni lo expresó en modo alguno.

Tackleton se echó a reír, o más bien gritó, de tan estridente como era su risa. John Peerybingle también se rió con su cordialidad y su afabilidad habituales, si bien para Tackleton aquello fue apenas un susurro.

—Y, sin embargo, ya lo veis: no pudisteis evitarlo, no pudisteis resistiros a nosotros —dijo Tackleton—. ¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos! ¿Dónde están ahora vuestros alegres y jóvenes prometidos?

—Algunos, muertos —contestó Motita—, y otros, olvidados. Si pudiesen estar aquí en estos momentos, varios de ellos no creerían que somos las mismas personas, no creerían lo que verían y lo que oirían, ni que hayamos podido olvidarlos. ¡No! ¡No creerían una palabra!

—Pero ¡Motita! —exclamó el Carretero—. ¡Mujercita!

Su esposa se había expresado con tal franqueza y tal fervor que él creyó de todo punto necesario apelar a su compostura. La interrupción de su esposo fue muy delicada, pues se había limitado a interferir con la única intención de protegerla del viejo Tackleton, pero resultó efectiva, pues ella se atajó y no dijo nada más. Pese a guardar silencio, había en ella una insólita inquietud que el receloso Tackleton percibió claramente con su ojo medio cerrado y que decidió recordar con cierta intención, como se verá más adelante.

May no pronunció media palabra, buena ni mala, sino que permaneció callada con la mirada gacha, y tampoco dio muestra de interés por lo que había ocurrido. La buena dama, su madre, intervino entonces para observar, en primer lugar, que las muchachas eran muchachas, y que lo pasado pasado estaba, y que mientras los jóvenes fuesen jóvenes e irreflexivos, probablemente se comportarían como jóvenes irreflexivos, y añadió dos o tres juicios más de naturaleza no menos rotunda e irrefutable. A continuación comentó, con devota actitud, que agradecía a Dios que siempre hubiese encontrado en su hija May a una criatura cumplida y obediente, de lo cual no se atribuía el mérito, si bien tenía sólidas razones para creer que aquello se debía a ella. En cuanto al señor Tackleton, dijo que, desde un punto de vista moral, era una persona intachable, y que, desde un punto de vista elegible, nadie en su sano juicio podía poner en duda que era un yerno idóneo. (En esto se mostró muy categórica). En cuanto a la familia que con tanta brevedad, tras una pertinaz solicitud, iba a admitirla en su seno, creía que el señor Tackleton sabía que, aunque su monedero no pasaba por su mejor momento, sí tenía ciertas pretensiones de

refinamiento; y si determinadas circunstancias, no del todo inconexas, se atrevía incluso a afirmar, relacionadas con el comercio de añil pero de las que prefería no dar más detalle, se hubiesen dado de otro modo, probablemente habría podido ser poseedora de cierta fortuna. Acto seguido comentó que no haría alusión al pasado y que no mencionaría que su hija durante un tiempo había rechazado el cortejo del señor Tackleton, y que tampoco diría muchas otras cosas que dijo y en las que se recreó. Finalmente, afirmó como resultado general de sus observaciones y su experiencia que los matrimonios en los que menos había de aquello a lo que romántica y estúpidamente se llamaba «amor» eran siempre los más felices, y que ella auguraba a aquella pareja la mayor de las dichas, no una dicha embelesada, sino sólida y perdurable. Concluyó informando al grupo que solo había vivido para presenciar lo que acontecería al día siguiente, y que cuando este concluyera, no desearía más que la amortajasen y la enterrasen en algún cementerio distinguido.

Dada la incontestabilidad de tales aseveraciones, que es la feliz cualidad de todas las aseveraciones suficientemente imprecisas, cambiaron el rumbo de la conversación y desviaron la atención general hacia el pastel de ternera y jamón, la pierna de cordero fría, las patatas y los pastelillos. Para no hacer de menos a la cerveza embotellada, John Peerybingle propuso un brindis por el día siguiente, el día de la boda, así como que todos bebiesen un buen trago antes de proseguir él con su viaje.

Porque deben saber que él únicamente había parado allí para descansar y para que el viejo caballo comiese bien. Tenía que cubrir aún unos siete u ocho kilómetros, y, en el camino de vuelta, por la noche, recogería a Motita y descansaría otro rato. Era el orden del día de aquellas visitas, y lo había sido desde su institución.

Además de la novia y el novio electo, hubo dos personas que se sumaron al brindis con poco entusiasmo. Una de ellas era Motita, demasiado azorada y turbada para adaptarse a la menor incidencia en aquellos momentos; la otra era Bertha, que se puso en pie precipitadamente antes que los demás y abandonó la mesa.

—¡Adiós! —exclamó el robusto John Peerybingle mientras se ponía el grueso sobretodo—. Volveré a la hora de siempre. ¡Adiós a todos!

—Adiós, John —contestó Caleb.

Dio la impresión de decirlo mecánicamente, y sacudió una mano con el mismo aire absorto, pues observaba a Bertha con el semblante ansioso y desazonado que nunca lo abandonaba.

—¡Adiós, mozalbete! —exclamó el alegre Carretero mientras se inclinaba para besar al pequeño, al que Tilly Slowboy, en esos momentos concentrada en el cuchillo y el tenedor, había puesto a dormir (y, extrañamente, sin percance alguno) en una cunita que le había proporcionado Bertha—. ¡Adiós! Llegará el día, supongo, en que saldrás al frío, mi pequeño amigo, y dejarás a tu viejo padre disfrutando de su pipa y su reuma en el rincón de la chimenea, ¿eh? ¿Dónde está Motita?

—¡Estoy aquí, John! —contestó ella, sobresaltada.

—¡Ven, ven! —dijo el Carretero, dando unas sonoras palmadas con sus manazas—. ¿Dónde está la pipa?

—Me había olvidado de la pipa, John.

¡Olvidarse de la pipa! ¡Jamás se había oído nada tan inverosímil!
¡Ella! ¡Olvidarse de la pipa!

—La... la cargaré ahora mismo. Acabaré enseguida.

Pero tampoco acabó enseguida. La pipa descansaba en el lugar habitual, el bolsillo del sobretodo del Carretero, con la pequeña petaca que ella había confeccionado y que usaba para cargarla; sin embargo, la mano le temblaba de tal modo que se le enredó en la bolsa (si bien tenía la mano lo bastante pequeña para que hubiese salido de allí sin problemas, ténganlo por seguro) y no había modo de que atinase. La tarea de cargar la pipa y encenderla, esos sencillos cometidos en los que he encomiado su destreza, como recordarán, fueron llevados a cabo con infinita desmaña, de principio a fin. Durante todo el proceso, Tackleton permaneció observando maliciosamente con el ojo medio cerrado, el cual, siempre que se encontraba con los de ella —o siempre que los atrapaba, pues no puede decirse que nunca se hubiese encontrado con otros ojos sino que más bien era una trampa para cazarlos— acrecentaba su confusión notablemente.

—Pero... ¡qué torpe estás, Motita! —dijo John—. Yo mismo podría haberlo hecho mejor, ¡en verdad lo creo!

Con estas tiernas palabras, se alejó a grandes zancadas y enseguida se oyó la música que producía junto a Boxer, el viejo caballo y el carro al alejarse por el camino.

—¡Bertha! —dijo Caleb en voz baja—. ¿Qué ha pasado? Cómo has cambiado, cariño, en pocas horas... desde esta mañana. ¡Has estado muy callada y apagada todo el día! ¿Qué ocurre? ¡Dímelo!

—¡Oh, padre, padre! —gritó la Chica Ciega, rompiendo a llorar—. ¡Oh, mi cruel, cruel destino!

Caleb se llevó las manos a los ojos antes de responderle.

—Pero ¡piensa en lo dichosa y feliz que has sido, Bertha! ¡En lo buena que eres y en cuánto te quieren muchas personas!

—¡Eso me rompe el corazón, querido padre! ¡Siempre tan atento conmigo! ¡Siempre tan amable conmigo!

Caleb estaba demasiado perplejo para entenderla.

—Ser... ser ciega, Bertha, pobre hijita mía —titubeó—, es un gran infortunio, pero...

—¡Yo nunca lo he sentido así! —gritó la Chica Ciega—. Nunca lo he sentido plenamente así. ¡Nunca! A veces he deseado poder verte, o poder verle a él; solo una vez, querido padre; solo por un instante, ¡para poder saber cómo es lo que atesoro aquí —se posó las manos sobre el pecho— y conservarlo! ¡Para estar segura de que no estoy equivocada! Y a veces (excepto cuando era una niña) he llorado, por la noche, en mis oraciones, al pensar que cuando vuestras imágenes ascendían al Cielo desde mi corazón, tal vez no se semejaran a la realidad. Pero esos sentimientos nunca han perdurado mucho tiempo. Desaparecían y me dejaban tranquila y contenta.

—Y volverán a hacerlo —dijo Caleb.

—Pero ¡padre! ¡Oh, mi buen y amable padre, ten paciencia conmigo si soy mala! —suplicó la Chica Ciega—. ¡No es ese el pesar que me abrumba hoy!

Su padre no consiguió contener las lágrimas y sus ojos se desbordaron de tan afectada y patética como veía a su hija. Pero seguía sin entenderla.

—Tráemela —dijo Bertha—. No puedo guardarme esto para mí y tragármelo yo sola. ¡Tráemela, padre! —Supo que él vacilaba, y añadió —: A May. ¡Tráeme a May!

May la oyó pronunciar su nombre y, tras acercarse a ella en silencio, le tocó un brazo. La Chica Ciega se volvió de inmediato y la tomó de ambas manos.

—¡Mírame a la cara, querida, dulce May! —dijo Bertha—. Léela

con tus hermosos ojos y dime si la verdad está escrita en ella.

—¡Sí, querida Bertha!

La Chica Ciega, aún con su inexpresivo e invidente rostro alzado y surcado por raudas lágrimas, se dirigió a ella con estas palabras:

—¡No alberga mi alma ningún deseo ni pensamiento que no sea para tu bien, radiante May! ¡No alberga mi alma recuerdo más agradecido ni más fuerte que aquel tan profundo de las numerosas ocasiones en que, pudiendo ufanarte de la vista y la belleza, tuviste consideración para con la Ciega Bertha, incluso cuando solo éramos dos niñas, o cuando Bertha era todo lo niña que la ceguera permite ser! ¡Que todas las bendiciones recaigan sobre ti! ¡Que la luz ilumine tu feliz sendero! ¡Que no tengas menos que eso, mi querida May —y se arrimó a ella, aferrándola con más fuerza—, no menos que eso, mi pajarillo, porque hoy la noticia de que vas a ser su esposa me ha encogido el corazón hasta amenazar con quebrarlo! ¡Padre, May, Mary! ¡Oh, perdonad que sea así, por todo cuanto él ha hecho para aliviar el hastío de mi oscura vida, y por la fe que tenéis en mí cuando pongo al Cielo por testigo de que no podría desear que se casase con una mujer menos merecedora de su bondad!

Mientras hablaba, soltó las manos de May Fielding y se agarró a su ropa en una actitud entre la súplica y el amor. Cada vez más encorvada durante aquella extraña confesión, se desplomó finalmente a los pies de su amiga y ocultó su ciego rostro entre los pliegues de su vestido.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó su padre, sobre quien la verdad había caído a plomo—. ¡La he engañado desde la cuna solo para acabar rompiéndole el corazón!

Afortunadamente para todos, Motita, la brillante, pragmática, activa y menuda Motita —pues todo eso era, aunque a su debido tiempo podrían acabar odiándola—, afortunadamente para todos, decía, ella estaba allí; de lo contrario, sería difícil aventurar cómo habría acabado la situación. Pero Motita, recobrando la presencia de ánimo, intervino antes de que May pudiese responder o de que Caleb pronunciase otra palabra.

—¡Vamos, vamos, querida Bertha! ¡Ven afuera conmigo! ¡Préstale tu brazo, May! ¡Así! ¡Mira qué serena está ya y qué bueno es que nos haga caso! —dijo la alegre mujercita, besándola en la frente—. ¡Vamos afuera, querida Bertha! ¡Vamos! Y aquí está su buen padre, que la acompañará, ¿verdad, Caleb? ¡Por supuesto que sí!

¡Bien, bien! Tal era la nobleza de la pequeña Motita en circunstancias como aquella, y solo una naturaleza obstinada habría sido capaz de resistirse a su influencia. Cuando hubo logrado que el pobre Caleb y su Bertha saliesen para poder reconfortarse y consolarse mutuamente, como ella sabía que harían, entró de nuevo con paso enérgico —más fresca que una rosa, como suele decirse, aunque yo digo que aún más— para montar guardia junto a aquella pequeña y controladora personificación de la trascendencia con gorro y guantes, e impedir que la buena anciana hiciese algún descubrimiento.

—Bien, tráeme al precioso Bebé, Tilly —dijo, acercando una silla al fuego—, y, mientras lo tengo en el regazo, la señora Fielding, aquí presente, Tilly, me hablará sobre el cuidado de los bebés y me enmendará en unas cuantas cosas que sin duda hago mal, ¿verdad, señora Fielding?

Ni siquiera el Gigante Galés que, según la expresión popular, fue tan «lento» al practicarse una operación quirúrgica emulando un juego de manos perpetrado por su archienemigo a la hora del desayuno, ni siquiera él cayó tan deprisa en la trampa que le habían preparado como lo hizo la anciana dama en aquel taimado ardid. El hecho de que Tackleton se hubiese ausentado y de que, además, dos o tres personas hubiesen estado charlando aparte un par de minutos, dejándola de lado y sola, habría bastado para que recuperase toda su solemnidad y se lamentase por aquel misterioso avatar en el comercio de añil durante veinticuatro horas. Pero aquella apropiada deferencia a su experiencia por parte de la joven madre le resultó tan irresistible que, tras una breve afectación de humildad, empezó a ilustrarla con la mejor disposición del mundo, y, sentada bien erguida frente a la pícara Motita, le proporcionó en media hora fórmulas y preceptos domésticos infalibles que (de haberse puesto en práctica) habrían destruido y acabado con el joven Peerybingle aunque este hubiese sido un pequeño Sansón.

Para cambiar de tema, Motita se dedicó a bordar un rato —llevaba en el bolsillo el contenido completo de un costurero; ignoro cómo se las había compuesto para conseguirlo— y después se dedicó otro rato al niño, y después de nuevo a bordar, y a continuación cuchicheó un poco con May mientras la anciana dama dormitaba, y así, entre breves arrebatos de actividad, lo cual era su proceder habitual, la tarde se le hizo muy corta. Después, cuando empezó a anochecer, y dado que era una solemne parte de aquella institución del almuerzo que llevara a cabo todas las tareas domésticas de Bertha, atizó el fuego, barrió el hogar, preparó la bandeja para el té, corrió la cortina y prendió una vela. Luego tocó una o dos melodías con una rudimentaria arpa que Caleb había fabricado para Bertha, y lo hizo muy bien, pues la

Naturaleza la había dotado de un oído tan delicado para la música como lo habrían sido sus pequeñas orejas para las joyas, si hubiese tenido alguna que lucir. Había llegado ya la hora convenida para tomar el té, y Tackleton regresó a fin de compartir la comida y pasar la velada.

Caleb y Bertha habían vuelto un rato antes, y Caleb se había sentado a trabajar, como todas las tardes. Pero no conseguía centrarse, pobre hombre, por la preocupación y el remordimiento que sentía por su hija. Resultaba conmovedor verlo sentado en su taburete de trabajo, ocioso, mirándola melancólico, y siempre con una expresión en el rostro que parecía decir: «¡La he engañado desde la cuna solo para acabar rompiéndole el corazón!».

Cuando anocheció y hubieron tomado el té, y Motita acabó de fregar las tazas y los platillos..., en pocas palabras —pues debo decirlo de una vez por todas, no tiene sentido seguir postergándolo—: cuando se acercó el momento de esperar el regreso del Carretero prestando atención a todos los sonidos de ruedas distantes, su talante volvió a cambiar; recuperaba y perdía el color, y se mostraba muy desazonada. No como las buenas esposas cuando aguzan el oído esperando a sus maridos. No, no, no. Era una clase distinta de desazón.

Se oyeron unas ruedas. Los cascos de un caballo. El ladrido de un perro. La aproximación progresiva de todos esos ruidos. ¡Las zarpas de Boxer arañando la puerta!

—¿De quién son esos pasos? —gritó Bertha, sobresaltada.

—¿De quién? —contestó el Carretero apostándose en el umbral, con el rostro rubicundo como una baya invernal por efecto del crudo frío nocturno—. ¡Pues míos!

—Los otros pasos —dijo Bertha—. ¡Los del hombre que camina detrás de usted!

—No hay modo de engañarla —observó el Carretero, riéndose—. Pase, señor. No tema, ¡será bienvenido!

Empleaba un tono de voz elevado al hablar, y, mientras lo hacía, el anciano y sordo caballero entró.

—No es del todo desconocido, pues ya lo ha visto una vez, Caleb —dijo el Carretero—. ¿Lo acogerá en su casa hasta que nos marchemos?

—Oh, por supuesto, John. Será un honor.

—Es la mejor compañía del mundo para compartir secretos —añadió John—. Tengo unos pulmones razonablemente buenos, pero les aseguro que él los pone a prueba. Siéntese, señor. Aquí todos somos amigos, ¡y nos alegramos de tenerle entre nosotros!

Tras pronunciar estas palabras de confianza, con una voz que corroboraba sobradamente lo que acababa de comentar al respecto de sus pulmones, añadió con su tono natural:

—Todo cuanto necesita es una silla en el rincón de la chimenea y que lo dejen tranquilo mientras observa en silencio cuanto acontece a su alrededor. Es de fácil complacer.

Bertha había estado escuchando con suma atención. Requirió a Caleb a su lado, cuando este hubo colocado la silla, y le pidió en un susurro que le describiera al visitante. Una vez hecho esto (en esta ocasión con franqueza y escrupulosa fidelidad), ella se movió por primera vez desde que entrara el Desconocido y suspiró, dando la impresión de no albergar ya el menor interés por él.

El Carretero estaba muy animado; qué buena persona era, y estaba más prendado que nunca de su mujercita.

—¡Qué torpe estaba Motita esta tarde! —dijo, rodeándola con uno de sus robustos brazos mientras ella estaba de pie, apartada de los demás—. Y aun así sigue gustándome. ¡Mira, Motita!

Señaló al anciano. Ella agachó la mirada. Creo que temblaba.

—¡Te..., ja, ja, ja..., te admira enormemente! —dijo el Carretero—. No ha hablado de otra cosa en todo el día. Pero ¡es un hombre valeroso! ¡Y por eso me gusta!

—Pues preferiría que hubiese tenido un tema mejor de conversación, John —contestó ella, recorriendo la estancia con una mirada inquieta, tanto más al posarla sobre Tackleton.

—¡Un tema mejor! —exclamó el jovial John—. No existe algo así. ¡Bueno! Fuera el sobretodo, fuera el grueso chal, ¡fuera todos los envoltorios! ¡Y disfrutemos de una agradable media hora junto al fuego! A sus pies, señora. ¿Una partida de *cribbage*? ¡Por qué no! Los naipes y el tablero, Motita. ¡Y un vaso de cerveza, si aún queda, mujercita!

El reto iba dirigido a la anciana dama, quien, aceptándolo con graciosa disposición, enseguida estuvo enfrascada en el juego. Al principio, el Carretero miraba sonriente de cuando en cuando a su

alrededor, o llamaba a Motita para que mirase por encima de su hombro y le aconsejara en alguna jugada espinosa. Pero siendo su adversaria muy rígida en el respeto a las normas y víctima de la debilidad de anotar en el tablero más puntos de los que le correspondían, se veía obligado a estar tan atento que no le quedaban ojos ni oídos para nada más. Así, las cartas fueron absorbiendo toda su atención y sus pensamientos, hasta que una mano en su hombro le hizo recordar la presencia de Tackleton.

—Lamento molestarle..., pero debo hablar con usted, ahora.

—Voy a repartir las cartas —repuso el Carretero—. Es un momento crítico.

—Lo es —dijo Tackleton—. ¡Venga conmigo, hombre!

Sus palabras se reflejaban en su pálido rostro, lo cual hizo que el otro se levantara de inmediato y se apresurase a preguntarle qué ocurría.

—¡Chsss...! John Peerybingle —dijo Tackleton—, lamento mucho esto, de corazón. Ya lo temía. Lo sospeché desde el primer momento.

—¿De qué se trata? —preguntó el Carretero, con aire atemorizado.

—¡Chsss...! Se lo mostraré, si me acompaña.

El Carretero lo siguió sin mediar más palabra. Cruzaron un patio, sobre el que brillaban las estrellas, y, franqueando una pequeña puerta lateral, entraron en el despacho mismo de Tackleton, en el que había una ventana acristalada desde la que se dominaba el almacén, que ya había cerrado. No había luz en la oficina, pero las lámparas del alargado almacén estaban encendidas y su fulgor llegaba hasta el ventanal.

—¡Un momento! —dijo Tackleton—. ¿Cree que podrá soportar lo que va a ver a través de esa ventana?

—¿Por qué no? —contestó el Carretero.

—Un momento más —dijo Tackleton—. No emplee la violencia. De nada valdría. Además, es peligroso. Es usted un hombre fuerte y podría cometer un homicidio antes de pararse a pensar.

El Carretero lo miró a los ojos y retrocedió un paso como si

hubiese recibido un golpe. De una sola zancada llegó al ventanal y vio... ¡Oh, Sombra del Hogar! ¡Oh, Grillo veraz! ¡Oh, pérfida Esposa!

La vio con el anciano, que ya no era tal sino un hombre erguido y gallardo, sujetando en una mano la falsa cabellera blanca que le había dado acceso a su desolado y mísero hogar. La vio escuchándolo mientras él, inclinado, le susurraba al oído, y ella le permitía tomarla por la cintura para avanzar juntos lentamente por la penumbrosa galería de madera en dirección a la puerta por donde habían entrado. Vio que él se detenía, y vio que ella se volvía —iy dejaba su cara, la cara que él tanto amaba, a plena vista de él!—, iy vio que ella, con sus propias manos, volvía a colocarle aquella mentira sobre la cabeza, riéndose mientras lo hacía de lo bien que ocultaba su identidad!

Primero cerró en un puño su fuerte mano derecha, como dispuesto a abatir a un león. Pero, tras abrirla de nuevo al instante, la extendió frente a los ojos de Tackleton (pues incluso entonces sentía ternura por ella), y así, cuando los otros dos desaparecieron, se desplomó sobre un escritorio, tan débil como un bebé.

Iba abrigado hasta el mentón y se afanaba con el caballo y los paquetes cuando ella entró en la estancia, preparada para volver a casa.

—¡Vamos, John, querido! ¡Buenas noches, May! ¡Buenas noches, Bertha!

¿Sería capaz de besarlos? ¿Sería capaz de mostrarse risueña y alegre al partir? ¿Osaría enseñarles su rostro sin ruborizarse? Sí. Tackleton la observó con atención, y ella hizo todo eso.

Tilly arrullaba al Bebé y pasó por delante de Tackleton una docena de veces, repitiendo con voz adormilada: «¿El *hechos* de saber que iba a ser su *esposas* encogió su *corazones* hasta amenazar con quebrarlo? ¿Y su *padres* la engañó desde la *cunas* solo para acabar rompiéndole el *corazones*?».

—Ven, Tilly, dame al Bebé. Buenas noches, señor Tackleton. Por el amor de Dios, ¿dónde está John?

—Irá a pie, al lado del caballo —contestó Tackleton, que la ayudó a subir al carro.

—John, querido. ¿A pie? ¿De noche?

La enfundada figura de su esposo hizo un raudo gesto afirmativo,

y, una vez el falso Desconocido y la menuda niñera estuvieron en sus sitios, el viejo caballo echó a andar. Boxer, el inocente Boxer, se avanzaba corriendo, regresaba corriendo, corría alrededor del carro una y otra vez y ladraba con el mismo aire triunfal y alegre de siempre.

Cuando Tackleton se marchó, para acompañar a May y a su madre a casa, el pobre Caleb se sentó frente al fuego junto a su hija, angustiado y arrepentido de corazón, sin dejar de decir mientras la miraba melancólico: «¡La he engañado desde la cuna solo para acabar rompiéndole el corazón!».

Hacía ya mucho rato que todos los juguetes que habían sido puestos en marcha para el Bebé se habían quedado sin cuerda y detenido. Bajo la tenue luz y el silencio, las muñecas, imperturbables y tranquilas; los agitados caballos de balancín, con los ojos y las aletas de la nariz bien abiertos; los ancianos caballeros a la puerta de sus casas, de pie, medio inclinados sobre sus frágiles rodillas y tobillos; los cascanueces de expresión irónica; los mismísimos animales camino del Arca, en fila de a dos, como los alumnos de un internado al salir a pasear...; de todos podría haberse imaginado que habían quedado paralizados por el formidable asombro de saber que Motita era infiel y Tackleton, amado, fuera cual fuese la combinación de circunstancias que se hubiesen dado.

CANTO TERCERO

El reloj holandés del rincón dio las diez cuando el Carretero se sentó junto al hogar, tan desazonado y apesadumbrado que pareció asustar al Cuco, que, tras acortar cuanto pudo sus diez melodiosos anuncios, se retiró de nuevo al interior de su Palacio Morisco y cerró a su paso la pequeña puerta, como si aquel inusitado espectáculo fuese excesivo para su sensibilidad.

Si el pequeño Segador hubiese estado armado con la más afilada de las guadañas y la hubiese clavado con cada nota en el corazón del Carretero, no habría conseguido tajarlo y herirlo como lo había hecho Motita.

Era un corazón tan rebotante de amor por ella, tan ligado y unido al suyo por innumerables hilos de recuerdos cautivadores, entretejidos por sus demostraciones diarias de cariño; era un corazón en el que ella

se había consagrado de forma tan tierna y estrecha; un corazón tan sencillo y firme en su verdad —tan fuerte en el bien, tan débil en el mal—, que en un primer momento no pudo abrigar ni cólera ni deseos de venganza, y en él solo hubo cabida para la imagen quebrada de su ídolo.

Sin embargo, lentamente, muy lentamente, mientras languidecía frente al hogar, ya frío y apagado, otros pensamientos, más feroces, empezaron a alzarse en el seno del Carretero, del mismo modo en que un viento iracundo se alza en la noche. El Desconocido se encontraba bajo su ultrajado techo. Tres pasos lo hubiesen llevado a la puerta de su cuarto. Un golpe, y la habría derribado. «Podría cometer un homicidio antes de pararse a pensar», le había dicho Tackleton. ¡Cómo podría ser un homicidio si concedía tiempo al villano para luchar con él cuerpo a cuerpo! Él era el más joven.

Pero se trataba de un pensamiento intempestivo, pernicioso para su lúgubre estado anímico. Era un pensamiento furioso, que lo incitaba a la venganza y que transformaría aquella alegre casa en un lugar maldito junto al que los viajeros solitarios temerían pasar, y donde el aprensivo vería por las ventanas en ruinas sombras forcejeando cuando la luna no brillase y oírían ruidos aterradores cuando hubiese tormenta.

¡Era el más joven! Sí, sí, un enamorado que se había ganado el corazón que él nunca había sabido conmovér. Un enamorado de antaño, en quien ella pensaba y con quien soñaba, por quien suspiraba y suspiraba, cuando él la creía tan feliz a su lado... ¡Oh, qué agonía pensar en ello!

Ella había subido con el Bebé para acostarlo. Él seguía sentado meditabundo junto al hogar cuando ella se acercó con sigilo —en el punto álgido de su agonía él dejó de percibir sonido alguno— y colocó el pequeño taburete a sus pies. Él solo reparó en ella cuando notó su mano sobre la suya y la vio mirándolo a los ojos.

¿Con asombro? No. Esa fue su primera impresión, y volvió a mirarla de buena gana para corroborarla. No, no con asombro. Con una mirada ansiosa e inquisitiva, pero no con extrañeza. Al principio aquella mirada parecía alarmada y seria, pero luego se transformó en una sonrisa extraña, desafortunada y espantosa que parecía adivinar lo que él estaba pensando, y después no hubo más que sus manos entrelazadas sobre la frente, su cabeza gacha y su cabello derramándose.

Aunque en aquellos momentos él hubiese estado en posesión del poder de la Omnipotencia, albergaba también en su pecho una cualidad aún más Divina, la Misericordia, en cantidad suficiente para no volver

contra su esposa ni el equivalente al peso de una pluma de la primera. Pero no podía soportar verla ovillada sobre el pequeño asiento donde tantas veces la había contemplado, con amor y orgullo, tan inocente y alegre; y cuando ella se puso en pie y se marchó, sollozando a su paso, supuso para él un alivio tener a su lado el taburete vacío en lugar de su tan preciada presencia. Aunque fue también el más punzante de los tormentos, pues le recordó lo desconsolado que se encontraba y cómo el gran vínculo que le unía a la vida se había roto en pedazos.

Cuanto más sentía aquello y cuanto más fuerte era la certeza de que habría preferido verla prematuramente muerta ante él con su retoño sobre el pecho, tanto más crecía la ira contra su enemigo. Miró a su alrededor en busca de un arma.

Una escopeta colgaba en la pared. La cogió y avanzó uno o dos pasos hacia la puerta de la habitación del pérfido Desconocido. Sabía que la escopeta estaba cargada. La tétrica idea de que era justo disparar a aquel hombre como si fuese una bestia salvaje lo asaltó y creció en su cabeza hasta convertirse en un demonio monstruoso que acabó por poseerlo por completo, desterrando todos los demás pensamientos, más moderados, y construyendo su sólido imperio.

Esta frase no es correcta. No desterrando todos los demás pensamientos, más moderados, sino transformándolos astutamente. Convirtiéndolos en acicates que lo incitaban a seguir adelante. Convirtiendo el agua en sangre, el Amor en odio, la amabilidad en ciega fiereza. La imagen de ella, afligida, humillada pero suplicando aún su ternura y su misericordia con irresistible poder no lo abandonaba, pero esa misma imagen lo impelía hacia la puerta; se llevó el arma al hombro, posó su dedo fornido y crispado sobre el gatillo y gritó: «¡Mátalo! ¡En su cama!».

Giró la escopeta para golpear la puerta con la culata; la alzó de inmediato; entre sus pensamientos acechaba el vago plan de pedirle a voces que, por el amor de Dios, huyera por la ventana...

Cuando, de pronto, la mortecina lumbre iluminó toda la chimenea con un resplandor, ¡y el Grillo del Hogar empezó a cantar!

Ningún otro sonido que pudiera haber oído, ninguna voz humana, ni siquiera la de ella, habría conseguido conmoverlo y aplacarlo tanto. Las ingenuas palabras con que ella le había hablado de su amor por aquel mismo Grillo volvían a pronunciarse; su actitud en aquel momento, trémula y apasionada, volvía a estar ante él; su plácida voz — ¡oh, la mejor de las voces para producir música hogareña junto al hogar de un hombre honrado!— fue calando en su buena esencia y,

estremeciéndolo, lo despertó a la vida y a la acción.

Retrocedió desde la puerta, como un sonámbulo caminando en sueños y arrancado de una terrible pesadilla, y soltó la escopeta. Se cubrió el rostro con las manos, volvió a sentarse frente al fuego y encontró consuelo en las lágrimas.

El Grillo del Hogar salió a la estancia y se apostó delante de él adoptando una forma feérica.

—«Lo adoro —dijo aquella Voz— por las muchas veces que lo he oído, y los muchos pensamientos que me ha inspirado su inofensiva música».

—¡Eso dijo ella! —gritó el Carretero—. ¡Es cierto!

—«Este ha sido un hogar feliz, John, ¡y por eso adoro al Grillo!».

—Sí, sabe Dios que lo ha sido —contestó el Carretero—. Ella hizo que fuera feliz... hasta ahora.

—¡Tan graciosamente dulce, tan hogareña, alegre, hacendosa y desenfadada! —añadió la Voz.

—De lo contrario, no podría haberla amado como lo hacía —repuso el Carretero.

La Voz, corrigiéndole, dijo: «Como lo haces».

El Carretero repitió «Como lo hacía», aunque sin convicción. Su lengua vacilante se resistía a su control y hablaba por voluntad propia, por sí misma y por él.

La Figura, en actitud de invocación, alzó una mano y dijo:

—Por tu propio hogar...

—El hogar que ella ha destruido —la interrumpió el Carretero.

—El hogar que ella (¡cuántas veces!) ha bendecido e iluminado —prosiguió el Grillo—, el hogar que, sin ella, no habría sido más que unas cuantas piedras y ladrillos y barrotes oxidados, pero que gracias a ella ha sido el altar de tu morada en el que noche tras noche has sacrificado tu cólera, tu egoísmo o tus preocupaciones, y en el que has rendido el homenaje de un espíritu tranquilo, una naturaleza confiada y un corazón rebotante, ¡de tal modo que el humo de esta humilde chimenea

ha ascendido con una fragancia mejor que el incienso más exquisito que se quema frente a los altares más exquisitos de los templos más suntuosos de este mundo! Por tu propio hogar, en su sereno santuario, rodeado de sus dulces influencias y asociaciones, ¡óyela! ¡Óyeme! ¡Oye todo lo que habla con la lengua de tu hogar y tu casa!

—¿Y que aboga por ella? —preguntó el Carretero.

—¡Todo lo que habla con la lengua de tu hogar y tu casa ha de abogar por ella! —respondió el Grillo—. Pues dice la verdad.

Y mientras el Carretero, con la cabeza apoyada en las manos, seguía sentado en su silla, meditando, la Presencia permaneció a su lado, dirigiendo sus reflexiones por medio de su poder y representándolas ante él como en un espejo o un cuadro. La Presencia no estaba sola. De la losa del hogar, de la chimenea, del reloj, de la pipa, del hervidor y de la cuna; del suelo, de las paredes, del techo y de las escaleras; del carro, fuera, y del aparador, dentro, y de los utensilios domésticos; de todos los objetos y de todos los rincones con los que Motita estaba familiarizada y con los que había generado un recuerdo en la desdichada memoria de su esposo salieron hadas en tropel. No para quedarse a su lado, como el Grillo, sino para atarearse y corretear. Para honrar de todas las formas posibles su imagen. Para tirarle a él de la ropa y señalar allí donde ella aparecía. Para arremolinarse a su alrededor y abrazarla, y esparcir flores y que ella las pisara. Para intentar coronar su bella cabeza con sus manos diminutas. Para demostrar que la apreciaban y la querían, y que no había una sola criatura fea, malvada o acusadora que pudiese afirmar que la conocía; ni una sola, únicamente ellas, aquellas juguetonas y aprobadoras hadas.

Sus pensamientos se centraban indefectiblemente en la imagen de Motita. Ésta siempre estaba allí.

Se sentaba a trabajar con la aguja frente a la lumbre y cantaba para sí. ¡La pequeña Motita, tan risueña, próspera y formal! Todas las figuras feéricas se volvieron hacia él simultáneamente, como de común acuerdo, con una mirada prodigiosamente concentrada y la impresión de decir: «¿Es esta la mujer liviana por la que tanto te lamentas?».

Se oyeron sonidos de júbilo en el exterior: instrumentos musicales, voces bulliciosas y risas. Una muchedumbre de jóvenes parranderos entraron en tromba en la casa; entre ellos se encontraban May Fielding y varias lindas muchachas. Motita era la más hermosa de todas, y también tan joven como ellas. Iban a invitarla a que se sumase a su celebración. Era un baile. Si alguna vez se han visto unos piececitos aptos para el baile, sin duda eran los suyos. Pero Motita se

rió y negó con la cabeza señalando la comida que tenía al fuego y la mesa ya puesta, y lo hizo con una exultante obcecación que la hizo parecer aún más encantadora que antes. Y así los despachó alegremente, despidiéndose de todos ellos, uno por uno, asintiendo, con una cómica indiferencia que habría bastado para que se marchasen y se arrojasen al río de inmediato si es que eran sus admiradores; y debían de serlo, en mayor o menor medida; era algo inevitable. Pero la indiferencia no era propia de su carácter. ¡Oh, no! Pues en aquel instante, cierto Carretero apareció por la puerta, ¡y qué maravilloso recibimiento le ofreció!

Una vez más, todas las figuras se volvieron a la vez y dieron la impresión de preguntar: «¿Es esta la esposa que te ha abandonado?».

Una sombra cayó sobre el espejo o el cuadro, como prefieran. La gran sombra del Desconocido, tal como se había encontrado por primera vez bajo su techo; cubrió toda su superficie y ocultó todos los demás objetos. Pero las diestras hadas se afanaron como abejas para disiparla, y Motita volvía a estar allí. Igual de radiante y bella.

Meciendo al pequeño Bebé en su cuna, cantando dulcemente para él y apoyando la cabeza en un hombro que encontraba su equivalente en la figura meditabunda junto a la que se encontraba el Grillo Feérico.

La noche —me refiero a la noche de verdad, no a la que se rige por los relojes de las hadas— avanzaba, y en esta fase de los pensamientos del Carretero la luna apareció y brilló intensamente en el cielo. Es posible que también hubiese aparecido cierta luz en su espíritu, sereno y callado, que le permitiese pensar con mayor sensatez sobre lo que había ocurrido.

Aunque la sombra del Desconocido caía a intervalos sobre el espejo —siempre nítida, y grande, y minuciosamente definida—, no volvió a hacerlo de forma tan sombría como la primera vez. Siempre que aparecía, las hadas proferían un grito general de consternación y empleaban con inconcebible frenesí sus bracitos y sus piernecitas para borrarla. Y siempre que volvían a Motita y se la mostraban una vez más, radiante y bella, vitoreaban de la forma más estimulante.

En ningún momento la mostraron de otro modo que no fuera bella y radiante, pues eran Espíritus Domésticos para los que la mentira equivalía a la aniquilación, ¡y, así pues, Motita solo podía ser para ellas la criaturita activa, resplandeciente y agradable que había sido la luz y el sol de la Morada del Carretero!

Las hadas se entusiasmaban de forma prodigiosa cuando la

mostraban, con el Bebé, charlando en un corrillo de sabias y ancianas matronas, y fingiendo ser también prodigiosamente anciana y matronal, reclinada con aire sobrio y recatado contra el brazo de su esposo, tratando —¡ella!, apenas un pimpollo de mujercita— de transmitir la idea de haber abjurado de las vanidades del mundo en general y de ser la clase de persona para quien la maternidad no suponía ninguna novedad, riéndose de la torpeza del Carretero y enderezándole el cuello de la camisa para que pareciese más elegante, ¡y caminando con remilgo por aquella misma estancia para enseñarle a bailar!

Se volvían y lo escrutaban cuando la mostraban con la Chica Ciega, porque, si bien llevaba consigo la alegría y la vivacidad allá adonde fuera, derramaba esas influencias a raudales cuando iba al hogar de Caleb Plummer. El amor que le profesaba la Chica Ciega, y la confianza, y la gratitud; su encomiable y ajetreada destreza para obviar las muestras de agradecimiento de Bertha; sus hábiles mañas para ocupar hasta el último instante de la visita haciendo algo útil en la casa, y trabajando con verdadero ahínco al tiempo que fingía ociosidad; su abundante provisión de aquellas exquisiteces, el pastel de ternera y jamón y las botellas de cerveza; su carita resplandeciente al llegar y al marcharse; la maravillosa expresión de todo su ser, desde los pulcros pies hasta la coronilla, de ser parte del engranaje, imprescindible para su existencia; con todo ello se regocijaban las hadas, y por todo ello la querían. Y una vez más lo miraron a él un momento, con aire suplicante, y dieron la impresión de preguntar, mientras algunas se acurrucaban en el vestido de ella y la acariciaban: «¿Es esta la esposa que ha traicionado tu confianza?».

En más de una ocasión, o dos, o tres, a lo largo de aquella reflexiva noche, se la mostraron sentada en su asiento predilecto, con la cabeza gacha, las manos entrelazadas sobre la frente y el cabello derramándosele. Tal como él la había visto por última vez. Y cuando la encontraban así, no se volvían ni lo miraban, sino que se congregaban alrededor de ella, la consolaban y la besaban, y se apretaban las unas contra las otras para darle muestra de su simpatía y su ternura, y se olvidaban de él por completo.

Y así transcurrió la noche. La luna descendió, las estrellas palidieron, el frío día despuntó, salió el sol. El Carretero seguía sentado, meditando, en el rincón de la chimenea. Había pasado toda la noche allí, con la cabeza apoyada en las manos. Toda la noche había pasado el fiel Grillo cantando en el Hogar, cricrí, cricrí, cricrí. Toda la noche había escuchado su voz. Toda la noche las hadas domésticas habían trabajado para él. Toda la noche ella había aparecido afable e inocente en el espejo, salvo cuando aquella sombra caía sobre él.

Se puso en pie cuando ya era pleno día, se aseó y se vistió. No podía consagrarse a sus gratas ocupaciones habituales, le faltaba humor para hacerlo, pero nada importaba que aquel fuera el día de la boda de Tackleton y que lo hubiese dispuesto todo para que otro se ocupase de sus tareas. Había pensado acudir alegremente a la iglesia con Motita. Pero tales planes se habían venido abajo. Era también el día de su aniversario de bodas. ¡Ah, qué poco había imaginado semejante final para aquel año!

El Carretero había supuesto que Tackleton lo visitaría temprano, y estaba en lo cierto. Apenas había caminado unos minutos de un lado al otro frente a la puerta de su casa cuando vio al Comerciante de Juguetes acercándose por la carretera en su carruaje. A medida que se aproximaba, el Carretero observó que iba ataviado pulcramente para el enlace, y que había engalanado la cabeza de su caballo con flores y adornos.

El caballo tenía más aspecto de novio que Tackleton, cuyo ojo medio cerrado lucía una expresión más hosca que nunca. Pero el Carretero no le dio mayor importancia a aquello. Sus pensamientos se centraban en otros asuntos.

—¡John Peerybingle! —dijo Tackleton con tono condolido—. Mi buen amigo, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—He pasado muy mala noche, señorito Tackleton —contestó el Carretero, sacudiendo la cabeza—; tenía el espíritu turbado. Pero ¡ya ha acabado! ¿Podría concederme media hora, más o menos, para hablar en privado?

—Esa es la finalidad de mi visita —repuso Tackleton, mientras se apeaba del carruaje—. No se preocupe por el caballo. Lo ataremos a este poste, y se quedará aquí quieto si le da un puñado de heno.

Después de que el Carretero fuera a buscar el heno al establo y lo dejara delante del caballo, ambos entraron en la casa.

—Supongo que no se casará antes del mediodía —dijo.

—No —contestó Tackleton—. Disponemos de mucho tiempo. Mucho tiempo.

Cuando accedieron a la cocina, Tilly Slowboy llamaba a la puerta del Desconocido, de la que apenas les separaban unos pasos. Uno de sus muy enrojecidos ojos (Tilly había pasado toda la noche llorando porque su señora lloraba) miraba por el ojo de la cerradura; siguió

aporreando la puerta y parecía asustada.

—No consigo que nadie me oiga —dijo Tilly, mirando alrededor—. ¡Espero que nadie se haya marchado y que ya no esté y que haya muerto!

La señorita Slowboy enfatizó este filantrópico deseo con varios golpes y patadas a la puerta, que tampoco produjeron resultado alguno.

—¿Debería probar yo? —preguntó Tackleton—. Es extraño...

El Carretero, que apartó la mirada de la puerta, le indicó con un gesto que podía ir, si gustaba.

De modo que Tackleton acudió en ayuda de Tilly Slowboy, y también él pateó y aporreó la puerta, y tampoco consiguió obtener respuesta alguna. Pero luego se le ocurrió probar con la manija de la puerta y esta se abrió sin esfuerzo; atisbó por ella y entró, y al instante salió corriendo.

—John Peerybingle —le dijo Tackleton al oído—, confío en que esta noche no haya ocurrido nada... nada impetuoso...

El Carretero se volvió rápidamente hacia él.

—¡Porque se ha marchado y la ventana está abierta! —prosiguió Tackleton—. No veo ningún indicio..., claro, está casi al nivel del huerto, pero temía que se hubiese producido alguna... alguna refriega...

A punto estuvo de cerrar por completo el ojo expresivo, tal era la severidad con que lo miró. Y su ojo, y su rostro, y toda su persona experimentaron una violenta contorsión, como si quisiese sonsacarle la verdad como un sacacorchos.

—Tranquilícese —dijo el Carretero—. Anoche entró en ese cuarto sin haber sufrido el menor daño de palabra ni de obra por mi parte, y nadie más ha entrado en él desde entonces. Se ha marchado por voluntad propia. De buena gana saldría por esa puerta y mendigaría el pan de casa en casa de por vida si con ello pudiese cambiar el pasado y hacer que nunca hubiese venido. Pero vino y se fue. ¡Y su visita me ha hecho mucho bien!

—¡Oh...! Bien, pues creo que se ha marchado despavorido... —dijo Tackleton mientras se sentaba en una silla.

El Carretero pasó por alto aquel desdeñoso comentario, tomó

asiento y se cubrió la cara con la mano un rato antes de proseguir.

—Anoche usted me mostró a mi esposa —dijo, al cabo—, a la esposa que amo, secretamente...

—Y tiernamente —insinuó Tackleton.

—... encubriendo el disfraz de aquel hombre y brindándole ocasiones para encontrarse a solas con ella. Creo que no hay imagen que desearía menos haber visto. Creo que no hay hombre en el mundo que desearía menos que me la hubiera mostrado que usted.

—Confieso que siempre había albergado sospechas —dijo Tackleton—. Y eso me ha convertido en alguien poco grato en esta casa, lo sé.

—Pero dado que fue usted quien me lo mostró —continuó el Carretero, obviándolo— y quien la vio, a mi esposa, a la esposa que amo —su voz, su mirada y sus manos cobraron seguridad y firmeza al repetir estas palabras, obviamente persiguiendo un fin muy concreto—, dado que usted la vio en una situación tan desfavorecedora, es razonable y justo que también mire con mis ojos en el interior de mi pecho y conozca mi parecer al respecto. Pues he tomado una resolución —agregó el Carretero, mirándolo fijamente—. Y nada me hará cambiar de parecer.

Tackleton masculló algunas palabras triviales para convenir en la necesidad de vindicar esto o aquello, pero se sentía intimidado por el talante de su interlocutor. Sencillo y rudo como era, había en él algo digno y noble que nada salvo la generosa alma del Honor, y que sin duda habitaba en aquel hombre, podría haber transmitido.

—Soy un hombre sencillo y basto —prosiguió el Carretero—, sin grandes cualidades. No soy un hombre inteligente, como bien sabe usted. No soy un hombre joven. Amaba a mi pequeña Motita porque la vi crecer, desde niña, en casa de su padre, porque sabía lo valiosa que era, porque fue mi vida durante años y años. Creo que hay muchos hombres con los que no puedo compararme, pero ininguno podría haber amado a mi pequeña Motita como yo!

Hizo una pausa y repiqueteó suavemente con un pie en el suelo antes de proseguir:

—A menudo pensaba que, aunque no fuese lo bastante bueno para ella, sabría cómo ser un buen esposo y conocería su valía mejor que ningún otro, y de este modo concilié todo esto en mi interior y llegué a

creer en la posibilidad de casarnos. Y al final así fue, nos casamos.

—¡Ajá! —dijo Tackleton, haciendo un elocuente gesto con la cabeza.

—Me había estudiado a mí mismo, me había puesto a prueba; sabía cuánto la amaba, y lo feliz que sería —añadió el Carretero—. Pero, ahora lo veo, no la consideraré a ella en su justa medida.

—Desde luego —dijo Tackleton—. ¡Atolondramiento, frivolidad, veleidad, ansia de admiración! ¡No consideró nada de eso! ¡Todo estaba oculto! ¡Ajá!

—Preferiría que no me interrumpiese —repuso el Carretero con cierta severidad— hasta que me comprenda, y aún está lejos de hacerlo. Si ayer hubiese derribado de un puñetazo a cualquier hombre que osara pronunciar una sola palabra contra ella, hoy le pisotearía la cara, ¡aunque se tratase de mi hermano!

El Comerciante de Juguetes lo miró perplejo. El Carretero prosiguió con un tono de voz más templado.

—¿Consideré —dijo— que la estaba apartando, a su edad y con su belleza, de compañías más jóvenes y de las muchas escenas que ella ornamentaba, en las que era la estrellita más resplandeciente que jamás haya brillado, para encerrarla día tras día en mi triste casa e imponerle mi tediosa compañía? ¿Consideré lo poco apto que era yo para su avisado humor, y lo fastidioso que debía de ser un hombre lento y pesado como yo para alguien con su vivaracho espíritu? ¿Consideré que poseía yo el menor mérito o título por amarla, cuando todos los que la conocían no podían sino sentir lo mismo? Nunca. Me aproveché de su esencia optimista y su alegre disposición, y me casé con ella. ¡Cuánto desearía no haberlo hecho! ¡Por su bien, no por el mío!

El Comerciante de Juguetes siguió mirándolo sin pestañear. Incluso el ojo medio cerrado estaba entonces abierto.

—¡Que Dios la bendiga —dijo el Carretero— por el generoso empeño que puso en ocultarme todo esto! ¡Y que Dios me perdone por no haberlo concluido antes con esta torpe inteligencia mía! ¡Pobre niña! ¡Pobre Motita! ¡No haberlo concluido, yo, que he visto sus ojos llenarse de lágrimas cuando hablábamos de un matrimonio como el nuestro! ¡Yo, que he visto el temblor secreto de sus labios un centenar de veces, y nunca haber sospechado nada, hasta anoche! ¡Pobre muchacha! ¡Haber confiado en que se encariñaría de mí! ¡Haber llegado a creer

que lo había hecho!

—Lo fingió —dijo Tackleton—. Lo fingió de tal modo que, para decirle la verdad, ese fue el origen de mis celos.

Y en este punto reivindicó la superioridad de May Fielding, que sin duda jamás fingía en su cariño hacia él.

—Lo ha intentado —prosiguió el pobre Carretero, más emocionado de lo que se había mostrado hasta entonces—, solo ahora empiezo a saber con qué ahínco ha intentado ser mi cumplida y ferviente esposa. ¡Qué buena ha sido, cuánto ha hecho, qué corazón tan valiente y fuerte tiene; sea prueba de ello la felicidad que he conocido bajo este techo! Ella me proporcionará cierta ayuda y consuelo cuando me quede aquí solo.

—¿Aquí solo? —preguntó Tackleton—. ¡Oh! Entonces, ¿tiene intención de hacerle saber que está al corriente de lo ocurrido?

—Tengo intención —respondió el Carretero— de ofrecerle la mayor ternura posible y la mejor reparación que esté a mi alcance. Puedo liberarla del sufrimiento diario que supone un matrimonio desigual y del esfuerzo por ocultarlo. Tendrá tanta libertad como yo pueda darle.

—¡Ofrecerle reparación! —exclamó Tackleton, torciendo y retorciendo sus enormes orejas con las manos—. Debo de estar equivocado... Porque, obviamente, no puede ser eso lo que usted ha dicho...

El Carretero agarró al Comerciante de Juguetes por el cuello de la camisa y lo zarandeó como si fuese un juncó.

—¡Escúcheme! —dijo—. Y procure oírme bien. Escúcheme. ¿Hablo con suficiente claridad?

—Con gran claridad, sí —contestó Tackleton.

—¿Y va a creer cuanto le diga?

—Todo cuanto me diga.

—Ayer me senté frente a ese hogar y ahí he pasado toda la noche —dijo el Carretero—. Exactamente donde ella tantas veces se ha sentado, a mi lado, mirándome con su dulce cara. He recordado toda su vida, día a día; su bendita imagen ha pasado ante mí en todas las

circunstancias que hemos compartido. ¡Y por mi alma que es inocente, si es que hay alguien para juzgar a los inocentes y a los culpables!

¡Incondicional Grillo del Hogar! ¡Leales hadas domésticas!

—¡La cólera y la desconfianza me han abandonado! —prosiguió el Carretero—, y nada pervive salvo la pena. En un desdichado momento, un antiguo enamorado, más apto para sus gustos y su edad que yo, desdeñado, tal vez, contra su voluntad en mi favor, regresó. En un desdichado momento, desprevenida y sin tiempo para pensar lo que debía hacer, se volvió cómplice de la traición, encubriéndola. Anoche ella lo vio, en el encuentro que presenciábamos. Aquello estuvo mal. Pero, por lo demás, ¡es inocente, si es que existe la Verdad en la tierra!

—Si esa es su opinión... —empezó a decir Tackleton.

—¡Que se marche, pues! —prosiguió el Carretero—. Que se marche con mi bendición por las muchas horas felices que me ha proporcionado, y con mi perdón por las punzadas de dolor que me haya ocasionado. Que se marche, ¡y que disfrute de la paz de espíritu que yo le deseo! Nunca me odiará. Aprenderá a apreciarme más cuando ya no sea una carga para ella y lleve con más ligereza la cadena que yo mismo remaché. Este es el día en que la aparté de su hogar con tan poca consideración para con su dicha. Hoy regresará a él, y yo dejaré de importunarla. Su padre y su madre vendrán hoy (pues habíamos previsto celebrar juntos el día) y se la llevarán consigo. Puedo confiar en ella, se encuentre con ellos o en cualquier otro lugar. Me deja sin culpa, y así seguirá viviendo, estoy seguro. Si yo muriese... (es posible que eso ocurra cuando ella aún sea joven, pues he perdido el coraje en unas pocas horas), ¡descubrirá que la recordé y la amé hasta el final! Aquí termina lo que usted me mostró. ¡Ahora ya ha terminado!

—Oh, no, John, no ha terminado. ¡No digas que ha terminado ya! No lo digas aún. He escuchado tus nobles palabras. No podría escabullirme, fingiendo ignorar lo que me ha infundido una gratitud tan inmensa. ¡No digas que ha terminado hasta que el reloj vuelva a dar la hora!

Había entrado poco después que Tackleton y se había quedado allí. En ningún momento miró a Tackleton, sino que mantuvo la vista clavada en su esposo. Pero permaneció oculta, guardando el mayor espacio posible entre ellos, y, aunque hablaba con el más apasionado fervor, ni siquiera entonces se acercó más a él. ¡Qué diferente se mostró en esto de la Motita de antes!

—No hay mano capaz de fabricar el reloj que vuelva a dar las

horas que ya se han ido —contestó el Carretero, con una débil sonrisa—. Pero que así sea, si esa es tu voluntad, querida. Pronto dará la hora. Poco importa lo que digamos. Intentaría complacerte en cosas mucho más arduas que esa.

—¡Bien! —musitó Tackleton—. Debo irme ya, pues cuando el reloj vuelva a dar la hora, tendré que estar camino de la iglesia. Buenos días, John Peerybingle. Lamento tener que renunciar al placer de su compañía. ¡Lamento también su pérdida y las causas que la han motivado!

—¿He hablado con claridad? —preguntó el Carretero mientras lo acompañaba a la puerta.

—¡Oh, sí, con mucha claridad!

—¿Y recordará lo que he dicho?

—Verá, si me obliga a hacer la observación —dijo Tackleton, no sin antes tomar la precaución de subir a su carruaje—, debo decir que esto ha sido tan inesperado que es muy poco probable que lo olvide.

—Tanto mejor para ambos —replicó el Carretero—. Adiós. ¡Que sea muy feliz!

—Quisiera poder desearle yo lo mismo —replicó Tackleton—. Dado que no es posible, gracias. Entre nosotros (tal como le dije antes, ¿eh?), no creo que mi vida de casado vaya a ser menos dichosa porque May no se haya mostrado demasiado atenta ni expresiva para conmigo. ¡Adiós! Cuídense.

El Carretero se quedó mirándolo hasta que en la distancia su figura fue más pequeña que las flores y los adornos de su caballo vistos de cerca, y luego, tras un profundo suspiro, echó a andar como un hombre desazonado y roto por entre unos olmos que había cerca, pues no quería volver a casa hasta que el reloj estuviese a punto de dar la hora.

Su menuda esposa, quedándose sola, sollozó acongojada, pero enseguida se enjugó los ojos y se recompuso para decir lo bueno que era él, ¡lo excelente que era él!, y en una o dos ocasiones rió, y lo hizo de forma tan efusiva, triunfal e incoherente (pues seguía llorando al mismo tiempo) que Tilly se horrorizó.

—¡Oh, basta, por favor! —dijo Tilly—. Eso sería suficiente para matar y enterrar al Bebé, de modo que basta, por favor.

—Tilly, ¿lo traerás de cuando en cuando para que vea a su padre —preguntó su señora, secándose los ojos— cuando ya no pueda vivir aquí y me haya ido a mi antiguo hogar?

—¡Ay, no diga eso, por favor! —gritó Tilly, echando atrás la cabeza y profiriendo un verdadero aullido; por un instante se pareció insólitamente a Boxer—. ¡Ay, no diga eso, por favor! ¡Ay, ¿qué ha hecho y dicho todo el mundo a todo el mundo para que todo el mundo se sienta tan desdichado?! ¡Aaay!

En este punto, la voz de la compasiva Slowboy se transformó en otro aullido tan deplorable, más formidable si cabe por el largo rato que llevaba reprimido, que inevitablemente habría despertado al Bebé y lo habría aterrado hasta provocarle algo serio (probablemente, convulsiones) si sus ojos no hubiesen topado en ese instante con Caleb Plummer, que guiaba a su hija al interior de la estancia. Aquella visión le hizo recobrar la compostura, y permaneció de pie y en silencio un momento, con la boca abierta de par en par; después, corrió hacia la cama donde el Bebé dormía, ejecutó una especie de extraño baile de San Vito y al mismo tiempo hundió la cara y la cabeza entre la ropa de la cama, aparentemente hallando gran alivio en aquel extraordinario proceder.

—¡Mary! —exclamó Bertha—. ¡No has asistido a la boda!

—Por lo que pude oír anoche, le dije que no creía que asistiese, señora —susurró Caleb—. Pero le aseguro —añadió el hombrecillo, tomándola afectuosamente de ambas manos— que no me importa lo que digan, no les creo. No soy gran cosa, pero ilo poco que soy se dejaría despedazar antes que creer una sola palabra que se diga en su contra!

Le echó los brazos alrededor del cuello y la abrazó, como una niña habría abrazado a una de sus muñecas.

—Bertha era incapaz de quedarse en casa esta mañana —dijo Caleb—. Temía, lo sé, oír el repique de las campanas y no se sentía con ánimo de estar tan cerca de ellos en el día de su boda. De modo que salimos temprano y vinimos hacia aquí. He estado pensando en lo que he hecho —prosiguió Caleb tras una breve pausa—, he estado culpándome hasta apenas saber qué debía hacer o hacia dónde debía dirigirme por la turbación de espíritu que le he ocasionado a mi hija, y he llegado a la conclusión de que, siempre que usted permanezca a mi lado mientras lo hago, es mejor que le diga la verdad. ¿Permanecerá a mi lado mientras lo hago? —preguntó, temblando de pies a cabeza—. No sé qué efecto tendrá sobre ella, no sé si después de esto seguirá

queriendo a su pobre padre. Pero lo mejor para ella es que deje de vivir engañada, ¡y yo deberé soportar las consecuencias que merezco!

—Mary —dijo Bertha—, ¿dónde está tu mano? ¡Ah! ¡Aquí está, aquí está! —Se la llevó a los labios y la apretó sonriendo, y luego la pasó por su brazo—. Anoche les oí cuchichear culpándote de algo. Se equivocaban.

La esposa del Carretero guardó silencio. Caleb contestó por ella.

—Se equivocaban —dijo.

—¡Lo sabía! —gritó Bertha, ufana—. Eso les dije. ¡Me negué a oír una sola palabra! ¡Culparla y juzgarla a ella! —Apretó su mano entre las suyas y su mejilla contra su cara—. ¡No! ¡No estoy tan ciega para no ver eso!

Su padre se colocó a su lado mientras Motita permanecía al otro, sosteniéndole la mano.

—Os conozco a todos —prosiguió Bertha— mejor de lo que creéis. Pero a nadie tan bien como a ella. Ni siquiera a ti, padre. No hay nada la mitad de real y verdadero a mi alrededor como ella. Si en este instante se me devolviese la visión y no se pronunciara una sola palabra, ¡la reconocería entre una multitud! ¡Mi hermana!

—¡Bertha, querida! —dijo Caleb—, hay algo que quiero decirte ahora que estamos los tres solos. ¡Escúchame con benevolencia! Tengo que hacerte una confesión, cariño.

—¿Una confesión, padre?

—Me he alejado de la verdad y me he perdido, niña mía —dijo Caleb, con una expresión lastimosa en su desconcertado rostro—. Me he alejado de la verdad tratando de ser tierno contigo, y he sido cruel.

Ella volvió la cara, perpleja, hacia él y repitió:

—¿Cruel?

—Se acusa con excesiva severidad, Bertha —dijo Motita—. Tú misma lo dirás en breve. Tú serás la primera en decírselo.

—¡Él! ¡Cruel conmigo! —gritó Bertha, con una sonrisa de incredulidad.

—Sin pretenderlo, mi niña —dijo Caleb—. Pero lo he sido, aunque nunca lo sospeché, hasta ayer. Mi querida Hija Ciega, ¡escúchame y perdóname! El mundo en el que vives, corazón mío, no existe tal como te lo he representado. Los ojos en los que has confiado han sido infieles contigo.

Ella mantenía su perplejo rostro vuelto hacia él, pero lo retiró y lo aproximó más a su amiga.

—Tu camino en la vida era escarpado, pobrecita mía —dijo Caleb—, y yo quise allanarlo para ti. He modificado objetos, he cambiado el carácter de personas, he inventado muchas cosas que nunca existieron para hacerte más feliz. Te he ocultado otras cosas, te he engañado, ¡que Dios me perdone!, y te he rodeado de fantasías.

—Pero ¡las personas vivas no son fantasías! —se apresuró a decir ella mientras palidecía y seguía retirándose de él—. No es posible cambiarlas.

—Lo he hecho, Bertha —confesó Caleb—. Hay una persona a la que conoces, paloma mía...

—¡Oh, padre! ¿Por qué dices que la conozco? —lo interrumpió ella con tono de firme reproche—. ¿Qué y a quién conozco? ¡Yo, que carezco de guía! ¡Yo, tan miserablemente ciega!

Con el corazón angustiado, alargó las manos como buscando el camino a tientas y después las abrió, de la forma más triste y desamparada, y se las llevó a la cara.

—La boda que hoy se celebra —prosiguió Caleb— es la de un hombre severo, mezquino y despiadado. Un patrón duro contigo y conmigo, durante muchos años. Feo de aspecto, y de esencia. Siempre frío e insensible. Muy diferente en todo de como lo he pintado para ti, niña mía. En todo.

—¡Oh, pero —gritó la Chica Ciega, torturada, daba la impresión, más allá de lo que podía soportar— ¿por qué me has hecho esto?! ¿Por qué siempre has colmado mi corazón y ahora vienes, como la muerte, para arrebatarme todos los objetos de mi amor? ¡Oh, Dios, qué ciega estoy! ¡Qué desamparada y sola estoy!

Su afligido padre agachó la cabeza y no le ofreció más respuesta que su penitencia y su pesar.

Apenas acababa de abandonarse ella a este arrebatado de reproche

cuando el Grillo del Hogar, al que solo ella pudo oír, empezó a cantar. No alegre, sino grave, débil, lastimero. Tan triste era su sonido que las lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha, y cuando la Presencia que había pasado toda la noche al lado del Carretero apareció tras ella, señalando a su padre, se derramaron en un torrente.

Enseguida oyó la voz del Grillo con mayor claridad, y supo, por medio de su ceguera, que la Presencia rondaba a su padre.

—Mary —dijo la Chica Ciega—, dime cómo es mi hogar. Cómo es en verdad.

—Es un lugar pobre, Bertha; en realidad, muy pobre y desnudo. La casa difícilmente soportará otro invierno de viento y lluvia. Está tan precariamente protegida de las inclemencias del tiempo, Bertha — prosiguió Motita con voz baja y nítida—, como tu pobre padre con su gabán de arpillera.

La Chica Ciega, muy nerviosa, se puso en pie y llevó a un lado a la menuda esposa del Carretero.

—Todos aquellos regalos que yo tanto cuidaba, y que casi llegaban a mi antojo y yo recibía con tanto cariño —dijo, temblando—, ¿de dónde procedían? ¿Los enviabas tú?

—No.

—¿Quién, entonces?

Motita vio que ya lo sabía y guardó silencio. La Chica Ciega volvió a cubrirse el rostro con las manos. Pero esta vez de un modo bien distinto.

—Querida Mary, un momento. ¡Un momento! Acércate un poco. Háblame en voz baja. Sé que eres sincera. No me engañarías ahora, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no, Bertha!

—No, sé que no lo harías. Te compadeces demasiado de mí para hacerlo. Mary, mira hacia donde estábamos hace un momento, hacia donde está mi padre (mi padre, tan compasivo y afectuoso conmigo) y dime qué es lo que ves.

—Veo —dijo Motita, que la comprendía bien— a un anciano sentado en una silla, reclinado tristemente contra el respaldo, con la

cara apoyada en una mano. Como si su hija debiera consolarlo, Bertha.

—Sí, sí. Lo hará. Sigue.

—Es un anciano desgastado por las preocupaciones y el trabajo. Es un hombre enjuto, decaído, reflexivo y canoso. Ahora lo veo abatido y encorvado, luchando contra nada. Pero, Bertha, lo he visto muchas veces luchando con denuedo en muchos sentidos por un fin magno y sagrado. ¡Y yo venero su gris cabeza y lo bendigo!

La Chica Ciega se separó de ella y, postrándose frente a él, se llevó al pecho la gris cabeza de su padre.

—He recuperado la vista. ¡La vista! —gritó—. He estado ciega y ahora mis ojos se han abierto. ¡Nunca llegué a conocerlo! ¡Y pensar que podría haber muerto sin ver nunca de verdad al padre que tan afectuoso ha sido conmigo!

No había palabras para describir la emoción que arrobaba a Caleb.

—¡No hay gallarda figura en la tierra —exclamó la Chica Ciega, estrechándolo contra sí— a quien pudiera profesar tanto afecto y amor ni venerar con tanta devoción como esta! ¡Cuanto más cano y más desgastado estés, más te querré, padre! No consientas que nadie vuelva a decir que soy ciega. ¡No hay arruga en su cara ni cabello en su cabeza que vaya a olvidar en mis plegarias y mis agradecimientos a Dios!

Caleb consiguió balbucir:

—¡Bertha mía!

—Y en mi ceguera —prosiguió la muchacha, acariciándolo con lágrimas de afecto sublime—, ¡lo creí tan diferente! ¡No haber imaginado esto habiéndolo tenido a mi lado, día tras día, siempre tan pendiente de mí!

—El padre lozano y elegante con el gabán azul, Bertha —dijo el pobre Caleb—, ¡ha desaparecido!

—Nada ha desaparecido —repuso ella—. ¡No, queridísimo padre! Todo está aquí..., en ti. El padre al que tanto quise, el padre al que nunca he querido lo suficiente y al que nunca llegué a conocer, el benefactor al que empecé a reverenciar y a amar desde el primer momento por la compasión que me profesaba; todos están en ti. Nada ha muerto para mí. El alma de todo lo que yo más apreciaba está

aquí..., aquí, con el rostro desgastado y el cabello cano. ¡Y ya **NO** estoy ciega, padre!

Durante aquella disertación, toda la atención de Motita se había centrado en padre e hija; pero, al mirar en ese momento hacia el pequeño Segador en el prado morisco, vio que apenas faltaban unos minutos para que el reloj diera la hora, y se sumió en un súbito estado de nerviosismo y agitación.

—Padre... —dijo Bertha, vacilante—. Mary...

—Sí, mi Mary —contestó Caleb—. Aquí está.

—Nada ha cambiado en ella. ¿Nunca me dijiste nada de ella que no fuese verdad?

—Me temo que lo habría hecho, querida mía —respondió Caleb—, si hubiese sido capaz de representártela mejor de lo que es. Pero la habría cambiado para peor, si la hubiese cambiado en algo. Nada podía mejorarla, Bertha.

Pese a la seguridad con que había formulado la pregunta, resultaba entrañable contemplar el deleite y el orgullo que le infundió aquella respuesta, y cómo abrazó de nuevo a Motita.

—No obstante, podrían producirse más cambios de los que crees, querida —dijo Motita—. Cambios para mejor, quiero decir; cambios que reportarán dicha a algunos de nosotros. No deberán asustarte en demasía, si llegan a tener lugar, ni tampoco afectarte. ¿Son ruedas en la carretera eso que oigo? Bertha, tú que tienes un oído fino, ¿son ruedas?

—Sí. Se aproximan muy deprisa.

—S... s... sé que tienes un oído muy fino —dijo Motita, llevándose una mano al corazón y hablando, como era evidente, con toda la celeridad de que era capaz para ocultar su estado palpitante— porque lo he advertido a menudo y porque anoche percibiste enseguida la presencia de aquel desconocido. Aunque en realidad ignoro el motivo que te llevó a decir, como recuerdo bien que dijiste, Bertha: «¿De quién son esos pasos?», y a esos pasos mayor atención que a cualquier otro. Pero, como digo, se dan grandes cambios en el mundo, grandes cambios, y no podemos sino prepararnos para sorprendernos ante prácticamente cualquier cosa.

Caleb se preguntó qué significaría aquello, al ver que se dirigía a

él, no en menor medida que a su hija. Estupefacto, la vio tan agitada y angustiada que apenas podía respirar, además de sujeta a una silla para evitar desplomarse al suelo.

—¡Sí, en efecto, son ruedas! —resolló—. ¡Y se acercan! ¡Se acercan más! ¡Están muy cerca! ¡Y ahora se oye cómo se detienen en la cancela del jardín! ¡Y ahora se oyen unos pasos detrás de la puerta..., los mismos pasos, ¿no es así, Bertha...? ¡Y ahora...!

Profirió un grito desenfrenado de regocijo incontrolable, corrió hasta Caleb para taponarle los ojos con las manos al tiempo que un joven entraba a toda prisa en la estancia, lanzaba el sombrero al aire y se acercaba corriendo a ellos.

—¿Ha terminado ya? —gritó Motita.

—¡Sí!

—¿Felizmente?

—¡Sí!

—¿Recuerda esta voz, querido Caleb? ¿Alguna vez ha oído una que se asemejara a ella? —siguió voceando Motita.

—¡Si mi hijo, que se marchó a las doradas tierras de América del Sur, estuviese vivo...! —dijo Caleb, temblando.

—¡Está vivo! —chilló Motita, retirando las manos de sus ojos y dando palmas, extasiada—. ¡Mírelo! ¡Véalo ante usted, sano y fuerte! ¡Su querido hijo! ¡Tu querido hermano, que está vivo y te quiere, Bertha!

¡Todos los honores para aquella menuda criatura por su enardecimiento! ¡Todos los honores por sus lágrimas y su risa, cuando los tres quedaron fundidos en un abrazo! ¡Todos los honores por el entusiasmo con que recibió a aquel marinero de piel curtida por el sol y pelo negro y ondulado cuando él fue a su encuentro, y no apartó su pequeña boca sino que le permitió besarla, libremente, y estrecharla contra su corazón desbocado!

¡Y honores también para el Cuco —¿por qué no?— por salir repentinamente por la portezuela del Palacio Morisco como si fuera un ladrón e hipar doce veces para los allí reunidos, como si se hubiese emborrachado de alegría!

El Carretero, que entraba en ese momento, retrocedió, y no sin motivo, al sorprenderse en tan buena compañía.

—¡Mire, John! —dijo Caleb, exultante—. ¡Mire! ¡Es mi hijo, que ha vuelto de las doradas tierras de América del Sur! ¡Mi hijo! ¡Aquel al que usted mismo equipó y embarcó, aquel para el que usted siempre fue tan buen amigo!

El Carretero avanzó para tomarle de la mano; sin embargo, mientras retrocedía de nuevo, pues algún rasgo de aquel rostro le despertó el recuerdo del Hombre Sordo del carro, exclamó:

—¡Edward! ¿Eras tú?

—¡Cuéntaselo todo! —gritó Motita—. Cuéntaselo todo, Edward, y no trates de dejarme en buen lugar, pues nada podrá jamás dejarme en buen lugar ante mis propios ojos.

—Yo era aquel hombre —dijo Edward.

—¿Y has sido capaz de entrar de incógnito, disfrazado, en la casa de tu viejo amigo? —replicó el Carretero—. Hubo en un tiempo un muchacho leal (¿cuántos años hace, Caleb, desde que tuvimos noticia de su muerte, y también pruebas, según creímos?) que nunca habría obrado así.

—Hubo en un tiempo un amigo generoso, para mí más un padre que un amigo —dijo Edward—, que nunca me hubiese juzgado, ni habría juzgado a ningún otro sin antes escucharlo. Tú eras ese amigo. Por eso estoy seguro de que ahora me escucharás.

El Carretero dirigió una mirada atribulada a Motita, que se mantenía apartada de él, y contestó:

—¡Bien! Me parece del todo justo. Te escucharé.

—Debes saber que cuando me marché, de muchacho —dijo Edward—, estaba enamorado y mi amor era correspondido. Ella era muy joven y tal vez (podrías decirme) aún no comprendía su propio corazón. Pero yo sí comprendía el mío, y sentía pasión por ella.

—¡Pasión! —exclamó el Carretero—. ¡Tú!

—Sí, ciertamente —contestó el otro—. Y ella me correspondía. Así lo he creído desde entonces, y ahora estoy seguro de ello.

—¡Que Dios me ampare! —dijo el Carretero—. Esto es peor que todo lo demás.

—Yo seguí siéndole fiel —prosiguió Edward—. Y, tras regresar, lleno de esperanza, después de sufrir numerosos apuros y peligros, para cumplir con mi parte de nuestro compromiso, supe, a más de treinta kilómetros de distancia, que ella me era infiel, que me había olvidado y se había entregado a otro hombre, más rico. No tenía intención de hacerle ningún reproche, pero deseé verla y comprobar sin dejar rastro de duda que todo era cierto. Confié en que ella se hubiese visto forzada a aquello en contra de su voluntad y sus recuerdos. Sería un ínfimo consuelo, pero menos era nada, pensé, y así vine. Para obtener la verdad, la auténtica verdad, observando libremente por mí mismo, y juzgando por mí mismo, sin obstáculos, por un lado, y sin servirme de mi influencia (si acaso tenía alguna), por el otro, me disfracé, como ya sabes, y esperé en la carretera, donde ya sabes. No sospechaste de mí; ella... ella tampoco —añadió señalando a Motita—, hasta que le susurré al oído junto a ese hogar, y a punto estuvo de delatarme.

—Pero cuando ella supo que Edward estaba vivo y había regresado —sollozó Motita, hablando para sí, tal como había ansiado hacer a lo largo de todo el relato de él—, y cuando conoció su propósito, le advirtió que lo mantuviese en secreto a cualquier precio, pues su viejo amigo John Peerybingle era demasiado franco y demasiado torpe con las artimañas, pues es un hombre torpe en general —dijo Motita, a medio camino entre la risa y el llanto—, y no sabría disimular. Y cuando ella..., es decir, yo, John —siguió sollozando la mujer—, le refirió todo, que su amada le había creído muerto, que su madre acabó por convencerla de que consintiese en aquel matrimonio que la pobre anciana consideraba ventajoso; y cuando ella..., es decir, yo una vez más, John, le dijo que aún no se habían casado (aunque estaban a punto de hacerlo) y que, de culminar, aquella unión no sería sino un sacrificio para ella, pues no sentía amor; y cuando él casi enloqueció de júbilo al oír esto, entonces ella, es decir, yo una vez más, dijo que mediaría entre ambos, como había hecho a menudo en el pasado, John, y que tantearía a su amada para estar segura de que lo que ella, de nuevo yo, John, decía y pensaba era correcto. ¡Y **ERA** correcto, John! ¡Y volvieron a reunirse, John! ¡Y se han casado, John, hace una hora! ¡Y aquí entra la novia! ¡Y que Gruff y Tackleton se muera solterón! ¡Y yo soy una mujercita feliz, May, que Dios te bendiga!

Era una mujercita irresistible, si es que esto viene al caso, y nunca tan absolutamente irresistible como en aquel arrebato. Nunca hubo felicitaciones tan entrañables ni deliciosas como las que recibieron ella y la novia.

El Carretero, confuso, había permanecido inmóvil en mitad de aquel tumulto de emociones que se agolpaban en su pecho. Corrió hacia ella, pero Motita extendió la mano para detenerlo, y él retrocedió como había hecho antes.

—¡No, John, no! ¡Escúchalo todo! No vuelvas a amarme, John, hasta que hayas oído todo cuanto tengo que decir. No ha estado bien ocultarte un secreto, John. Lo lamento mucho. No creí que estuviese obrando mal hasta que anoche vine a sentarme en el pequeño taburete, a tu lado; pero cuando supe, por lo que vi escrito en tu cara, que me habías visto pasear con Edward en la galería y cuando supe lo que pensabas, comprendí lo atolondrada que había sido y lo erróneo de mi conducta. Pero, oh, querido John, ¿cómo, icómo!, pudiste creer algo así?

¡Cómo volvía a sollozar aquella menuda mujer! John Peerybingle la habría estrechado entre sus brazos. Pero no, ella no se lo permitió.

—¡No, no me ames aún, por favor John! ¡No me ames en un buen rato! Cuando me entristecía por aquel futuro matrimonio, querido, era porque recordaba a May y a Edward como dos jóvenes enamorados, y porque sabía que el corazón de ella estaba muy lejos de Tackleton. ¿Me crees ahora, John?

Al oír aquella súplica, John quiso precipitarse hacia ella, pero ella lo detuvo una vez más.

—¡No, quédate ahí, por favor, John! Cuando me río de ti, como a veces hago, John, y te llamo torpe, y pequeño ganso y cosas por el estilo, lo hago porque te amo muchísimo, John, y porque me gusta mucho cómo eres, y no quisiera que cambiases ni un ápice aunque fuesen a coronarte rey al día siguiente.

—¡Hurra! —exclamó Caleb con inusitado brío—. ¡Eso mismo opino yo!

—Y cuando hablo de personas de mediana edad y formales, John, y finjo creer que somos una pareja aburrida, que vivimos asentados en la monotonía, lo hago solo porque soy una criaturilla tonta, John, y a veces me gusta comportarme como una niña y hacerte creer cosas que no pienso.

Vio que él se acercaba y lo detuvo una vez más. Pero estuvo a punto de hacerlo demasiado tarde.

—¡No, no me ames durante uno o dos minutos más, te lo ruego,

John! Lo que más deseo decirte lo he reservado para el final. Mi querido, bueno y generoso John, cuando la otra noche hablábamos del Grillo, estuve muy cerca de decirte que al principio no te amaba tanto como te amo ahora, que cuando llegué aquí en cierto modo temía no ser capaz de aprender a amarte tan plenamente como confiaba y rogaba..., siendo tan joven, John. Pero, querido John, con cada hora y cada día que pasaban, te amaba más y más. Y si hubiese podido amarte más de lo que te amo, las nobles palabras que te he oído pronunciar esta mañana habrían bastado para ello. Pero no puedo. Todo el afecto que tenía (y era mucho, John) te lo di, como bien mereces, hace mucho, mucho tiempo, y ya no me queda más para dar. Ahora, mi querido esposo, ¡acógeme de nuevo en tu corazón! ¡Ese es mi hogar, John, y nunca, nunca pienses en enviarme a ningún otro!

Nunca sentirán ustedes tanto regocijo al ver a una maravillosa mujercita en brazos de un tercero como el que habrían experimentado de haber visto a Motita correr a los brazos del Carretero. Fue la muestra de fervor más absoluta, genuina y desbordante de amor que habrían contemplado en toda su vida.

Pueden estar seguros de que el Carretero se encontraba absolutamente extasiado, y pueden estar seguros de que Motita también lo estaba, y pueden estar seguros de que todos ellos lo estaban, incluida la señorita Slowboy, que lloraba profusamente de alegría y, queriendo hacer partícipe al pequeño que tenía en brazos del intercambio general de felicitaciones, fue ofreciéndoselo a todos, uno por uno, como si de una bebida se tratase.

Pero en ese instante volvió a oírse el ruido de unas ruedas en el exterior, y alguien exclamó que Gruff y Tackleton regresaba. El digno caballero apareció raudamente, con aspecto acalorado y nervioso.

—Y bien, ¿qué demonios ocurre, John Peerybingle? —dijo Tackleton—. Tiene que tratarse de un error. He citado a la señora Tackleton en la iglesia y juraría que me he cruzado con ella en la carretera, viniendo en esta dirección. ¡Oh, ahí está! Le ruego me disculpe, señor, no tengo el placer de conocerle, pero si es usted tan amable de prescindir de esta joven dama... Tiene un compromiso ciertamente personal esta mañana.

—Pero no puedo prescindir de ella —contestó Edward—. Ni se me ocurriría hacerlo.

—¿Qué significa eso, vagabundo? —dijo Tackleton.

—Significa que, teniendo en cuenta lo enojado que está —

respondió el otro con una sonrisa—, esta mañana estoy tan sordo a los discursos groseros como lo estaba anoche a todos los discursos en general.

¡Qué mirada le dirigió Tackleton, y qué respingo dio este!

—Lamento mucho, señor —dijo Edward, sosteniendo la mano izquierda de May, en particular el dedo corazón—, que la joven dama no pueda acompañarle a la iglesia; pero, dado que ella ya ha estado allí esta mañana, tal vez sepa disculparla.

Tackleton escrutó el dedo anular y extrajo del bolsillo del chaleco un pedacito de papel plateado que parecía contener una sortija.

—Señorita Slowboy —dijo Tackleton—, ¿tendría la amabilidad de arrojar esto al fuego? Gracias.

—Ha sido un compromiso anterior, un compromiso bastante antiguo, lo que ha impedido a mi esposa acudir a su cita, se lo aseguro —dijo Edward.

—Señor Tackleton, ¿me hará la justicia de reconocer que le referí todo esto fielmente, y que le dije, en numerosas ocasiones, que nunca podría olvidarlo? —suplicó May, ruborizándose.

—¡Oh, en efecto! —contestó Tackleton—. ¡Oh, desde luego! ¡Oh, es cierto! Es del todo cierto. Señora de Edward Plummer, deduzco...

—Ese es su nombre —contestó el novio.

—Ah, no le habría reconocido, señor —dijo Tackleton, escrutando su rostro con suma atención y haciendo una leve inclinación—. ¡Que sea muy feliz, señor!

—Gracias.

—Señora Peerybingle —dijo Tackleton, volviéndose súbitamente hacia donde ella se encontraba con su esposo—, lo siento. No ha sido usted especialmente amable para conmigo, pero le doy mi palabra de que lo siento. Es usted mejor persona de lo que yo la hacía. John Peerybingle, lo siento. Usted me comprende, eso me basta. Todo en orden, damas y caballeros, y todos satisfechos. ¡Buenos días!

Dicho esto, puso fin a aquello y también a su visita, deteniéndose únicamente a la puerta para retirar las flores y los adornos de la cabeza de su caballo y para asestarle un único puntapié en las costillas,

informándole con ello de que había algún tornillo suelto en sus planes.

Obviamente, era obligatorio sacar el máximo partido a aquel día, que señalaría de por vida aquellos acontecimientos como gran festividad y celebración en el calendario Peerybingle. En consecuencia, Motita se puso a trabajar para ofrecer los correspondientes agasajos, que cubrirían de honor imperecedero a la casa y a todos los interesados, y en un santiamén tenía los brazos hundidos en harina hasta los hoyuelos de los codos, y manchaba de blanco el sobretodo del Carretero cada vez que él se acercaba y ella lo detenía para darle un beso. Aquel buen hombre lavó las verduras, peló los nabos, rompió platos, volcó pucheros llenos de agua fría sobre la lumbre y colaboró en todo cuanto pudo, mientras un par de asistentes profesionales, requeridas a toda prisa en el vecindario, como si se tratase de una cuestión de vida o muerte, chocaban la una contra la otra en las puertas y en las esquinas, y todos tropezaban con Tilly Slowboy y el Bebé en todas partes. Tilly nunca había hecho gala de tanto poder. Su ubicuidad era objeto de la admiración general. Era un obstáculo en el pasillo a las dos y veinticinco, un cepo en la cocina a las dos y media en punto, y un escollo en el desván a las tres menos veinticinco. La cabeza del Bebé seguía siendo lo que hasta entonces había sido: una piedra de toque para toda clase de materia, animal, vegetal y mineral. No hubo nada de cuanto se utilizó aquel día que, en un momento o en otro, no llegase a estar en estrecho contacto con ella.

A continuación se organizó una gran expedición a pie para ir a buscar a la señora Fielding y mostrarse humildes y penitentes frente a aquella excelsa y distinguida dama, y llevarla de vuelta con ellos, a la fuerza, si era necesario, para que pudiese disfrutar y perdonar. Y cuando la expedición la encontró, ella no quiso escucharlos, pero repitió, una indecible cantidad de veces, ique había vivido hasta entonces con el único fin de ver aquel día!, y no hubo manera de arrancarle palabras que no fuesen aquellas, salvo «Ahora, llevadme a la tumba», lo cual parecía absurdo, habida cuenta de que no estaba muerta, y de que distaba mucho de estarlo. Transcurrido un rato, se sumió en un estado de aterradora calma y comentó que cuando aquella desventurada cadena de circunstancias había afectado al comercio de añil, ella había previsto ya que pasaría el resto de su vida expuesta a toda clase de insultos y contumelias, y que se alegraba de que tal fuera el caso, y suplicó que no se molestasen por ella —pues ¿quién era ella?, ioh, cielos!, inadie!—, que olvidasen que semejante ser existía y que siguieran con su vida sin ella. De este ánimo amargamente sarcástico pasó a otro enojado, en el que dio rienda suelta a la notable expresión de que el gusano se retuerce cuando lo pisan, y, tras esto, cedió a un tierno lamento y dijo que si hubiesen confiado en ella, iqué no habría estado en disposición de sugerir! Aprovechando esta crisis en sus

sentimientos, la expedición la abrazó y enseguida la mujer tenía las manos enfundadas en los guantes y se encontraba camino de la casa de John Peerybingle en un estado de intachable refinamiento, llevando consigo un envoltorio de papel que contenía un bonete real casi tan alto, y probablemente tan rígido, como una mitra.

El padre y la madre de Motita tenían que llegar entonces en otra pequeña calesa, pero tardaban más de lo previsto y todos empezaron a abrigar temores y a mirar cada poco hacia la carretera para ver si ya llegaban, y la señora Fielding siempre miraba en la dirección equivocada y éticamente imposible, y, tras ser informada de su error, repuso que confiaba en tener aún la libertad de mirar hacia donde se le antojase. Finalmente llegaron, una pareja menuda y rechoncha, de andares ágiles y firmes que parecían muy propios de la familia de Motita, y Motita y su madre, codo con codo, formaban una estampa maravillosa a la vista. Se parecían mucho la una a la otra.

A continuación, la madre de Motita tuvo que reanudar su relación con la madre de May, y la madre de May permaneció firme en su refinamiento, y la madre de Motita solo permaneció firme sobre sus activos piecitos. Y el viejo Motita —por así llamar al padre de Motita, pues olvidé que no era ese su verdadero nombre, pero no importa— se tomó la libertad de estrecharle la mano nada más verla, y no pareció ver un sombrero sino una montaña de almidón y muselina, y no se molestó en intentar aplazar el tema del comercio de añil comentando que no tenía remedio, y, en suma, a la señora Fielding le resultó un hombre bondadoso..., pero burdo; una lástima.

¡Ni por todo el dinero del mundo me habría perdido a Motita haciendo los honores con su traje de boda, bendita su radiante cara! ¡No! Ni tampoco al bueno del Carretero, tan jovial y rubicundo, sentado en un extremo de la mesa. Ni al curtido y lozano marinero ni a su bella esposa. Ni a ninguno de los presentes. Perderse aquella comida habría sido equiparable a obviar el alegre y contundente banquete que todo hombre desea degustar, y pasar por alto las desbordantes copas con las que brindaron por el día de la boda habría sido la omisión más grande de todas.

Tras el banquete, ¡Caleb entonó la canción sobre la Copa Centelleante! Y doy fe por mi vida, que espero conservar uno o dos años más, que la cantó de principio a fin.

Y, por cierto, tuvo lugar un incidente de lo más inopinado justo cuando concluyó la última estrofa.

Alguien llamó a la puerta y un hombre entró por ella tambaleante

sin decir «Con permiso» ni «Sin permiso» y con algo pesado sobre la cabeza. Tras depositarlo en el centro de la mesa, a exacta distancia de las nueces y las manzanas, dijo: «Con los parabienes del señor Tackleton, que, como ya no precisa la tarta, considera que tal vez ustedes quieran dar cuenta de ella».

Y dicho esto, se marchó.

Como ya supondrán, los comensales se quedaron algo sorprendidos. La señora Fielding, siendo una dama de infinito discernimiento, sugirió que la tarta estaba envenenada y relató la historia de cierta tarta que, por lo que ella sabía, había sembrado la tristeza en una escuela privada femenina. Pero la aclamación general invalidó su teoría y May cortó el pastel con gran ceremonia y júbilo.

Creo que nadie la había probado aún cuando alguien volvió a llamar a la puerta, y el mismo hombre reapareció con un paquete grande envuelto en papel de estraza bajo el brazo.

—Con los parabienes del señor Tackleton, que envía unos juguetes para el Bebé. Y no son feos.

Dicho lo cual, volvió a retirarse.

A todos los presentes les habría resultado difícil encontrar palabras para describir su asombro, aunque hubiesen dispuesto de tiempo para buscarlas. Pero no dispusieron de un solo minuto, pues el mensajero apenas había cerrado la puerta a su paso cuando alguien volvió a llamar, y Tackleton en persona entró en la estancia.

—¡Señora Peerybingle! —dijo el Comerciante de Juguetes, sombrero en mano—, lo siento. Lo siento más incluso que esta mañana. He tenido tiempo para reflexionar. ¡John Peerybingle! Soy de natural adusto, pero no puedo evitar ablandarme, más o menos, al encontrarme cara a cara con un hombre como usted. ¡Caleb! Anoche esta niñera me proporcionó sin saberlo una hebra que me ha permitido encontrar el ovillo. Me sonrojo al pensar la facilidad con que podría haberlas atado a usted y a su hija a mí, ¡y lo pobre idiota que he sido al tomarla a ella por tal! Amigos, todos y cada uno de ustedes, mi casa está muy solitaria esta noche. Ni siquiera tengo un Grillo en mi Hogar. Los he ahuyentado a todos. ¡Sean gentiles conmigo y permítanme participar de esta feliz celebración!

Cinco minutos bastaron para que se sintiese como en casa. Nunca habrán visto a un hombre como él. ¿Qué había estado haciendo consigo mismo toda su vida para no haber descubierto hasta entonces su

enorme capacidad para ser una persona jovial? ¿O qué habían hecho con él las hadas para obrar semejante cambio?

—John, no me enviarás a casa de mis padres esta noche, ¿verdad?
—susurró Motita.

¡Aunque él había estado muy a punto de hacerlo!

Solo faltaba un ser vivo para que la reunión estuviera completa y, en un abrir y cerrar de ojos, allí se presentó, sediento de tanto correr y enfrascado en imposibles tentativas de estrujar la cabeza en el cuello de un estrecho cántaro. Había acompañado al carro hasta el final de su viaje, muy disgustado por la ausencia de su amo y formidablemente díscolo con su sustituto. Tras entretenerse un rato en la cuadra, tratando en vano de incitar al viejo caballo a cometer el acto de rebelión de regresar por su cuenta, había entrado en la taberna y se había tumbado ante la lumbre. Pero, cediendo súbitamente a la convicción de que el sustituto era un farsante y debía ser abandonado, volvió a ponerse en pie, irguió la cola y regresó a casa.

Hubo un baile durante la velada. Me habría contentado con mencionar de forma general este esparcimiento de no tener ciertos motivos para suponer que fue un baile de lo más original y de carácter muy poco común. Se organizó de un extraño modo, que me dispongo a relatar.

Edward, el marinero —que era un muchacho bueno, generoso y apuesto—, les estaba narrando diversas maravillas acerca de los loros, las minas, los mexicanos y el oro en polvo cuando de pronto se le ocurrió levantarse de un salto y proponer un baile, pues el arpa de Bertha estaba allí y ella la tocaba como pocas veces se puede oír. Motita (que bien podía tornarse ladina y afectada cuando quería) dijo que ya no tenía edad para bailar, creo que porque el Carretero estaba fumando su pipa y ella prefería sentarse con él. Después de aquello, a la señora Fielding no le quedó más remedio, obviamente, que decir que ya no tenía edad para bailar, y todos dijeron lo mismo, excepto May; May estaba dispuesta.

De modo que May y Edward se pusieron en pie, entre el aplauso de todos, para bailar solos, mientras Bertha tocaba su pieza más animada.

¡Bien! Creedme que no llevaban ni cinco minutos bailando cuando de pronto el Carretero arroja la pipa, toma a Motita por la cintura, se lanza al centro de la estancia y empieza a bailar con ella, punta-talón, de forma maravillosa. En cuanto Tackleton ve esto, se desliza hacia la

señora Fielding, la toma por la cintura y se apresura a hacer lo propio. En cuanto el viejo Motita ve esto, se pone en pie, todo enérgico, arrebatada a la señora Motita hacia el centro del baile y se pone a la cabeza del mismo. En cuanto Caleb ve esto, agarra a Tilly Slowboy de ambas manos y se enfrasca en la competición, la señorita Slowboy con la firme creencia de que irrumpir impetuosamente entre las demás parejas y chocar contra ellas un sinfín de veces es el único principio que rige el baile.

¡Escuchen cómo el Grillo se suma a la música con su cricrí, cricrí, cricrí, y cómo el Hervidor zumba!

Pero ¿qué es esto? Mientras los escucho alegremente y me vuelvo hacia Motita para contemplar por última vez esa menuda figura que tan agradable me resulta, ella y los demás se han desvanecido en el aire y me han dejado solo. Un Grillo canta en el Hogar, un juguete roto yace en el suelo, y nada más queda.

LA BATALLA DE LA VIDA

Una historia de amor

PRIMERA PARTE

Hace mucho tiempo, poco importa cuándo, en la inquebrantable Inglaterra, poco importa dónde, se libró una feroz batalla. Se libró durante un largo día de verano, cuando la hierba ondeaba crecida y verde. Infinidad de flores silvestres, creadas por la Mano Todopoderosa como perfumados cálices para el rocío, sintieron aquel día cómo sus esmaltadas copas rebosaban de sangre y se desplomaban acobardadas. Infinidad de insectos que adoptaban sus delicados colores de las inofensivas hojas y briznas de hierba se vieron teñidos aquel día por hombres agonizantes y marcaron su aterrada senda con una estela antinatural. La mariposa pintada llevó sangre al aire con los extremos de sus alas. El arroyo fluyó rojo. La tierra hollada se tornó en un cenagal donde, en los funestos charcos que se formaban en las huellas de pies humanos y cascos de caballos, aquel color prevaleciente aún se oscurecía y reverberaba a la luz del sol.

Líbrenos Dios de conocer la estampa que la luna contempló en aquel campo cuando, asomando sobre el perfil negro de los distantes altozanos, suavizados y desdibujados por los árboles, se alzó en el cielo y miró hacia la llanura, tapizada de rostros que a su vez miraban hacia arriba tal como lo habían hecho en el pasado desde el regazo de sus madres buscando unos ojos maternales o dormitando felizmente. ¡Líbrenos Dios de conocer los secretos susurrados después al viento pervertido que sopló sobre el escenario de las bregas de aquel día y de la muerte y el sufrimiento de aquella noche! Infinidad de lunas solitarias brillaron sobre el campo de batalla, e infinidad de estrellas montaron triste guardia sobre él, e infinidad de vientos procedentes de todos los rincones de la tierra soplaron sobre él antes de que se borrasen las huellas de la contienda.

Merodearon y persistieron durante largo tiempo, pero sobrevivieron en pocas cosas, pues la Naturaleza, muy superior a las maléficas pasiones de los hombres, pronto recuperó su serenidad y sonrió sobre el culpable campo de batalla como lo había hecho antes, cuando era inocente. Las alondras cantaron sobre él; las golondrinas lo sobrevolaron a ras, se lanzaron en picado y revolotearon sobre él; las sombras de las nubes pasajeras se persiguieron raudas sobre la hierba, el maíz, los nabos y los bosques, sobre los tejados y las agujas de las iglesias de la ciudad abrigada por los árboles, hasta la resplandeciente lejanía, en las lindes del cielo y la tierra, donde se apagaban los rojos

ocasos. Se sembraron cosechas que crecieron y se recolectaron; el arroyo que se había teñido de carmesí hizo girar un molino de agua; los hombres silbaron mientras araban; los espigadores y los labradores fueron vistos trabajando en silenciosos grupos; las ovejas y los bueyes pacieron; los muchachos gritaron y vocearon para ahuyentar a los pájaros; el humo se alzó desde las chimeneas de las casas de labranza; las campanas repicaron los domingos pacíficamente; los ancianos vivieron y murieron; las tímidas criaturas del campo, y las sencillas flores de los matorrales y los jardines, crecieron y languidecieron a su debido tiempo; y todo ello aconteció sobre el feroz y sangriento campo de batalla, donde miles y miles de hombres habían muerto en aquella colosal contienda.

Pero entre el maíz sembrado brotaron grandes parcelas de color verde oscuro que, al principio, la gente miró con resquemor. Reaparecieron año tras año, y sabido era que debajo de aquellos fértiles retazos yacían enterrados montones de hombres y caballos, indiscriminadamente, que fertilizaban la tierra. Los labradores que la araban se achicaban al ver los enormes gusanos que abundaban en ella, y las gavillas que allí se segaban recibían el nombre, y así fue durante muchos y largos años, de gavillas de la batalla antes de ser desechadas, y nunca nadie supo de ninguna gavilla de la batalla que se encontrase entre la última cosecha de la temporada. Durante mucho tiempo, cada surco que se araba revelaba vestigios de la contienda. Durante mucho tiempo hubo árboles heridos en el campo de batalla, y restos de cercas cortadas a machetazos, y muros derruidos allí donde se habían producido mortíferos combates, y cercos pisoteados donde ya no crecía una hoja ni una brizna de hierba. Durante mucho tiempo, ninguna muchacha del pueblo se adornó el cabello o la pechera de la ropa con la flor más dulce de aquel campo de muerte, y muchos años transcurrieron tras los cuales aún se creía que las bayas que allí crecían dejaban una honda mancha en la mano que las arrancaba.

Sin embargo, las estaciones, en su curso, y aunque pasaban tan livianas como las propias nubes estivales, acabaron borrando con el tiempo aquellas trazas del viejo conflicto y se llevaron consigo rastros de él tan legendarios como los que la gente de la vecindad atesoraba en sus memorias, hasta que quedaron reducidos a meros cuentos de viejas, vagamente recordados alrededor de la lumbre invernal y más breves e imprecisos con cada año que pasaba. Allí donde las flores y las bayas silvestres habían pervivido tanto tiempo en sus tallos intactos aparecieron huertos, se construyeron casas y los niños jugaron a la guerra por el césped. Los árboles heridos hacía ya mucho tiempo que se habían convertido en leños navideños que habían ardido crepitantes hasta consumirse. Los retazos de color verde oscuro no eran ya más tiernos que el recuerdo de aquellos que yacían en el polvo bajo ellos. De

cuando en cuando, la reja del arado seguía desenterrando pedazos de metal oxidados, pero resultaba difícil discernir qué utilidad habían tenido, y quienes los encontraban especulaban y discutían al respecto. Una coraza vieja y abollada y un casco habían colgado en la iglesia tanto tiempo que el mismo anciano débil y medio ciego que un día intentaba en vano divisarlos sobre el arco encalado se había maravillado de niño al verlos expuestos en aquel mismo lugar. De haber sido posible devolver la vida por un momento a las huestes masacradas en el campo y recrear el momento en que cayeron, cada uno en el punto que sería el lecho de su prematura muerte, soldados acuchillados y cadavéricos, en columnas de a cien, habrían mirado a través de puertas y ventanas de casas, y habrían aparecido en los hogares de tranquilas moradas, y habrían sido como la cosecha en establos y graneros, y habrían brotado entre la cuna del bebé y su niñera, y habrían flotado en el arroyo, y girado en el molino, y abarrotado el huerto, y atestado la pradera, y colmado el pajar con hombres agonizantes. Tal era el cambio que había experimentado el campo de batalla, donde miles y miles de hombres habían muerto en aquella colosal contienda.

Tal vez en ningún lugar cambió tanto, hará unos cien años, como en un pequeño huerto adyacente a una vieja casa de piedra con un porche de madreselva, donde, una radiante mañana de otoño, se oía música y risas y donde dos muchachas bailaban alegremente sobre la hierba, mientras aproximadamente media docena de campesinas subidas a escaleras de mano recogían manzanas de los árboles, interrumpían el trabajo para mirarlas y compartían su regocijo. Era una escena plácida, animada y natural; un día hermoso, un lugar apartado, y las dos muchachas, espontáneas y despreocupadas, bailaban al son de la libertad y la alegría de sus corazones.

Si en el mundo solo se presenciasen escenas como esta, mi opinión personal, y confío en que convengan conmigo, es que todos congeniaríamos mucho mejor de lo que congeniamos y seríamos una compañía infinitamente más agradable de lo que somos. Era una delicia ver cómo bailaban aquellas jóvenes. No tenían más espectadores que las recolectoras de manzanas encaramadas a las escaleras. Ambas estaban encantadas de complacerlas —o, cuando menos, esa era la impresión que daban—, y tan inevitable era admirarlas como para ellas bailar. ¡Y qué modo de bailar!

No como bailarinas de ópera. En absoluto. Ni tampoco como esmeradas alumnas de *madame* Quiensea. Ni de lejos. No era una cuadrilla, ni un minué, ni siquiera una contradanza. No era un baile de estilo antiguo, ni de estilo moderno, ni de estilo francés, ni de estilo inglés; aunque podría haber sido, por pura casualidad, algo de ligero estilo español, que es desenfadado y alegre, según me han dicho, y que

transmite un delicioso aire de inspiración instantánea en el gorjeo de las pequeñas castañuelas. Mientras bailaban entre los árboles del huerto y por el laberinto de troncos, y volvían a la posición inicial, y se hacían dar vueltas y vueltas la una a la otra grácilmente, la influencia de su etéreo movimiento parecía propagarse en todas direcciones en aquel escenario iluminado por el sol, como un círculo al expandirse por el agua. Su cabello suelto y sus faldas ondeantes, la hierba mullida bajo sus pies, las ramas que crujían con el aire matutino —las hojas destellantes, sus sombras moteadas en el suelo verde y blando—, el suave viento que barría el paisaje, feliz de hacer girar el molino alegremente en la lejanía, lo que había entre las dos chicas, el hombre y su yunta arando en los altozanos del terreno...; todo parecía bailar también y se recortaba contra el cielo como si nada más quedase en el mundo.

Finalmente, la más joven de las danzarinas hermanas, jadeante y riéndose con regocijo, se dejó caer en un banco para descansar. La otra se apoyó contra un árbol próximo. La música, un arpa y un violín itinerantes, cesó con un floreo como alardeando aún de su lozanía, si bien lo cierto era que había adoptado tal ritmo y se había esmerado hasta tal punto en su competición con la danza que no podría haber perdurado ni medio minuto más. Las recolectoras de manzanas subidas a las escaleras empezaron a canturrear y a aplaudir en un murmullo, y a continuación reanudaron su trabajo con brío, como abejas, al ritmo de aquel sonido.

Y con mayor brío, si cabe, porque un caballero ya anciano, ni más ni menos que el mismísimo doctor Jeddler —deben saber que aquellos eran la casa y el huerto del doctor Jeddler, y que aquellas eran sus hijas—, apareció a toda prisa para ver qué ocurría y quién demonios tocaba música en su propiedad antes del desayuno. Porque era un gran filósofo, el doctor Jeddler, y no especialmente melómano.

—¡Música y baile hoy! —exclamó el médico para sí, deteniéndose bruscamente—. Creía que este día los aterraba. Pero este es un mundo de contradicciones. ¡Grace! ¡Marion! —añadió en voz alta—, ¿se ha vuelto el mundo más loco que de costumbre esta mañana?

—Padre, aunque así sea, sé un poco tolerante con él —contestó su hija menor, Marion, acercándose y mirándolo a los ojos—, pues hoy es el cumpleaños de alguien.

—El cumpleaños de alguien, bichito... —replicó el doctor—. ¿Acaso no sabes que siempre es el cumpleaños de alguien? ¿Nunca has oído cuántos actores nuevos aparecen cada minuto en esta..., ¡ja, ja, ja!, es imposible hablar en serio de ella, en esta absurda empresa a la que

llamamos vida?

—¡No, padre!

—No, tú no, claro; tú eres una mujer..., casi —dijo el médico—. Por cierto —y miró aquella preciosa carita que seguía muy próxima a la suya—, supongo que hoy es tu cumpleaños.

—¡No! ¿Hablas en serio, padre? —gritó su hija predilecta, frunciendo sus rojos labios para que la besara.

—¡Toma! Recibe con este beso todo mi amor —dijo el médico, plantando en ellos los suyos—, y que este día (¡la idea de este día!) te aporte mucha felicidad. Qué gracia —añadió el doctor para sí— desear felicidad en semejante farsa. ¡Ja, ja, ja!

El doctor Jeddler era, como ya he dicho, un gran filósofo, y la esencia y el misterio de su filosofía consistían en considerar el mundo una broma descomunal, algo demasiado absurdo para que ningún hombre en su sano juicio pudiera tomarlo en serio. En un principio, su sistema de creencias había sido una parte intrínseca del campo de batalla en el que vivía, como enseguida comprenderán.

—¡Bien! Pero ¿dónde habéis conseguido a los músicos? —preguntó el médico—. Ladrones de gallinas, seguro. ¿De dónde han salido esos juglares?

—Los ha enviado Alfred —contestó su hija Grace mientras arreglaba unas sencillas flores en el cabello de su hermana con las que, admirada de aquella joven belleza, ella misma lo había adornado media hora antes y que con el baile se habían desordenado.

—¡Oh! De modo que los ha enviado Alfred... —replicó el médico.

—Sí. Los encontró a la entrada de la ciudad, temprano, cuando él llegaba. Están viajando a pie y anoche pernoctaron allí, y como es el cumpleaños de Marion, pensó que le gustaría la sorpresa y los ha enviado aquí con una nota manuscrita a mi nombre en la que decía que, si me parecía bien, venían a darle la serenata.

—Sí, sí —repuso el médico, con despreocupación—, siempre tiene en cuenta tu opinión.

—Y siendo mi opinión favorable —prosiguió Grace, de buen humor, tras hacer una breve pausa para admirar la hermosa cabeza que había decorado retirando un poco la suya—, y estando Marion

entusiasmada, ella ha empezado a bailar y yo la he seguido, y así hemos bailado con la música de Alfred hasta que nos hemos quedado sin aliento. La música nos parecía aún más alegre por haberla enviado Alfred, ¿verdad, Marion?

—Oh, no sé, Grace. ¡Cómo me atormentas con Alfred!

—¿Que te atormento hablando de tu enamorado? —se extrañó su hermana.

—Te aseguro que no me importa que se hable de él —replicó la obstinada beldad, arrancando los pétalos de unas flores que llevaba en la mano y esparciéndolos por el suelo—. Ya casi estoy cansada de oír hablar de él, y en cuanto a que sea mi enamorado...

—¡Chsss...! No hables a la ligera de un corazón leal y completamente entregado a ti, Marion —exclamó su hermana—, ni en broma. ¡No hay en el mundo corazón más leal que el de Alfred!

—No..., no —dijo Marion, alzando las cejas con un encantador aire de consideración indiferente—, tal vez no. Pero no sé si eso tiene algún mérito. Yo... yo no quiero que sea tan leal. Nunca se lo he pedido. Si espera que yo... Pero, querida Grace, en realidad, ¿por qué tenemos que hablar de él precisamente ahora?

Era agradable ver las gráciles figuras de las radiantes hermanas enlazándose, rezagándose entre los árboles, conversando de tal modo, con la seriedad opuesta a la frivolidad, y aun así con el amor respondiendo siempre con ternura al amor. Y resultaba muy curioso, de hecho, ver los ojos de la hermana menor anegados en lágrimas y cómo un sentimiento hondo y fervoroso se abría paso a través de la obstinación de sus palabras, luchando contra ellas con denuedo.

La diferencia de edad entre ambas no excedería los cuatro años, pero Grace, como a menudo ocurre en tales casos, cuando no hay una madre que vele por las hijas —la esposa del médico había fallecido—, parecía mayor de lo que era por la ternura con que cuidaba de su hermana pequeña y la constancia de la devoción que le profesaba, y parecía también, como es natural, más lejos de toda rivalidad con ella o de participar, salvo con su comprensión y afecto genuinos, en los díscolos caprichos que su edad parecía justificar. ¡Gran figura maternal que, incluso en esta sombra y en su débil reflejo, purifica el corazón y eleva la naturaleza exaltada para acercarla a los ángeles!

Las cavilaciones del médico mientras las observaba y escuchaba la intención de sus palabras se limitaron en un principio a ciertas

meditaciones alegres sobre la locura de todos los amores y de todas las atracciones, y la infructífera carga que se imponían los jóvenes, quienes por un momento creían que en aquellas burbujas podía haber algo serio y siempre acababan desengañados, ¡siempre!

Pero las cualidades domésticas y abnegadas de Grace y su dulce carácter, tan discreto y retraído, y sin embargo tan dotado de firmeza y coraje de espíritu, parecían manifestarse a sus ojos en el contraste entre su callada figura hogareña y la de su hija menor, más hermosa, y le entristecía, por ella —por ambas—, que la vida tuviera que ser una empresa tan extremadamente ridícula como era.

El médico nunca soñó con averiguar si sus hijas, o alguna de ellas, contribuían en algún aspecto a que aquel patrón fuese algo serio. Pero, claro, él era un filósofo.

Hombre amable y generoso por naturaleza, había topado por casualidad con esa común piedra filosofal —mucho más fácil de encontrar que el objeto de la búsqueda del alquimista— que en ocasiones pone la zancadilla a los hombres amables y generosos, y que posee la fatídica propiedad de convertir el oro en escoria, y todos los objetos preciosos en una minucia.

—¡Britain! —gritó el médico—. ¡Britain!, ¿dónde está?

Un hombre menudo, de rostro inusualmente avinagrado e insatisfecho, salió de la casa y correspondió a la llamada con la hosca respuesta:

—¿Qué pasa ahora?

—¿Dónde está la mesa del desayuno? —preguntó el médico.

—Dentro de la casa —contestó Britain.

—¿Y tiene intención de prepararla aquí fuera, como se le indicó anoche? —dijo el doctor—. ¿Acaso no sabe que van a venir unos caballeros?, ¿que hay mucho por hacer esta mañana, antes de que llegue la diligencia?, ¿que se trata de una ocasión muy especial?

—No podía hacer nada, doctor Jeddler, hasta que las mujeres hubiesen acabado de recolectar las manzanas —repuso Britain. Su voz había ido alzándose progresivamente hasta acabar rayando en el grito.

—Bien, ¿han acabado ya? —replicó el doctor, consultando el reloj y dando una palmada—. ¡Vamos! ¡Apúrese! ¿Dónde está Clemency?

—Aquí estoy, señor —contestó una voz procedente de una de las escaleras, por la que un par de torpes pies descendían a toda prisa—. Ya hemos terminado. ¡Largo de aquí, jovencitas! Tendrá todo listo en medio minuto, señor.

Dicho lo cual, empezó a ajetrearse con asombroso brío, ofreciendo así una apariencia lo bastante peculiar para justificar unas palabras de presentación.

Tenía alrededor de treinta años de edad y una cara regordeta y alegre, aunque contraída en una singular expresión de rigidez que la tornaba cómica. Sin embargo, la extraordinaria sencillez de su andar y sus modales habría bastado para desbancar a cualquier otro rostro del mundo. Decir que tenía dos piernas izquierdas y los brazos de otra persona, y que sus cuatro extremidades parecían estar descoyuntadas y brotar de sitios absolutamente inconcebibles cuando se ponían en movimiento sería ofrecer el más amable esbozo de la realidad. Decir que ella se sentía contenta y satisfecha con aquella disposición y que consideraba que en absoluto dependía de su voluntad, y que aceptaba sus brazos y sus piernas tal como eran y les permitía actuar a su libre albedrío sería hacer una pobre justicia a su ecuanimidad. Su atuendo consistía en un prodigioso par de tercios zapatos que nunca querían ir allí adonde iban sus pies, unas medias azules, un vestido multicolor con el estampado más espantoso que se pueda comprar con dinero y un delantal blanco. Siempre llevaba manga corta y siempre tenía, por algún accidente, los codos rasguñados, por los que se interesaba con tanto fervor que continuamente intentaba retorcerlos para tener perspectivas imposibles de ellos. Solía llevar un gorro encaramado a algún punto de su cabeza, aunque en muy raras ocasiones coincidía este con el lugar que ese complemento suele ocupar en otras personas; no obstante, iba escrupulosamente limpia de pies a cabeza y observaba una especie de trastocado orden. De hecho, su loable afán por ser ordenada y metódica, tanto de conciencia como a ojos de los demás, dio lugar a uno de sus hábitos más sorprendentes: sujetarse con una especie de mango de madera —parte de su vestimenta, comúnmente denominada «ballena de corsé»— y forcejear con sus prendas hasta que quedaban perfectamente simétricas.

Así era, en cuanto a su aspecto externo y su atuendo, Clemency Newcome, de quien se sospechaba que había corrompido inconscientemente su nombre cristiano de Clementina —si bien nadie lo sabía a ciencia cierta, pues su anciana y sorda madre, un auténtico fenómeno de vejez, a quien ella había mantenido casi desde niña, había muerto, y no tenía más parientes—, quien en esos momentos se afanaba en poner la mesa y quien cada poco se detenía cruzando sus brazos desnudos y enrojados y frotándose los codos rasguñados con la mano

opuesta, y escrutaba la mesa serenamente hasta que de pronto recordaba algo que faltaba e iba a buscarlo al trote.

—¡Llegan los dos abogados, señor! —dijo Clemency con tono de no muy buena voluntad.

—¡Ajá! —exclamó el médico avanzando hacia la cancela para recibirlos—. ¡Buenos días, buenos días! ¡Grace, cariño! ¡Marion! Han llegado los señores Snitchey y Craggs. ¿Dónde está Alfred?

—Seguro que volverá enseguida, padre —contestó Grace—. Esta mañana tenía tanto por hacer con los preparativos del viaje que se levantó y se marchó al alba. Buenos días, caballeros.

—¡Damas! —dijo el señor Snitchey—, y hablo por mí y por Craggs —que hizo una reverencia—, buenos días, señorita —dijo dirigiéndose a Marion—. Le beso la mano —cosa que hizo—, y le deseo —lo cual podía ser cierto o no, pues a primera vista no parecía un caballero preocupado por las efusividades del alma para con otras personas— que este día le aporte mucha felicidad.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el médico, pensativo y con las manos en los bolsillos—. ¡La gran farsa en cien actos!

—No me cabe la menor duda —dijo el señor Snitchey, apoyando un pequeño maletín azul contra una pata de la mesa— de que, en todo caso, no suspendería la gran farsa para esta actriz, doctor Jeddler.

—No —convino el médico—. ¡Dios me libre! Que viva para que se ría de ella mientras pueda hacerlo y después diga, con ingenio francés: «La farsa ha terminado; bajen el telón».

—En ese caso, el ingenio francés —dijo el señor Snitchey, mientras husmeaba dentro del maletín azul— estuvo desacertado, doctor Jeddler, y, créame, también lo está el conjunto de su filosofía, como con frecuencia le he dicho. ¡Nada serio en esta vida! ¿Qué considera que es el derecho?

—Una broma —contestó el médico.

—¿Alguna vez ha recurrido a él? —preguntó el señor Snitchey, apartando la vista del maletín azul.

—Nunca —respondió el médico.

—Si alguna vez lo hace —dijo el señor Snitchey—, tal vez cambie

de opinión.

Craggs, que parecía estar representado por Snitchey y ser consciente de la escasa o nula existencia de su individualidad, hizo en este punto un comentario propio que exponía la única idea que no compartía ni poseía a partes iguales con Snitchey, aunque sí convenían con él algunos de los sabios del mundo.

—Se ha vuelto un recurso demasiado fácil —dijo el señor Craggs.

—¿El derecho? —preguntó el médico.

—Sí —contestó el señor Craggs—, todo lo es ahora. Hoy en día, todo me parece demasiado fácil. Es el vicio de nuestra época. Si el mundo es una broma (no estoy en disposición de decir que no lo sea), debería ser una broma muy difícil de gastar. Debería ser una lucha lo más reñida posible, señor. De eso se trata. Pero se ha vuelto demasiado fácil. Estamos engrasando las puertas de la vida cuando deberían estar oxidadas. Probablemente pronto las veamos abrirse con un sonido suave, mientras que deberían chirriar sobre sus goznes, señor.

El señor Craggs ciertamente parecía chirriar sobre sus propios goznes mientras expresaba su opinión, a lo cual confirió un inmenso efectismo mostrándose frío, duro y mordaz, vistiendo de gris y blanco, como el pedernal, y lanzando leves destellos con los ojos, como si tuviese algo en ellos que desprendiera chispas. De hecho, cada uno de los tres reinos naturales contaba con un rocambolesco representante entre aquella hermandad de polemistas, pues Snitchey era como una urraca o un cuervo —aunque no tan lustroso—, y el médico tenía el rostro veteado como una manzana camuesa, con un hoyuelo aquí y otro allá para ilustrar el picoteo de los pájaros, y una coleta diminuta que hacía las veces de rabillo.

Cuando la briosa figura de un apuesto joven, vestido con ropa de viaje y seguido por un mozo que llevaba varios paquetes y cestas, entró en el huerto con paso enérgico y un aire de alegría y esperanza que sintonizaba a la perfección con la mañana, aquellos tres se arracimaron, como los hermanos de las Parcas, o como las Gracias hábilmente disfrazadas, o como los tres misteriosos profetas del brezal, y lo saludaron.

—Felicidad en este día, Alf —dijo el doctor, despreocupado.

—Felicidad infinita en este venturoso día, señor Heathfield —repuso Snitchey haciendo una marcada reverencia.

—¡Felicidad! —murmuró Craggs con voz grave y por sí solo.

—¡Vaya, menuda batería! —exclamó Alfred, deteniéndose en seco—. Uno..., dos..., tres..., todos pájaros de mal agüero en el gran mar que se extiende ante mí. Me alegro de que no sean ustedes las primeras personas con las que me cruzo esta mañana, lo habría interpretado como un mal augurio. Pero la primera ha sido Grace (la dulce y agradable Grace), ide modo que les desafío a todos!

—Si no le importa, señor, como bien sabe, yo he sido la primera —dijo Clemency Newcome—. Recuerde que ella había salido a pasear antes del alba. Yo estaba en casa.

—¡Cierto! Clemency ha sido la primera —rectificó Alfred—. De modo que les desafío con Clemency de mi lado.

—¡Ja, ja, ja! Hablo por mí y por Craggs —dijo Snitchey—, imenudo desafío!

—Podría no ser tan malo como parece —repuso Alfred, estrechando calurosamente la mano del doctor, y después la de Snitchey y la de Craggs, antes de mirar alrededor—. ¿Dónde están...? ¡Cielos!

Alfred dio un brinco, que por un momento estrechó el vínculo profesional que unía a Jonathan Snitchey y a Thomas Craggs más incluso que las cláusulas de su sociedad, y se encaminó rápidamente hacia donde las dos hermanas se encontraban, y... aunque no es necesario que explique en detalle el modo en que saludó a Marion en primer lugar y a Grace después, aparte de apuntar que el señor Craggs podría haberlo considerado «demasiado fácil».

Quizá para cambiar de tema, el doctor Jeddler se dirigió apresuradamente a la mesa del desayuno, a la que todos se sentaron. Grace la presidía, pero acomodándose con suma discreción, como para aislar a su hermana y a Alfred del resto de los invitados. Snitchey y Craggs se sentaron al final de la mesa, el uno frente al otro y con el maletín azul entre ambos por seguridad, y el médico ocupó su lugar habitual, enfrente de Grace. Clemency rondaba galvánicamente alrededor de la mesa en calidad de camarera, y el melancólico Britain, junto a otra más pequeña, hacía las veces de maestro trinchador de una pierna de ternera y un jamón.

—¿Carne? —preguntó Britain acercándose al señor Snitchey con el cuchillo y el tenedor de trinchar en las manos, y lanzándole la pregunta como si de un proyectil se tratase.

—Desde luego —contestó el abogado.

—¿Y usted? —Se dirigía a Craggs.

—Fina, y bien hecha —contestó el caballero.

Tras ejecutar estas órdenes y abastecer con moderación al médico —parecía saber que nadie más quería comer nada—, permaneció cerca del bufete con todo el decoro de que fue capaz, observando con ojo adusto cómo daban cuenta de las viandas, y relajando en una única ocasión la severa expresión de su rostro. Fue en el momento en que el señor Craggs, que no gozaba de la mejor de las dentaduras, se atragantó, y ella gritó con gran vivacidad: «¡Creía que había muerto!».

—Y bien, Alfred —dijo el médico—, hablemos un poco de negocios mientras aún tomamos el desayuno.

—Mientras aún tomamos el desayuno —repetieron Snitchey y Craggs, que parecían no contemplar la idea de acabar de hacerlo.

Aunque Alfred no había comido nada y ya parecía estar bastante ocupado con sus propios asuntos, contestó respetuosamente:

—Como guste, señor.

—Si algo —comenzó el médico— pudiera considerarse serio en una...

—¿Farsa como esta, señor? —sugirió Alfred.

—... en una farsa como esta —observó el médico—, tal vez podría ser esta coincidencia, en la víspera de nuestra separación, de un doble cumpleaños, que los cuatro asociamos a tantos momentos agradables y al recuerdo de un trato largo y cordial. Pero eso no viene al caso.

—¡Ah, sí, sí, doctor Jeddler! —repuso el joven—. Sí viene al caso. Y mucho, pues mi corazón es testigo de ello esta mañana, como también lo sería el suyo, lo sé, si le permitiese hablar. Hoy dejo su casa, hoy dejo de ser su pupilo; nos separamos y tras nosotros queda la larga estela de una relación afectuosa, que nunca podremos reanudar de forma idéntica, y con otras despuntando en el horizonte —miró a Marion, que estaba sentada a su lado—, repletas de consideraciones de las que ahora no debo atreverme a hablar. ¡Vamos, vamos! —añadió, recobrando el ánimo y tratando de que el médico hiciera lo propio—. Sí hay una mota de seriedad en este inmenso y absurdo montón de polvo, doctor. Permitámonos el día de hoy creer que hay una.

—¡El día de hoy! —exclamó el médico—. ¡Óiganle! ¡Ja, ja, ja! De todos los días del absurdo año. Porque en tal día como hoy se libró la gran batalla en este campo. En este campo donde ahora estamos sentados, donde esta mañana he visto bailar a mis dos hijas, donde se acaba de recolectar fruta de estos árboles para alimentarnos, árboles cuyas raíces se clavan en hombres, no en la tierra. Tantas vidas se perdieron que aun yo recuerdo cómo, generaciones después, se excavó bajo nuestros pies todo un camposanto lleno de huesos, polvo de huesos y astillas de cráneos hendidos. Y sin embargo ni un centenar de los hombres que participaron en aquella batalla sabían por qué luchaban, ni un centenar de los desconsiderados que se alegraron de la victoria y la celebraron conocían el motivo de su alegría. Ni medio centenar se vieron beneficiados por el triunfo o la derrota. Ni media docena convienen a estas alturas en la causa o los méritos, y nadie, en suma, supo nunca nada a ciencia cierta sobre ella, salvo quienes lloraron a sus muertos. ¡También eso es serio! —dijo el médico, riéndose—. ¡Menudo sistema!

—Pero a mí todo esto me parece muy serio —repuso Alfred.

—¡Serio! —gritó el doctor—. Si aceptases que tales cosas son serias te volverías loco, o morirías, o subirías a la cumbre de una montaña y te harías ermitaño.

—Además..., de eso hace mucho tiempo... —añadió Alfred.

—¡Mucho tiempo! —replicó el médico—. ¿Sabes lo que ha estado haciendo el mundo desde entonces? ¿Sabes qué más ha hecho, aparte de eso? ¡Yo no!

—Ha recurrido un poco más al derecho —observó el señor Snitchey mientras removía el té.

—Aunque siempre con un resultado demasiado fácil —agregó su socio.

—Y discúlpeme si le digo, doctor —prosiguió el señor Snitchey—, habiéndole hecho ya partícipe de mi opinión en un millar de ocasiones en el transcurso de nuestras discusiones, que en el hecho de haberse recurrido más al derecho y en el conjunto del sistema legal observo una vertiente seria, algo ciertamente tangible, con un propósito y una intención...

Clemency Newcome tropezó contra una esquina de la mesa, lo cual ocasionó un sonoro estrépito de copas y platos.

—¡Cielo santo! ¿Qué ocurre ahí? —exclamó el médico.

—Es este maletín azul dejado de cualquier manera —contestó Clemency—, ¡siempre poniendo la zancadilla a alguien!

—Algo con un propósito y una intención, decía —Snitchey reanudó su discurso—, que impone respeto. ¿Una farsa la vida, doctor Jeddler? ¿Disponiendo del derecho?

El médico se echó a reír y miró a Alfred.

—Si me lo permite, concedo que la guerra es absurda —prosiguió Snitchey—. En eso convenimos. Por ejemplo, he aquí una risueña campiña —la señaló con el tenedor—, en un tiempo invadida por soldados (intrusos todos ellos) que la asolaron a golpe de fuego y espada. ¡Je, je, je! ¡La idea de un hombre exponiéndose de forma voluntaria al fuego y a la espada! Absurda, despilfarradora, rotundamente ridícula; ya sabe, ¡uno se ríe de sus semejantes, cuando piensa en eso! Pero tomemos esta risueña campiña tal como está ahora. Piense en las leyes relativas a los bienes inmuebles: el legado y la herencia de bienes inmuebles; la hipoteca y la amortización de bienes inmuebles; el arrendamiento, la propiedad y la cesión a un masovero de bienes inmuebles; piense —prosiguió el señor Snitchey, con tal grado de emoción que llegó a chasquear los labios— en las complejas leyes relacionadas con el título y los documentos de propiedad, con todos los contradictorios precedentes y las numerosas leyes parlamentarias relacionadas con ellos; piense en la enorme cantidad de ingeniosos e interminables pleitos que este agradable panorama puede originar en el Tribunal de Equidad, ¡y admita, doctor Jeddler, que hay un atisbo verde en el orden que nos rodea! Y creo —añadió el señor Snitchey mirando a su socio— que hablo por mí y por Craggs.

Tras el expresivo asentimiento del señor Craggs, el señor Snitchey, algo envalentonado por su súbita elocuencia, observó que tomaría un poco más de ternera y otra taza de té.

—En términos generales, no soy defensor de la vida —agregó, frotándose las manos y riendo entre dientes—; está llena de locura, llena de algo peor. Las manifestaciones de lealtad, confianza, generosidad y todo eso... ¡Bah, bah, bah! Ya vemos cuánto valen. Pero uno no debe reírse de la vida, pues tiene una partida que jugar, ¡una partida muy seria, de hecho! Todo el mundo juega contra uno, como ya sabrá, y uno juega contra todos. ¡Oh!, es algo muy interesante. Hay movimientos trascendentales sobre el tablero. Uno solo debe reírse, señor Jeddler, cuando gana, y ni siquiera demasiado entonces. ¡Je, je, je! Y ni siquiera demasiado entonces —repitió Snitchey, ladeando la

cabeza y guiñando un ojo, como dispuesto a añadir: «¡Es preferible que haga esto!».

—Bien, Alfred —voceó el médico—, ¿qué dices ahora?

—Digo, señor —contestó Alfred—, que el mayor favor que podría hacerme, y también hacerse a usted mismo, me inclino a pensar, sería tratar de olvidar de cuando en cuando este campo de batalla, y otros semejantes, mientras se encuentre en el verdadero campo de batalla que es la vida, un campo mucho más grande sobre el que el sol brilla todos los días.

—Para serle sincero, me temo que eso no va a suavizar sus opiniones, señor Alfred —dijo Snitchey—. Los combatientes son ávidos e implacables en esa misma batalla de la vida. Abundan los tajos y las cuchilladas y los disparos en la nuca, terribles pisoteos y atropellos; es una mala empresa.

—Creo, señor Snitchey —replicó Alfred—, que hay en ella victorias y forcejeos discretos, grandes sacrificios personales y nobles actos de heroísmo (incluso en numerosas de sus aparentes frivolidades y contradicciones), no por ello menos difíciles de conseguir, porque carecen de crónicas y público en este mundo; tienen lugar a diario en rincones y esquinas, y en humildes hogares, y en el corazón de hombres y mujeres, cualquiera de los cuales podría reconciliar con tal mundo al más duro de los hombres, y colmarlo de fe y esperanza en él, aunque dos cuartas partes de su población estuvieran en guerra y otra cuarta parte dedicada al derecho, una palabra con enjundia.

Las dos hermanas escuchaban con atención.

—¡Bien, bien! —dijo el doctor—. Soy demasiado viejo para que nadie me convierta, ni siquiera mi amigo Snitchey aquí presente o mi buena y soltera hermana, Martha Jeddler, que superó lo que ella denomina sus «juicios domésticos» hace una eternidad y desde entonces ha vivido en armonía con toda clase de personas, y que es tanto de su opinión (aunque también menos razonable y más obstinada, siendo mujer) que no conseguimos ponernos de acuerdo en nada y solo rara vez nos vemos. Nací en este campo de batalla. Ya de niño, empecé a orientar mis pensamientos hacia la verdadera historia de un campo de batalla. Sesenta años han sobrevolado mi cabeza y nunca he visto al mundo cristiano, en el que se cuentan sabe Dios cuántas madres amorosas y buenas muchachas, como las mías, aquí presentes, sino loco por un campo de batalla. Las mismas contradicciones prevalecen en todo. Uno debe llorar o reír ante estas incongruencias formidables, y yo prefiero reír.

Britain, que había prestado la atención más profunda y melancólica a todos los oradores, uno tras otro, pareció decantarse de pronto por esa misma preferencia, si acaso el sonido hondo y sepulcral que escapó de él puede considerarse una pretendida demostración de risibilidad. Su rostro, sin embargo, permaneció tan absolutamente impávido tanto antes como después que, aunque uno o dos comensales miraron a su alrededor, sobresaltados por tal misterioso ruido, nadie lo asoció al culpable.

Excepto su compañera de servicio, Clemency Newcome, que, llamándole la atención con una de sus articulaciones favoritas, los codos, le preguntó, en un susurro reprobatorio, de qué se reía.

—¡De ti no! —contestó Britain.

—¿De quién, entonces?

—De la humanidad —respondió Britain—. ¡Esa es la gracia!

—¡Qué se cocerá entre el señor y esos abogados, que cada día está más aturullado! —exclamó Clemency, embistiéndolo con el otro codo a modo de estímulo mental—. ¿Es que no sabes dónde estás? ¿Quieres ganarte una advertencia?

—No, no sé nada —contestó Britain, con la mirada sombría y el semblante imperturbable—. No me importa nada. No entiendo nada. No creo nada. Y no quiero nada.

Pese a que este desconsolado resumen de su estado general pudiese adolecer de un acceso de desaliento, Benjamin Britain —en ocasiones llamado Pequeño Britain, para distinguirlo de Great Britain, como podríamos decir la Joven Inglaterra para expresar la diferencia con la Vieja Inglaterra— había definido su verdadero estado con más precisión de la que él mismo habría supuesto. Pues estar al servicio del doctor fray Bacon como una especie de Miles y escuchar a diario innumerables arengas dirigidas por el doctor a diversas personas, todas destinadas a demostrarles que su mera existencia era, en el mejor de los casos, un error y una absurdidad, aquel infortunado criado había caído progresivamente en un abismo tal de confusas y contradictorias teorías procedentes de su interior y del exterior que la verdad del fondo del pozo se encontraba en la mismísima superficie en comparación con las profundidades a las que se encontraba Britain en su perplejidad. Lo único que comprendía con claridad era que el elemento que Snitchey y Craggs solían introducir en estas discusiones nunca contribuía a que a él le resultasen más inteligibles y siempre parecía conceder al médico una especie de ventaja y ratificación. Así, consideraba al bufete una de

las causas inmediatas de su estado anímico y, por consiguiente, los aborrecía.

—Pero no es esto lo que nos ocupa, Alfred —dijo el médico—. Dejando de ser mi pupilo hoy (como bien has dicho), y dejándonos a nosotros rebosantes de todo el saber que la escuela ha sido capaz de transmitirte aquí, al que podrían sumarse tus estudios en Londres y los conocimientos prácticos que un tedioso y viejo médico de campo como yo haya podido agregar a ambos, ahora partes hacia el mundo. Habiendo concluido el primer período de prueba designado por tu pobre padre, ahora partes sin más mentor que tú mismo para satisfacer su segundo deseo, y mucho antes de que tu recorrido de tres años por las escuelas de medicina del extranjero concluya nos habrás olvidado ya. ¡Ay, señor, nos olvidarás fácilmente en seis meses!

—Si lo hago... Pero usted sabe que no será así, ¿para qué replicarle! —dijo Alfred, riéndose.

—No sé nada al respecto —contestó el médico—. ¿Tú qué opinas, Marion?

Jugueteadando con la taza de té, Marion parecía decir —aunque no lo dijo— que, si así lo deseaba y podía hacerlo, bien podía olvidarlos. Grace apretó su lozano rostro contra su mejilla y sonrió.

—Confío en no haber sido un administrador muy injusto en la ejecución de mi fideicomiso —prosiguió el médico—, pero, en cualquier caso, debo ser relevado, y eximido, y qué sé yo, esta mañana, y aquí están nuestros buenos amigos Snitchey y Craggs, con un maletín repleto de papeles, y cuentas, y documentos, para la transferencia del saldo del fondo fiduciario (desearía que te hubiese resultado más difícil disponer de él, Alfred, pero debes intentar llegar a ser un gran hombre y conseguirlo), y otras gracias por el estilo que deben ser firmadas, selladas y entregadas.

—Y debidamente atestiguadas, como exige la ley —dijo Snitchey, apartando a un lado su plato y sacando los documentos, que su socio procedió a esparcir sobre la mesa—, y habiendo sido Craggs y yo fideicomisarios junto con usted, doctor, en lo relativo a dicho fondo, quisiéramos que sus dos sirvientes dieran fe de las firmas... ¿Sabe leer, señora Newcome?

—No estoy casada, señor —contestó Clemency.

—Oh, le ruego que me disculpe. Debería haberlo supuesto —dijo Snitchey riéndose entre dientes y contemplando su extraordinaria

figura—. ¿Sabe leer?

—Un poco —respondió Clemency.

—Los votos matrimoniales, día y noche, ¿eh? —observó el abogado, jocosamente.

—No —dijo Clemency—. Demasiado difíciles. Solo leo un dedal.

—¡Un dedal! —repitió Snitchey—. ¿De qué está usted hablando, joven?

Clemency asintió con la cabeza.

—Y un rallador de nuez moscada.

—Pero ¡esta mujer está loca! ¡Es digna de comparecer ante el lord canciller supremo! —exclamó Snitchey, mirándola fijamente.

—En el caso de que disponga de algún bien —estipuló Craggs.

Grace, no obstante, intervino para explicar que cada uno de esos objetos llevaba grabado un lema, y que por ello conformaban la biblioteca de bolsillo de Clemency Newcome, que no era muy dada a la lectura de libros.

—¡Oh, es eso, eso es, señorita Grace! —dijo Snitchey—. Sí, sí. ¡Ja, ja, ja! Creí que nuestra amiga era necia. Lo parece de forma insólita —musitó dirigiéndole una mirada altanera—. ¿Y qué pone en el dedal, señora Newcome?

—No estoy casada, señor —observó Clemency.

—Bien, Newcome. ¿Mejor así? —dijo el abogado—. ¿Qué pone en el dedal, Newcome?

El modo en que Clemency, antes de responder a esta pregunta, abrió un bolsillo y atisbó en sus inmensas profundidades en busca del dedal, que no estaba allí —y el modo en que a continuación abrió el otro bolsillo y, dando la impresión de divisarlo en el fondo, como si fuese una perla de gran valor, y se dedicó a retirar todos los obstáculos intermedios, como un pañuelo, el cabo de una vela de cera, una manzana roja, una naranja, un penique de la suerte, una rótula, un candado, unas tijeras enfundadas, que podrían describirse más gráficamente como unas jóvenes y prometedoras tijeras de podar, un puñado de cuentas sueltas, varios ovillos de algodón, un alfiletero, una

auténtica colección de papeles de papillote y una galleta, todos ellos artículos que fue confiando, uno por uno, a Britain para que los sostuviera— carece de importancia. Como también el hecho de que, en su determinación por agarrar el bolsillo por el gaznate y mantenerlo prisionero —pues tenía tendencia a balancearse y retorcerse a la mínima—, asumiera y conservara serenamente una actitud en apariencia incongruente con la anatomía humana y las leyes de la gravedad. Bastará decir que, finalmente, extrajo con aire triunfal el dedal ensartado en un dedo y agitó en el aire el rallador de nuez moscada; la literatura de ambas baratijas se encontraba en obvio proceso de desgastarse y desaparecer a consecuencia de una excesiva fricción.

—Ese es el dedal, ¿cierto, joven? —preguntó el señor Snitchey, muy entretenido a su costa—. ¿Y qué pone en el dedal?

—Pone —contestó Clemency, y se dispuso a leer lentamente su perímetro, rodeándolo como si fuese una torre—: «Ol-vi-da y per-do-na».

Snitchey y Craggs rompieron a reír. «¡Qué novedoso!», dijo Snitchey. «¡Qué fácil!», dijo Craggs. «¡Cuánto conocimiento de la naturaleza humana!», dijo Snitchey. «¡Muy práctico para los asuntos de la vida!», dijo Craggs.

—¿Y en el rallador de nuez moscada? —preguntó el director del bufete.

—En el rallador pone: «Haz lo que qui-sie-ras... que te... hicie-ran a ti».

—«Engaña o te engañarán», querrá decir —repuso el señor Snitchey.

—No le entiendo —contestó Clemency, sacudiendo la cabeza levemente—. No soy abogado.

—Me temo que si lo fuese, doctor —dijo el señor Snitchey, volviéndose hacia él súbitamente, como anticipándose a cualquier efecto que, de lo contrario, pudiese derivarse de su réplica—, comprobaría que esa es la regla de oro por la que se rige la mitad de sus clientes. Suelen mostrarse bastante serios en eso (aunque caprichosos, como lo es su mundo) y después nos achacan a nosotros la culpa. Nosotros, en nuestra profesión, somos poco más que espejos, a fin de cuentas, señor Alfred, pero por lo general nos consultan personas airadas y batalladoras que no se encuentran en su mejor momento, y

resulta más bien difícil batallar con nosotros si reflejamos aspectos desagradables. Y creo —agregó el señor Snitchey— que hablo por mí y por Craggs, ¿no es así?

—Indudablemente —confirmó Craggs.

—De modo que, si el señor Britain tiene la amabilidad de traernos un poco de tinta —dijo el señor Snitchey, volviendo a sus papeles—, firmaremos, sellaremos y entregaremos esto ahora mismo, o la diligencia llegará mucho antes de que sepamos dónde estamos.

A juzgar por su aspecto, era más que probable que la diligencia llegara mucho antes de que el señor Britain supiera dónde estaba, pues permanecía en pie, ensimismado, sopesando mentalmente al médico frente a los abogados, y a los abogados frente al médico, y a sus clientes frente a ambos, y enfrascado en débiles tentativas de hacer cuadrar el dedal y el rallador de nuez moscada —una idea nueva para él — con algún sistema filosófico, y, en suma, apabullándose tanto como jamás lo ha hecho su gran tocaya con teorías y escuelas. Pero Clemency, que era su hada buena —si bien él tenía la más pésima de las opiniones sobre su entendimiento, a causa de que ella raramente se molestaba en comprender especulaciones abstractas y siempre estaba en disposición de hacer lo adecuado en el momento adecuado—, tras proporcionarle tinta en un abrir y cerrar de ojos, le prestó el servicio adicional de hacerle volver en sí por medio de sus codos, con cuyas suaves sacudidas refrescó su memoria, en el sentido más literal de esa frase tan manida, pues él enseguida volvió a parecer fresco y dinámico.

Necesitaría cierto tiempo para narrar cómo se esforzó bajo la aprensión nada insólita en personas de su condición, para quienes el uso de la pluma y la tinta supone todo un acontecimiento, de no ser capaz de estampar su nombre en un documento, de su puño y letra, sin comprometerse de una forma vaga o, de algún modo, estar renunciando a inciertas e inmensas sumas de dinero; y cómo se acercó a los documentos, no sin protestar y a fuerza de coerción por parte del doctor, e insistió en hacer una pausa para mirarlos antes de escribir —aquella caligrafía tan apretada, por no hablar de la fraseología, eran como chino para él—, y los giró también para ver si había algo fraudulento por debajo; y cómo, habiendo ya firmado, se sintió desolado como aquel que se desprende de sus bienes y sus derechos. Y también para relatar cómo el maletín azul que contenía su firma adquirió después un misterioso interés para él, y era incapaz de alejarse de él; y también cómo Clemency Newcome, transportada de risa ante la idea de su propia importancia y dignidad, se desparramó sobre la mesa con los codos como un águila en vuelo, y posó la cabeza sobre el brazo izquierdo a modo de prolegómeno a la elaboración de ciertos caracteres

cabalísticos que requerían gran cantidad de tinta y sus homólogos imaginarios que ejecutó al mismo tiempo con la lengua. Y también cómo, habiendo probado la tinta, se tornó sedienta de ella, del mismo modo que, según se dice, les ocurre a los tigres después de probar otra clase de fluido, y quiso firmarlo todo y plasmar su nombre por todas partes. En suma, el médico fue relevado del fondo fiduciario y de todas las responsabilidades que éste conllevaba, y Alfred, adquiriendo todo ello, fue justamente iniciado en el viaje de la vida.

—¡Britain! —exclamó el médico—. Corre a la cancela y mira si llega la diligencia. ¡El tiempo vuela, Alfred!

—Sí, señor, sí —contestó el joven precipitadamente—. ¡Querida Grace, un momento! Marion, tan joven y bella, tan encantadora y admirada, tan querida por mi corazón como nada más en la vida... ¡Recuerda, dejo a Marion en tus manos!

—Siempre ha sido una obligación sagrada para mí, Alfred. Y ahora lo es por partida doble. Seré fiel a mi deber, créeme.

—Te creo, Grace. Lo sé bien. ¿Quién podría mirarte a la cara y oír tu voz ferviente y no saberlo? ¡Ah, mi buena Grace! ¡Si yo poseyera tu sensato corazón y tu espíritu sereno, con qué coraje abandonaría hoy este lugar!

—¿De veras? —repuso ella, con una plácida sonrisa.

—Y, con todo, Grace..., «hermana» se me antoja la palabra más natural...

—¡Empléala! —se apresuró a decir ella—. Me alegra oírla, no me llares de otro modo.

—Y, con todo, hermana —prosiguió Alfred—, sería mejor que Marion y yo contásemos aquí con tus sinceras e inquebrantables cualidades y que éstas nos hiciesen ser más felices y mejores. ¡No me las llevaría conmigo para sustentarme en ellas aunque pudiese!

—¡Diligencia en lo alto del cerro! —exclamó Britain.

—El tiempo vuela, Alfred —dijo el doctor.

Marion se había quedado aparte, con la mirada clavada en el suelo, pero, tras oír aquel aviso, su joven enamorado la llevó con ternura hacia donde se encontraba su hermana y la dejó entre sus brazos.

—Le he dicho a Grace, mi querida Marion —la informó—, que te dejo a su cargo, mi particular y preciado fideicomiso en el momento de partir. Y cuando vuelva y te reclame, mi amada, y la espléndida perspectiva de nuestra vida de casados se extienda ante nosotros, una de nuestras principales alegrías será considerar en qué modo podemos hacer feliz a Grace, cómo podemos anticiparnos a sus deseos, cómo podemos demostrarle nuestra gratitud y nuestro amor, cómo podemos devolverle siquiera parte de la deuda que habremos contraído con ella.

La hermana menor tenía una mano sobre la suya y la otra alrededor del cuello de su hermana. Buscó sus ojos, unos ojos calmos, serenos y joviales, y los miró con una mezcla de afecto, admiración, pesar, asombro y casi veneración. Miró su cara como si fuera la cara de un ángel luminoso. Calma serena y jovial les devolvía la mirada a ella y a su enamorado.

—Y cuando llegue el momento, como un día lo hará —prosiguió Alfred— (me extraña que no haya llegado ya, pero Grace lo sabrá mejor que yo, pues siempre lleva razón), cuando ella precise un amigo a quien abrir su corazón, entonces, Marion, ¡qué lealtad te profesaremos, y qué regocijo para nosotros saber que ella, nuestra querida y buena hermana, ama y vuelve a ser amada, como nosotros deseábamos!

La hermana menor seguía mirándola a los ojos y no se volvió siquiera hacia él. Y aquellos otros ojos seguían devolviéndoles la mirada, calmos, serenos y joviales, a ella y a su enamorado.

—Y cuando todo eso forme ya parte del pasado, seamos viejos y vivamos (¡como debe ser!) juntos, muy juntos, y hablemos a menudo de los viejos tiempos —agregó Alfred—, esos serán nuestros predilectos, y este día más que ningún otro, y compartiremos los pensamientos y los sentimientos, y las confianzas y los temores que albergábamos en el momento de separarnos, y cuán insoportable se nos hacía despedirnos...

—¡Diligencia aproximándose por el bosque! —gritó Britain.

—¡Sí, ya estoy preparado...! Y cómo volvimos a reunirnos, tan felices pese a todo, y haremos de este día el más feliz del año, y lo conmemoraremos como un triple cumpleaños. ¿Te parece bien, querida?

—¡Sí! —intercedió la hermana mayor, impaciente y con una sonrisa radiante—. ¡Sí! Alfred, no te demores. No hay tiempo. Despidete de Marion. ¡Y ve con Dios!

Él estrechó a la hermana menor contra su corazón. Liberada del abrazo, ella volvió a aferrarse a su hermana, y sus ojos, con la misma mirada mezcla de emociones, volvieron a buscar aquéllos tan calmos, serenos y joviales.

—¡Adiós, hijo mío! —dijo el médico—. Hablar de correspondencia de sentimientos o de afectos serios o de compromisos y demás en una..., ¡ja, ja, ja!, ya sabes a qué me refiero; bien, obviamente sería un completo absurdo. Lo único que puedo decir es que si Marion y tú persistís en vuestra absurda idea, no pondré objeción a tenerte por yerno un día de estos.

—¡En el puente! —gritó Britain.

—¡Que llegue ya! —dijo Alfred, estrechando con fuerza la mano del doctor—. Acuérdense de mí de cuando en cuando, mi viejo amigo y tutor, ¡con la seriedad que pueda! ¡Adiós, señor Snitchey! ¡Adiós, señor Craggs!

—¡Se aproxima por la carretera! —gritó Britain.

—¡Un beso de Clemency Newcome por el tiempo que hace que nos conocemos! ¡Deme la mano, Britain! ¡Marion, amada mía, adiós! ¡Hermana Grace, recuerda!

Aquella discreta y hogareña figura y aquel rostro tan bello en su serenidad se volvieron hacia él a modo de respuesta, pero la mirada y la actitud de Marion permanecieron imperturbables.

La diligencia llegó a la cancela. Hubo cierto ajetreo con el equipaje. La diligencia se alejó. Marion siguió inmóvil.

—Te dice adiós con el sombrero, cariño —dijo Grace—. El hombre a quien has elegido como esposo, querida. ¡Mira!

La hermana menor alzó la cabeza y, por un instante, la volvió. Luego miró de nuevo a su hermana y al encontrarse de pleno con sus ojos, aquellos ojos calmos, por primera vez, la muchacha hundió la cara en su cuello, sollozando.

—¡Oh, Grace! ¡Que Dios te bendiga! Pero ¡no soporto verlo, Grace! Me parte el corazón.

SEGUNDA PARTE

Snitchey y Craggs tenían un pequeño y acogedor despacho en el antiguo campo de batalla, donde regentaban un pequeño y acogedor negocio y libraban un sinfín de pequeñas batallas campales para una infinidad de contendientes rivales. Aunque difícilmente podía decirse que aquellos conflictos fuesen combates permanentes —pues en verdad solían desarrollarse a paso de caracol—, la participación del bufete en ellos hasta el momento había quedado circunscrita a ese concepto general, pues ora disparaban un tiro a este demandante, ora trataban de apuñalar a aquel demandado; ora efectuaban una impetuosa carga contra una propiedad en litigio en el Tribunal de Equidad, ora participaban en una leve escaramuza junto a un variopinto grupo de pequeños deudores, siempre en función de cómo se presentasen la ocasión y el enemigo. La gaceta era un instrumento importante y provechoso en algunos de sus terrenos, así como en terrenos de mayor renombre, y en la mayoría de las contiendas en las que hacían gala de su don de mando posteriormente los combatientes observaban que tenían grandes dificultades para diferenciarse del contrario o para saber con una mínima claridad qué se traían entre manos, a consecuencia de la inmensa humareda que los rodeaba.

La puerta del despacho de los señores Snitchey y Craggs permanecía siempre convenientemente abierta, dos escalones por debajo de la plaza del mercado, para que si algún granjero furioso se veía en apuros tropezara y cayera directamente en su interior. La sala consistorial y salón de conferencias era una antigua y especial estancia situada en la planta superior, con un techo bajo y oscuro que parecía fruncir lacónico el entrecejo cavilando sobre puntos indescifrables de la ley. Estaba amueblada con sillas tapizadas en cuero y de respaldo alto, adornadas con grandes tachuelas de latón que parecían ojos desorbitados de los que alguno había caído ya, o tal vez había sido arrancado por pulgares e índices distraídos de clientes desconcertados. Colgaba en ella el grabado enmarcado de un juez imponente, todos los rizos de cuya espantosa peluca ponían los pelos de punta. Fardos de documentos llenaban los polvorientos armarios, estanterías y mesas, y a lo largo de toda la *boiserie* había pilas de cajas, cerradas con candado y a prueba de fuego, con nombres de personas impresos en el exterior, nombres que angustiados visitantes, por efecto de un cruel hechizo, se veían obligados a deletrear del derecho y del revés o a convertirlos en anagramas mientras permanecían sentados aparentando escuchar a

Snitchey y Craggs sin comprender una sola palabra de cuanto decían.

Snitchey y Craggs estaban emparejados tanto en la vida privada como en la profesional. Snitchey y Craggs eran los mejores amigos del mundo y confiaban plenamente el uno en el otro, pero la señora Snitchey, por una dispensa no inusual en los asuntos de la vida, recelaba por principios del señor Craggs, y la señora Craggs recelaba por principios del señor Snitchey. «¡Esos Snitcheys suyos! —comentaba esta última en ocasiones al señor Craggs, empleando ese imaginativo plural como quien desdeña unos pantalones inaceptables u otros objetos inexistentes en forma singular—. Personalmente, no veo qué quiere de sus Snitcheys. En mi opinión, confía muy en demasía de sus Snitcheys, y espero que nunca tenga que darme la razón». Mientras que la señora Snitchey comentaba al señor Snitchey al respecto de Craggs que si alguna vez un hombre lo descarriaba, sería ese hombre quien lo hiciese, y que si alguna vez veía ella una doble intención en unos ojos mortales, era en los de ese hombre en los que la veía. Pese a ello, no obstante, todos eran muy buenos amigos en general, y la señora Snitchey y la señora Craggs mantenían una estrecha alianza contra «el despacho», al que ambas consideraban una cámara sangrienta como la de Barbazul y un enemigo común, rebotante de peligrosas —por ignotas— maquinaciones.

En ese despacho, sin embargo, Snitchey y Craggs elaboraban miel para sus diversas colmenas. Allí se demoraban a veces, pasando plácidas veladas junto a la ventana de su sala consistorial con vistas al antiguo campo de batalla, asombrados —aunque esto solía coincidir con las sesiones jurídicas, cuando el exceso de trabajo los ponía sentimentales— ante la locura del género humano, incapaz de vivir siempre en paz y recurrir al derecho tranquilamente. Allí veían transcurrir días, semanas, meses y años; su calendario era la decreciente cantidad de tachuelas de latón de las sillas de cuero y la creciente cantidad de documentos sobre las mesas. Allí el raudo paso de tres años había adelgazado a uno y engordado al otro, desde aquel desayuno en el huerto, cuando una noche los sorprendió conferenciando.

No estaban solos, sino con un hombre de treinta años de edad, o próximo a esa etapa de la vida, vestido con indolencia y de rostro algo demacrado, pero bien parecido, bien ataviado y bien apuesto, sentado en el sillón presidencial, con una mano contra el pecho y la otra sobre su desaliñado cabello, reflexionando con aire taciturno. Los señores Snitchey y Craggs estaban sentados a un escritorio próximo, el uno frente al otro. Una de las cajas a prueba de fuego reposaba sobre él ya sin el candado y abierta; una parte de su contenido estaba esparcido junto a ella y el resto se encontraba en ese momento en manos del

señor Snitchey, quien acercaba un documento tras otro a la luz de la vela para estudiarlo individualmente antes de entregárselo, sacudiendo la cabeza, al señor Craggs, quien a su vez lo estudiaba y sacudía la cabeza antes de dejarlo en la mesa. En ocasiones se detenían y, sacudiendo la cabeza al unísono, miraban hacia el abstraído cliente; y, siendo el nombre que figuraba en la caja el de señor don Michael Warden, podríamos concluir de estas premisas que tanto el nombre como la caja le pertenecían, y que los asuntos del señor don Michael Warden marchaban mal.

—Esto es todo —dijo el señor Snitchey al volver el último documento—. Realmente no quedan recursos. No quedan recursos.

—Todo perdido, gastado, derrochado, empeñado, prestado y vendido, ¿eh? —repuso el cliente, alzando la mirada.

—Todo —contestó el señor Snitchey.

—¿Dice que no hay más que hacer?

—Nada en absoluto.

El cliente se mordió las uñas y volvió a sumirse en la reflexión.

—¿Ni siquiera estoy a salvo en Inglaterra? Eso es lo que opina, ¿verdad?

—En ningún lugar del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda —respondió el señor Snitchey.

—Un mero hijo pródigo sin padre al que recurrir, ni cerdos que criar, ni sobras que compartir con ellos, ¿eh? —prosiguió el cliente, balanceando una pierna sobre la otra y buscando el suelo con la mirada.

El señor Snitchey tosió como para desaprobando la posible suposición de que estuviese participando en un planteamiento metafórico de su posición legal. El señor Craggs, como para expresar que aquélla era una perspectiva del asunto que compartían ambos socios, también tosió.

—¡Arruinado a los treinta años! —dijo el cliente—. ¡Diantre!

—Arruinado, no, señor Warden —repuso Snitchey—. La situación no es tan mala. Ha puesto usted mucho empeño en seguir ese rumbo, debo decir, pero no está arruinado. Con un pequeño patronazgo...

—Un pequeño diablo —replicó el cliente.

—Señor Craggs —dijo Snitchey—, ¿sería tan amable de darme un poco de rapé? Gracias, caballero.

Mientras el imperturbable abogado se lo llevaba a la nariz, con, en apariencia, inmenso deleite y perfecta absorción de su atención en el proceso, el cliente fue esbozando una sonrisa y, alzando la mirada, dijo:

—Hablaba usted de patronazgo. ¿Cuánto tiempo de patronazgo?

—¿Cuánto tiempo de patronazgo? —repitió Snitchey, retirándose el rapé de los dedos y haciendo lentos cálculos mentales—. ¿En lo concerniente a su patrimonio, señor? ¿En buenas manos? ¿Con S. y C., quiere decir? Seis o siete años.

—¡Pasar hambre durante seis o siete años! —exclamó el cliente con una risa inquieta y cambiando de postura con impaciencia.

—Pasar hambre durante seis o siete años, señor Warden —dijo Snitchey—, sería algo ciertamente insólito. Mientras tanto podría amasar otro patrimonio, exponiéndose a ser visto. Pero no creemos que vaya a poder hacerlo, hablo por mí y por Craggs, y por consiguiente no lo aconsejamos.

—¿Qué aconsejan?

—Patronazgo, como digo —repitió Snitchey—. Varios años de patronazgo, hablo por mí y por Craggs, enmendarían la situación. Pero a fin de capacitarnos para establecer unas condiciones, y atañernos a esas condiciones, y que usted respete esas condiciones, deberá marcharse, deberá vivir en el extranjero. En cuanto a pasar hambre, podríamos garantizarle la asignación de varios cientos anuales para evitarlo, incluso desde el primer momento, me atrevería a afirmar, señor Warden.

—Cientos —dijo el cliente—. ¡Y he gastado miles!

—De eso —replicó el señor Snitchey mientras devolvía los documentos lentamente a la caja de hierro colado— no cabe la menor duda. La me-nor du-da —repitió para sí, prosiguiendo meditabundo con su tarea.

Con toda probabilidad, el abogado conocía a aquel hombre; en cualquier caso, su talante seco, perspicaz y caprichoso ejercía una influencia favorable sobre el taciturno ánimo del cliente y lo

predispónía a mostrarse más abierto y franco. O tal vez fuera el cliente quien conocía a aquel hombre y había suscitado el aliento que había recibido, para que cierto propósito que estaba a punto de desvelar resultase, en apariencia, más fácil de defender. Alzando la cabeza lentamente, permaneció sentado y miró a su incommovible asesor con una sonrisa que en aquel instante se transformó en carcajada.

—A fin de cuentas —dijo—, mi testarudo amigo...

El señor Snitchey señaló a su socio.

—Si no le importa, diríjase a mí y a Craggs.

—Le ruego me disculpe, señor Craggs —dijo el cliente—. A fin de cuentas, mis testarudos amigos —se inclinó hacia delante en el sillón y bajó un poco la voz—, aún no conocen la mitad de mi ruina.

El señor Snitchey se detuvo y lo miró fijamente. El señor Craggs también lo miró fijamente.

—No solo estoy profundamente endeudado —informó el cliente—, sino también profundamente...

—¡Enamorado, no!

—¡Sí! —contestó el cliente, dejándose caer contra el respaldo del sillón y observando el bufete con las manos en los bolsillos—. Profundamente enamorado.

—Y no de una heredera, ¿verdad, señor? —preguntó Snitchey.

—No de una heredera.

—¿Ni de una dama rica?

—Ni de una dama rica, hasta donde yo sé..., salvo en belleza y cualidades.

—Confío en que se trate de una dama soltera... —añadió el señor Snitchey con gran expresividad.

—En efecto.

—¿No será una de las hijas del doctor Jeddler? —aventuró el señor Snitchey, apoyando súbitamente los codos en las rodillas y avanzando la cabeza al menos un metro.

—¡Sí! —respondió el cliente.

—¿No será su hija menor? —preguntó Snitchey.

—¡Sí! —respondió el cliente.

—Señor Craggs —dijo Snitchey, muy aliviado—, ¿sería tan amable de darme un pellizco de rapé? Gracias. Me alegro de poder decir que es algo irrelevante, señor Warden; está prometida, señor; ya está reservada. Mi socio puede corroborar mis palabras. Estamos al corriente de ello.

—Estamos al corriente de ello —repitió Craggs.

—Sí, también yo —repuso el cliente con serenidad—. ¡Y qué más da! ¿Son ustedes hombres de mundo y nunca han sabido de ninguna mujer que cambiase de parecer?

—Ciertamente ha habido pleitos por ruptura de relaciones —contestó el señor Snitchey—, formulados contra solteras y viudas por igual, pero, en la mayoría de los casos...

—¡Casos! —lo interrumpió el cliente, impacientado—. No me hable de casos. Los precedentes ocuparían un volumen mucho más extenso que cualquiera de sus libros de leyes. Por otra parte, ¿cree que he vivido seis semanas en casa del médico para nada?

—Creo, caballero —observó el señor Snitchey, dirigiéndose con aire grave a su socio—, que de todas las ocasiones en que al señor Warden se le ha desbocado el caballo (y han sido bastante numerosas, y bastante costosas, como nadie puede saber mejor que él, usted y yo), la peor de ellas podría consistir, si continúa hablando de este modo, en encontrarse un día abandonado junto a la tapia del huerto del doctor con las costillas rotas, una clavícula astillada y sabe Dios cuántas magulladuras. No consideramos mucho esta posibilidad cuando supimos que se recuperaba bajo el techo y las manos del doctor, pero ahora esto pinta mal, señor. ¡Mal! Pinta muy mal. También para el doctor Jeddler..., nuestro cliente, señor Craggs.

—Y también para el señor Alfred Heathfield..., una especie de cliente, señor Snitchey —agregó Craggs.

—Y también para el señor Michael Warden, una especie de cliente —intervino el despreocupado visitante—, y no un mal cliente, habiéndose comportado con insensatez durante diez o doce años. No obstante, el señor Michael Warden ha sembrado su ballueca..., y ahí

está la cosecha, en esa caja, pero él pretende arrepentirse y ser sensato. Y, como prueba de ello, el señor Michael Warden pretende, de ser posible, desposar a Marion, la adorable hija del médico, y llevársela consigo.

—Ciertamente, señor Craggs... —empezó a decir Snitchey.

—Ciertamente, señor Snitchey y señor Craggs, socios ambos —lo interrumpió el cliente—, ustedes conocen sus deberes para con sus clientes, y saben bien, estoy seguro, que no forma parte de ellos interferir en un simple amorío, que me veo obligado a confiarles. No tengo intención de llevarme a la joven dama sin su consentimiento. No hay nada ilegal en ello. Nunca he sido amigo íntimo del señor Heathfield. No estoy contraviniendo su confianza. Amo donde él ama, y pretendo ganar donde él ganaría, de ser posible.

—No puede, señor Craggs —dijo Snitchey, visiblemente angustiado y turbado—. No puede hacerlo, señor. Ella adora al señor Alfred.

—¿De veras? —repuso el cliente.

—Señor Craggs, ella lo adora, señor —insistió Snitchey.

—No viví seis semanas, hará unos cinco meses, en casa del doctor para nada; enseguida empecé a albergar dudas al respecto —apuntó el cliente—. Podría haberlo adorado si su hermana la hubiese incitado a hacerlo; pero las observé. Marion evitaba su nombre, evitaba el tema; se encogía a la menor alusión a él, con evidente angustia.

—¿Por qué habría de hacerlo, señor Craggs? ¿Lo sabe? ¿Por qué, señor? —preguntó Snitchey.

—Ignoro por qué habría de hacerlo, aunque son muchas las posibles razones —contestó el cliente, sonriendo ante la atención y la perplejidad que se reflejaban en la chispeante mirada del señor Snitchey, y ante la cautela con que conducía la conversación para informarse al respecto—, pero sé que lo hace. Era muy joven cuando accedió al compromiso (si acaso puede considerarse tal, ni siquiera estoy seguro de este extremo), y tal vez se ha arrepentido. Tal vez (podría parecer petulante decirlo, pero doy mi palabra que no es tal mi intención) se ha enamorado de mí, como yo me he enamorado de ella.

—¡Je, je! El señor Alfred, su también antiguo compañero de juegos, ¿recuerda, señor Craggs? —dijo Snitchey, riendo desconcertado—, ¡la conoce desde que era casi un bebé!

—Lo cual hace que aún sea más probable que ella se haya cansado de sus intenciones —prosiguió con serenidad el cliente— y esté dispuesta a cambiarlo por otras nuevas, las de otro enamorado, que se presenta (o lo presenta su caballo) en románticas circunstancias, que goza de la no desfavorable reputación (siendo ella una chica de campo) de haber vivido de forma algo alegre e irreflexiva, sin perjudicar en exceso a nadie, y que, por su juventud, su apostura y demás (esto también podría parecer petulante, pero doy mi palabra de que no es tal mi intención) tal vez podría resultar tan aceptable como el mismísimo señor Alfred entre un tropel de pretendientes.

Esta última afirmación era, ciertamente, irrefutable, y eso fue lo que pensó el señor Snitchey al mirarlo. Su mismo aire de despreocupación desprendía una gracia y una simpatía naturales; parecía sugerir que su agraciado rostro y su óptima complexión podían mejorar en gran medida si así se lo propusiera, y que, una vez motivado y transformado en alguien formal —si bien aún nunca había sido formal—, podría mostrarse ferviente y resolutivo. «Una peligrosa clase de libertino —pensó el sagaz abogado—, pues parece capaz de arrancar la chispa que persigue de los ojos de una joven dama».

—Y ahora, escúchenme, Snitchey —prosiguió, poniéndose en pie y tomándolo por la solapa—, y Craggs —añadió tomándolo también a él por la solapa y colocándose a un socio a cada lado para que ninguno pudiese eludirlo—: no les estoy pidiendo consejo. Hacen bien en mantenerse al margen de todas las partes implicadas en este asunto, que no es asunto en el que puedan interferir ni tomar partido hombres serios como ustedes. Voy a resumir brevemente y en pocas palabras mi postura y mi intención, y después dejaré en sus manos que hagan lo más conveniente para mí en cuestiones pecuniarias, viendo que, si me fugase con la hermosa hija del médico (como espero hacer, y transformarme en otro hombre bajo su radiante influencia), me saldría, de momento, más caro que si me fugase solo. Pero pronto los compensaré en una nueva vida.

—Creo que será mejor que no oigamos esto, señor Craggs —dijo Snitchey, mirándolo por delante del cliente.

—Opino lo mismo —repuso Craggs, si bien ambos escuchaban con suma atención.

—¡Bien! No es preciso que lo oigan —replicó el cliente—. No obstante, lo diré. No pretendo pedir al médico su consentimiento, porque no me lo daría. Pero tampoco pretendo ocasionar al médico ningún mal ni ningún perjuicio, porque (además de no haber nada serio en semejantes banalidades, según él mismo dice), confío en rescatar a

su hija, mi Marion, de lo que veo (de lo que sé) que la aterra y que contempla con desdicha; a saber: el regreso de su antiguo enamorado. Si hay algo de verdad en este mundo, que la aterra su regreso es verdad. Hasta este punto, nadie perjudicado. Me siento tan hostigado y angustiado aquí y ahora que llevo la vida de un pez volador: me oculto en la penumbra, se me impide el paso a mi propia casa y se me expulsa de mis propias tierras; pero esa casa y esas tierras, y muchos acres más, regresarán a su hogar algún día, como ustedes saben y afirman, y Marion probablemente será más rica (según han expuesto ustedes, tan optimistas como de costumbre) tras diez años de casada conmigo que siendo la esposa de Alfred Heathfield, cuyo retorno la aterra (recuérdelo), y ni él ni ningún otro hombre me supera en pasión. ¿Quién sale perjudicado, hasta ahora? Es un caso justo de principio a fin. Tengo tanto derecho como él, si ella se decidiese en mi favor, y voy a intentarlo, respetando única y exclusivamente su decisión. Después de esto no querrán saber más, y no les diré más. Ahora ya conocen mi propósito y mis deseos. ¿Cuándo debo marcharme?

—En una semana —contestó Snitchey—. ¿Señor Craggs...?

—En algo menos, diría yo —respondió Craggs.

—En un mes —zanjó el cliente, tras observar atentamente ambos rostros—. Tal día como hoy dentro de un mes. Hoy es jueves. Triunfe o fracase, tal día como hoy dentro de un mes me marcharé.

—Es una demora excesiva —opinó Snitchey—, excesiva. Pero que así sea. Creía que exigiría tres —musitó para sí—. ¿Se va ya? Buenas noches, señor.

—¡Buenas noches! —contestó el cliente, estrechando las manos del bufete—. Aún vivirán para verme sacando buen provecho de la riqueza. ¡En adelante, la estrella de mi sino será Marion!

—Vaya con cuidado en la escalera —repuso Snitchey—, pues allí no brilla. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Y así ambos se quedaron en el rellano con un par de velas del despacho, observándolo mientras bajaba, y, cuando se hubo marchado, se quedaron mirándose entre sí.

—¿Qué opina de todo esto, señor Craggs? —preguntó Snitchey.

El señor Craggs sacudió la cabeza.

—Recuerdo que el día en que se llevó a cabo el traspaso ambos tuvimos la impresión de que hubo algo extraño en la despedida de aquella pareja —agregó Snitchey.

—En efecto —dijo el señor Craggs.

—Es posible que ese hombre se engañe por completo —prosiguió el señor Snitchey mientras cerraba la caja a prueba de fuego y la retiraba—; o, si no lo hace, un poco de veleidad y perfidia tampoco es nada del otro mundo, señor Craggs. Sin embargo, creo que ese apuesto rostro era muy sincero. Aunque —prosiguió el señor Snitchey poniéndose el sobretodo (pues hacía mucho frío) y los guantes y soplando una de las velas— últimamente he visto a la muchacha algo más fuerte y resuelta. Más como su hermana.

—La señora Craggs es de la misma opinión —repuso Craggs.

—Esta noche daría algo —observó el señor Snitchey, que era un hombre bondadoso— por creer que el señor Warden no estaba teniendo en consideración a su anfitrión; pero, frívolo, caprichoso y veleidoso como es, sabe bastante acerca del mundo y de sus habitantes (y así debe de ser, pues lo que sabe le ha costado caro), y no acabo de hacerme a la idea. Será mejor que no interfiramos; no podemos hacer nada, señor Craggs, excepto guardar silencio.

—Nada —convino Craggs.

—Nuestro amigo el doctor resta importancia a estas cosas —añadió el señor Snitchey, sacudiendo la cabeza—. Confío en que no acabe necesitando recurrir a su propia filosofía. Nuestro Alfred habla de la batalla de la vida —volvió a sacudir la cabeza—; confío en que la suya no concluya demasiado pronto. ¿Tiene usted ya su sombrero, señor Craggs? Voy a apagar la otra vela.

Tras contestar afirmativamente el señor Craggs, el señor Snitchey unió palabra y acto y ambos abandonaron a tientas la sala consistorial, ya tan oscura como el tema que acababan de abordar, o el derecho en general.

Mi relato se traslada a un pequeño estudio donde, aquella misma noche, las hermanas y el vigoroso y anciano médico estaban sentados junto a una animada lumbre. Grace hacía labor. Marion leía en voz alta frente a ella. El médico, en bata y zapatillas, con los pies estirados sobre la cálida alfombra y recostado en su sillón, atendía a la lectura y contemplaba a sus hijas.

Formaban una bonita estampa. Nunca hubo dos caras más hermosas junto a una chimenea que la tornasen tan luminosa y sagrada. Parte de lo que las diferenciaba se había atenuado en los últimos tres años, y entronizada en la despejada frente de la hermana pequeña, mirando por sus ojos y estremeciéndose en su voz, pervivía la misma seriedad que la misma juventud sin madre había hecho madurar en la hermana mayor mucho tiempo atrás. No obstante, a primera vista seguía pareciendo la más encantadora y frágil de las dos; aún parecía reposar la cabeza contra el pecho de su hermana, depositar en ella su confianza y buscar en sus ojos consejo y seguridad. Aquellos ojos adorables, tan calmos, serenos y joviales como antaño.

—«Y encontrándose en su casa —leía Marion del libro—, una casa tan querida para ella por aquellos recuerdos, empezó a saber que la gran prueba para su corazón llegaría pronto y no podría postergarse. ¡Oh, hogar, nuestro consuelo y nuestro amigo cuando los demás decaen; separarse de él en cualquier instante entre la cuna y la tumba...!».

—¡Marion, cariño! —exclamó Grace.

—Pero ¡bichito! —exclamó su padre—, ¿qué ocurre?

Posó una mano en la que su hermana le tendió y siguió leyendo con la voz aún vacilante y trémula, aunque la joven hacía un gran esfuerzo por controlarla cuando fue así interrumpida.

—«¡Separarse de él en cualquier instante entre la cuna y la tumba resulta siempre doloroso! ¡Oh, hogar, tan leal con nosotros, tan frecuentemente desdeñado a cambio, sé indulgente con quienes se alejan de ti y no persigas sus pasos descarriados con reproches! No permitas que en tu rostro espectral se vean miradas amables ni sonrisas bien recordadas. No permitas que de tu cabeza blanca brote ningún rayo de afecto, bienvenida, amabilidad, tolerancia o cordialidad. No permitas que antiguas palabras o tonos cariñosos se alcen para juzgar a tu desertor; pero, si no eres capaz de mirar con dureza y severidad, ¡no lo hagas y apiádate del penitente!».

—Querida Marion, no leas más esta noche —dijo Grace, pues estaba llorando.

—No puedo —contestó la joven, y cerró el libro—. ¡Todas las palabras parecen arder!

Al médico le divertía la escena, y se rió mientras le daba unas palmaditas en la cabeza.

—¿Cómo? ¿Superada por un libro de cuentos? —dijo el doctor Jeddler—. ¿Por tinta y papel? Bien, tanto da. Es tan razonable tomarse en serio la tinta y el papel como cualquier otra cosa. Pero enjúgate los ojos, amor, enjúgate los ojos. Me atrevería a decir que la heroína volvió a casa hace mucho tiempo y ha enmendado la situación...; y si no lo ha hecho, una casa real no es más que cuatro paredes, y una ficticia, meros papeles y tinta. ¿Qué ocurre ahora?

—Solo soy yo, señor —dijo Clemency, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Y qué le ocurre a usted ahora? —preguntó el médico.

—Oh, a mí no me ocurre nada, gracias —contestó Clemency, y lo hizo con franqueza, a juzgar por su rostro bien aseado en el que refulgía como de costumbre la mismísima alma del buen humor, el cual, desgarrada como era ella, la hacía resultar muy atractiva. Ciertamente es que los rasguños en los codos no suelen contemplarse dentro de esa categoría de encantos personales denominados «lunares postizos». Sin embargo, en nuestra andadura por el mundo, en este breve periplo, es preferible tener magullados los brazos que el carácter, y el de Clemency era robusto e íntegro como cualquier beldad de aquellas tierras—. A mí no me ocurre nada —repitió Clemency mientras entraba —, pero... acérquese un poco más, señor.

El doctor, algo perplejo, accedió a tal invitación.

—Usted me dijo que no debo darle ninguno en su presencia, ya sabe —dijo Clemency.

Un recién llegado a la familia habría supuesto, por la mirada extraordinariamente coqueta que acompañó a aquellas palabras, así como por el singular arrobo o éxtasis que invadió sus codos, como si se estuviese abrazando a sí misma, que «ninguno», en su interpretación más favorable, se refería a un casto saludo. De hecho, el propio doctor pareció alarmarse un instante, pero recuperó la compostura rápidamente cuando Clemency, tras recurrir a los bolsillos —empezando por el correcto, pasando después al equivocado y volviendo al correcto—, extrajo un sobre procedente de la oficina de correos.

—Britain salía a caballo para hacer un recado —dijo, riéndose entre dientes y tendiendo la carta al médico— cuando vio acercarse al correo y decidió esperar por él. En la esquina lleva una A y una H. Seguro que el señor Alfred está volviendo ya. Celebraremos una boda en esta casa...; esta mañana había dos cucharas en mi plato. ¡Oh, por Dios, qué despacio lo abre!

Dijo todo esto, a modo de soliloquio, alzándose paulatinamente de puntillas en su impaciencia por conocer la noticia, y transformando su delantal en un sacacorchos y su boca en una botella. Finalmente, alcanzando el apogeo del suspense, se dejó caer sobre las plantas de los pies y se cubrió la cabeza con el delantal, como si fuese un velo, en su muda desesperación e incapaz de soportarlo más.

—¡Venid, chicas! —gritó el médico—. No puedo evitarlo, en toda mi vida he sabido guardar un secreto. Claro que tampoco hay muchos secretos dignos de ser guardados en esta... ¡Bien! No importa. Alfred va a volver a casa, queridas, muy pronto.

—¡Muy pronto! —exclamó Marion.

—¿Cómo? ¿Con tanta facilidad olvidas el libro de cuentos? —dijo el médico, pellizcándole una mejilla—. Sabía que la noticia secaría esas lágrimas. Sí. «Que sea una sorpresa», dice aquí. Pero no puedo permitir que sea una sorpresa. Debe tener una bienvenida.

—¡Muy pronto! —repitió Marion.

—Bueno, quizá no sea lo que tu impaciencia denomina «muy pronto» —repuso el médico—, pero sí, bastante pronto. Veamos. Veamos. Hoy es jueves, ¿verdad? Pues asegura que estará aquí tal día como hoy dentro de un mes.

—¡Tal día como hoy dentro de un mes! —repitió Marion en voz baja.

—Un día alegre y festivo para nosotros —dijo la jovial voz de su hermana Grace, que la besó para felicitarla—. Tanto tiempo anhelando ese día, querida, y finalmente ha llegado.

Marion respondió con una sonrisa; una sonrisa triste, pero rebosante de cariño por su hermana, y mientras miraba su rostro y escuchaba la dulce música de su voz, que imaginaba la felicidad de aquel regreso, su propio rostro refulgió de esperanza y dicha.

Y de algo más, algo que brillaba con creciente intensidad a través del resto de su semblante y para lo que carezco de nombre. No era exultación, ni arrobos, ni ufano entusiasmo. Estos no se manifiestan con tanta serenidad. No era solo amor y gratitud, si bien el amor y la gratitud formaban parte de ello. No emanaba de ningún pensamiento mezquino, pues los pensamientos mezquinos no iluminan la frente, ni revolotean en los labios, ni conmueven el espíritu como una luz palpitante hasta hacer temblar a su dueño.

El doctor Jeddler, pese a su sistema filosófico —que contradecía y negaba continuamente en la práctica, aunque filósofos más célebres lo han hecho—, no podía evitar sentir tanto interés por el regreso de su antiguo protegido y pupilo como si de un acontecimiento serio se hubiese tratado. De modo que volvió a sentarse en su sillón, estiró de nuevo sobre la alfombra los pies calzados en las zapatillas, releyó la carta infinidad de veces más y la comentó aún más veces.

—¡Ah! Aquéllos eran los días —dijo el médico, contemplando el fuego— en que tú y él, Grace, trotabais cogidos del brazo en su tiempo libre como una pareja de muñecos articulados. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó ella con su plácida risa y afanándose con la aguja.

—¡Tal día como hoy dentro de un mes! ¿Es posible? —exclamó el médico—. Y da la impresión de que apenas haya transcurrido un año. ¿Y dónde estaba mi pequeña Marion entonces?

—Nunca lejos de su hermana —contestó Marion, alegremente—, por pequeña que fuera. Grace lo era todo para mí, incluso cuando ella misma era una niña.

—Cierto, bichito, cierto —repuso el médico—. Una mujercita muy formal era Grace, y una sensata ama de casa, y una criatura activa, discreta y agradable; soportando nuestros cambios de humor y anticipándose a nuestros deseos, y siempre dispuesta a olvidar los suyos, incluso hace tanto tiempo. Nunca te he visto categórica ni obstinada, Grace, cariño, ni siquiera entonces, en cuestión alguna salvo en una.

—Me temo que he cambiado tristemente a peor —replicó Grace, aún riéndose y enfrascada en la labor—. ¿De qué cuestión se trata, padre?

—De Alfred, por supuesto —contestó el médico—. Nada te satisfacía salvo que nos refiriésemos a ti como la esposa de Alfred, de modo que así lo hacíamos, y creo que te gustaba más (por extraño que resulte ahora) que si te hubiésemos llamado duquesa, si hubiésemos podido convertirte en tal.

—¿De veras? —dijo Grace, plácidamente.

—¡Cómo! ¿No lo recuerdas? —preguntó el médico.

—Me parece recordar algo —respondió ella—, pero no mucho.

Hace demasiado tiempo. —Y mientras seguía sentada y cosiendo, tarareó el estribillo de una antigua canción que gustaba al médico—. Alfred tendrá pronto una esposa de verdad —dijo, interrumpiendo la melodía—, y será un momento feliz para todos nosotros. Mi tutela está a punto de concluir, Marion. La tarea ha sido muy fácil. Cuando te devuelva a Alfred, le diré que lo has amado profundamente todo este tiempo, y que ni una sola vez ha sido preciso recurrir a mis buenos servicios. ¿Quieres que se lo diga, amor?

—Dile, querida Grace —contestó Marion—, que nunca hubo una tutela llevada a cabo con tanta generosidad, nobleza y resolución, y que yo te he querido todo este tiempo, más aún con cada día que pasaba, y, ¡oh, qué profundamente te quiero ahora!

—¡No! —dijo su jovial hermana, devolviéndole el abrazo—, no puedo decirle nada parecido; dejaremos mis méritos a la imaginación de Alfred. Sin duda será pródigo, querida Marion; como la tuya.

Dicho esto, mientras su hermana hablaba con tal fervor, reanudó la labor que había dejado a un lado un momento y con ella la antigua canción que el doctor gustaba de escuchar. Y éste, aún acomodado en su sillón con los pies estirados sobre la alfombra y calzados en las zapatillas, escuchó la melodía y marcó su compás repiqueteando con la carta de Alfred sobre la rodilla, y contempló a sus dos hijas, y pensó que entre las muchas banalidades del banal mundo, aquellas banalidades eran de lo más agradable.

Mientras tanto, Clemency Newcome, tras cumplir con su misión y demorarse en la estancia para hacerse partícipe de la noticia, bajó a la cocina, donde su compañero, el señor Britain, descansaba después de cenar, rodeado de una colección tan abundante de brillantes tapaderas, cazuelas bien fregadas, bruñidos cubreplatos, refulgentes hervidores y otras muestras de sus laboriosos hábitos dispuestas por las paredes y los estantes que en realidad parecía sentado en el centro de un salón de espejos. La mayoría no le devolvían retratos muy halagüeños, ciertamente; ni tampoco, en absoluto, eran unánimes en sus reflejos, pues algunos le alargaban mucho la cara, otros la ensanchaban, varios lo hacían tolerablemente agraciado y otros enormemente feo, según las formas en que lo reflejasen, que eran tan variadas pese a tratarse del mismo sujeto que más parecían reflejar hombres distintos. Pero en lo que sí convenían aquellos cacharros era en que en el centro de todos ellos se sentaba, cómodo y relajado, un individuo con una pipa en la boca y una jarra de cerveza al alcance de la mano, que saludó con un condescendiente gesto de cabeza a Clemency cuando ésta se sentó a la misma mesa.

—Y bien, Clemmy —dijo Britain—, ¿cómo te sientes en estos momentos y cuál es la noticia?

Clemency se la refirió y él la recibió encantado. Sí, Benjamin había experimentado un encantador cambio de pies a cabeza. Era mucho más corpulento, mucho más rubicundo, mucho más alegre y mucho más jovial en todos los sentidos. Daba la impresión de que antes hubiese tenido la cara hecha un nudo y que éste al fin se hubiese desatado y desaparecido.

—Supongo que eso significará más trabajo para Snitchey y Craggs —observó, dando lentas chupadas de la pipa—. ¡Y tal vez tengamos que volver a hacer de testigos, Clemmy!

—¡Ay, Señor! —contestó su leal compañera, con un giro de sus articulaciones favoritas—. ¡Cómo desearía ser yo, Britain!

—¿Quién desearías ser tú?

—La que estuviera a punto de casarse —dijo Clemency.

Benjamin se quitó la pipa de la boca y rió de buena gana.

—¡Sí! ¡Muy probable es que te ocurra eso a ti! —dijo—. ¡Pobre Clem!

Clemency, por su parte, reía con las mismas ganas que él, y parecía igual de divertida ante aquella idea.

—Sí —convino—, es muy probable que me ocurra eso, ¿verdad?

—Sabes que nunca te casarás —dijo el señor Britain llevándose de nuevo la pipa a la boca.

—¿No crees que algún día podría casarme? —preguntó Clemency, con toda su buena fe.

El señor Britain negó con la cabeza.

—¡Ni remotamente!

—¡Tan solo imagínalo! —dijo Clemency—. Bien..., supongo que tú tienes intención de casarte pronto, ¿no es así?

Una pregunta tan repentina, relativa a una cuestión tan trascendental, requería reflexión. Tras exhalar una gran bocanada de

humo y contemplarla ladeando la cabeza en un sentido y después en el otro, como si ella fuese la encarnación de la pregunta y él estuviese estudiándola desde varias perspectivas, el señor Britain contestó que no estaba del todo decidido al respecto, pero que s... sí, creía que podría acabar haciéndolo.

—¡Sea quien sea ella, le deseo que sea feliz! —exclamó Clemency.

—Oh, sí, lo será —repuso Benjamin—, sin lugar a dudas.

—Seguro que nunca habrá llevado una vida tan dichosa como la que llevará, y que nunca habrá disfrutado de un esposo tan agradable como el que tendrá —dijo Clemency mientras se recostaba sobre la mesa y escrutaba la vela como rememorando el pasado—; de no haber sido por..., no es que yo lo pretendiera, pues estoy segura de que fue algo casual..., de no haber sido por mí, ¿lo haría ahora, Britain?

—De buen seguro, no —respondió el señor Britain, para entonces sumido ya en ese estado de elevada estima por su pipa, cuando un hombre puede permitirse abrir la boca muy poco para hablar y, sentado cómodamente e inmóvil en su silla, volver solo los ojos hacia su interlocutor, y hacerlo de forma pasiva y grave—. ¡Oh! Sabes que me siento enormemente en deuda contigo, Clem.

—¡Ay, Señor, qué bonito es pensar eso! —dijo Clemency.

Al mismo tiempo, dirigiendo tanto sus pensamientos como su mirada hacia la cera derretida, y recordando súbitamente sus cualidades terapéuticas como bálsamo, se untó el codo derecho con una profusa cantidad de aquel remedio.

—Verás, en mis tiempos llevé a cabo numerosas indagaciones de diversa índole —prosiguió el señor Britain, con la profundidad de un sabio—, pues siempre he tenido una mentalidad inquisitiva, y he leído muchos libros sobre lo correcto y lo erróneo de las cosas, pues empecé dedicándome a la literatura.

—¿De veras?! —exclamó Clemency, admirada.

—Sí —contestó el señor Britain—. Pasé casi dos años oculto tras un puesto de libros, dispuesto a salir volando si alguien se llevaba uno al bolsillo; y, después de eso, trabajé como recadero para una modista de corsés y saltos de cama, en calidad de lo cual fui empleado para transportar, en cestas enceradas, nada sino engaños... que agriaron mi ánimo y aniquilaron mi confianza en el género humano; y después de eso he oído un sinfín de discusiones en esta casa que han seguido

agriando mi ánimo; y después de todo eso mi opinión es que no hay en la vida compañía más reconfortante, segura y agradable que la de un rallador de nuez moscada.

Clemency estaba a punto de sugerirle algo, pero él la atajó, anticipándose a sus palabras.

—Com-bi-na-do —añadió muy serio— con un dedal.

—Puedes interpretarlo de este modo o de aquel, etcétera, ya sabes —repuso Clemency, cruzándose de brazos cómodamente, deleitada por aquella confesión y dándose palmadas en los codos—. Pero es un buen atajo, ¿verdad?

—No estoy seguro —contestó el señor Britain— de que sea lo que se consideraría buena filosofía. Albergó dudas al respecto, pero resiste bien el paso del tiempo y ahorra muchos enredos, cosa que no siempre consigue la auténtica filosofía.

—¡Recuerda cómo procedías antaño, ya sabes! —dijo Clemency.

—¡Ah! —repuso el señor Britain—. Pero lo más extraordinario, Clemmy, es que hayas sido tú quien ha propiciado esta transformación. Eso es lo más extraño. ¡Tú! Pero supongo que de esto no tenías ni media idea.

Clemency, sin ofenderse en lo mínimo, negó con la cabeza, se rió, se abrazó y dijo:

—No, no la tenía.

—Estoy totalmente seguro de ello —confesó el señor Britain.

—¡Oh! Me atrevería a decir que tienes razón —dijo Clemency—. No pretendo tener ninguna idea. No quiero ninguna idea.

Benjamin se retiró la pipa de los labios y se rió hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Qué natural eres, Clemmy! —exclamó, sacudiendo la cabeza con infinito deleite por la broma y enjugándose los ojos.

Clemency, sin la menor voluntad de cuestionarlo, hizo lo propio y rió con el mismo entusiasmo.

—Pero no puedo evitar que me gustes —dijo el señor Britain—; a

tu manera, siempre eres muy bondadosa, así que estrecha mis manos, Clem. Pase lo que pase, siempre te haré caso y siempre seré un amigo para ti.

—¿De veras? —contestó Clemency—. ¡Bien! Eso también es muy bondadoso por tu parte.

—Sí, sí —dijo el señor Britain, entregándole la pipa para que ella sacudiese la ceniza—, siempre te escucharé. ¿Oyes eso? ¡Qué ruido tan curioso!

—¿Un ruido? —repitió Clemency.

—Unos pasos fuera. Parecía alguien saltando la tapia —dijo Britain—. ¿Ya están todos arriba, acostados?

—Sí, a estas horas ya están todos acostados —contestó ella.

—¿No has oído nada?

—No.

Ambos prestaron atención, pero no oyeron nada.

—Te diré lo que vamos a hacer —propuso Benjamin mientras cogía un farol—. Echaré un vistazo fuera antes de acostarme, solo por quedarme tranquilo. Abre la puerta mientras prendo esto, Clemmy.

Clemency se apresuró a obedecer, pero al hacerlo comentó que iba a dar aquel paseo en balde, que todo eran fantasías suyas y demás. El señor Britain dijo que era «muy probable» que así fuera, pero de todos modos se precipitó afuera armado con el atizador y alumbrando con el farol cerca, lejos y en todas direcciones.

—Silencioso como un cementerio —dijo Clemency, sin perderlo de vista—, ¡y casi igual de fantasmagórico!

Cuando volvió la mirada hacia el interior de la cocina, profirió un grito de pavor al ver aparecer una figura liviana.

—¿Qué es eso?

—¡Chsss...! —dijo Marion en un susurro nervioso—. Tú siempre me has querido, ¿verdad?

—¡Que si te he querido, niña mía! Puedes estar segura de ello.

—Estoy segura. Y puedo confiar en ti, ¿verdad? Ahora mismo no hay nadie más en quien pueda confiar.

—Sí —contestó Clemency con el corazón en la mano.

—Ahí fuera —dijo, señalando la puerta— hay alguien a quien debo ver y con quien debo hablar esta noche. ¡Michael Warden, por el amor de Dios, retírate! ¡Ahora no!

Clemency se sobresaltó sorprendida y turbada cuando, siguiendo la dirección de la mirada de quien hablaba, vio una oscura figura apostada en el umbral.

—En otro momento podrían haberte descubierto —dijo Marion—. ¡Ahora no! Espera, si no te importa, en un rincón discreto. Iré enseguida.

Él se despidió de ella con la mano y desapareció.

—No te acuestes. ¡Espérame aquí! —dijo Marion, con precipitación—. Llevo una hora tratando de hablar contigo. ¡Oh, sé leal conmigo!

Tras tomar ansiosa su mano apabullada, apretarla fuerte y llevársela al pecho —un acto más expresivo, en la intensidad de su súplica, que el más elocuente de los ruegos verbalizados—, Marion se ausentó cuando la luz del farol que se acercaba iluminó la estancia.

—Todo tranquilo y en paz. No hay nadie. Fantasías mías, supongo —dijo el señor Britain mientras cerraba la puerta con llave y la trancaba—. Uno de los efectos de tener una imaginación viva. ¡Eh! Pero ¿qué ocurre?

Clemency, incapaz de ocultar los efectos de su sorpresa y su preocupación, estaba sentada en una silla, pálida y temblando de pies a cabeza.

—¡Que qué ocurre! —repitió, raspándose las manos y los codos nerviosamente y mirando a todas partes excepto a él—. Es muy bondadoso de tu parte, Britain, ¡lo es! Después de haberme dado un susto de muerte con eso de los ruidos, y con el farol, y no sé con qué más... ¡Que qué me pasa! ¡Sí, claro!

—Si un farol te ha dado un susto de muerte, Clemmy —dijo el señor Britain, mientras lo apagaba tranquilamente y volvía a colgarlo—, creo que enseguida vamos a librarnos de esa aparición. Pero tú sueles

ser fuerte como el latón —añadió, deteniéndose para observarla—, y seguías pareciéndolo después del ruido y el farol. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? No será una idea, ¿eh?

Pero, dado que Clemency le deseó las buenas noches mucho antes de lo que era habitual en ella y empezó a corretear de un lado al otro como para hacerle creer que ella también estaba a punto de acostarse, el pequeño Britain, tras pronunciar el original comentario de que era imposible comprender los caprichos de una mujer, le deseó a su vez las buenas noches, cogió su vela y fue a acostarse, soñoliento.

Cuando todo quedó en silencio, Marion regresó.

—Abre la puerta —dijo— y quédate a mi lado mientras hablo con él fuera.

Pese a la timidez de sus gestos, éstos evidenciaban una determinación y un propósito tan firme que Clemency no fue capaz de resistirse. Retiró sigilosamente la tranca de la puerta, pero, antes de girar la llave, se volvió para mirar a la joven criatura que esperaba a salir en cuanto la abriera.

No tenía el rostro vuelto ni gacho, sino que la miraba abiertamente, con el orgullo de la juventud y la belleza. El mero hecho de percibir lo delgada que era la barrera que se interponía entre el hogar feliz y el amor correspondido de aquella hermosa chica y lo que podría ser la desolación de aquel hogar y el naufragio de su tesoro máspreciado golpeó con tal fuerza el tierno corazón de Clemency y lo llenó a rebosar de tanto dolor y compasión que, estallando en lágrimas, la mujer lanzó los brazos alrededor del cuello de Marion.

—Es poco lo que yo sé, querida mía —sollozó—, muy poco, pero sé que esto no debería ocurrir. ¡Piensa en lo que estás haciendo!

—Lo he pensado muchas veces —contestó Marion con dulzura.

—Piénsalo una vez más —la exhortó Clemency—. Hasta mañana.

Marion negó con la cabeza.

—Hazlo por el señor Alfred —dijo Clemency, con su sencillo fervor—. ¡Por él, a quien tan profundamente amaste en el pasado!

La joven hundió al instante la cara entre las manos, repitiendo «¡En el pasado!», como si eso le partiera el corazón.

—Deja que salga yo —se ofreció Clemency mientras la consolaba—. Le diré lo que tú quieras. No cruces ese umbral esta noche. Estoy segura de que nada bueno vendrá después. ¡Oh, desdichado día aquel en que trajeron al señor Warden! Piensa en tu buen padre, cariño, en tu hermana.

—Ya he pensado en ellos —repuso Marion alzando rápidamente la cabeza—. No sabes lo que estoy haciendo. Debo hablar con él. Eres la mejor y más fiel amiga del mundo por lo que acabas de decirme, pero debo dar este paso. ¿Vendrás conmigo, Clemency —besó su cordial mejilla—, o iré sola?

Pesarosa y vacilante, Clemency giró la llave y abrió la puerta. Marion la tomó de la mano y se precipitó a la penumbrosa e incierta noche.

Y en la oscura noche él se reunió con ella, y ambos hablaron apasionadamente mucho rato, y la mano que Clemency sostenía con firmeza ora temblaba, ora se tornaba mortalmente fría, ora se cerraba sobre la suya y la apretaba, enfatizando sin saberlo las fuertes emociones que subyacían a aquella conversación. Cuando regresaron, él la siguió hasta la puerta y, deteniéndose allí un momento, le tomó la otra mano y se la llevó a los labios. Después, se retiró sigilosamente.

De nuevo cerraron la puerta con llave y la trancaron, y de nuevo la joven se encontró bajo el techo de su padre. No doblegada por el secreto con el que acababa de entrar, pese a su juventud, sino con aquella misma expresión en el rostro, a la que anteriormente no supo dar nombre, reluciendo a través de sus lágrimas.

Volvió a dar las gracias una y otra vez a su humilde amiga, recordándole implícitamente que depositaba en ella su confianza. En cuanto llegó a salvo a su habitación, se arrodilló y, con el peso de su secreto en el corazón, ¡pudo rezar!

Y pudo levantarse después, tranquila y serena, e, inclinándose sobre su querida hermana, ya sumida en el sueño, contemplar su rostro y su sonrisa, con tristeza, murmurando mientras le besaba la frente que Grace había sido una madre para ella, siempre, ¡y que la quería como a una hija!

Y pudo pasarse alrededor del cuello el brazo inerte de su hermana cuando se acostó para descansar —un brazo que parecía aferrarse a ella por voluntad propia, con actitud protectora y tierna incluso mientras dormía— y susurrar ante aquellos labios entreabiertos: «¡Que Dios la bendiga!».

Y pudo sumirse en un plácido sueño, salvo por una pesadilla en la que gritaba, con su voz inocente y conmovedora, que estaba muy sola y que todos la habían olvidado.

Un mes pasa pronto, incluso a su ritmo más pausado. El mes que había de transcurrir entre aquella noche y el regreso fue raudo y se esfumó como el vaho.

Llegó el día. Un embravecido día de invierno que de cuando en cuando sacudía la vieja casa como si ésta se estremeciese ante aquellas ráfagas. Un día para disfrutar doblemente del hogar. Para encontrar nuevos deleites en el rincón de la chimenea. Para que sobre los rostros congregados alrededor de la lumbre reluciese un fulgor más rojizo, y para que todos los grupos así reunidos se transformasen en una comunidad aún más estrecha y unida contra los rugientes elementos del exterior. Un desenfrenado día de invierno como aquel, en el mejor de los casos, abona el camino para una noche a resguardo, habitaciones con cortinas echadas y miradas alegres, ¡para música, risa, baile, luz y divertidos entretenimientos!

De todo ello se había proveído bien el médico para dar la bienvenida a Alfred en su regreso. Sabían que llegaría tarde, pero él les había dicho que harían que el aire nocturno repicase en cuanto se acercara. Todos sus viejos amigos estarían a su alrededor. No echaría de menos ni un solo rostro que hubiese conocido y apreciado. ¡No! ¡Todos estarían presentes!

Así, se convocó a los invitados, se contrató a los músicos, se dispusieron las mesas, se prepararon los suelos para los pies activos y se hizo acopio de una indecible provisión de las cortesías más acogedoras. Dado que era Navidad y los ojos del joven se habrían deshabitado al acebo inglés y a su tenaz verde, se engalanó con él el salón de baile, y el destello de sus bayas, que asomaban entre las hojas, emitían ya una bienvenida a la inglesa para él.

Fue un día ajetreado para todos, pero para nadie tanto como para Grace, que lo supervisó todo en silencio y fue la alegre artífice de todos los preparativos. En numerosas ocasiones a lo largo de aquel día —así como en numerosas ocasiones a lo largo del fugaz mes precedente—, Clemency dirigió miradas inquietas, casi temerosas, a Marion. La encontró más pálida, quizá, de lo habitual, pero había en su rostro una dulce serenidad que la hacía parecer más encantadora que nunca.

Por la noche, cuando ya estaba acicalada y lucía en la cabeza una guirnalda que Grace le había tejido con orgullo —sus flores miméticas eran las predilectas de Alfred, como Grace había recordado bien al

escogerlas—, aquella extraña expresión, pensativa, casi afligida, y con todo espiritual, elevada y conmovedora, se posó de nuevo sobre su frente, cien veces más intensa.

—La próxima guirnalda que coloque en esta linda cabeza será una guirnalda nupcial —dijo Grace—, o, de lo contrario, cariño, difícilmente podré considerarme una verdadera profeta.

Su hermana sonrió y la estrechó entre sus brazos.

—Un momento, Grace. No te vayas aún. ¿Estás segura de que no necesito nada más?

No era eso lo que la preocupaba. Era el semblante de su hermana en lo que pensaba, y sus ojos lo escrutaban con ternura.

—Mi destreza no da más de sí, mi querida niña, ni tampoco tu belleza —dijo Grace—. Nunca te había visto tan hermosa como ahora.

—Nunca había sido tan feliz —contestó ella.

—Sí, y aún te depara mucha más felicidad. En otro hogar, tan alegre y luminoso como lo es este ahora —dijo Grace—, vivirán pronto Alfred y su joven esposa.

Marion volvió a sonreír.

—Es un hogar feliz, Grace, en tu imaginación. Puedo verlo en tus ojos. Sé que será feliz, querida. Y me alegro de saberlo.

—¡Bien! —exclamó el doctor, irrumpiendo en la estancia—. Aquí estamos todos preparados ya para Alfred, ¿eh? No podrá llegar hasta bastante tarde (aproximadamente una hora antes de la medianoche), de modo que disponemos de mucho tiempo para divertirnos hasta entonces. Que no nos encuentre sin que hayamos roto el hielo. ¡Atiza este fuego, Britain! Que refulja sobre el acebo hasta que titile de nuevo. Es un mundo absurdo, bichito; los enamorados de verdad y todo lo demás..., todo es un absurdo, pero nosotros seremos igual de absurdos que los demás y ofreceremos a nuestro enamorado una bienvenida descabellada. ¡Os doy mi palabra! —dijo el anciano médico, mirando ufano a sus hijas—. Entre tanta absurdidad, lo único que esta noche entiendo con total claridad es que soy el padre de dos muchachas preciosas.

—Todo cuanto una de ellas ha hecho en la vida, o podría hacer..., podría hacer, queridísimo padre, es causarte dolor y pesar. Perdónala

—dijo Marion—, perdónala ahora, cuando su corazón aún rebosa de amor. Di que la perdonas. Que la perdonarás. Que ella siempre gozará de tu afecto y...

Y lo demás quedó sin decir, pues su rostro se hundió en el hombro del anciano.

—Vamos, vamos, vamos... —dijo el médico, dulcemente—. ¡Perdonar! ¿Qué tengo que perdonar? ¡Ja! Si nuestros enamorados de verdad regresan para aturullarnos de este modo, más nos valdría mantenerlos bien alejados; habría que hacerles llegar un mensaje urgente para detenerlos en el camino y obligarlos a avanzar solo dos o tres kilómetros al día hasta que estuviésemos adecuadamente preparados para recibirlos. Dame un beso, bichito. ¡Perdonar! Pero ¡qué criatura más tonta eres! Si en lugar de no importunarme nunca lo hicieras cincuenta veces al día, te lo perdonaría todo, salvo una súplica como ésta. Dame otro beso, bichito. ¡Hale! Así quedan reconciliados futuro y pasado. ¡Atice ese fuego! ¡Va a conseguir que la gente se congele esta desapacible noche de diciembre! Que tengamos luz, y calor, y alegría, ¡o no perdonaré a algunos de vosotros!

¡Así de alegre se mostraba el doctor! Y se atizó el fuego, y se despabilaron las luces, y llegaron los invitados, y se inició un murmullo de animadas voces, y enseguida una agradable atmósfera de alegre agitación llenó todos los rincones de la casa.

Y siguieron llegando más y más invitados. Miradas destellantes se posaban en Marion, labios sonrientes la felicitaban por el regreso de él, juiciosas madres se abanicaban y confiaban en que no fuese demasiado joven ni demasiado veleidosa para formar un hogar propio con serenidad, padres impetuosos caían en la ignominia por ensalzar en exceso su belleza, sus hijas la envidiaron, sus hijos lo envidiaron a él, innumerables parejas de enamorados aprovecharon aquella situación; todos se mostraron interesados, animados y expectantes.

El señor y la señora Craggs llegaron del brazo, pero la señora Snitchey lo hizo sola.

—Pero ¿qué es de él? —preguntó el médico.

La pluma del ave del paraíso del tocado de la señora Snitchey tembló como si el ave del paraíso hubiese vuelto a la vida cuando la mujer dijo que sin duda el señor Craggs lo sabía, pero que a ella no se la había informado.

—El dichoso despacho —dijo la señora Craggs.

—Cómo desearía que lo incendiaran —confesó la señora Snitchey.

—Él... él... Hay un pequeño asunto de trabajo que está reteniendo a mi socio —dijo el señor Craggs, mirando con desasosiego a su alrededor.

—¡Oh! Trabajo. ¡No me diga más! —repuso la señora Snitchey.

—Nosotras sabemos bien lo que significa el trabajo —dijo la señora Craggs.

Pero precisamente el hecho de que no supiesen lo que significaba tal vez fuera el motivo por el que la pluma del ave del paraíso de la señora Snitchey temblase de forma tan portentosa y los colgantes de los pendientes de la señora Craggs se agitasen como campanillas.

—Me sorprende que usted haya podido marcharse, señor Craggs —comentó su esposa.

—El señor Craggs es afortunado, ino me cabe la menor duda! —dijo la señora Snitchey.

—Ese despacho los absorbe tanto... —dijo la señora Craggs.

—Una persona con despacho no debería casarse —dijo la señora Snitchey.

Y entonces la señora Snitchey se dijo en su fuero interno que aquella mirada suya había perforado a Craggs hasta alcanzar su alma, y que él lo sabía; y la señora Craggs comentó a Craggs que «sus Snitchey» le estaban engañando a sus espaldas y que lo comprobaría cuando ya fuese demasiado tarde.

Con todo, el señor Craggs, sin dar demasiada importancia a tales comentarios, siguió mirando desazonado a su alrededor hasta que sus ojos toparon con Grace, a quien presentó sus respetos de inmediato.

—Buenas noches, señorita —dijo Craggs—. Está usted encantadora. Su... La señorita... Su hermana, la señorita Marion, ¿está...?

—Oh, está muy bien, señor Craggs.

—Sí... Yo... ¿Está aquí? —preguntó Craggs.

—¡Por supuesto! ¿No la ve allí, saliendo a bailar? —contestó

Grace.

El señor Craggs se puso los lentes para verla mejor; buscó entre la concurrencia un momento, tosió, y, con aire de satisfacción, devolvió los lentes a la funda y los guardó en el bolsillo.

La música empezó a sonar y el baile dio comienzo. El resplandeciente fuego crepitaba y chisporroteaba, ascendía y descendía como sumándose al propio baile, en perfecta comunión con él. A veces rugía como si también hiciese música. A veces refulgía y brillaba como si fuese el ojo de la antigua estancia; a veces incluso parpadeaba, como un sensato patriarca, al ver susurrar a los jóvenes en los rincones. A veces jugueteaba con las ramas de acebo, e, iluminando las hojas con sus destellos, les confería el aspecto de volver a encontrarse a la intemperie de la noche invernal, sacudidas por el viento. A veces su genial humor se tornaba escandaloso y traspasaba todos los límites, y entonces se lanzaba a la estancia, entre los pies titilantes, con una sonora explosión y un chaparrón de inofensivas y diminutas chispas, y en su alborozo brincaba y saltaba como un loco hacia el interior de aquella amplia y vieja chimenea.

Otro baile estaba a punto de finalizar cuando el señor Snitchey tocó un brazo de su socio, que contemplaba la escena.

El señor Craggs se sobresaltó como si su amigo fuese un espectro.

—¿Se ha marchado? —preguntó.

—¡Chsss...! Ha estado conmigo —contestó Snitchey— tres horas o más. Lo ha revisado todo. Ha estudiado todo cuanto hemos dispuesto para él, y con sumo esmero. Él... ¡Vaya!

El baile concluyó. Mientras hablaba, Marion pasó bastante cerca. Pero no reparó en él, ni en su socio, sino que miró por encima del hombro en dirección a su hermana, a lo lejos, y se internó lentamente entre los invitados, hasta que ambos la perdieron de vista.

—¡Ya lo ve! Todo en orden —dijo el señor Craggs—. Supongo que no sacaría a colación aquel asunto...

—Ni una palabra.

—¿Y de verdad se ha ido? ¿Está ya convenientemente lejos?

—Cumple con su palabra. Desciende el río con la marea en aquel cascarón de barco suyo, y así llegará al mar esta oscura noche (todo un

temerario es) arrastrado por el viento. No hay camino tan solitario en ninguna otra parte. Eso es indiscutible. La marea sube, según dice, una hora antes de la medianoche, aproximadamente en estos momentos. Me alegro de que todo haya acabado.

El señor Snitchey se enjugó la frente, que parecía acalorada y consternada.

—¿Qué opina —preguntó el señor Craggs— sobre...?

—¡Chsss...! —contestó su prudente socio mirando justo al frente—. Le entiendo. No mencione nombres, que no dé la impresión de que compartimos secretos. No sé qué pensar, y, para serle sincero, ahora tampoco me importa ya. Es un gran alivio. Supongo que el amor propio lo traicionó. Tal vez la joven dama coqueteó un poco. Las pruebas parecen señalar en esa dirección. ¿Aún no ha llegado Alfred?

—No —contestó el señor Craggs—, aunque lo esperamos de un momento a otro.

—Bien. —El señor Snitchey volvió a enjugarse la frente—. Es un gran alivio. En todo el tiempo que llevamos asociados nunca había estado tan nervioso. Y ahora voy a intentar disfrutar de la velada, señor Craggs.

La señora Craggs y la señora Snitchey se reunieron con ellos en el mismo instante en que él anunciaba tal intención. El ave del paraíso se encontraba en un estado de extrema agitación, y las campanillas repicaban de forma considerablemente audible.

—Ha sido el tema de todas las conversaciones, señor Snitchey —dijo la señora Snitchey—. Espero que el despacho esté satisfecho.

—¿Satisfecho con qué, querida mía? —preguntó el señor Snitchey.

—Con la exposición de una mujer indefensa al ridículo y el rumor —respondió su esposa—. Es algo muy propio del despacho, en realidad.

—Ciertamente —comentó la señora Craggs—, yo misma llevo tanto tiempo habituada a asociar el despacho a todo lo opuesto a la vida familiar que me congratula reconocerlo como el enemigo declarado de mi paz. En cualquier caso, hay algo honesto en eso.

—Querida mía —la exhortó el señor Craggs—, su buena opinión es inestimable, pero yo nunca he declarado que el despacho sea el enemigo de su paz.

—No —confirmó la señora Craggs, efectuando un perfecto repique de campanillas—. No, es cierto. No sería usted digno del despacho si tuviese la franqueza de hacerlo.

—Y en cuanto a mi ausencia esta noche, querida mía —dijo el señor Snitchey, ofreciéndole el brazo—, la privación ha sido mía, no me cabe la menor duda, pero, como bien sabe el señor Craggs...

La señora Snitchey atajó drásticamente esta referencia tirando de su esposo hacia un lado y pidiéndole que mirase a aquel hombre. ¡Que hiciese el favor de mirarlo!

—¿A qué hombre, querida mía? —preguntó el señor Snitchey.

—Al compañero que ha escogido, porque yo no soy su compañera, señor Snitchey.

—Sí, sí, lo es, querida mía —repuso él.

—No, no, no lo soy —replicó la señora Snitchey esbozando una majestuosa sonrisa—. Sé qué lugar ocupo. ¿No va a mirar al compañero que ha elegido, señor Snitchey, a su mano derecha, al custodio de sus secretos, al hombre en quien confía, a su otro «mí», en suma?

La habitual asociación de «mí» y «Craggs» propició que el señor Snitchey mirase en esa dirección.

—Si es capaz de mirar a ese hombre a los ojos esta noche —dijo la señora Snitchey— y no saber que le está engañando, utilizándole, haciéndole víctima de sus mañas y doblegándole a su voluntad por alguna incomprensible fascinación que resulta imposible de explicar, y contra la cual ninguna advertencia mía es del menor provecho, lo único que puedo decir es que... ¡ile compadezco!

En ese mismo instante, la señora Craggs profetizaba sobre tan espinosa cuestión. ¿Era posible, dijo, que Craggs pudiese estar tan ciego con sus Snitcheys para no advertir la verdadera posición en que se encontraba? ¿Era sincero al decir que había visto entrar a sus Snitcheys en aquella estancia sin apreciar con total claridad que en aquel hombre había reserva, astucia y traición? ¿Iba a decirle a ella que aquel mero gesto de enjugarse la frente y mirar de modo tan furtivo a su alrededor no demostraba que en la conciencia —si acaso tenía conciencia— de sus preciados Snitcheys pesaba algo que no podía salir a la luz? ¿Acudiría alguien, aparte de sus Snitcheys, a una alegre celebración como si fuese un ladrón? (Lo cual, por cierto, no era una comparación muy veraz, pues el señor Snitchey había entrado muy

tranquilo por la puerta). ¿Y aun así seguiría empeñándose a mediodía — siendo casi medianoche— en justificar con uñas y dientes a sus Snitcheys contra todo hecho, razonamiento y experiencia?

Ni Snitchey ni Craggs trataron abiertamente de detener aquella corriente que así se había iniciado, sino que ambos prefirieron dejarse llevar por ella hasta que su fuerza amainara, lo cual ocurrió de forma simultánea al movimiento general de los invitados, que se disponían a iniciar una danza folclórica, momento en que el señor Snitchey se propuso como pareja de baile a la señora Craggs, y el señor Craggs se ofreció galantemente a la señora Snitchey, y tras varias y endebles evasivas como «¿Por qué no saca a bailar a otra?» y «Sé que se alegraría si lo rehusara» y «Me sorprende que sea capaz de bailar fuera del despacho» —si bien con tono jocoso en este último caso—, ambas damas aceptaron gentilmente la invitación y ocuparon sus puestos.

Se trataba, de hecho, de una antigua costumbre entre ellos, así como formar pareja de modo similar en almuerzos y cenas, pues eran excelentes amigos y compartían una sólida base de relajada familiaridad. Tal vez el Craggs falso y el Snitchey malvado fuesen una ficción reconocida entre las dos esposas, como lo eran para ellos Doe y Roe, corriendo sin cesar de un lado al otro de la jurisdicción del alguacil, o tal vez las damas habían instituido y aceptado esas dos participaciones del negocio en lugar de quedarse totalmente fuera de él. Pero lo cierto es que cada esposa se consagraba al trabajo con la misma regularidad y vocación que sus esposos, y habrían considerado prácticamente imposible que el bufete siguiera existiendo de forma próspera y respetable sin sus loables esfuerzos.

Pero ya se veía el ave del paraíso revoloteando en el centro del salón, y las campanillas comenzaron a brincar y tintinear, y el rostro sonrosado del doctor daba vueltas y más vueltas como una peonza muy barnizada, y el jadeante señor Craggs empezaba a dudar ya si la danza folclórica no se habría vuelto «demasiado fácil», como el resto de la vida, y el señor Snitchey, con sus diestros giros y cabriolas, se movía por sí mismo y por Craggs y por una docena más.

De nuevo el fuego se avivó gracias al brioso viento que el baile levantaba, y ardió alto y deslumbrante. Era el Genio de la estancia y estaba presente por todas partes. Brillaba en los ojos de los invitados, destellaba en las joyas de los cuellos níveos de las muchachas, titilaba en sus orejas como si les susurrara pícaramente al oído, refulgía alrededor de su cintura, parpadeaba en el suelo y lo tornaba rosado para sus pies, y florecía en el techo para que su reflejo sonrojara sus radiantes caras, e iluminaba el pequeño campanario de la señora Craggs.

Y de nuevo el bullicioso aire que lo avivaba se tornó menos manso cuando la música cobró ritmo y el baile procedió con espíritu renovado, y se alzó una brisa que hizo danzar a las hojas y a las bayas en la pared como lo habían hecho antes en el árbol, y susurró por toda la estancia como una cofradía invisible de hadas, siguiendo los pasos de los considerables parranderos mientras giraba tras ellos. Y de nuevo fue imposible distinguir una sola facción en el rostro del médico mientras seguía dando vueltas y más vueltas, y ya parecía haber una docena de aves del paraíso en un vuelo irregular, y ya eran un millar las campanillas que repicaban, y ya toda una flota de faldas volantes se agitaba como zarandeadas por una pequeña tempestad..., cuando la música cesó de pronto y el baile concluyó.

Acalorado y jadeante como estaba el médico, ello solo aumentó su impaciencia por la llegada de Alfred.

—¿No ha visto nada, Britain? ¿No ha oído nada?

—Demasiada oscuridad fuera para ver en la distancia, señor. Demasiado ruido dentro para oír algo.

—¡Cierto! Pero más alegre le parecerá la bienvenida. ¿Cómo vamos de hora?

—Las doce en punto, señor. No puede tardar, señor.

—Atice el fuego y eche otro leño —dijo el doctor—. ¡Que vea su bienvenida resplandeciendo en la noche, mi buen muchacho, mientras se acerca!

Y la vio. ¡Sí! Atisbó la luz desde la calesa al doblar la esquina de la antigua iglesia. Conocía la estancia en la que refulgía. Vio las ramas heladas de los viejos árboles entre aquella luz y él. Sabía que uno de esos árboles susurraba musicalmente en verano frente a la ventana de la habitación de Marion.

Las lágrimas afloraron a sus ojos. Su corazón palpitaba con tal virulencia que apenas era capaz de soportar la felicidad. ¡Cuántas veces había pensado en aquel momento..., cuántas veces lo había imaginado bajo toda clase de circunstancias..., cuántas veces temido que nunca llegase..., cuántas veces lo había anhelado... y ansiado... en la distancia!

¡De nuevo la luz! Nítida y rojiza, prendida, estaba seguro, para darle la bienvenida y recibirlo en su hogar. Saludó con una mano, agitó el sombrero y gritó con fuerza como si la luz fuera ellos y ellos pudiesen

verlo y oírlo, mientras se dirigía a toda prisa a su encuentro por el barro y el fango con aire triunfal.

¡Un momento! Conocía al doctor y sabía lo que había hecho. Ya no podía darles una sorpresa, pero sí pillarlos desprevenidos llegando a la casa a pie. Si la cancela del huerto estaba abierta, podría acceder por ella; si no, aquella tapia era fácil de saltar, como sabía de antaño, y enseguida se encontraría entre ellos.

Se apeó de la calesa y, tras indicar al chófer —no sin dificultad por lo nervioso que se encontraba— que aguardase unos minutos y que después procediese despacio, corrió con extrema rapidez, probó con la cancela, se encaramó a la tapia, saltó al otro lado y se plantó jadeante en el viejo huerto.

Los árboles estaban cubiertos por una escarcha helada que, a la tenue luz de la luna eclipsada por las nubes, colgaba de las ramas más pequeñas como guirnaldas marchitas. Hojas secas crujían y chascaban bajo sus pies mientras se aproximaba sigilosamente a la casa. La desolación de una noche invernal reposaba melancólica en la tierra, y también en el cielo. Pero la luz roja se proyectaba alegremente hacia él a través de las ventanas, tras las que pasaban y repasaban siluetas, y el rumor y el murmullo de voces lo saludaron con dulzura.

Escuchando para captar la de ella, tratando, mientras avanzaba, de distinguirla de las demás y casi llegando a creer que la oía, alcanzó la puerta en el mismo instante en que ésta se abrió abruptamente y alguien que salía por ella tropezó con él, retrocedió al instante y sofocó un grito.

—Clemency —dijo él—, ¿no me reconoces?

—No entre —contestó ella, empujándolo—. Váyase. No me pregunte por qué. No entre.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—No lo sé. Me... me da miedo pensar. Máchese. ¡Ahora!

En la casa se produjo un súbito revuelo. Clemency se llevó las manos a los oídos. Oyeron un grito desgarrador, tanto que no había manos capaces de acallarlo, y Grace —con la mirada y el gesto aturcidos— salió corriendo por la puerta.

—¡Grace! —Él la tomó en sus brazos—. ¿Qué ocurre? ¿Ha muerto?

Ella se zafó de él como tratando de reconocer su cara y cayó a sus pies.

Una multitud salió de la casa y se agolpó a su alrededor. Entre ellos se encontraba su padre, con una hoja de papel en la mano.

—¿Qué ocurre? —gritó Alfred, aferrándose el cabello y paseando la mirada atormentado de rostro en rostro, mientras se posaba sobre una rodilla junto a la muchacha inconsciente—. ¿Nadie va a mirarme? ¿Nadie va a hablarme? ¿Nadie me reconoce? ¿No hay nadie entre ustedes que vaya a decirme qué ocurre?

Se alzó un murmullo entre los presentes.

—Se ha ido.

—¡Se ha ido! —repitió él.

—¡Se ha fugado, mi querido Alfred! —dijo el doctor con la voz quebrada y las manos sobre la cara—. Se ha fugado de su casa y de nosotros. ¡Esta noche! Ha dejado escrito que ha elegido, y que su decisión es inocente e irreprochable (suplica que la perdonemos; ruega que no la olvidemos), y se ha ido.

—¿Con quién? ¿Adónde?

Se puso en pie de un salto, como dispuesto a ir en su busca, pero, cuando los demás le abrieron paso, miró desafortunado a unos y a otros, retrocedió trastabillando, se desplomó en su anterior postura y tomó una de las frías manos de Grace.

Hubo mucho trajín, confusión, ruido, desorden, y ningún propósito. Algunos se dispersaron por los caminos, otros montaron a caballo, otros fueron a buscar faroles y otros conversaron en grupo, asegurando que no había rastro ni pista que seguir. Algunos se acercaron a él amablemente, con la intención de ofrecerle consuelo; otros lo reprendieron porque era preciso llevar a Grace al interior de la casa y él lo estaba impidiendo. En ningún momento los oyó, y en ningún momento se movió.

La nieve caía rauda y densa. Él alzó un momento la mirada al aire y pensó lo apropiadas que eran aquellas cenizas blancas que sepultaban sus esperanzas y su dolor. Contempló la tierra emblanquecida y pensó que las huellas de Marion quedarían cubiertas y desaparecerían al instante, y que incluso su recuerdo se borraría. Pero en ningún momento sintió el frío, y en ningún momento se movió.

TERCERA PARTE

El mundo había envejecido seis años desde aquella noche del regreso. Era una cálida tarde de otoño y había llovido con profusión. El sol asomó súbitamente entre las nubes, y el antiguo campo de batalla, centellando intensa y alegremente al verse transformado en un paraje verde, destelló una bienvenida que se propagó por toda la campiña como si se hubiese prendido un dichoso fuego al que respondieran un millar de almenaras.

¡Qué hermoso el paisaje que se encendía bajo aquella luz y aquel influjo exuberante, que pasaba como una presencia celestial y lo iluminaba todo! El bosque, antes una masa sombría, exhibió sus diversos matices de amarillo, verde, marrón y rojo, y las diferentes formas de sus árboles, con gotas de lluvia que destellaban en sus hojas y titilaban al caer. La verde pradera, brillante y refulgente, daba la impresión de haber estado ciega hasta un minuto antes y haber encontrado el sentido de la vista para alzar la mirada hacia el deslumbrante cielo. Maizales, setos, cercados, granjas y tejados arracimados, la aguja de la iglesia, el arroyo, el molino de agua, todo brotó de la lúgubre oscuridad, sonriendo. Los pájaros cantaban dulcemente, las flores erguían sus alicaídas cabezas, nuevos aromas manaban de la vigorizada tierra; en lo alto, la extensión azul se expandía; los rayos sesgados del sol perforaban ya mortalmente el banco de nubes que remoloneaban en su vuelo, y un arco iris, espíritu de todos los colores que adornaban la tierra y el cielo, lucía de extremo a extremo su triunfal esplendor.

A esa misma hora, una pequeña posada de la carretera, al acogedor abrigo de un gran olmo alrededor de cuyo grueso tronco había un singular asiento para los ociosos, mostraba al viajero una alegre fachada, como debe ser tratándose de una fonda, y lo tentaba con mudas pero significativas promesas de un agradable recibimiento. El rótulo rojizo que colgaba del árbol, con sus letras doradas parpadeando al sol, lanzaba guiños al transeúnte por entre las hojas verdes, como un rostro jovial, y auguraba animación. El abrevadero para los caballos, lleno de agua transparente y fresca, y la tierra bajo él, salpicada de espigas de fragante heno, hacían aguzar las orejas a todos los caballos que pasaban por allí. Las cortinas de color carmesí de las estancias de la planta baja y las colgaduras de un blanco níveo de los pequeños dormitorios de la planta superior sugerían «¡Entrad!» con

cada sople de aire. Sobre los postigos, de un verde intenso, había leyendas doradas que hablaban de cerveza, de licor de malta, de exquisitos vinos y de buenas camas, así como un conmovedor dibujo de una jarra marrón rebosando espuma. Sobre el alféizar de las ventanas había plantas florecidas en macetas de color rojo intenso, que conformaban una vívida estampa en contraste con la fachada blanca de la casa, y en la penumbra del portal se veían vetas de luz, reflejos procedentes de botellas y picheles.

En el umbral se veía también la característica figura de un posadero, pues, pese a su modesta estatura, era un hombre grueso y corpulento, con las manos en los bolsillos y las piernas lo bastante separadas para expresar tranquilidad con respecto a la bodega, así como una serena confianza —demasiado calma y virtuosa para tornarse en fanfarronería— en los recursos generales de la posada. La superabundancia de humedad, que todo lo cubría tras la última lluvia, lo hacía resaltar con claridad. Nada de lo que había cerca de él tenía sed. Unas pesadas dalias, que asomaban sobre la empalizada de un pulcro y ordenado jardín, habían bebido tanto como habían podido —tal vez incluso una pizca de más—, y peor podría haber sido de haberse tratado de algún licor; pero las eglantinas, las rosas, los alhelíes, las plantas de las ventanas y las hojas del viejo árbol se encontraban en un radiante estado de moderación, de no haber bebido más allá de lo saludable, y lucían así sus mejores cualidades. A su alrededor caían gotas de rocío, parecían rebosantes de un alborozo inocente y chispeante que todo lo iluminaba, suavizando rincones olvidados a los que la lluvia raramente podía acceder, y sin causar el menor perjuicio.

Aquella posada rural había adoptado, desde su fundación, un insólito nombre. Se llamaba El Rallador de Nuez Moscada. Y debajo de tan hogareño nombre, en el mismo y flamante rótulo que colgaba del árbol y con los mismos caracteres dorados, figuraba la inscripción: «Regentada por Benjamin Britain». En un segundo vistazo, y tras un examen más minucioso de su rostro, habrían sabido ustedes que no era sino el mismo Benjamin Britain quien se encontraba en el portal, razonablemente cambiado por el tiempo, pero a mejor; un agradable posadero, de hecho.

—La señora B. —dijo el señor Britain mirando hacia la carretera— se está demorando mucho. Ya es la hora del té.

Al ver que la señora Britain no llegaba, paseó tranquilamente hasta la carretera y contempló la casa desde allí, con gran satisfacción.

—Es justo la clase de casa —dijo Benjamin— en la que desearía pernoctar, si no fuera yo su propietario.

A continuación se acercó tranquilamente a la empalizada del jardín y echó un vistazo a las dalias. Ellas le devolvieron la mirada con la cabeza inerte y adormilada, y volvieron a inclinarla al desprender gruesas gotas de humedad.

—Hay que cuidar de vosotras —dijo Ben—. Benjamin, no olvides decírselo a ella. ¡Está tardando mucho en llegar!

La mejor mitad del señor Britain parecía serlo en tal medida que la otra mitad, él, se sentía totalmente perdida e indefensa sin ella.

—Creo recordar que no tenía mucho que hacer —dijo Ben—. Algunos recados después de ir al mercado, pero no muchos... ¡Oh! ¡Ahí viene, al fin!

Una calesa conducida por un muchacho se acercó traqueteando por la carretera, y sentada en ella, en una silla, con un paraguas empapado y abierto, puesto a secar tras de sí, se veía la rolliza figura de una mujer matronal, con los brazos cruzados sobre una alta cesta que llevaba apoyada en una rodilla; había varias cestas y paquetes más a su alrededor, y se apreciaba cierta naturaleza bondadosa en su rostro y una torpeza contenida en sus modales mientras se zarandeaba de un lado al otro con el movimiento del carruaje, una naturaleza que recordaba a los viejos tiempos, incluso en la distancia. Al aproximarse más, el regusto de los tiempos pasados no disminuyó, y cuando el carruaje se detuvo a la puerta de El Rallador de Nuez Moscada, un par de zapatos, tras apearse de él, se deslizaron ágilmente entre los brazos abiertos del señor Britain y se plantaron en el sendero de entrada con un considerable peso, unos zapatos que difícilmente podrían haber pertenecido a nadie salvo a Clemency Newcome.

Y de hecho a ella pertenecían y ella los calzaba, un alma rubicunda y agradable a la vista, con tanto jabón como antaño en su lustrosa cara, pero con los codos sanos y llenos de hoyuelos en su nuevo y mejorado estado.

—¡Llegas tarde, Clemmy! —dijo el señor Britain.

—¡Pues sí, ya ves, tenía mucho que hacer! —contestó ella mientras supervisaba muy atenta el traslado de paquetes y cestas—. Ocho, nueve, diez... ¿Dónde está la undécima? ¡Oh, mi undécima cesta! Está bien. Lleva el caballo a la cuadra, Harry, y si vuelve a toser dale afrecho caliente esta noche. Ocho, nueve, diez. ¿Dónde está la undécima? Ah, lo olvidaba, está bien. ¿Qué tal los niños, Ben?

—Muy bien, Clemmy, muy bien.

—¡Benditas sean sus preciosas caritas! —dijo la señora Britain mientras se quitaba el sombrero de su rotunda cara (pues su esposo y ella se encontraban ya en el mostrador) y se atusaba el cabello con las manos abiertas—. ¡Dame un beso, viejo!

El señor Britain obedeció de inmediato.

—Creo —dijo la señora Britain, hurgando en los bolsillos y extrayendo una enorme cantidad de cuadernillos y papeles arrugados, con una auténtica colección de esquinas dobladas— que lo he hecho todo. Las facturas están pagadas..., los nabos, vendidos..., la cuenta del cervecero, revisada y saldada..., las pipas de tabaco, encargadas..., diecisiete libras y cuatro chelines, ingresados en el banco..., los honorarios del doctor Heathfield por la pequeña Clem, porque, como ya supondrás, el doctor Heathfield no quería aceptar nada, otra vez...

—Sí, lo imaginaba —contestó Britain.

—No. Dice que, por numerosa que fuera tu familia, Ben, nunca te cobraría ni medio penique. Ni aunque tuvieses veinte hijos.

El rostro del señor Britain adoptó una expresión seria, y clavó la mirada en la pared.

—¿No te parece amable por su parte? —preguntó Clemency.

—Sí, mucho —contestó el señor Britain—. Es la clase de amabilidad que de ningún modo uno espera recibir.

—No —convino Clemency—. Desde luego que no. Y además está el potro; se ha vendido por ocho libras y dos chelines. No está mal, ¿verdad?

—Está muy bien —dijo Ben.

—¡Me alegro de que te complazca! —exclamó su esposa—. Supuse que lo haría, y creo que eso es todo, y sin más particular, tu humilde servidora, C. Britain, etcétera. ¡Ja, ja, ja! Coge todos los papeles y guárdalos bajo llave. ¡Oh! Un momento. Aquí tengo un cartel impreso que tenemos que colgar en la pared. La tinta aún está fresca. ¡Qué bien huele!

—¿De qué se trata? —preguntó Ben, mirando el documento.

—No lo sé —contestó su esposa—. Aún no he leído ni una palabra.

—«A la venta en subasta —leyó el posadero de El Rallador de Nuez Moscada—, salvo precio traspaso por contrato privado».

—Siempre ponen eso —dijo Clemency.

—Sí, pero no siempre ponen esto —repuso él—. Mira aquí: «Casa», etcétera..., «despachos», etcétera, «arbustos», etcétera, «cercado», etcétera, «señores Snitchey y Craggs», etcétera, ¡«partes ornamentales del bien inmueble libres de gravamen del señor don Michael Warden, que tiene la intención de seguir residiendo en el extranjero»!

—¡Que tiene la intención de seguir residiendo en el extranjero! —repitió Clemency.

—Aquí lo pone —dijo Britain—. ¡Mira!

—¡Precisamente hoy, cuando he oído cuchichear en nuestro antiguo hogar que se esperaban pronto noticias mejores y más concretas de ella! —dijo Clemency, sacudiendo afligida la cabeza y dándose palmaditas en los codos como si el recuerdo de los viejos tiempos despertase inconscientemente sus antiguos hábitos—. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Se avecinan tormentos, Ben!

El señor Britain dejó escapar un suspiro, sacudió también la cabeza y dijo que no alcanzaba a entenderlo, que había dejado de intentarlo hacía ya mucho tiempo. Con tal comentario, se empleó en colgar el cartel en la parte interior de la ventana del mesón, y Clemency, tras meditar en silencio unos instantes, se recompuso, despejó su pensativa frente y se fue con paso ligero a cuidar de los niños.

Pese a que el posadero de El Rallador de Nuez Moscada se desvivía por la señora de la casa, lo hacía de un modo paternalista, a la vieja usanza, algo que a ella la divertía enormemente. Nada lo habría dejado a él más perplejo que haber sabido por una tercera persona que era ella quien llevaba las riendas de toda la casa y quien, por medio de su sencilla frugalidad, su buen humor, su honradez y su laboriosidad, había hecho de él un hombre próspero. ¡Resulta tan fácil, en cualquier faceta de la vida —tal como el mundo comprueba con tanta frecuencia—, aceptar a esos espíritus alegres que nunca reivindicar sus méritos en su propia y modesta valoración, y desarrollar un afecto superficial por otras personas solo por sus rarezas y sus excentricidades externas, y cuya valía innata, si profundizásemos tanto en ellas, podría hacernos sonrojar al compararla con la de aquellas otras!

Al señor Britain le reconfortaba pensar en su propia condescendencia al haberse casado con Clemency. Para él, ella era un testimonio perpetuo de la bondad de su corazón y de la afabilidad de su carácter, y tenía la sensación de que el hecho de que fuese una excelente esposa era ejemplo del antiguo precepto de que la virtud es su propia recompensa.

Había acabado de colgar el cartel y guardado bajo llave en la alacena los comprobantes de las gestiones que había llevado a cabo aquel día —sin dejar de reír entre dientes por su capacidad para los negocios—, cuando, tras regresar con la noticia de que dos señoritos Britain jugaban en la cochera, bajo la supervisión de una tal Betsey, y de que la pequeña Clem dormía «como un retrato», Clemency se sentó a tomar el té, que ya la esperaba sobre una mesita. Era un mesón pequeño y pulcro, con el habitual despliegue de botellas y vasos, un sobrio reloj que marcaba la hora exacta —eran las cinco y media—, y todo en su sitio, bruñido y pulido hasta lo indecible.

—Es la primera vez en todo el día que puedo sentarme a descansar, ¡válgame Dios! —dijo la señora Britain, respirando profundamente como si se hubiese acomodado allí para pasar la noche, pero, levantándose de inmediato para ofrecer el té a su esposo, y cortar para él el pan y la mantequilla, añadió—: ¡Cómo me hace pensar en los viejos tiempos ese cartel!

—¡Ah! —dijo el señor Britain, tendiéndole el platillo como si se tratase de una ostra y dando cuenta de su contenido según el mismo principio.

—Ese mismo señor Michael Warden —dijo Clemency, sacudiendo la cabeza frente al anuncio de venta— me hizo perder mi antiguo hogar.

—Y te hizo ganar un esposo —repuso el señor Britain.

—¡Bien, sí, lo hizo! —respondió Clemency—, y se lo agradezco mucho.

—El hombre es un animal de costumbres —dijo el señor Britain, observándola por encima del platillo—. En cierto modo, me había acostumbrado a ti, Clem, y creía que no sería capaz de seguir adelante sin ti. Así que fuimos y nos convertimos en marido y mujer. ¡Ja, ja! ¡Nosotros! ¡Quién lo habría dicho!

—¡Sí, quién! —exclamó Clemency—. Fuiste muy bueno conmigo, Ben.

—No, no, no —replicó el señor Britain con aire abnegado—. No hice nada que merezca mencionarse.

—Oh, sí, lo hiciste, Ben —insistió su esposa con gran sencillez—. Eso es lo que creo y te estoy muy agradecida. ¡Ah! —prosiguió, mirando de nuevo el cartel—, cuando se supo que se había ido y que estaba fuera de nuestro alcance, mi querida muchacha, no me quedó más remedio que contar (por su bien tanto como por el de los demás) lo que sabía, ¿verdad?

—Sea como fuere, lo contaste —observó su esposo.

—Y el doctor Jeddler —agregó Clemency, posando la taza de té y observando reflexiva el cartel—, en su dolor y en su cólera, ¡me echó de aquella casa y aquel hogar! En toda mi vida me he alegrado tanto de algo como de no haberle dicho una palabra airada ni haber albergado un sentimiento airado contra él, ni siquiera entonces, ya que después se arrepintió de corazón. ¡Cuántas veces no se habrá sentado en esta sala y me habrá dicho una y otra vez que lo lamentaba! La última apenas ayer, mientras tú estabas fuera. ¡Cuántas veces no se habrá sentado en esta sala y me habrá hablado, hora tras hora, sobre esto y aquello, fingiendo interés pero, en realidad, buscando solo recordar un tiempo ya pasado, y porque sabe que ella me apreciaba, Ben!

—Pero ¿cómo llegaste a vislumbrar eso, Clem? —preguntó su esposo, asombrado de que ella fuese capaz de percibir con extrema nitidez una verdad que solo se había insinuado vagamente en su curiosa cabeza.

—Te aseguro que lo ignoro —contestó Clemency, soplando el té para enfriarlo—. ¡Cielos!, no sabría decírtelo ni que me ofrecieses una recompensa de cien libras.

Él habría proseguido con esta metafísica cuestión de no haber vislumbrado ella un hecho muy real detrás de él, en la forma de un caballero ataviado de luto, enfundado en una capa y unas botas como un jinete a lomos de un caballo y apostado a la puerta del mesón. Parecía atento a su conversación, y en absoluto impaciente por interrumpirla.

Al verlo, Clemency se puso en pie de un salto. El señor Britain también se levantó y saludó al huésped.

—¿Tiene la bondad de subir la escalera, señor? Arriba hay una habitación preciosa, señor.

—Gracias —dijo el desconocido, observando con gesto adusto a la esposa del señor Britain—. ¿Puedo pasar al mesón?

—Oh, por supuesto, señor, si así lo desea —contestó Clemency, invitándolo a entrar—. ¿En qué podemos servirle, señor?

El cartel había llamado su atención y el hombre lo leía.

—Es un inmueble excelente, señor —observó el señor Britain.

El hombre no contestó, sino que, cuando acabó de leer, se volvió y miró de nuevo a Clemency con la misma curiosa atención de antes.

—Me preguntaba... —dijo, sin dejar de escrutarla.

—Qué es lo que le apetece tomar, señor —contestó Clemency, devolviéndole una mirada fugaz.

—Si me permitiese tomar un trago de licor de malta —dijo, acercándose a una mesa que había junto a la ventana— y me permitiese tomarlo aquí, sin interrumpir su refrigerio, se lo agradecería enormemente.

Se sentó mientras hablaba y, sin más parlamento, contempló el paisaje. Era un hombre tranquilo, fornido, en la flor de la vida. Su rostro, muy bronceado, quedaba ensombrecido por una mata de pelo negro, y lucía bigote. Cuando le dejaron la bebida delante, llenó un vaso y brindó cordialmente por la casa, añadiendo mientras dejaba el vaso en la mesa:

—Es una casa nueva, ¿verdad?

—No particularmente, señor —contestó el señor Britain.

—Tiene entre cinco y seis años —dijo Clemency, recalcando mucho las palabras.

—Me ha parecido oír el nombre del doctor Jeddler al entrar —dijo el desconocido—. Ese cartel me recuerda a él, pues da la casualidad de que conozco algo de esa historia, de oídas y por medio de ciertos conocidos. ¿Aún vive el anciano?

—Sí, aún vive, señor —contestó Clemency.

—¿Ha cambiado mucho?

—¿Desde cuándo, señor? —repuso Clemency, con marcado énfasis y expresividad.

—Desde que su hija... se marchó.

—¡Sí! Ha cambiado mucho desde entonces —respondió Clemency—. Ahora es un hombre cano y viejo, y ha perdido su antiguo encanto, pero creo que es feliz. Desde entonces ha cuidado de su hermana y la visita muy a menudo. Eso le ha hecho mucho bien. Al principio, se quedó tristemente hundido; bastaba verlo deambular por ahí, lanzando recriminaciones al mundo, para que a uno se le rompiera el corazón, pero al cabo de uno o dos años experimentó un cambio a mejor y empezó a disfrutar hablando de la hija que había perdido y elogiándola, ¡y también al mundo!, y nunca se cansaba de decir, con lágrimas en sus pobres ojos, lo hermosa y buena que era. Ya la había perdonado. Era aproximadamente la misma época en la que se casó la señorita Grace. ¿Lo recuerdas, Britain?

Britain lo recordaba perfectamente.

—De modo que la hermana está casada —dijo el desconocido. Hizo una larga pausa antes de preguntar—: ¿Con quién?

Clemency estuvo a punto de volcar la bandeja del té por la emoción que la embargó al oír aquella pregunta.

—¿No lo sabe? —preguntó.

—Me gustaría saberlo —respondió él mientras volvía a llenar el vaso y se lo llevaba a la boca.

—¡Ah! Sería una larga historia si se contase como es debido —dijo Clemency, apoyando la barbilla en la palma de la mano izquierda, y el codo de ese brazo en la mano derecha mientras sacudía la cabeza y volvía la mirada hacia los años que habían mediado, como si estuviese contemplando una lumbre—. Sería una larga historia, se lo aseguro.

—Pero contada como una historia breve... —sugirió el desconocido.

—Contada como una historia breve —repitió Clemency con el mismo tono meditabundo y sin dar la impresión de reparar en él ni ser consciente de tener oyentes—, ¿qué habría que contar?, ¿que lloraron y recordaron juntos como si se tratase de una persona difunta?, ¿que fueron tan cariñosos con ella que nunca le reprocharon nada, que hablaron de ella tal como había sido y que la justificaron? Todo el

mundo sabe eso. Yo lo sé, de eso estoy segura. Y nadie lo sabe mejor que yo —añadió Clemency enjugándose los ojos con la mano.

—Y... —sugirió el desconocido.

—Y —dijo Clemency, siguiéndole el hilo de forma mecánica y sin el menor cambio en su actitud o su talante— finalmente se casaron. Se casaron el día en que ella cumplía años (tal día como mañana), muy discretos, muy humildes, pero muy felices. Una noche, mientras paseaban por el huerto, el señor Alfred dijo: «Grace, ¿qué te parece si nos casamos el día del cumpleaños de Marion?». Y así lo hicieron.

—¿Y desde entonces han vivido felizmente juntos? —preguntó el desconocido.

—Sí —contestó Clemency—. No hay dos personas más felices que ellos. No han conocido más pena que esa.

Alzó la cabeza como atendiendo súbitamente a las circunstancias bajo las cuales estaba recordando aquellos acontecimientos, y dirigió una mirada rápida al desconocido. Al ver que su rostro estaba vuelto hacia la ventana y que el hombre parecía absorto en el paisaje, le hizo unas ansiosas señas a su esposo, señaló el cartel y movió la boca como repitiendo para él con gran vigor una palabra o una frase una y otra vez. Dado que no emitía sonido alguno y dado que sus mudos movimientos, como la mayoría de sus gestos, eran de una índole extraordinaria, aquella conducta ininteligible llevó al señor Britain a los límites de la desesperación. Observó la mesa, al desconocido, las cucharas, a su esposa...; siguió su pantomima con miradas de hondo asombro y perplejidad...; le preguntó con el mismo lenguaje si el inmueble corría peligro, si él corría peligro, si ella...; respondió a sus señas con otras señas que expresaban la mayor angustia y confusión...; siguió el movimiento de sus labios..., adivinó medio en voz alta «leche y agua», «aviso mensual», «ratones y nueces»..., y fue incapaz ni de acercarse a lo que ella quería decir.

Clemency finalmente se rindió a aquella vana tentativa y, tras desplazar su silla muy lentamente en dirección al desconocido, se quedó sentada con los ojos aparentemente bajos pero en realidad lanzándole miradas furtivas y agudas de cuando en cuando, esperando a que él hiciese alguna otra pregunta. No tuvo que esperar mucho, pues enseguida él dijo:

—¿Y qué ha sido de la joven dama que se marchó? Supongo que ellos lo sabrán.

Clemency negó con la cabeza.

—He oído —contestó— que se cree que el doctor Jeddler sabe más de lo que dice. La señorita Grace ha recibido cartas de su hermana en las que le dice que está bien y que es feliz, y que aún lo es más por el hecho de que se hubiese casado con el señor Alfred, y también ella le ha escrito. Pero su vida y su suerte siguen siendo un completo misterio del que nada se ha desvelado a día de hoy, y que...

En este punto titubeó y se interrumpió.

—Y que... —repitió el desconocido.

—... que solo una persona, tengo entendido, podría explicar —dijo Clemency, casi sin aliento.

—¿De quién se trata? —preguntó el desconocido.

—¡Del señor Michael Warden! —contestó Clemency, casi chillando y comunicando así a su esposo lo que había tratado de hacerle entender antes, y haciendo saber a Michael Warden que lo había reconocido—. ¿Me recuerda, señor? —dijo Clemency, temblando por la emoción—. ¡Acabo de ver que sí! Me recuerda, aquella noche en el jardín. ¡Yo estaba con ella!

—Sí. Estaba allí —repuso él.

—Sí, señor —dijo Clemency—. Por supuesto que sí. Verá, este es mi esposo. Ben, mi querido Ben, ¡corre a avisar a la señorita Grace...! ¡Corre a avisar al señor Alfred...! ¡Corre a algún sitio, Ben! ¡Trae a alguien ahora mismo!

—¡Quédese! —dijo Michael Warden, interponiéndose con serenidad entre la puerta y Britain—. ¿Qué pretenden hacer?

—Hacerles saber que está usted aquí —contestó Clemency, dando palmas de pura agitación—, hacerles saber que podrían tener noticias de ella por boca de usted; hacerles saber que no la han perdido del todo, sino que volverá para bendecir a su padre y a su afectuosa hermana..., incluso a su antigua sirvienta, a mí —se golpeó el pecho con ambas manos—, con la imagen de su dulce cara. ¡Corre, Ben, corre! —Y siguió empujándolo hacia la puerta, y el señor Warden siguió plantado frente a ella, con la mano extendida al frente, no con ira, sino con pesar—. O quizá... —agregó Clemency, dejando atrás a su esposo y aferrándose a la capa del señor Warden, presa de la emoción— quizá ya esté aquí, quizá esté cerca. Su actitud me hace creerlo. Permítame

verla, señor, se lo ruego. Yo cuidé de ella cuando era niña. La vi crecer y convertirse en el orgullo del lugar. La conocí cuando era la prometida del señor Alfred. Intenté advertirla cuando usted la tentó para que se fuera. Sé cómo era su hogar cuando ella era su alma, y cómo cambió dicho hogar cuando la perdió. ¡Permítame hablar con ella, se lo ruego!

Él la miró con una compasión no exenta de asombro, pero no hizo ningún gesto de asentimiento.

—No creo que tenga modo de saber —prosiguió Clemency— que ellos la perdonan de todo corazón, cuánto la aman, cómo se alegrarían de volver a verla. Puede que ella se sienta temerosa de ir a su casa. Tal vez verme la alentaría. Tan solo dígame, sinceramente, señor Warden, ¿está con usted?

—No —contestó él, sacudiendo la cabeza.

Su respuesta, así como su talante, su negro atuendo, su discreto regreso y su anunciada intención de seguir viviendo en el extranjero lo explicaban todo. Marion estaba muerta.

Él no la contradijo; isí, estaba muerta! Clemency se sentó, hundió la cara en la mesita y lloró.

En ese instante, un anciano caballero de pelo cano entró corriendo y resollando hasta el punto de que su voz apenas era reconocible como la del señor Snitchey.

—¡Cielo santo, señor Warden! —dijo el abogado, llevándolo a un lado—, ¿qué es lo que le ha arrastrado... —él mismo parecía también haber llegado arrastrándose y fue incapaz de proseguir hasta hacer una pausa, tras lo cual añadió con voz débil— hasta aquí?

—Un viento adverso, me temo —contestó—. Si hubiese oído lo que acaba de decirse aquí..., cómo se me ha rogado y suplicado llevar a cabo algo imposible..., ¡qué confusión y aflicción cargo sobre mis espaldas!

—Me hago una idea. Pero ¿por qué ha venido a esta casa, mi buen señor? —repuso Snitchey.

—¡A esta casa! ¿Cómo iba a saber quién la regentaba? Después de enviarle a mi sirviente, vine paseando hasta aquí porque este lugar es nuevo para mí, y siento una curiosidad natural por todo lo nuevo y lo viejo de estos antiguos escenarios, y porque se encuentra fuera de la ciudad. Quería ponerme en contacto con usted antes de personarme

allí. Quería saber lo que iba a decirme la gente. Deduzco de su semblante que usted podría habérmelo dicho. De no haber sido por su condenada cautela, hace ya mucho tiempo que habría estado al corriente de todo.

—¡Nuestra cautela! —replicó el abogado—. Hablo por mí y por... Craggs..., el difunto Craggs —en este punto el señor Snitchey, dirigiendo una mirada a la cinta de su sombrero, sacudió la cabeza—, ¿cómo es usted capaz de responsabilizarnos, señor Warden? Existía entre nosotros el acuerdo tácito de no volver a hacer referencia a este asunto, y de que no era un asunto en el que hombres serios y formales como nosotros (tomé nota de sus observaciones en el momento) pudiesen interferir. ¡Nuestra cautela! Cuando el señor Craggs, señor, bajó a su respetada tumba con la plena creencia de...

—Hice la solemne promesa de guardar silencio hasta que regresara, fuese cuando fuese —lo interrumpió el señor Warden—, y la he cumplido.

—Bien, señor, se lo repito —replicó el señor Snitchey—: nosotros también estábamos obligados a guardar silencio. Estábamos obligados a guardar silencio en nuestro deber para con nosotros mismos y en nuestro deber para con determinados clientes, usted entre ellos, que eran absolutamente confidenciales. No era de nuestra incumbencia interrogarle acerca de un asunto tan delicado. Yo albergaba mis sospechas, señor, pero apenas hace seis meses que supe la verdad y que tuve la certeza de que usted la había perdido.

—¿De boca de quién? —preguntó su cliente.

—Del propio doctor Jeddler, señor, quien finalmente depositó en mí voluntariamente esa confidencia. Él, y solo él, ha sabido toda la verdad durante años y años.

—¿Y usted la sabe? —dijo su cliente.

—¡En efecto, señor! —contestó Snitchey—, y también tengo motivos para saber que mañana por la noche la verdad le será desvelada a su hermana. Así se lo han prometido. Mientras tanto, tal vez quiera hacerme el honor de acompañarme a mi casa, dado que no se le espera en la suya. Pero, para no correr el riesgo de topar con inconvenientes como los que ha hallado aquí, en caso de ser reconocido (si bien ha cambiado considerablemente; creo que yo mismo habría pasado por su lado sin reconocerle, señor Warden), será mejor que cenemos aquí y caminemos de noche. Es un excelente lugar donde cenar, señor Warden; y de su propiedad, por cierto. Craggs..., el difunto

Craggs y yo veníamos a tomar una chuleta de cuando en cuando, nos la preparaban de maravilla. Al señor Craggs, señor —dijo Snitchey, cerrando los ojos con fuerza un instante y abriéndolos de nuevo—, se le borró del registro de la vida demasiado pronto.

—Que Dios me perdone por no expresarle mis condolencias —repuso Michael Warden, pasándose la mano por la frente—, pero en estos momentos soy como un hombre dentro de un sueño. Tengo la impresión de no estar en mis cabales. El señor Craggs...; sí..., lamento mucho que hayamos perdido al señor Craggs.

Pero miró a Clemency mientras decía esto y dio la impresión de compadecerse de Ben, que la consolaba.

—Al señor Craggs, señor —comentó Snitchey—, la vida no le resultó, lamento decirlo, tan fácil de sobrellevar y conservar como defendía su teoría, o de lo contrario ahora se encontraría entre nosotros. Ha supuesto una gran pérdida para mí. Era mi brazo derecho, mi pierna izquierda, mi oreja derecha, mi ojo derecho; eso era el señor Craggs. Me siento paralítico sin él. Legó su participación del negocio a la señora Craggs, a sus albaceas, a sus administradores y a sus cesionarios. Su nombre sigue figurando en el bufete. A veces, de un modo infantil, intento fingir que está vivo. Habrá observado que hablo por mí y por Craggs..., el difunto Craggs, señor..., difunto —dijo el conmovido abogado agitando un pañuelo de bolsillo.

Michael Warden, que no había dejado de observar a Clemency, se volvió hacia el señor Snitchey cuando éste dejó de hablar y le susurró al oído.

—¡Ah, pobre criatura! —dijo Snitchey, sacudiendo la cabeza—. Sí, siempre fue fiel a Marion. Siempre la adoró. ¡La hermosa Marion! ¡Pobre Marion! Anímese, señora... Usted ya está casada ahora, Clemency.

Clemency se limitó a suspirar y sacudió también la cabeza.

—¡Bien, bien! Espere hasta mañana —dijo el abogado, con ternura.

—El mañana no podrá devolver los muertos a la vida, señor —dijo Clemency entre sollozos.

—No, no podrá, yo devolvería al señor Craggs..., al difunto señor Craggs! —contestó el abogado—. Pero quizá traiga consigo circunstancias reconfortantes, podría traer algún consuelo. ¡Espere

hasta mañana!

Y así Clemency, estrechando la mano que él le ofreció, dijo que lo haría; y Britain, que se había mostrado terriblemente descorazonado ante la imagen de su abatida esposa —que era como la de un negocio en horas bajas—, dijo que eso estaba bien; y el señor Snitchey y Michael Warden subieron la escalera y pronto se vieron enfrascados en una conversación conducida con tal cautela que ni el menor murmullo resultó audible sobre el estrépito de fuentes y platos, el siseo de la sartén, el borboteo de las cacerolas, el grave y monótono vals del espetón —con un aterrador chasquido cada poco, como si se hubiese golpeado la cabeza en un accidente mortal por un acceso de vértigo—, y el resto de los preparativos para la cena que tenían lugar en la cocina.

El mañana llegó en la forma de un día radiante y sosegado, y en ningún lugar se veían más hermosos los matices del otoño que desde el tranquilo huerto de la casa del doctor. Las nieves de muchos inviernos se habían derretido sobre aquella tierra, las hojas marchitas de muchos veranos habían crujido allí, desde que ella se había fugado. El porche de madreselva volvía a estar verde, los árboles proyectaban abundantes y cambiantes sombras sobre la hierba, el paisaje lucía tranquilo y sereno como siempre, pero ¿dónde estaba ella?

Allí no. Allí no. Habría sido ya una presencia extraña en su antiguo hogar, más incluso de lo que lo había sido aquel hogar al principio sin ella. Pero había una dama sentada en aquel lugar familiar de cuyo corazón ella nunca había desaparecido, en cuya fiel memoria ella vivía, inmutable, joven, radiante de todas las promesas y esperanzas, en cuyo afecto —el afecto de una madre, pues su hija, una preciosa niña, jugaba a su lado— no conocía rival ni sucesor, y en cuyos suaves labios su nombre temblaba.

El espíritu de la muchacha perdida asomaba por aquellos ojos. Los ojos de Grace, su hermana, sentada con su esposo en el huerto el día de su aniversario de boda, y también el del cumpleaños de él y de Marion.

Él no había devenido un hombre importante, no se había hecho rico, no había olvidado los paisajes y los amigos de su juventud, no había cumplido con ninguno de los antiguos vaticinios del doctor. Pero de sus provechosas, pacientes y discretas visitas a hogares de hombres pobres, de su cuidado de enfermos postrados; de su descubrimiento diario de la amabilidad y la bondad que florecen en los senderos paralelos a las carreteras del mundo, que el pesado pie de la pobreza no es capaz de hollar, sino que, por el contrario, surgen gráciles en el camino y embellecen el trayecto; de todo ello él había aprendido y corroborado, año tras año, la verdad de su antigua fe. Su forma de vida,

si bien tranquila y apartada, le había mostrado, como en el pasado, cuán a menudo los hombres llevan sin saberlo un ángel en su interior y cómo las siluetas más improbables —incluso algunas viles y repulsivas a la vista, y mal vestidas— se tornaban radiantes con la expresión de la aflicción, la necesidad y el dolor, y se transformaban en espíritus bondadosos con una espléndida aureola envolviendo su cabeza.

Su vida en aquel cambiado campo de batalla tenía un propósito más elevado, tal vez, que si se hubiese consagrado a batallar en lizas más ambiciosas, y era feliz con su esposa, su querida Grace.

¿Y Marion? ¿La había olvidado?

—El tiempo —dijo— ha volado desde entonces, querida Grace —habían estado hablando de aquella noche—, y pese a ello parece que hace mucho tiempo de eso. En nuestro fuero interno, medimos el tiempo por los cambios y los acontecimientos, no por los años.

—Y, sin embargo, también tenemos años que contar desde que Marion estaba con nosotros —repuso Grace—. Seis veces, querido esposo, contando esta noche como una de ellas, nos hemos sentado aquí el día de su cumpleaños y hemos hablado de su feliz regreso, tan ansiosamente esperado y tan largamente aplazado. ¡Ah, cuándo acontecerá! ¡Cuándo acontecerá!

Su esposo la observaba con suma atención mientras las lágrimas se agolpaban en aquellos ojos, y, acercándose más a ella, dijo:

—Pero Marion te avisaba en aquella carta de despedida que te dejó sobre la mesa, amor mío, y que tantas veces has leído, de que pasarían años antes de que eso pudiese ocurrir, ¿no es así?

Grace se sacó la carta del pecho, la besó y dijo:

—Sí.

—Que durante esos años que mediarían, por feliz que fuese, anhelaría el momento en que volveríais a encontraros y todo se esclarecería, y que rezaba por que tú, con confianza y esperanza, hicieses lo mismo. Eso dice la carta, ¿verdad, querida mía?

—Sí, Alfred.

—Y todas las cartas que te ha escrito desde entonces.

—Excepto la última, hace unos meses, en la que hablaba de ti, y

de lo que tú sabías ya, y de lo que yo iba a saber esta noche.

Él miró el sol, que descendía rápidamente, y comentó que la hora acordada era el atardecer.

—¡Alfred! —exclamó Grace muy seria, poniéndole una mano en el hombro—, hay algo en esta carta, esta carta antigua, la que dices que leo tantas veces, que nunca te he contado. Pero esta noche, querido esposo, con ese atardecer aproximándose y con la sensación de que toda nuestra vida se sosiega y se acalla con el día que se va, no puedo seguir manteniéndolo en secreto.

—¿De qué se trata, amor?

—Cuando Marion se fue, me escribió que en una ocasión me habías encomendado su sagrada tutela, y que en ese momento ella dejaba en mis manos la tuya, Alfred, rogándome y suplicándome que, como yo la quería y te quería a ti, no rechazase el cariño que ella creía (sabía, dijo) me profesarías como se lo habías profesado a ella cuando la herida recién abierta cicatrizase, sino que lo fomentase y lo correspondiese.

—Y que hicieses de mí un hombre orgulloso y feliz de nuevo, Grace. ¿Dijo eso?

—Quería que me sintiese bendecida y honrada por tu amor —fue la respuesta de su esposa cuando él la estrechó entre sus brazos.

—¡Escúchame, querida mía! —dijo él—. ¡No, escúchame bien! —Y, mientras hablaba, él posó dulcemente la cabeza que ella había erguido de nuevo sobre su hombro—. Sé por qué nunca había sabido de ese pasaje de la carta, hasta ahora. Sé por qué nunca asomó el menor atisbo de él en ninguna de tus palabras o tus miradas en aquel entonces. Sé por qué, Grace, pese a ser una amiga tan leal para conmigo, resultó tan difícil convertirte en mi esposa. ¡Y sabiendo esto, amada mía, sé el inconmensurable valor que tiene el corazón que estrecho entre mis brazos y doy gracias a Dios por tan precioso tesoro!

Ella lloraba, pero no de pena, mientras él la apretaba contra su propio corazón. Un instante después, él miró a la niña que estaba sentada a sus pies y jugaba con una pequeña cesta de flores y pidió a su esposa que observase cuán dorado y cuán rojo estaba el sol.

—Alfred —dijo Grace, alzando la cabeza rápidamente al oír aquellas palabras—, el sol se está ocultando. No habrás olvidado lo que debo saber antes de que se ponga...

—Vas a saber la verdad de la historia de Marion, amor mío — contestó él.

—Toda la verdad —dijo ella, implorante—. Que nunca más se me oculte nada. Esa fue la promesa, ¿no es así?

—Esa fue —respondió él.

—Antes de que el sol se ponga el día del cumpleaños de Marion. Y ¿lo ves, Alfred? Desciende muy deprisa.

Él rodeó su cintura con un brazo y, mirándola fijamente a los ojos, replicó:

—Esa verdad no se ha guardado tanto tiempo para que yo te la desvele, querida Grace. Provenirá de otros labios.

—¡De otros labios! —repitió ella débilmente.

—Sí. Sé de tu leal corazón, sé lo valiente que eres, sé que te basta con una palabra para sentirte preparada. Has dicho, certeramente, que ha llegado el momento. Así es. Dime que dispones de la fortaleza para soportar una prueba..., una sorpresa..., una conmoción, pues el mensajero aguarda en la puerta.

—¿Qué mensajero? —preguntó ella—. ¿Y qué información trae?

—Me he comprometido —le contestó él, sin dejar de mirarla fijamente— a no decir más. ¿Crees que me has entendido?

—Me da miedo pensar —dijo ella.

Pese a su intensa mirada, había en el rostro de él una emoción que la asustaba. Ocultó una vez más la cara en su hombro, temblando, y le suplicó que esperase... un momento.

—¡Valor, esposa mía! Cuando sientas la entereza de recibir al mensajero, recuerda que espera en la puerta. El sol se está poniendo el día del cumpleaños de Marion. ¡Valor, valor, Grace!

Ella alzó la cabeza y, mirándolo, le dijo que estaba preparada. Mientras se ponía en pie y lo veía alejarse, su rostro se asemejaba tanto al de Marion en sus últimos días en aquel hogar que resultaba maravilloso de contemplar. Él se llevó a la niña consigo. Ella la llamó — tenía el mismo nombre que la muchacha perdida— y la estrechó contra su seno. Cuando la soltó, la pequeña criatura corrió tras él, y Grace se

quedó sola.

No sabía lo que temía ni lo que esperaba, y se quedó allí, inmóvil, mirando el porche por el que habían desaparecido.

¡Ah! ¿Qué era aquello que emergía de su sombra y se apostaba en su umbral? ¿Aquella figura, con su atuendo blanco susurrando al aire vespertino, la cabeza reclinada sobre el pecho de su padre y apretada contra su afectuoso corazón? ¡Oh, Dios! ¿Era una visión aquello que se arrancaba de los brazos del anciano y, profiriendo un grito y agitando las manos, se precipitaba hacia ella en su amor infinito y se hundía en su abrazo?

—¡Oh, Marion, Marion! ¡Oh, mi hermana! ¡Oh, amor de mi corazón! ¡Oh, qué dicha y felicidad indecibles volver a verte!

¡No era un sueño, ni un fantasma invocado por la esperanza y el miedo, sino Marion, la dulce Marion! Tan hermosa, tan feliz, tan intacta por la preocupación y el sufrimiento, tan elevada y ensalzada en su belleza que mientras el sol poniente refulgió en su rostro erguido bien podría haber sido un espíritu venido a la tierra para llevar a cabo una misión redentora.

Aferrándose a su hermana, que se había desplomado en un asiento y se inclinaba sobre ella, y sonreía a través de las lágrimas, y se arrodillaba frente a ella rodeándola con los brazos, y sin apartar la mirada de su rostro un solo instante y con el esplendor del ocaso sobre su frente, y con la apacible tranquilidad del atardecer congregándose a su alrededor, Marion finalmente rompió el silencio; su voz, calma, tenue, clara y agradable, en sintonía con el momento.

—Cuando éste era mi querido hogar, Grace, como lo será de nuevo ahora...

—¡Detente, mi dulce niña! ¡Un momento! Oh, Marion, volver a oírte...

En un principio no soportaba aquella voz que tanto amaba.

—Cuando éste era mi querido hogar, Grace, como lo será de nuevo ahora, yo lo amaba a él con toda mi alma. Lo amaba casi con devoción. Habría muerto por él, aunque era muy joven. Nunca desdeñé su cariño en lo más secreto de mi pecho, ni por un instante. Aunque hace mucho de eso, y ya pertenece al pasado, y todo ha cambiado por completo, se me hacía insoportable pensar que tú, tan capaz de amar, creyeras que no llegué a amarlo de verdad. Nunca lo amé tanto, Grace,

como cuando me fui de este lugar tal día como hoy. Nunca lo amé tanto, querida mía, como lo amaba la noche en que me fui de aquí.

Su hermana, inclinada sobre ella, no podía sino mirarla y estrecharla con fuerza.

—Pero, sin darse cuenta, él había conquistado —dijo Marion, con una sonrisa dulce— otro corazón antes de que yo supiera que tenía uno por ofrecerle. Ese corazón (el tuyo, hermana mía) estaba tan entregado a mí, con toda su ternura, la otra clase de ternura, era tan abnegado y tan noble que se despojó del amor y ocultó su secreto a todos los ojos salvo a los míos (¡ah, qué otros ojos podrían aguzarse ante semejante ternura y semejante gratitud!), y lo sacrificó de buen grado por mí. Pero yo sabía de sus honduras. Sabía la lucha que había librado. Sabía el elevado, el inestimable valor que tenía para él, y cuánto lo apreciaba él, al margen de cuánto me amase a mí. Sabía la deuda que yo tenía para con ese corazón. Tenía su magno ejemplo ante mí a diario. Sabía que, si me lo proponía, podría hacer por ti, Grace, lo que tú habías hecho por mí. Nunca descansé la cabeza en mi almohada, sino que rogué con lágrimas en los ojos por saber compensarte. Nunca descansé la cabeza en mi almohada, sino que pensé en las palabras mismas de Alfred el día de su partida, y la franqueza con que había dicho (pues lo sabía por ti) que había victorias que se ganaban día a día en los corazones que luchan frente a las que estos campos de batalla quedaban en nada. Pensando más y más en el enorme sacrificio alegremente soportado, en ningún momento conocido ni reivindicado, que debía llevarse a cabo todos los días y todas las horas, en esa gran contienda a la que él se refería, mi penitencia parecía tornarse liviana y llevadera. Y Él, que conoce nuestros corazones en este momento, cariño, y que sabe que no hay un ápice de acritud ni dolor (de nada salvo de pura felicidad) en el mío, me capacitó para tomar la decisión de que nunca llegaría a ser la esposa de Alfred. De que él fuera mi hermano y tu esposo, si el rumbo que yo enfilaba podía acarrear tan feliz final, pero que nunca (¡Grace, yo entonces lo amaba de veras, de veras!) llegaría a ser su esposa.

—¡Oh, Marion! ¡Oh, Marion!

—Había tratado de parecer indiferente a él —y apretó la cara de su hermana contra la suya—, pero resultaba difícil, y tú siempre actuabas como su leal defensora. Había tratado de revelarte mi decisión, pero tú nunca me habrías escuchado, nunca me habrías comprendido. Se acercaba el día de su regreso. Sentí que debía actuar antes de que se reanudase nuestra relación cotidiana. Supe que un punzante dolor en aquel momento nos ahorraría una prolongada agonía a todos. Supe que si me marchaba entonces, a ello proseguiría el final que ha proseguido, ¡y que nos ha hecho tan felices a las dos, Grace!

Escribí a la buena tía Martha para que me amparase en su casa; no le conté todo, solo parte de mi historia, y ella accedió libremente. Mientras pugnaba conmigo misma para dar aquel paso, y con mi amor por ti y por mi hogar, el señor Warden, a quien habían traído tras sufrir un accidente, se convirtió durante algún tiempo en nuestro acompañante.

—¡En estos últimos años, en ocasiones he temido que fuese eso lo que había ocurrido! —exclamó su hermana, y su semblante lucía una palidez cenicienta—. ¡Nunca lo amaste... y te casaste con él sacrificándote por mí!

—En aquel entonces —dijo Marion, acercando hacia sí un poco más a su hermana—, él estaba en vísperas de marcharse en secreto por mucho tiempo. Me escribió después de irse; me confesó cuáles eran en verdad su situación y sus perspectivas, y me ofreció su mano. Me dijo que se había apercibido de que el inminente regreso de Alfred no me hacía feliz. Seguramente creía que mi corazón no participaba de aquel compromiso; tal vez creyera que lo había amado en el pasado pero ya no entonces; tal vez creyera que cuando intentaba parecer indiferente, en realidad trataba de ocultar mi indiferencia..., lo ignoro. Pero deseaba que me considerases totalmente perdida para Alfred..., inaccesible para él..., muerta. ¿Me entiendes, mi amor?

Su hermana la miró a la cara con atención. Parecía dudar.

—Fui a ver al señor Warden y confié en su honor; le confié mi secreto la víspera de su partida y de la mía. Lo guardó. ¿Me entiendes, cariño?

Grace siguió mirándola confusa. Apenas parecía escucharla.

—¡Mi amor, mi hermana! —dijo Marion—, aparta tus pensamientos un momento, escúchame. No me mires de ese modo tan extraño. Hay países, querida mía, donde aquellos que renuncian a una pasión equivocada o luchan contra algúnpreciado sentimiento de su corazón y lo conquistan se retiran a una desesperanzada soledad, se aíslan del mundo, de los amores terrenales y de las esperanzas de por vida. Cuando quienes lo hacen son mujeres, adoptan ese nombre tan querido por ti y por mí y se llaman entre sí «hermanas». Pero puede haber hermanas, Grace, que, en el vasto mundo exterior y bajo su extenso cielo, y en sus lugares concurridos, y entre su ajetreada vida, e intentando colaborar, tornarlo más alegre y hacer el bien..., aprenden la misma lección; y, con el corazón aún lozano y joven, y abierto a toda felicidad y a todos los medios para alcanzarla, pueden afirmar que la batalla concluyó hace mucho tiempo, que la victoria se conquistó hace

mucho tiempo. ¡Y yo soy una de ellas! ¿Me entiendes ahora?

Grace siguió mirándola fijamente y no contestó.

—¡Oh, Grace, querida Grace! —prosiguió Marion, aferrándose aún con mayor ternura y cariño a aquel pecho del que tanto tiempo había estado alejada—, si no fueses una esposa y una madre feliz (si no tuviese yo aquí una tocaya), si Alfred, mi amable hermano, no fuese tu amante esposo..., ¿de qué se derivaría el arrobamiento que siento esta noche? Pero, tal como me fui de aquí, regreso. Mi corazón no ha conocido otro amor, mi mano nunca se lo ha entregado a otro; sigo siendo tu hermana doncella, soltera y sin compromiso, ¡tu afectuosa Marion de antaño, en cuyo amor tú y solo tú existes, Grace!

Grace la entendió entonces. Su rostro se relajó, los sollozos acudieron para aliviarla y, hundiéndose en su cuello, lloró y lloró, y la acarició como si volviese a ser una niña.

Cuando se recobraron un poco, vieron que el doctor y su hermana, la buena tía Martha, se encontraban de pie a su lado, junto con Alfred.

—Este es un día aciago para mí —dijo la buena tía Martha, sonriendo a través de las lágrimas mientras abrazaba a sus sobrinas—, pues he perdido a mi querida compañera para hacerlos felices a todos, ¿y qué podéis darme a cambio de mi Marion?

—Un hermano converso —dijo el doctor.

—Ya es algo, sin duda —replicó tía Martha—, en una farsa como...

—No, te lo ruego —dijo el médico, con arrepentimiento.

—Bien, no lo haré —contestó tía Martha—, pero me considero maltratada. No sé qué va a ser de mí sin mi Marion, después de haber vivido juntas media docena de años.

—Supongo que tendrás que venir a vivir aquí —repuso el doctor—. Ahora ya no discutiremos, Martha.

—O casarte, tía —dijo Alfred.

—De hecho —contestó la anciana dama—, creo que podría plantearme conquistar a Michael Warden, quien, según he oído, ha regresado mucho mejor tras su ausencia, en todos los sentidos. Pero, como lo conocí cuando era un muchacho, y yo ya no era una mujer muy joven entonces, es posible que no me correspondiera. De modo que

tomaré la decisión de ir a vivir con Marion cuando se case y hasta entonces (me atrevo a decir que no será mucho tiempo) viviré sola. ¿Qué opinas, hermano?

—Tengo muchas ganas de decir que este mundo es una completa ridiculez y que no hay nada serio en él —observó el pobre y viejo doctor.

—Podrías hacer veinte declaraciones juradas, si así lo quisieras, Anthony —dijo su hermana—, pero nadie te creería con esos ojos.

—Es un mundo lleno de corazones —dijo el médico abrazando a su hija menor e inclinándose sobre ella para abarcar también a Grace, pues era incapaz de separar a las hermanas—; y un mundo serio, con toda su locura..., incluida la mía, que habría bastado para inundar el planeta entero; y un mundo en el que nunca sale el sol, pero que tiene en cuenta el millar de batallas sin sangre que de algún modo se desencadenan contra el sufrimiento y la crueldad de los campos de batalla; y un mundo que debemos cuidarnos de difamar, Dios nos perdone, pues es un mundo de sagrados misterios, iy solo su Creador sabe lo que se esconde bajo la superficie de Su liviana imagen!

De ningún modo les complacería más mi tosca pluma que diseccionando y exponiendo ante ustedes la exultante dicha de aquella familia, tanto tiempo cercenada y ya de nuevo reunida. Por consiguiente, no seguiré al pobre doctor por medio de su humillado recuerdo del pesar que había sentido al perder a Marion; ni tampoco les relataré lo serio que había descubierto que era el mundo, en el que el amor profundamente arraigado es el sino de todas sus criaturas humanas; ni cómo una nimiedad como la ausencia de una sola pieza en el conjunto del enorme absurdo lo había derribado. Ni cómo, compadeciéndose de su aflicción, su hermana le había ido revelando poco a poco y hacía mucho tiempo la verdad, llevándolo a conocer el corazón de su hija desterrada por voluntad propia y que se encontraba a su lado.

Ni cómo a Alfred Heathfield se le había comunicado también la verdad aquel año en curso, y Marion lo había visto y le había prometido, como hermano, que el día de su cumpleaños, al atardecer, Grace finalmente también la conocería de su propia boca.

—Disculpe, doctor —dijo el señor Snitchey, asomando al huerto—, pero ¿puedo tomarme la libertad de entrar?

Sin esperar a recibir permiso, se encaminó directo hacia Marion y le besó la mano con notable júbilo.

—Si el señor Craggs estuviese vivo, mi querida señorita Marion —dijo el señor Snitchey—, sentiría un enorme interés por este acontecimiento. Tal vez le habría sugerido, señor Alfred, que nuestra vida no es precisamente fácil; que, considerada en su globalidad, agradecería cualquier pequeño alivio que pudiésemos proporcionarle; pero el señor Craggs era un hombre capaz de tolerar que se le persuadiera, señor. Siempre estaba abierto a la convicción. Si ahora pudiese estar abierto a la convicción, yo... Esto es debilidad. Señora Snitchey, querida mía... —a su llamado, aquella dama apareció desde detrás de la puerta—, está usted entre viejos amigos.

Después de transmitir sus felicitaciones, la señora Snitchey se llevó aparte a su esposo.

—Un momento, señor Snitchey —dijo aquella dama—. No es propio de mí remover las cenizas de los difuntos.

—No, querida mía —contestó su marido.

—El señor Craggs está...

—Sí, querida mía, está muerto —dijo el señor Snitchey.

—Pero lo que le pregunto es si recuerda —prosiguió su esposa— aquella velada del baile. Solo le pregunto eso. Si la recuerda, si su memoria no le ha fallado por completo, señor Snitchey, y si no está absolutamente senil, le pido que conecte este momento con aquel..., que recuerde cómo le supliqué y le rogué, de rodillas...

—¿De rodillas, querida mía? —preguntó el señor Snitchey.

—Sí —contestó la señora Snitchey, con aplomo—, y usted lo sabe..., que se cuidase de ese hombre..., que observase su mirada... y ahora que me diga si tenía yo razón y si en aquel momento conocía él secretos que optó por no desvelar.

—Señora Snitchey —le dijo su esposo al oído—, señora mía, ¿ha observado alguna vez algo en mi mirada?

—No —respondió rauda la señora Snitchey—. No sea engreído.

—Porque, señora —prosiguió él, tirándole de la manga—, se da la circunstancia de que aquella noche ambos conocíamos secretos que optamos por no desvelar, y ambos conocíamos exactamente lo mismo, en un plano profesional. De modo que cuanto menos opine de tales asuntos tanto mejor, señora Snitchey, y tómese esto como una

advertencia para que su mirada sea más prudente y caritativa en futuras ocasiones. Señorita Marion, he traído conmigo a una amiga suya. ¡Acérquese, señora!

La pobre Clemency, cubriéndose los ojos con el delantal, se acercó lentamente acompañada por su esposo, este último acongojado por el presentimiento de que, si ella se abandonaba al dolor, eso sería el fin de El Rallador de Nuez Moscada.

—Y bien, señora —dijo el abogado, deteniendo a Marion cuando corría hacia ella e interponiéndose entre ambas—, ¿se puede saber qué le ocurre?

—¡Que qué me ocurre! —gritó la pobre Clemency.

Cuando al alzar la mirada, asombrada, para protestar indignada y con la emoción añadida del tremendo rugido que había proferido el señor Britain, vio ante sí aquella dulce cara que tan bien recordaba, la escrutó, sollozó, rió, lloró, chilló y la abrazó, la estrechó con fuerza, la soltó, se lanzó sobre el señor Snitchey y lo abrazó —para gran indignación de la señora Snitchey—, se lanzó sobre el doctor y lo abrazó, se lanzó sobre el señor Britain y lo abrazó, y acabó abrazándose a sí misma, echándose el delantal sobre la cabeza y cediendo a un incontenible e histérico arrebató de risa.

Un desconocido había entrado en el huerto detrás del señor Snitchey y se había mantenido aparte, cerca de la cancela, sin que nadie del grupo reparase en él, pues poca era la atención que les quedaba por ofrecer, y ésta había quedado monopolizada por las muestras de exultación de Clemency. Parecía no desear que lo vieran, pues se quedó solo, con la mirada gacha, y desprendía un aire de desánimo —si bien era un caballero de gallarda apariencia— que la felicidad general hacía aún más notable.

Sin embargo, ningunos ojos salvo los de tía Martha, unos ojos raudos, notaron su presencia; y, casi en el mismo instante en que lo divisó, la mujer entabló conversación con él. En aquel momento, tras dirigirse a donde Marion se encontraba con Grace y con su pequeña tocaya, susurró algo al oído de Marion, algo que sobresaltó a la joven y pareció sorprenderla; pero, recuperándose enseguida del desconcierto, se acercó tímidamente al desconocido en compañía de tía Martha y también ella entabló conversación con él.

—Señor Britain —dijo el abogado al tiempo que se llevaba una mano al bolsillo y extraía un documento de aspecto legal mientras todo esto acontecía—, le felicito. Ahora es usted el único y absoluto

propietario de la vivienda de pleno dominio que actualmente habita y regenta usted como mesón autorizado o posada, y popularmente llamada o conocida como El Rallador de Nuez Moscada. Su esposa perdió una casa por culpa de mi cliente, el señor Michael Warden, y ahora obtiene otra. Una de estas agradables mañanas, tendré el placer de proponerle para el condado.

—¿Influiría de algún modo en la votación que se modificase el rótulo, señor? —preguntó Britain.

—En absoluto —contestó el abogado.

—En tal caso —dijo el señor Britain, devolviéndole la escritura—, añada las palabras «y el Dedal», si es tan amable, y haré pintar las inscripciones de ambos en el salón, donde ahora está el retrato de mi esposa.

—Y permítanme... —dijo una voz a su espalda; era la voz del desconocido: la voz de Michael Warden— permítanme reclamar beneficios de esas inscripciones: señor Heathfield y doctor Jeddler, podría haberles perjudicado enormemente a ambos. Que no lo hiciera no es mérito mío. No diré que soy seis años más prudente de lo que era, o mejor persona. Pero, en cualquier caso, he conocido el significado del término «remordimiento». No puedo argüir razón alguna por la que deban tratarme con amabilidad. Abusé de la hospitalidad de esta casa y descubrí mis deméritos, con una vergüenza que nunca he olvidado, aunque con algún provecho también, me atrevo a confiar, gracias a una persona —dirigió una mirada a Marion— a quien supliqué humildemente perdón cuando supe de su valía y de mi profunda indignidad. En unos días abandonaré este lugar para siempre. Le imploro su perdón. ¡Hagan lo que quisieran que les hicieran a ustedes! ¡Olviden y perdonen!

El Tiempo —que me ha procurado la última parte de este relato y al que tengo el placer de conocer desde hace unos treinta y cinco años — me informó, apoyado cómodamente en su guadaña, de que Michael Warden nunca volvió a marcharse y que nunca vendió su casa, sino que la abrió de nuevo, la mantuvo como un dorado ejemplo de hospitalidad, y que tuvo una esposa, el orgullo y el honor de aquella campiña, cuyo nombre era Marion. Pero, dado que ya he observado que de cuando en cuando el Tiempo confunde los hechos, apenas sé qué peso otorgar a su autoridad.

EL HECHIZADO

Y el trato con el fantasma

EL DON OTORGADO

Todo el mundo lo decía.

Nada más lejos de mi intención que afirmar que lo que todo el mundo dice sea verdad. Con frecuencia, todo el mundo tiene tantas probabilidades de estar en lo cierto como de equivocarse. A tenor de la experiencia, todo el mundo se ha equivocado tantas veces, y, en la mayoría de los casos, se ha tardado un tiempo tan largo y cansino en averiguar en qué medida, que su autoridad ha demostrado ser falible. Todo el mundo puede estar en lo cierto a veces, «pero esa no es la regla general», como el fantasma de Giles Scroggins asegura en la balada.

Esa espantosa palabra, «fantasma», me recuerda que debo proseguir.

Todo el mundo decía que parecía un hombre hechizado. En este caso, afirmaré que hasta ahí todo el mundo estaba en lo cierto. Lo parecía.

¿Quién podría haber visto sus mejillas huecas; sus brillantes ojos hundidos; su figura ataviada de negro, indefiniblemente siniestra, aunque fornida y proporcionada; su cabello entrecano y largo, como algas enmarañadas, sobre la cara..., como si a lo largo de toda su vida hubiese sido un blanco para los golpes y los envites de las honduras de la humanidad, sin decir que parecía un hombre hechizado?

¿Quién podría haber observado su talante, taciturno, reflexivo, lúgubre, ensombrecido por su habitual reserva, siempre retraído y nunca jocundo, con el aire consternado de volver a un lugar y a un tiempo pretéritos, o de escuchar ciertos ecos del pasado, sin decir que aquel era el talante de un hombre hechizado?

¿Quién podría haber oído su voz, pausada, profunda y grave, con una plenitud y una melodía naturales a las que él parecía profesar aversión y que parecía refrenar, sin decir que era la voz de un hombre hechizado?

¿Quién que le hubiese visto en su aposento privado, mitad librería

y mitad laboratorio —pues era, como se sabía a lo largo y ancho del mundo, un hombre versado en química y un profesor de cuyos labios y cuyas manos una multitud de oídos y ojos ávidos estaban pendientes a diario—, quién que le hubiese visto allí en una noche de invierno, solo, rodeado de sus preparados, su instrumental y sus libros; la sombra de la pantalla de la lámpara como un monstruoso escarabajo en la pared, inmóvil entre una multitud de formas espectrales que el parpadeo del fuego arrojaba sobre los extraños objetos que lo rodeaban; algunos de aquellos fantasmas —el reflejo de los recipientes de vidrio que contenían líquidos— temblando en su fondo como sabedores de su poder para desintegrarlos y devolver sus componentes al fuego y al vapor; quién lo hubiese visto entonces, con el trabajo concluido, moviendo su fina boca como en pleno discurso pero callado como un muerto, no habría dicho que aquel hombre parecía hechizado y aquella estancia también?

¿Quién no habría creído, dejando volar la imaginación un solo instante, que todo en él adoptaba aquel cariz hechizado, y que él vivía en un mundo hechizado?

Su morada era tan solitaria y tan similar a una cripta...; una parte vieja y retirada de una antigua fundación para estudiantes, antaño un magnífico edificio, sito en un lugar despejado, pero convertido ya en el capricho obsoleto de arquitectos olvidados; ennegrecido por el humo, los años y las inclemencias del tiempo, estrujado por todos los costados por la rápida expansión de la gran ciudad, y cegado, como un viejo pozo, por piedras y ladrillos; sus pequeños patios yacían en auténticas fosas formadas por las calles y los edificios que, con el transcurso del tiempo, se habían construido por encima de sus sólidas chimeneas; sus vetustos árboles, injuriados por el humo de la vecindad, que se dignaba descender lentamente hasta allí cuando era muy débil y el tiempo, muy lóbrego; sus parcelas de césped, luchando con la mohosa tierra para llegar a ser hierba crecida o para llegar, cuando menos, a algún trato intermedio; sus silenciosos pavimentos, deshabitados al trasiego de pies e incluso a la observación de ojos, salvo cuando algún rostro extraviado agachaba la mirada desde el mundo superior, preguntándose qué rincón sería aquel; el reloj de sol en una esquina enladrillada, donde el sol no se había posado desde hacía cien años, pero donde, compensando su abandono, la nieve reposaba durante semanas cuando ya no lo hacía en ningún otro lugar y el funesto viento del este giraba como una zumbante peonza metálica, cuando en todos los demás lugares reinaba el silencio y la calma.

Su morada, la esencia de su interior y su chimenea, era tan tétrica y vieja, tan enajenada y, con todo, tan fuerte, con sus vigas de madera carcomida en el techo y su robusto suelo desnivelado hacia la enorme

chimenea de roble; tan acorralado y encerrado por la presión de la ciudad y, con todo, tan remoto en estilo, época y costumbres; tan silencioso y, con todo, tan repleto de ecos atronadores cuando una voz distante se alzaba o una puerta se cerraba, ecos que no quedaban confinados a los numerosos pasillos de techo bajo y a las estancias vacías, sino que resonaban y retumbaban hasta que se sofocaban en el denso aire de la cripta olvidada donde unos arcos normandos asomaban semienterrados.

Deberían haberlo visto en su morada a la hora del crepúsculo, en pleno invierno.

Cuando soplaban el viento, punzante y sagaz, con la puesta del turbio sol. Cuando oscurecía hasta el punto de que las formas de los objetos se tornaban borrosas y desproporcionadas..., pero sin desaparecer del todo. Cuando los que se sentaban junto al fuego empezaban a ver en las brasas rostros y figuras disparatadas, montañas y abismos, emboscadas y ejércitos. Cuando los viandantes agachaban la cabeza en las calles y corrían huyendo del clima. Cuando los que se veían obligados a hacerle frente debían detenerse en esquinas tormentosas, agujoneados por copos de nieve errantes que se posaban en sus pestañas, que eran demasiado escasos y el viento los arrastraba demasiado deprisa para que dejaran algún rastro en la tierra helada. Cuando las ventanas de las casas se cerraban con firmeza para conservar el calor dentro. Cuando el gas prendido empezaba a verter su luz en las calles bulliciosas y también en las tranquilas, que de lo contrario hubiesen quedado rápidamente sumidas en la penumbra. Cuando viandantes perdidos y trémulos en esas calles miraban las refulgentes lumbres de las cocinas y se les agudizaba el ya agudo apetito al inhalar la fragancia de kilómetros enteros de cenas.

Cuando los viajeros por tierra firme se aterían de frío y contemplaban fatigados los lóbregos paisajes, rechinantes y fustigados por las ráfagas de viento. Cuando los marineros, lejos de los astilleros helados, sufrían las terribles sacudidas y zarandeos del océano aullante. Cuando los faros apostados sobre rocas y cabos lucían solitarios y vigilantes, y las aves marinas desorientadas en la noche se estrellaban contra sus recios fanales y caían muertas. Cuando los jóvenes lectores de libros de cuentos, a la luz del hogar, se estremecían al imaginar a Cassim Babá descuartizado, colgado en la Cueva de los Ladrones, o temían encontrar cualquier noche en la escalera, en el largo, frío y tenebroso camino hasta la cama, a la feroz viejecita de la muleta que solía salir del arca que el comerciante Abudah tenía en su dormitorio.

Cuando en el campo la última y trémula luz del día se extinguía al final de las alamedas, y los árboles, con la copa arqueada, se veían

hoscos y negros. Cuando en parques y bosques los altos y húmedos helechos, el musgo empapado, los lechos de hojas caídas y los troncos de los árboles se perdían en masas de sombra insondable. Cuando la bruma se alzaba de las acequias, y del pantano, y del río. Cuando las luces de todos los viejos salones y de las ventanas de las casas de campo formaban una alegre estampa. Cuando el molino se detenía, el ruedero y el herrero cerraban sus talleres, la barrera de portazgo se bajaba, el arado y la grada se dejaban en la soledad de los campos, el labrador y la yunta volvían a casa, y el sonido del reloj de la iglesia se volvía más grave que al mediodía, y el portillo del cementerio cerraba para no volver a abrir aquella noche.

Cuando el anochecer liberaba en todas partes las sombras, presas durante el día y que en ese momento se acercaban y se congregaban como enjambres de fantasmas. Cuando acechaban en los rincones de las estancias y asomaban ceñudas por puertas entornadas. Cuando se apoderaban por completo de estancias desiertas. Cuando danzaban por los suelos, las paredes y los techos de aposentos inhabitados; cuando el fuego era débil y se retiraban como el agua en el reflujó al cobrar vida las llamas. Cuando se mofaban de las formas de los objetos domésticos, convirtiendo a la niñera en un ogro, al caballo balancín en un monstruo, al niño asombrado, mitad asustado y mitad divertido, en un desconocido para sí mismo..., las propias tenazas sobre el hogar en un gigante despatarrado con los brazos en jarras, oliendo sin duda la sangre de los ingleses y deseando triturar sus huesos para elaborar su pan.

Cuando esas sombras despertaban otros pensamientos en las personas mayores y les mostraban imágenes diferentes. Cuando salían de sus refugios adoptando formas y rostros del pasado; cuando salían de la tumba, del profundo, profundo abismo donde las cosas que podrían haber sido y nunca fueron vagan sin cesar.

Cuando él se sentaba, como ya he mencionado, y contemplaba el fuego. Cuando, mientras este ascendía y caía, las sombras iban y venían. Cuando él no les prestaba atención con sus ojos terrenales, sino que las dejaba deambular a su antojo sin apartar la mirada del fuego. Tendrían que haberlo visto entonces.

Cuando, con la llamada del anochecer, los sonidos que habían brotado con las sombras de los rincones en los que acechaban parecían generar un silencio aún más profundo a su alrededor. Cuando el viento rugía en la chimenea, y a veces canturreaba y otras aullaba en la casa. Cuando los avejentados árboles de fuera sufrían tales zarandeos y envites que un grajo viejo y quejumbroso, incapaz de dormir, protestaba de cuando en cuando con un lánguido, soñoliento e imponente graznido. Cuando, a intervalos, la ventana temblaba, la

oxidada veleta protestaba en lo alto del torreón, el reloj que había debajo hacía constar que había transcurrido otro cuarto de hora, o el fuego se desplomaba y se consumía con un estertor.

Cuando, en suma, alguien llamó a la puerta mientras él estaba así sentado y lo sacó de su abstracción.

—¿Quién es? —preguntó—. ¡Adelante!

Sin duda no había nadie apoyado en el respaldo de su butaca, ni ningún rostro mirando por encima del mismo. Es incuestionable que ningún paso deslizante tocó el suelo mientras él erguía la cabeza, sobresaltado, y hablaba. Y tampoco había en la estancia espejo alguno en cuya superficie hubiese podido proyectar su silueta una sombra ni por un solo instante, ¡y algo había pasado y había desaparecido de forma misteriosa!

—Humildemente, señor —dijo un hombre sonrojado y afanoso, manteniendo la puerta abierta con un pie para abrirse paso a sí mismo y a la bandeja que acarreaba y dejándola ir después con delicadeza, cuidado y lentitud cuando él y la bandeja hubieron entrado; de lo contrario, la puerta habría hecho mucho ruido al cerrarse—, me temo que esta noche he tardado un poco más de lo habitual. Pero a la señora William le ha costado tanto mantener el equilibrio...

—¿A causa del viento? ¡Sí! He oído cómo empezaba a soplar.

—... a causa del viento, señor, que el mero hecho de que ya esté en casa es una bendición. ¡Oh, cielos! Sí, sí. A causa del viento, señor Redlaw. ¡A causa del viento!

Para entonces había posado ya la bandeja con la cena y se afanaba en encender la lámpara y extender un mantel sobre la mesa. Desistió de sus tareas súbitamente para atizar y alimentar el fuego, y luego las reanudó; la lámpara que había prendido y el resplandor que cobró vida bajo su mano cambió tan rápidamente la apariencia de la estancia que daba la impresión de que la simple llegada de su rostro lozano y rubicundo y su actitud afanosa habían obrado aquella agradable transformación.

—Es evidente, señor, que la señora William siempre está expuesta a que los elementos la desequilibren. No puede evitarlo.

—No —contestó el señor Redlaw con tono amistoso, si bien abrupto.

—No, señor. Hasta la tierra puede desequilibrar a la señora William; como el pasado domingo, por ejemplo, cuando estaba mojada y resbaladiza, y ella salió toda ufana a tomar el té con su nueva cuñada, deseando mostrarse perfectamente impecable pese a ir a pie. A la señora William podría desequilibrarla el aire, como en una ocasión en que una amiga logró convencerla de que subiese a un columpio en la feria de Peckham, lo que afectó a su constitución instantáneamente como un barco de vapor. A la señora William podría desequilibrarla el fuego, como aquella falsa alarma en casa de su madre, cuando recorrió tres kilómetros con el gorro de dormir puesto. A la señora William podría desequilibrarla el agua, como en Battersea, cuando chocó contra el embarcadero remando su joven sobrino, Charlie Swidger hijo, de doce años de edad, que no tenía la menor idea de barcas. Pero así son los elementos. A la señora William hay que alejarla de los elementos para apreciar su fortaleza de carácter.

Hizo una pausa a la espera de respuesta, y la respuesta que recibió fue un «Sí», con el mismo tono de antes.

—Sí, señor. ¡Oh, cielos, sí! —dijo el señor Swidger mientras proseguía con los preparativos y los inspeccionaba al mismo tiempo—. De eso se trata, señor. Eso es lo que yo mismo siempre digo, señor. ¡Somos muchos, los Swidger...! Pimienta. Ahí tiene a mi padre, señor, antiguo conserje y custodio de esta institución, o-chen-ta y sie-te años de edad. ¡Es un Swidger...! Cuchara.

—Cierto, William —fue la paciente y abstraída respuesta que oyó cuando hizo otra pausa.

—Sí, señor —dijo el señor Swidger—. Eso es lo que yo siempre digo, señor. ¡Podría considerarlo el tronco del árbol...! Pan. Y aquí tiene a su sucesor, este indigno servidor..., sal..., y a la señora William, ambos Swidger... Cuchillo y tenedor... Y ahí tiene a todos mis hermanos y sus familias, todos Swidger, hombres y mujeres, chicos y chicas. Y también están los primos, las primas, los tíos, las tías y los demás parientes, de este grado y de aquel, y matrimonios y alumbramientos; los Swidger..., vaso..., ¡podrían tomarse de la mano y formar un círculo alrededor de Inglaterra!

Sin recibir respuesta en esta ocasión por parte del pensativo hombre a quien se dirigía, el señor William se acercó más a él y fingió golpear accidentalmente la mesa con una licorera para llamar su atención. En cuanto lo logró, prosiguió como con gran presteza y aquiescencia.

—¡Sí, señor! Eso es justo lo que yo digo, señor. La señora William

y yo también lo hemos dicho a menudo. «Ya hay suficientes Swidger», decimos, «sin nuestra voluntaria aportación»... Mantequilla... De hecho, señor, cuidar de mi padre es como cuidar de toda una familia..., vinagreras..., y sin duda solo es algo beneficioso que no tengamos hijos propios, si bien eso ha hecho que la señora William se haya vuelto una mujer tan tranquila. ¿Le apetece tomar ahora el ave y el puré de patata, señor? La señora William dijo que serviría la cena diez minutos después de que yo saliese de conserjería.

—Sí, sí, está bien —dijo el otro como despertando de un sueño y echando a andar de un lado al otro.

—¡La señora William ha vuelto a hacerlo, señor! —dijo el conserje mientras calentaba un plato al fuego y lo utilizaba simpáticamente a modo de pantalla para protegerse la cara.

El señor Redlaw detuvo su deambular y a su rostro asomó una expresión de interés.

—Eso es lo que yo mismo siempre digo, señor. ¡Lo conseguirá! Hay un sentimiento maternal en el pecho de la señora William que debe seguir su curso y así será.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Verá, señor; no satisfecha con ser una especie de madre para todos los jóvenes caballeros que llegan de infinidad de lugares para asistir a sus clases en esta antigua fundación... ¡Vaya, es asombroso cómo la loza conserva el calor con este tiempo tan gélido!

Dicho lo cual, giró el plato y se sopló los dedos.

—¿Y bien? —dijo el señor Redlaw.

—Eso es justo lo que yo digo, señor —repuso el señor William, hablando por encima del hombro como presto y encantado de asentir—. ¡De eso se trata exactamente, señor! No hay ni uno solo entre nuestros estudiantes que no dé la impresión de considerar a la señora William bajo esa luz. Todos los días, a lo largo de todo el curso, asoman la cabeza a la conserjería, uno detrás del otro, y todos con algo que decirle o preguntarle. «Swidge» es el nombre con el que suelen referirse a la señora William cuando hablan de ella entre sí, según me han comentado; pero eso es lo que yo digo, señor. ¡Mejor que le llamen a uno por un apellido tan alejado del suyo, si se hace con verdadero afecto, que haberle concedido tanta relevancia al verdadero y que a nadie le importe! ¿Para qué sirve un apellido? Para conocer a una

persona por él. Si a la señora William se la conoce por algo mejor que por su apellido (me refiero a las cualidades y al carácter de la señora William), de nada importa este, aunque es Swidger por pleno derecho. Que la llamen Swidge, Widge, Bridge..., ¡por Dios, London Bridge, Blackfriars, Chelsea, Putney, Waterloo o, ya puestos, Puente Colgante de Hammersmith, si gustan!

Y con el final de este triunfal discurso llevó el plato a la mesa, donde lo posó y lo dejó caer a partes iguales, con la vívida sensación de que estaba muy caliente, y en ese preciso instante el objeto de sus alabanzas entró en la estancia portando otra bandeja y un farol, y seguida de un venerable anciano de cabello largo y gris.

La señora William, al igual que el señor William, era una persona sencilla y de apariencia inocente, cuyas tersas mejillas se hacían un agradable eco del alegre color rojo del chaleco del uniforme de su esposo. Pero allí donde el cabello claro del señor William permanecía erizado en toda la cabeza y parecía tirar hacia arriba de sus ojos en un exceso de afanosa disposición para cualquier tarea, la oscura melena de la señora William lucía lisa y recogida bajo un arreglado y pulcro tocado, con una meticulosidad y una discreción inimaginables. Mientras que los mismísimos pantalones del señor William parecían contraerse a la altura de los tobillos, como si no fuese propio de su naturaleza gris plomiza permanecer quietos sin mirar a su alrededor, las impolutas faldas floreadas de la señora William —blancas y rojas, como su hermoso rostro— permanecían serenas y disciplinadas, como si el mismo viento que con tanta fuerza soplaba fuera de la casa fuese incapaz de alterar uno solo de sus pliegues. Mientras que la levita de él parecía un poco holgada y caída alrededor del cuello y a la altura del torso, el pequeño canesú de ella tenía un aspecto tan plácido y primoroso que sin duda le habría servido de protección, en caso de haberla necesitado, frente a las personas más rudas. ¿Quién habría tenido corazón de hacer que un busto tan sereno se hinchase de pesar, o sintiese un miedo palpitante, o temblase por un pensamiento bochornoso? ¿A quién no habrían bastado su calma y su paz para apelar contra cualquier disputa, como en el inocente sueño de un niño?

—Puntual, por supuesto, Milly —dijo su esposo, descargándola de la bandeja—, o no serías tú. ¡Aquí está la señora William, señor...! Esta noche parece más solitario que nunca —susurró a su esposa mientras tomaba la bandeja—, y también más espectral que nunca...

Sin la menor muestra de prisa ni el menor ruido, o sin la menor muestra de sí misma, de hecho, de tan calma y silenciosa como era, Milly colocó en la mesa los platos que había llevado; el señor William, tras mucho estrépito y trajín, únicamente se había hecho con una

salsera de la que se dispuso a servir.

—¿Qué es lo que lleva el anciano en los brazos? —preguntó el señor Redlaw mientras se sentaba a dar cuenta de su solitaria cena.

—Acebo, señor —contestó la queda voz de Milly.

—Eso es lo que yo mismo digo, señor —se apresuró a intervenir el señor William, arremetiendo con la salsera—. ¡Las bayas son tan apropiadas para esta época del año! ¡Salsa de carne!

—¡Otra Navidad que llega, otro año que se va! —musitó el químico—. Más cifras en la interminable suma de recuerdos que rememoramos sin cesar para nuestro tormento, hasta que la ociosa muerte los embrolle todos, y los borre todos. ¡Así es, Philip!

Se interrumpió tras alzar la voz al dirigirse al anciano, que permanecía aparte, de pie con aquella refulgente carga en los brazos, de la cual la silenciosa señora William cogía pequeñas ramas que recortaba en silencio con las tijeras y con las que decoraba la estancia, mientras su anciano suegro observaba la ceremonia con sumo interés.

—Mis respetos, señor —repuso el anciano—. Debería haber hablado antes, señor, pero conozco sus hábitos, señor Redlaw (me enorgullece decirlo), ¡y he esperado a que usted me hablase! Feliz Navidad, señor, y feliz Año Nuevo, y que vea muchos más. Yo ya he visto muchos, ¡ja, ja!, y puedo tomarme la libertad de deseárselos. ¡Tengo ochenta y siete años!

—Y de ellos, ¿tantos fueron alegres y felices? —preguntó el otro.

—Sí, señor, muchos —contestó el anciano.

—¿Le habrá afectado la edad a la memoria? No sería de extrañar a estas alturas... —dijo el señor Redlaw volviéndose hacia el hijo y bajando la voz.

—Ni un ápice, señor —contestó el señor William—. Eso es exactamente lo que yo mismo digo. Nunca hubo memoria como la de mi padre. Es el hombre más maravilloso del mundo. No sabe lo que significa olvidar. ¡Es la misma observación que siempre le hago a la señora William, puede creerme!

El señor Swidger, en su cortés deseo de parecer conforme con todo en todo momento, pronunció estas palabras como si no entrañasen la menor contradicción, y lo hizo con un asentimiento ilimitado e

incondicional.

El químico apartó su plato y, tras levantarse de la mesa, cruzó la estancia en dirección al anciano, que contemplaba de pie un ramillete de acebo que sostenía en una mano.

—¿Le recuerda a aquellas épocas en que muchos de esos años eran viejos y nuevos, pues? —preguntó, observándolo atentamente y tocándole un hombro—. ¿Es así?

—¡Oh, muchas, muchas! —contestó Philip, medio despertando de su ensueño—. ¡Tengo ochenta y siete años!

—¿Fueron épocas alegres y felices? —preguntó el químico en voz baja—. ¿Alegres y felices, anciano?

—¡Quizá era así de alto, no más —respondió el anciano, situando una mano algo por encima de la rodilla y devolviendo la mirada a su interlocutor—, en el primer recuerdo que tengo de ellas! Era un día frío y soleado; dábamos un paseo cuando alguien (era mi madre, tan seguro como que usted está ahí, aunque no recuerdo su bendita cara, pues cayó enferma y murió aquellas navidades) me dijo que estas bayas eran comida para los pájaros. El pequeño muchacho (es decir, yo, ya me entiende) pensó que tal vez los ojos de los pájaros eran tan brillantes porque las bayas con las que se alimentaban durante el invierno también lo eran. Lo recuerdo. ¡Y tengo ochenta y siete años!

—¡Alegres y felices! —musitó el otro, posando su oscura mirada en aquella figura encorvada con una sonrisa compasiva—. Alegres y felices, ¿y las recuerda bien?

—¡Sí, sí, sí! —prosiguió el anciano al oír las últimas palabras—. Las recuerdo bien; cuando iba a la escuela, por ejemplo, y el regocijo que sentía cuando llegaban. Yo era un muchacho fuerte entonces, señor Redlaw, y, créame, jugando al fútbol no tenía igual en quince kilómetros. ¿Dónde está mi hijo William? ¡No tenía igual en quince kilómetros, William, en quince kilómetros!

—¡Eso es lo que yo siempre digo, padre! —se apresuró a responder el hijo, con gran respeto—. ¡Si alguna vez hubo un Swidger en la familia, ese fue usted!

—¡Cielos! —exclamó el anciano, sacudiendo la cabeza mientras volvía a mirar el acebo—. Su madre (mi hijo William es el benjamín) y yo nos hemos sentado entre todos ellos, chicos y chicas, niños y bebés, durante muchos años cuando bayas como éstas brillaban a nuestro

alrededor, pero ni la mitad que sus radiantes caras. Muchos de ellos ya no están, ella ya no está, y mi hijo George (el primogénito, idel que ella estaba más orgullosa que de ningún otro!) ha caído muy bajo; pero puedo verlos cuando miro estas bayas, vivos y sanos como entonces, y puedo verlo a él, gracias a Dios, en su inocencia. Es una bendición para mí, a los ochenta y siete años.

La intensa mirada que había permanecido fija en él con tanta gravedad se fue desplazando lentamente hacia el suelo.

—Cuando mis circunstancias dejaron de ser tan propicias como eran, por no haberlas encauzado honradamente, y vine aquí para ser custodio... —dijo el anciano—, de lo que hace ya más de cincuenta años... ¿Dónde está mi hijo William? ¡Hace ya más de medio siglo, William!

—Eso es lo que yo digo, padre —contestó el hijo con la misma prontitud y diligencia que la vez anterior—, de eso se trata exactamente. Dos veces cero, cero; y dos veces cinco, diez, y ya tenemos un centenar de ellos.

—Fue un enorme placer saber que uno de nuestros fundadores..., o, para hablar con mayor propiedad —prosiguió el anciano, muy ufano tanto de la materia como de su dominio de ella—, uno de los eruditos caballeros que nos sufragaron en tiempos de la reina Isabel, pues esta institución fue fundada con anterioridad a su reinado, nos legó en su testamento, entre otras donaciones, cantidad suficiente para comprar acebo y decorar con él las paredes y las ventanas cuando llega la Navidad. Hay en ello algo entrañable y cordial. Siendo él un extraño en aquel entonces y coincidiendo con la Navidad, le tomamos simpatía al retrato suyo que cuelga en lo que era antiguamente, antes de que nuestros diez pobres caballeros fuesen canjeados por un estipendio anual en dinero, nuestro gran salón comedor. Un caballero muy sobrio, con barba afilada, gorguera alrededor del cuello y, debajo, una inscripción manuscrita con antiguos caracteres ingleses: «¡Señor, preserva mi memoria!». ¿Usted lo sabe todo sobre él, señor Redlaw?

—Sé que el retrato cuelga allí, Philip.

—Sí, cierto, es el segundo por la derecha, encima de los paneles de madera. Iba a decir... que él ha contribuido a preservar mi memoria, y se lo agradezco; pues recorrer el edificio todos los años, como estoy haciendo ahora, refrescando las estancias vacías con estas ramas y estas bayas, también refresca mi vacío y viejo cerebro. Un año trae de vuelta otro, y ese año, otro, iy esos, muchos más! Al final, tengo la impresión de que la fecha de nacimiento de nuestro Señor fue la misma

que la de todas las personas que he apreciado, o llorado, o disfrutado..., y son muchas, ¡pues tengo ochenta y siete años!

—Alegres y felices —musitó Redlaw para sí.

La estancia empezó a oscurecerse de un modo extraño.

—Así que, ya ve, señor —prosiguió el viejo Philip, cuyas frías y saludables mejillas se habían acalorado con mayor rubor, y cuyos ojos azules se habían tornado más brillantes mientras hablaba—, tengo mucho por celebrar cuando celebro esta época del año. Pero ¿dónde está mi silenciosa ratita? El parloteo es el pecado de mi vida, y aún queda la mitad del edificio por decorar, si el frío no nos congela antes o la oscuridad no nos engulle.

La silenciosa ratita había acercado su sosegado rostro a él y lo había tomado discretamente por un brazo antes de que él acabase de hablar.

—Vámonos, querida mía —dijo el anciano—. De lo contrario, el señor Redlaw no disfrutará de su cena hasta que esté tan fría como el invierno. Espero que disculpe mis divagaciones, señor, y le deseo buenas noches y, una vez más, una feliz...

—¡Quédese! —dijo el señor Redlaw mientras ocupaba su sitio a la mesa; más, se habría podido deducir de su actitud, para tranquilizar al viejo conserje que por haber recordado que tenía apetito—. Dedíqueme un momento más, Philip. William, iba usted a decirme algo en honor de su excelente esposa. A ella no le desplacerá oír sus alabanzas. ¿De qué se trataba?

—Ah, verás, de eso se trata, señor —contestó el señor William Swidger, mirando en dirección a su esposa con considerable azoramiento—. La señora William me está mirando.

—Pero a usted no le asustará la mirada de la señora William...

—No, no, señor —respondió el señor Swidger—, eso es lo que yo mismo digo. Su mirada no está hecha para asustar. No sería tan dulce, si tal fuese su finalidad en la vida. Pero no me gustaría..., ¡Milly...! Él, ya sabes..., abajo, en los edificios.

El señor William, de pie detrás de la mesa y removiendo los objetos que había sobre ella con aire desconcertado, dirigió miradas persuasivas a la señora William y furtivos y bruscos gestos con la cabeza y el pulgar hacia el señor Redlaw, como tratando de que

reparase en él.

—Él, ya sabes, mi amor... —insistió el señor William—. Abajo, en los edificios. ¡Dilo tú, querida mía! En comparación conmigo, eres como las obras de Shakespeare. Abajo, en los edificios, ya sabes, mi amor... El estudiante.

—¿El estudiante? —repitió el señor Redlaw, alzando la cabeza.

—¡Eso es lo que yo digo, señor! —gritó el señor William con el más vívido asentimiento—. Si no se tratase del pobre estudiante de ahí abajo, de los edificios, ¿por qué iba usted a querer oírlo de boca de la señora William? Señora William, querida mía... Los edificios.

—No sabía —dijo Milly, con serena franqueza y libre de toda premura o confusión— que William había dicho algo al respecto, o yo no habría venido. Le pedí que no lo hiciera. Es un joven caballero enfermo, señor (y muy pobre, me temo), que está demasiado débil para volver a casa estas vacaciones y que vive, sin que nadie lo sepa, como huésped en una casa algo impropia para un caballero en los Edificios Jerusalén. Eso es todo, señor.

—¿Por qué nunca he sabido de él? —preguntó el químico, poniéndose en pie súbitamente—. ¿Por qué no me ha comunicado él su situación? ¡Enfermo! Tráiganme mi sombrero y mi capa. ¡Pobre...! ¿Qué casa...? ¿Qué número...?

—Oh, no debe ir allí, señor —dijo Milly, soltando a su suegro y colocándose tranquilamente frente a él con su carita serena y las manos unidas.

—¿Que no debo ir allí?

—¡Oh, cielos, no! —contestó Milly, sacudiendo la cabeza como ante una imposibilidad del todo patente y evidente—. ¡Ni pensarlo!

—¿A qué se refiere? ¿Por qué no?

—Verá, señor —dijo el señor William Swidger con tono persuasivo y confidencial—, eso es lo que yo digo. Puede estar seguro de que el joven caballero nunca le habría comunicado su situación a alguien de su mismo sexo. La señora William se ha ganado su confianza, pero es algo muy distinto. Todos confían en la señora William, todos confían en ella. Un hombre, señor, no habría conseguido arrancarle ni un suspiro; pero una mujer sí, señor, ¡y más aún tratándose de la señora William!

—Hay sensatez y delicadeza en lo que dice, William —contestó el señor Redlaw, contemplando el rostro dulce y sereno que tenía junto a su hombro.

Y, llevándose un dedo a los labios, depositó discretamente su monedero en la mano de ella.

—¡Oh, cielos, no, señor! —gritó Milly, devolviéndoselo—. ¡Sería mucho peor! ¡Ni soñarlo!

Era un ama de casa tan sobria y serena, y tan imperturbable incluso tras la precipitación momentánea de su rechazo, que, un instante después, ya se encontraba cogiendo algunas hojas que habían quedado sueltas entre las tijeras y el delantal mientras arreglaba el acebo.

Cuando se irguió de su postura encorvada y vio que el señor Redlaw seguía mirándola con duda y pasmo, ella repitió tranquilamente, mientras buscaba a su alrededor otras hojas que pudiesen haberle pasado inadvertidas:

—¡Oh, cielos, no, señor! Dijo que, de todas las personas del mundo, no permitiría que usted lo conociera ni estaría dispuesto a recibir ayuda por su parte..., aunque es alumno suyo. No le he puesto condiciones para que guarde el secreto, pero confío plenamente en su honor.

—¿Por qué dijo tal cosa?

—En realidad, no sabría decirle, señor —contestó Milly, tras reflexionar un momento—, porque no soy nada perspicaz, como usted sabe, y quería serle útil haciendo que el lugar donde se encuentra esté ordenado y le resulte cómodo, y en eso me empleé. Pero sé que es pobre y que está solo, y creo que, de algún modo, algo abandonado. ¡Qué oscuro está esto!

La estancia había seguido oscureciéndose. Una penumbra y una sombra muy densas se condensaban tras la silla del químico.

—¿Qué más sabe de él? —preguntó.

—Está comprometido y pretende casarse cuando pueda permitírsele —contestó Milly—, y estudia, creo, para estar en disposición de ganarse la vida. Durante mucho tiempo he visto que estudia con ahínco y se sacrifica. ¡Esto está muy oscuro!

—Y también hace más frío —dijo el anciano, frotándose las manos—. Esta estancia está gélida y lóbrega. ¿Dónde está mi hijo William? ¡William, hijo mío, enciende la lámpara y aviva el fuego!

La voz de Milly volvió a oírse como una música tranquila tocada con suavidad:

—Ayer por la tarde, mientras dormía inquieto después de hablar conmigo —esto lo dijo para sí misma—, murmuró algo acerca de alguien muerto y de cierto mal que nunca podría olvidarse, pero ignoro si se refería a él o a otra persona. De lo que estoy segura es de que no fue él quien hizo ese mal.

—Y, en suma, como puede ver, la señora William (algo que ella nunca diría, señor Redlaw, aunque hubiera de quedarse aquí hasta el siguiente Año Nuevo después de este que llega) —dijo el señor William, tras acercarse a él para hablarle al oído— ¡le ha hecho un bien infinito! ¡Dios mío, un bien infinito! Y, sin embargo, todo sigue como siempre aquí: mi padre, cómodo y atendido; ni una mota de polvo en toda la casa, aunque se ofreciese cincuenta libras al contado a quien la encontrase; la señora William, siempre desviviéndose por este hogar, y a la vez siempre de un lado al otro, de un lado al otro, arriba y abajo, arriba y abajo, ¡una madre para él!

La estancia se tornó aún más oscura y fría, y la penumbra y la sombra que se condensaban detrás de la silla parecían más tupidas.

—No contenta con eso, señor, la señora William va y se encuentra, esta misma noche, cuando volvía a casa (y de lo cual no hace más de dos horas), a una criatura más semejante a una bestia salvaje que a un niño, temblando en un umbral. ¿Y qué hace la señora William sino hacerlo entrar para que se seque y darle de comer, y seguir haciéndolo hasta que recibamos nuestra asignación de comida y ropa la mañana del día de Navidad? Creo que nunca antes había visto una lumbre, pues está sentado frente a la vieja chimenea de la conserjería, observándola como si sus hambrientos ojos nunca fueran a volver a cerrarse. Es decir, está sentado allí —dijo el señor William, corrigiéndose tras meditar sus palabras—, ¡a menos que se haya marchado corriendo!

—¡Que Dios conserve la felicidad de esta mujer! —dijo el químico en voz alta—. ¡Y también la suya, Philip! ¡Y la suya, William! Debo reflexionar sobre cómo proceder en esto. Tal vez decida ver a ese estudiante, pero ahora no quiero retenerlos más tiempo. ¡Buenas noches!

—¡Le doy las gracias, señor, le doy las gracias! —dijo el anciano—,

por mi ratita, y por mi hijo William y por mí mismo. ¿Dónde está mi hijo William? William, coge el farol y ve delante por esos largos y oscuros corredores, como hiciste el año pasado y el anterior. ¡Ja, ja! Lo recuerdo, ¡aunque tengo ochenta y siete años! «¡Señor, preserva mi memoria!». Es una excelente oración, señor Redlaw, la del erudito caballero de la barba afilada y la gorguera alrededor del cuello...; cuelga, el segundo por la derecha, encima de los paneles de madera, y junto a lo que solía ser, antes de que nuestros diez pobres caballeros fuesen canjeados, nuestro gran salón comedor. «¡Señor, preserva mi memoria!». Es muy buena y piadosa, señor. ¡Amén! ¡Amén!

Mientras salían y cerraban la recia puerta, la cual, pese al cuidado con que la acompañaron, detonó una cadena de reverberaciones atronadoras, la estancia se tornó más oscura.

Mientras él se sentaba solitario y meditabundo en su butaca, el fresco acebo empezó a marchitarse en la pared y a caer en forma de ramas muertas.

Mientras la penumbra y la sombra se intensificaban detrás de él, en el lugar donde se habían condensado de forma tan lóbrega, éstas adoptaron paulatinamente —o de ellas surgió, por efecto de algún proceso irreal e insustancial, imperceptible para ningún sentido humano— ¡una espantosa imagen de sí mismo!

Lívida y fría, incolora en su cara y sus manos plúmbeas, pero con sus rasgos y sus brillantes ojos, y su cabello entrecano, y ataviado con la lúgubre sombra de su atavío, adoptó su terrible apariencia de vida, inmóvil y sin emitir el menor sonido. Mientras él apoyaba un brazo en el reposabrazos de la butaca, rumiando frente al fuego, el espectro se apoyó sobre el respaldo, justo por encima de él, con la espantosa copia de su rostro mirando hacia donde él miraba y con el mismo semblante que él lucía.

Aquel era, pues, el algo que había pasado y desaparecido tan misteriosamente. ¡Aquella era la pavorosa compañía del hechizado!

Durante un rato, no pareció prestar al hombre más atención que el hombre a él. Las murgas navideñas tocaban en algún lugar distante, y, por entre sus cavilaciones, él parecía escuchar la música. El espectro también parecía escuchar.

Finalmente, el hombre habló, sin moverse ni alzar la cara.

—¡De nuevo aquí! —dijo.

—De nuevo aquí —contestó el fantasma.

—Te veo en el fuego —dijo el hechizado—; te oigo en la música, en el viento, en la mortal quietud de la noche.

El fantasma asintió con la cabeza.

—¿Por qué vienes a hostigarme así?

—Vengo porque se me requiere —respondió el fantasma.

—No. Nadie te ha invocado —exclamó el químico.

—Así sea —dijo el espectro—. Baste con que esté aquí.

Hasta entonces, la luz del fuego se había reflejado en las dos caras —si acaso las horrendas facciones que había detrás de la butaca podían denominarse cara—, ambas de frente a él, como al principio, y sin mirarse en ningún momento. Pero el hechizado se volvió súbitamente y miró al fantasma con fijeza. El fantasma, con un movimiento igual de raudo, se situó delante de la butaca y lo miró a él.

El hombre vivo y la imagen animada de sí mismo muerto permanecieron mirándose así. Una contemplación terrible, en un lugar remoto y solitario de una edificación vieja y vacía, una noche de invierno, con el estridente viento soplando en su misterioso viaje (cuyo origen y cuyo destino ningún hombre ha conocido nunca desde el albor del mundo), y las estrellas, por inimaginables millones, brillando a través de él desde el espacio eterno, donde la masa del mundo es como un grano, y su vetusta edad no es sino la infancia.

—¡Mírame! —dijo el espectro—. Yo soy aquel que, abandonado en mi juventud y míseramente pobre, se esforzó y sufrió, y siguió esforzándose y sufriendo hasta que excavé la sabiduría en la mina en la que estaba enterrada y construí en ella escarpados peldaños donde descansar mis pies extenuados y ascender.

—Yo soy ese hombre —replicó el químico.

—Ni el amor abnegado de una madre —prosiguió el fantasma— ni el consejo de un padre me ayudaron. Un extraño ocupó el lugar de mi padre cuando yo apenas era un niño, y pronto me convertí en un extraño para el corazón de mi madre. Mis padres eran, en el mejor de los casos, de esos cuyas atenciones acaban enseguida y que enseguida dan por cumplidas sus obligaciones; de esos que pronto abandonan a su progenie a su suerte, como hacen los pájaros, y, si esta prospera,

reclaman el mérito, y, si fracasa, la lástima.

Hizo una pausa y dio la impresión de tentarlo e incitarlo con su mirada, con su forma de hablar, con su sonrisa.

—Yo soy aquel —continuó el fantasma— que, durante sus esfuerzos por ascender, encontró un amigo. Yo le di forma..., yo lo gané... ¡y yo lo uní a mí! Trabajamos juntos, codo con codo. Todo el amor y toda la confianza que en mi temprana juventud no habían encontrado una vía de salida, una forma de expresión, los consagré a él.

—No todo —dijo Redlaw, con la voz quebrada.

—No, no todo —convino el fantasma—. Yo tenía una hermana.

El hechizado, con la cabeza apoyada en las manos, contestó: «¡Tenía una hermana!». El fantasma, con una sonrisa malévola, se acercó un poco más a la butaca y, posando el mentón sobre las manos unidas, que a su vez descansaban sobre el respaldo, y mirando su rostro desde lo alto con ojos inquisitivos, que parecían imbuidos por el fuego, prosiguió:

—Los únicos atisbos de la luz del hogar que llegué a conocer brotaron de ella. ¡Qué joven era, qué bella, que afectuosa! La llevé conmigo al primer techo mísero del que fui dueño, y ella lo enriqueció. Ella entró en las tinieblas de mi vida y las iluminó... ¡La tengo frente a mí!

—La he visto en el fuego, pero ahora la oigo en la música, en el viento, en la quietud mortal de la noche —contestó el hechizado.

—¿La amaba él? —preguntó el fantasma, emulando su tono contemplativo—. Creo que en un tiempo sí. Estoy seguro. Más le habría valido amarlo menos ella..., menos furtivamente, menos intensamente, ¡desde las honduras más someras de un corazón más dividido!

—¡Permíteme olvidarlo! —dijo el químico con un gesto airado de la mano—. ¡Permíteme borrarlo de mi memoria!

El espectro, sin inmutarse y con sus ojos impávidos y crueles aún clavados en el rostro del otro, continuó:

—Un sueño, como el de ella, me arrebató la vida.

—Así fue —dijo Redlaw.

—Un amor, como el de ella —añadió el fantasma—, como el que mi naturaleza inferior puede albergar, brotó en mi corazón. Yo era demasiado pobre entonces para atarla a mi suerte con el hilo de una promesa o una súplica. La amaba demasiado para pretender hacer algo así. Pero me esforcé en ascender más de lo que me había esforzado en toda mi vida. Un mero centímetro ganado me acercaba un poco más a la cumbre. ¡Me esforcé en subir! En las últimas pausas de mi ascensión (cuando mi hermana, idulce compañera!, compartía aún conmigo las ascuas agonizantes en un hogar que ya se enfriaba), al romper el alba, ¡qué imágenes del futuro veía!

—Las veía en el fuego, pero ahora ya no —murmuró él—. Regresan a mí en la música, en el viento, en la quietud mortal de la noche, en el transcurso de los años.

—... Imágenes de mi futura vida familiar, con aquella que fue la inspiración de mi esfuerzo. Imágenes de mi hermana, desposada con mi querido amigo, en igualdad de condiciones (pues él contaba con cierta herencia; nosotros, con ninguna), imágenes de nuestra vejez serena y nuestra plácida felicidad, y de los dorados lazos prologándose hacia el pasado en tal medida que habrían de unirnos a nosotros y a nuestros hijos en una radiante guirnalda —dijo el fantasma.

—Imágenes —replicó el hechizado— que no eran sino mentiras. ¿Por qué estoy condenado a recordarlas tan bien?

—Mentiras —repitió el fantasma con su voz inmutable y mirándolo ferozmente con sus ojos también inmutables—. Porque mi amigo (cuyo pecho guardaba mi confianza bajo llave como si fuera el mío), interponiéndose entre mí y el centro del sistema donde gravitaban mis esperanzas, mis esfuerzos y yo mismo, la conquistó para sí e hizo añicos mi frágil universo. Mi hermana, doblemente querida, doblemente adorada, doblemente alegre en mi hogar, vivió para verme alcanzar la fama con mi antigua ambición bien satisfecha, cuando su manantial se secó, y entonces...

—Entonces murió —lo interrumpió el otro—. Murió, tan tierna como siempre, feliz, y sin más preocupación que la que sentía por su hermano. ¡Descanse en paz!

El fantasma lo observó en silencio.

—¡Y recordada! —dijo el hechizado tras una pausa—. Sí, tan bien recordada que incluso ahora, cuando han pasado ya años y nada me parece más vano y más quimérico que el amor infantil que tan lejos ha quedado ya, pienso en él con compasión, como si fuese el de un

hermano menor o el de un hijo. A veces incluso me pregunto cuándo el corazón de ella empezó a sentir algo por él, y cómo se había interesado por mí. (Y no de forma superficial, creo, en un tiempo). Pero eso no es nada. La desdicha temprana, una herida abierta por una mano que quería y en la que confiaba y una pérdida que nada puede reemplazar sobreviven a tales fantasías.

—Por ello —dijo el fantasma— cargo en mi interior con un pesar y un mal. Por ello me consumo. Por ello, la memoria es mi maldición, y, si pudiese olvidar mi pesar y mi mal, ¡lo haría!

—¡Farsante! —exclamó el químico poniéndose en pie de un salto y arremetiendo con una mano iracunda contra el cuello de su otro yo—. ¿Por qué siempre he de tener esa mofa en mis oídos?

—¡Abstente! —repuso el espectro con una voz espantosa—. ¡Ponme una mano encima y morirás!

Él se detuvo a medio camino, como si las palabras del espectro lo hubiesen paralizado, y se quedó mirándolo. Se había apartado de él deslizándose, tenía un brazo alzado en un gesto de advertencia, y una sonrisa barrió sus facciones sobrenaturales mientras su lúgubre figura retrocedía triunfal.

—Si pudiese olvidar mi pesar y mi mal, lo haría —repitió el fantasma—. ¡Si pudiese olvidar mi pesar y mi mal, lo haría!

—Malvado espíritu mío —replicó el hechizado con voz tenue y trémula—, mi vida se oscurece con ese susurro incesante.

—Es un eco —dijo el fantasma.

—Si es un eco de mis pensamientos..., como ahora sé que es —replicó el hechizado—, ¿por qué debería, por consiguiente, vivir atormentado? No es un pensamiento egoísta. Permito que me trascienda. Todos los hombres y las mujeres sufren sus pesares...; la mayoría de ellos, también sus males; la ingratitud, la mezquina envidia y el interés acosan en todas las etapas de la vida. ¿Quién no quisiera olvidar sus pesares y sus males?

—¿Quién no quisiera hacerlo, ciertamente, y ser más feliz y mejor persona? —dijo el fantasma.

—El paso de los años que conmemoramos —prosiguió Redlaw—, ¿qué es lo que nos evoca? ¿Hay algún espíritu en el que no vuelvan a despertar algún pesar o alguna preocupación? ¿Qué son los recuerdos

del anciano que ha estado aquí esta noche? Un entramado de pesar y preocupación.

—Pero las naturalezas corrientes —dijo el fantasma, con aquella sonrisa malévola en su vítreo rostro—, las almas poco instruidas y los espíritus vulgares no sienten ni razonan estas cosas como los hombres más cultivados y de pensamiento más profundo.

—Espectro tentador —repuso Redlaw—, cuya mirada y cuya voz vacías temo más de lo que las palabras pueden expresar, y que me hace presentir la sombra de un temor aún mayor cerniéndose sobre mí mientras hablo, vuelvo a oír un eco en mis pensamientos.

—Recíbelo como una prueba de que soy poderoso —replicó el fantasma—. ¡Escucha lo que te ofrezco! ¡Olvida el pesar, el mal y la inquietud que has conocido!

—¡Olvidarlos! —repitió.

—Tengo el poder de suprimir esos recuerdos..., de reducirlos a unos rastros débiles y confusos que pronto se extinguirán —contestó el espectro—. ¡Dime! ¿Aceptas el trato?

—¡Aguarda! —gritó el hechizado, deteniendo con un gesto aterrado aquella mano alzada—. Tiemblo de desconfianza y duda, y el oscuro temor que arrojas sobre mí se intensifica y se convierte en un horror indecible que apenas logro soportar. No me privaré de ningún recuerdo dulce ni de ningún sentimiento de compasión que sea beneficioso para mí o para los demás. ¿Qué podría perder si consiento? ¿Qué más desaparecerá en mi memoria?

—Ningún conocimiento, ningún fruto del estudio; nada salvo la embrollada cadena de sentimientos y asociaciones, cada uno de los cuales depende y se nutre de los recuerdos desterrados. Todos ellos desaparecerán.

—¿Tantos son? —preguntó el hechizado, pensando en ello alarmado.

—Suelen mostrarse en el fuego, en la música, en el viento, en la quietud mortal de la noche, en el paso de los años —contestó el fantasma, desdeñoso.

—¿En nada más?

El fantasma guardó silencio.

Pero, tras permanecer callado un rato frente a él, se acercó al fuego y después se detuvo.

—¡Decide —dijo— antes de que pierdas la oportunidad!

—¡Un momento! Pongo a Dios por testigo —añadió el hombre, nervioso— de que nunca he profesado odio a mis iguales..., de que nunca me he mostrado hosco, indiferente o insensible para con nada de cuanto me rodeaba. Si, viviendo aquí solo, he concedido demasiada importancia a todo cuanto fue y pudo haber sido y demasiado poca a lo que es, el mal, creo, ha caído sobre mí y no sobre los demás. Pero si hubiese veneno en mi cuerpo, y dispusiera de antídotos y del conocimiento para aplicarlos, ¿no habría de utilizarlos? Si hubiese veneno en mi espíritu, y a través de esta temible sombra pudiese expulsarlo, ¿no debería hacerlo?

—Dime —repuso el espectro—, ¿aceptas el trato?

—¡Un momento más! —respondió, atropelladamente—. «¡Lo olvidaría si pudiera!». ¿Lo he pensado yo solo o ha sido el pensamiento de miles y miles de personas, de generaciones y generaciones? Toda la memoria humana está cargada de pesar e inquietud. Mi memoria es como la de otros hombres, pero ellos no disponen de esta elección. Sí, acepto el trato. ¡Sí! ¡Olvidaré mi pesar, mi mal y mi inquietud!

—Dime —repuso el espectro—, ¿aceptas el trato?

—¡Lo acepto!

—Aceptado. Y recuerda siempre esto, ¡hombre de quien ahora reniego!: el don que te he otorgado deberás otorgarlo tú a tu vez, vayas a donde vayas. No recuperarás la capacidad a la que acabas de renunciar y en adelante deberás destruirla en aquéllos a quienes te acerques. Tu sabiduría ha descubierto que el recuerdo del pesar, el mal y la inquietud es el sino de toda la humanidad, y que esa humanidad será más feliz sin ese recuerdo, solo con los demás. ¡Ve! ¡Sé su benefactor! Liberado de tal recuerdo, lleva contigo desde este instante la bendición de tal libertad. Su difusión es inseparable e inalienable de ti. ¡Ve! ¡Sé feliz con el bien que has obtenido y con el bien que hagas!

El fantasma, que había sostenido una mano exangüe sobre él mientras hablaba, como en una impía invocación o en una prohibición, y que gradualmente había acercado sus ojos tanto a los de él que el químico pudo ver que no participaban de la terrible sonrisa que lucía su rostro, sino que estaban sumidos en un horror fijo, inmutable y firme, fue desvaneciéndose ante él y desapareció.

Mientras permanecía allí petrificado, poseído por el miedo y el asombro, e imaginando que oía repetir en ecos melancólicos, alejándose y cada vez más débiles, las palabras «¡Destruirla en aquellos a quienes te acerques!», un agudo grito alcanzó sus oídos. No procedía de los pasillos que se extendían más allá de la puerta sino de algún otro lugar del viejo edificio, y parecía el grito de alguien que se hubiese extraviado en la oscuridad.

Se miró confuso las manos y las piernas, como para asegurarse de quién era, y luego gritó en respuesta, un grito intenso y desaforado, pues sentía extrañeza y terror, como si él también se hubiese extraviado.

Cuando oyó que le contestaba otro grito, más próximo, cogió la lámpara y alzó un pesado cortinaje que cubría la pared, por donde acostumbraba entrar y salir de la sala donde impartía clase, contigua a su aposento. Vinculada a la juventud y a la animación, y con un alto anfiteatro de rostros en los que su llegada despertaba un interés inmediato, era un lugar fantasmagórico cuando desaparecía aquella vida, y clavó su mirada en él como si fuese un emblema de la muerte.

—¡Hola! —gritó—. ¡Hola! ¡Por aquí! ¡Venga hacia la luz!

Mientras sostenía el cortinaje con una mano y con la otra alzaba la lámpara y trataba de perforar la penumbra que saturaba aquel espacio, algo pasó rápidamente por su lado, entró en la estancia como un gato montés y se agazapó en un rincón.

—¿Qué es eso? —preguntó el químico precipitadamente.

Podría también haber preguntado «¿Qué es eso?» aunque lo hubiese visto bien, como de hecho hizo cuando se detuvo y lo miró encogido en su rincón.

Un fardo de andrajos sujetos por una mano, por su tamaño y su forma casi la de un niño, pero que en su codicioso y desesperado agarre más parecía la de un malvado anciano. Un rostro redondeado y moldeado por una media docena de años, pero demacrado y crispado por las experiencias de toda una vida. Ojos brillantes, pero no juveniles. Pies descalzos, hermosos por su delicadeza infantil..., feos por la sangre y la mugre que se agrietaba en ellos. Una cría salvaje, un joven monstruo, un niño que nunca había sido niño, una criatura que podría vivir para adoptar la forma exterior de un hombre, pero que, en su interior, viviría y perecería como una mera bestia.

Habituado ya a verse acosado y perseguido como una bestia, el

muchacho permanecía agazapado mientras lo miraban, y devolvió la mirada e interpuso un brazo para protegerse del esperado golpe.

—¡Si me pegas —dijo—, te morderé!

Había quedado atrás, y no hacía muchos minutos, el tiempo en que semejante visión habría encogido el corazón del químico. En aquel momento, lo contempló fríamente, pero, haciendo un enorme esfuerzo por recordar algo —no sabía qué—, preguntó al muchacho qué hacía allí y de dónde venía.

—¿Dónde está la mujer? —contestó el chico—. Quiero encontrar a la mujer.

—¿Quién?

—La mujer. La que me trajo aquí y me dejó junto al gran fuego. Hacía tanto rato que se había ido que he ido a buscarla y me he perdido. No lo quiero a usted. Quiero a la mujer.

Se puso en pie para escapar, y lo hizo con un brinco tan raudo que el ruido apagado de sus pies descalzos sobre el suelo se oía ya cerca del cortinaje cuando Redlaw lo atrapó agarrándolo de los harapos.

—¡Vamos, déjeme marchar! —murmuró el chico, forcejeando y apretando los dientes—. No le he hecho nada. ¡Déjeme marchar y buscar a la mujer!

—No es ese el camino. Hay otro más corto —dijo Redlaw, reteniéndolo y haciendo el mismo esfuerzo vano por recordar alguna asociación con aquel monstruoso sujeto y que sin duda debía albergar—. ¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—¿Dónde vives?

—¡Vivir! ¿Qué es eso?

El muchacho se sacudió el pelo de los ojos para mirarlo un instante y luego, retorciéndose sobre las piernas y forcejeando contra él, repitió una vez más:

—¡Déjeme marchar! Quiero encontrar a la mujer.

El químico lo llevó a la puerta.

—Por aquí —dijo, mirándolo aún desconcertado, pero notando cómo la frialdad daba paso a la repugnancia y al rechazo—. Te llevaré con ella.

La afilada mirada del niño recorrió la estancia y tropezó con la mesa, donde seguían los restos de la cena.

—¡Deme un poco de eso! —dijo con avidez.

—¿No te ha dado ella de comer?

—Mañana volveré a tener hambre, ¿no es así? ¿No tengo hambre todos los días?

Al verse liberado, saltó a la mesa como un pequeño animal de presa y, abrazando contra su pecho pan, carne y sus propios andrajos, todo a la vez, dijo:

—¡Ya está! ¡Ahora, lléveme con la mujer!

Mientras el químico, con una creciente repulsión al tocarlo, le indicaba con severidad que lo siguiera y salía por la puerta, se estremeció y se detuvo.

¡«El don que te he otorgado deberás otorgarlo tú a tu vez, vayas a donde vayas»!

Las palabras del fantasma soplaban con el viento, y el viento soplaba gélido contra él.

—No iré allí esta noche —musitó con un hilo de voz—. No iré a ningún sitio esta noche. ¡Chico! Sigue recto por este pasillo de arcos, sal al patio por una gran puerta oscura, y allí, por una ventana, verás una lumbre encendida.

—¿La lumbre de la mujer? —preguntó el muchacho.

El hombre asintió, y los pies descalzos dieron un respingo y se alejaron rápidamente. El químico regresó con la lámpara, se apresuró a cerrar la puerta con llave y se sentó en su butaca, cubriéndose el rostro como alguien asustado de sí mismo.

Pues se había quedado completamente solo. Solo, solo.

EL DON DIFUNDIDO

Un pequeño hombre estaba sentado en un pequeño salón, separado de un pequeño comercio por un pequeño biombo, tapizado por entero de pequeños recortes de periódico. Acompañaba al pequeño hombre una cantidad de niños pequeños casi tan numerosa como puedan imaginar..., o, cuando menos, eso parecía, pues tal era el efecto que obraban en cuanto a su número en una esfera de acción tan limitada.

De aquellos pequeños alevines, dos, por medio de algún potente mecanismo, habían sido acostados ya en un rincón, donde podrían haber descansado plácidamente en el sueño de la inocencia de no haber sido por su propensión natural a permanecer despiertos, y también a subir y bajar de la cama correteando. El motivo inmediato de estas rapaces carreras al mundo de la vigilia era la construcción de un muro de conchas de ostras en otro rincón a manos de otros dos jovencitos de tierna edad, en cuya fortificación los dos pequeños acostados efectuaban hostigantes incursiones —como aquellos execrables pictos y escoceses que asedian los primeros estudios históricos de los britanos más jóvenes—, y después se retiraban a su propio territorio.

Sumándose a la agitación inherente a estas irrupciones y las réplicas de los invadidos, que los perseguían acaloradamente y arremetían contra la ropa de cama bajo la que se refugiaban los intrusos, otro niño pequeño, en otra pequeña cama, contribuía con su granito de arena a la confusión familiar chapoteando en el charco con las botas puestas, o, dicho de otro modo, lanzándolas junto con otros objetos, inofensivos en sí mismos aunque contundentes, a modo de proyectiles contra los perturbadores de su descanso, que no tardaban en corresponder a tales halagos.

Había aún otro niño pequeño —el más grande allí, pero aun así pequeño— que trastabillaba de un lado al otro, ladeado y con las rodillas considerablemente afectadas por el peso de un enorme bebé al que, recurriendo a esa ficción que prevalece en algunas familias optimistas, arrullaba para que se durmiese. Pero ¡oh, las inagotables regiones de contemplación y vigilancia en las que se encontraba el bebé apenas empezaban a formarse para que sus ojos las escrutasen por

encima de aquel hombro inocente!

Era un auténtico Moloch de bebé, en cuyo altar insaciable se ofrecía a diario en sacrificio la completa existencia de su particular y joven hermano. Podría decirse que su personalidad consistía en nunca estar quieto en un mismo sitio durante cinco minutos seguidos y en nunca irse a dormir cuando así se lo requerían. El «bebé de Tetterby» era tan conocido en el vecindario como el cartero o el mozo de la taberna. Correteaba de puerta en portal en brazos del pequeño Johnny Tetterby y se rezagaba en la retaguardia de las huestes de jóvenes que seguían a los volatineros o al mono, desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche. Dondequiera que los niños se reuniesen para jugar, allí estaba la pequeña Moloch, dejando a Johnny rendido y exhausto. Dondequiera que Johnny deseara quedarse, la pequeña Moloch se tornaba díscola y se emperraba en marcharse. Cuandoquiera que Johnny quisiese salir, Moloch se dormía y había que vigilarla. Cuandoquiera que Johnny quisiese quedarse en casa, Moloch se despertaba y había que sacarla. Con todo, Johnny estaba en verdad convencido de que era un bebé intachable, sin parangón en el reino de Inglaterra, y se conformaba con disfrutar de pequeños y sumisos atisbos de las cosas desde detrás de sus faldas, o por encima de su gorro flácido y aleteante, y con deambular tambaleante cargando con ella como un pequeño recadero con un fardo muy grande que no iba dirigido a nadie y que nunca podría ser entregado en lugar alguno.

El pequeño hombre sentado en el pequeño salón, que hacía infructuosos esfuerzos por leer el periódico tranquilamente en mitad de aquel alboroto, era el padre de la familia y el director de la empresa que anunciaba el cartel que había sobre la pequeña fachada del establecimiento por el nombre y título de «A. Tetterby y Compañía. Vendedores de periódicos». En realidad, estrictamente hablando, él era la única persona que respondía a tal designación, pues «y Compañía» era una mera abstracción poética, totalmente infundada e impersonal.

El comercio de Tetterby se encontraba en la esquina de los Edificios Jerusalén. En el escaparate había una buena muestra de literatura, compuesta principalmente por periódicos ilustrados atrasados y folletines de piratas y salteadores de caminos. Entre el surtido de artículos a la venta se contaban asimismo bastones y canicas. En el pasado, el negocio se había ampliado hasta abarcar la venta de pasteles, pero al parecer tales exquisiteces no encontraban demanda en los Edificios Jerusalén, pues nada relacionado con esa rama del comercio quedaba en el escaparate, salvo una especie de pequeño farol de vidrio que contenía una lánguida masa de confites que se había fundido en verano y congelado en invierno hasta que toda esperanza de sacarla de allí o de comerla sin comerse también el farol se había

desvanecido de por vida. El establecimiento de Tetterby había probado suerte en diversos ámbitos. En una ocasión, había tanteado tímidamente el negocio de la juguetería, pues en otro farol había una pila de diminutas muñecas de cera, todas del revés y pegadas entre sí en la más nefasta confusión, con los pies en cabezas ajenas y una condensación de brazos y piernas escindidas en el fondo. Había probado también con la sombrerería, lo cual atestiguaban varias hormas de sombreros, reseca y áspera, en un rincón del escaparate. Había fantaseado con la posibilidad de que hubiese un medio de vida oculto en el comercio del tabaco, y había colgado en el local un cartel con un representante oriundo de cada una de las tres partes integrantes del Imperio británico en el acto de consumir la fragante planta, acompañados de una poética leyenda que explicaba que, unidos en una misma causa, se sentaban y bromeaban, uno mascando tabaco, otro consumiendo rapé y el otro fumando; pero, al parecer, lo único que había atraído eran moscas. En un tiempo había confiado a la desesperada en la bisutería, pues en un estante de vidrio había una caja con sellos baratos, otra con estuches para lápices, y un misterioso amuleto negro de inescrutable finalidad, etiquetado a nueve peniques. Pero hasta entonces los habitantes de los Edificios Jerusalén no habían comprado nada de aquello. En suma: el establecimiento de Tetterby había tratado con tal denuedo de ganarse la vida en los Edificios Jerusalén por un medio u otro, y daba la impresión de haberlos probado todos indistintamente, que sin duda quien se encontraba en mejor posición era a todas luces la «y Compañía» de la Compañía, siendo como era un ente incorpóreo al que no afectaban los vulgares inconvenientes del hambre y la sed, que no estaba obligado a pagar las contribuciones exigidas a los pobres ni los impuestos vigentes y que no tenía una joven familia a la que mantener.

El propio Tetterby, sin embargo, en su pequeño salón, como ya hemos mencionado, con la presencia de una joven familia impresa en sus pensamientos de una forma demasiado clamorosa para obviarla o para que fuese compatible con la lectura tranquila de un periódico, dejó éste a un lado, dio varias vueltas por el salón para distraerse, como una paloma mensajera indecisa, cargó en vano contra una o dos figuras volantes en pijama que corrieron por su lado, y después, abalanzándose sobre el único miembro inofensivo de la familia, asestó un sopapo al niño de la pequeña Moloch.

—¡Tú, pillastre! —dijo el señor Tetterby—, ¿es que no tienes consideración con tu pobre padre después de las fatigas y las preocupaciones de un arduo día de invierno, que para él ha empezado a las cinco de la mañana, sino que tienes que malograr su descanso y estropearle las últimas noticias con tus perversas travesuras? ¿No es suficiente, señorito, que tu hermano 'Dolphus se esté deslomando,

empapado por la niebla y el frío, mientras tú haraganeas en el regazo del lujo con un... con un bebé y todo cuanto puedas desear a tu disposición —prosiguió el señor Tetterby, añadiendo esto como en el apogeo de una bendición—, sino que tienes que convertir esta casa en una jungla y volver locos a tus padres? ¿Tienes que hacerlo, Johnny? ¿Eh?

Con cada pregunta, el señor Tetterby hacía un nuevo conato de sopapo, pero lo pensaba mejor y refrenaba la mano.

—¡Oh, padre! —gimoteaba Johnny—, pero ¡si yo no estaba haciendo nada, de verdad! ¡Solo cuidaba de Sally y la ponía a dormir! ¡Oh, padre!

—¡Cómo quisiera que mi pequeña mujer volviese ya a casa! —dijo el señor Tetterby, aplacándose, arrepentido—. ¡Solo quisiera que mi pequeña mujer pudiese volver ya a casa! Yo no sé domeñarlos. Hacen que la cabeza me dé vueltas y pueden conmigo. ¡Oh, Johnny! ¿No es suficiente que tu querida madre te proporcionase a esa dulce hermana? —agregó señalando a Moloch—. ¿No es suficiente que fueseis siete chicos, sin sombra de una niña, y que tu querida madre tuviese que pasar por lo que pasó solo para que todos vosotros pudieseis tener una hermanita, sino que tienes que comportarte lo bastante mal para hacerme perder la cabeza?

Ablandándose más y más a medida que sus tiernos sentimientos y los de su agraviado hijo afloraban, el señor Tetterby acabó abrazándolo y soltándolo de inmediato para atrapar a uno de los verdaderos delincuentes. Entre una considerable conmoción y tras una breve pero rápida carrera y ciertas maniobras bastante severas a campo traviesa encima y debajo de la cama y entre los intrincamientos de las sillas, consiguió capturar a un pequeño, a quien castigó como merecía y acostó. Este ejemplo había ejercido una poderosa y, al parecer, cautivadora influencia sobre el de las botas, quien de inmediato se sumió en un profundo sueño pese a haber estado completamente despierto y pletórico apenas un instante antes. Tampoco pasó por alto a los arquitectos, que se retiraron a dormir en un cuarto contiguo, con sumo sigilo y rapidez. Cuando el compañero del interceptado también se refugió en su nido con similar discreción, el señor Tetterby, al hacer una pausa para tomar aliento, se encontró inesperadamente en una escena de paz.

—¡Ni siquiera mi pequeña esposa —dijo el señor Tetterby, enjugándose la sofocada cara— podría haberlo hecho mejor! ¡Solo quisiera que pudiese haberlo hecho mi pequeña mujer, cuánto lo quisiera!

El señor Tetterby rebuscó en el biombo un pasaje adecuado para grabarlo en el espíritu de sus hijos en aquella particular ocasión, y leyó lo siguiente:

—«Es un hecho indudable que todos los hombres excepcionales han tenido madres excepcionales, y que las han respetado a lo largo de su vida como si fuesen sus mejores amigas». Pensad en vuestra propia y excepcional madre, hijos míos —dijo el señor Tetterby—, iy reconoced su valía mientras se encuentre aún entre vosotros!

Volvió a sentarse en la silla junto al fuego y se recompuso, con las piernas cruzadas y el periódico en las manos.

—Que alguno de vosotros, sea el que sea, vuelva a bajar de la cama —dijo Tetterby como proclama general, pronunciada con un tono muy bondadoso—, iy la perplejidad será el sino de ese respetado coetáneo! —Expresión que el señor Tetterby había seleccionado en el biombo—. Johnny, hijo mío, cuida de tu única hermana, Sally, pues es la gema más brillante que jamás ha refulgido en tu joven frente.

Johnny se sentó en un pequeño taburete y, abnegado, se dejó aplastar bajo el peso de Moloch.

—¡Ah, qué regalo es ese bebé para ti, Johnny! —dijo su padre—, iy qué agradecido deberías estar! «Aunque no sea comúnmente sabido», Johnny —volvía a recurrir al biombo—, «se ha determinado, por medio de precisos cálculos, que el elevadísimo porcentaje de bebés que no alcanzan los dos años de vida y que se menciona a continuación, es decir...».

—¡Oh, no, padre, por favor! —gritó Johnny—. No puedo soportarlo cuando pienso en Sally...

Tras desistir el señor Tetterby, Johnny, comprendiendo más que nunca la responsabilidad que tenía a su cargo, se enjugó los ojos y arrulló a su hermana.

—Tu hermano 'Dolphus —dijo su padre mientras atizaba el fuego — se está retrasando esta noche, Johnny, y llegará como un témpano de hielo. ¿Qué estará entreteniéndolo a tu preciosa madre?

—¡Creo que llega madre, y también 'Dolphus, padre! —exclamó Johnny—. Creo...

—¡Tienes razón! —respondió su padre, aguzando el oído—. Sí, esos son los pasos de mi pequeña mujer.

El proceso inductivo por el cual el señor Tetterby había llegado a la conclusión de que su esposa era una pequeña mujer era un secreto que guardaba con celo, pues fácilmente se podrían haber sacado de ella dos ejemplares como él. Considerada de forma individual, era ciertamente excepcional por su constitución robusta y corpulenta, pero considerada en comparación con su esposo, sus dimensiones se tornaban magníficas. Tampoco adquirirían una proporción menos imponente estudiadas en comparación con el tamaño de sus siete hijos, que no eran sino diminutos. En el caso de Sally, sin embargo, la señora Tetterby finalmente se había impuesto, como nadie sabía mejor que su víctima, Johnny, que pasaba todas las horas del día sopesando y midiendo a aquel riguroso ídolo.

La señora Tetterby, que había ido a hacer la compra y cargaba con una cesta, se echó atrás el sombrero y el chal y, tras sentarse, fatigada, ordenó a Johnny que le llevara de inmediato a su dulce carga para darle un beso. Después de que Johnny obedeciera, regresara a su taburete y quedara de nuevo aplastado, el señorito Adolphus Tetterby, que para entonces había conseguido liberar su torso de una bufanda centelleante y aparentemente interminable, pidió el mismo favor. Después de que Johnny obedeciera, regresara a su taburete y quedara aplastado una vez más, el señor Tetterby, asaltado por un repentino pensamiento, decidió efectuar la misma petición en virtud de su condición de padre. La satisfacción de este tercer deseo acabó de extenuar al sacrificado, al que apenas quedaba resuello para regresar a su taburete, volver a quedar aplastado y jadear frente a sus familiares.

—Hagas lo que hagas, Johnny —dijo la señora Tetterby, sacudiendo la cabeza—, cuida de ella o jamás vuelvas a mirar a tu madre a la cara.

—Ni a tu hermano —dijo Adolphus.

—Ni a tu padre, Johnny —añadió el señor Tetterby.

Johnny, profundamente afectado por aquel repudio potencial, miró a los ojos de Moloch para ver si estaba bien, le dio unas ya expertas palmaditas en la espalda (que tenía vuelta hacia arriba) y la meció con el pie.

—¿Vienes calado, 'Dolphus, hijo mío? —preguntó su padre—. Ven y siéntate en mi silla para que te seques.

—No, padre, gracias —dijo Adolphus, pasándose las manos por la ropa—. Me parece que no estoy muy mojado. ¿Me brilla mucho la cara, padre?

—Como si fuese de cera, hijo mío —contestó el señor Tetterby.

—Es el tiempo, padre —dijo Adolphus, frotándose las mejillas con la ajada manga de la chaqueta—. Con la lluvia, y el aguanieve, y el viento, y la nieve y la niebla, a veces se me queda la cara como si tuviese un sarpullido. Y me brilla, sí..., ¿verdad?

El señorito Adolphus transitaba también por el ámbito de la prensa, empleado en una empresa más próspera que la de su padre y Compañía para vender periódicos en la estación ferroviaria, donde su rechoncha y pequeña figura, como un Cupido disfrazado con harapos, y su estridente y pequeña voz (contaba poco más de diez años) eran tan conocidas como los roncros resuellos de las locomotoras que llegaban y partían. En su precoz contacto con el tráfico ferroviario, su juventud podría haberlo desorientado y hastiado de no haber hecho un afortunado hallazgo a modo de entretenimiento y haber dividido el día en interesantes etapas sin descuidar el trabajo. Este ingenioso invento, notable, al igual que muchos grandes descubrimientos, por su sencillez, consistía en cambiar letras de la palabra «periódico» y sustituirlas, en diferentes fases del día, por otras. Así, antes del amanecer, en invierno, iba de un lado al otro con su gorra y su capa enceradas y su enorme bufanda, perforando el denso aire con sus gritos de «¡El pa-ró-di-co de la ma-ña-na!», lo cual, aproximadamente una hora antes del mediodía, se transformaba en «¡El pe-rió-di-co de la ma-ña-na!», lo cual hacia las dos se transformaba en «¡El pi-ró-me-tro de la ma-ña-na!», lo cual en un par de horas se transformaba en «¡El pór-ti-co de la ma-ña-na!», lo cual concluía al ponerse el sol como «¡El pú-di-co de la tar-de!», para gran alivio y consuelo del humor de este joven caballero.

La señora Tetterby, la dama que era su madre, que había permanecido sentada con el sombrero y el chal echados atrás, como hemos dicho antes, y sin dejar de dar vueltas y más vueltas con aire meditabundo a su alianza en el dedo, se puso en pie y, despojándose de las prendas de abrigo, se dispuso a extender el mantel para la cena.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Así va el mundo!

—¿Cómo va el mundo, querida mía? —preguntó el señor Tetterby, mirando a su alrededor.

—¡Oh, nada! —contestó la señora Tetterby.

El señor Tetterby arqueó las cejas, volvió a doblar el periódico y paseó la mirada por él, por arriba, por abajo y de través, pero no conseguía centrar su atención ni leerlo.

La señora Tetterby, al mismo tiempo, extendía el mantel, aunque más bien como si estuviese castigando a la mesa y no preparándola para la cena familiar, golpeándola con una fuerza innecesaria con los cuchillos y los tenedores, abofeteándola con los platos, abollándola con el salero y estrellando contra ella la hogaza de pan.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío, Dios mío! —dijo la señora Tetterby—. ¡Así va el mundo!

—Tesoro —replicó su esposo, mirando de nuevo a su alrededor—, eso ya lo has dicho antes. ¿Cómo va el mundo?

—¡Oh, nada! —contestó la señora Tetterby.

—¡Sophia! —protestó su esposo—, eso también lo has dicho antes.

—Bien, pues volveré a decirlo, si quieres —repuso la señora Tetterby—: ¡oh, nada! ¡Ya está! Y otra vez, si quieres: ¡oh, nada! ¡Ya está! Y otra vez, si quieres: ¡oh, nada! ¿Contento?

El señor Tetterby clavó la mirada en su compañera del alma y dijo, con cierta estupefacción:

—Mi pequeña mujer, ¿qué es lo que te ha enojado?

—Te aseguro que no lo sé —respondió ella—. No me lo preguntes. Además, ¿quién ha dicho que esté enojada? No he sido yo.

El señor Tetterby dejó por imposible la lectura del periódico y, paseando lentamente por la estancia con las manos a la espalda y los hombros erguidos —su andar perfectamente acorde con la resignación de su talante—, se dirigió a sus dos hijos mayores.

—Tu cena estará lista en un minuto, 'Dolphus —dijo el señor Tetterby—. Tu madre ha ido a comprarla con este tiempo tan desaplicable a la casa de comidas. Ha sido un gesto muy bondadoso por parte de tu madre. Tú también tendrás muy pronto algo para cenar, Johnny. Tu madre está encantada contigo, hombre mío, por ser tan atento con tu preciosa hermana.

La señora Tetterby, sin hacer ningún comentario y aplacando decididamente su animosidad contra la mesa, acabó los preparativos y cogió de la cesta una sustanciosa porción de budín de guisantes envuelto en papel y un cuenco tapado con un platillo que, al levantarlo, dejó escapar un aroma tan agradable que los tres pares de ojos que estaban en las dos camas se abrieron desorbitados y se clavaron en el

banquete. El señor Tetterby, obviando aquella invitación tácita a sentarse a la mesa, siguió repitiendo pausadamente: «Sí, sí, tu cena estará lista en un minuto, 'Dolphus... Tu madre ha ido a comprarla con este tiempo tan desapacible a la casa de comidas. Ha sido un gesto muy bondadoso por parte de tu madre...», hasta que la señora Tetterby, que había dado diversas muestras de contrición detrás de él, le rodeó el cuello con los brazos y rompió a llorar.

—¡Oh, 'Dolphus! —dijo la señora Tetterby—, ¿cómo he podido comportarme así?

Esta reconciliación afectó a Adolphus, el más joven, y a Johnny hasta el punto de que ambos, como de común acuerdo, profirieron un lúgubre grito que tuvo el efecto inmediato de cerrar los ojos en las camas y de enviar al instante de vuelta al cuarto contiguo a los otros dos pequeños Tetterby, que justo en ese momento entraban.

—Te aseguro, 'Dolphus —sollozó la señora Tetterby—, que al volver a casa no tenía más conciencia de ello que un niño nonato...

Al señor Tetterby pareció disgustarle aquella comparación y comentó:

—Di «que un bebé», querida mía.

—... No tenía más conciencia de ello que un niño nonato —dijo la señora Tetterby—. Johnny, no me mires a mí sino a ella, o se te caerá del regazo y se matará, y entonces tú morirás a consecuencia de las angustias de un corazón roto, y lo tendrás bien merecido... Al volver a casa no tenía más conciencia de estar enojada que esa ricura; pero, de algún modo, 'Dolphus...

La señora Tetterby hizo una pausa y volvió a dar vueltas y más vueltas a la alianza en su dedo.

—¡Ya lo veo! —dijo el señor Tetterby—. ¡Ya lo entiendo! Mi pequeña mujer se ha enojado. La suma de una época ardua, un tiempo arduo y un trabajo arduo nos desquicia de cuando en cuando. Ya lo veo, ¡vaya por Dios! ¡No me extraña! 'Dolph, hombre mío —prosiguió el señor Tetterby mientras exploraba el cuenco con un tenedor—, aquí tienes lo que tu madre ha ido a comprar a la casa de comidas, además del budín de guisantes: un codillo entero de una hermosa pata de cerdo con un montón de chicharrones encima y con salsa de carne bien condimentada y mostaza sin límite. Acércame tu plato, hijo mío, y empieza ahora que aún está caliente.

Sin necesitar que le insistiesen, el señorito Adolphus recibió su ración con los ojos humedecidos por el apetito y, retirándose a su taburete particular, dio cuenta de su cena con absoluta fruición. No olvidaron a Johnny, quien recibió su ración sobre un trozo de pan para que no se le cayera salsa sobre el bebé. Por motivos similares, se le pidió que se guardara el budín en un bolsillo para cuando no estuviese de servicio.

Podría haber habido más carne en el codillo —codillo que sin duda el trinchador de la casa de comidas se había asegurado de trinchar para anteriores clientas—, pero rebosaba en aderezo, complemento que evoca oníricamente al cerdo y que engaña agradablemente al sentido del gusto. También el budín de guisantes, la salsa de carne y la mostaza, como la rosa de Oriente con respecto al rruiseñor, si bien no eran cerdo en sí, habían convivido muy próximos a él, de modo que en ellos prevalecía el sabor de un cerdo de tamaño mediano. Resultó irresistible para los Tetterby que estaban en la cama, quienes, pese a que fingían dormir pacíficamente, bajaban a gatas a escondidas de sus padres y suplicaban a sus hermanos alguna muestra gastronómica de su afecto fraternal. Como éstos no eran duros de corazón y les regalaban pedacitos, resultó que un pelotón de pequeños contendientes corretearon por el salón durante toda la cena, algo que desesperó sobremanera al señor Tetterby y lo obligó en una o dos ocasiones a cargar contra ellos, ante lo cual aquellos guerrilleros se retiraron en todas direcciones en mitad de una gran confusión.

La señora Tetterby no disfrutó de su cena. Algo parecía rondar la cabeza de la señora Tetterby. En un momento reía sin motivo, y en otro lloraba sin motivo, y finalmente reía y lloraba a un tiempo de un modo tan irrazonable que su esposo estaba desconcertado.

—Mi pequeña mujer —dijo el señor Tetterby—, si así es como va el mundo, da la impresión de ir mal y asfixiarte.

—Dame un poco de agua —contestó la señora Tetterby, pugnando consigo misma—, y de momento no me hables ni me prestes ninguna atención. ¡No lo hagas!

Tras servirle el agua, el señor Tetterby se volvió súbitamente hacia el infortunado Johnny (que rebosaba compasión) y le preguntó por qué estaba ahí parado, entregado a la glotonería y a la inactividad, en lugar de acercarse con el bebé para que, al verlo, su madre se animase. Johnny se acercó de inmediato, encorvado por su peso, pero la señora Tetterby alargó una mano para dar a entender que no se encontraba en condiciones de soportar aquella dura apelación a sus sentimientos, y al muchacho se le prohibió avanzar un centímetro más

so pena de sufrir el odio perpetuo de sus parientes más queridos, por lo que éste se retiró de nuevo a su taburete y allí quedó aplastado, como antes.

Tras una pausa, la señora Tetterby dijo que ya se sentía mejor y se echó a reír.

—Mi pequeña mujer —dijo su esposo, receloso—, ¿estás completamente segura de que te sientes mejor, o estás a punto, Sophia, de estallar en otra dirección?

—No, 'Dolphus, no —contestó su esposa—. Ya vuelvo a ser yo. —Dicho lo cual, se arregló el cabello, se llevó las palmas de las manos a los ojos y volvió a reírse—. ¡Qué necia y malvada que he sido por un momento! —dijo la señora Tetterby—. Acércate, 'Dolphus, y deja que me serene y te explique a qué me refiero. Deja que te lo cuente todo.

Después de que el señor Tetterby acercase un poco más su silla a ella, la señora Tetterby se echó a reír de nuevo, lo abrazó y se enjugó los ojos.

—Ya sabes, 'Dolphus, querido mío —dijo la señora Tetterby—, que cuando estaba soltera podría haberme decidido entre no pocos pretendientes. En un momento dado, me pretendieron cuatro a la vez, dos de ellos hijos de Marte.

—Todos somos hijos de Madre, querida mía —dijo el señor Tetterby—, junto con Padre.

—No me refiero a eso —repuso su esposa—. Me refiero a que eran soldados..., sargentos.

—¡Oh! —dijo el señor Tetterby.

—Bien, 'Dolphus, te aseguro que ahora nunca pienso en esas cosas ni siento el menor arrepentimiento, y te aseguro que tengo un esposo tan bueno y haría tanto por demostrarle el enorme cariño que le profeso como...

—Como cualquier pequeña mujer del mundo —dijo el señor Tetterby—. Muy bien. Muy bien.

Aunque el señor Tetterby hubiese medido tres metros de estatura, no podría haber expresado una consideración más tierna para con la descomunal talla de la señora Tetterby; y aunque la señora Tetterby hubiese medido poco más de medio metro, no podría haber considerado

aquello menos apropiado ni merecido.

—Pero, verás, 'Dolphus —dijo la señora Tetterby—, siendo Navidad, cuando todo el que puede se divierte y cuando todo el que tiene dinero gusta de gastar un poco, al salir hace un rato a la calle me he malhumorado. Había tantas cosas a la venta..., cosas deliciosas para comer, cosas hermosas para mirar, cosas encantadoras para tener..., y tuve que hacer tantos cálculos antes de atreverme a tender seis peniques por la cosa más vulgar; y la cesta era tan grande, y yo quería llenarla con tantas compras; y llevaba tan poco dinero que apenas daría para nada, y... Me detestas, ¿verdad, 'Dolphus?

—En absoluto —contestó el señor Tetterby—, al menos de momento.

—¡Bien! Te diré toda la verdad —prosiguió su esposa, penitente—, y quizá entonces lo hagas. He sentido todo esto, y con fuerza, mientras caminaba penosamente por el frío, y al ver muchos otros rostros calculando y cestas grandes que también avanzaban penosamente, empecé a pensar si no habría hecho mejor y sido más feliz si... yo... no... —La alianza empezó a girar de nuevo, y la señora Tetterby sacudió su gacha cabeza mientras lo hacía.

—Entiendo —dijo su esposo, en voz baja—. Si no te hubieses casado, o si te hubieses casado con otro.

—Sí —sollozó la señora Tetterby—. Eso es ciertamente lo que pensé. ¿Me detestas ahora, 'Dolphus?

—Pues no —contestó el señor Tetterby—. Creo que no, al menos de momento.

La señora Tetterby le dio un beso de gratitud y prosiguió.

—Empiezo a confiar en que ya no lo harás, 'Dolphus, aunque me temo que aún no te he contado lo peor. No logro entender qué me ha pasado. No sé si estaba enferma, o enajenada o qué es lo que estaba, pero no conseguía recordar nada que pareciese unirnos o que me reconciliase con mi suerte. Todos los placeres y disfrutes que habíamos compartido... me parecían pobres e insignificantes, los aborrecí. Podría haberlos pisoteado. No podía pensar en nada más, salvo en que somos pobres y en la cantidad de bocas que tenemos en casa.

—Bien, bien, querida mía —dijo el señor Tetterby, sacudiendo la cabeza para infundirle ánimos—; a fin de cuentas, esa es la verdad. Somos pobres y tenemos muchas bocas en casa.

—¡Ah! Pero ¡Dolf, Dolf! —gritó su esposa, posando las manos en su cuello—, mi buen, amable y paciente compañero, en cuanto llevaba apenas un rato en casa..., ¡qué diferencia! ¡Oh, Dolf, querido, qué diferente era todo! Sentí caer sobre mí una especie de avalancha de recuerdos, todos a la vez, que ablandaron mi duro corazón y lo colmaron hasta hacerlo estallar. Todos nuestros esfuerzos por ganarnos la vida, todas nuestras preocupaciones y necesidades desde que nos casamos, todas las épocas de enfermedad, todas las horas de vigilia que hemos pasado el uno al lado del otro, o al lado de nuestros hijos, parecían hablarme y decirme que nos habían convertido en un solo ser, y que yo nunca habría sido, o podría haber sido, sino la esposa y la madre que soy. Entonces, los humildes disfrutes que podría haber pisoteado tan cruelmente se tornaron tan preciosos para mí (¡oh, tan preciosos y queridos!) que no soportaba pensar lo injusta que había sido; y dije, y vuelvo a decir cien veces: ¿cómo he podido comportarme así, 'Dolphus?', ¿cómo he podido tener el valor de hacerlo?

La buena mujer, arrebatada por su ternura y su remordimiento sinceros, lloraba con toda el alma cuando dio un brinco y dejó escapar un grito, y corrió a refugiarse detrás de su esposo. Fue un grito tan pavoroso que los niños salieron de su sueño y de sus camas y corrieron a aferrarse a sus faldas. Tampoco su mirada contradecía su voz, mientras señalaba a un hombre pálido ataviado con una capa negra que había entrado en la estancia.

—¡Mira a ese hombre! ¡Mira ahí! ¿Qué quiere?

—Querida mía —repuso su esposo—, se lo preguntaré si me sueltas. ¿Qué te ocurre? ¡Cómo tiembles!

—Lo he visto en la calle, cuando salí hace un rato. Me miró y se quedó cerca de mí. Me da miedo.

—¡Miedo! ¿Por qué?

—No lo sé... Yo... ¡Detente! ¡Esposo! —pues él se encaminaba ya hacia el desconocido.

La mujer mantenía una mano contra la frente y la otra sobre el pecho, y se apreciaba en ella una peculiar agitación y cierto temblor y precipitación en su mirada, como si hubiese perdido algo.

—¿Te encuentras mal, querida?

—¿Qué es lo que escapa de mí otra vez? —murmuró en voz baja—. ¿Qué es lo que se me va? —Y, acto seguido, contestó abruptamente—:

¿Encontrarme mal? No, estoy muy bien. —Y se quedó mirando al suelo con aire ausente.

Su esposo, que en un primer momento no se había visto del todo a salvo del contagio de su miedo y a quien la extrañeza de su comportamiento no tranquilizaba, se dirigió al pálido visitante de la capa negra, que permanecía de pie e inmóvil, con la mirada clavada en el suelo.

—¿A qué debemos el placer de su visita, señor? —preguntó.

—Me temo que la manera inadvertida en que he llegado les ha alarmado —contestó el visitante—, pero estaban hablando y no me han oído.

—Mi pequeña esposa dice..., tal vez la haya oído —repuso el señor Tetterby—, que no es la primera vez que la alarma esta noche.

—Lo lamento. Recuerdo haberla mirado, tan solo unos instantes, en la calle. No tenía intención de asustarla.

Al hablar fue alzando la vista, y ella hizo lo propio. Era extraordinario ver el pavor que le profesaba y el pavor con que él observaba su reacción..., y, sin embargo, con qué atención y rigor.

—Me llamo Redlaw —dijo—. Vengo de la vieja escuela universitaria que hay aquí cerca. Un joven caballero que estudia en ella se aloja en su casa, ¿no es así?

—¿El señor Denham? —preguntó Tetterby.

—Sí.

Fue un movimiento espontáneo y apenas perceptible por su levedad, pero el pequeño hombre, antes de volver a hablar, se pasó la mano por la frente y recorrió rápidamente la estancia con la mirada, como si hubiese percibido cierto cambio en su atmósfera. El químico, transfiriendo a él la mirada de pavor que había dirigido a su esposa, retrocedió y su tez palideció aún más.

—El dormitorio del caballero —dijo Tetterby— está en la planta superior, señor. Dispone de una entrada privada, más cómoda, pero, dado que ya se encuentra aquí, no es necesario que vuelva a salir al frío, en caso de que no le importe subir esta pequeña escalera —añadió, mostrándole la que comunicaba directamente con la salita—, que le llevará hasta donde él se encuentra, si desea verle.

—Sí, deseo verle —dijo el químico—. ¿Podría prestarme una luz?

La intensidad de aquella mirada macilenta y la inexplicable desconfianza que la ensombrecía parecían inquietar al señor Tetterby, que guardó silencio uno o dos minutos, mirándolo a su vez fijamente como un hombre estupefacto o fascinado.

Finalmente, dijo:

—Le alumbraré el camino, señor. Si es tan amable de seguirme...

—No —contestó el químico—. No quiero que nadie me acompañe ni que se le anuncie mi visita. No me espera. Prefiero ir solo. Por favor, deme la luz, si puede prescindir de ella, y buscaré el camino.

En la premura de la expresión de tal deseo, al coger la vela de manos del vendedor de periódicos le tocó el pecho. Retirando la mano rápidamente, casi como si le hubiese herido accidentalmente (pues ignoraba en qué parte de él residía su nuevo poder, o cómo se transmitía, o cómo variaba la forma de su recepción en cada persona), se volvió y subió la escalera.

Pero, cuando llegó al final, se detuvo y miró hacia abajo. La esposa seguía en el mismo lugar, haciendo girar sin cesar la alianza en su dedo. El esposo, con la cabeza caída sobre el pecho, se había sumido en una honda y sombría reflexión. Los niños, aún arracimados alrededor de la madre, miraban tímidamente al visitante, y se acurrucaron los unos contra los otros cuando lo vieron mirar hacia abajo.

—¡Vamos! —dijo el padre, con aspereza—. Se acabó. ¡A la cama!

—Esta estancia ya es lo bastante incómoda y pequeña sin vosotros —añadió la madre—. ¡A la cama!

Toda la prole, asustada y triste, fue dispersándose; el pequeño Johnny y el bebé se rezagaron en último lugar. La madre, dirigiendo miradas desdeñosas a la mísera sala y apartando de sí las sobras de la cena, se detuvo en el umbral de la tarea de recoger la mesa y se sentó, absorta y desalentada. El padre se encaminó al rincón de la chimenea y se puso a rastrillar con impaciencia la pobre lumbre para recomponerla, inclinándose sobre ella como si quisiera monopolizarla. No intercambiaron una sola palabra.

El químico, más pálido que antes, siguió avanzando con el sigilo de un ladrón, contemplando el cambio que se había obrado abajo y

temeroso por igual de proseguir y de regresar.

—¡Qué he hecho! —dijo, confuso—. ¡Qué voy a hacer!

«Ser el benefactor del género humano», creyó oír que le contestaba una voz.

Miró a su alrededor, pero nada había allí; un pasillo le impedía ver ya el pequeño salón y procedió, mirando al frente mientras seguía avanzando.

—Solo he estado encerrado desde anoche —musitó, apesadumbrado— y, pese a ello, todo me resulta extraño. Yo mismo me resulto extraño. Estoy aquí como en un sueño. ¿Qué interés tengo en este lugar, o en ningún lugar que pueda evocar en mi memoria? ¡Mi espíritu se está quedando ciego!

Vio una puerta ante sí y llamó. Cuando una voz procedente del interior lo invitó a entrar, obedeció.

—¿Es mi amable enfermera? —preguntó la voz—. Aunque no necesito preguntarlo. Nadie más va a venir aquí.

La voz hablaba alegremente, si bien con un tono lánguido, y atrajo su atención hacia un joven tendido en un diván colocado ante la chimenea, de espaldas a la puerta. El fuego ardía sobre una exigua y magra hornilla enladrillada en el centro del hogar, un fuego descarnado y hueco como las mejillas de un enfermo que apenas calentaba y hacia el que el joven tenía vuelto el rostro. Encontrándose tan próximo al ventoso tejado de la casa, se consumía rápidamente y con un sonido impetuoso, y las ascuas caían muy deprisa.

—Tintinean cuando saltan hasta aquí —dijo el estudiante, sonriendo—, así que no son ataúdes, como afirma el dicho popular, sino monederos. Algún día me pondré bien y seré rico, si Dios quiere, y viviré, quizá, para amar a una hija que se llame Milly, en recuerdo del corazón más amable y dulce del mundo.

Alzó una mano como esperando a que ella la tomara, pero, pese a estar despierto, yacía inmóvil, con la cara descansando sobre la otra mano, y no se volvió.

El químico paseó la mirada por el dormitorio: por los libros y los papeles del estudiante, apilados sobre la mesa que había en un rincón, donde tanto ellos como una lámpara de lectura apagada, en aquellos momentos prohibida y relegada, daban cuenta de las horas que había

dedicado al estudio antes de la enfermedad, de la que tal vez fueran la causa; por los indicios de su antigua salud y su antigua libertad, como el atuendo de calle que colgaba inerte de la pared; por aquellos recordatorios de otras escenas menos solitarias: las pequeñas miniaturas en la repisa de la chimenea y un dibujo de su hogar; por aquella muestra de su emulación, tal vez, de algún modo, de su apego personal: el retrato enmarcado de él mismo, el espectador. Había habido un tiempo, apenas el día anterior, cuando ni uno solo de aquellos objetos, en su más remota asociación de interés con el ser vivo que tenía ante sí, habría pasado inadvertido para Redlaw. En aquel momento, no eran sino objetos; o, si lo alcanzaba algún destello de tal conexión, lo desconcertaba en lugar de iluminarlo mientras permanecía de pie mirando a su alrededor sumido en un anodino asombro.

El estudiante, recordando la enjuta mano que llevaba tanto rato sin ser tocada, se irguió en el diván y volvió la cabeza.

—¡Señor Redlaw! —exclamó, y se puso en pie.

Redlaw alargó un brazo.

—No te acerques más a mí. Me sentaré aquí. ¡Tú quédate donde estás!

Se sentó en una silla próxima a la puerta y, tras dirigir una mirada al joven, que se apoyaba sobre una mano en el diván, habló con la mirada clavada en el suelo.

—He sabido, por una casualidad que carece de importancia, que uno de mis alumnos estaba enfermo y solo. No he recibido más información de él que la de que vivía en esta calle. Iniciando mis pesquisas en la primera casa de la misma, he acabado encontrándolo.

—He estado enfermo, señor —repuso el estudiante, no solo con una recatada vacilación, sino también con una especie de temor reverencial hacia él—, pero ya estoy muchísimo mejor. Un acceso de fiebre (en el cerebro, creo) me ha debilitado, pero ya estoy mucho mejor. No puedo decir que haya estado solo en mi enfermedad u olvidaría la mano que ha velado por mí y que en todo momento ha permanecido cerca.

—Hablas de la esposa del conserje —dijo Redlaw.

—Sí. —El estudiante inclinó la cabeza, como rindiendo un mudo homenaje a la mujer.

El químico, en quien había una apatía fría y monótona que le hacía parecer más una imagen de mármol en la tumba del hombre que se había puesto en pie de un salto el día anterior con la primera mención del caso de aquel estudiante, que el hombre que en aquel momento era, volvió a mirar al estudiante, que seguía apoyado sobre una mano en el diván, y luego de nuevo al suelo y al aire, como buscando luz para su espíritu cegado.

—He recordado tu apellido —dijo— cuando me lo han dicho hace un momento abajo, y he recordado tu cara. Hemos mantenido muy poca comunicación personal, ¿no es así?

—Muy poca.

—Tengo la impresión de que me has evitado y eludido más que cualquier otro alumno.

El estudiante expresó asentimiento.

—¿Y por qué? —preguntó el químico, no con la más ínfima expresión de interés, sino con una especie de hosca y caprichosa curiosidad—. ¿Por qué? ¿A qué se debe que hayas procurado evitar que yo, especialmente, supiera que te alojas aquí, en esta época del año, cuando todos los demás se han marchado, y que estás enfermo? Quiero saber por qué.

El joven, que lo había escuchado con creciente nerviosismo, alzó su mirada gacha hasta él y, uniendo las manos, gritó con repentino fervor y labios trémulos:

—¡Señor Redlaw! Me ha descubierto. ¡Conoce mi secreto!

—¿Secreto? —repitió el químico, con aspereza—. ¿Que lo conozco?

—¡Sí! Su actitud, tan diferente del interés y la simpatía que despierta en tantos corazones, el cambio en su voz, la reserva que hay en todo cuanto dice, y en su mirada —contestó el estudiante—, me advierten de que usted me conoce. Que quiera ocultarlo, incluso ahora, no es para mí sino una prueba (isabe Dios que no necesito ninguna!) de su amabilidad natural y de la barrera que existe entre ambos.

Una carcajada vacía y desdeñosa fue toda la respuesta que obtuvo.

—Pero, señor Redlaw —prosiguió el estudiante—, siendo un hombre justo, un hombre bondadoso, como es, piense en lo inocente

que soy yo, salvo en apellido y origen, de participar en ningún mal que se le haya infligido o en ningún pesar que haya soportado.

—¡Pesar! —dijo Redlaw, riéndose—. ¡Mal! ¿Qué es eso para mí?

—¡Por el amor de Dios! —suplicó el estudiante, amilanado—, ¡no permita que el mero intercambio de unas pocas palabras conmigo le cambie de ese modo, señor! Permítame volver a pasar inadvertido ante usted. Permítame ocupar mi antiguo lugar, reservado y distante, entre aquellos a quienes instruye. Conózcame únicamente por el apellido que he adoptado, y no por el de Longford...

—¡Longford! —exclamó el químico.

Se llevó las manos a la cabeza, y por un instante volvió su inteligente y reflexiva cara hacia el joven. Pero la luz lo abandonó, como un efímero rayo de sol, y volvió a ensombrecerse, como antes.

—El apellido de mi madre, señor —balbució el joven—, el apellido que adoptó cuando, quizá, podría haber adoptado uno más honroso. Señor Redlaw —prosiguió, vacilante—, creo que conozco esa historia. Donde mi información acaba, mis conjeturas acerca de lo demás podrían proporcionar algo no lejano a la verdad. Soy hijo de un matrimonio que no ha resultado bien avenido ni feliz. Desde la infancia, he oído hablar de usted con honra y respeto..., con algo rayano en la reverencia. He oído hablar de tal devoción, de tal entereza y tal cariño, de tal capacidad para alzarse contra los obstáculos que aplastan a otros hombres que mi imaginación, pues aprendí la pequeña lección de mi madre, ha dibujado una brillante pátina sobre su nombre. De modo que, siendo un pobre estudiante, ¿de quién podía aprender yo sino de usted?

Redlaw, inmóvil, inmutable y escrutándolo ceñudo, no respondió con palabra ni gesto.

—No sabría decir —prosiguió el otro—, en vano trataría de decir cuánto me impresionó, y afectó, encontrar los gentiles vestigios del pasado en esa peculiar capacidad de granjearse una gratitud y una confianza que entre nosotros, los estudiantes (entre los más humildes en mayor medida), están asociadas al generoso apellido del señor Redlaw. Nuestras edades y condiciones son tan distintas, señor, y yo estoy tan acostumbrado a considerarlo desde la distancia, que me asombro de mi propia presunción al tocar, aunque sea levemente, esta cuestión. Pero para alguien que..., podría decir, que no profesó en el pasado el interés natural por su madre..., sería grato oír, ahora que todo eso forma ya parte del pasado, con qué indescriptibles sentimientos de afecto lo he considerado a usted, en mi oscuridad; con

qué dolor y reticencia me he mantenido distante de su aliento, cuando una palabra suya me habría hecho sentirme rico; y, sin embargo, creí que lo que debía hacer era seguir mi camino, contento de haberle conocido sin que él llegase a conocerme a mí. Señor Redlaw —añadió el estudiante, con voz débil—, quizá mis palabras no hayan sido las más precisas para decir cuanto quería decir, pues la fuerza que siento aún me resulta extraña, pero si hay algo indigno en esta impostura mía, ¡perdóneme, y olvídeme por siempre!

El rostro de Redlaw conservaba su ceñudo escrutinio y no transmitió otra expresión hasta que el estudiante, dicho esto, avanzó hacia él, como para tocar su mano, y él retrocedió y le gritó:

—¡No te acerques más a mí!

El joven se detuvo, conmocionado por el fervor de su retroceso, y por la severidad de su repulsión, y se pasó la mano por la frente con aire reflexivo.

—El pasado es pasado —dijo el químico—. Muere como las bestias. ¿Quién se atreve a hablarme de sus vestigios en mi vida? ¡Quien lo hace desvaría o miente! ¿Qué tengo que ver yo con tus extraviados sueños? Si quieres dinero, aquí lo tienes. He venido a ofrecértelo; es por lo único que he venido. No puede haber nada más que me traiga aquí —musitó, volviendo a llevarse las manos a la cabeza—. No puede haber nada más, y, sin embargo...

Había arrojado el monedero sobre la mesa. Mientras caía en esta vaga cavilación, el estudiante lo cogió y se lo tendió.

—Lléveselo, señor —dijo, ufano, aunque no airado—. Desearía que también pudiese llevarse con él el recuerdo de sus palabras y su ofrecimiento.

—¿De veras? —replicó, con un brillo salvaje en los ojos—. ¿De veras?

—¡De veras!

El químico se acercó a él, por primera vez, cogió el monedero, le obligó a volverse agarrándolo de un brazo y lo miró a la cara.

—Hay dolor y preocupación en la enfermedad, ¿no es cierto? —preguntó con una carcajada.

El asombrado estudiante contestó:

—Sí.

—En su desasosiego, en su inquietud, en su incertidumbre, en toda su cadena de padecimientos físicos y mentales —añadió el químico, con una exultación desenfrenada y sobrenatural—. Mejor olvidar todo ello, ¿no es así?

El estudiante no contestó, sino que volvió a pasarse la mano por la frente con aire confuso. Redlaw seguía aferrándolo por la manga cuando se oyó la voz de Milly fuera:

—Ya veo muy bien —dijo—; gracias, Dolf. No llores, cariño. Papá y mamá volverán a estar tranquilos, mañana, y la casa también volverá a estar tranquila. ¿Dices que hay un caballero con él?

Redlaw lo soltó mientras escuchaba.

—Desde el primer momento —musitó para sí— he temido encontrarme con ella. Hay en ella una bondad inquebrantable en la que me aterra influir. Podría convertirme en el asesino de lo mejor y más tierno que alberga su seno.

Ella llamaba a la puerta.

—¿Debería desechar esta idea como un vano presentimiento o bien evitarla? —murmuró, mirando desazonado a su alrededor.

Ella volvía a llamar a la puerta.

—De todas las visitas que podrían venir —dijo, con voz ronca y asustada, volviéndose hacia su acompañante—, ésta es la que más deseo evitar. ¡Escóndeme!

El estudiante abrió una frágil puerta que había en la pared y que comunicaba, allí donde el techo del desván empezaba a inclinarse hacia el suelo, con un cuarto interior. Redlaw entró en él a toda prisa y cerró la puerta.

El estudiante volvió a ocupar su sitio en el diván y la invitó a entrar.

—Querido señor Edmund —dijo Milly, mirando alrededor—, me han dicho que había un caballero aquí.

—Aquí solo estoy yo.

—¿Ha habido alguien?

—Sí, sí, ha habido alguien.

Ella dejó sobre la mesa la pequeña cesta que llevaba y se acercó al respaldo del diván, como para tomar la mano extendida... que no estaba allí. Un poco sorprendida, con su discreción habitual, se inclinó para mirarle a la cara y le tocó la frente con delicadeza.

—¿Se encuentra igual de bien esta noche? Su cabeza no está tan fría como esta tarde.

—¡Bah! —dijo el estudiante, malhumorado—. Ya casi no me duele nada.

Una sorpresa aún mayor, si bien exenta de reproche, asomó al rostro de ella mientras se retiraba al otro lado de la mesa y sacaba un pequeño envoltorio que contenía su labor. Pero, pensándolo mejor, volvió a dejarlo y, paseándose con sigilo por la estancia, fue colocándolo todo en su lugar exacto y en el más pulcro orden, incluso los cojines del diván, que tocó con una mano tan liviana que él apenas pareció advertirlo mientras yacía contemplando el fuego. Cuando todo esto estuvo hecho y ella barrió el hogar, se sentó, con su sencillo gorrito puesto, y de inmediato se consagró a la labor tranquilamente.

—Es la nueva cortina de muselina para la ventana, señor Edmund —dijo Milly, sin dejar de coser mientras hablaba—. Quedará muy pulcra y bonita aunque sea tan barata, y además le protegerá los ojos de la luz. Mi William dice que no debería entrar tanta luz en la estancia, ahora que se está recuperando tan bien, pues el resplandor podría aturdirlo.

Él no dijo nada, pero había algo tan inquieto e impaciente en su cambio de postura que los rápidos dedos de ella se detuvieron, y la mujer lo miró inquieta.

—Los cojines no parecen cómodos —dijo, dejando la labor y poniéndose en pie—. Enseguida los arreglaré.

—Están muy bien —repuso él—. Déjelos como están, se lo ruego. De todo hace una montaña.

Alzó la cabeza para decir esto, y la miró con tanta ingratitud que, después de agacharla de nuevo, ella permaneció en pie tímidamente.

Sin embargo, volvió a su silla y a la aguja sin haberle dirigido siquiera una mirada de protesta, y enseguida estuvo tan afanada como

antes.

—He estado pensando, señor Edmund, en eso en que usted ha estado pensando tanto últimamente, estando yo aquí sentada; qué cierto es ese dicho, que la adversidad es buena maestra. Después de esta enfermedad, la salud será más valiosa para usted de lo que nunca lo ha sido. Y dentro de muchos años, cuando llegue esta época y usted recuerde los días que pasó aquí enfermo, solo y ocultando su enfermedad a sus seres más queridos para no afligirlos, su hogar será doblementepreciado y doblemente feliz. ¿No le parece una maravillosa verdad?

Estaba demasiado absorta en la labor, y demasiado concentrada en lo que decía, y demasiado serena y tranquila para prestar atención a la mirada que él pudiese dirigirla a modo de respuesta, por lo que la saeta de aquella ingrata mirada resultó inocua y no la hirió.

—¡Ah! —prosiguió Milly, ladeando reflexivamente su hermosa cabeza, y con los ojos siguiendo sus ajetreados dedos—. Incluso a mí (y yo soy muy diferente de usted, señor Edmund, pues no tengo educación y no sé pensar como es debido) me ha causado gran impresión esta perspectiva de las cosas desde que usted está enfermo. Al verle tan conmovido por la amabilidad y la atención de esa pobre gente de abajo, he tenido la impresión de que usted incluso consideraba la experiencia una recompensa por la pérdida de la salud, y he leído en su rostro, con la misma claridad que si fuese un libro, que de no ser por las preocupaciones y los pesares nunca conoceríamos ni la mitad del bien que hay a nuestro alrededor.

Levantándose del diván, él la interrumpió, pues la mujer iba a añadir algo más.

—No deberíamos exagerar el mérito ajeno, señora William —replicó, con desprecio—. A la gente de abajo se le pagará a su debido tiempo, me atrevo a decir, por cualquier servicio extraordinario que me hayan prestado, por nimio que sea, y tal vez no sea menos lo que ellos esperan. También le estoy muy agradecido a usted.

Sus dedos se detuvieron y lo miró.

—Exagerando la situación no hará que me sienta más agradecido —añadió él—. Soy consciente del interés que me ha profesado y afirmo que le estoy muy agradecido. ¿Qué más espera?

La labor cayó sobre su regazo mientras lo miraba caminar de un lado al otro con aire intransigente y deteniéndose de cuando en cuando.

—Lo repito: le estoy muy agradecido. ¿Por qué desdeña mi reconocimiento, que le corresponde por derecho, planteándome semejantes reclamaciones? ¡Preocupación, pesar, aflicción, adversidad! ¡Cualquiera creería que he muerto aquí un centenar de veces!

—¿Cree usted, señor Edmund —preguntó ella mientras se ponía en pie y se acercaba a él—, que he hablado de la pobre gente de esta casa refiriéndome a mí en algún sentido? ¿A mí?

Y se llevó una mano al pecho esbozando una humilde e inocente sonrisa de perplejidad.

—¡Oh! No creo nada de eso, mi buena amiga —repuso él—. He tenido una indisposición que su solicitud (¡fíjese!, digo «solicitud») ha magnificado en exceso, pero ya ha terminado y no podemos perpetuarla.

Cogió un libro con frialdad y se sentó a la mesa.

Ella lo observó unos instantes hasta que su sonrisa se desvaneció, y a continuación, regresando a donde se encontraba su cesta, dijo pausadamente:

—Señor Edmund, ¿preferiría estar solo?

—No tengo motivo para retenerla aquí —contestó él.

—Salvo... —dijo Milly, vacilando y mostrándole la labor.

—¡Oh!, la cortina —replicó él con una risa desdeñosa—. No es algo por lo que merezca la pena que se quede.

Ella envolvió su labor y la guardó en la cesta. Luego, plantándose de pie frente a él con tal aire de paciente súplica que él no pudo por menos que mirarla, dijo:

—Si me necesita, de buen grado volveré. Cuando me ha necesitado, he estado encantada de venir; no hay ningún mérito en ello. Creo que le asusta que, ahora que está recuperándose, yo pueda resultarle una molestia, pero le aseguro que nunca habría sido así. No habría venido durante más tiempo del que se prolongase su debilidad y su confinamiento. No me debe nada, pero considero justo que me trate como si fuese una dama..., incluso la mismísima dama objeto de su amor, y si recela de que haya magnificado lo poco que he tratado de hacer por que este cuarto, el cuarto de un enfermo, fuese un lugar más acogedor, se hace usted más daño del que jamás podrá hacerme a mí.

Por eso lo lamento. Por eso lo lamento mucho.

Si hubiese mostrado tanta vehemencia como sosiego, tanta indignación como serenidad, tanta estridencia como sutileza y claridad, tal vez al marcharse no habría dejado en la estancia la sensación de ausencia que cayó sobre el solitario estudiante cuando ella la abandonó.

Él contemplaba taciturno el lugar donde ella había estado cuando Redlaw salió de su escondrijo y se dirigió a la puerta.

—Cuando la enfermedad vuelva a posar su mano en ti —dijo, devolviéndole una mirada feroz—... ¡que ocurra pronto...!), ¡muere aquí!, ¡púdrete aquí!

—¿Qué ha hecho? —replicó el otro, aferrándose a su capa—. ¿Qué cambio ha obrado en mí? ¿Qué maldición me ha impuesto? ¡Devuélvame a quien yo era!

—¡A quien yo era! —exclamó Redlaw como un enajenado—. ¡Estoy infectado! ¡Soy infeccioso! Llevo en mi seno veneno para mi espíritu y los espíritus de todo el género humano. Allí donde antes sentía interés, compasión y simpatía me estoy convirtiendo en piedra. El egoísmo y la ingratitud brotan de mis pasos, que con todo arrasan. Y solo soy mucho menos vil que los desgraciados a quienes transformo en tales por el hecho de ser capaz de odiarlos en el momento de su transformación.

Mientras hablaba (con el joven aún aferrado a su capa), lo apartó de sí con un golpe y se precipitó desenfrenado a la noche, donde el viento soplaba, la nieve caía, las nubes se arrastraban y la luna brillaba débilmente, y donde, soplando con el viento, cayendo con la nieve, arrastrándose con las nubes y brillando con la luz de la luna, y acechando pesadamente en la oscuridad, flotaban las palabras del fantasma: «¡El don que te he otorgado deberás otorgarlo tú a tu vez, vayas a donde vayas!».

Adónde iba, ni lo sabía ni le importaba, de modo que optó por evitar toda compañía. El cambio que sintió en su interior transformó las bulliciosas calles en desierto, y a sí mismo en desierto, y a la multitud que lo rodeaba, en sus múltiples penalidades y modos de vida, en una imponente extensión de arena que los vientos sacudían para tornarla en montículos ininteligibles y ruinoso confusión. Aquellos rastros en el pecho, que el fantasma le había dicho que «pronto se extinguirían», aún no se habían alejado tanto en el camino hacia la muerte para impedirle comprender lo que él era, y en lo que estaba convirtiendo a los demás, y por ello deseaba estar solo.

Con esto en la cabeza, de pronto recordó, mientras caminaba, al muchacho que había entrado corriendo en su estancia. Y entonces cayó en la cuenta de que, de entre aquellos con quienes se había comunicado desde la desaparición del fantasma, ese muchacho era el único que no había mostrado el menor indicio de haber experimentado algún cambio.

Por monstruosa y odiosa que le resultase aquella idea bárbara, decidió ir en su busca y comprobar si realmente era así, y también ir en su busca con otra intención, que brotó en sus pensamientos de forma simultánea.

Así, tras deducir con cierta dificultad dónde se encontraba, dirigió sus pasos hacia la entrada general, el único lugar donde el suelo estaba desgastado por el paso de los estudiantes.

La casa del conserje se encontraba justo detrás de la verja de hierro y formaba parte del patio principal. Fuera había un pequeño claustro, y sabía que desde aquel discreto rincón podría observar la ventana de sus aposentos y ver a quien se hallara allí. Encontró la cancela de hierro cerrada, pero su mano estaba familiarizada con el cerrojo y, tras introducir la muñeca entre los barrotes y retirarlo, la cruzó con sigilo, volvió a cerrarla y se acercó sigilosamente a la ventana, desmenuzando la fina capa de nieve con sus pies.

El fuego, junto al que había enviado al muchacho la noche anterior, brillaba refulgente a través del cristal e iluminaba parte del suelo. Esquivándola y rodeándola instintivamente, miró por la ventana. En un primer momento le pareció que en la estancia no había nadie y que el resplandor enrojecía únicamente las viejas vigas del techo y las oscuras paredes; sin embargo, al aguzar la vista, vio al objeto de su búsqueda ovillado y dormido en el suelo, frente al hogar. Se dirigió rápidamente a la puerta, la abrió y entró.

La criatura yacía en un calor tan ardoroso que cuando el químico se agachó para despertarlo se chamuscó la cabeza. En cuanto lo tocó, el muchacho, aún medio dormido, aferró sus andrajos y, medio rodando medio corriendo, se alejó hasta un rincón apartado de la estancia, donde, acurrucado, alargó un pie para defenderse.

—¡Levántate! —dijo el químico—. ¿Me recuerdas?

—¡Déjeme en paz! —contestó el muchacho—. Esta es la casa de la mujer..., no la suya.

La firme mirada del químico de algún modo lo domeñó o le inspiró la suficiente sumisión para que acabase por levantarse y mirarlo.

—¿Quién te ha lavado y vendado los moretones y las magulladuras? —preguntó el químico, señalándolos.

—La mujer.

—¿Y ha sido ella también quien te ha lavado la cara?

—Sí, la mujer.

Redlaw le hizo estas preguntas para atraer hacia sí su mirada, y con la misma intención lo tomó entonces por la barbilla y le echó atrás su agreste cabello, aunque aborrecía tocarlo. El muchacho lo miró a los ojos fijamente, como si lo considerase necesario para defenderse, sin saber qué hacer a continuación, y Redlaw observó con total claridad que ningún cambio se producía en él.

—¿Dónde están? —preguntó.

—La mujer ha salido.

—Lo sé. ¿Dónde está el anciano de pelo cano y su hijo?

—¿Se refiere al esposo de la mujer? —preguntó el muchacho.

—Sí. ¿Dónde están esos dos?

—Fuera. Ha debido de ocurrir algo. Los requirieron precipitadamente y me dijeron que me quedase aquí.

—Ven conmigo —dijo el químico— y te daré dinero.

—¿Adónde? ¿Y cuánto me dará?

—Te daré más chelines de los que nunca hayas visto y te traeré de vuelta pronto. ¿Sabes llegar al sitio de donde viniste?

—Déjeme marchar —contestó el muchacho, zafándose de él repentinamente—. ¡No pienso llevarle allí! ¡Déjeme en paz o le tiraré unas brasas!

Estaba agachado frente a ellas y dispuesto a sacarlas con su diminuta y salvaje mano.

Lo que el químico había sentido al observar el efecto que su hechizada influencia ejercía sobre aquellos con quienes entraba en

contacto ni siquiera se asemejaba al frío y vago terror con que aquel cachorro de monstruo lo desafiaba. Le heló la sangre mirar a aquella criatura inmutable e inescrutable con forma de niño, con su afilado y malévolos rostro vuelto hacia el suyo y su mano casi de bebé preparada junto a la rejilla.

—¡Escucha, muchacho! —dijo—, me llevarás a donde tú quieras, con la condición de que la gente que allí viva sea muy desdichada o muy malvada. Quiero hacerles el bien, no voy a hacerles ningún daño. Tendrás el dinero, como te he dicho, y te traeré de vuelta. ¡Levántate! ¡Deprisa! —Avanzó un precipitado paso hacia la puerta, temeroso de que ella volviese.

—¿Dejará que camine por mi cuenta y en ningún momento me agarrará ni me tocará siquiera? —preguntó el muchacho, retirando lentamente la mano con que lo había amenazado y empezando a incorporarse.

—¡Lo haré!

—¿Y dejará que vaya delante, detrás o donde yo quiera?

—¡Lo haré!

—Entonces, deme primero parte del dinero e iré con usted.

El químico depositó varios chelines, uno por uno, en su mano extendida. Contarlos trascendía los conocimientos del muchacho, que fue repitiendo «uno» cada vez y mirándolos mientras se los entregaba, y también al donante. Aparte de la mano, no tenía dónde guardarlos sino en la boca, y allí los guardó.

Redlaw anotó entonces con un lápiz en una hoja de su cuaderno que el muchacho estaba con él y, tras dejarla sobre la mesa, le indicó a éste con un gesto que lo siguiera. Recogiendo sus andrajos, como de costumbre, el muchacho obedeció y salió a la noche invernal con la cabeza descubierta y los pies descalzos.

Prefiriendo no salir por la cancela de hierro por la que había entrado, donde corrían el riesgo de encontrarse con aquella a quien él tan ansiosamente evitaba, el químico precedió al chico por algunos de aquellos corredores por los que el muchacho se había extraviado, y por la parte del edificio donde él vivía, hasta una pequeña puerta de la que tenía llave. Cuando llegaron a la calle, se detuvo para preguntar a su guía (que retrocedió ante él al instante) si sabía dónde estaban.

La criatura salvaje miró aquí y allá y, al cabo, señaló con la cabeza en la dirección que había previsto tomar. Redlaw la enfiló de inmediato y el muchacho lo siguió, algo menos receloso, llevándose el dinero de la boca a la mano y de nuevo a la boca, y frotándolo subrepticamente contra los jirones de su ropa para sacarle brillo mientras avanzaba.

En tres ocasiones estuvieron uno al lado del otro. En tres ocasiones se detuvieron estando uno al lado del otro. En tres ocasiones el químico bajó la mirada hacia el rostro del otro y se estremeció mientras trataba de obligarse a centrar sus pensamientos.

La primera de ellas fue cuando cruzaban un antiguo cementerio y Redlaw se detuvo entre las tumbas, absolutamente incapaz de asociarlas a ninguna idea tierna, alentadora o consoladora.

La segunda fue cuando la aparición de la luna lo indujo a mirar al cielo, donde la vio en todo su esplendor, rodeada de un sinfín de estrellas de las que aún conocía los nombres y la historia que la ciencia humana les había atribuido, pero donde no vio nada que no estuviera acostumbrado a ver; no sintió nada que no estuviera acostumbrado a sentir al mirar hacia allí arriba en una noche clara.

La tercera fue cuando se detuvo a escuchar unos quejumbrosos compases musicales, aunque solo alcanzaba a oír la melodía por medio del descarnado mecanismo de los instrumentos y de sus propios oídos, sin despertar ningún misterio en su interior, sin insuflarle un susurro del pasado o del futuro, infructuosa para él como el sonido del agua que ha fluido el año anterior o del viento que ha soplado el año anterior.

En cada una de las tres ocasiones vio con horror que, pese a la inmensa distancia intelectual que los separaba y sus diferencias en todos los aspectos físicos, la expresión que lucía el rostro del muchacho era la misma que tenía el suyo.

Siguieron caminando un rato —ora entre lugares tan atestados de gente que con frecuencia volvía la cabeza para mirar por encima del hombro creyendo que había perdido a su guía, pero encontrándolo la mayor parte de las veces a su sombra, en el lado contrario al que miraba, ora por caminos tan silenciosos que podría haber contado sus cortos, raudos y desnudos pasos siguiéndolo—, hasta que llegaron a un conjunto de casas, y el muchacho lo tocó y se detuvo.

—¡Ahí dentro! —dijo, señalando una casa en la que se veían luces dispersas por las ventanas y un tenue farol en el portal, en el que había una inscripción pintada: «Posada para viajeros».

Redlaw miró a su alrededor; desde las casas hasta el terreno yermo en el que se erigían, o más bien en el que no se desmoronaban por completo, sin verjas, sin sistema de aguas, sin iluminación, y rodeadas por una perezosa acequia; desde aquello hasta la hilera de arcos en pendiente, restos de algún viaducto o puente próximo por el que estaba cercada y que descendía gradualmente hacia ellos hasta que el penúltimo apenas era una caseta de perro, y el último, un montón de ladrillos saqueados; desde aquello hasta el niño, a su lado, encogido y temblando de frío, y cojeando sobre un pequeño pie, mientras se rodeaba con el otro la pierna para hacerla entrar en calor, y pese a ello escrutándolo todo con aquella espantosa pequeñez de expresión tan palpable en su rostro que Redlaw se apartó de él de un salto.

—¡Ahí dentro! —dijo el muchacho, señalando de nuevo la casa—. Yo esperaré aquí.

—¿Me dejarán entrar? —preguntó Redlaw.

—Diga que es médico —contestó el chico, asintiendo con la cabeza—. Aquí hay muchos enfermos.

Mientras se dirigía a la puerta de la casa, Redlaw se volvió y lo vio caminar por la tierra y agazaparse en el refugio del arco más pequeño, como si fuese una rata. No sentía lástima por la criatura, sino que la temía, y cuando ésta lo miró desde su guarida, él apuró el paso hacia la casa a modo de retirada.

—Al menos, el pesar, el mal y la preocupación —dijo el químico, haciendo un doloroso esfuerzo por evocar algún recuerdo más nítido— acechan aquí lóbregamente. ¡Ningún daño puede hacer aquel que trae el olvido de tales cosas!

Con estas palabras, empujó la puerta, que cedió, y entró.

Había una mujer sentada en la escalera, dormida o abatida, con la cabeza inclinada sobre las manos y las rodillas. Dado que no era fácil entrar sin pisarla, y ella era totalmente ajena a su aproximación, se detuvo y le tocó un hombro. Al alzar la mirada le mostró una cara muy joven, si bien en ella se habían desvanecido la lozanía y la esperanza, como si el demacrado invierno hubiese aniquilado la primavera de una forma antinatural.

Con poca o ninguna muestra de interés por él, se arrimó a la pared para dejarle pasar con mayor holgura.

—¿Quién eres? —preguntó Redlaw, deteniéndose con una mano

apoyada en el pasamanos roto.

—¿Quién cree usted que soy? —contestó ella, dejándole ver de nuevo su cara.

Él contempló las ruinas del Templo de Dios, tan recientemente construido y tan pronto maltrecho, y algo, que no era compasión (pues las fuentes de donde brota la verdadera compasión hacia semejantes miserias se habían secado en su corazón) pero que se acercaba un poco más a ella, por el momento, que cualquier sentimiento que últimamente hubiese pugnado en la noche de su espíritu, cada vez más oscura aunque aún no del todo negra, fundió un toque de dulzura con sus siguientes palabras:

—He venido a proporcionar alivio, si puedo —dijo—. ¿Estás pensando en algún mal?

Ella lo miró ceñuda y se rió, y su risa se prolongó hasta transformarse en un trémulo suspiro, mientras volvía a agachar la cabeza y ocultaba los dedos entre el cabello.

—¿Estás pensando en algún mal? —volvió a preguntar él.

—Estoy pensando en mi vida —contestó ella, dirigiéndole una mirada fugaz.

Él tuvo la impresión de que era una de tantas, y que estaba viendo en ella la imagen de miles de personas cayendo a sus pies.

—¿Quiénes son tus padres? —preguntó.

—Una vez tuve un buen hogar. Mi padre era jardinero, lejos, en el campo.

—¿Ha muerto?

—Para mí, sí. Todo aquello ha muerto para mí. ¡Usted es un caballero y no sabe de esas cosas! —Alzó los ojos de nuevo y se rió de él.

—¡Muchacha! —dijo Redlaw con severidad—, antes de que se produjese la muerte de todo eso, ¿no te hicieron ningún mal? A pesar de todo lo que seas capaz de hacer, ¿no te corroe el recuerdo de algún mal?, ¿no guardas el recuerdo de alguna época de sufrimiento?

Era tan poco lo que de feminidad conservaba su apariencia que en

aquel momento, cuando estalló en lágrimas, él se quedó perplejo. Y se quedó aún más perplejo, y muy desasosegado, al observar que despertando el recuerdo de aquel mal se hizo patente en ella el primer vestigio de su antigua humanidad y su ternura helada.

Él retrocedió un poco y, al hacerlo, advirtió que ella tenía los brazos amoratados, cortes en la cara y magulladuras en el pecho.

—¿Qué mano atroz te ha herido de ese modo? —preguntó.

—La mía. ¡Yo misma me lo he hecho! —se apresuró a responder ella.

—Es imposible.

—¡Se lo juro! Él no me tocó. Yo me lo hice en un arrebato de cólera y me tiré al suelo, aquí. Él no estaba cerca. ¡Nunca me ha puesto la mano encima!

En la pálida determinación de su semblante, que lo enfrentaba a él a aquella mentira, vio suficientes vestigios del bien que aún albergaba aquel desdichado seno, un bien pervertido y distorsionado, para sentir remordimientos por haberse acercado a ella.

—¡Pesar, mal y preocupación! —musitó, desviando su amedrentada mirada—. ¡Todo lo que la conecta con el estado del que ha caído halla en ello sus raíces! ¡En nombre de Dios, déjame pasar!

Temeroso de volver a mirarla, temeroso de tocarla, temeroso de pensar en haber roto el último hilo por el cual ella se asía a la misericordia divina, se recogió la capa y enfiló raudo la escalera.

Frente a él, en el rellano, había una puerta que estaba entornada y a la que, mientras él subía, un hombre se acercó por el otro lado para cerrarla. Pero aquel hombre, al verlo, retrocedió arrobado por la emoción y, como llevado por un repentino impulso, pronunció su nombre en voz alta.

Sorprendido de que alguien lo reconociese allí, el químico se detuvo y trató de recordar aquella cara lívida y atónita. No tuvo tiempo de hacerlo, pues, para su mayor asombro, el viejo Philip salió de la estancia y lo tomó de la mano.

—¡Señor Redlaw —dijo el anciano—, muy propio de usted, muy propio de usted, señor! Lo ha sabido y ha venido para prestarnos cualquier ayuda que esté en sus manos. ¡Ah, demasiado tarde,

demasiado tarde!

Redlaw, con una mirada perpleja, se dejó llevar al interior de la estancia. Un hombre yacía en ella sobre una carriola, y William Swidger se dirigió a ella.

—¡Demasiado tarde! —musitó el anciano, mirando melancólico al químico, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Eso es lo que yo digo, padre —intervino su hijo en voz baja—. De eso se trata exactamente. Guardar el mayor silencio posible mientras él duerme es lo único que podemos hacer. ¡Tiene razón, padre!

Redlaw se detuvo junto al lecho y contempló la figura que estaba tendida sobre el colchón. Era la de un hombre que debería haber estado en la flor de la vida, pero a quien no era probable que volviera a tocar el sol. Los excesos de sus cuarenta o cuarenta y cinco años de existencia habían dejado tal marca en él que, en comparación con los efectos que habían tenido sobre su rostro, la aplastante mano del Tiempo sobre el anciano que lo contemplaba había sido misericordiosa y embellecedora.

—¿Quién es? —preguntó el químico, mirando a su alrededor.

—Mi hijo George, señor Redlaw —contestó el anciano, retorciéndose las manos—. Mi primogénito, George, ¡del que su madre estaba más orgullosa que de ningún otro!

Redlaw apartó la mirada de la cabeza cana del anciano, mientras este la posaba sobre la cama, y la clavó en la persona que lo había reconocido y que se había mantenido apartado, en el rincón más alejado de la estancia. Parecía tener aproximadamente su misma edad y, aunque él no conocía aquella terrible decadencia y pese a que parecía un hombre quebrado, había algo en los movimientos de aquella figura que estaba de pie, de espaldas a él, y que en aquel instante se encaminó a la puerta, que le llevó a pasarse la mano por la frente con inquietud.

—William —dijo en un lóbrego susurro—, ¿quién es ese hombre?

—Verá, señor —contestó el señor William—, eso es lo que yo mismo digo. ¿Por qué ha de darse al juego o a cosas similares un hombre y dejarse caer más y más hasta que ya no puede caer más bajo?

—¿Eso ha hecho? —preguntó Redlaw, sin dejar de mirarlo y repitiendo el mismo gesto inquieto.

—Exactamente eso, señor —respondió William Swidger—, según me han contado. Por lo visto, sabe un poco de medicina, señor, y, como estaba camino de Londres con ese desdichado hermano mío que ve ahí —el señor William se frotó los ojos con la manga de la levita— e iba a alojarse arriba esta noche (lo que yo digo, como ve, es que a veces vienen por aquí extraños compañeros de viaje), entró para atenderlo y vino a buscarnos cuando él se lo pidió. ¡Qué triste espectáculo, señor! Pero de eso se trata. ¡Suficiente para matar a mi padre!

Al oír aquello, Redlaw alzó la mirada y, tras recordar dónde se encontraba y con quién, así como el hechizo que llevaba consigo —y que la sorpresa había eclipsado—, se apartó un poco de forma apresurada, debatiéndose entre abandonar la casa en ese preciso instante o permanecer en ella.

Cediendo a cierta hosca obstinación, que parecía ser una parte de su esencia contra la que debía pugnar, abogó por quedarse.

—Solo fue ayer —dijo— cuando observé que la memoria de este anciano era un entramado de pesar y preocupación, ¿y debo temer yo sacudirla esta noche? ¿Son los recuerdos que yo puedo ahuyentar tan preciados para este hombre moribundo para que yo deba temerle? ¡No! Me quedaré aquí.

Y se quedó, aunque amedrentado y trémulo, pese a aquellas palabras, y, envuelto en su capa negra y sin mirarlos, se mantuvo apartado del lecho, escuchando cuanto decían, como si se sintiese un demonio en aquel lugar.

—¡Padre! —murmuró el enfermo, reponiéndose un poco de su estupor.

—¡Hijo mío! ¡Mi hijo George! —exclamó el viejo Philip.

—Hace un momento ha dicho que, mucho tiempo atrás, yo era el preferido de madre. ¡Qué horrible es pensar ahora en un pasado tan lejano!

—No, no, no —replicó el anciano—. Piensa en él. No digas que es horrible. No es horrible para mí, hijo mío.

—Le rompe el corazón, padre. —Pues las lágrimas del anciano caían sobre él.

—Sí, sí —dijo Philip—, lo hace, pero también me hace mucho bien. Pensar en aquellos tiempos me causa gran pesar, pero también me hace

bien, George. ¡Oh, piensa tú también en ellos, piensa tú también en ellos, y tu corazón se irá ablandando! ¿Dónde está mi hijo William? William, hijo mío, al final tu madre lo quería tanto que, con su último aliento, dijo: «Dile que le he perdonado, que le he bendecido y que he rezado por él». Esas fueron sus palabras. Nunca las he olvidado, ¡y tengo ochenta y siete años!

—¡Padre! —dijo el hombre que yacía en la cama—, sé que me estoy muriendo. Estoy ya tan lejos de la vida que apenas puedo hablar, ni siquiera de lo que más atormenta mi espíritu. ¿Hay alguna esperanza para mí más allá de este lecho?

—Hay esperanza —contestó el anciano— para todos aquellos que se ablandan y se arrepienten. Hay esperanza para todos ellos. ¡Oh! —exclamó, uniendo las manos y alzando la mirada—, ayer mismo me sentía agradecido de ser capaz de recordar a este desdichado hijo cuando era un cándido niño. Pero ¡qué consuelo es ahora pensar que hasta el mismo Dios se acuerda de él!

Redlaw se llevó las manos a la cara y reculó como un asesino.

—¡Ah! —gimió débilmente el hombre que yacía en la cama—. ¡Qué desperdicio desde entonces, qué desperdicio de vida desde entonces!

—Pero hubo un tiempo en que fue niño —prosiguió el anciano—. Jugaba con otros niños. Antes de acostarse en esta cama por la noche y sumirse en su inocente sueño, decía sus oraciones en el regazo de su pobre madre. Muchas veces vi cómo lo hacía, y vi cómo ella recostaba su cabeza contra su pecho y lo besaba. Aunque pensar en esto nos causaba pesar a los dos, cuando él se descarrió de aquel modo y cuando nuestras esperanzas y planes para él quedaron desbaratados, eso fue algo que seguía uniéndolo a nosotros como nada más podría haberlo hecho. ¡Oh, Padre, que eres mucho mejor que los padres de la tierra! ¡Oh, Padre, que Te afligen mucho más los errores de Tus hijos! ¡Acoge a este hombre extraviado! No como es, sino como era entonces, ¡y permítele que lllore ante Ti como tantas veces lo ha hecho ante nosotros!

Mientras el anciano alzaba sus trémulas manos, el hijo por quien lanzaba esta súplica recostó su débil cabeza contra él en busca de apoyo y consuelo, como si en verdad fuese el niño de quien había hablado.

¡Cuándo un hombre habrá temblado como temblaba Redlaw en el silencio que prosiguió! Sabía que debía acercarse a ellos, sabía que el momento se acercaba deprisa.

—Me queda muy poco tiempo, cada vez me cuesta más respirar — dijo el enfermo, apoyándose sobre un brazo y tanteando el aire con el otro—, y recuerdo que tengo algo en la cabeza relacionado con el hombre que acaba de estar aquí. Padre, William..., ¡un momento...!, ¿hay ahí algo de negro?

—Sí, sí, es real —contestó su anciano padre.

—¿Es un hombre?

—Lo que yo mismo digo, George —intervino su hermano, inclinándose gentilmente sobre él—. Es el señor Redlaw.

—Creía que había soñado con él. Pídele que se acerque.

El químico, más lívido que el moribundo, se situó ante él. Obedeciendo al gesto de su mano, se sentó en la cama.

—De tal modo se ha roto esta noche, señor —dijo el enfermo, llevándose una mano al corazón y con una mirada en la que se concentraba la silente e implorante agonía de su estado—, al ver a mi pobre y viejo padre y al pensar en todas las preocupaciones que le he causado y todo el mal y el pesar que he traído a esta casa, que...

¿Fue el extremo al que había llegado o bien el despuntar de otro cambio lo que le llevó a interrumpirse?

—... que lo que pueda hacer bien con mi cabeza dando vueltas tan deprisa, intentaré hacerlo. Había aquí otro hombre. ¿Lo ha visto?

Redlaw no pudo responder con palabra alguna, pues cuando vio la fatídica señal que tan bien conocía, la de la mano errante sobre la cabeza, la voz se le ahogó en los labios. Pero hizo un gesto de asentimiento.

—No tiene un penique, pasa hambre y vive en la miseria. Está completamente derrumbado y carece de todo recurso. ¡Cuide de él! ¡No pierda un instante! Sé que tiene intención de quitarse la vida.

Estaba actuando ya. Lo veía en su cara. Su cara cambiaba, se endurecía, sus sombras se pronunciaban y perdía la expresión de pesar.

—¿No lo recuerda? ¿No lo conoce? —prosiguió.

Se tapó la cara un instante con la mano que una vez más vagó por su frente y después la bajó sobre Redlaw, temeraria, vil y despiadada.

—Pero... ¡maldito sea! —exclamó, mirando ceñudo a su alrededor —, ¿qué me ha hecho? He vivido como un valiente y me propongo morir como un valiente. ¡Al diablo con usted!

Y así se tendió en la cama y se cubrió la cabeza y los oídos con los brazos, resuelto desde ese instante a tornarse inaccesible y a morir en su indiferencia.

Ni alcanzado por un rayo se habría apartado Redlaw de la cama con una sacudida más tremenda. Pero el anciano, que se había alejado de ella mientras su hijo le hablaba y regresaba a ella entonces, lo evitó con igual presteza y aversión.

—¿Dónde está mi hijo William? —preguntó el anciano, precipitadamente—. William, salgamos de aquí. Nos vamos a casa.

—¿A casa, padre? —exclamó William—. ¿Vas a abandonar a tu propio hijo?

—¿Dónde está mi propio hijo? —replicó el anciano.

—¿Dónde? Pues ¡ahí!

—Ese no es hijo mío —dijo Philip, temblando de rencor—. Ningún desgraciado como ese puede reclamarme nada. Mis hijos tienen un aspecto agradable, me respetan, cuidan de que siempre tenga preparada comida y bebida, y me atienden. ¡Es mi derecho! ¡Tengo ochenta y siete años!

—Es usted lo bastante viejo para que no envejezca más —musitó William, mirándolo renuente y con las manos en los bolsillos—. Ni siquiera sé de qué sirve que siga aquí. Tendríamos muchas más alegrías sin usted.

—¡Es mi hijo, señor Redlaw! —dijo el anciano—. ¡Este también es mi hijo! ¡El muchacho hablándome de mi hijo! Pero ¿qué ha hecho él para proporcionarme alguna alegría?

—No sé qué ha hecho usted nunca para proporcionármela a mí —replicó William, enfurruñado.

—Déjame pensar —dijo el anciano—. ¿Cuántas navidades me he sentado en mi cálido rincón, sin tener que salir a la fría noche, y lo he pasado en grande sin que me importunase una visión tan incómoda como la de ese desgraciado? ¿Veinte, William?

—Cerca de cuarenta, por lo que parece —musitó—. Verá, señor, cuando miro a mi padre y me paro a pensar —añadió, dirigiéndose a Redlaw con una impaciencia y una irritación repentinas—, que me fustiguen si consigo ver algo en él salvo una sucesión de años comiendo y bebiendo, y dedicándose a vivir cómodamente, uno tras otro.

—Tengo... tengo ochenta y siete años —dijo el anciano, divagando de un modo infantil y frágil—, y no recuerdo que nunca nada me haya enojado. No voy a empezar a hacerlo ahora, por culpa del que dice ser mi hijo. No es mi hijo. He sido afortunado por haber conocido buenos tiempos. Recuerdo una ocasión..., no, no la recuerdo..., no, se ha borrado. Era algo sobre un partido de críquet y un amigo mío, pero de algún modo se ha borrado. Me pregunto quién era... Supongo que lo apreciaba. Y me pregunto qué habrá sido de él... Supongo que murió. Pero no lo sé. Y tampoco me importa; no me importa en absoluto.

Mientras reía entre dientes con aire soñoliento y sacudía la cabeza, se llevó las manos a los bolsillos del chaleco. En uno de ellos encontró un trozo de acebo (guardado allí, probablemente, la noche anterior), y en ese momento lo sacó y lo contempló.

—Bayas, ¿eh? —dijo el anciano—. ¡Ah! Es una lástima que no se puedan comer. Recuerdo que cuando era niño, más o menos así de alto, y salí a pasear con..., déjame pensar..., ¿con quién salí a pasear?... No, no recuerdo qué ocurrió. No me recuerdo saliendo a pasear con nadie en particular, ni que me importase nadie, ni yo a nadie. Bayas, ¿eh? Las bayas siempre alegran. Bien, debería recibir lo que me corresponde, y ser respetado, y vivir cómoda y cálidamente, pues tengo ochenta y siete años y soy un pobre viejo. Tengo o-chen-ta y sie-te años. ¡O-chen-ta y sie-te!

La forma ridícula y lastimosa con que, mientras repetía esto, mordisqueaba las hojas y escupía los trozos, la mirada fría e indiferente con que su hijo menor (tan cambiado) lo observaba, la obstinada apatía con que su hijo mayor yacía afianzado en su pecado, todo ello dejó de plasmarse en la mirada de Redlaw, pues este abandonó el lugar en el que sus pies parecían haber estado enraizados y salió corriendo de la casa.

Su guía abandonó su refugio reptando y estaba ya preparado antes de que el otro alcanzase los arcos.

—¿Volvemos a casa de la mujer? —preguntó.

—¡Volvemos a toda prisa! —contestó Redlaw—. ¡No te detengas en ningún sitio!

El muchacho precedió el camino durante un breve tramo, pero el retorno más parecía una huida que un paseo, y sus pies descalzos hicieron cuanto pudieron por seguir el paso de las raudas zancadas del químico. Apartándose de todos aquellos con quienes se cruzaba, envuelto en su capa y manteniéndola bien pegada a sí, como si el menor aleteo de aquella prenda acarrease un contagio mortal, no se detuvo hasta que llegaron a la puerta por la que habían salido. La abrió con la llave, entró acompañado por el muchacho y se dirigió presuroso a su aposento por los oscuros corredores.

El muchacho lo observó mientras cerraba la puerta y se retiró detrás de una mesa cuando el otro se dio la vuelta.

—¡Vamos! —dijo—. ¡No me toque! ¡No me habrá traído aquí para quitarme el dinero que me ha dado!

Redlaw arrojó unas monedas más al suelo. El muchacho se lanzó sobre ellas de inmediato, como para ocultarlas a su vista, no fuera que el mero hecho de verlas lo tentase para reclamarlas, y hasta que lo vio sentado junto a la lámpara, con la cabeza hundida entre las manos, no empezó a recogerlas furtivamente. Cuando hubo acabado, reptó hasta la lumbre y se sentó en una gran silla ante ella, se sacó del pecho unas sobras de comida y empezó a masticarlas y a contemplar el fuego, y de cuando en cuando también sus chelines, que sostenía bien apretados con la otra mano.

—¡Y esta —dijo Redlaw, mirándolo con creciente repugnancia y miedo— es la única compañía que me queda en la tierra!

No habría sabido decir cuánto tiempo pasó observando a aquella criatura a quien tanto temía, si fue media hora o media noche. Pero el muchacho (a quien había visto con el oído atento) rompió el silencio de la estancia, se puso en pie y corrió hasta la puerta.

—¡Viene la mujer! —exclamó.

El químico lo detuvo en el momento en que ella llamaba a la puerta.

—¡Déjeme ir con ella! —dijo el muchacho.

—No ahora —contestó el químico—. Quédate aquí. Nadie debe entrar en esta estancia ni salir de ella... ¿Quién es?

—¡Soy yo, señor! —anunció Milly—. ¡Se lo ruego, señor, permítame entrar!

—¡No! ¡Por nada del mundo! —contestó.

—Señor Redlaw, señor Redlaw, se lo ruego, señor, permítame entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, sujetando al muchacho.

—El desdichado hombre a quien ha visto está peor y nada de lo que yo le diga consigue arrancarlo de sus fantasías. El padre de William se ha vuelto como un niño en un instante. El propio William está cambiado. La conmoción ha sido excesiva para él, no consigo entenderle; no parece él. ¡Oh, señor Redlaw, le ruego que me aconseje, ayúdeme!

—¡No! ¡No! ¡No! —contestó él.

—¡Señor Redlaw! ¡Apreciado señor! George ha susurrado algo en sueños acerca del hombre a quien usted vio allí, quien teme que se quite la vida.

—¡Mejor haría, antes que acercarse a mí!

—Dice, en sus divagaciones, que usted lo conoce, que en el pasado habían sido amigos, hace mucho tiempo, que él es el arruinado padre de un alumno de aquí... Mi cabeza empieza a flaquear... Del joven caballero que ha estado enfermo. ¿Cómo hay que proceder? ¿Cómo hay que tratarlo? ¿Cómo se le puede salvar? ¡Señor Redlaw, se lo ruego, oh, se lo ruego, aconséjeme! ¡Ayúdeme!

Él seguía sujetando al muchacho, que estaba como loco por zafarse y dejarla entrar.

—¡Fantasmas! ¡Castigadores de pensamientos impíos! —gritó Redlaw, mirando angustiado a su alrededor—. ¡Vedme aquí! ¡Desde las tinieblas de mi espíritu, permitid que el débil fulgor de contrición que sé que aún conservo brille y alumbre mi desdicha! En el mundo material, como me enseñaron hace mucho tiempo, nada debe despreciarse, ni un paso, ni un átomo de esa maravillosa estructura podría perderse sin dejar un vacío en el gran universo. Ahora sé que lo mismo sucede con el bien y el mal, con la felicidad y el pesar, en la memoria de los hombres. ¡Compadeceos de mí! ¡Liberadme!

No hubo más respuesta que la de la mujer: «¡Ayúdeme, ayúdeme, déjeme entrar!», y el forcejeo del muchacho para permitírselo.

—¡Sombra de mí mismo! ¡Espíritu de mis horas más oscuras! —

gritó Redlaw, desquiciado—. ¡Vuelve y hostígame día y noche, pero llévate este don! O, si aún debe quedarse conmigo, privame del espantoso poder de otorgarlo a otros. Desfaz lo que he hecho. Déjame sumido en la penumbra, pero devuelve el día a aquellos a quienes he maldecido. Igual que he evitado a esta mujer desde el principio y que nunca volveré a salir, sino que aquí moriré, sin ninguna mano que me asista, ¡salva a esta criatura que es una prueba para mí...! ¡Escúchame!

La única respuesta siguió siendo el forcejeo del muchacho para llegar a ella, mientras él lo retenía, y el grito, cada vez más desgarrador: «¡Ayuda! ¡Déjeme entrar! Él fue su amigo en el pasado. ¿Cómo hay que tratarlo? ¿Cómo se le puede salvar? ¡Todos han cambiado, no hay nadie más que pueda ayudarme, se lo ruego, se lo ruego, déjeme entrar!».

EL DON RETIRADO

Era aún noche cerrada en el cielo. En las vastas llanuras, desde la cima de las colinas y desde las cubiertas de solitarios barcos en el mar, se veía en el tenue horizonte una línea baja y distante que prometía estar a punto de transformarse en luz, pero su promesa era remota e incierta, y la luna pugnaba afanosa con las nubes nocturnas.

Las sombras, densas y rápidas, se sucedían una tras otra en el espíritu de Redlaw, y oscurecían su luz mientras las nubes de la noche flotaban entre la luna y la tierra y mantenían a esta sumida en la penumbra. Intermitentes e inciertas como las sombras que arrojaban las nubes de la noche eran las cosas que le ocultaban y las imperfectas revelaciones que le hacían; y, también al igual que las nubes de la noche, si la clara luz se filtraba un instante por ellas, se apresuraban a cubrirla y a hacer que la penumbra fuese aún más profunda que antes.

En el exterior reinaba un profundo y solemne silencio sobre la mole de aquella antigua edificación, y sus puntales y aristas arrojaban oscuras formas de misterio sobre el suelo, que ora parecía retirarse bajo la suave y blanca nieve, ora parecía asomar de nuevo, según lo concurrido que estuviese el sendero de la luna. En el interior, el aposento del químico se veía vago y turbio bajo la luz de la lámpara agonizante; un silencio espectral había proseguido a las llamadas y la voz de fuera; nada se oía ya salvo, de cuando en cuando, un tenue sonido entre las brasas blanquecinas de la lumbre, como si estuviesen exhalando su último estertor. Frente a ella, en el suelo, yacía el muchacho, profundamente dormido. En su butaca estaba sentado el químico, como había hecho desde que habían cesado las llamadas a su puerta..., como un hombre convertido en piedra.

En ese instante, la música navideña que había oído antes empezó a sonar de nuevo. En un primer momento, él la escuchó, como la había escuchado en el cementerio, pero enseguida (mientras seguía sonando y el aire de la noche la llevaba hasta él en una melodía grave, dulce y melancólica) se puso en pie y estiró los brazos al frente, como si algún amigo se estuviese acercando a él, un amigo en quien sus manos pudiesen descansar sin causar ningún daño. Al hacerlo, su rostro se tornó menos tenso y perplejo; un leve temblor se apoderó de él, y al fin

sus ojos se llenaron de lágrimas; se llevó las manos a la cara y agachó la cabeza.

Su recuerdo del pesar, el mal y la preocupación no habían vuelto a él, sabía que no le habían sido restituidos, no creía ni confiaba en que así fuera. Pero cierta agitación muda en su seno lo capacitaba para volver a sentirse conmovido por lo que ocultaba aquella música distante. Aunque solo fuese que le hablase del valor que había perdido, daba las gracias a Dios con todo su fervor.

Cuando el último acorde murió en sus oídos, irguió la cabeza para escuchar su postrera vibración. Más allá del muchacho, cuya figura durmiente yacía a sus pies, se hallaba el fantasma de pie, inmóvil y en silencio, y con la mirada fija en él.

Horrendo como era, como había sido, pero de un aspecto no tan cruel y despiadado..., o al menos eso era lo que él creyó y esperó cuando lo miró, temblando. No estaba solo, sino que su lúgubre mano sostenía otra mano.

¿Y a quién pertenecía? ¿Era en verdad la figura que tenía junto a sí la de Milly o tan solo su sombra y su imagen? La callada cabeza levemente inclinada, como era propio de ella, y la mirada gacha y posada en el niño durmiente, como compadeciéndose de él. Una luz radiante bañó su rostro, pero no tocó al fantasma, pues, pese a estar a su lado, era más oscuro e incoloro que nunca.

—¡Espectro! —dijo el químico, nuevamente desazonado al mirarlo—, no he sido obstinado ni presuntuoso para con ella. Oh, no la traigas aquí. ¡Líbrame de eso!

—Esto no es sino una sombra —dijo el fantasma—. Cuando la mañana brille, busca la realidad cuya imagen traigo ante ti.

—¿Es mi sino inexorable hacerlo? —gritó el químico.

—Lo es —contestó el fantasma.

—¡Destruir su paz, su bondad; convertirla en lo que yo soy y en lo que he convertido a otros!

—He dicho: «Búscala» —replicó el fantasma—. No he dicho más.

—¡Oh, dime! —exclamó Redlaw, aferrándose a la esperanza que imaginaba podía subyacer a aquellas palabras—, ¿puedo deshacer lo que he hecho?

—No —respondió el fantasma.

—No pido restitución para mí —dijo Redlaw—. Aquello a lo que renuncié, renuncié por propia voluntad, y en justicia lo he perdido. Pero, por aquellos a quienes he transferido el fatídico don, quienes nunca lo habían buscado, quienes sin saberlo recibieron una maldición de la que no habían sido advertidos y que no tenían capacidad de rehuir, ¿no puedo hacer nada?

—Nada —dijo el fantasma.

—Si no yo, ¿puede alguien?

El fantasma, rígido como una estatua, siguió mirándolo un rato; después volvió la cabeza repentinamente y contempló la sombra que tenía junto a sí.

—¡Ah! ¿Puede ella? —gritó Redlaw sin dejar de mirar a la sombra.

El fantasma soltó la mano que había retenido hasta entonces y alzó lentamente la suya en un gesto de despedida. Hecho lo cual, la sombra, que aún conservaba la misma actitud, empezó a moverse o a desvanecerse.

—¡Quédate! —gritó Redlaw con un fervor que era incapaz de expresar en su totalidad—. ¡Un momento! ¡Por piedad! Sé que un cambio acaba de obrarse en mí al oír aquellos sonidos en el aire. Dime, ¿he perdido el poder de hacerle daño? ¿Podría acercarme a ella sin temor? ¡Oh, permite que me dé alguna señal de esperanza!

El fantasma también miraba a la sombra (no a él) y no le ofreció respuesta.

—Cuando menos, dime esto: ¿sabe ella, a partir de este momento, que posee el poder de enmendar lo que he hecho?

—No lo sabe —contestó el fantasma.

—¿Posee el poder que se le ha otorgado sin que ella lo sepa?

El fantasma respondió:

—Búscala.

Y la sombra se disipó lentamente.

Volvían a estar cara a cara y se miraban con tanta fijeza y resquemor como en el momento de la concesión del don, a ambos lados del niño que aún yacía en el suelo, a los pies del fantasma.

—¡Maestro terrible! —dijo el químico, postrándose sobre una rodilla ante él en actitud de súplica—, que me repudió pero que vuelve a visitarme (en quien, y en cuyo aspecto más templado, creo de buen grado ver un atisbo de esperanza), obedeceré sin hacer preguntas, rezando por que el grito que he lanzado a lo alto en la angustia de mi alma haya sido, o vaya a ser, oído, por el bien de aquellos a quienes he herido y para quienes no hay reparación humana. Pero hay algo...

—Te refieres a lo que está ahí tendido —lo interrumpió el fantasma, señalando al muchacho con un dedo.

—En efecto —contestó el químico—. Sabes lo que quisiera preguntarte. ¿Por qué únicamente este niño ha sido una prueba contra mi influencia, y por qué, por qué, he detectado en sus pensamientos una terrible afinidad con los míos?

—Este —contestó el fantasma, señalando al muchacho— es el último y el más completo ejemplo de criatura humana totalmente despojado de recuerdos como aquellos a los que tú has renunciado. En él no fragua ningún recuerdo de pesar, mal o preocupación que pudiera ablandarlo, porque este desgraciado mortal fue abandonado desde su nacimiento a una condición peor que la de los animales, y su seno no alberga nada con lo que pueda hacer comparaciones ni ningún elemento humanizador que suscite el menor atisbo de tales recuerdos en su pecho endurecido. Todo en el interior de esta desolada criatura es un desierto yermo. Todo en el interior del hombre privado de aquello a lo que tú has renunciado es asimismo un desierto yermo. ¡Ay, de tal hombre! ¡Ay, diez veces, de la nación que cuente monstruos como este que aquí yace por centenares y millares!

Redlaw retrocedió horrorizado al oír aquello.

—No hay uno (ni uno solo) de ellos —prosiguió el fantasma— que no siembre una cosecha que la humanidad habrá de recolectar. De cada semilla de maldad que hay en este muchacho crece un campo de grano que deberá ser cosechado, y guardado, y vuelto a sembrar en muchos lugares del mundo, hasta que regiones enteras queden tapizadas de suficiente perversidad para levantar las aguas de otro diluvio. El asesinato a la vista e impune en las calles se consideraría menos grave por tolerarse a diario que un espectáculo como este.

Dio la impresión de mirar al muchacho que dormía. Redlaw

también lo miró con una emoción renovada.

—No hay un padre —añadió el fantasma— por cuyo lado estas criaturas pasan en su deambular de día o de noche; no hay una madre entre la infinidad de madres amorosas que habitan esta tierra; no hay nadie que haya salido de la infancia y que no sea responsable en una u otra medida de esta atrocidad; no hay un país en toda la tierra al que no llegue su maldición; no hay religión en la tierra a la que no niegue; no hay pueblo en la tierra al que no avergüence.

El químico unió las manos y, temblando de miedo y lástima, dejó de mirar al muchacho para observar al fantasma, que seguía de pie junto a él con el dedo señalando hacia abajo.

—Contempla, como digo —agregó el espectro—, la muestra perfecta de lo que escogiste ser. Tu influencia es nula en este niño, porque nada puedes desterrar de su seno. Sus pensamientos presentan una «terrible afinidad» con los tuyos porque te has rebajado a su nivel desnaturalizado. Él es el fruto de la indiferencia del hombre; tú eres el fruto de la presunción del hombre. El caritativo designio divino ha quedado, en ambos casos, derrocado, y os encontráis procediendo de los dos polos del mundo inmaterial.

El químico se inclinó en el suelo junto al muchacho y, sintiendo por él la misma clase de compasión que había sentido por sí mismo, lo tapó mientras dormía, esta vez sin apartarse de él con aversión o indiferencia.

Al poco, la lejana línea del horizonte empezó a iluminarse y la oscuridad se desvaneció, el sol se alzó rojo y espléndido, y los cañones de las chimeneas y los gabletes del antiguo edificio refulgieron en el límpido aire, que tornó el humo y el vapor de la ciudad en una nube dorada. El mismo reloj de sol, en su umbrío rincón donde el viento estaba habituado a arremolinarse con una constancia tan impropia de él, se sacudió las partículas más finas de nieve que había acumulado en su lánguido y avejentado rostro durante la noche, y contempló los pequeños y blancos penachos girando y girando a su alrededor. Sin duda, la mañana encontró a tientas el camino hasta la cripta olvidada, tan fría y terrenal, donde los arcos normandos se encontraban medio enterrados en el suelo, y avivó la savia aletargada de la perezosa vegetación que colgaba de las paredes, y espoleó el lento principio de la vida en el interior del pequeño mundo de maravillosa y delicada creación que existía allí, con la vaga certeza de que el sol había salido.

Los Tetterby ya estaban levantados y atareados. El señor Tetterby retiró los postigos de la tienda y, franja a franja, dejó los tesoros del

escaparate, tan inmunes a sus seducciones, a la vista de los Edificios Jerusalén. Hacía tanto rato que Adolphus había salido que iba ya por la mitad del turno de «El periódico de la mañana». Cinco pequeños Tetterby, cuyos diez ojos redondos lucían hinchados por el jabón y los refregones, se encontraban en mitad del tormento de un aseo con agua fría en la parte trasera de la cocina, y que presidía la señora Tetterby. Johnny, a quien empujaban y apremiaban cuando se daba la casualidad de que Moloch se mostraba especialmente exigente (lo cual siempre era el caso), se tambaleaba de un lado al otro con su carga frente a la puerta del comercio, y con más dificultades de lo habitual, pues el peso de Moloch se veía notablemente incrementado por un complejo sistema de defensa contra el frío, consistente en prendas de estambre tejido que formaban una armadura completa de cota de malla, con casco y polainas azules.

Era una peculiaridad de aquel bebé que siempre estuviera echando dientes. No hay pruebas de que llegaran a salir o de que salieran y desaparecieran, pero lo cierto es que ya había echado suficientes, según alardeaba la señora Tetterby, para aprovisionar el emblema de la posada Bull and Mouth. Se recurría a toda clase de objetos para frotar sus encías, pese a lo cual siempre llevaba colgando de la cintura (que tenía justo debajo de la barbilla) una arandela de huesos a modo de mordedor lo bastante grande para hacer las veces de rosario para una joven monja. Mangos de cuchillos, puños de paraguas, cabezas de bastones seleccionadas a tal efecto, los dedos de la familia en general y de Johnny en particular, ralladores de nuez moscada, corteza de pan, manijas de puertas, pomos fríos de atizadores; todo ello se contaba entre los instrumentos más comunes que se empleaban de forma indiscriminada para aliviar al bebé. La cantidad semanal de electricidad que debía de generarse con aquella fricción era incalculable. Con todo, la señora Tetterby siempre decía que «ya estaba saliendo, ¡y que entonces la niña volvería a ser ella!», y sin embargo nunca llegaba a salir, y la niña seguía siendo otra.

El humor de los pequeños Tetterby había cambiado tristemente en pocas horas. El señor y señora Tetterby no parecían tan alterados como su prole. Por lo general eran desinteresados, cordiales y dadivosos, compartiendo sus viandas incluso cuando eran escasas (algo bastante habitual) de buen grado y con generosidad, y disfrutando enormemente de cada frugal ágape. Pero en ese momento se peleaban, no solo por el jabón y el agua, sino incluso por el desayuno que aún estaba en perspectiva. Las manos de cada uno de los pequeños Tetterby batallaban contra las de los demás pequeños Tetterby, ¡e incluso las de Johnny —el paciente, sufrido y leal Johnny— se alzaron contra el bebé! Sí, la señora Tetterby, acercándose a la puerta por pura casualidad, vio cómo buscaba malévolamente un punto débil en la armadura donde

pudiese hacer efecto un cachete, y cómo propinaba tal cachete a aquella bendita criatura.

La señora Tetterby lo llevó al salón cogido por el cuello de la ropa en aquel mismo instante y correspondió a la agresión con merecida usura.

—¡Bruto, pequeño homicida! —dijo la señora Tetterby—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—¿Y por qué no le salen los dientes de una vez —replicó Johnny, con voz estridente y rebelde— y deja de molestarme a mí? ¿Le gustaría que se lo hiciera a usted?

—¿Cómo dices, señorito? —contestó la señora Tetterby, liberándolo de su deshonrada carga.

—Que si le gustaría —repitió Johnny—. ¿Le gustaría? En absoluto. Si fuese yo, preferiría ser un soldado. Y eso es lo que seré yo. En el ejército no hay bebés.

El señor Tetterby, que acababa de llegar al lugar de los hechos, se frotó el mentón con aire reflexivo en lugar de corregir al rebelde, y pareció bastante sorprendido ante aquel concepto de la vida militar.

—Pues sí; si el niño está en lo cierto, desearía enrolarme en el ejército —dijo la señora Tetterby, mirando a su esposo—, porque aquí mi vida no tiene un momento de paz. Soy una esclava..., una esclava de Virginia. —Una vaga asociación con su débil incursión en el comercio del tabaco fue tal vez lo que inspiró esta desquiciada expresión en la señora Tetterby—. ¡Nunca tengo un día de fiesta, ni ningún momento de recreo, desde que empieza hasta que acaba el año! Pero..., que el Señor bendiga y guarde a esta niña —añadió la señora Tetterby, sacudiendo al bebé con una irritación poco acorde con tan piadosa aspiración—, ¿qué le ocurre ahora?

Viendo que sacudiéndolo no conseguía averiguarlo ni aclararlo más, la señora Tetterby dejó al bebé en la cuna y, cruzándose de brazos, se sentó a mecerlo malhumorada con el pie.

—¿Qué haces ahí parado, 'Dolphus? —le preguntó la señora Tetterby a su esposo—. ¿Por qué no haces algo?

—Porque no me apetece hacer nada —contestó el señor Tetterby.

—Te aseguro que a mí tampoco —dijo la señora Tetterby.

—Te juro que a mí tampoco —dijo el señor Tetterby.

Johnny y sus cinco hermanos pequeños se enzarzaron en una trifulca cuando, mientras ponían la mesa para el desayuno familiar, empezaron a batallar por la posesión temporal de la hogaza de pan y a pegarse con tesón; el más pequeño de todos, con precoz discreción, se escabulló del embrollo de combatientes y les hostigó las piernas desde fuera. El señor y la señora Tetterby se lanzaron con determinación al mismo centro de la contienda, como si aquel terreno fuese el único en el que ambos podían estar de acuerdo en aquel momento; y, sin vestigios visibles de su reciente susceptibilidad, repartieron azotes a diestro y siniestro sin la menor lenidad, y, cumplido lo cual, retomaron sus respectivas posiciones.

—Más valdría que leyeras el periódico en lugar de estar ahí de pie —dijo la señora Tetterby.

—¿Qué se puede leer en un periódico? —replicó el señor Tetterby, con marcado malestar.

—¿Qué? —dijo la señora Tetterby—. Acciones policiales.

—No me interesa —dijo Tetterby—. ¿Qué me importa a mí lo que haga la gente o lo que le hagan a ella?

—Suicidios —sugirió la señora Tetterby.

—No son de mi incumbencia —repuso su esposo.

—Nacimientos, decesos y nupcias, ¿tampoco te interesan? —dijo la señora Tetterby.

—Aunque todos los nacimientos se acabasen hoy por siempre jamás y todos los decesos comenzasen mañana, no veo por qué deberían interesarme, hasta que creyera que iba a llegar mi turno —refunfuñó Tetterby—. En lo referente a las nupcias, yo mismo he pasado por ellas. Ya sé bastante al respecto.

A juzgar por la expresión de descontento en su rostro y su actitud, la señora Tetterby parecía abrigar las mismas opiniones que su esposo; sin embargo, le llevó la contraria, por el placer de reñir con él.

—Oh, eres un hombre consecuente —dijo la señora Tetterby—, ¿verdad? ¡Tú, con tu biombo de tu propia confección ahí, hecho nada más y nada menos que con recortes de periódico que te sientas a leer para los niños la media hora que pasáis juntos!

—Habla en pasado, si eres tan amable —replicó su esposo—. Ya no me verás hacerlo nunca más. Ahora soy mucho más sensato.

—¡Bah! ¡Más sensato, dice! —exclamó la señora Tetterby—. ¿Acaso eres mejor?

La pregunta resonó como una nota disonante en el pecho del señor Tetterby, que caviló abatido y se pasó la mano por la frente.

—¡Mejor! —murmuró el señor Tetterby—. No sé si ninguno de nosotros es mejor o más feliz. ¿Mejor, dices?

Se volvió hacia el biombo y deslizó el dedo por su superficie hasta que encontró cierto párrafo que era el objeto de su búsqueda.

—Recuerdo que este era uno de los favoritos de la familia —dijo Tetterby, con aire triste y ausente— y que solía arrancar lágrimas a los niños, y que les hacía bien si estaban enfadados entre sí o habían reñido, casi como el cuento del petirrojo en el bosque. «Triste caso de indigencia. Ayer, un hombre menudo con un bebé en brazos y rodeado de media docena de niños harapientos de edades comprendidas entre los dos y los diez años, todos ellos en un estado famélico, se presentó ante el honorable magistrado y pronunció el siguiente alegato...». ¡Ja! Te aseguro que no lo entiendo —añadió Tetterby—, no alcanzo a ver qué relación tiene esto con nosotros.

—Qué viejo y desaliñado parece —comentó la señora Tetterby, observándolo—. Nunca había visto cambiar tanto a un hombre. ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío, fue un sacrificio!

—¿Qué fue un sacrificio? —preguntó agriamente su esposo.

La señora Tetterby sacudió la cabeza y, sin contestar con palabras, levantó una auténtica tempestad alrededor del bebé por la violencia con que mecía la cuna.

—Si te refieres a que tu matrimonio fue un sacrificio, mi buena mujer... —dijo su esposo.

—A eso me refiero —confirmó su esposa.

—Bien, en tal caso quiero decir —prosiguió el señor Tetterby, con la misma hosquedad y acritud que ella— que el asunto tiene dos caras, y que yo era la víctima del sacrificio, y que desearía que tal sacrificio no hubiese sido aceptado.

—Yo también, Tetterby, te lo aseguro con todo mi corazón y toda mi alma —replicó su esposa—. No podrías desearlo más que yo, Tetterby.

—No sé qué fue lo que vi en ella —musitó el vendedor de periódicos—. No me cabe duda: ciertamente, si vi algo, ya no está. Eso pensaba anoche, después de cenar, junto al fuego. Está gorda, está envejecida, no podría compararse con la mayoría de las mujeres.

—Es vulgar, no tiene prestancia, es bajo, está empezando a encorvarse y se está quedando calvo —musitó la señora Tetterby.

—Debí de estar medio loco cuando lo hice —musitó a su vez el señor Tetterby.

—Debí de perder el juicio. Es la única explicación que encuentro —dijo la señora Tetterby, con total deliberación.

Con tal disposición de ánimo se sentaron a desayunar. Los pequeños Tetterby no estaban acostumbrados a considerar esa comida una ocupación sedentaria, sino que convenían en contemplarla como una danza o un trote, más semejante a una ceremonia salvaje, por los ocasionales y estridentes chillidos que proferían y el hábito de blandir el pan y la mantequilla con los que lo acompañaban, así como por las intrincadas incursiones a la calle y de vuelta a la salita, y los saltos arriba y abajo en los peldaños de la entrada, que eran como actores secundarios en el espectáculo. En aquella ocasión, las contiendas entre los pequeños Tetterby por la jarra de leche con agua, que debían compartir y que estaba sobre la mesa, ofrecían un ejemplo tan lamentable de ira y cólera que resultaba un verdadero ultraje a la memoria del doctor Watts. Hasta que el señor Tetterby llevó a todo el rebaño a la puerta de entrada no hubo un momento de sosiego, e incluso este se vio roto con el descubrimiento de que Johnny había regresado subrepticamente y en ese instante se atoraba con la jarra como un ventrílocuo en sus prisas indecorosas y voraces.

—¡Estos niños acabarán matándome! —dijo la señora Tetterby, tras desterrar al culpable—. Y creo que cuanto antes lo hagan, tanto mejor.

—Los pobres —dijo el señor Tetterby— no deberíamos tener hijos. No nos dan ninguna satisfacción.

Se disponía a coger la taza que la señora Tetterby le había acercado bruscamente, y la señora Tetterby se llevaba la suya a los labios cuando ambos se detuvieron, como paralizados.

—¡Miren! ¡Madre! ¡Padre! —gritó Johnny mientras entraba corriendo en la estancia—. ¡La señora William viene por la calle!

Si alguna vez, desde el albor del mundo, hubo un joven muchacho que sacase a un bebé de su cuna con el cuidado de una veterana niñera, y lo calmase y lo sosegase, y se alejase con él tambaleándose alegremente, ¡Johnny era ese muchacho y Moloch era ese bebé mientras salían juntos a la calle!

El señor Tetterby dejó su taza; la señora Tetterby dejó su taza.

El señor Tetterby se frotó la frente; la señora Tetterby se frotó la suya. El rostro del señor Tetterby empezó a dulcificarse e iluminarse; el de la señora Tetterby empezó a dulcificarse e iluminarse.

—Pero... ¡que Dios me perdone! —dijo el señor Tetterby para sí—, ¿a qué pérfido genio he estado cediendo? ¿Qué ha ocurrido aquí?

—¿Cómo he podido volver a tratarle mal, después de todo lo que dije y sentí anoche? —sollozó la señora Tetterby, cubriéndose los ojos con el delantal.

—¿Soy una bestia —dijo el señor Tetterby— o hay algo de bondad en mí? ¡Sophia! ¡Mi pequeña mujer!

—'Dolphus, querido —respondió su esposa.

—He... he tenido una actitud —dijo el señor Tetterby— de la que incluso me avergüenzo, Sophy.

—¡Oh! ¡Nada en comparación con la mía, Dolf! —gritó su esposa con un repentino e inmenso pesar.

—Sophia mía —dijo el señor Tetterby—, no te pongas así. Nunca me perdonaré. Sé que debo de haber estado a punto de romperte el corazón.

—No, Dolf, no. ¡He sido yo! ¡Yo! —gritó la señora Tetterby.

—Mi pequeña mujer —dijo su esposo—, no digas eso. Haces que me sienta como un monstruo cuando demuestras tener un alma tan noble. Sophia, querida mía, no sabes lo que he llegado a pensar. Lo que te he mostrado ya ha sido bastante espantoso, sin duda, pero ¡lo que he pensado, mi pequeña mujer!

—¡Oh, querido Dolf, no lo digas! ¡No lo digas! —gritó su esposa.

—Sophia —insistió el señor Tetterby—, debo confesarlo. No podría tener la conciencia tranquila a menos que lo diga. Mi pequeña mujer...

—¡La señora William ya está muy cerca! —gritó Johnny desde la puerta.

—Mi pequeña mujer, me preguntaba... —farfulló el señor Tetterby, apoyándose en la silla— me preguntaba cómo había podido llegar a admirarte en la vida... Me olvidé de los preciosos hijos que me has dado y pensé que ya no parecías tan esbelta como habría deseado. No... no guardaba un solo recuerdo —prosiguió el señor Tetterby, acusándose severamente— de las preocupaciones que has sufrido siendo mi esposa, a mi lado y al lado de los míos, cuando probablemente no habrías tenido ninguna con otro hombre más próspero y afortunado que yo (estoy seguro de que no te habría costado encontrar un hombre así), y he reñido contigo por haber envejecido un poco en los años difíciles que, sin embargo, tú has aligerado para mí. ¿Puedes creerlo, mi pequeña mujer? Yo mismo apenas puedo.

La señora Tetterby, sumida en un torbellino de risa y llanto, tomó la cara de su esposo entre las manos y la mantuvo así.

—¡Oh, Dolf! —gritó—. ¡Me hace tan feliz que hayas pensado eso, te agradezco tanto que hayas pensado eso! Pues creía que eras una persona vulgar, Dolf; y lo eres, querido, y puedes ser la visión más vulgar de todas a mis ojos, hasta que los cierres con tus bondadosas manos. Creía que eras bajito; y lo eres, y te valoraré mucho más por serlo, y te valoraré más porque amo a mi esposo. Creía que empezabas a encorvarte; y así es, y podrás apoyarte en mí, y yo haré cuanto esté en mis manos para sostenerte en pie. Creía que no había prestancia en ti, pero la hay, ¡y que Dios bendiga este hogar una vez más, y a todos los que formamos parte de él, Dolf!

—¡Hurra! ¡La señora William ya ha llegado! —gritó Johnny.

Allí estaba, y todos los niños con ella, y, mientras entraba, la besaron y se besaron los unos a los otros, y al bebé, y besaron a su padre y a su madre, y después volvieron corriendo hasta ella y se arracimaron y bailaron a su alrededor, haciéndola desfilarse triunfalmente.

No fue menos caluroso el recibimiento que le brindaron el señor y la señora Tetterby. La apreciaban tanto como los niños; fueron hasta ella presurosos, le besaron las manos, la abrazaron, parecían no ser capaces de acogerla con suficientes ardor y entusiasmo. La mujer avanzó entre ellos como el espíritu de toda la bondad, el afecto, la tierna consideración, el amor y el hogar.

—¿Cómo? ¿Tanto os alegráis de verme esta radiante mañana de Navidad? —preguntó Milly, dando palmas agradablemente asombrada—. ¡Oh, Dios mío, es encantador!

Más gritos de los niños, más besos, más revoloteo a su alrededor, más felicidad, más amor, más júbilo, más honra por parte de todos los presentes de lo que ella podía soportar.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Milly—, qué deliciosas son las lágrimas que me hacéis derramar. ¿Cómo es posible que merezca esto? ¿Qué he hecho para ser tan querida?

—¡Es imposible evitarlo! —gritó el señor Tetterby.

—¡Es imposible evitarlo! —gritó la señora Tetterby.

—¡Es imposible evitarlo! —repitieron los niños en un dichoso coro.

Y volvieron a bailar y corretear a su alrededor, y la abrazaron, y estrecharon sus rosadas mejillas contra su vestido, y lo besaron y lo acariciaron, y parecían incapaces de dejar de acariciarlo, ni tampoco a ella.

—Debo confesaros que nunca me había sentido tan emocionada como esta mañana... —dijo Milly, enjugándose los ojos—, en cuanto sea capaz de hablar. El señor Redlaw ha venido a verme al amanecer y, con una actitud de lo más cariñosa, como si yo fuese su querida hija, me imploró que fuese con él a donde yacía enfermo George, el hermano de William. Fuimos juntos y durante todo el camino se mostró tan amable y tan contenido, y parecía haber depositado tanta confianza y esperanza en mí, que no pude por menos que llorar de alegría. Cuando llegamos a la casa, encontramos a una mujer a la puerta (me temo que alguien la había magullado y herido) que me tomó de la mano y me bendijo al pasar.

—¡Y razón tenía en hacerlo! —dijo el señor Tetterby.

La señora Tetterby dijo que tenía razón. Todos los niños gritaron que tenía razón.

—Ah, pero hay más —dijo Milly—. Cuando llegamos arriba y entramos en la habitación, el enfermo que había pasado horas tendido en un estado del que ningún esfuerzo había conseguido sacar, se levantó de la cama y, rompiendo a llorar, estiró los brazos hacia mí y dijo que había desperdiciado su vida, pero que en ese momento estaba sinceramente arrepentido y se lamentaba del pasado, que lo veía con la

misma claridad como un vasto paisaje del que se hubiese disipado una nube densa y negra, y me rogó que suplicara a su pobre padre el perdón y la bendición para él, y que rezara junto a su cama. Cuando lo hice, el señor Redlaw se sumó a mis oraciones con tal fervor, y después me dio las gracias tantas veces, y también al cielo, que sentí desbordarse mi corazón y no podría haber hecho más que sollozar y llorar si el enfermo no me hubiese pedido que me sentase a su lado..., lo cual me serenó, naturalmente. Cuando me senté, él tomó mi mano hasta que se quedó adormilado, e incluso cuando la retiré para dejarle descansar y venir aquí (algo que el señor Redlaw deseaba fervorosamente que hiciera), su mano buscó a tientas la mía, de modo que otro tuvo que ocupar mi lugar y hacerle creer que su mano era la mía. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Milly, sollozando—. ¡Qué agradecida y dichosa debería sentirme, y me siento, por todo esto!

Mientras hablaba, Redlaw había entrado y, tras detenerse un momento para observar el grupo en cuyo centro se encontraba ella, había subido sigilosamente la escalera. Reapareció en lo alto y allí se quedó, y el joven estudiante pasó por su lado y bajó corriendo.

—Amable enfermera, la más tierna y la mejor de las criaturas —dijo, apoyándose sobre una rodilla ante ella y tomándole una mano—, ¡perdone mi cruel ingratitud!

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —gritó Milly, con aire inocente—. ¡Otro más! ¡Oh, Dios mío, otro más que me aprecia! ¿Qué voy a hacer?

El candor y la sencillez con que dijo esto y con que se llevó las manos a los ojos y lloró de pura felicidad resultaron tan conmovedores como deliciosos.

—No era yo —dijo—. No sé qué me ocurrió..., tal vez fuese una consecuencia de mi enfermedad..., estaba trastornado. Pero ya no lo estoy. Noto cómo me recupero incluso mientras hablo. He oído a los niños gritar su nombre, y la sombra se ha alejado al instante. ¡Oh, no llore! Querida Milly, si pudiese leer en mi corazón y supiera así el afecto y la gratitud con que refulge no permitiría que la viese llorar. Lo siento como un reproche tan profundo...

—No, no —dijo Milly—, no es eso. En absoluto. Es alegría. Es asombro ante su necesidad de pedirme que le perdone por tan poco, y sin embargo me complace que lo haga.

—¿Y volverá? ¿Y acabará la pequeña cortina?

—No —contestó Milly, enjugándose los ojos y sacudiendo la

cabeza—. Ahora ya no necesita mi labor.

—¿Significan sus palabras que me perdona?

Ella le indicó con un gesto que se acercase a ella y le susurró al oído:

—Hay noticias de su casa, señor Edmund.

—¿Noticias? ¿Cómo puede ser?

—El hecho de que no escribiera cuando estuvo enfermo o bien el cambio en su caligrafía cuando empezó a recuperarse despertó sospechas acerca de la verdad; sea como fuere... Pero ¿está seguro de que su estado no empeorará por recibir noticias, aunque no sean malas?

—Seguro.

—En tal caso, ¡ha venido alguien! —dijo Milly.

—¿Mi madre? —preguntó el estudiante, volviéndose un instante de forma involuntaria hacia Redlaw, que había bajado ya.

—¡Chsss...! No —contestó Milly.

—No puede ser nadie más.

—¿De veras? —preguntó Milly—. ¿Está seguro?

—A no ser que se trate de...

Antes de que pudiese decir más, se llevó una mano a la boca.

—¡Sí, en efecto! —dijo Milly—. La joven dama (se parece mucho a la miniatura, señor Edmund, pero es más hermosa) se sentía demasiado desdichada sin hacer nada para despejar sus dudas y vino anoche, acompañada de una pequeña doncella. Como usted siempre remitía sus cartas desde la escuela universitaria, allí fue, y esta mañana la he visto, antes de ver al señor Redlaw. ¡Ella también me aprecia! —exclamó Milly—. ¡Oh, Dios mío, otra más!

—¡Esta mañana! ¿Dónde está ahora?

—Bien —contestó Milly, acercando los labios a su oído—, ahora

está en mi pequeño salón, en la conserjería, esperando para verle.

El joven apretó la mano contra la boca y echó a correr, pero ella lo detuvo.

—El señor Redlaw está muy cambiado y esta mañana me ha dicho que le fallaba la memoria. Sea muy considerado con él, señor Edmund; necesita que todos lo seamos.

El joven le aseguró con una mirada que su advertencia no sería desoída y, al pasar junto al químico camino de la puerta, se inclinó ante él respetuosamente y con obvio interés.

Redlaw le devolvió el saludo con cortesía e incluso con humildad, y lo observó mientras salía. También él apoyó la cabeza sobre una mano, como intentando recuperar algo que había perdido. Pero había desaparecido.

El cambio irreversible que había experimentado desde que recibiera la influencia de la música y desde la reaparición del fantasma consistía en que en aquel momento era verdaderamente capaz de sentir cuánto había perdido y de compadecerse del estado en que se encontraba, en claro contraste con el estado natural de quienes lo rodeaban. Así, revivió en él un interés por todos ellos, y germinó en su interior un dócil y sumiso sentimiento de su calamidad, semejante a aquella que en ocasiones conlleva la vejez, cuando las capacidades mentales se debilitan sin que la insensibilidad o la hosquedad se sumen a la lista de los achaques propios de ella.

Tenía plena conciencia de que, mientras iba remediando progresivamente, por mediación de Milly, el mal que había infligido, aquella transformación maduraba en su seno. Por ello, y por el cariño que ella le inspiraba (aunque sin ninguna otra esperanza), supo que dependía en gran medida de ella, y que ella era su sostén en su aflicción.

De modo que, cuando ella le preguntó si no debían volver ya a casa, donde se encontraban el anciano y su esposo, y él se apresuró a contestar «Sí» —impaciente como estaba por hacerlo—, enlazó un brazo con el de ella y caminó a su lado, no como si fuese el hombre sabio y erudito para quien los misterios de la Naturaleza eran como un libro abierto y como si ella fuese un espíritu sin cultivar, sino como si sus posturas se hubiesen invertido y él no supiese nada y ella, todo.

Vio cómo los niños se agolpaban a su alrededor y la acariciaban, y así salieron ambos de la casa; oyó el campanilleo de su risa y sus

alegres voces; vio sus caras radiantes apiñándose en torno a él como flores; fue testigo de la satisfacción y el afecto renovados de sus padres; inhaló el sencillo aire de su pobre hogar, que había recobrado la tranquilidad; pensó en la perniciosa plaga que había desatado en él y que, de no haber sido por ella, aún estaría propagándose; y tal vez no resulte extraño que caminase sumisamente a su lado, y que aproximase aquel amable seno a su pecho.

Cuando llegaron a la conserjería, el anciano estaba sentado en su silla, junto a la chimenea, con la mirada fija en el suelo, y su hijo, apoyado contra el lado opuesto de la chimenea, mirándolo a él. Cuando ella entró, ambos se sobresaltaron y se volvieron hacia ella, y sus rostros experimentaron un resplandeciente cambio.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío, están encantados de verme, como los demás! —gritó Milly, dando palmas extasiada y deteniéndose de súbito—. ¡Otros dos!

¡Encantados de verla! La palabra «encantados» no hacía justicia. Ella corrió a los brazos de su esposo, abiertos de par en par para recibirla, y él habría deseado tenerla así, con la cabeza apoyada sobre su hombro, el resto de aquel breve día de invierno. Pero el anciano no tenía intención de prescindir de su afecto. También él tenía brazos para ella y la estrechó con fuerza.

—Pero... ¿dónde se había metido mi silenciosa ratita? —preguntó el anciano—. Ha estado fuera mucho tiempo. Siento que me resulta imposible tirar adelante sin mi ratita. Yo... ¿dónde está mi hijo William...? Me parece que he estado soñando, William.

—Eso es lo que yo mismo digo, padre —contestó su hijo—. Creo que he vivido en una horrible especie de sueño... ¿Cómo está, padre? ¿Se encuentra bien?

—Fuerte y valeroso, hijo mío —respondió el anciano.

Era una estampa espléndida ver al señor William estrechando la mano de su padre, y dándole palmadas en la espalda y acariciándosela afectuosamente, como si no encontrase el modo de demostrarle todo el interés que le profesaba.

—¡Qué hombre tan maravilloso es usted, padre...! ¿Cómo está, padre? ¿De verdad que te sientes animado? —preguntó William, volviendo a estrecharle la mano, y volviendo a darle palmadas en la espalda y a acariciársela afectuosamente.

—¡En la vida me había sentido más saludable y vigoroso, hijo mío!

—¡Qué hombre tan maravilloso es usted, padre! Pero de eso se trata exactamente —dijo el señor William con entusiasmo—. Cuando pienso en todo aquello por lo que mi padre ha pasado, todos los azares y cambios, y los pesares y las preocupaciones que le han sobrevenido en el transcurso de su larga vida, y bajo los cuales su cabello ha encanecido, y años y más años han ido acumulándose sobre él, y siento que nunca podremos hacer suficiente para honrar a este anciano caballero y hacerle más llevadera la vejez... ¿Cómo está, padre? ¿Seguro que se encuentra bien?

El señor William bien podría no haber parado de repetir aquella pregunta, y de volver a estrecharle la mano, y de volver a darle palmadas en la espalda y de volver a acariciársela si el anciano no hubiese reparado en el químico, a quien no había visto hasta entonces.

—Discúlpeme, señor Redlaw —dijo Philip—, pero no sabía que estaba usted aquí, señor; de haberlo sabido, me habría comedido un poco. Verle aquí el día de Navidad me recuerda, señor Redlaw, los tiempos en que usted era estudiante y trabajaba con tanto ahínco que no dejaba de entrar y salir de nuestra biblioteca siquiera en navidades. ¡Ja, ja! Soy lo bastante viejo para eso, y lo recuerdo muy bien, sí, aunque tengo ochenta y siete años. Fue después de que usted se marchase cuando mi pobre esposa murió. ¿Se acuerda de mi pobre esposa, señor Redlaw?

El químico contestó que sí.

—Sí —prosiguió el anciano—. Era una criatura encantadora. Recuerdo que usted vino una mañana de Navidad con una joven dama... Discúlpeme, señor Redlaw, pero creo que era una hermana a la que estaba muy unido.

El químico lo miró y sacudió la cabeza.

—Tenía una hermana —dijo con aire ausente. No sabía más.

—Una mañana de Navidad —añadió el anciano— en que usted vino con ella... y empezó a nevar, y mi esposa invitó a la joven dama a entrar y a sentarse junto al fuego que siempre ardía el día de Navidad en lo que era, antes de que nuestros diez pobres caballeros fuesen canjeados, nuestro gran salón comedor. Yo estaba allí, y recuerdo que, mientras atizaba la lumbre para que la joven dama se calentase los hermosos pies, ella leyó en voz alta la leyenda que hay debajo de aquel retrato: «¡Señor, preserva mi memoria!». Ella y mi esposa empezaron a

hablar de ello, y, ahora se me hace extraño recordarlo, ambas dijeron (encontrándose ambas, en principio, tan lejos de la muerte) que era una buena oración y que recurrirían a ella con fervor si Dios las requería siendo aún jóvenes, en referencia a sus seres más queridos. «Mi hermano», dice la joven dama... «Mi esposo», dice mi pobre esposa... «¡Señor, preserva mi memoria y no permitas que se me olvide!».

Lágrimas más dolorosas y amargas que las que nunca había derramado surcaron el rostro de Redlaw. Philip, completamente sumido en el recuerdo de aquel pasaje, no reparó hasta entonces en el afán de Milly para que no prosiguiera.

—¡Philip! —dijo Redlaw, posando una mano en su brazo—, soy un hombre afligido sobre quien ha caído todo el peso de la mano de la Providencia, si bien merecidamente. Me habla, amigo mío, de algo que no puedo seguir; he perdido la memoria.

—¡Dios misericordioso! —gritó el anciano.

—He perdido la memoria del pesar, el mal y la preocupación —dijo el químico—, iy con ella he perdido lo que todo hombre recordaría!

Ver la compasión que el anciano Philip sintió por él, verle girar su gran butaca para que descansara en ella y contemplar la solemne conciencia de su sufrimiento equivalía a saber, en cierto grado, cuán preciados son tales recuerdos en la vejez.

El muchacho entró corriendo y se acercó a Milly.

—El hombre está aquí —dijo—, en la otra habitación. No quiero al hombre.

—¿A qué hombre se refiere? —preguntó el señor William.

—¡Chsss...! —dijo Milly.

Obedeciendo a una señal de ella, él y su anciano padre se retiraron sigilosamente. Mientras salían inadvertidos, Redlaw indicó al muchacho que se acercase a él.

—Me gusta más la mujer —contestó, aferrándose a sus faldas.

—Y con razón —repuso Redlaw, sonriendo débilmente—, pero no debes tener ningún miedo de acercarte a mí. Soy más afable de lo que era. ¡Y más contigo que con nadie en el mundo, pobre chiquillo!

El muchacho se resistió al principio, pero fue cediendo poco a poco a las exhortaciones de ella, y finalmente accedió a acercarse e incluso a sentarse a sus pies. Mientras Redlaw posaba una mano en el hombro del niño, mirándolo con compasión y camaradería, posó la otra en Milly.

Ella se inclinó hacia ese lado para poder mirarle a la cara y, tras un breve silencio, dijo:

—Señor Redlaw, ¿puedo hablar con usted?

—Sí —contestó él, clavando sus ojos en ella—. Su voz y la música son lo mismo para mí.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que desee.

—¿Recuerda lo que le dije anoche cuando llamé a su puerta, acerca de alguien que había sido su amigo y que se encontraba al borde de la perdición?

—Sí, lo recuerdo —contestó él con cierta vacilación.

—¿Lo entiende?

Él acarició el cabello del muchacho —sin dejar de mirarla a ella fijamente— y negó con la cabeza.

—Conocí a esa persona poco después —prosiguió Milly con su voz clara y dulce, una voz que sus tiernos ojos, clavados en él, aclaraban y dulcificaban aún más—. Volví a la casa y, con la ayuda de Dios, logré encontrarlo. Y no lo hice demasiado pronto. En realidad, un poco más y habría llegado demasiado tarde.

Él retiró la mano del muchacho y, posándola en el dorso de la de ella, cuyo tímido y sin embargo firme tacto le transmitían una súplica no menos intensa que su voz y sus ojos, la miró más fijamente.

—Es el padre del señor Edmund, el joven caballero al que acaba de ver. Su verdadero apellido es Longford. ¿Recuerda ese apellido?

—Recuerdo ese apellido.

—¿Y al hombre?

—No, al hombre no. ¿Me hizo algún mal?

—¡Sí!

—¡Ah! Entonces es imposible..., imposible.

Sacudió la cabeza y dio unas palmaditas suaves sobre la mano que sostenía, como suplicándole en silencio conmiseración.

—Anoche no fui a ver al señor Edmund... —dijo Milly—. ¿Está dispuesto a escucharme como si lo recordase todo?

—Hasta la última sílaba que pronuncie.

—... porque no sabía, entonces, que en verdad fuese su padre y porque temía el efecto que podría producir tal información sobre él, sobre su enfermedad. Pese a saber quién es esa persona, tampoco he ido, pero eso se debe a otro motivo. Lleva mucho tiempo separado de su esposa y de su hijo (ha sido un extraño en este hogar casi desde que su hijo era niño, según he sabido por él), y ha abandonado y dejado de lado lo que más tendría que haber amado. En todo ese tiempo ha ido cayendo desde la posición de un caballero, progresivamente, hasta... — Se puso en pie precipitadamente y, tras salir un momento, regresó acompañada por el desgraciado que Redlaw había contemplado la noche anterior.

—¿Me conoce? —preguntó el químico.

—Me alegraría —contestó el otro—, y esta es una palabra que no acostumbro emplear, poder responder que no.

El químico miró al hombre que, humillado y degradado, tenía de pie ante sí, y habría seguido mirándolo en un vano esfuerzo por averiguar más de no haber sido por Milly, que ocupó de nuevo el sitio de antes, a su lado, y atrajo hacia su propio rostro su atenta mirada.

—¡Vea qué bajo ha caído, qué perdido está! —susurró, alargando un brazo hacia él sin desviar la vista de la cara del químico—. Si pudiese recordar todo lo concerniente a él, ¿cree que despertaría su compasión pensar que una persona a la que usted ha querido (no importa el tiempo que haga de eso ni el motivo por el que perdió el derecho a tal cariño) haya podido acabar de este modo?

—Confío en que sí —contestó—. Creo que sí.

Sus ojos vagaron hasta la figura que se encontraba junto a la

puerta, pero regresaron rápidamente a ella, a quien escrutó como si pugnara por aprender una lección con cada nota de su voz y con cada chispa de sus ojos.

—Carezco de sabiduría, y la suya es grande —dijo Milly—; no siento la necesidad de pensar, y usted piensa a todas horas. ¿Me permite que le diga por qué me parece que es bueno que recordemos el mal que se nos ha hecho?

—Sí.

—Para que podamos perdonarlo.

—¡Perdóname, santo Dios —exclamó Redlaw, alzando la mirada—, por haber desdeñado tan elevado atributo!

—Y si... —prosiguió Milly— si algún día recupera la memoria, como esperamos y rogamos que así sea, ¿no sería para usted una bendición recordar a un tiempo un mal y su perdón?

Él miró la figura apostada junto a la puerta y una vez más se apresuró a fijar sus ojos en ella; tuvo la impresión de que un rayo de luz más clara resplandecía en su espíritu procedente del radiante rostro de ella.

—Él no puede volver al hogar que abandonó. No pretende volver allí. Sabe que eso únicamente podría acarrear vergüenza y apuros para aquellos a los que con tanta crueldad ha desatendido, y que la mejor reparación que puede ofrecerles ahora es evitarlos. Si se le diese un poco de dinero, ello le permitiría marcharse a algún lugar lejano, donde podría vivir sin hacer ningún mal, y enmendarse en la medida que sea posible por el mal que ha hecho. Para la infortunada dama que es su esposa y para su hijo esta sería la mejor ayuda que su mejor amigo podría brindarles..., una ayuda de la que no es preciso que sepan, y para él, con su reputación, su alma y su cuerpo destrozados, podría suponer la salvación.

Él tomó la cabeza de Milly entre las manos, la besó y dijo:

—Así se hará. Le confío que lo haga en mi lugar, ahora y en secreto, y que le diga que le perdonaría si tuviese la dicha de saber por qué.

Cuando ella se puso en pie y volvió su resplandeciente rostro hacia aquel hombre quebrado, suponiendo que su reflexión había surtido efecto, avanzó un paso y, sin alzar la mirada, se dirigió a

Redlaw.

—Es usted tan generoso —dijo—..., siempre lo ha sido..., que tratará de desterrar su creciente sentido de la justicia ante el espectáculo que tiene frente a sí. Yo no trataré de desterrarlo de mí, Redlaw. Si puede hacerlo, créame.

El químico suplicó con un gesto a Milly que se acercase más a él, y, mientras escuchaba, la miró a la cara como para buscar en ella la clave de lo que acababa de oír.

—Soy un desgraciado demasiado decadente para aducir principios; recuerdo demasiado bien mi proceder para recurrir a ellos ante usted. Pero desde el día en que di el primer paso en este descenso, al engañarlo a usted, he seguido cayendo en una progresión certera, constante y funesta. Eso puedo asegurárselo.

Redlaw, sin apartarse de ella, volvió la cara hacia quien hablaba, y vio pesar en él. Y también algo similar a un luctuoso reconocimiento.

—Podría haber sido otro hombre, mi vida podría haber sido otra, si hubiese evitado aquel último y fatídico paso. No sé qué habría ocurrido. Nada aseguro ni reclamo pensando en esa posibilidad. Su hermana descansa ya, y mejor de lo que habría estado a mi lado si yo hubiese seguido siendo incluso quien usted creía, incluso quien yo mismo suponía que era.

Redlaw hizo un gesto presuroso con la mano, como si quisiera dejar de lado aquella cuestión.

—Hablo —prosiguió el otro— como un hombre sacado de la tumba. Podría haber cavado mi propia tumba, anoche, de no haber sido por esta bendita mano.

—¡Oh, Dios mío, también él me aprecia! —sollozó Milly con un hilo de voz—. ¡Otro más!

—Anoche no podría haberme interpuesto en su camino ni para pedirle pan. Pero hoy el recuerdo de lo que ha sido despierta con tal fuerza y se me muestra, ignoro por qué medio, con tal claridad que me he atrevido a venir, a sugerencia de ella, y a aceptar su generosidad y agradecérsela, y para suplicarle, Redlaw, que cuando llegue su hora sea tan misericordioso conmigo en sus pensamientos como lo está siendo ahora en sus actos.

Dio media vuelta y, antes de salir, se detuvo un instante.

—Confío en que mi hijo despierte su interés, por el bien de su madre. Confío en que él sea merecedor de tal interés. A menos que mi vida se prolongue mucho en el tiempo y tenga la certeza de no haber malgastado su ayuda, no volveré a verle.

Al salir, alzó la mirada hacia Redlaw por primera vez. Redlaw, que lo observaba con fijeza y resolución, le tendió una mano como en un sueño. Él regresó, la tocó —apenas— con las suyas y, tras inclinar la cabeza, se fue despacio.

En el breve lapso que transcurrió mientras Milly lo acompañaba en silencio a la puerta, el químico se desplomó en su butaca y se cubrió la cara con las manos. Al verle en aquel estado cuando regresó acompañada de su esposo y su padre (ambos muy preocupados por él), Milly prefirió no molestarle ni permitir que fuera molestado, y se arrodilló cerca de la butaca para tapar al muchacho y evitar que se enfriase.

—De eso se trata exactamente. ¡Eso es lo que yo siempre digo, padre! —exclamó su admirado esposo—. ¡Hay un sentimiento maternal en el pecho de la señora William que debe manifestarse y se manifestará!

—Sí, sí —dijo el anciano—, tienes razón. ¡Mi hijo tiene razón!

—Solo es algo beneficioso, querida Milly, no lo dudes —dijo el señor William con ternura—, que no tengamos hijos, y pese a ello a veces deseo que tuvieses uno al que cuidar. Nuestro difunto pequeño, en quien habías depositado tantas esperanzas y que nunca llegó a inhalar el hálito de la vida..., te ha vuelto muy callada, Milly.

—Me hace muy feliz recordarlo, querido William —repuso ella—. Pienso en él a diario.

—Temía que pensases mucho en él.

—No digas que temías algo así; es un consuelo para mí, me habla de tantas formas... La inocente criatura que no llegó a vivir en la tierra es como un ángel para mí, William.

—Tú eres como un ángel para padre y para mí —dijo el señor William con voz dulce—. De eso estoy seguro.

—Cuando pienso en todas las esperanzas que deposité en él y en la infinidad de veces que me senté e imaginé contra mi pecho la sonriente carita que nunca llegó a reposar sobre él, y los dulces ojos

que nunca se abrieron a la luz mirándome —prosiguió Milly—, siento una gran ternura, creo, pese a todas las esperanzas frustradas en las que no hay perjuicio alguno. Cuando veo un hermoso niño en los amorosos brazos de su madre, lo quiero aún más, pensando que mi hijo podría haber sido como él y podría haber hecho que mi corazón se sintiese igual de orgulloso y feliz.

Redlaw irguió la cabeza y la miró.

—Tengo la impresión de que durante toda la vida —prosiguió ella— me dice algo. Por los pobres niños abandonados, mi pequeño implora como si estuviese vivo y tuviese una voz que yo conociera, con la que me habla. Cuando sé de algún joven que sufre o se avergüenza, pienso que a mi hijo podría haberle ocurrido lo mismo y que, quizá, Dios me lo arrebató en su misericordia. Incluso en la vejez y en el cabello cano, como el de padre, está presente, diciendo que también podría haber vivido hasta llegar a viejo, mucho, mucho después de que tú y yo ya no estuviésemos, y haber necesitado el respeto y el amor de personas más jóvenes.

Su leve voz se tornó más leve que nunca mientras tomaba a su esposo por un brazo y recostaba la cabeza contra él.

—Los niños me quieren tanto que a veces he medio fantaseado (es una fantasía tonta, William) que de algún modo tienen la capacidad de compadecerse de mi hijito, y de mí, y de comprender por qué su amor es tanpreciado para mí. Aunque haya estado callada desde entonces, he sido mucho más feliz, William, en un centenar de sentidos diferentes. Y no menos feliz, querido, en este: cuando mi pequeño hijo nació y murió a los pocos días, y yo me sentía débil y afligida, y no podía evitar el sufrimiento, brotó en mí la idea de que, si intentaba llevar una buena vida, íme reuniría en el cielo con una radiante criatura que me llamaría «Madre»!

Redlaw se desplomó de rodillas profiriendo un hondo grito.

—¡Oh, Tú —dijo—, que con Tus enseñanzas sobre el amor puro me has devuelto gentilmente la memoria que era la memoria de Cristo en la Cruz y de todos los inocentes que perecieron por Su causa, recibe mi agradecimiento y bendícela a ella!

Después, la estrechó contra su corazón, y Milly, sollozando más que nunca, gritó, mientras reía:

—¡Vuelve a ser él! ¡Y también él me aprecia, y mucho! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, oh, Dios mío, otro más!

En ese momento, el estudiante entró llevando de la mano a una encantadora joven, que parecía temerosa de entrar. Y Redlaw, tan cambiado para con él, y viendo en él y en aquella a quien había elegido la sombra desvaída de aquel aleccionador pasaje de su propia vida, al que, como un frondoso árbol, la paloma tanto tiempo prisionera en su solitaria arca podía volar en busca de reposo y compañía, se lanzó a sus brazos y les suplicó que fuesen sus hijos.

Después, dado que la Navidad, de todas las épocas del año, era una época en que el recuerdo de todo pesar, mal y preocupación remediabiles del mundo que nos envuelve debería estar presente en nosotros, no en menor medida que nuestras propias experiencias, para hacer el bien, posó una mano en el muchacho y, poniendo por testigo en silencio a Aquel que posó una mano en los niños en el pasado, reprendiendo en la majestad de Su profética sabiduría a aquellos que los apartaban de Él, juró protegerlo, enseñarlo y reivindicarlo.

Después, tendió la mano derecha alegremente hacia Philip y dijo que aquel día celebrarían una cena navideña en lo que había sido, antes de que los diez pobres caballeros fuesen canjeados, su gran salón comedor, y que invitarían a la familia Swidger al completo, la cual, según le había dicho su hijo, era tan numerosa que podrían tomarse de la mano y formar un círculo alrededor de Inglaterra, incluso convocándolos con tan poco tiempo.

Y así pasó aquel día. Tantos Swidger hubo allí, adultos y niños, que cualquier intento de presentarlos en números redondos podría suscitar dudas, en los desconfiados, sobre la veracidad de esta historia. Por ello no haremos tal tentativa. Pero allí estaban, por docenas y veintenas..., y allí encontraron buenas noticias y buenas esperanzas al respecto de George, a quien habían vuelto a visitar su padre y su hermano, y Milly, y a quien habían vuelto a dejar sumido en un plácido sueño. Allí, también presentes en la cena, estuvieron los Tetterby, incluido el joven Adolphus, que llegó envuelto en su interminable bufanda a tiempo para degustar la ternera. Johnny y el bebé lo hicieron demasiado tarde, naturalmente, y a la vez, uno exhausto y el otro en pleno y presunto proceso de echar dos dientes, pero era lo habitual, nada alarmante.

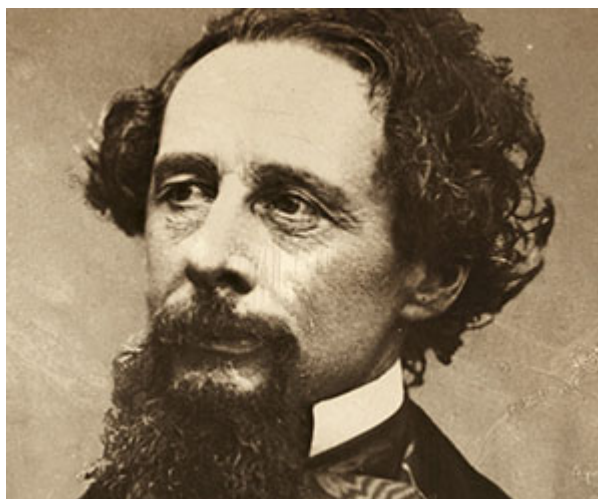
Resultaba triste ver al niño que no tenía apellido ni familia mirando cómo jugaban los otros niños sin saber cómo hablar con ellos o jugar con ellos, más ajeno a los comportamientos propios de la infancia que un perro rabioso. Resultaba triste, si bien en un sentido diferente, ver que los más pequeños de los presentes sabían de forma instintiva que aquella criatura era diferente de las demás, y cómo trataban de acercarse a él tímidamente con palabras y gestos cariñosos, y con

sencillos regalos, para que no se sintiese desdichado. Pero él permaneció al lado de Milly, y empezó a quererla —¡otro más, como ella decía!—, y, como todos la apreciaban de corazón, se alegraron de ello, y cuando vieron que los miraba asomando por el respaldo de la silla de ella, les complació mucho que se sintiese tan cerca de ella.

Todo esto vieron el químico, sentado con el estudiante y la que habría de ser su prometida, y Philip.

Desde entonces, hay quien dice que todo cuanto aquí se ha relatado en realidad solo lo imaginó; otros, que lo leyó en el fuego, una noche de invierno a la hora del crepúsculo; otros, que el fantasma no era sino la representación de sus lúgubres pensamientos, y Milly, la encarnación de lo más excelso de su sabiduría. Yo no digo nada.

... Salvo esto: que, encontrándose reunidos en el antiguo salón, sin más luz que la gran lumbre (habiendo cenado temprano), las sombras una vez más salieron de sus escondrijos y danzaron por la estancia, mostrando a los niños formas y rostros maravillosos en las paredes, y cambiando gradualmente lo que era real y conocido en lo que era disparatado y mágico. Y que había algo más en el salón hacia lo que la mirada de Redlaw, y la de Milly y la de su esposo, y la del anciano, y la del estudiante y la de la que habría de ser su prometida, se volvían con frecuencia, algo que las sombras no oscurecían ni alteraban. Con una gravedad intensificada por la luz del fuego, y atisbando como la vida misma desde la oscuridad de la pared cubierta de paneles, el sobrio rostro del retrato, con la barba y la gorguera, los contemplaba bajo la verde guirnalda de acebo, tal como ellos lo miraban a él, y bajo él, claras y nítidas como si una voz las hubiese pronunciado, se encontraban las palabras:



CHARLES DICKENS (1812-1870). Nació en Portsmouth, segundo de los hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, el encarcelamiento de su padre por deudas lo obligó a ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Cuentos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inició su época de madurez, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona, y su favorita, en la que desarrolló algunos episodios autobiográficos; *La casa lúgubre* (1852-1853); *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). Murió en Londres.